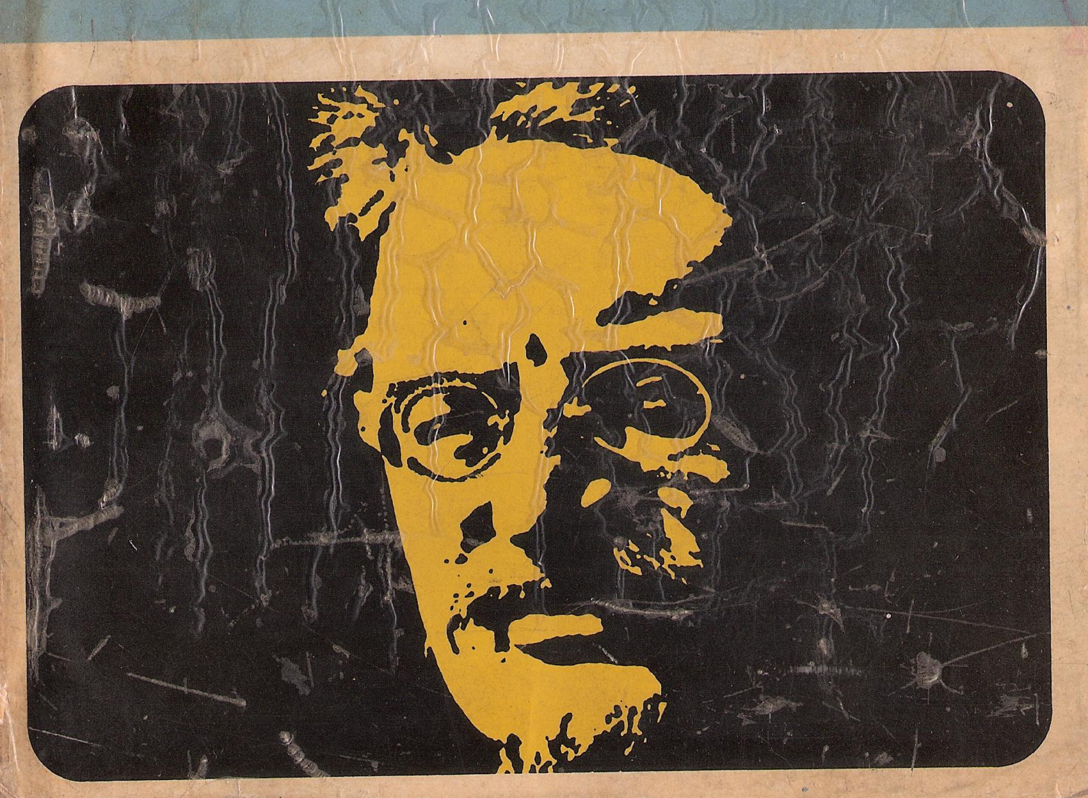
El hombre y su tiempo

ERA

Isaac Deutscher

Trotsky

el profeta desterrado



ISAAC DEUTSCHER

TROTSKY
EL PROFETA DESTERRADO

Isaac Deutscher

Trotsky

El profeta desterrado

[1929–1940]



Ediciones Era

s. a.

Primera edición en inglés: 1963
Título original: *The Prophet Outcast. Trotsky: 1929-1940*

Primera edición en español: 1969
Segunda edición en español: 1971
Traducción de José Luis González

Avena 102 / México 13, D. F.
Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

Este volumen concluye mi trilogía sobre Trotsky y relata el catastrófico desenlace de su drama. En el momento del desenlace, el protagonista de una tragedia es por lo general, más que personaje actuante, sujeto de la acción. Con todo, Trotsky siguió siendo hasta el fin la antípoda activa y combativa de Stalin, su único antagonista vocal. A lo largo de aquellos doce años de 1929 a 1940, ninguna voz pudo alzarse contra Stalin dentro de la URSS; y ni siquiera pudo escucharse un eco de las intensas luchas anteriores, excepto en las degradantes confesiones de culpabilidad a que fueron reducidos tantos de los adversarios de Stalin. En consecuencia, Trotsky pareció erguirse completamente solo contra la autocracia de Stalin. Fue como si un enorme conflicto histórico se hubiese comprimido en una controversia y una lucha a muerte entre dos hombres. El biógrafo ha tenido que demostrar cómo llegó a suceder tal cosa y se ha visto obligado a analizar detalladamente las complejas circunstancias y relaciones que, al mismo tiempo que le permitieron a Stalin "pavonearse con el atuendo del héroe", hicieron de Trotsky el símbolo y el único portavoz de la oposición al stalinismo.

Por consiguiente, junto con los hechos de la vida de Trotsky he tenido que narrar los tremendos acontecimientos sociales y políticos de la época: la barahúnda de la industrialización y la colectivización en la URSS y las Grandes Purgas; el colapso de los movimientos obreros alemán y europeo frente al asalto del nazismo; y el estallido de la segunda Guerra Mundial. Cada uno de estos acontecimientos afectó el destino de Trotsky, y en relación con cada uno él libró su batalla contra Stalin. He tenido que detenerme en cada una de las principales controversias de la época, pues en la vida de Trotsky el debate ideológico es tan importante como las escenas de las batallas en las tragedias de Shakespeare: a través del debate se revela el carácter del protagonista mientras éste avanza hacia la catástrofe.

En este volumen, más que en ninguno de los dos anteriores, me ocupo de la vida privada de mi protagonista, y especialmente del destino de su familia. Una y otra vez el lector tendrá que desplazar su atención de la narración política a lo que el lenguaje común insiste en describir como la "historia humana" (como si los asuntos públicos no fueran la más humana de todas nuestras preocupaciones y como si la política no fuera una actividad humana por excelencia). En este periodo la vida familiar de

Trotsky es inseparable de sus vicisitudes políticas: aquélla le da una nueva dimensión a su lucha y añade una sombría profundidad a su drama. La extraña y conmovedora historia se narra aquí por vez primera sobre la base de la correspondencia íntima de Trotsky con su esposa y sus hijos, correspondencia a la que he tenido el privilegio de obtener acceso irrestricto. (Por esto último tengo contraída una deuda de gratitud con la difunta Natalia Sedova, quien dos años antes de su muerte pidió a los bibliotecarios de la Universidad de Harvard que abrieran para mí la llamada sección sellada de los archivos de su esposo, la sección que de acuerdo con su testamento habría de permanecer cerrada hasta el año de 1980.)

Me gustaría comentar brevemente el contexto político dentro del cual he producido esta biografía. Cuando empecé a trabajar en ella, a fines de 1949, el Moscú oficial celebraba el septuagésimo cumpleaños de Stalin con un servilismo sin paralelo en la historia moderna, y el nombre de Trotsky parecía sepultado para siempre bajo la calumnia y el olvido. Yo había publicado *El profeta armado* y estaba tratando de completar la primera versión de lo que ahora es *El profeta desarmado* y *El profeta desterrado* cuando, en la segunda mitad de 1956, el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, los acontecimientos del mes de octubre en Polonia y el levantamiento armado en Hungría me obligaron a interrumpir el trabajo y concentrar toda mi atención en los asuntos del momento. En Budapest, muchedumbres enfurecidas habían derribado las estatuas de Stalin, mientras en Moscú la profanación del ídolo aún se llevaba a cabo subrepticiamente y era tratada por el grupo gobernante como su secreto de familia. "No podemos permitir que este asunto salga del Partido, especialmente a la prensa", le advirtió Jruschov a su auditorio en el XX Congreso. "No debemos lavar nuestra ropa sucia ante los ojos [de nuestros enemigos]." "La ropa sucia", comenté yo entonces, "difícilmente podrá seguirse lavando durante mucho tiempo a espaldas del pueblo soviético. Dentro de poco habrá que lavarla en su presencia y a plena luz del día. Son su sudor y sus lágrimas, después de todo, los que han empapado la 'ropa sucia'. Y el lavado, que todavía tomará mucho tiempo, lo terminarán tal vez unas manos que no son las de quienes lo han comenzado: manos más jóvenes y más limpias."

El profeta desterrado aparece después que una parte de la "ropa sucia" se ha lavado ya en público y después que la momia de Stalin fue sacada del Mausoleo de la Plaza Roja. Un perspicaz caricaturista occidental reaccionó ante este último acontecimiento con un dibujo del Mausoleo en el que podía verse a Trotsky colocado en la cripta que acababa de quedar vacía, junto a Lenin. El caricaturista expresó una idea que probablemente se les ocurrió a muchas personas en la URSS (aunque es de esperarse que la "rehabilitación" de Trotsky, cuando tenga lugar, se lleve a

cabo en una forma exenta del culto, el ritual y la magia primitiva). Mientras tanto, Jruschov y sus compañeros siguen esforzándose por mantener en vigor el anatema stalinista contra Trotsky; y en la controversia entre Jruschov y Mao Tse-tung, cada bando acusa al otro de trotskismo, como si cada uno estuviese empeñado en ofrecer cuando menos evidencia negativa de la vitalidad de los planteamientos y las ideas de Trotsky.

Todos estos acontecimientos han reafirmado mi convicción en cuanto al interés momentáneo y la importancia histórica de mi tema. Pero, pese a lo que digan algunos de mis críticos, tales acontecimientos no han afectado significativamente ni mi enfoque ni la concepción general de mi obra. Es cierto que esta biografía ha aumentado en escala más allá de todos mis planes originales: he producido tres volúmenes en lugar de uno o dos. Sin embargo, al obrar así obedecí exclusivamente —y en un principio con renuencia— a la lógica literaria de la obra y a la lógica de mis investigaciones, que creció inesperadamente en amplitud y profundidad. El material biográfico luchó entre mis manos, por decirlo así, para lograr la forma y las proporciones que le eran adecuadas, y me impuso sus exigencias. (Sé que lo que estoy diciendo no me absolverá ante los ojos de un crítico, antiguo embajador británico en Moscú, quien dice que él "siempre ha sostenido que la Revolución Rusa nunca tuvo lugar" y quien, por consiguiente, no se explica por qué yo le dedico tanto espacio a un acontecimiento tan irreal.) En cuanto a mi enfoque político de Trotsky, éste ha permanecido inalterado en todo momento. Concluí el primer volumen de esta trilogía, en 1952, con un capítulo intitulado "Derrota en la victoria", donde presenté a Trotsky en la cúspide del poder. En el prefacio de ese volumen dije que al completar su vida consideraría "el problema de si en su derrota misma no había un fuerte elemento de victoria". Ese es precisamente el problema que examino en las páginas finales de *El profeta desterrado,* en un epílogo intitulado "Victoria en la derrota".

Nota sobre las fuentes y reconocimientos

El contenido de este volumen se basa, más marcadamente aún que el de los volúmenes anteriores, en los archivos de Trotsky, especialmente en su correspondencia con los miembros de su familia. Siempre que me refiero a *The Archives* en particular, tengo en mente su Sección abierta que está a la disposición de los estudiosos en la Houghton Library de la Universidad de Harvard. Cuando utilizo los materiales de la parte "sellada" de *The Archives,* me refiero a la Sección cerrada. Una descripción general de la Sección abierta aparece en la Bibliografía de *El profeta armado.* La Sección cerrada se describe en la Bibliografía adjunta al presente volumen.

El grueso de los 20,000 documentos de la Sección cerrada lo constituye la correspondencia política de Trotsky con partidarios y amigos; él estipuló

que esta sección debía ser sellada porque en el momento en que trasladó sus papeles a la Universidad de Harvard (en el verano de 1940), casi toda Europa estaba bajo ocupación nazi o stalinista y el futuro de muchos países fuera de Europa parecía incierto, y en consecuencia él se sentía obligado a proteger a sus corresponsales. Pero había poco o nada estrictamente confidencial o privado en el contenido político de esa correspondencia. De hecho, yo me había familiarizado con una gran parte de esa correspondencia en la década de los treintas —a su debido tiempo explicaré en qué forma—, de modo que al releerla en 1959 no encontré casi nada que pudiera sorprenderme. La correspondencia familiar de Trotsky, en cambio, e incluso sus papeles domésticos, contenidos también en la Sección cerrada, me han revelado sus experiencias y sentimientos más íntimos y han enriquecido en gran medida mi imagen de su personalidad.

Algunos críticos de los volúmenes anteriores se han quejado de que mis referencias a *The Archives* no son lo suficientemente detalladas. Sólo puedo señalar a este respecto que siempre que cito algún documento de *The Archives* indico, ya sea en el texto o en una nota al calce, quién escribió el documento, cuándo lo escribió y a quién fue dirigido. Eso es todo lo que necesita cualquier estudioso. Una anotación más detallada habría aumentado de manera impresionante mi "aparato erudito", pero no le sería de utilidad ni al lector general, que no tiene acceso a *The Trotsky Archives*, ni al especialista, a quien las indicaciones que ofrezco le bastan para localizar fácilmente cualquier documento al que hago referencia. Por otra parte, desde que trabajé en mis primeros volúmenes *The Archives* han sido reorganizados en tal forma que cualesquiera indicaciones específicas que yo hubiese dado, carecerían de utilidad actualmente. (Por ejemplo, pude haber indicado que el documento X o Y se encontraba en la Sección B, legajo 17, ¡pero de entonces acá la Sección A o B o C ha dejado de existir!) El material está organizado ahora en simple orden cronológico, y puesto que yo generalmente doy la fecha de cualquier documento, el estudioso podrá localizarlo echándole una ojeada al excelente *Index to The Archives* en dos volúmenes, que puede consultarse en la Houghton Library.

Uno o dos críticos se han preguntado cuán dignos de confianza son en realidad *The Archives* y si Trotsky o sus partidarios no habrán "adulterado los documentos". En mi opinión, la confiabilidad de *The Archives* queda abrumadoramente confirmada por la evidencia interna, por el confrontamiento con otras fuentes y por la circunstancia de que *The Archives* les proporcionan tanto a los críticos como a los apologistas de Trotsky todo el material que puedan desear. Trotsky, en verdad, era incapaz de falsificar o adulterar documentos. En cuanto a sus partidarios, éstos, ya sea por falta de interés o por hallarse ocupados en otros asuntos, apenas han examinado los archivos de su maestro. En 1950 mi esposa y yo fuimos

los primeros estudiosos que trabajaron con los papeles de Trotsky desde que éste se separó de ellos.

Al relatar el clima de ideas y al describir los partidos, grupos e individuos implicados en las luchas internas del comunismo durante la década de los treintas, me basé, entre otras cosas, en mi propia experiencia como portavoz del comunismo antistalinista en Polonia. El grupo al que yo estuve afiliado entonces trabajó en estrecho contacto con Trotsky. El Secretariado Internacional de éste nos proporcionó una documentación muy abundante, en parte confidencial, con circulares, copias de la correspondencia de Trotsky, etc. Como escritor y polemista, participé activamente en casi todas las controversias que se describen en este volumen. En el transcurso de los debates tuve que familiarizarme con una enorme literatura política, con folletos stalinistas, socialdemócratas, trotskistas, brandleristas y otros, con libros, periódicos, revistas y volantes publicados en muchos países. Como es natural, sólo tenía a mi alcance una parte de esa literatura en el momento de escribir: la estrictamente necesaria para confirmar la exactitud de mis impresiones y recuerdos y para verificar datos y citas. Mis Bibliografías, por tanto, no pretenden agotar la literatura sobre la materia.

He tenido la suerte de poder complementar el material sacado de *The Archives* (y de fuentes impresas) con la información obtenida de la viuda de Trotsky; de Alfred y Marguerite Rosmer, que fueron los amigos más íntimos de Trotsky durante los años del destierro; de Jeanne Martin des Pailleres, que me hizo llegar los papeles y la correspondencia de Liev Sedov, el hijo mayor de Trotsky; de Pierre Frank, secretario de Trotsky durante el periodo de Prinkipo; de Joseph Hansen, su secretario y guardaespaldas en Coyoacán y testigo presencial de los últimos días y horas de Trotsky; y de muchas otras personas que fueron partidarias de Trotsky en una u otra época. (De las que aquí aparecen enumeradas, Natalia Sedova, Marguerite Rosmer y Jeanne Martin fallecieron antes de que yo terminara este volumen.)

Fuera del círculo de la familia y los seguidores de Trotsky, debo mi agradecimiento a Konrad Knudsen y su esposa, anfitriones de Trotsky en Noruega, y al señor Helge Krog y al señor N. K. Dahl y su esposa, quienes me proporcionaron abundante información y vívidas reminiscencias sobre la reclusión de Trotsky en Noruega y su deportación de ese país. Entrevisté al señor Trygve Lie, que fue el Ministro de Justicia responsable tanto de la admisión como de la reclusión de Trotsky; pero el señor Lie, después de hablar conmigo en forma extensa y reveladora sobre su propia ejecutoria, me pidió a continuación que me abstuviera de citarlo, diciendo que su memoria lo había engañado y que, además, estaba obligado por un contrato con un editor norteamericano a no hacer pública esa información excepto en sus propias memorias. El señor Lie tuvo la gentileza, sin embargo, de enviarme el informe oficial sobre el caso Trotsky que él sometió al Par-

lamento noruego a principios de 1937. También tuve la oportunidad de entrevistar al profesor H. Koht, Ministro de Relaciones Exteriores de Noruega durante la permanencia de Trotsky en ese país, quien se mostró sumamente deseoso de establecer en detalle la verdad sobre el caso.

Al investigar otro capítulo importante de la vida de Trotsky, me acerqué al ya desaparecido John Dewey, quien me suministró una descripción esclarecedora del contraproceso efectuado en México y habló libremente sobre la impresión que le causó Trotsky; y le debo mi reconocimiento al doctor S. Ratner, amigo y secretario de Dewey, por la valiosa información que me proporcionó acerca de las circunstancias en que el anciano filósofo norteamericano decidió presidir el contraproceso. Entre muchos otros informantes desearía mencionar al señor Joseph Berger, ex-miembro del personal del Ejecutivo de la Comintern en Moscú, quien pasó veinticinco años en los campos de concentración de Stalin. El señor Berger me ha relatado su encuentro en 1937 con Serguei Sedov, el hijo menor de Trotsky, en la prisión de Butyrki en Moscú.

Expreso asimismo mi gratitud al Russian Research Center de la Universidad de Harvard, especialmente a los profesores M. Fainsod y M. D. Shulman por las facilidades que me brindaron, y al doctor R. A. Brower, Director de la Adams House, y a su esposa, cuya complaciente hospitalidad disfruté mientras trabajaba en la Sección cerrada de *The Trotsky Archives* en 1959. Me siento profundamente obligado con el profesor William Jackson y la señorita C. E. Jakeman, de la Houghton Library, por su cooperación infinitamente paciente, y con la señora Elena Zarudnaya-Levin por su ayuda en la lectura de algunos documentos de *The Archives*.

Al señor John Bell, al señor Dan M. Davin y al señor Donald Tyerman, que leyeron los originales y las pruebas de imprenta del libro, les debo mi gratitud por sus críticas y sus numerosas sugestiones para mejorar el texto.

La contribución de mi esposa al presente volumen no ha sido solamente la del ayudante y crítico constante: en el transcurso de muchos años, a partir de 1950, cuando nos inclinamos juntos por primera vez sobre *The Trotsky Archives*, ella absorbió el aire de este drama trágico; y, gracias a su sensitiva simpatía por los personajes del mismo me ha ayudado decididamente a presentar sus caracteres y a narrar sus vicisitudes.

I. D.

CAPÍTULO I
EN LAS ISLAS DE LOS PRÍNCIPES

Las circunstancias de la expulsión de Trotsky de Rusia contenían una prefiguración de los años que le quedaban a éste por delante. La forma en que se efectuó la deportación fue aberrante y brutal. Stalin la había pospuesto durante semanas, mientras Trotsky bombardeaba al Politburó con protestas en que denunciaba la decisión como ilegal. Parecía como si Stalin no se hubiera decidido definitivamente o siguiera consultando al Politburó. Entonces, súbitamente, el juego del gato y el ratón tocó a su fin: la noche del 10 de febrero de 1929, Trotsky, su esposa y su hijo mayor fueron conducidos a toda prisa al puerto de Odesa y puestos a bordo del *Ilich,* que zarpó inmediatamente. La escolta de Trotsky y las autoridades del puerto tenían órdenes estrictas que debían ser cumplidas sin tardanza, a despecho de la hora avanzada, los vientos huracanados y el mar helado. Stalin no estaba dispuesto a permitir ahora la menor dilación. El *Ilich* (y el rompehielos que lo precedió) había sido acondicionado especialmente para la tarea: aparte de Trotsky, su familia y dos oficiales de la GPU, no llevaba a bordo un solo pasajero ni carga alguna. Stalin por fin enfrentaba al Politburó con un hecho consumado; así evitaba toda vacilación e impedía la repetición de escenas como las que habían ocurrido cuando le pidió por primera vez al Politburó que autorizara la expulsión de Trotsky. En aquella ocasión Bujarin protestó, se estrujó las manos y lloró en plena sesión, y junto con Ríkov y Tomsky votó en contra.[1]

La expulsión se llevó a cabo en el mayor secreto. La decisión no se hizo pública sino mucho después de haberse cumplido. Stalin aún temía una conmoción. Las tropas destacadas en el puerto estaban allí para impedir cualquier manifestación de protesta y cualquier despedida en masa como la que la Oposición había organizado un año antes, en ocasión del primer intento de sacar a Trotsky de Moscú.[2] Esta vez no debía haber testigos ni testimonios presenciales. Trotsky no habría de viajar con una multitud de pasajeros ante cuya mirada podría recurrir a la resistencia pasiva. Incluso los miembros de la tripulación recibieron órdenes de no transitar por el barco y de evitar todo contacto con los pasajeros. Un nervioso misterio rodeó el viaje. Stalin no deseaba todavía asumir la plena responsabilidad. Aguardaba a ver si la opinión comunista en el extranjero se

[1] Véase *El profeta desarmado*, pp. 427-431. Ríkov todavía era Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, o sea Primer Ministro soviético en sucesión de Lenin.
[2] *Ibid.*, p. 361.

escandalizaba, y no sabía si el futuro desarrollo de los acontecimientos lo obligaría a hacer regresar a su adversario. Tuvo buen cuidado de llevar a cabo la expulsión en forma tan ambigua que pudiera ser explicada fácilmente, en caso necesario, e incluso negada completamente: durante unos cuantos días después del hecho, los periódicos comunistas en el extranjero sugirieron que Trotsky había viajado a Turquía en una misión oficial o semioficial o que se había trasladado allí por su propia voluntad, con un gran séquito.[3]

Y así, súbitamente, Trotsky se encontró a bordo de un buque azotado por los vientos fríos y casi desierto. No pensó que Stalin se contentaría con depositarlo en la otra orilla del Mar Negro y dejarlo marcharse. Sospechó que Stalin y Kemal Pashá, el presidente y dictador de Turquía, se habían coludido contra él y que la policía de Kemal lo sacaría del barco, ya fuera para internarlo en el país o para entregarlo subrepticiamente a la venganza de los emigrados blancos que se estaban congregando en Constantinopla. Las jugarretas que le había hecho la GPU[4] confirmaban esa aprensión: Trotsky le había pedido repetidamente que sacara de la cárcel a Sermux y Posnansky, sus dos fieles secretarios, y les permitiera acompañarlo al extranjero; y la GPU había prometido repetidamente acceder a la petición, pero había violado su promesa. Evidentemente se proponían dejarlo en tierra sin un amigo que lo protegiera. Durante la travesía los oficiales de la escolta trataron de tranquilizarlo: Sermux y Posnansky, le dijeron, se reunirían con él en Constantinopla, y mientras tanto la GPU se hacía responsable de su seguridad. "Ustedes me engañaron una vez", contestó Trotsky, "y volverán a engañarme."

Desconcertado y angustiado, recordó con su mujer y su hijo el último viaje por mar que habían hecho juntos: en marzo de 1917, cuando, concluida su detención en el Canadá, zarparon hacia Rusia en un barco noruego. "Mi familia constaba entonces del mismo número de miembros", reflexiona Trotsky en su autobiografía (aunque Serguei, su hijo menor, que los había acompañado en 1917, no viajaba en el *Ilich*), "con la diferencia de que todos eran doce años más jóvenes." Más esencial que esa diferencia en la edad era el contraste en las circunstancias, sobre las cuales Trotsky no hace ningún comentario en el pasaje citado. En 1917 la revolución lo llamaba de regreso a Rusia para participar en las grandes batallas que se avecinaban; ahora era expulsado de Rusia por un gobierno que regía al país en nombre de la revolución. En 1917, todos los días del mes que pasó detenido por los británicos se había dirigido a multitudes de marinos alemanes prisioneros de guerra tras las alambradas de púas,

[3] *L'Humanité*, febrero de 1929.

[4] Los mensajes de Trotsky al Comité Central, al Ejecutivo de la Comintern y al "Camarada Fokin, plenipotenciario de la GPU", fechados del 7 al 12 de febrero de 1929. *The Archives; Mi vida*, tomo II, pp. 473-474.

informándoles sobre la actitud asumida por Karl Liebknecht en el Reichstag, en la cárcel y en las trincheras contra el Kaiser y la guerra imperialista, y despertando su entusiasmo por el socialismo. Cuando fue liberado, los marinos lo llevaron en hombros hasta la salida del campo de detención, dándole vivas y cantando la *Internacional*.[5] Ahora sólo lo rodeaban el vacío y el viento huracanado. Habían pasado diez años desde la derrota de los espartaquistas y el asesinato de Liebknecht, y Trotsky se había preguntado más de una vez si él también no estaría destinado a sufrir "el fin de Liebknecht". Un incidente menor añadió un rasgo grotesco al contraste. Cuando el *Ilich* entraba en el Bósforo, uno de los oficiales de la GPU le entregó la suma de 1 500 dólares que el gobierno soviético le concedía a su antiguo Comisario de la Guerra "para que pudiera establecerse en el extranjero". Trotsky pudo imaginarse la sonrisa burlona de Stalin, pero, absolutamente desprovisto de fondos, se tragó la afrenta y aceptó el dinero. Ese fue el último sueldo que recibió del Estado que él había ayudado a fundar.

Trotsky no habría sido fiel a sí mismo si se hubiese dejado agobiar por esos incidentes melancólicos. Fuera cual fuera su futuro, estaba decidido a hacerle frente en actitud combativa. No se dejaría dispersar en el vacío. Más allá de éste había inexplorados horizontes de lucha y esperanza: el pasado a cuya altura había que mantenerse ahora y un futuro en el que continuarían viviendo el pasado y el presente. El no sentía nada en común con aquellos personajes históricos de quienes dice Hegel que, una vez cumplida su "misión en la historia", quedan exhaustos y "caen como cáscaras vacías".[6] Trotsky lucharía para salir del vacío en que Stalin y los acontecimientos lo estaban encerrando. Por el momento sólo podía dejar constancia de su protesta final contra la expatriación. Antes de que el viaje tocara a su fin le entregó a su escolta un mensaje dirigido al Comité Central del Partido y al Comité Central Ejecutivo de los Soviets. En él denunciaba la "conspiración" de Stalin y la GPU con Kemal Pashá y la policía "nacional-fascista" de éste; y les advertía a sus victimarios que el día llegaría en que tendrían que responder por esa "acción traidora y vergonzosa". A continuación, después que el *Ilich* ancló y los guardias fronterizos turcos se presentaron a bordo, Trotsky les entregó una protesta formal dirigida a Kemal. La cólera y la ironía se dejaban sentir a través del seco tono oficial: "Desde las puertas de Constantinopla tengo el honor de poner en su conocimiento que no he venido hasta aquí por mi voluntad y que, si traspongo la frontera turca, es porque se me obliga a hacerlo por la fuerza. Sírvase usted, señor Presidente, aceptar los sentimientos a que me fuerza esta situación."[7]

[5] *El profeta armado*, p. 232.
[6] Hegel, *Philosophie der Weltgeschichte*, p. 78.
[7] *The Archives; Mi vida*, tomo II, p. 472.

Trotsky difícilmente podía esperar que Kemal reaccionara ante su protesta, y estaba consciente de que sus victimarios en Moscú no recapacitarían ante la idea de que algún día tuvieran que rendir cuentas de lo que estaban haciendo. Pero aún cuando en el momento pareciera vano invocar la historia en defensa de la justicia, él no podía hacer otra cosa sino invocarla. Estaba convencido de que no hablaba sólo por sí mismo sino también por sus amigos y partidarios silenciados, encarcelados o deportados, y de que la violencia de la que él era victima se le infligía al Partido bolchevique en general y a la revolución misma. Sabía que, fuera cual fuere su destino personal, su controversia con Stalin continuaría y resonaría a lo largo del siglo. Si Stalin estaba empeñado en reprimir a cuantos pudieran protestar y dar testimonio, entonces Trotsky, en el momento mismo en que era arrojado al exilio, saldría a la palestra para protestar y dar testimonio.

La secuela de su desembarco casi tuvo un carácter de farsa. Desde el muelle, Trotsky y su familia fueron llevados directamente al consulado soviético en Constantinopla. Aunque había sido calificado de delincuente político y de contrarrevolucionario, fue recibido con los honores debidos al líder de octubre y al creador del Ejército Rojo. Un ala del consulado fue reservada para su alojamiento. Los funcionarios, algunos de los cuales habían servido bajo sus órdenes durante la guerra civil, parecían ansiosos de hacerlo sentirse como en su casa. Los agentes de la GPU se comportaban como si estuviesen resueltos a cumplir la promesa de proteger su vida. Cumplían todos sus deseos. Hacían recados para él. Acompañaban a Natalia y a Liova en sus viajes a la ciudad, mientras él permanecía en el consulado. Se encargaron de descargar y transportar sus voluminosos archivos traídos desde Alma Ata, sin intentar examinar siquiera su contenido: los documentos y materiales que él habría de usar dentro de poco como municiones contra Stalin. Moscú parecía estar tratando todavía de disfrazar el destierro y de atenuar su impacto en la opinión comunista. No en vano Bujarin se refirió una vez al genio de Stalin para actuar gradual y oportunamente: el talento peculiar de éste para perseguir sus objetivos grado a grado, pulgada a pulgada, se revelaba incluso en detalles como éstos.

Se manifestó también en la manera como se aseguró la cooperación de Kemal Pashá. El gobierno turco le informó a Trotsky poco después de su llegada que nunca se le había notificado que él había salido del país como desterrado, que el gobierno soviético simplemente había pedido un visado de entrada "por razones de salud" y que el gobierno turco, deseoso de mantener sus buenas relaciones con su vecino del norte, se había visto obligado a atender la petición sin indagar las motivaciones de ésta. Sin embargo, Kemal Pashá, incómodo al verse convertido así en cómplice

Trotsky difícilmente podía esperar que Kemal reaccionara ante su protesta, y estaba consciente de que sus victimarios en Moscú no recapacitarían ante la idea de que algún día tuvieran que rendir cuentas de lo que estaban haciendo. Pero aún cuando en el momento pareciera vano invocar la historia en defensa de la justicia, él no podía hacer otra cosa sino invocarla. Estaba convencido de que no hablaba sólo por sí mismo sino también por sus amigos y partidarios silenciados, encarcelados o deportados, y de que la violencia de la que él era víctima se le infligía al Partido bolchevique en general y a la revolución misma. Sabía que, fuera cual fuere su destino personal, su controversia con Stalin continuaría y resonaría a lo largo del siglo. Si Stalin estaba empeñado en reprimir a cuantos pudieran protestar y dar testimonio, entonces Trotsky, en el momento mismo en que era arrojado al exilio, saldría a la palestra para protestar y dar testimonio.

La secuela de su desembarco casi tuvo un carácter de farsa. Desde el muelle, Trotsky y su familia fueron llevados directamente al consulado soviético en Constantinopla. Aunque había sido calificado de delincuente político y de contrarrevolucionario, fue recibido con los honores debidos al líder de octubre y al creador del Ejército Rojo. Un ala del consulado fue reservada para su alojamiento. Los funcionarios, algunos de los cuales habían servido bajo sus órdenes durante la guerra civil, parecían ansiosos de hacerlo sentirse como en su casa. Los agentes de la GPU se comportaban como si estuviesen resueltos a cumplir la promesa de proteger su vida. Cumplían todos sus deseos. Hacían recados para él. Acompañaban a Natalia y a Liova en sus viajes a la ciudad, mientras él permanecía en el consulado. Se encargaron de descargar y transportar sus voluminosos archivos traídos desde Alma Ata, sin intentar examinar siquiera su contenido: los documentos y materiales que él habría de usar dentro de poco como municiones contra Stalin. Moscú parecía estar tratando todavía de disfrazar el destierro y de atenuar su impacto en la opinión comunista. No en vano Bujarin se refirió una vez al genio de Stalin para actuar gradual y oportunamente: el talento peculiar de éste para perseguir sus objetivos grado a grado, pulgada a pulgada, se revelaba incluso en detalles como éstos.

Se manifestó también en la manera como se aseguró la cooperación de Kemal Pashá. El gobierno turco le informó a Trotsky poco después de su llegada que nunca se le había notificado que él había salido del país como desterrado, que el gobierno soviético simplemente había pedido un visado de entrada "por razones de salud" y que el gobierno turco, deseoso de mantener sus buenas relaciones con su vecino del norte, se había visto obligado a atender la petición sin indagar las motivaciones de ésta. Sin embargo, Kemal Pashá, incómodo al verse convertido así en cómplice

de Stalin, se apresuró a asegurarle a Trotsky que "de ninguna manera sería recluido ni expuesto a violencia alguna en territorio turco", que estaba en libertad de abandonar el país cuando lo deseara o de permanecer en él todo el tiempo que quisiera; y que, en caso de que decidiera quedarse, el gobierno turco le brindaría toda su hospitalidad y garantizaría su seguridad.[8] A pesar de esta respetuosa simpatía, Trotsky siguió convencido de que Kemal actuaba en contubernio con Stalin. En todo caso, no había manera de saber cómo se comportaría Kemal si Stalin le hacía nuevas exigencias: ¿correría el riesgo de entrar en conflicto con su poderoso "vecino del norte" a causa de un exiliado político?

La ambigua situación creada por la residencia de Trotsky en el consulado soviético no podía prolongarse. Stalin sólo esperaba hallar un pretexto para ponerle fin; y para Trotsky también era intolerable. "Protegido" por la GPU, seguía siendo su prisionero virtual, sin saber a quién temerle más, si a los emigrados blancos fuera del consulado o a sus guardianes dentro de éste. Se encontraba privado de la única ventaja que el exilio le brinda al luchador político: la libertad de movimiento y de expresión. Estaba ansioso por dar a conocer su posición, por revelar los acontecimientos que habían culminado con su expulsión, por establecer contacto con sus partidarios en diversos países y por planear su acción futura. Además, tanto él como su esposa estaban enfermos, y él tenía que ganarse la vida, lo cual sólo podía hacer escribiendo. Tenía que radicarse en algún lugar, ponerse en contacto con editores y periódicos, y empezar a trabajar.

El día de su llegada envió mensajes a amigos y partidarios en Europa occidental, especialmente en Francia. La respuesta de éstos fue inmediata. "Huelga decirle que puede usted contar con nosotros en cuerpo y alma. Lo abrazamos desde el fondo de nuestros fieles y afectuosos corazones." Así le escribieron Alfred y Marguerite Rosmer tres días después de su desembarco.[9] Ellos habían sido amigos suyos y de Natalia desde la primera Guerra Mundial, cuando participaban en el movimiento de Zimmerwald. En los primeros años de la década del veinte Alfred Rosmer había representado al Partido Comunista francés en el Ejecutivo de la Internacional Comunista en Moscú; y, a causa de su solidaridad con Trotsky, había sido expulsado del Partido. El "fondo de nuestros fieles y afectuosos corazones" no era una simple frase tratándose de los Rosmer: ellos hubieron de ser los únicos amigos íntimos de Trotsky durante los años del exilio, a despecho de ulteriores desacuerdos y discordias. Boris Souvarine, antiguo director del órgano teórico del Partido Comunista francés y el único entre

[8] Citado de una carta dirigida a Trotsky, siguiendo órdenes de Kemal, por el gobernador de Constantinopla el 18 de febrero de 1929. Sección cerrada de *The Archives.*

[9] Correspondencia entre los Rosmer y Trotsky. *Ibid.*

todos los delegados comunistas extranjeros en Moscú en mayo de 1924 que habló en defensa de Trotsky, también le escribió ofreciéndole ayuda y cooperación.[10] Otros simpatizantes fueron Maurice y Magdeleine Paz, abogado y periodista respectivamente, ambos expulsados del Partido Comunista que en años posteriores llegaron a ser bien conocidos como parlamentarios socialistas. Dirigiéndose a él como *Cher grand ami,* le escribieron manifestándole la preocupación que les causaba su precaria situación en Turquía, trataron de conseguirle permisos de entrada en otros países y le prometieron reunirse dentro de poco con él en Constantinopla.[11]

A través de los Rosmer y los Paz, Trotsky estableció contacto con periódicos occidentales; y mientras se encontraba todavía en el consulado, escribió una serie de artículos que aparecieron en el *New York Times,* el *Daily Express* y otros periódicos durante la segunda quincena de febrero. Esta serie fue su primera explicación pública de la lucha interna en el Partido en los últimos años y meses. La serie fue breve, enérgica y agresiva. No escatimó ataques contra ninguno de sus enemigos o adversarios, antiguos o recientes, y menos contra Stalin, al que ahora denunció ante el mundo de la misma manera que lo había denunciado anteriormente ante el Politburó: como "el sepulturero de la revolución".[12] Aun antes de la publicación de estos artículos, Trotsky se vio en dificultades con sus anfitriones, quienes empezaron a instarlo a que se mudara del consulado a un edificio habitado por los empleados consulares, donde continuaría viviendo bajo la "protección" de la GPU. El se negó a mudarse, y el asunto quedó pendiente hasta que la publicación de los artículos determinó que la situación hiciera crisis. Stalin tuvo ahora el pretexto que necesitaba para hacer público el destierro. Los periódicos soviéticos hablaron de que Trotsky "se había vendido a la burguesía mundial y conspiraba contra la Unión Soviética"; y sus caricaturistas presentaron a *Mister Trotsky* abrazando una bolsa de 25 000 dólares. La GPU declaró que ya no era responsable por su seguridad y anunció su decisión de desalojarlo del consulado.[13]

Durante varios días Natalia y Liova, aun ahora solícitamente acompañados por los hombres de la GPU, recorrieron ansiosamente los suburbios y las afueras de Constantinopla en busca de algún alojamiento más o menos seguro y retirado. Por fin encontraron una casa, no en la ciudad ni cerca de ella, sino en las Islas Prinkipo, en el Mar de Mármara: se tardaba hora y media para llegar a las islas, por vapor, desde Constantinopla. Había un rasgo de ironía en aquella apresurada elección de residencia,

[10] Souvarine a Trotsky, 15 de febrero de 1929. *Ibid.*

[11] Maurice Paz a Trotsky, 18 de febrero de 1929. *Ibid.*

[12] El texto original lleva la fecha del 25 de febrero de 1929. *The Archives; Ecrits,* vol. I, pp. 19-52.

[13] Correspondencia de Trotsky con el representante de la GPU en Constantinopla, del 5 y 8 de marzo. *The Archives.*

pues Prinkipo, o las Islas de los Príncipes, había sido en otros tiempos un lugar de exilio al que los emperadores bizantinos enviaban a sus rivales y a los rebeldes de sangre real. Trotsky llegó allí el 7 o el 8 de marzo. Cuando puso el pie en la orilla, en Büyük Ada, la aldea principal de Prinkipo, se imaginó que llegaba allí como un ave de paso; pero aquél habría de ser su hogar durante más de cuatro largos años llenos de acontecimientos.

Trotsky describió a menudo este periodo de su vida como su "tercera emigración". El término, no muy preciso, revela un aspecto del estado de ánimo en que llegó a Prinkipo. Esta era, en efecto, la tercera vez que un gobierno ruso lo deportaba obligándolo a vivir en el extranjero. Pero en 1902 y 1907 había sido deportado a Siberia o a la región polar, de donde escapó para refugiarse en Occidente; y dondequiera que llegaba en aquellos días pertenecía a aquella numerosa, activa y dinámica comunidad que era la Rusia revolucionaria en el exilio. Esta vez no se había convertido en emigrado por propia elección, y en el extranjero no había ninguna comunidad de exiliados rusos que lo recibiera como a uno de los suyos y le ofreciera el medio ambiente y el vehículo para proseguir su actividad política. Existían muchas nuevas colonias de emigrados políticos, pero éstas constituían la Rusia contrarrevolucionaria en el exilio. Entre él y ellas se interponía la sangre derramada en la guerra civil. Entre quienes habían combatido a su lado en aquella guerra, no había nadie que pudiera hacer causa común con él.

Su tercer exilio era, por lo tanto, diferente en su naturaleza de los dos anteriores. No era posible relacionarlo con ningún precedente, pues en la larga y abundante historia de la emigración política casi nunca había habido un hombre desterrado en una soledad comparable (excepto Napoleón, que fue, sin embargo, un prisionero de guerra). Inconscientemente, por decirlo así, Trotsky trató de mitigar, para sí y para su familia, la severidad de su nuevo ostracismo relacionándolo con sus experiencias prerrevolucionarias. El recuerdo de aquellas experiencias era consolador ahora. Su primer periodo de emigración duró menos de tres años, siendo interrumpido por el *annus mirabilis* de 1905; el segundo duró mucho más: diez años, pero fue seguido por el supremo triunfo de 1917. Cada vez la historia había recompensado generosamente al revolucionario por su inquieta espera en el extranjero. ¿Sería demasiado esperar que volviera a hacerlo ahora? Trotsky estaba consciente de que las perspectivas podrían resultar menos prometedoras y que él tal vez no regresaría jamás a Rusia. Pero más fuertes que esa conciencia eran su necesidad de una perspectiva clara y alentadora y el optimismo del luchador que, aun cuando se siente rondado por la derrota o se enfrasca en una batalla sin esperanzas, sigue con la mente puesta en la victoria.

Esa clase de optimismo nunca habría de abandonarlo. Pero, en tanto que en sus últimos años Trotsky permaneció confiado en el triunfo último de su causa más bien que en la posibilidad de vivir para verlo, en los primeros años de este exilio su optimismo tenía aún un carácter, más personal. Esperaba, en verdad, una pronta reivindicación y un próximo regreso a Rusia. No consideraba que la situación política en el país fuera estable; y, en medio de las conmociones de la colectivización y la industrialización, contaba con que los desplazamientos en la nación produjeran grandes desplazamientos en el partido gobernante también. No creía que el stalinismo pudiera lograr la consolidación. ¿Era el stalinismo acaso algo más que un revoltijo de ideas incompatibles, los irresolutos manejos de una burocracia que no se atrevía a enfrentarse a los problemas que la asediaban? Trotsky estaba convencido de que el "interludio" de la hegemonía de Stalin tocaría a su fin por una de dos razones: o por un resurgimiento del espíritu revolucionario y una regeneración del bolchevismo, o por la contrarrevolución y la restauración capitalista. Esta rígida disyuntiva gobernaba sus pensamientos, aunque en ocasiones admitía también otras posibilidades. Se veía a sí mismo y a quienes pensaban igual que él como los representantes de la única oposición seria contra Stalin, la única oposición que defendía los principios de la Revolución de Octubre, ofrecía un programa de acción socialista y constituía una posibilidad de gobierno bolchevique contrario a Stalin. No se imaginaba que éste sería capaz de destruir a la Oposición o incluso de silenciarla durante mucho tiempo. Por lo que a esto se refería, también sus esperanzas se alimentaban de los recuerdos prerrevolucionarios. El zarismo no había logrado ahogar a ninguna oposición, aun cuando había encarcelado, deportado y ejecutado a los revolucionarios. ¿Por qué, entonces, habría de tener éxito Stalin donde los zares habían fracasado? Cierto era que la Oposición había tenido sus altibajos; pero, debido a que tenía profundas raíces en las realidades sociales y a que era el portavoz del interés de clase proletario, no podría ser aniquilada. Como su jefe reconocido, él tenía el deber de dirigir sus actividades desde el extranjero, del mismo modo que Lenin y él mismo habían dirigido una vez a sus seguidores desde el exilio. Sólo él podía hablar ahora en nombre de la Oposición con relativa libertad y hacer escuchar su voz por todas partes.

En otro aspecto, sin embargo, su posición era diferente de lo que había sido antes de la revolución. Entonces él era un desconocido para el mundo o conocido como un revolucionario ruso sólo por los iniciados. Esa no era su condición actual. Esta vez no había vuelto a emerger de la penumbra de un movimiento clandestino. El mundo lo había visto como jefe de la insurrección de octubre, como fundador del Ejército Rojo, como arquitecto de su victoria y como inspirador de la Internacional Comunista. Había escalado unas alturas de las que no está permitido descender.

Había desempeñado su papel en un escenario mundial, frente a las candilejas de la historia, y no podía retirarse. Su pasado dominaba su presente. No podía replegarse a la oscuridad protectora de la vida del exilio prerrevolucionario. Sus actos habían sacudido al mundo, y ni él ni el mundo podían olvidarlos.

Y tampoco podía limitarse a sus preocupaciones rusas. Estaba consciente de sus "deberes con la Internacional". Gran parte de la lucha de los últimos años había girado alrededor de la estrategia y las tácticas del comunismo en Alemania, China e Inglaterra, y de la manera como Moscú había castrado a la Internacional en aras de su propia conveniencia. Era inconcebible que él no continuara librando esa lucha. A primera vista, parecía que su destierro debía de facilitarle esta actividad. Si, como adalid del internacionalismo y crítico de la "estrechez nacional" del criterio stalinista y bujarinista, se había hecho impopular en Rusia, tenía buena razón para esperar una reacción favorable de los comunistas fuera de Rusia, pues era el interés más vital de éstos el que él defendía cuando oponía a la idea del socialismo en un solo país la primacía del punto de vista internacional. Desde Moscú y Alma Ata no le había sido posible dirigirse a los comunistas extranjeros, y Stalin se había encargado de que éstos no conocieran sus planteamientos o recibieran una versión deformada de los mismos. Ahora, por fin, su obligada permanencia en el extranjero le permitía dar a conocer su posición entre ellos.

Trotsky todavía consideraba a los "países industriales avanzados del Occidente", especialmente los de Europa occidental, como el principal campo de batalla de la lucha de clases internacional. En esto era fiel a sí mismo y a la tradición del marxismo clásico que él representaba en su pureza. De hecho, ninguna escuela de pensamiento dentro del movimiento obrero, ni siquiera la stalinista, se atrevía aún a repudiar abiertamente esa tradición. Para la Tercera Internacional, al igual que para la Segunda, Europa occidental seguía siendo la principal esfera de actividad. Los partidos comunistas alemán y francés tenían una amplia base de masas, mientras que la Unión Soviética era todavía un país industrialmente subdesarrollado y sumamente débil, y el triunfo de la Revolución China distaba aún veinte años. Del mismo modo que la Europa burguesa, aun en este periodo de decadencia, seguía constituyendo ostensiblemente el centro de la política mundial, así las clases obreras europeas parecían ser todavía las fuerzas más importantes de la revolución proletaria, las más importantes después de la Unión Soviética según la concepción stalinista, y potencialmente más importantes aún según la concepción de Trotsky.

Trotsky, por supuesto, no creía en la estabilidad del orden burgués en Europa. Cuando llegó a Prinkipo, la "prosperidad" de que había disfrutado el Occidente en los últimos años de la década de los veintes se

acercaba ya a su fin. Pero los conservadores, los liberales y los socialdemócratas seguían calentándose al sol de la democracia, el pacifismo y la cooperación entre las clases que debían asegurar la continuación indefinida de esa prosperidad. El régimen parlamentario parecía firmemente establecido, y el fascismo, atrincherado sólo en Italia, parecía un fenómeno marginal de la política europea. Sin embargo, en sus primeros días en Constantinopla, Trotsky anunció el próximo fin de aquel paraíso de tontos y habló del decaimiento de la democracia burguesa y del mar de fondo del fascismo: "... estas tendencias de posguerra en el desarrollo político de Europa no son episódicas; son el prólogo sangriento de una nueva época... La guerra [la primera Guerra Mundial] ha inaugurado una era de alta tensión y gran lucha; nuevas y grandes guerras proyectan sus sombras sobre el futuro... Nuestra época no puede medirse con los criterios del siglo XIX, la era clásica de la democracia [burguesa] en expansión. El siglo XX diferirá en muchos aspectos del XIX, más aún de lo que difieren los tiempos modernos de la Edad Media".[14] Trotsky tenía la sensación de que regresaba a Europa en vísperas de un viraje decisivo de la historia, cuando sólo la revolución socialista podía ofrecer a las naciones occidentales una opción efectiva frente al fascismo. La revolución en el Occidente, creía él, liberaría también a la Unión Soviética del aislamiento y crearía un poderoso contrapeso al enorme atraso que había abrumado a la Revolución Rusa. Tal esperanza no parecía vana. El movimiento obrero occidental, con sus organizaciones de masas intactas y su espíritu combativo amortiguado pero todavía no marchito, era capaz aún de luchar con eficacia. Los partidos comunistas, pese a sus defectos y vicios, todavía tenían en sus filas a la vanguardia de la clase obrera. Trotsky llegó a la conclusión de que lo que hacía falta era abrirle los ojos a la vanguardia frente a los peligros y las oportunidades, enfrentarla a sus responsabilidades, sacudir su conciencia e impulsarla a la acción revolucionaria.

Esa concepción del presente, así como su propio pasado, determinaron el papel peculiar de Trotsky en el exilio. El salió a la palestra como el legatario del marxismo clásico y también del leninismo, que el stalinismo había degradado a un conjunto de dogmas y a una mitología burocrática. Restaurar el marxismo y volver a inculcar en la masa de los comunistas su espíritu crítico eran el prerrequisito esencial de la acción revolucionaria efectiva y la tarea que Trotsky se impuso. Ningún marxista, con excepción de Lenin, había hablado jamás con una autoridad moral comparable a la suya, autoridad que él podía esgrimir tanto como teórico y como comandante victorioso en una revolución; y ninguno había tenido que actuar en una situación tan difícil como la suya, rodeado completamente por una hostilidad implacable y atrapado en un conflicto con el Estado que había surgido de la revolución.

[14] *Ecrits,* vol. I, p. 47.

Trotsky poseía en abundancia, e incluso en superabundancia, el valor y la energía necesarios para acometer tal empresa y para enfrentarse a tal situación difícil. Todos los duros reveses que había sufrido, lejos de embotar sus instintos de luchador, los habían excitado al máximo. Las pasiones de su intelecto y su corazón, siempre extraordinariamente grandes e intensas, alcanzaron ahora una trágica energía tan poderosa y tan elevada como la que anima a los dadores de la ley en la visión de Miguel Angel. Fue esa energía moral la que lo guardó, en esta etapa, de abrigar cualquier sentimiento de tragedia personal. Aún no había en él ni siquiera un asomo de autocompasión. Cuando durante el primer año de exilio concluyó su autobiografía con las palabras: "Aquí no hay tragedia personal de ninguna especie", decía la verdad. Veía su propio destino como un incidente en el gran flujo y reflujo de la revolución y la reacción; y no le importaba gran cosa tener que luchar con todos los recursos del poder a su disposición o hacerlo como un proscrito. La diferencia no afectaba su fe en la causa y en sí mismo. Cuando un crítico bien intencionado comentó que, pese a su caída, el ex-Comisario de la Guerra había conservado toda la claridad y la fuerza de su pensamiento, Trotsky sólo pudo burlarse del filisteo para quien "la claridad de juicio guarda relación con un cargo en el Gobierno".[15] El sentía la plenitud de la vida sólo cuando podía desplegar todas sus facultades y ponerlas al servicio de su idea. Y eso habría de hacer, pasara lo que pasara. Lo que sostenía su confianza era que sus triunfos en la revolución y la guerra civil todavía predominaban en su mente sobre las derrotas que les siguieron. El sabía que aquéllos eran triunfos imperecederos. Tan poderoso había sido el clímax de su vida, que eclipsaba el anticlímax, y ningún poder sobre la tierra podía hacerlo bajar de aquella cumbre. Con todo, la tragedia, implacable y despiadada, se cernía sobre él.

Hacia 1930 Prinkipo era todavía un lugar tan desierto como lo era probablemente en los días en que los hermanos y primos en desgracia de los emperadores bizantinos vegetaban en sus orillas. La propia naturaleza parecía haber concebido el lugar como una penitenciaría para la realeza. Büyük Ada, "una isla de acantilados rojos incrustados en el azul profundo del mar, se inclina sobre éste como un animal prehistórico en el acto de abrevar".[16] En el resplandor de un crepúsculo, su púrpura se desplegaba alegre y retadoramente como una llamarada sobre el azur sereno; después estallaba en un rojo furor de solitario desafío, gesticulando con ira frente al mundo remoto e invisible, hasta que finalmente se hundía resentida en la oscuridad. Los naturales de la isla, unos cuantos pescadores y pastores, que habitaban entre el rojo y el azul, vivían tal como habían vivido

[15] *Mi vida,* tomo II, p. 499.
[16] Max Eastman, *Great Companions,* p. 117.

sus antepasados mil años antes; y "el cementerio de la aldea parecía más vivo que ésta misma".[17] La bocina de un automóvil nunca rompía el silencio; sólo el rebuzno de un asno bajaba del acantilado y el campo aledaños hasta la calle principal. Durante unas cuantas semanas al año irrumpía en la isla la vulgaridad ruidosa: en el verano, multitudes de vacacionistas, familias de comerciantes de Constantinopla, llenaban las playas y las chozas. Después volvía la calma, y sólo el rebuzno del asno saludaba el sosegado y espléndido comienzo del otoño.

A las afueras de Büyük Ada, cercada por altos setos y por el mar, separada por una valla de la aldea y casi tan aislada de ésta como lo estaba ella misma del resto del mundo, se encontraba la nueva morada de Trotsky, una villa espaciosa y mal cuidada que éste le tomó en arriendo a un bajá arruinado. Cuando los nuevos inquilinos la ocuparon, estaba llena de telas de araña. Años más tarde Trotsky recordó la alegría y el celo por la limpieza con que Natalia se enrolló las mangas y obligó a su marido y a su hijo a hacer lo propio para barrer toda la mugre y pintar las paredes de blanco. Mucho más tarde pintaron los pisos con pintura tan barata que al cabo de muchos meses todavía se adhería a sus zapatos. En el centro de la casa había un vasto salón con puertas que daban a una galería frente al mar. En el primer piso se encontraba el cuarto de trabajo de Trotsky, cuyas paredes no tardaron en quedar cubiertas por los libros y periódicos que llegaban desde Europa y América. En la planta baja estaba el secretariado, a cargo de Liova. Un visitante inglés describió "los mármoles deslustrados, el triste pavo real de bronce y el humillado oropel que delataban tanto las pretensiones sociales como el fracaso del propietario turco": el descolorido decorado, concebido para brindar comodidad y prestigio a un bajá retirado, contrastaba cómicamente con el aura espartana que había adquirido la residencia.[18] Max Eastman, que llegó allí cuando la casa estaba llena de secretarios, guardaespaldas y huéspedes, la comparó, por su "falta de comodidad y belleza", con un cuartel vacío. "En estas enormes habitaciones y en el balcón no hay un solo mueble, ni siquiera una silla. Son meros corredores, y las puertas que dan a las habitaciones a cada lado están cerradas. En cada una de esas habitaciones alguien tiene una mesa de oficina o una cama, o ambas cosas, y una silla. Una de ellas, en el piso de abajo, muy pequeña, cuadrada y con paredes blancas, apenas lo bastante amplia para alojar la mesa y las sillas, es el comedor."[19] El visitante norteamericano de mentalidad hedonista reflexionó que "un hombre y una mujer deben de estar casi muertos estéticamente" para vivir en una morada tan austera, cuando "por unos cuantos dólares" podrían

[17] Citado del diario inédito de Trotsky (julio de 1933). *The Archives.*

[18] *The Manchester Guardian,* 17 de marzo de 1931. Véase también a Rosmer en el "Apéndice" en *Ma Vie,* de Trotsky, p. 592.

[19] Eastman, *loc. cit.*

haber hecho de ella un "hogar encantador". No cabe duda de que el lugar no tenía nada del confort de un hogar norteamericano de clase media. Ni siquiera en circunstancias normales se les habría ocurrido a Trotsky y a Natalia establecer un "hogar encantador"; y sus circunstancias en Prinkipo nunca fueron normales. Vivieron allí todo el tiempo como en el cuarto de espera de un muelle, aguardando el barco que se los llevaría. El jardín alrededor de la villa fue abandonado a los hierbajos, "para ahorrar dinero", según le explicó Natalia al visitante que parecía esperar que Trotsky cultivara su parcela. Las energías y el dinero tenían que ahorrarse para una lucha desesperada en la que la casa de Büyük Ada era un cuartel general provisional. Su limpia y sencilla austeridad concordaban con su función.

Desde el momento de su llegada Trotsky se sintió inconforme con su aislamiento y aprensivo por tener que vivir tan al alcance de la GPU y de los emigrados blancos. Frente a la entrada de la casa montaban guardia dos policías turcos, pero él difícilmente podía confiarles su seguridad. Casi inmediatamente empezó sus gestiones para obtener una visa, gestiones que describe en parte en las últimas páginas de su autobiografía.[20]

Aun antes de su deportación por el puerto de Odesa le había pedido al Politburó la obtención de un permiso de entrada a Alemania. El Politburó le informó que el gobierno alemán —un gobierno socialdemócrata encabezado por Hermann Mueller— lo había denegado. Trotsky estaba convencido a medias de que Stalin lo engañaba, de modo que, cuando poco después, el Presidente socialista del Reichstag, Paul Loebe, declaró que Alemania le concedería asilo a Trotsky, éste solicitó en seguida una visa. Pasó por alto el hecho de que "la prensa democrática y la socialdemócrata hacían resaltar, no sin cierta fruición, el hecho de que un defensor de la dictadura revolucionaria se viera obligado a buscar asilo en un país democrático" y expresaban la esperanza de que aquella lección lo enseñase "a respetar un poco más, en lo sucesivo, las instituciones de la democracia". La lección, sin embargo, fue poco edificante. El gobierno alemán le preguntó primero a qué restricciones estaría dispuesto a someterse. El contestó: "Propóngome vivir completamente aislado fuera de Berlín, no actuar nunca en asambleas públicas y limitarme a mis trabajos de publicista, dentro de lo que consientan las leyes alemanas." A continuación le preguntaron si estaría dispuesto a entrar en Alemania exclusivamente para someterse a tratamiento médico. Cuando contestó que, al no tener otra alternativa, se contentaría incluso con eso, se le informó que en opinión del gobierno alemán él no estaba tan enfermo como para tener necesidad de un tratamiento especial. Trotsky le telegrafió al doctor K. Rosenfeld, un abogado socialdemócrata que se había hecho cargo, por iniciativa

[20] *Mi vida*, tomo II, pp. 477 y sigs. *The Archives.*

propia, de las gestiones para lograr su admisión en Alemania: "¿Es que Loebe quiso brindarme el derecho de asilo o el derecho al cementerio?" Y en su autobiografía comenta: "Poco a poco, en el término de unas cuantas semanas, el principio democrático había venido a reducirse a una tercera parte de su contenido original. El derecho de asilo convirtióse, primero, en un derecho de residencia bajo un estado de excepción; luego, en un derecho al tratamiento médico; y, por fin, en un derecho a la sepultura."

La Cámara de los Comunes británica discutió en febrero de 1929 la cuestión de la admisión de Trotsky en Inglaterra. El gobierno hizo claro que no le permitiría la entrada. El país estaba a punto de celebrar elecciones y se esperaba que el Partido Laborista volviera al poder. Antes de terminar abril, dos lumbreras del fabianismo, Sidney y Beatrice Webb, llegaron a Constantinopla y le pidieron respetuosamente a Trotsky que los recibiera.[21] A despecho de antiguas animosidades políticas, él los acogió cortésmente y los interrogó con avidez sobre la situación económica y política de la Gran Bretaña. Los Webb expresaron su confianza en el triunfo electoral del Partido Laborista, y él dijo que entonces solicitaría su visa. Sidney Webb se lamentó de que el gobierno laborista dependería del apoyo de los liberales en la Cámara, y que éstos se opondrían a la entrada de Trotsky. Al cabo de unas cuantas semanas Ramsay MacDonald formó efectivamente su segundo gobierno con Sidney Webb, entonces Lord Passfield, como uno de sus ministros.

A principios de junio Trotsky solicitó su visa en el consulado británico en Constantinopla y le cablegrafió una petición formal a MacDonald. También le escribió a Beatrice Webb, en términos tan elegantes como ingeniosos, sobre sus conversaciones en Prinkipo y la atracción que Gran Bretaña, especialmente el Museo Británico, ejercía sobre él. Se dirigió a Philip Snowden, Ministro de Hacienda, diciéndole que las diferencias políticas no deberían impedirle visitar Inglaterra, del mismo modo que no habían impedido la visita de Snowden a Rusia cuando Trotsky estaba en el poder. "Espero poder corresponderle dentro de poco la amable visita que usted me dispensó en Kislovodsk", le cablegrafió a George Lansbury.[22] Todo fue en vano. Sin embargo, no fueron los liberales quienes

[21] La correspondencia de los Webb con Trotsky se encuentra en *The Archives*, Sección cerrada. La carta en que le piden a Trotsky que los reciba está fechada el 29 de abril de 1929.

[22] Las copias de la solicitud, cables y cartas se encuentran en *The Archives*, Sección cerrada. La carta a Beatrice Webb, escrita en francés "con la ayuda de Rosmer", dice entre otras cosas: "Je me souviens avec plaisir de votre visite. Ce fût pour moi une surprise agréable et, bien que nos points de vue se soient révelés irreductibles, ce que nous savions bien du reste, la conversation avec les Webbs m'a montré que celui qui à étudié la désormais classique histoire du trade-unionisme pouvait encore bien tirer profit d'un entretien avec ses auteurs." Refiriéndose a la

se opusieron a su entrada. Por el contrario, protestaron contra la actitud de los ministros laboristas; y Lloyd George y Herbert Samuel intercedieron varias veces, en privado, en favor de Trotsky.[23] "Esta es una variante", observó éste, "que el señor Webb no previó." En diferentes ocasiones, durante dos años, el asunto fue planteado en el Parlamento y en la prensa H. G. Wells y Bernard Shaw escribieron dos declaraciones de protesta contra la denegación del permiso de entrada para Trotsky; y J. M. Keynes, C. P. Scott, Arnold Bennett, Harold Laski, Ellen Wilkinson, J. L. Garvin, el obispo de Birmingham y muchos otros instaron al gobierno a que reconsiderara su decisión. Las protestas y las excitativas cayeron en oídos sordos. "A veces", escribe Trotsky en su autobiografía, "parecíame estar asistiendo a la representación de una especie de comedia... en un acto, titulada 'Los principios de la democracia'... que podría haber escrito Bernard Shaw si a ese líquido 'fabiano' que corre por sus venas se le añadiese una buena dosis de la sangre de Jonathan Swift."

Shaw, aun cuando su aguijón satírico no fuera el más agudo en esta ocasión, hizo lo que pudo. Le escribió a Clynes, Ministro del Interior, acerca de la "irónica situación... de un gobierno laborista y socialista que le niega el derecho de asilo a un socialista muy distinguido al mismo tiempo que se lo concede... a los adversarios más reaccionarios. Ahora bien, si el gobierno, al mantener fuera del país al señor Trotsky, hubiese podido silenciarlo además... Pero al señor Trotsky no se le puede silenciar. La fuerza de su talento literario y el atractivo que su extraordinaria carrera han despertado en la imaginación pública del mundo moderno, le permiten aprovechar todos los intentos de perseguirlo... Él se convierte en el inspirador y el héroe de todos los militantes de la extrema izquierda en todos los países". Quienes "lo temían irracionalmente como a un león enjaulado" deberían permitirle entrar en Inglaterra "aunque sólo fuese para tener en su mano la llave de la jaula". Shaw contrastó la conducta de Kemal Pashá con la de MacDonald y consideró "difícil de tragar un ejemplo de liberalidad dado por un gobierno turco a un gobierno británico".[24]

Otros gobiernos europeos no se mostraron más deseosos de "tener en su mano la llave de la jaula" de Trotsky. Los franceses desenterraron la orden de expulsión dictada contra éste en 1916 y la declararon vigente. Los checos, en un principio, se manifestaron dispuestos a recibirlo, y el minis-

atracción que Inglaterra ejercía sobre él, Trotsky menciona "ma sympathie déjà ancienne pour le British Museum".

[23] *The Archives,* Sección cerrada, Legajos Británicos. El corresponsal inglés de Trotsky que lo mantenía al corriente de estos acontecimientos era un primo de Herbert Samuel. Este corresponsal citó al propio Samuel como fuente de su información.

[24] Citado de la copia de la carta de Shaw a Clynes, el Secretario del Interior, que se conserva en *The Archives, ibid.* Shaw también intercedió ante Henderson, el Secretario de Relaciones Exteriores, quien "se negó a intervenir".

tro socialista de Masaryk, doctor Ludwig Cech, dirigiéndose a él como "Muy respetado camarada", le informó, de acuerdo con Benes, que la visa había sido concedida; pero la correspondencia terminó fríamente, tratando al "camarada" como *"Herr"* y con una negativa no explicada.[25] Los holandeses, que le habían dado asilo al Kaiser Guillermo, no se lo dieron a Trotsky. En una carta a Magdeleine Paz, éste escribió irónicamente que, puesto que él ni siquiera conocía el idioma holandés, el gobierno podía estar seguro de que no intervendría en los asuntos internos de Holanda, y que estaba dispuesto a vivir de incógnito en cualquier rincón rural.[26] Los austriacos tampoco estuvieron dispuestos a dar a otros "un ejemplo de liberalidad". El gobierno noruego declaró que no podía permitir su ingreso en el país porque no podía garantizar su seguridad. Los amigos de Trotsky sondearon incluso a los gobernantes del Ducado de Luxemburgo. "Europa sin visado", comentó Trotsky en su autobiografía. "¡Y no hablemos de Norteamérica! Los Estados Unidos no tienen sólo el privilegio de ser el país más fuerte, sino también el más miedoso del mundo... De modo que el título puede ampliarse: *Europa y América sin visado.* Y como estos dos continentes rigen el resto del mundo, la conclusión es indiscutible: *El planeta sin visado.*" "Por todas partes oigo decir que mi vicio más imperdonable es la falta de fe en la democracia... Pero el caso es que cuando a mí se me ocurre pedir que me den una lección práctica de democracia, todo el mundo se excusa."[27]

La verdad es que, aun en el exilio, Trotsky inspiraba temor. Los gobiernos y los partidos gobernantes le hicieron sentir que nadie puede encabezar una gran revolución, desafiar a todos los poderes establecidos e impugnar los sagrados derechos de la propiedad con impunidad. La Europa burguesa contemplaba con asombro y regocijo el espectáculo cuyo único precedente había sido, en verdad, la caída de Napoleón: nunca desde entonces tantos gobiernos habían proscrito a un hombre ni un hombre había suscitado animosidad y alarma tan generalizadas.[28] Los conservadores no le habían perdonado el papel desempeñado por él en la derrota de la

[25] Correspondencia de Trotsky con el Dr. Cech, Ministro del Interior de Checoslovaquia. *The Archives,* Sección cerrada.

[26] *Ibid.*

[27] *Mi vida,* tomo II, p. 494.

[28] "...Sir Austen Chamberlain [el Secretario de Relaciones Exteriores]", escribió Trotsky, "ha expresado la opinión, según las informaciones periodísticas... de que las relaciones normales [entre Gran Bretaña y la Unión Soviética] ...serán perfectamente posibles el día después que Trotsky haya sido enviado al paredón. Esta fórmula lapidaria hace honor al temperamento del Ministro Conservador... pero... yo me tomo la libertad de aconsejarle... que no insista en esa condición. Stalin ha demostrado suficientemente hasta dónde está dispuesto a llegar para satisfacer a Mr. Chamberlain al expulsarme de la Unión Soviética. Si no ha llegado más lejos, ello no se debe a falta de buena voluntad. Sería en realidad demasiado irrazonable perjudicar, debido a esto, a la economía soviética y a la industria británica". *Ecrits,* vol. I, p. 27.

"cruzada de catorce naciones" contra el bolchevismo. Nadie expresó los sentimientos conservadores mejor que Winston Churchill, el inspirador de aquella cruzada, en un ensayo escrito en triunfal tono de escarnio "Sobre el Ogro de Europa". "Trotsky, cuyo ceño fruncido infligió muerte a millares de personas, permanece ahora desconsolado, *como un fardo de trapos viejos,* encallado a orillas del Mar Negro." Andando el tiempo, Churchill reconsideró la frase, y cuando incluyó el ensayo en su libro *Great Contemporaries,* reemplazó el *"fardo de trapos viejos"* con las palabras "Trotsky ... *un odre de maldad"*. Las primeras declaraciones políticas hechas por Trotsky "a orillas del Mar Negro" revelaban que éste seguía siendo el enemigo inconmovible del orden establecido, tan desafiante y seguro de sí mismo como cuando encabezaba al Ejército Rojo y se dirigía al mundo desde la tribuna de la Internacional Comunista. No, no, Trotsky no era "un fardo de trapos viejos"; era "un odre de maldad".[29]

La ignorancia en cuanto a las controversias que habían escindido el bolchevismo aumentaba el odio y el temor. Los periódicos serios no podían asegurar que la deportación de Trotsky no era una farsa y que éste no había salido de su país en virtud de un acuerdo secreto con Stalin para fomentar la revolución en el extranjero. El *Times* de Londres tenía "información digna de confianza" en el sentido de que así era efectivamente y veía la mano de Trotsky tras las manifestaciones comunistas en Alemania.[30] El *Morning Post* informaba, con detalles circunstanciales, sobre negociaciones secretas entre Stalin y Trotsky que habrían de poner a éste nuevamente a la cabeza de las fuerzas armadas; el periódico sabía que, en relación con esto, la hermana de Trotsky había viajado entre Moscú, Berlín y Constantinopla.[31] El *Daily Express* hablaba de "este cuervo posado en la rama del socialismo británico ..." "Aun con las alas y las garras cortadas, no es el tipo de ave que nosotros en Inglaterra podríamos pensar en domesticar." [32] El *Manchester Guardian* y el *Observer* apoyaron con cierto vigor el derecho de Trotsky al asilo político, pero fueron voces solitarias. Los periódicos norteamericanos veían a Trotsky como el "incendiario revolucionario" y a Stalin como "el estadista moderado" con el que

[29] Winston S. Churchill, *Great Contemporaries,* p. 197. Cursivas nuestras. Churchill escribió el ensayo original en respuesta a un artículo de Trotsky publicado en *John o' London's Weekly.* Comentando la semblanza de Lenin escrita por Churchill, Trotsky había señalado que la mayoría de las fechas mencionadas por Churchill eran erróneas y que éste mostraba una total falta de comprensión del carácter de Lenin a causa del abismo que lo separaba del fundador del bolchevismo. "Lenin pensaba en términos de épocas y de continentes, Churchill piensa en términos de fuegos artificiales parlamentarios y de *feuilletons.*"

[30] *The Times,* 10 de mayo de 1929.

[31] *Morning Post,* 6-8 de julio de 1929. La información fue reproducida en muchos periódicos europeos. Véase, por ejemplo, *L'Intransigeant* del 8-9 de julio.

[32] *Daily Express,* 19 de junio de 1929.

los Estados Unidos podían entenderse.[33] La prensa derechista y nacionalista de Alemania era vociferante y rabiosa: "Alemania tiene bastantes dificultades... consideramos superfluo aumentarlas brindándole hospitalidad a este poderosísimo propagandista del bolchevismo", dijo el *Berliner Boersenzeitung.*[34] "Trotsky, el sabueso judío-soviético, tiene la intención de residir en Berlín", escribía el *Beobachter* de Hitler. "Tendremos que mantener un ojo vigilante sobre este judío asesino y criminal." [35]

Los partidos socialdemócratas, especialmente los que estaban en el poder, sentían su conciencia democrática agitada por ciertos escrúpulos, pero no estaban menos asustados. Cuando George Lansbury protestó en una reunión del Gabinete británico contra el tratamiento que se le daba a Trotsky, el Primer Ministro, el Ministro de Relaciones Exteriores y el Ministro del Interior le replicaron: "Allá está en Constantinopla, apartado del camino; a nadie le conviene que esté en otro lugar. Todos le tememos."[36] Beatrice Webb, expresando la admiración que le merecían su intelecto y su "carácter heroico", le escribió a Trotsky: "Mi esposo y yo lamentamos mucho que a usted no se le haya permitido entrar en Inglaterra. Pero me temo que a cualquier persona que predique la permanencia de la revolución, es decir, que introduzca la guerra revolucionaria en la política de otros países, siempre se le impedirá entrar en esos otros países." [37] Históricamente, esto no era del todo cierto: Karl Marx y Friedrich Engels pasaron la mayor parte de sus vidas como refugiados en Inglaterra, "predicando la permanencia de la revolución". Pero los tiempos habían cambiado, y Marx y Engels no habían tenido la fortuna y la desgracia de convertirse de oscuros exiliados políticos en jefes de una revolución real y después nuevamente en exiliados. A Trotsky no le causaron gran sorpresa los sentimientos a que daba lugar. Se negó a solicitar visas más diplomáticamente, como le sugirieron los Paz: no estaba dispuesto a mover hilos tras bastidores y abstenerse de hacer peticiones públicas.[38] Aun

[33] Véanse, por ejemplo, *The New York American* y *The New York World* del 27 de febrero de 1929. "Stalin, ruso inteligente", escribió el segundo, "sabe que el poder sin dinero es una sombra, y por consiguiente se inclina hacia el dinero"; y esto debería "interesar al gobierno conservador de los Estados Unidos".

[34] *Berliner Börsenzeitung,* 1o. de febrero de 1929.

[35] 9 de febrero de 1929. El más "respetable" *Hamburger Nachrichten* del 25 de enero de 1929 decía: "Stalin está cosechando las consecuencias de su error al no haber enviado a Trotsky y su pandilla al Más Allá..."

[36] La fuente de esta información es el propio Lansbury. Este se la comunicó al corresponsal inglés de Trotsky, a quien le aseguró que seguía oponiéndose a la decisión del Gabinete y que "todo lo que pueda hacer tras bastidores para aconsejarlo a usted, lo haré". *The Archives,* Sección cerrada.

[37] Beatrice Webb escribió el 30 de abril de 1930 para agradecerle a Trotsky el obsequio de un ejemplar de *My Life.* Concluía la carta ofreciéndole al "propagandista subversivo" su ayuda en forma de libros, periódicos y documentos.

[38] Magdeleine Paz a Trotsky, 14 de junio de 1929. *The Archives,* Sección cerrada.

mientras buscaba un refugio, estaba enfrascado en una lucha de ideas. Sabía que los gobiernos y las clases gobernantes le rendían un homenaje al confesar el temor que les inspiraba: no podían tratarlo como a un solicitante particular; tenían que tratarlo como una institución y como la encarnación de la revolución militante.

Sin esperar por los resultados de sus muchas solicitudes y gestiones para obtener visas, Trotsky se puso a trabajar. Durante las primeras semanas de su llegada a Prinkipo hubo un ajetreo inusitado en la isla. Periodistas de todos los continentes acudieron a entrevistarlo. Aparecieron visitantes y amigos: en un solo mes, el de mayo, sólo de Francia llegaron siete y permanecieron en el lugar varias semanas, incluso meses. Jóvenes trotskistas se presentaron para servir como guardaespaldas y secretarios. Editores alemanes y norteamericanos lo visitaron para contratar la publicación de libros suyos y para ofrecerle anticipos sobre sus derechos de autor. Comunistas disidentes de todas partes le escribieron para aclarar cuestiones de ideología y política; y al poco tiempo, al contestar sistemáticamente cada pregunta y archivar escrupulosamente montañas de papel, Trotsky se encontró inmerso en una correspondencia de asombroso volumen que hubo de continuar atendiendo, independientemente de las circunstancias, hasta el fin de su vida. Empezó a preparar el primer número del *Bulletin Oppozitsii*, el pequeño periódico que empezó a aparecer en julio y que habría de ser su tribuna principal para la discusión de los asuntos internos del Partido y su medio de comunicación más importante con la Oposición dentro de la Unión Soviética. No fue fácil redactarlo en Büyük Ada y encontrar impresores rusos en París primero y después en Berlín. Al mismo tiempo se dispuso a organizar su masa internacional de partidarios.

Además de lo anterior, durante los primeros meses de su estadía en la isla preparó varios libros para su publicación. Deseaba darle a conocer al mundo la Plataforma de la Oposición Conjunta de 1927, que habría de ver la luz bajo el título de *La verdadera situación en Rusia*. Reunió una colección de documentos, suprimidos en la Unión Soviética, que formaron el volumen sobre *La escuela stalinista de falsificación*. En *La Tercera Internacional después de Lenin* presentó su "Crítica al Proyecto de Programa de la Tercera Internacional" y el mensaje que le había dirigido desde Alma Ata al VI Congreso de la organización. Versiones abreviadas y parcialmente alteradas de estos textos habían aparecido ya en el extranjero, lo cual era una razón adicional de que Trotsky deseara dar a conocer los documentos en forma completa y auténtica. *La Revolución Permanente* fue el pequeño libro, escrito también en Alma Ata, en el que reenunció y defendió su teoría en la controversia con Rádek.

El principal fruto literario de la temporada fue, sin embargo, *Mi vida*. Instado por Preobrazhensky y otros amigos a que escribiera su autobiogra-

fía, él había esbozado en Alma Ata los capítulos iniciales sobre su infancia y juventud; y en Prinkipo continuó apresuradamente la obra, enviando los capítulos, a medida que los terminaba, a sus traductores alemanes, franceses e ingleses. Su progreso fue tan rápido que cabría preguntarse si no habría escrito en Alma Ata algo más que las partes iniciales. Menos de tres meses después de su llegada a Büyük Ada pudo escribirles a los Kliachko, una vieja familia de revolucionarios rusos radicada en Viena con la que había tenido relaciones de amistad mucho antes de 1914: "Todavía estoy completamente inmerso en esta autobiografía, y no sé cómo salirme de ella. Podría haberla terminado virtualmente hace mucho, pero una maldita minuciosidad no me permite concluirla. Sigo buscando referencias, cotejando fechas, tachando una cosa e insertando otra. Más de una vez me he sentido tentado de arrojarlo todo al fuego de la chimenea y dedicarme a un trabajo más serio. Pero, qué se le va a hacer, estamos en verano y no hay fuego en la chimenea, y, de paso sea dicho, tampoco hay chimeneas aquí."[39] En mayo le había enviado a Alexandra Ramm, su traductora alemana, una gran parte de la obra; pocas semanas después ella ya tenía en sus manos los capítulos sobre la guerra civil. Pero en julio su "maldita minuciosidad" volvió a importunarlo, y se puso a reescribir las primeras páginas del libro. A comienzos del otoño el original completo había sido despachado y algunos fragmentos empezaron a aparecer, en serie, en los periódicos. Mientras corregía cuidadosamente las traducciones alemana y francesa, se preparaba para dar comienzo a la *Historia de la Revolución Rusa,* cuya primera sinopsis Alexandra Ramm recibió antes de terminar noviembre.[40]

En medio de esta febril actividad nunca estuvo exento de preocupaciones por los hijos, nietos y amigos que había dejado "al otro lado de la frontera". La congoja de la agonía y la muerte de Nina aún estaba viva en su mente cuando la enfermedad de Zina, la hija mayor de su primer matrimonio, vino a conturbarlo. Pidió noticias de ella a través de París, desde donde los Paz se mantenían en contacto con su familia en Moscú por medio de un simpatizador en el personal de la Embajada soviética. Zina sufría de tisis, y la muerte de su hermana, la persecución de su padre, la deportación a Siberia de Platón Volkov, su marido, y las dificultades con que tropezaba para mantenerse viva ella misma y sus dos hijos, habían alterado su equilibrio mental. Había tratado en vano de obtener un permiso oficial para salir del país y reunirse con su padre. Trotsky la sostenía económicamente, y sus simpatizantes instaron al gobierno soviético a que le conce-

[39] La carta fue escrita el 1o. de junio de 1929. *The Archives,* Sección cerrada.
[40] Alexandra Ramm, de origen ruso, era la esposa de Franz Pfemfert, director del semanario radical *Aktion*. Pfemfert había sido expulsado del Partido Comunista como "ultrarradical" después del III Congreso de la Comintern, cuando la influencia de Trotsky estaba en su apogeo; pero él y su esposa, pasando por alto las diferencias políticas, conservaron hasta el final una cálida amistad con Trotsky.

diera un permiso de salida. Su madre, Alexandra Sokolóvskaya, se encontraba aún en Leningrado, aunque nadie sabía cuánto tiempo la dejarían permanecer allí, y atendía a los niños de Nina (cuyo padre, Man-Nevelson, también había sido deportado y encarcelado). Esto no era todo: la esposa y el hijo de Liova también habían quedado en Moscú abandonados a su suerte. Así, pues, entre los parientes cercanos de Trotsky no menos de cuatro familias habían sido dispersadas por el despiadado conflicto político. Y casi cada semana llegaban noticias sobre la persecución contra los amigos e indecibles penurias, enfermedades en la cárcel, hambre, choques con los carceleros, huelgas de hambre, suicidios y muertes. Trotsky hacía lo que podía para promover protestas, especialmente contra la persecución de que era víctima Rakovsky, hasta hacía poco el más conocido y respetado de los embajadores soviéticos en el Occidente, que era llevado de un lugar de deportación a otro y sufría ataques cardiacos, y del que no se recibieron noticias durante varios meses.

La vitalidad de Trotsky se sobrepuso a la ansiedad, la preocupación y la fatiga. Ahogó sus aflicciones en el trabajo tenaz y en el intercambio de ideas con sus amigos y partidarios; y buscó alivio a la tensión del trabajo remando y pescando en las azules aguas del Mármara. Aun mientras descansaba era incapaz de contener su energía; tenía que descargarla en un esfuerzo constante. Al igual que en Alma Ata, sus excursiones de pesca constituían complicadas expediciones con grandes botes, piedras y redes de barredera. Solía hacer largas travesías, acompañado de dos pescadores turcos que gradualmente se convirtieron en miembros del grupo familiar; y con ellos trajinaba, arrastraba redes y piedras, y cargaba de regreso grandes cantidades de pescado. (Eastman, a quien le resultaba desagradable la "forma de descanso" de Trotsky, se preguntaba "si aquélla era la actitud en la que solía ir a pescar: intensa, rápida, sistemática, organizada para el éxito, igual que cuando se dirigía a Kazán a derrotar a los Ejércitos Blancos".)[41] Era incapaz de utilizar su fuerza, física o mental, ahorrativamente; y ni siquiera la mala salud crónica parecía reducir su vigorosa agilidad. Algunas veces salía a pescar solo y, para alarma de su familia y sus secretarios, desaparecía por largos periodos. Uno de sus partidarios que llegó en una de esas ocasiones preguntó si Trotsky no temía que la GPU pudiera tenderle una trampa mar afuera. Trotsky le replicó, en tono un tanto fatalista, que la GPU era tan poderosa que, cuando decidiera destruirlo, él de todos modos estaría inerme. Mientras tanto, no veía razones para convertirse en su propio carcelero y privarse de la poca libertad que le quedaba y del color y el gusto de la vida.[42]

[41] Eastman, *loc. cit.*

[42] M. Parijanine describe vívidamente una excursión de pesca con Trotsky mar afuera en Asia Menor: "...él estaba empeñado en obtener su trofeo... uno podía intuir su secreta felicidad... estaba dominando los elementos". Al caer la noche se vieron cogidos por una gran tormenta. La embarcación estuvo a punto de zozobrar;

Las aprensiones con que había llegado a Turquía se atenuaron. Los turcos se comportaban correctamente e incluso se mostraban deseosos de ayudarlo. Kemal Pashá cumplía su palabra, aunque Trotsky se aferraba a su incredulidad. Los dos guardias apostados a la entrada de la villa se aficionaron tanto a su encargado que también se integraron en el grupo familiar, hacían mandados y ayudaban en las tareas domésticas. Los emigrados blancos no intentaron penetrar los altos setos y verjas. Incluso la GPU parecía remota y desinteresada. Esta apariencia, sin embargo, era engañosa: la GPU no se había olvidado de Trotsky en modo alguno. Con mucha frecuencia uno de sus agentes, haciéndose pasar por partidario ardiente de Trotsky, se colaba entre quienes lo rodeaban como secretario o guardaespalda. "Un lituano llamado Franck se quedó en Prinkipo durante cinco meses", escribe Natalia. "Más tarde nos enteramos de que era un delator del Servicio Secreto Ruso, al igual que un tal Sobolevicius, también lituano, que permaneció con nosotros durante poco tiempo (su hermano, Roman Well, actuó como agente provocador en los círculos de la Oposición en París y la Europa central...).[43] Lo malo era que no todos los que eran denunciados como agentes provocadores desempeñaban necesariamente ese papel, en tanto que los espías más peligrosos nunca fueron descubiertos. Sobolevicius, por ejemplo, encarcelado treinta años después en los Estados Unidos, había espiado a Trotsky durante la época de Prinkipo.[44] Sin embargo, toda su correspondencia con Trotsky y las circunstancias de su rompimiento con éste hacen dudar de la veracidad de esa parte de su confesión. El propio Sobolevicius rompió con Trotsky después de haber expresado abierta y reiteradamente importantes desacuer-

el gendarme turco que los acompañaba lloraba de miedo; y Trotsky empuñó los remos y luchó vigorosamente contra la marejada. Tales eran su serenidad, su preocupación por los acompañantes y su humor, que Parijanine pensó en "Don't fear... thou hast Caesar and his fortunes with thee". Hallaron refugio en una choza deshabitada en una pequeña isla desierta. A la mañana siguiente, sin nada que comer, cazaron dos conejos. Parijanine, que sólo había logrado herir a su conejo, lo remató. "Un cazador no hace eso", dijo Trotsky, "a un animal herido no se le da muerte". Mientras tanto, las autoridades turcas habían iniciado una búsqueda; y algunos campesinos acudieron al rescate. Trotsky recibió la ayuda ironizando sobre sí mismo al recordar un cuento de Schedrín sobre dos generales rusos perdidos en tierra desconocida e incapaces de procurarse el mínimo sustento. "¡Ah!", suspira uno de ellos, "¡si sólo pudiéramos encontrar a un *muzhik* por aquí!" "Y he aquí que el *muzhik* aparece en seguida, y en un momento hace todo lo que había que hacer." "A León Trotsky", *Les Humbles*, mayo-junio de 1934.

[43] V. Serge, *Vie et Mort de Trotsky*, pp. 201-202.

[44] Véase *Hearing before the Subcommittee to Investigate the Administration of the Internal Security Act*, etc., *United States Senate*, 21 de noviembre de 1957, pp. 4875-4876, donde Sobolevicius aparece bajo el nombre de Jack Soble. En su correspondencia con Trotsky, éste usó el seudónimo de Senin. Su hermano el doctor Soblen, también sentenciado, huyó de los Estados Unidos a Israel en 1962, pero allí se le negó asilo. Mientras era llevado de regreso a los Estados Unidos, vía Inglaterra, intentó suicidarse en dos ocasiones y murió en Londres.

dos políticos, que no es la manera como se comportaría un agente provocador. Trotsky acabó por denunciarlo como stalinista, pero no creyó que fuera un agente provocador. Sea cual fuere la verdad, tanto Sobolevicius como su hermano gozaron de la confianza casi incondicional de Trotsky durante los primeros tres años de la estancia de éste en Prinkipo. Ninguno de los dos era un recién llegado a los círculos trotskistas. Sobolevicius había residido en Rusia como corresponsal del periódico marxista de izquierda *Saechsische Arbeiterzeitung*, y allí ingresó en la Oposición trotskista en 1927. Tanto él como su hermano no sólo militaron muy activamente en Francia y Alemania, sino que le hacían llegar a Trotsky abundante información provechosa y materiales de referencia para sus libros, lo ayudaron a publicar el *Bulletin Oppozitsii*, y a través de sus manos pasó una gran parte de su correspondencia clandestina con la Unión Soviética, cartas escritas con sustancias químicas, direcciones confidenciales, etc.

En una organización clandestina es casi imposible librarse completamente del agente provocador. La organización es invariablemente el blanco del delator, y es tan fácil errar por exceso de suspicacia, lo cual puede paralizar toda la organización, como por falta de vigilancia. Lo que agravaba las cosas para Trotsky era que sólo muy pocos de sus partidarios occidentales estaban familiarizados con el idioma y los antecedentes rusos, de modo que él dependía indebidamente de esos pocos. Su trabajo habría sido casi imposible sin la ayuda de Liova. Pero eso no bastaba, y Trotsky aceptaba el sacrificio de su hijo con inquietud, pues para un hombre menor de veinticinco años era un sacrificio condenarse a una existencia de ermitaño en Prinkipo. Trotsky, por consiguiente, andaba demasiado a menudo en busca de un secretario ruso, y ello facilitaba el ingreso del delator en su círculo íntimo. Ocasionalmente los amigos evitaban dificultades mediante un aviso oportuno. Así, por ejemplo, a principios de 1930, Valentin Olberg, un hijo de mencheviques rusos que se hacía pasar por trotskista, se esforzó por obenter acceso a Prinkipo como secretario. Pero, desde Berlín, Franz Pfemfert y Alexandra Ramm, que sospechaban del solicitante, le comunicaron a Trotsky sus temores y Olberg fue rechazado. En 1936 éste hubo de comparecer como acusado y testigo contra Trotsky, Zinóviev y Kámenev en el primero de los grandes procesos de Moscú.[46] Tales avisos oportunos eran sumamente escasos, sin embargo, y en los años siguientes la figura furtiva del agente provocador hubo de seguir a Trotsky como una maldición.

[45] La correspondencia entre Trotsky, Sobolevicius y su hermano R. Well (Dr. Soblen) ocupa dos legajos en la Sección cerrada de *The Archives*.

[46] Correspondencia de Pfemfert con Trotsky, abril de 1930, *ibid*. Olberg era miembro de la *Reichsleitung* de la Oposición alemana. Despertó sospechas debido a sus insistentes preguntas sobre los contactos de Trotsky con sus seguidores en la Unión Soviética. (Véase también la correspondencia entre Olberg y Liev Sedov.) El que fuera un agente provocador en 1930 o se convirtiera en tal posteriormente es

La situación económica de Trotsky durante el periodo de Prinkipo fue mucho mejor de lo que él había esperado. La remuneración que recibía por sus trabajos literarios era abundante, la vida en la isla era barata y sus necesidades y las de su familia eran sumamente modestas. A medida que el número de habitantes de la villa aumentó, contando a los secretarios y a los visitantes que permanecían largo tiempo en el lugar, y que la correspondencia se hizo casi tan voluminosa como la de una oficina gubernamental, los gastos se elevaron a 12 000 y aun a 15 000 dólares al año.[47] Un numeroso público lector internacional le aseguró a Trotsky derechos de autor correspondientemente cuantiosos. Por sus primeros artículos escritos en Constantinopla recibió 10 000 dólares, de los cuales apartó 6 000 como fondo de publicación para el *Bulletin Oppozitsii* y para periódicos trotskistas franceses y hasta norteamericanos. Más entrado el año recibió considerables anticipos por las diversas ediciones de *Mi vida*, 7 000 dólares por la sola edición norteamericana. En 1932 el *Saturday Evening Post* pagó 45 000 dólares por la publicación de la *Historia de la Revolución Rusa* en números sucesivos de la revista.[48] Cuando Trotsky salió del consulado soviético en Constantinopla, le tomó prestados 20 000 francos a Maurice Paz. Un año después pagó la deuda y no tuvo necesidad de pedir más préstamos. Cuando en mayo de 1929 Paz le preguntó si no tenía problemas económicos, Trotsky le contestó que, por el contrario, ahora podía ayudar económicamente a sus amigos políticos en el Occidente. Esto último, como lo demuestran su correspondencia y sus cuentas que se conservan, lo hizo con una generosidad que algunos de los beneficiarios llegaron a explotar en forma un tanto indebida.

Mucho antes de su derrota, Trotsky, Zinóviev y aun Shliápnikov habían hecho intentos para organizar a sus partidarios en los Partidos Comunistas extranjeros. Esos esfuerzos no fueron del todo estériles en un principio, pese a las excomuniones y expulsiones.[49] Sin embargo, las maniobras y repliegues tácticos de la Oposición rusa desorientaron a los comunistas en el extranjero en la misma medida en que las represalias stalinistas los

algo que, como en el caso de Sobolevicius, no se ha comprobado definitivamente. Después del ascenso del nazismo, en 1933-34. Olberg, según se dice, vivió en pobreza extrema como emigrado político en Checoslovaquia. Es posible, por supuesto, que haya actuado como delator stalinista por razones "ideológicas", sin recibir ninguna recompensa. Fue uno de los acusados y principales testigos de cargo en el proceso contra Zinóviev en 1936, y fue condenado a muerte.

[47] Eastman, *op. cit.*

[48] Estos datos están extraídos de las cuentas de Trotsky y de su correspondencia con sus editores y agentes literarios. *The Archives,* Sección cerrada.

[49] En una carta escrita a Sobolevicius y Well el 4 de noviembre de 1929, Trotsky mantenía que el *Leninbund* alemán llevaba a cabo sus actividades con dinero que sus dirigentes habían recibido de Piatakov antes de que éste capitulara. La escala de esas actividades era tan modesta que una suma muy pequeña de dinero habría permitido realizarlas.

intimidaron. La capitulación final de la facción zinovievista desmoralizó a sus partidarios extranjeros. Los reveses y la deportación de Trotsky no habían tenido exactamente el mismo efecto. A los ojos de los comunistas que no estaban todavía dispuestos a someterse a los dictados stalinistas, su autoridad moral seguía siendo tan grande como siempre; y la leyenda que rodeaba su nombre, la leyenda de la militancia indomable y la victoria, se enriqueció con la nueva nota de martirio. Con todo, la Comintern había estigmatizado ya el trotskismo con tal brutalidad y estaba extirpándolo de sus secciones extranjeras con tal ferocidad, que ningún comunista podía contar con ganar alguna ventaja al abrazar la herejía; y fueron pocos los que se dispusieron a seguir al mártir por su sendero.

Desde Prinkipo, Trotsky acometió la empresa de volver a agrupar a sus partidarios, pasados y presentes. El hecho de que no tuviera ningún poder que compartir con ellos no era, en su opinión, motivo de desesperanza. Sabiendo que los oportunistas y los burócratas no responderían, se dirigió sólo a los reflexivos y a los desinteresados. ¿No había consistido siempre la fuerza de una organización revolucionaria en la profundidad de la convicción que animaba a sus miembros y en su devoción más bien que en su cantidad? Al terminar la década, el dominio de Stalin sobre la Comintern era todavía superficial. Casi todos los que hayan militado en el Partido Comunista durante aquellos años pueden testimoniar sobre la perplejidad y la renuencia con que tanto los cuadros como los militantes de base empezaron a adaptarse a la nueva ortodoxia consagrada en Moscú. Debajo de la conformidad, que todavía era apenas un barniz, había malestar, incredulidad e inquietud; y había viejos hábitos de pensamiento marxistas y conciencias intranquilas para las que el destino de Trotsky era un desafío constante. El buen militante consideraba como su deber supremo la solidaridad con la Revolución Rusa, y por consiguiente no podía asumir la responsabilidad de contradecir a los hombres que ahora gobernaban en Moscú, que hablaban con la voz de la revolución y que insistían en que el comunista extranjero aprobara, en células y comités, resoluciones condenatorias del trotskismo. El militante votaba como se le exigía que votara, pero toda la "campaña" seguía siendo para él un triste enigma. La saña con que se llevaba a cabo lo ofendía vagamente. Era incapaz de discernir el motivo que la animaba y a veces se preguntaba por qué tenían que exigirle a él su modesta adhesión a los sobrecogedores anatemas pronunciados desde tan arriba. Los militantes de extracción obrera, con excepción de los muy jóvenes o los mal enterados, recordaban los días de gloria de Trotsky, sus resonantes embestidas contra el capitalismo mundial y sus encendidos manifiestos que habían conmovido a muchos de ellos e incluso habían llevado a algunos a las filas del Partido. El cambio de actitud del Partido frente al hombre a quien ellos recordaban como el compañero más íntimo de Lenin parecía incomprensible. Con todo, era poco o nada lo que

podían hacer al respecto. Aquí y allá unos cuantos hombres disgustados con esta o aquella manipulación de la "Línea del Partido" renunciaban a éste, pero la mayoría reflexionaba que tal vez no deberían preocuparse más de la cuenta por lo que parecía ser una disputa entre los grandes jefes, que Rusia en todo caso estaba muy lejos y era difícil de entender, pero que sus propios enemigos de clase sí estaban cerca y contra ellos el Partido Comunista luchaba justa y valerosamente. Continuaron siendo fieles al Partido, pero a pesar del stalinismo y no gracias a éste; y durante algún tiempo todavía se encogieron de hombros, abochornados, cuando escuchaban a los jerarcas del Partido tronar contra Trotsky, "el traidor y contrarrevolucionario".

El prestigio de Trotsky entre la intelectualidad de izquierda y radical era aún inmenso. Cuando Bernard Shaw escribía sobre él diciendo que volvía a convertirse en el "inspirador y héroe de todos los militantes de la extrema izquierda en todos los países", no estaba tan lejos de la verdad como pudo parecer más tarde.[50] Ya hemos visto la impresionante lista de celebridades de la Inglaterra radical que hablaron en defensa de Trotsky contra su propio gobierno. (Cierto es que el Partido Comunista británico estaba menos "infectado de trotskismo" que cualquier otro; sin embargo, en la correspondencia de Trotsky en Prinkipo se encuentra un grueso legajo de cartas sumamente cordiales y reveladoras que él se cruzó con un escritor comunista inglés que posteriormente se hizo notorio por su ortodoxia stalinista.) Entre los poetas, novelistas y artistas europeos y americanos, famosos ya o en vías de alcanzar la fama, André Breton y otros de la escuela surrealista, Henrietta Roland Holst, la poetisa holandesa, Panait Istrati, cuya meteórica y triste carrera literaria estaba entonces en su cenit, Diego Rivera, Edmund Wilson, el joven André Malraux y muchos otros se hallaban bajo su hechizo. "Trotsky continuó obsesionando a los intelectuales comunistas", dice un historiador del comunismo norteamericano, y cita como ejemplo a Michael Gold, el conocido escritor y publicista norteamericano que, aún después del pronunciamiento de los primeros anatemas contra Trotsky, "no pudo resistirse a exaltar a Trotsky [en la

[50] Shaw había expresado muchas veces su admiración por Trotsky con ardor inusitado. En una de sus cartas a Molly Tompkins, por ejemplo, escribió: "Ayer... revisé un manojo de informes de los discursos de nuestros grandes jefes de partido y un libro de Trotsky que cuesta media corona... En lo que toca a puro ensañamiento burdo y brutal sería difícil superar las piezas de oratoria de Birkenhead, Lloyd George y Churchill. Para buen sentido, franqueza sin afectación y capacidad mental educada, me quedo con Trotsky en todo momento. Pasar de la campaña presidencial en el país de usted y de las elecciones generales de aquí a los análisis que hace Trotsky de la situación, es trasladarse a otro planeta." G. B. Shaw, *To a Young Actress,* p. 78. Fue Shaw quien primero comparó a Trotsky, el escritor, con Lessing (en términos que tomó prestados de *Zur Geschichte der Philosophie und Religion in Deutschland,* de Heine). Véase mi Prefacio a *El profeta armado.* Véase también p. 340.

revista *New Masses*] como una figura 'casi tan universal como Leonardo da Vinci' ". Todavía en 1930 Gold escribió, entre algunas frases vulgarmente despectivas, que "Trotsky es ahora parte inmortal de la gran Revolución Rusa... una de las leyendas permanentes de la humanidad, como Savonarola o Danton".[51] "La ilimitada admiración por Trotsky no se limitaba a Michael Gold", atestigua otro literato comunista norteamericano, "sino que caracterizaba a todos los radicales del ala extrema en este país que seguían los acontecimientos en Rusia..."

En la mayor parte de los países europeos, grupos de trotskistas y zinovievistas expulsados, encabezados por unos cuantos fundadores de la Internacional Comunista, se mantenían activos. Sólo habían pasado cinco años, más o menos, desde que el Comité Central del Partido Comunista francés había protestado unánimemente ante Moscú contra la campaña antitrotskista. Entre 1924 y 1929 Alfred Rosmer, Boris Souvarine y otros continuaron luchando contra el stalinismo.[52] Las simpatías trotskistas estaban vivas en el círculo revolucionario-sindicalista de Pierre Monatte, que había sido uno de los elementos constituyentes del Partido Comunista francés, pero que posteriormente se había separado de éste. Los zinovievistas mantenían su propio grupo. En Alemania existían el Leninbund y la Oposición de Wedding (así llamada por alusión al distrito obrero más importante de Berlín); pero allí el zinovievismo, representado por Arkadii Máslov y Ruth Fischer, más bien que el trotskismo, le daba tono a la disidencia. Dos importantes dirigentes comunistas italianos, Antonio Gramsci y Amadeo Bordiga, ambos prisioneros de Mussolini, se habían declarado contra Stalin: Gramsci, desde su celda en la cárcel, había enviado su declaración a Moscú, donde Togliatti, representante del Partido ante el Ejecutivo de la Comintern, la suprimió.[53] Andrés Nin, el exponente más idóneo del marxismo

[51] Th. Draper, *American Communism and Soviet Russia,* p. 358; y *Roots of American Communism,* p. 129. Véase también J. Freeman, *An American Testament,* pp. 383-384.

[52] *El profeta desarmado,* pp. 137-138. En 1926, Piatakov, quien entonces era miembro del personal de la Embajada de la URSS en París, trató de unificar a los diversos elementos antistalinistas expulsados del Partido Comunista Francés. En Moscú, Trotsky y Zinóviev estaban formando la Oposición Conjunta, y la tarea de Piatakov consistía en crear un equivalente francés de ésta. Tuvo reuniones con Rosmer, A. Dunois, Loriot, Souvarine, Monatte, Paz y otros, e inició la publicación de *Contre le Courant.* Pero Rosmer y Monatte, hostiles a cualquier idea de un "bloque" de trotskistas y zinovievistas, se negaron a cooperar, y así *Contre le Courant* empezó a aparecer como el órgano francés de la Oposición Conjunta, bajo la dirección de los Paz y Loriot. Rosmer y Monatte continuaron sus actividades antistalinistas independientemente.

[53] *Bulletin Oppozitsii,* núms. 17-18, 1930, véase también la carta de Rosmer a Trotsky del 10 de abril de 1930 en *The Archives,* Sección cerrada. Por esos mismos días aproximadamente tres miembros del Politburó italiano, Ravazzoli, Leonetti y Tresso, se pasaron a la Oposición trotskista. Eran amigos y seguidores de Gramsci, y uno de ellos informó a Rosmer sobre la carta de Gramsci a Togliatti y su supresión. En

en España, se había identificado con la Oposición rusa y se había mantenido en contacto con Trotsky durante varios años.[54] En Holanda, Maring-Sneevliet, el primer inspirador del comunismo indonesio, encabezaba un grupo bastante numeroso de sindicalistas de izquierda opuestos al stalinismo. En Bélgica, Van Overstraeten y Lesoil, ex-jefes del Partido Comunista, y sus seguidores fuertemente atrincherados en el gran distrito minero de Charleroi, también habían abrazado el trotskismo.

La lucha interna en el Partido tuvo algunas repercusiones incluso en Asia. Los gérmenes del trotskismo habían sido llevados a Shangai, Pekín, Quantung y Wuhan por antiguos alumnos de la Universidad Sun Yat-sen en Moscú, testigos de la lucha de Trotsky en torno a la cuestión china en 1927. En 1928 celebraron la primera conferencia nacional de la Oposición china; y algunos de ellos contemplaron la posibilidad de una alianza con Mao Tse-tung, a quien la Comintern no veía con buenos ojos en aquel entonces, porque su actitud en 1925-27 había coincidido a menudo con la de Trotsky y porque él iniciaba ahora, en el momento de reflujo de la revolución, la lucha de guerrillas contra el Kuomintang. En 1929 Chen Tu-hsiu, el jefe del Partido hasta 1927, publicó la Carta Abierta en la que revelaba la sórdida historia íntima de las relaciones entre Moscú, el Kuomintang y el comunismo chino, y reconocía que las críticas de Trotsky a la política de Stalin y Bujarin habían sido más que fundadas.[55]

1961 yo le pedí a Togliatti públicamente, en la prensa italiana, que explicara el asunto. El contestó a través de un amigo suyo diciendo que Gramsci, en efecto, lo había instado en 1926 a que no involucrara al comunismo italiano en la lucha interna del Partido ruso. (Togliatti había apoyado a Bujarin y Stalin contra Trotsky.) Togliatti sostiene que la carta de Gramsci llegó a Moscú durante una tregua en la lucha interna, de modo que él, después de consultar a Bujarin, decidió que ya no tenía pertinencia en cuanto a la situación prevaleciente. Cuando la lucha entre Stalin y Trotsky se reanudó, la Comintern y el Partido italiano no fueron enterados de la actitud de Gramsci. Esa actitud determinó la relegación que sufrió la memoria de Gramsci durante la era de Stalin. Sólo después de la muerte de éste fueron "redescubiertos" los méritos de Gramsci, y Togliatti inició una especie de culto póstumo a Gramsci en el Partido italiano.

[54] Nin se mantuvo en correspondencia con Trotsky durante el periodo de Alma Ata. *The Archives.*

[55] El interés de Trotsky en China fue tan constante como estrechos fueron, dentro de las circunstancias, sus contactos con sus partidarios chinos. En el verano o el otoño de 1929, Lin Tse (?), un oposicionista que viajaba de Moscú a China, lo visitó en Prinkipo, y de entonces en adelante, hasta 1940, Trotsky mantuvo una correspondencia casi constante con varios grupos que representaban diferentes matices de la Oposición en China. En fechas tan tempranas como 1929-31, sus seguidores chinos le informaron sobre las rivalidades entre Li Li-san, quien entonces era el jefe oficial del Partido, Chu Teh y Mao Tse-tung, calificando a los dos primeros de "oportunistas" y poniendo grandes esperanzas en Mao. Algunos de los seguidores de Trotsky no veían con ninguna satisfacción la "conversión al trotskismo" de Chen Tu-hsiu; lo consideraban un "liquidador" y sostenían que ya había agotado su papel. Trotsky, para quien el nombre de Mao todavía no podía significar mucho, le concedía gran importancia a Chen Tu-hsiu, el "gran viejo" del marxismo chino, y trató

La influencia trotskista se dejó sentir en Indochina, Indonesia y Ceilán. Al mismo tiempo más o menos, Trotsky ganó nuevos partidarios en América: James P. Cannon y Max Shachtman, miembros del Comité Central en los Estados Unidos, y Maurice Spector, presidente del Partido Comunista del Canadá. Incluso en el remoto México, un grupo de comunistas, alentados por Diego Rivera, se adhirieron a la causa de los herejes derrotados en Moscú.

Trotsky estableció enlaces con todos estos grupos y trató de consolidarlos en una sola organización. Desde el momento en que fue deportado de Moscú, tales grupos se habían alimentado de migajas de su pensamiento y habían publicado, en pequeños periódicos y boletines, fragmentos de sus escritos sacados subrepticiamente de la Unión Soviética. La aparición de Trotsky en Constantinopla les dio un impulso; la autoridad moral de que él gozaba era el recurso principal de sus seguidores, y éstos contaron con que él le daría vida a un movimiento mundial de oposición comunista al stalinismo. Cierto era que su autoridad constituía también una desventaja, pues sus partidarios se estaban acostumbrando a los limitadores papeles de discípulos y fieles. El trotskismo era ya, como lo expresó Heinrich Brandler, un pequeño bote abrumado por una vela enorme. Aun en la Oposición Rusa la personalidad de Trotsky había sido preeminente, pero allí cuando menos él había estado rodeado de compañeros que se habían distinguido en la revolución, hombres de mentalidad independiente, carácter enérgico y rica experiencia. Con una o dos excepciones, no había hombres de talla comparable entre sus compañeros fuera de Rusia. El pensaba que esa debilidad de la Oposición pronto encontraría remedio y que nuevos dirigentes saldrían de las filas. No se imaginaba que seguiría siendo el único jefe expatriado de la Oposición rusa. Contaba con que Stalin desterraría a otros además de él, especialmente a Rakovsky y a Rádek, y que una vez que éstos hubiesen salido de Rusia la oposición internacional obtendría un "centro de dirección fuerte".[56] Estas esperanzas no hubieron de cumplirse: Stalin no tenía intenciones de fortalecer la posición de Trotsky con nuevos destierros.

¿Qué representaba el trotskismo en esta etapa, aparte la magia de una personalidad?

de reconciliar a los trotskistas chinos con él. El propio Chen Tu-hsiu, en una carta a Trotsky fechada el 1o. de diciembre de 1930, explicó que él había conocido por primera vez las ideas de éste sobre la Revolución China en el verano de 1929, y que tan pronto las conoció quedó convencido de que eran correctas. (*The Archives,* Sección cerrada. A esta correspondencia nos referimos más adelante, en las pp. 382-383 del presente volumen. El papel de Chen Tu-hsiu en la revolución de 1925-27 ha sido descrito en *El profeta desarmado,* pp. 295-313.)

[56] *B. O.*, núms. 1-2, julio de 1929. De ahora en adelante nos referiremos al *Bulletin Oppozitsii* por medio de las iniciales *B. O.*

En su corazón se encontraban los principios del internacionalismo revolucionario y la democracia proletaria. El internacionalismo proletario pertenecía al legado del marxismo clásico; la Tercera Internacional lo había rescatado una vez de las manos pusilánimes de la Segunda; y ahora Trotsky lo defendía tanto contra la Tercera como contra la Segunda. Este principio no era una simple abstracción para él: saturaba su pensamiento y sus instintos políticos. Nunca vio ningún problema de línea política sino dentro de la perspectiva internacional; y el interés supranacional del comunismo era su criterio supremo. De ahí que viera la doctrina del "socialismo en un solo país" como una deformación "nacional socialista" del marxismo y como el epítome de la autosuficiencia y arrogancia nacionales de la burocracia soviética. Esa doctrina no sólo regía ahora en la Unión Soviética, donde cuando menos respondía a una necesidad psicológica, sino que era también el canon oficial del comunismo internacional, donde no respondía a tal necesidad. Al inclinarse ante el sagrado egoísmo de la Rusia stalinista, la Comintern había destruido su propia razón de ser: una Internacional atada al socialismo en un solo país era una contradicción de sí misma. Trotsky señalaba que, teóricamente, la concepción de un Estado socialista aislado y contenido en sí mismo era ajena al pensamiento marxista —se originaba en la teoría nacional-reformista de los revisionistas alemanes del siglo XIX— y prácticamente expresaba la renuncia a la revolución internacional y la subordinación de la política de la Comintern a las conveniencias stalinistas.[57] Al sostener la primacía del interés internacional sobre el interés nacional, Trotsky, sin embargo, estaba lejos de considerar las necesidades nacionales de la Unión Soviética con actitud de subestimación nihilista o de pasar por alto sus intereses diplomáticos o militares específicos; e insistía en que la defensa del primer Estado de los trabajado-

[57] Trotsky hacía remontar la ascendencia del socialismo en un solo país a G. Vollmar, el conocido reformista alemán que veinte años antes de la campaña "revisionista" de Bernstein expuso la idea del "Estado socialista aislado". (Esta, podríamos añadir nosotros, era una variante socialista del tema básico de la economía de List.) La concepción de Vollmar, señalaba Trotsky, era más sutil que la de Stalin o la de Bujarin, porque el Estado socialista del primero habría de ser un Estado como Alemania, tecnológicamente avanzado, no una nación campesina subdesarrollada. Vollmar veía en la superioridad tecnológica del Estado socialista aislado sobre sus vecinos capitalistas la garantía de su seguridad y su éxito, en tanto que Bujarin y Stalin (hasta 1928) pensaban que tal Estado podría florecer incluso en medio del atraso industrial. (Véase Trotsky, *The Third International After Lenin,* pp. 43-44.) Vollmar también imaginaba que una Alemania socialista, utilizando las ventajas de una tecnología superior y una economía planificada, vencería a sus vecinos capitalistas a través de la competencia económica pacífica y de esta suerte haría más o menos superflua la revolución en otros países. Con esta idea, Vollmar se anticipó no sólo y no tanto a la concepción stalinista-bujarinista de los años veintes cuanto a las tesis jruschovistas de la "competencia económica" y la "transición pacífica al socialismo" adoptadas por el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS en febrero de 1956.

res constituía el deber de todo comunista. Pero estaba convencido de que la autosuficiencia stalinista debilitaba a la Unión Soviética, cuyo interés último residía en la superación de su aislamiento y en la propagación de la revolución. Sostenía, por consiguiente, que en las etapas decisivas de la lucha de clases internacional, el Estado obrero debería, viendo las cosas a largo plazo, estar dispuesto a sacrificar ventajas inmediatas antes que obstruir esa lucha, como Stalin y Bujarin habían obstruido la Revolución China en 1925-27. Durante la década siguiente esta controversia habría de desplazarse a los problemas de la estrategia y la táctica comunistas en relación con el nazismo y los Frentes Populares, pero en su fondo siguió siendo el mismo conflicto entre (para usar una analogía con la política norteamericana contemporánea) el internacionalismo trotskista y el aislacionismo que caracterizó las líneas políticas de Stalin en las décadas del veinte y el treinta.

A primera vista la actitud de Trotsky era, o debía haber sido, mucho más plausible para los comunistas fuera de la Unión Soviética que la de Stalin, y aquél tenía razones para esperar que obtendría una reacción más favorable, pues él recalcaba la importancia de los comunistas extranjeros como actores independientes en la lucha de clases internacional, en tanto que el stalinismo les asignaba el papel de meros subordinados de la "patria de los trabajadores".

La defensa de la "democracia proletaria" por parte de Trotsky estaba encaminada a liberar a los Partidos Comunistas de la rigidez de su organización ultraburocrática y a lograr el restablecimiento del "centralismo democrático" en su seno. Este principio también había sido parte integrante de la tradición marxista de dichos Partidos y estaba inscrito todavía en sus estatutos. El centralismo democrático había tenido por objeto salvaguardar para los partidos socialistas, y después para los comunistas, la libertad dentro de la disciplina y la disciplina dentro de la libertad. Los obligaba a mantener la concordia y la unidad más estrictas en la acción, y les permitía abrigar la más amplia diversidad de concepciones compatibles con su programa. Comprometía a las minorías a cumplir las decisiones de la mayoría; y obligaba a la mayoría a respetar el derecho de cualquier minoría a la crítica y a la oposición. Le confería al Comité Central de cualquier Partido y a la dirección de la Internacional el poder de ejercer efectivamente el mando sobre la militancia de base durante el término de su mandato, pero hacía depender a ese Comité Central de la voluntad y del voto libre de la militancia de base. El principio había tenido, por consiguiente, un gran valor político, educativo y práctico para el movimiento; y su abandono y reemplazo por el centralismo burocrático había lisiado a la Internacional. Si en el Partido soviético la disciplina monolítica y la supercentralización eran parte integrante de la evolución orgánica del monopolio bolchevique del poder, la extensión de este régimen a las

secciones extranjeras de la Comintern era completamente artificial y no tenía ninguna relación con sus ambientes nacionales y sus condiciones de existencia.

La mayoría de los Partidos Comunistas estaban acostumbrados a actuar dentro del sistema multipartidista, donde, por regla general, gozaban de la libertad formal de la crítica y el debate. Sus jefes se encontraban ahora en la paradójica situación de negarles a sus seguidores, dentro de su propia organización, los derechos de que éstos gozaban fuera de la organización. Para 1930 ningún comunista alemán, francés o de cualquier otro país podía expresar su disensión respecto de la línea del Partido; tenía que aceptar como un evangelio todos los pronunciamientos oficiales provenientes de Moscú. Así, cada Partido Comunista se convirtió en una especie de isla extraña dentro de su propio país, no tanto en virtud de su finalidad revolucionaria cuanto de un código de comportamiento que tenía poco que ver con esa finalidad. Era el código de un orden cuasi-eclesiástico que sometía a sus miembros a una regimentación mental tan severa como cualquiera de las que se habían practicado en cualquier cuerpo monástico desde la Contrarreforma. Es cierto que gracias a esa regimentación la Comintern stalinizada logró extraordinarias proezas de disciplina. Pero la disciplina de este tipo destruía la eficacia de un partido revolucionario. Un partido revolucionario debe ser parte integrante del pueblo en cuyo seno trabaja; no debe apartarse del resto de la nación a causa de las observancias de un culto esotérico. El stalinismo, con sus devociones, sus holocaustos y su incienso, indudablemente fascinaba a algunos intelectuales en busca de un credo, los mismos que después habrían de maldecirlo como "el Dios que fracasó". Pero el culto que los cautivaba rara vez atraía a las masas de obreros, a aquellos "robustos proletarios" a cuya medida se suponía que estaba hecho. Además, la extraña disciplina y el ritual ataban de manos a los agitadores del Partido cuando lo que éstos necesitaban era un acercamiento fácil y libre a quienes deseaban ganar para su causa. Cuando el comunista europeo se presentaba a defender sus planteamientos ante un auditorio obrero, generalmente se encontraba con un adversario socialdemócrata cuyos argumentos él tenía que refutar y cuyas consignas tenía que rebatir. Las más de las veces era incapaz de hacerlo porque carecía de los hábitos del debate, que no se cultivaban dentro de su partido, y porque su formación lo había privado de la habilidad de predicarles a los no convertidos. No podía ir al fondo de los argumentos de su adversario cuando tenía que pensar al mismo tiempo si lo que él mismo estaba diciendo no se desviaba inconscientemente de la línea del Partido. Podía exponer con un fanatismo mecánico un conjunto prescrito de argumentos y consignas, pero la oposición o el abucheo imprevistos lo sacaban inmediatamente de quicio. Cuando se le pedía, como era frecuente, que respondiera a las críticas a la Unión Soviética, raras veces podía hacerlo

de manera convincente; sus plegarias de agradecimiento a la patria de los trabajadores y sus hosannas a Stalin lo cubrían de ridículo a los ojos de cualquier auditorio de mentalidad sensata. La ineficacia de la agitación stalinista fue una de las razones de que, durante muchos años, aun en las circunstancias más favorables, esa agitación ganara poco o ningún terreno frente al reformismo socialdemócrata.

Trotsky se propuso sacar a los Partidos Comunistas de su petrificación y volver a despertar en ellos el *élan,* la confianza en sí mismos y el ardor combativo que una vez habían poseído... y que no podían recobrar sin libertad en sus propias filas. Una y otra vez expuso el significado del "centralismo democrático" para esclarecer a los comunistas que nunca lo habían comprendido o que lo habían olvidado. Se dirigió a ellos por su propio bien, en nombre de su propia dignidad y su propio futuro, con la esperanza de que no permanecerían impertérritos. Y, en verdad, si la razón, los principios marxistas o el interés del comunismo en su propio adelanto hubiesen contado para algo al respecto, sus argumentos y sus exhortaciones no habrían caído en oídos sordos.

Aparte de sus principios fundamentales, el trotskismo representaba también un conjunto de concepciones tácticas que variaban con las circunstancias. Una parte desproporcionadamente numerosa de los escritos de Trotsky en el exilio consiste en comentarios sobre estas cuestiones, que rara vez son interesantes para los no iniciados, especialmente después del tiempo transcurrido. Sin embargo, el alcance de las ideas tácticas de Trotsky era tan grande y en parte sigue siendo tan pertinente para la política obrera, que sus planteamientos conservan un interés que sobrepasa lo meramente histórico.

El lector recordará que entre 1923 y 1928, cuando la Comintern siguió una línea "moderada", Trotsky y sus partidarios la criticaron desde la izquierda.[58] Después de 1928 esto cambió en cierta medida. Desde que Stalin inició el "viraje a la izquierda" en la Unión Soviética, también la Comintern, mediante una transmisión automática de cada movimiento y reflejo proveniente del Partido ruso, cambió de rumbo. Ya en su VI Congreso, en el verano de 1928, la Internacional empezó a desplazar sus consignas y prescripciones tácticas de una pauta derechista a una ultraizquierdista.[59] En los meses subsiguientes la nueva línea fue elaborada hasta que llegó a ser, en todos los aspectos, diametralmente opuesta a la antigua.[60] Mientras que en años anteriores la Comintern había hablado de la "estabilización relativa del capitalismo", ahora diagnosticaba el fin de la estabilización y predecía el colapso inminente y definitivo del capitalismo. Este era el meollo de la llamada Teoría del Tercer Periodo, de la que

[58] Véase *El profeta desarmado,* capítulos II y V.
[59] *Kommunisticheskii Internatsional v Dokumentaj* (ed. de B. Kun), pp. 769-784.
[60] *Ibid.,* pp. 876-888, 915-925, 957-966.

Mólotov, que había reemplazado a Bujarin como jefe de la Comintern, vino a ser el principal exponente. Según esa "teoría", la historia política de la era de la posguerra se dividía en tres capítulos definidos: el primero, uno de tensiones y conflictos revolucionarios, había durado hasta 1923; el segundo, de estabilización capitalista, había tocado a su fin hacia 1928; y el tercero, que ahora se iniciaba, acarrearía la agonía mortal del capitalismo y el imperialismo. Si hasta entonces el comunismo internacional había estado a la defensiva, ahora era tiempo de emprender la ofensiva y pasar de la lucha por "demandas parciales" y reformas a la contienda directa por el poder.

La Comintern sostenía que todas las contradicciones del capitalismo estaban a punto de estallar porque la burguesía sería incapaz de sortear la próxima crisis económica, y que los síntomas de una situación revolucionaria eran ya evidentes en todo el mundo, especialmente en un nuevo radicalismo de las clases trabajadoras, que desechaban las ilusiones reformistas y estaban virtualmente a la espera de que los comunistas se pusieran a su cabeza y las condujeran a la batalla. Casi cualquier incidente del conflicto de clases tenía ahora un incalculable impulso revolucionario y podía conducir a la "lucha por la calle", o, más explícitamente, a la insurrección armada. "En todo el mundo capitalista", escribió el *Bolshevik* en junio de 1929, "crece la ola de huelgas...; entrelazados con las huelgas hay elementos de una obstinada lucha revolucionaria y de guerra civil. Las masas de obreros no organizados son arrastradas a la lucha... El aumento de la insatisfacción y el viraje a la izquierda abarcan también a millones de trabajadores agrícolas y al campesinado oprimido." "Hace falta ser un oportunista empecinado o un infeliz liberal...", dijo Mólotov ante el Ejecutivo de la Internacional, "para no ver que hemos entrado con los dos pies en una zona de los más tremendos acontecimientos revolucionarios de importancia internacional." Tales palabras no fueron pronunciadas como pronósticos a largo plazo, sino como predicciones inmediatas y como directivas para la acción. Varios Partidos Comunistas europeos intentaron, efectivamente, convertir los desfiles del Primero de Mayo de 1929 y las manifestaciones contra la guerra convocadas para el 4 de agosto en "luchas por la calle" en forma directa, cuyos resultados fueron infructuosos y sangrientos choques entre los manifestantes y la policía en Berlín, París y otras ciudades.

En consonancia con esta "línea general", la Comintern alteró también su actitud frente a los partidos socialdemócratas. En una situación verdaderamente revolucionaria, sostuvo, esos partidos sólo podían alinearse con la contrarrevolución, de modo que no quedaba ya ninguna razón para que los comunistas trataran de cooperar o de buscar acuerdos parciales con ellos. Puesto que la burguesía se esforzaba por salvar su hegemonía con la ayuda del fascismo, puesto que la era del gobierno parlamentario y las

libertades democráticas se acercaba a su fin, y puesto que la propia democracia parlamentaria se estaba transformando "desde adentro" en fascismo, los partidos socialdemócratas también se estaban volviendo "social-fascistas": "socialistas en las palabras y fascistas en los hechos". Debido a que ocultaban su "verdadera naturaleza" bajo el ropaje de la democracia y el socialismo, los socialdemócratas eran una amenaza más peligrosa aún que el fascismo abierto. Era por consiguiente sobre el "social-fascismo", como "el enemigo principal", que los comunistas debían concentrar su fuego. De manera similar, los socialdemócratas de izquierda, que a menudo hablaban un lenguaje casi indistinguible del de los comunistas, eran más peligrosos aún que los "social-fascistas" de derecha, y debían ser combatidos con un vigor todavía mayor. Si hasta entonces los comunistas habían sido instados a formar frentes unidos con los socialdemócratas "desde arriba y desde abajo", tanto con los dirigentes como con la base, la Comintern declaró ahora una rigurosa prohibición de toda táctica parecida. "Sólo desde abajo" podía seguir poniéndose en práctica el frente unido: los comunistas fueron autorizados a cooperar sólo con aquellos militantes socialdemócratas de base que estuvieran "dispuestos a romper con sus dirigentes". Favorecer cualquier contacto "desde arriba" era ayudar y favorecer al "social-fascismo".[61]

Estas nociones y fórmulas habrían de gobernar las líneas políticas de todos los Partidos Comunistas durante los cinco o seis años siguientes, casi hasta el momento de la creación del Frente Popular, a lo largo de los años decisivos de la Gran Crisis, el ascenso del nazismo, el colapso de la monarquía en España y otros acontecimientos en los que la conducta de los Partidos Comunistas fue de importancia capital.

En el periodo anterior, cuando Trotsky sostuvo que la Comintern, a causa de su política tímida, estaba desperdiciando oportunidades revolucionarias, nunca propuso una rectificación de esa línea tan general y extrema como la que ahora se llevó a cabo. Trotsky, por consiguiente, criticó la rectificación como "un viraje de 180 grados" y "una oscilación del oportunismo al ultrarradicalismo": las nuevas consignas y fórmulas tácticas no hacían más que volver las antiguas al revés y encubrir su fracaso. En un comentario devastador sobre las disquisiciones de Mólotov acerca de los Tres Periodos, Trotsky señaló que si era erróneo considerar al "segundo periodo", durante el cual habían tenido lugar la Revolución China y la huelga general en Inglaterra, como un periodo de estabilización, menos realista aún era contar con el colapso inminente del capitalismo en el "tercer periodo" y deducir de ahí la necesidad de una política exclusivamente ofensiva. La Comintern, dijo, había llevado a cabo su "reorientación" de manera completamente mecánica, sin hacer ningún intento de elucidar por qué habían fracasado sus viejas tácticas y sin realizar ningún

[61] *Ibid.*, pp. 946, 957-966, *et passim.*

genuino debate o reconsideración de los problemas. Imposibilitados de discutir los aciertos y los errores de su propia política, los Partidos Comunistas estaban condenados a oscilar de un extremo a otro y a cambiar, de acuerdo con las órdenes recibidas, un conjunto de errores por otro. Su régimen interno no era una simple cuestión de organización, sino que afectaba a toda la política de la Internacional, haciéndola rígida e inestable al mismo tiempo. Y el febril ultrarradicalismo del "tercer periodo" no indicaba ningún reavivamiento del internacionalismo revolucionario en Moscú. Ese ultrarradicalismo entorpecía el crecimiento del comunismo en el mundo tan efectivamente como el oportunismo anterior, y en su fondo había la misma cínica indiferencia burocrática frente a los intereses internacionales de la clase obrera.[62]

Ahora, como antes, Trotsky exponía la concepción de que toda la época inaugurada por la primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa era una época de decaimiento del capitalismo, cuyos cimientos mismos estaban destrozados. Esto, sin embargo, no quería decir que el edificio estuviese a punto de venirse abajo. La decadencia de un sistema social nunca es un proceso único de colapso económico ni una sucesión ininterrumpida de situaciones revolucionarias. Ninguna caída era, por consiguiente, *a priori* la "última y definitiva". Aun en su decadencia, el capitalismo debía tener sus ascensos y sus caídas (aunque los ascensos tendían a hacerse cada vez más breves y precarios, y las caídas cada vez más prolongadas y ruinosas). El ciclo económico, pese a todo lo que hubiese cambiado desde los tiempos de Marx, aún seguía su curso habitual, no sólo del auge a la depresión, sino también de la depresión al auge. Era ridículo, por lo tanto, anunciar que la burguesía había llegado "objetivamente" a su último *impasse:* no existía ningún *impasse* del cual una clase poseedora no estuviera dispuesta a luchar por salir, y el que tuviera éxito o fracasara no dependía tanto de los factores puramente económicos cuanto del equilibrio de las fuerzas políticas, que podía inclinarse a uno u otro lado según la calidad del liderato comunista. Pronosticar una "marea revolucionaria en ascenso ininterrumpido", descubrir "elementos de guerra civil" en casi cualquier huelga turbulenta, y proclamar que había llegado el momento de pasar de la acción defensiva a la ofensiva y a la insurrección armada, equivalía a no ejercer liderato alguno y a propiciar la derrota. En la lucha de clases, al igual que en la guerra, las formas de acción defensiva y ofensiva no podían separarse y oponerse entre sí. La ofensiva más efectiva suele derivarse de la defensa victoriosa, y el elemento defensivo persiste incluso en la insurrección armada, que es la culminación de toda lucha revolucionaria. Durante las crisis y las depresiones los obreros tenían que

[62] Trotsky dedicó todo un número del *B. O.*, el núm. 8 (enero de 1930), a la crítica de la política del Tercer Periodo, y volvió sobre el tema en muchos números subsiguientes.

defenderse contra los ataques a sus niveles de vida y contra el ascenso del fascismo. Decirles que el momento de tal acción defensiva había pasado y que debían estar preparados para el ataque general contra el capitalismo, no era más que predicar la inacción o la rendición, y predicarla a ultraradical voz en cuello. Asimismo, prohibir toda cooperación entre los Partidos Comunistas y los socialdemócratas era invitar al desastre para el movimiento obrero en general y para el comunismo en particular. La noción del Tercer Periodo, concluía Trotsky, era un producto de la temeridad burocrática: "todo lo que se había inaugurado" bajo los auspicios del "Maestro Mólotov" era "el tercer periodo de los errores de la Comintern".

Estas primeras críticas resumían la controversia mucho más general de Trotsky con la Comintern (sobre la política de ésta durante el ascenso de Hitler al poder) que habría de ocupar los primeros años de la década de los treintas. Claramente, en relación con estos problemas tácticos el trotskismo parecía oponerse ahora a la Comintern desde la derecha y no, como hasta entonces, desde la izquierda. El cambio no residía en la actitud de Trotsky, que seguía siendo consecuente con la que Lenin y él habían adoptado en el tercer y el cuarto Congresos de la Comintern en 1921 y 1922, sino en las rotaciones del "centralismo burocrático" de Stalin y en la "alternación de sus zigzags derechistas y ultraizquierdistas". Aun así, la posición de crítico de Stalin "desde la derecha" tenía sus inconvenientes para Trotsky. Los comunistas acostumbrados a pensar en él como el crítico de Stalin desde la izquierda podían sospechar inconsecuencia o falta de principios. De hecho, la división entre el trotskismo y las diversas oposiciones derechistas, cuasi-bujarinistas, en el campo comunista se hizo borrosa, cuando menos en relación con las cuestiones tácticas que ocupaban un lugar tan importante en estas controversias. Las oposiciones de derecha en Europa, de las cuales la brandlerista era con mucho la más importante —Brandler y Thalheimer acababan de ser expulsados de su Partido— criticaban también severamente el nuevo ultrarradicalismo.[63] Con todo, lo que separaba al trotskismo de todos los demás grupos de oposición era el vigor intelectual, la agresividad y el carácter abarcador de su crítica. Brandler y Thalheimer se limitaban a denunciar únicamente el zigzag más reciente de la Comintern, el de ultraizquierda; Trotsky atacaba todo su historial posleninista. Los brandleristas, preocupados principalmente por las líneas políticas de sus partidos nacionales, se abstenían cuidadosamente de ofender a los dirigentes soviéticos: en los conflictos internos soviéticos se alinearon a regañadientes con Stalin, apoyando el socialismo en un solo país, disculpando el régimen burocrático en razón de que se avenía a las

[63] Grupos afines a los brandleristas eran los de Warsi y Kostrzewa en Polonia (quienes en 1929 fueron destituidos de sus puestos en el Partido, pero sin ser expulsados todavía), de Humbert Droz en Suiza y de Lovestone en los Estados Unidos.

peculiares condiciones de Rusia, e incluso haciéndose eco de los ataques de Moscú contra el trotskismo.[64] Estaban convencidos de que ninguna oposición comunista que desafiara a Moscú sobre la base de los principios podía suscitar una reacción favorable en las filas comunistas; y abrigaban la esperanza de que la Comintern tarde o temprano descubriría que la política del Tercer Periodo era impracticable, la descartaría y se reconciliaría con aquellos de sus críticos que habían evitado un rompimiento irreparable. En contraposición a esto, el trotskismo insistía en que las líneas políticas de los diversos Partidos nacionales no podían ser corregidas ni sus errores enmendados dentro de esos Partidos solamente, porque la fuente principal de su "degeneración" residía en Moscú; y que, por consiguiente, todos los comunistas tenían el deber de interesarse con la mayor seriedad en los asuntos internos soviéticos y de oponerse, en ese terreno también, a la burocracia stalinista. Este llamado en favor de la intervención de la opinión comunista extranjera en los asuntos soviéticos era peculiar del trotskismo. Era un desafío que inspiraba horror en la mayoría de los corazones comunistas.

Pese a la naturaleza abarcadora de sus críticas a la Comintern, el trotskismo no aspiraba aún a establecer un nuevo movimiento comunista. Ahora y durante varios años, Trotsky se opuso absolutamente a la idea de una Cuarta Internacional, postulada ya por la Oposición Obrera en la Unión Soviética y por algunos sobrevivientes de la oposición zinovievista en Europa. Trotsky declaró que él y sus partidarios le debían lealtad a la Internacional Comunista aun cuando hubieran sido expulsados de ésta. Ellos formaban una escuela de pensamiento que luchaba por reconquistar su lugar dentro de un movimiento comunista general. Sólo la persecución los había obligado a constituirse en una facción; y facción, y no partido rival, seguían siendo. Su único propósito era el de influir en la opinión comunista, hacerla comprender que las riendas del gobierno soviético y de la Comintern habían sido tomadas por usurpadores, e inducirla a luchar por la restauración del marxismo y el leninismo prístinos. Propugnaban, por consiguiente, una reforma de la Internacional y no un rompimiento permanente con ella. Trotsky creía que, pese a todos sus vicios y defectos, los Partidos Comunistas representaban aún la vanguardia militante de las clases trabajadoras. El lugar de la Oposición estaba dentro de esa vanguardia. Si él y sus seguidores le volvían la espalda, se lanzarían voluntariamente al desierto al que Stalin los estaba empujando. Cierto era que el stalinismo no permitía que ninguna corriente de oposición se ex-

[64] *El Arbeiterpolitik* brandlerista mantenía una actitud invariablemente hostil contra el trotskismo, y Trotsky le pagaba con la misma moneda: "Así como no suelo discutir las diversas corrientes dentro del materialismo con ninguna persona que se persigne al pasar frente a una iglesia, tampoco discutiré con Brandler y Thalheimer", escribió en una ocasión.

presara dentro de la Internacional, pero tal estado de cosas no podía durar: los acontecimientos críticos dentro y fuera de la Unión Soviética pondrían nuevamente en acción, al fin y al cabo, el espíritu adormecido del comunismo y le darían su oportunidad a la Oposición. Trotsky les advirtió a quienes postulaban la creación de una Cuarta Internacional que no bastaba con que un grupo de disidentes levantara una nueva bandera para convertirse en un verdadero factor político de importancia. Los movimientos revolucionarios no se creaban con banderas y consignas, sino que surgían y crecían orgánicamente con la clase social en cuyo nombre hablaban. Cada una de las Internacionales representaba una etapa definida en la experiencia histórica de la clase obrera y en la lucha por el socialismo; y nadie podía ignorar con impunidad los vínculos que la Segunda y la Tercera Internacionales tenían con las masas ni el peso de sus tradiciones políticas. Más aún, la Tercera Internacional era la hija de la Revolución Rusa, y los obreros políticamente conscientes hacían extensiva a ella su solidaridad con la revolución. Tenían razón al hacerlo, sostenía Trotsky, aunque no debían permitirle al stalinismo abusar de su lealtad. Y así, mientras la Unión Soviética siguiera siendo un Estado obrero, no debía esperarse que los obreros renunciaran a la Tercera Internacional ni se les debía exhortar a que hicieran tal cosa.

En este punto, a saber, que la Unión Soviética, pese a toda su "deformación burocrática", seguía siendo un Estado obrero, Trotsky era inflexible. Lo que en su opinión determinaba el carácter social del Estado soviético era la propiedad nacional de los medios de producción. Mientras ésta, "la más importante de las conquistas de Octubre", permaneciera intocada, la Unión Soviética poseería los fundamentos en que habría de basar su desarrollo socialista. Indudablemente, su clase obrera tendría que imponerse a la burocracia antes de empezar siquiera a convertirse el socialismo en realidad; pero, indudablemente también, la única manera de hacer tal cosa era sobre la base de la propiedad pública. Preservada ésta, el Estado obrero seguía vivo, como una potencialidad si no como una realidad.

Esta concepción habría de ser impugnada a menudo, entre otros por los propios discípulos de Trotsky; pero éste nunca habría de transigir en este punto ni apartarse un ápice de él, aun cuando revisara y modificara sus otras ideas. Así, pues, durante la primera mitad de su exilio predicó la reforma, no la revolución, en la Unión Soviética; mientras que durante la segunda mitad habría de sostener que la revolución política constituía la única respuesta al absolutismo burocrático. También habría de revisar su concepción del papel de la Oposición y de proclamar un nuevo Partido Comunista y una nueva Internacional. Pero ni siquiera entonces habría de vacilar en su insistencia en que la Unión Soviética era un Estado obrero; declaró que la "defensa incondicional de la Unión Soviética" contra sus enemigos burgueses era la obligación elemental de todo miembro de la

Oposición, y una y otra vez habría de repudiar a amigos y partidarios que se mostraron renuentes a aceptar esa obligación.[65]

El resultado de los primeros intentos de Trotsky para organizar a sus seguidores en Occidente fue desalentador. Concentró su atención en Francia, donde contaba con un núcleo de partidarios más influyentes que en cualquier otro lugar; y, con la esperanza de establecer allí una base para la Oposición, se esforzó por unificar a diversos grupos trotskistas y cuasitrotskistas con los zinovievistas y con el círculo sindicalista de *Revolution Prolétarienne*. Desde el principio Rosmer lo enteró de la depresión y desmoralización políticas de que eran presa la mayoría de tales grupos. Cinco años habían transcurrido desde el momento de auge del trotskismo en el Partido francés; en ese tiempo la Comintern había logrado restaurar su influencia allí, expulsar a todos los disidentes y aislarlos de la base. La conciencia de su aislamiento y las derrotas de la Oposición en Rusia habían descorazonado a muchos antistalinistas, entre los cuales Rosmer observaba una actitud de sálvese el que pueda que los inducía a renunciar a la lucha y a desear "no haber tenido nunca nada que ver con la Oposición". Aun aquellos que se resistían a sucumbir a ese estado de ánimo estaban confundidos y en conflicto los unos con los otros. "La gran desgracia de todos estos grupos", añadía Rosmer, "es que se encuentran al margen de toda acción; y esto acentúa fatalmente su carácter sectario."[66]

La verdad que encerraban las observaciones de Rosmer se hizo evidente cuando Trotsky, pasando por alto su consejo, trató de "recuperar" a Souvarine y a otros para la Oposición. Souvarine se había distinguido una vez por levantar, en Moscú, una voz solitaria en defensa de Trotsky, y éste, valorando su talento periodístico, esperaba que se convirtiera en el portavoz más coherente de la Oposición en Francia. Para su sorpresa, Souvarine desplegó intolerables ínfulas y pretensiones. Le pidió a Trotsky que no hiciera ninguna declaración pública sin "acuerdos previos con la Oposición francesa", es decir, con él mismo. Trotsky, deseoso de evitar la disensión, contestó que él no haría ningún pronunciamiento sobre problemas franceses, pero que hasta entonces había hablado en público sólo en relación con los asuntos soviéticos (y chinos), sobre los cuales se consideraba autorizado a expresarse sin tener que pedir autorización francesa. Souvarine replicó con una epístola inmensa que pasaba de las 130 páginas, repleta de paradojas, *bon mots* y una miscelánea de observaciones y análisis sagaces, pero también de argumentos increíblemente confusos, todos ellos presentados en un tono de virulenta hostilidad que hacían inevitable un rompimiento. Afirmó que el bolchevismo había "fracasado de una vez

[65] *B. O.*, núms. 3-4, 5 *et passim; Ecrits,* vol. I, pp. 213-274; *Militant,* diciembre de 1929.
[66] Rosmer a Trotsky, 16 de abril de 1929.

por todas en Rusia" porque "no entendía el carácter de la época", subestimaba el poder de la burguesía y sobrestimaba la militancia de los obreros, y además había cometido el "error fatal" de tratar de modelar a los Partidos extranjeros de acuerdo a su propia imagen. Esa no era una opinión, fueran cuales fueran sus méritos, que Trotsky esperara oir en boca de alguien reputado como partidario suyo o que él mismo pudiera aceptar. No admitía que el bolchevismo fuera culpable de los "errores fatales" que Souvarine le atribuía, y culpaba al stalinismo, no al leninismo, por el fracaso de la Comintern. Mucho más chocante, sin embargo, era el otro reproche de Souvarine, que, pese a su referencia al "capitalismo de estado" soviético, tenía una connotación prostalinista, a saber, el reproche de que Trotsky y la Oposición cultivaban innecesariamente "una intransigencia revolucionaria" que les impedía tomar en cuenta adecuadamente "las necesidades tangibles del Estado soviético". "No hay nada más importante", decía Souvarine, "para todo el movimiento obrero mundial, que el éxito económico de la Unión Soviética, cuyo capitalismo de estado representa... un avance innegable respecto del capitalismo imperialista..." Y censuraba a continuación el "heroísmo inútil" que impedía a Trotsky y sus seguidores servir al Estado soviético, aun cuando no hubiera lugar para ellos en el Partido: "Uno puede serle útil a la revolución sin ser miembro del Politburó o del Comité Central o incluso del Partido." De no haber sido por su flagrante incongruencia, estas palabras habrían sonado como un tardío consejo a Trotsky para que capitulara ante Stalin, pues nada que no fuera la capitulación (y posiblemente ni eso siquiera) podría haberle permitido seguir "sirviéndole a la revolución" sin ser miembro del Partido. Y, sin embargo, en la misma parrafada, Souvarine atacaba con brutal sarcasmo la lealtad de Trotsky al bolchevismo y al leninismo, instándolo a emanciparse de ambos y "volver a Marx".[67]

"No veo que quede nada de los vínculos que nos unieron hace unos cuantos años", le contestó Trotsky. En lo que Souvarine decía él no alcanzaba a encontrar "un solo razonamiento basado en la doctrina marxista y en... los hechos pertinentes". "Lo que lo guía a usted y le sugiere sus paradojas es la pluma de un periodista descontento y frustrado." "Usted trata al Partido y a la Internacional como cadáveres. Usted ve el gran error de la Oposición rusa en su insistente esfuerzo por influir en el Partido y reingresar en sus filas. Por otra parte, usted describe la economía soviética como capitalismo de estado... y exige que la Oposición se rebaje al papel de sirviente de ese capitalismo de estado... Usted se está pasando al otro lado de la barricada."[68] Esto puso fin a la correspondencia, y Souvarine hubo de figurar para siempre entre los adversarios de Trotsky. Y aunque en 1929 trató de instruir a Trotsky sobre "cómo serle útil a la re-

[67] Correspondencia Trotsky-Souvarine. *The Archives,* Sección cerrada.
[68] *Ibid.*

volución" sirviéndole a un capitalismo de estado progresista, en años posteriores hubo de atacarlo desde el pecado opuesto, por reconocer progreso alguno en la Unión Soviética y por pensar que allí quedaba algo del legado de la Revolución digno de ser defendido.

Un intento de llegar a un acuerdo con los sindicalistas de la *Revolution Prolétarienne,* de los cuales Monatte y Louzon eran los más conocidos, también fracasó. Trotsky había ejercido una vez, durante la primera Guerra Mundial, un fuerte influjo en ellos, venciendo su característico prejuicio contra toda política, incluida la del marxismo revolucionario; posteriormente los sindicalistas habían ingresado en el Partido Comunista, sólo para ser expulsados en el momento de la campaña antitrotskista. Su aprecio personal por Trotsky todavía era grande, pero su experiencia con la Comintern había confirmado en ellos su viejo disgusto por la política y su creencia de que la actividad sindical militante, cuya culminación sería la huelga general, era *el* camino a la revolución socialista. Por más que lo intentó, Trotsky no logró atraerlos de nuevo a la concepción leninista de la importancia suprema del partido revolucionario e inducirlos a unirse a él en la lucha por una reforma de la Comintern.

No le fue mejor en la mediación que emprendió entre sus propios seguidores y los zinovievistas. Estos últimos eran una pequeña secta, pero tenían un dirigente de renombre en Albert Treint, que había sido jefe oficial del Partido Comunista Francés en 1924 y 1925. Fue Treint quien, en el momento en que Zinóviev dirigía la "bolchevización", expulsó a los trotskistas del Partido, sin escatimar injurias y denuestos contra ellos. Por ello éstos le siguieron guardando rencor incluso después que él mismo fue expulsado, y no estaban dispuestos ni siquiera a considerar la posibilidad de hacer las paces con él. Ello no obstante, Trotsky lo invitó a Prinkipo en mayo de 1929, y durante todo un mes trató de lograr una reconciliación. Pero los viejos resentimientos eran demasiado fuertes, y Treint, al tratar de justificar su conducta en 1924, no hacía nada para mitigarlos. Trotsky, apremiado por sus propios seguidores, tuvo que separarse de Treint; pero su separación fue más amistosa que en el caso de Souvarine, y siguieron sosteniendo relaciones amigables aunque remotas.

No bien acababa Trotsky de fracasar con Souvarine, los sindicalistas y Treint, tuvo que enfrentarse a las discordias entre los propios trotskistas. La historia apenas valdría la pena de ser narrada si no fuera porque desempeñó cierto papel en la vida de Trotsky y en el fracaso ulterior del trotskismo como movimiento. Había en París varios grupos y sectas rivales: el círculo de Maurice y Magdeleine Paz, quienes publicaban un pequeño periódico, *Contre le Courant;* Rosmer y los jóvenes trotskistas (con sus propios periódicos *Lutte des Classes* y *Vérité*), entre los cuales Pierre Naville y Raymond Molinier formaban dos sectas antagónicas. De todos estos hombres, sólo Rosmer era una figura pública de importancia,

miembro de la pequeña *élite* de internacionalistas revolucionarios que habían probado su valía en la primera Guerra Mundial. Naville era un escritor joven que había participado en la rebelión de los surrealistas, había ingresado en el Partido Comunista, ganado cierta reputación como crítico marxista del surrealismo, presenciado con simpatía la lucha de Trotsky en Moscú en 1927, y había sido expulsado él mismo del Partido. Poseía una formación teórica marxista, pero tenía poca experiencia política y casi ningún vínculo con el movimiento obrero. Molinier, por el contrario, era un "activista" lleno de energía e iniciativa, muy ligado al movimiento, pero no demasiado meticuloso en la elección de medios y recursos y un tanto burdo intelectualmente. Los tipos antitéticos del intelectual y el activista formaban a menudo una buena asociación operante cuando eran impulsados por el ímpetu de la actividad práctica cotidiana en una organización amplia, pero su antagonismo generalmente destruía los pequeños grupos aislados del grueso del movimiento y "marginados de toda acción".

Cuando a principios de la primavera de 1929 Maurice y Magdeleine Paz llegaron a Prinkipo, Trotsky los instó a unir su círculo con los otros grupos, a transformar *Contre le Courant* en "un gran semanario agresivo" que hablara con la voz de la Oposición, y a iniciar una ambiciosa campaña de reclutamiento. Elaboró con ellos el plan de la campaña y les prometió su propia colaboración estrecha. Los Paz aceptaron sus sugestiones, aunque no sin reservas. A su regreso a París, sin embargo, reconsideraron su decisión y se negaron a emprender la publicación del gran semanario. Dijeron que no le veían ninguna posibilidad de éxito a la Oposición en una campaña de la magnitud que concebía Trotsky. Sobre todo, protestaron contra el "intento de imponer el liderato de Rosmer" y se refirieron con desdén a los jóvenes trotskistas, que ardían en deseos de lanzarse a la pelea, como unos simplones e ignorantes. Nada podía haber sido más calculado para convencer a Trotsky de que en los Paz había poco o nada de los revolucionarios profesionales que él estaba tratando de reunir. Estos eran, en verdad, "bolcheviques de salón" que ejercían con éxito sus profesiones burguesas —Maurice, en todo caso, era un abogado próspero— y que se dedicaban al trotskismo como un pasatiempo. Mientras Trotsky estuvo en Alma Ata, ellos actuaron gustosamente como sus representantes en París y compartieron su gloria reflejada; pero cuando él salió de Rusia y se les presentó en persona con sus duras exigencias, no tuvieron el deseo de comprometerse seriamente. Una correspondencia embarazosa se cruzó entre ellos a continuación. Trotsky los hizo sentir que los veía como filisteos: "Los revolucionarios", les escribió, "pueden ser cultos o ignorantes, inteligentes o torpes; pero no puede haber revolucionarios sin la voluntad que vence los obstáculos, sin devoción, sin

espíritu de sacrificio."[69]

Los Paz respondieron en una forma que no era menos hiriente para Trotsky de lo que eran sus censuras para ellos. Se refirieron a la fuerza y la atracción del comunismo oficial y a la debilidad de la Oposición, usando el contraste, que era indudablemente real, como una excusa para su tibieza. Explicaron que no publicarían *Contre le Courant* como un semanario porque "el periódico de la Oposición, para no terminar en el fracaso, deberá contar con otras cosas además de la prosa centelleante y el *nom de bataille* del camarada Trotsky"; debía tener una base material y moral y ser capaz de "vivir con sus lectores y sus simpatizantes activos". El periódico carecería de tal base porque los viejos comunistas, para quienes el nombre de Trotsky había significado tanto, habían caído en la apatía, y los jóvenes eran ignorantes e inaccesibles para el razonamiento. "No se haga usted demasiadas ilusiones sobre el peso de su nombre. Durante cinco años la prensa comunista oficial lo ha calumniado a usted hasta el punto de que entre las grandes masas sólo queda un débil y vago recuerdo de usted como el jefe del Ejército Rojo..." Había un gran trecho entre la reverencia con que los Paz se habían dirigido a Trotsky unos meses antes como "Cher grand Ami" y la insinuación de que a éste lo movían el egoísmo y la vanidad. Trotsky no ignoraba que sus seguidores estaban aislados y que los propagandistas stalinistas hacían odioso su nombre para los militantes comunistas o trataban de hundirlo en el olvido. Pero ésta era para él una razón de más para que sus seguidores emprendieran un contraataque en gran escala que sería la única manera de sacudir la apatía de la militancia comunista. Llegó a la conclusión de que no podía hacer nada con los Paz, aunque el rompimiento con ellos, producido poco después de la ruptura con Souvarine, fue tanto más doloroso a causa de los servicios y las atenciones que él había recibido de ellos desde el momento del destierro.

Lo que siguió a continuación fue algo más que lastimoso, porque Trotsky tuvo que vérselas inmediatamente con las animosidades que dividían a sus partidarios restantes, Rosmer y los grupos de Naville y Molinier. Molinier había llegado a Prinkipo con un tumultuoso optimismo y con la cabeza llena de planes para convertir al trotskismo en una gran fuerza política. Estaba convencido de que la Oposición tenía grandes posibilidades en Francia porque el Partido oficial estaba plagado de descontento y no podría permancer insensible al llamado de la Oposición. Todo lo que ésta tenía que hacer era actuar con confianza en sí misma y audaz iniciativa. Molinier tenía planes para infiltrar a los trotskistas en el Partido, efectuar mítines de masas, fundar periódicos de gran circulación, etc. La realización de los planes requería mucho más dinero del que la Oposición podía recoger entre sus miembros, pero él tenía sus planes económicos también,

[69] Correspondencia Trotsky-Paz. *The Archives,* Sección cerrada.

un tanto vagos pero no implausibles. Estaba listo para lanzarse a todo tipo de empresas comerciales y empezó a hacer presupuestos a base de las ganancias que esperaba obtener.[70]

Rosmer y Naville eran más cautelosos en su estimación de las posibilidades, descartaban la viabilidad de la "acción de masas" que Molinier defendía y se inclinaban a contentarse por el momento con una clarificación más modesta, pero constante, de las ideas de la Oposición y con la propaganda entre los elementos maduros de la izquierda. Temían que las empresas de Molinier pudieran acarrearle desprestigio a la Oposición, y desconfiaban de él. *"Ce n'est pas un militant communiste, c'est un home d'affaires, et c'est un illettré"*, decía Rosmer. En París circulaban rumores desagradables acerca de Molinier: según uno de ellos éste había desertado del ejército y después, ante una corte marcial, se había defendido en una forma indigna de un comunista, aduciendo razones de índole religiosa para negarse a prestar servicio militar. Eran frecuentes las imputaciones y alusiones al carácter dudoso de sus actividades comerciales, pero resultaba difícil precisar algo específico.

Trotsky, aun cuando admitía algunas de las limitaciones de Molinier, confiaba implícitamente en él. Lo cautivaban la energía, la inventiva y el valor del hombre, cualidades que él apreciaba generalmente en sus seguidores. En Molinier había rasgos de aventurerismo, pero también había fervor e inconvencionalismo revolucionarios genuinos. Era su inconvencionalismo, argumentaba Trotsky, lo que suscitaba el disgusto y los denuestos de los filisteos contra Molinier; y él, Trotsky, sabía muy bien que ningún movimiento revolucionario podía prescindir de tales hombres, en los que cierta bastedad intelectual quedaba compensada por la energía y la disposición a correr riesgos: ¡con cuánta frecuencia había tenido que recurrir él mismo a tales hombres en los años de revolución y guerra civil! Molinier se congració con Trotsky debido al interés que ponía en el desempeño de muchas gestiones pequeñas, pero importantes, para éste, ayudando a organizar la vida del grupo de Prinkipo y a establecer el secretariado, a vigilar los intereses editoriales en París, etc.: se había convertido, en efecto, en un *factotum* indispensable. Sus familiares más cercanos —su esposa Jeanne y su hermano Henri, un modesto ingeniero sin pretensiones políticas— se habían hecho útiles también en la misma forma, con la *"énergie Molinieresque"* que tanto complacía a Trotsky. Viajaban entre París y Prinkipo y pasaban mucho tiempo en Büyük Ada; sus relaciones con la familia de Trotsky se hicieron íntimas y cordiales. Trotsky, en consecuencia, se esforzó por disipar con suavidad las dudas y sospechas de Rosmer, sobre todo porque, aun cuando estimaba la integridad y el buen criterio de Rosmer, lo consideraba poco capacitado para bregar con las minucias

[70] La familia Molinier poseía un pequeño banco en París, en la Avenue de la République.

del trabajo de organización y demasiado propenso a descorazonarse a causa de las pequeñas irritaciones de la labor faccional, que Molinier desempeñaba con gran facilidad. Con las objeciones de Naville a Molinier, Trotsky tuvo menos paciencia; le reprochó a Naville su "soberbia intelectual", "pensamiento esquemático", tibieza política y renuencia a "trabajar entre las masas". De un modo u otro, sin embargo, consiguió aplacar la rivalidad por el momento. Rosmer, Molinier y Naville aceptaron un "arreglo" y, después de convenir en echar a un lado las animosidades personales y trabajar juntos, regresaron a París con la intención de establecer no una mera organización nacional, sino internacional, de la Oposición.[71]

Trotsky se sentía esperanzado. Cierto era que la "base" que habría de establecer en Francia sería más estrecha de lo que él había pensado, pero suficiente para convertirse en el núcleo de una organización más amplia. Cierto era también que, a estas alturas, se había presentado ya un dilema: ¿debería la Oposición fijarse el objetivo de la "acción de masas" y salir a la palestra con su propia agitación y sus propias consignas, o debería limitarse al tipo de trabajo que habían realizado en el pasado, lenta pero fructuosamente, los pequeños círculos propagandísticos marxistas, exponiendo pacientemente sus teorías y manejando más bien ideas que consignas? Pero el dilema no se planteaba clara ni agudamente, de modo que hubo de quedar pendiente. La circunstancia de que la Oposición no aspiraba a fundar un nuevo partido político, sino que era una facción empeñada en reformar al viejo partido, sugería que debería concentrarse en la propaganda teórica de sus ideas. A esta forma de actividad se inclinaba sin duda Trotsky el pensador. Pero el hombre de acción que había en él, el gran Comisario y el jefe de la Oposición, se sentía incómodo con las limitaciones de dicha forma y anhelaba el alcance y el ímpetu de un movimiento de masas.

En el verano de 1929 Rosmer hizo una gira por Alemania y Bélgica con el fin de inspeccionar y movilizar a los grupos de la Oposición en los dos países, y estableció contacto con los trotskistas italianos, holandeses, norteamericanos y otros. Por medio de informes detallados mantuvo informado a Trotsky sobre el resultado de sus gestiones. En general, el resultado no era alentador. La inacción, las disputas sectarias y las rivalidades personales, que tanto habían debilitado a la Oposición en Francia, le habían hecho gran daño en otras partes también. Desde el punto de vista de Trotsky, ningún país era más importante que Alemania, el campo de batalla principal de la lucha de clases en Europa, donde el Partido Comunista, con una fuerza electoral de varios millones, era más fuerte que en cualquier otro país del Occidente. Rosmer informó haber encontrado en Berlín

[71] Este relato se basa en la correspondencia entre Trotsky, R. Molinier, Naville, V. Serge, L. Sedov y muchas otras personas, una correspondencia que abarca toda la década de los treintas.

varios grupos que invocaban la autoridad de Trotsky, pero que malgastaban su fuerza en animosidades intestinas. El llamado grupo de Wedding comprendía a los trotskistas propiamente dichos, pero era mucho menos influyente que el Leninbund, que publicaba el *Fahne des Kommunismus* y estaba encabezado por Hugo Urbahns. Había también otras sectas minúsculas y "ultraizquierdistas" como la de los korschistas o seguidores de Karl Korsch, un teórico que en 1923 había sido ministro en el gobierno comunista-socialista de Turingia. Los zinovievistas, Máslov y Fischer, eran con mucho el grupo más fuerte; pero, paradójicamente, después que su inspirador capituló ante Stalin, asumieron una actitud antistalinista extrema, similar a la de los sobrevivientes de la Oposición Obrera en la Unión Soviética, y en sus ataques al comunismo oficial iban "mucho más lejos" de lo que Trotsky estaba dispuesto a ir. Sostenían que la Revolución Rusa había recorrido todo su camino y que la Unión Soviética había entrado en una época de contrarrevolución, que nada quedaba allí de la dictadura proletaria, que la burocracia gobernante era una nueva clase explotadora y opresora basada en el capitalismo de estado de una economía nacionalizada, que, en suma, el Termidor ruso había triunfado. Añadían que incluso la política exterior del stalinismo se estaba volviendo indistinguible de la del imperialismo zarista. En consecuencia, ninguna reforma podría hacer resucitar el gobierno de la clase obrera: sólo otra revolución proletaria podría lograr tal cosa. También consideraban inútil el intento de reformar la Tercera Internacional, que era "un instrumento de los termidorianos rusos" y explotaban la heroica leyenda de Octubre para impedir que los trabajadores se enfrentaran a las realidades y para alimentar con su energía revolucionaria el motor de una contrarrevolución. Sobraba decir que quienes sostenían esta opinión no se sentían obligados por ningún vínculo de solidaridad con la Unión Soviética, menos aún por el deber de defenderla, y señalaban el hecho mismo del destierro de Trotsky como evidencia concluyente en su favor. "La expulsión de Trotsky", escribían, "marca la línea en la que la Revolución Rusa se ha detenido definitivamente."

Trotsky se defendió contra el exceso de celo de sus defensores. En controversias con el Leninbund y la *Revolution Prolétarienne* volvió a exponer, con mayor elaboración, su vieja argumentación contra quienes sostenían que el Termidor soviético era un hecho consumado. Definiendo una vez más el Termidor como una contrarrevolución burguesa, señaló que ésta no podría ocurrir sin una guerra civil. Pero la Unión Soviética no había pasado por otra guerra civil, y el régimen establecido en 1917 había conservado, pese a su degeneración, una continuidad que se manifestaba en su estructura social basada en la propiedad pública y en el ejercicio ininterrumpido del poder por el partido bolchevique. "La Revolución Rusa del siglo xx", escribió, "es indiscutiblemente más amplia y más profunda que

la Revolución Francesa del siglo XVIII. La clase social en que ha encontrado apoyo la Revolución de Octubre es incomparablemente más numerosa, homogénea, compacta y resuelta que la de los plebeyos urbanos de Francia. El liderato que ha tenido la Revolución de Octubre ha sido, *en todas sus corrientes,* infinitamente más experimentado y penetrante de lo que fueron o pudieron ser los grupos dirigentes de la Revolución Francesa. Por último, los cambios políticos, económicos, sociales y culturales producidos por la dictadura bolchevique son también indiscutiblemente mucho más profundos que los que iniciaron los jacobinos. Si fue imposible arrancar el poder de las manos de los plebeyos franceses... sin una guerra civil —y Termidor fue una guerra civil en la que los *sans culottes* fueron vencidos—, ¿cómo puede alguien pensar o creer que el poder podría pasar de las manos del proletariado ruso a las de la burguesía pacíficamente, por medio de un tranquilo e imperceptible cambio burocrático? Semejante concepción del Termidor no es más que reformismo al revés." "Los medios de producción", añadía Trotsky, "que antaño pertenecieron a los capitalistas, siguen en manos del Estado soviético hasta el día de hoy. La tierra está nacionalizada. Los elementos sociales que viven de la explotación del trabajo siguen fuera de los Soviets y del Ejército." El peligro termidoriano era efectivamente real, pero la lucha no se había resuelto aún. Y así como el viraje de Stalin a la izquierda y el ataque contra los "nepistas" y los *kulaks* no habían eliminado el peligro termidoriano, el destierro de Trotsky tampoco había borrado a la Revolución de Octubre. En la valoración de los hechos y en el análisis teórico era necesario guardar el sentido de las proporciones. El concepto del capitalismo de Estado soviético carecía de sentido allí donde no existían capitalistas; y si quienes hablaban de él denunciaban la propiedad estatal de la industria, renunciaban a un prerrequisito esencial del socialismo. La burocracia tampoco era una nueva clase explotadora en ningún sentido marxista, sino una "excrecencia morbosa en el organismo de la clase obrera": una nueva clase explotadora no podría formarse al ejercer simplemente funciones administrativas, sin poseer ninguna propiedad sobre los medios de producción.[72]

Las implicaciones de esta disputa se hicieron evidentes cuando estalló un conflicto, en el verano de 1929, entre la Unión Soviética y China en torno a la posesión del Ferrocarril Manchuriano. China reclamaba el ferrocarril que el gobierno soviético tenía bajo su control como concesionario. Surgió el problema: ¿por cuál de los dos bandos debía tomar partido la Oposición? Los sindicalistas franceses, el Leninbund y algunos trotskistas belgas sostenían que el gobierno soviético debía entregar el ferrocarril (que había sido construido por Rusia durante el periodo de expansión zarista en Manchuria); y en la negativa de Stalin a hacer tal cosa veían una prueba del carácter imperialista de su política. Para su sorpre-

[72] *Ecrits, op. cit.; B. O., op. cit.*

sa, Trotsky declaró que Stalin tenía razón al no ceder el ferrocarril y que la Oposición estaba en el deber de tomar partido por la Unión Soviética contra China.[73] Esta fue, en el primer año de su exilio, la primera gran controversia de Trotsky con sus propios seguidores (volveremos a verlo, en su último año, durante la guerra soviético-finlandesa de 1939-40, enzarzado en otra disputa centrada asimismo en la actitud de la Oposición frente a la Unión Soviética; y en esa disputa él volvería a adoptar esencialmente la misma posición que en 1929).

Trotsky sostuvo que no veía ninguna razón para que el Estado obrero cediera una vital posición económica y estratégica al gobierno de Chiang Kai-shek (que había reconocido la concesión soviética en Manchuria). Criticó severamente la manera como Stalin trataba con los chinos, su falta de consideración a las susceptibilidades de éstos y el hecho de que no buscara apoyo en el pueblo de Manchuria: una política más considerada y reflexiva podría haber evitado el conflicto. Pero una vez planteado éste, afirmaba, los comunistas no tenían otra alternativa que apoyar a la Unión Soviética. Si Stalin le cedía el ferrocarril al Kuomintang, no se lo cedería al pueblo chino, sino a sus opresores. Chiang Kai-shek no era ni siquiera un agente independiente. Si obtenía el control del ferrocarril, no sería capaz de conservarlo, sino que tarde o temprano lo perdería a manos del Japón (o bien permitiría que el capital norteamerciano pusiera a Manchuria bajo su influencia). Sólo la Unión Soviética era lo suficientemente fuerte para mantener aquella posición manchuriana fuera de las manos del Japón. Los derechos nacionales de China, invocados por los críticos, no eran, en opinión de Trotsky, pertinentes al problema, que era un incidente en una compleja y multifacética contienda entre las diversas fuerzas del imperialismo mundial y el Estado obrero. Concluía su argumentación diciendo que el momento de que la Unión Soviética hiciera justicia histórica y devolviera la avanzada manchuriana a China llegaría cuando un gobierno revolucionario fuera instaurado en Pekín; y ese pronóstico se convirtió en realidad después de la Revolución China. Mientras tanto, el gobierno soviético estaba obligado a actuar como el fideicomisario de la China revolucionaria y a conservar para ella los bienes manchurianos.[74]

[73] El papel de Trotsky en 1926 como Presidente de la Comisión China del Politburó, que entre otras cosas se ocupaba de asegurar la influencia soviética en Manchuria, ha sido descrito en *El profeta desarmado,* pp. 299-300.

[74] En 1935, Stalin, deseoso, en vista de la guerra que se avecinaba, de prevenir un ataque japonés contra la URSS, vendió el ferrocarril al gobierno pelele japonés de Manchukuc. En 1945 la Unión Soviética recuperó el control del ferrocarril; y no fue sino antes de septiembre de 1952 cuando Stalin, después de algunas vacilaciones, se lo cedió al gobierno de Mao Tse-tung. Este fue uno de los últimos actos políticos importantes de Stalin. Hasta ese momento había seguido una política de penetración económica en China, y la cesión prefiguró el abandono final de esa política por sus sucesores. En este acto, como en muchos otros, Stalin y sus sucesores fueron los eje-

Es fácil imaginar la consternación que Trotsky causó entre los exaltados de la Oposición. Estos se sintieron desconcertados por su "inconsecuencia", pensando que desperdiciaba una gran oportunidad para golpear a Stalin. Trotsky, en efecto, no andaba buscando apuntarse tantos; pero su conducta era consecuente con lo que venía diciendo acerca de la Unión Soviética como el Estado obrero. Por ese Estado sentía, como desterrado, la misma responsabilidad que había sentido como miembro del Politburó y del gobierno de Lenin. Los despliegues de honorable indignación contra la política soviética en que incurrían algunos de sus discípulos le parecían disparatados y baratos, y les dijo con ruda franqueza que él no tenía nada en común con los "trotskistas" que se negaban a profesar una lealtad inconmovible, si bien crítica, al Estado obrero.

El rigor con que se aferró a sus principios, negándose a diluirlos con la demagogia, ofendió a muchos de sus admiradores pasados y potenciales. El movimiento que él venía auspiciando se veía cercado, en efecto, de una parte, por su severa escrupulosidad en lo tocante a las ideas, y, de otra parte, por el inescrupuloso encarnizamiento de la persecución stalinista. La persecución mantenía a sus seguidores a una distancia insalvable de la única gente en la que sus ideas podían tocar una fibra sensible: la numerosa militancia comunista en Europa. La meticulosidad de Trotsky en la elección de sus armas argumentativas lo iba divorciando del disperso pero creciente público antistalinista formado por antiguos miembros del Partido, que se sentían tentados de enfrentarse a los stalinistas en su propio terreno, devolviendo golpe por golpe, combatiendo la villanía con la perfidia y la maldad con la virulencia. Ese público no estaba en actitud de aceptar las abnegadas ordenanzas de Trotsky.

Y así, al cabo de un año o dos de discusión y reclutamiento, los que lo seguían por su arduo sendero continuaban siendo muy pocos. Nuevos grupos se le adherían aquí o allá; otro miembro, por ejemplo, del Politburó italiano o del Comité Central belga, o un pequeño grupo de activistas checos o hasta ingleses veían la luz y se unían, esperanzados, a la Oposición. Pero su ingreso no lograba cambiar nada en el estado de la Oposición. Aun cuando algunos de los recién llegados habían sido hasta muy poco antes hombres influyentes en el Partido y tenían muchos vínculos con la clase obrera, cultivados a lo largo de los años, perdían la influencia y los vínculos una vez que el Partido los expulsaba, los perseguía con toda calumnia imaginable y los apartaba como a leprosos. El Partido tenía contra ellos la autoridad de Moscú, el prestigio de su propia organización, la consagrada disciplina de la vanguardia proletaria, la fuerza masiva de sus jerarquías y legiones de propagandistas y agitadores, algunos de los cuales no eran mejores que gangsters, pero que en su mayoría se conver-

cutores remisos y remolones de una política que Trotsky esbozó casi un cuarto de siglo antes.

tían, movidos por una devoción apasionada pero ciega por su causa, en los asesinos morales de sus camaradas de antaño. Los nuevos conversos al trotskismo comenzaron su lucha con ánimo resuelto para sacudir al Partido que amaban y hacerlo ver la luz que ellos mismos, al estudiar los escritos de Trotsky, habían visto con excitación, pero pronto se encontraron encerrados en reducidos círculos herméticos, donde tenían que acostumbrarse a vivir como nobles leprosos en un desierto político. Los grupos minúsculos que no pueden ligarse a ningún movimiento de masas no tardan en ser presa de la frustración. No importa cuánta inteligencia y vigor puedan poseer, si no encuentran aplicación práctica para una y otra cosa están condenados a malgastar su fuerza en disputas escolásticas e intensas animosidades personales que desembocan en interminables escisiones y anatemas mutuos. Una cierta dosis de tales riñas entre sectas ha caracterizado, por supuesto, el progreso de todo movimiento revolucionario. Pero lo que distingue al movimiento vital de la secta árida es que el primero encuentra a tiempo, y la segunda no, la saludable transición de las disputas y las escisiones a la auténtica acción política de masas.

Los grupos trotskistas no carecían de hombres dotados de inteligencia, integridad y entusiasmo. Pero fueron incapaces de romper el ostracismo que el stalinismo les imponía; y, en su existencia de proscritos, nunca pudieron librarse de sus disensiones internas. Así, poco después de la reconciliación que Trotsky produjo entre sus seguidores franceses, éstos volvieron a dividirse. Rosmer y Naville renovaron sus quejas contra Molinier, acusando a éste de irresponsabilidad y temeridad, en tanto que Molinier les imputaba demasiado poca fe y la obstrucción de todos los planes para la acción. La endeble organización, dándose las ínfulas y la constitución de un organismo mucho más grande, tenía su Ejecutivo Nacional y su Comité de París. En el primero, Rosmer y Naville se encontraban en mayoría y propusieron excluir a Molinier sobre la base de que sus manejos financieros amenazaban con desprestigiar a la Oposición. Pero Molinier contaba con el apoyo del Comité de París . . . y de Trotsky. Rosmer le imploró a Trotsky que salvara al Ejecutivo Nacional de esta situación embarazosa y que dejara de proteger a Molinier.[75] A estas alturas el afecto de Trotsky por Molinier era casi un enamoramiento político, y sus relaciones con Rosmer se hicieron tensas y su correspondencia un tanto ácida. La rivalidad afectó también a los dos fantasmales organismos internacionales que la Oposición había creado: el Buró Internacional y el Secretariado Internacional, que se encontraban igualmente en conflicto.[76] En el verano

[75] Véase la correspondencia Trotsky-Rosmer de junio y julio de 1930, y también las cartas de Trotsky a M. Shachtman del 18 de agosto de 1930, a R. Molinier de enero-febrero de 1931, y a la Federación de Charleroi del 28 de junio de 1931. *The Archives*, Sección cerrada.

[76] El Buró Internacional, formado en una conferencia de trotskistas de varios países en abril de 1930, estaba compuesto por Rosmer (con Naville como suplente),

de 1930 Trotsky volvió a pedirles a sus partidarios franceses que fueran a Prinkipo para zanjar sus diferencias. Ellos fueron, concertaron otra "paz", y Trotsky los envió de regreso a París confiado en que ahora, por fin, emprenderían al unísono la campaña tantas veces pospuesta y en la que tantas esperanzas tenían puestas. Pero al cabo de unas cuantas semanas la disensión estalló nuevamente, y en noviembre, Rosmer, herido por la parcialidad de Trotsky en favor de Molinier, renunció. Eso fue un golpe para la Oposición y para Trotsky personalmente, porque sabía que ninguno de sus seguidores en Europa tenía las cualidades ni el prestigio de Rosmer. Pero estaba convencido de que la energía de Molinier no tardaría en sacar a la organización de su estancamiento y de que entonces Rosmer regresaría. Incluso al renunciar, Rosmer le dio a Trotsky una prueba de rara devoción desinteresada, y en vez de chocar abiertamente con Trotsky se retiró de toda actividad faccional. Sin embargo, resintió con tanta intensidad la conducta de Trotsky, que durante varios años se negó a verlo e incluso a cambiar impresiones con él.

Las disensiones similares a ésta, en las que es prácticamente imposible separar lo personal de lo político, vinieron a ser una dolencia crónica de la mayoría, si no de la totalidad, de los grupos trotskistas; el ejemplo francés fue infeccioso porque, aparte de otras razones, París era ahora el centro del trotskismo internacional. Las personalidades, por regla general, tenían tan poco peso, los motivos de disensión eran tan insignificantes y las disputas tan tediosas, que ni siquiera la participación de Trotsky les confieren suficiente importancia para que merezcan un lugar en su biografía. Con los años, su participación adquirió formas lastimosas y en ocasiones grotescas. Dado que casi cada una de las disputas sacudían a toda la organización, tales fruslerías devoraban gran parte de su tiempo y de sus nervios. Trotsky tomaba partido y actuaba como árbitro. Estando en contacto con grupos en todos los rincones del mundo, tenía que bregar con una cantidad increíblemente grande de tales altercados, y como estimulaba a las diversas secciones de la Oposición a interesarse en las actividades de las demás, escribía interminables circulares y epístolas explicándoles, por ejemplo, a los belgas por qué los franceses se habían dividido, a los griegos por qué los camaradas alemanes estaban en desacuerdo, a los

el norteamericano Shachtman, el alemán Landau, el español Nin y el ruso Markin. Bajo el seudónimo de Markin, L. Sedov (Liova) representaba a la Oposición rusa. (No participó, sin embargo, en la conferencia.) El Buró no pudo funcionar porque Shachtman regresó a los Estados Unidos, Nin fue encarcelado en España poco después y Markin no pudo salir de Prinkipo. Un Secretariado Internacional se formó entonces en París, cuyo puntal era Naville, con el italiano Suzo y el norteamericano Mill como miembros. Mill fue denunciado más adelante como stalinista, y el Secretariado no fue más efectivo que el Buró. Trotsky trató de reorganizarlo a continuación con la ayuda de Senin-Sobolevicius y Well. (Véase la carta de Trotsky a Well del 15 de diciembre de 1931.)

polacos cuáles eran las cuestiones en debate entre los diferentes grupos de la Oposición belga o la norteamericana, y así hasta nunca acabar.[77]

Trotsky hacía todo esto en la creencia de que estaba educando y adiestrando a una nueva promoción de comunistas, nuevos cuadros de la revolución. La extrema escasez de recursos de la Oposición y la debilidad de su organización no lo desalentaban. El sostenía que la valía de un movimiento radicaba en la fuerza de sus ideas, que a la larga estaban destinadas a imponerse; que la tarea principal consistía en "mantener la continuidad" de la escuela de pensamiento marxista; que sólo una organización podía asegurar esa continuidad; y que cualquier organización tenía que ser edificada dentro de las circunstancias dadas y con el material humano disponible. Algunas veces, las pendencias entre sus seguidores eran suficientes para hacerlo desesperar y preguntarse si sus esfuerzos no eran baldíos. Después se consolaba con el recuerdo de que Lenin, en los años de sus "disputas faccionales del exilio", evocaba a menudo una imagen de Tolstoi que describía a un hombre acuclillado en medio de un camino y haciendo ademanes incoherentes y maniáticos que hacía pensar a los transeúntes que se trataba de un demente; pero al acercarse más, se veía que la extraña gesticulación era una actividad animada por un propósito: el hombre estaba afilando un cuchillo en una piedra de amolar. Y así Trotsky, sin importarle cuán faltos de propósito pudieran parecer a veces sus tratos con sus discípulos, se decía que él en realidad estaba afilando la mente y la voluntad de una nueva generación de marxistas. Reprimía el disgusto que le producía mezclar los grandes principios con las más mezquinas de las pendencias, y hacía acopio de toda su paciencia y capacidad de persuasión para entregárselas libremente a sus seguidores. Con todo, no podía dejar de sentir que el material humano con que estaba trabajando era muy distinto de aquél con que él o Lenin habían trabajado antes de la revolución. Entonces, cualesquiera que fueran los aspectos negativos de la política de la emigración, quienes participaban en ella eran luchadores genuinos y serios, entregados por entero a su causa y dispuestos a sacrificar por ella todo interés en la vida y la vida misma: llamas humanas de entusiasmo revolucionario. Sus actuales seguidores en el Occidente estaban hechos de un material diferente: sólo tenían en sí poco de la pasión y el heroísmo capaz de tomar los cielos por asalto. Sin duda alguna no eran, o "no eran todavía" "bolcheviques auténticos", reflexionaba; y eso explicaba una irreductible distancia psicológica entre él y ellos. En sus pensamientos prefería habitar entre sus otros amigos y discípulos, los que se

[77] De más de 300 legajos que contienen alrededor de 20 000 documentos de la Sección cerrada de *The Archives*, aproximadamente nueve décimas partes se componen de la correspondencia de Trotsky con sus seguidores. Una proporción muy grande de la Sección cerrada de *The Archives* está formada también por sus escritos sobre la política, las tácticas y la organización de diversos grupos trotskistas.

hallaban dispersos en las prisiones y las colonias punitivas de los Urales y Siberia, luchando, sufriendo hambre y frío y batallando con sus problemas hasta la muerte. Aun las más mediocres de las personas que se encontraban allá le parecían ahora más valiosas como combatientes y más cercanas a él que cualesquiera de sus seguidores en el Occidente. A veces daba expresión inconscientemente a este sentimiento, como, por ejemplo, en un obituario de Kote Tsintsadze que escribió a principios de 1931. Tsintsadze, que había sido bolchevique desde 1903, jefe de la Cheka caucasiana durante la guerra civil y a continuación uno de los líderes de la Oposición, había sido deportado, encarcelado y torturado. Enfermo de tuberculosis, sufriendo hemorragias pulmonares, continuó luchando, hizo huelgas de hambre y murió en la cárcel. En el obituario, publicado en el *Bulletin*, Trotsky citó las siguientes palabras previsoras de una carta que Tsintsadze le había escrito a Alma Ata: "Muchos, muchísimos de nuestros amigos y de la gente cercana a nosotros tendrán que... terminar sus vidas en la cárcel o en la deportación. Con todo, en última instancia, esto será un enriquecimiento de la historia revolucionaria: una nueva generación aprenderá la lección."

"Los Partidos Comunistas en el Occidente", comentó Trotsky, "no han forjado todavía combatientes del tipo de Tsintsadze"; ésa era la debilidad que los acosaba, y que afectaba a la Oposición también. Confesó el asombro que le causaba descubrir cuánta ambición de baja estofa y cuánto egoísmo personal había incluso entre los oposicionistas en el Occidente. No era que él repudiara toda ambición personal: el deseo de distinguirse era a menudo un estímulo para el esfuerzo y el logro constructivo. Pero "el revolucionario comienza donde la ambición personal está plena y totalmente subordinada al servicio a una gran idea..." Desgraciadamente, demasiado pocas personas en el Occidente habían aprendido a tomar los principios en serio: "El coqueteo con las ideas" y el trato frívolo con el marxismo-leninismo abundaban en exceso.[78]

Sólo en contadas ocasiones se permitió Trotsky expresar esta queja. No veía qué utilidad tenía retorcerse las manos lamentando las limitaciones del material humano producido por la historia: era sólo de ese material de donde podrían sacarse los "nuevos Tsintsadze".

Mientras tanto, en la Unión Soviética la Oposición se estaba desintegrando y los luchadores "del tipo de Tsintsadze" estaban pereciendo físicamente o encogiéndose moralmente. Estaban atrapados en la doble prensa del terror stalinista y de sus propios dilemas. Aun en fecha tan temprana como 1928, mientras Trotsky sostenía todavía su espíritu de resistencia desde Alma Ata, los oposicionistas dieron señales de no poder soportar la tensión. Una división de opiniones, como recordará el lector, se suscitó

[78] *B. O.*, núm. 19, marzo de 1931.

entre ellos mientras contemplaban el fin de la coalición entre los stalinistas y los bujarinistas y los comienzos del viraje de Stalin a la izquierda.[79] Esos acontecimientos hicieron perder vigencia a algunas de las principales demandas y consignas de la Oposición. Esta había abogado por la industrialización rápida y por la colectivización gradual de la agricultura, y había acusado a Stalin de obstruir esas medidas y de favorecer al agricultor rico. Cuando en 1928 Stalin aceleró el ritmo de la industrialización y se volvió contra la agricultura privada, los oposicionistas en un principio se felicitaron por el cambio, en el que veían su reivindicación; pero a continuación se sintieron despojados de sus ideas y consignas y privados de una gran parte de su razón de ser.

Bajo cualquier régimen que permita un mínimo de controversia política, un partido o una facción que tenga la desgracia de ver a sus rivales robarle sus banderas, puede asistir con dignidad a la realización de su propio programa por otros. A los trotskistas deportados no se les permitía ni siquiera insinuar que sus banderas les habían sido robadas o de señalar, para que la nación los escuchara, cuán deleznables e hipócritas habían sido las acusaciones que los stalinistas les habían lanzado cuando los acusaban de "superindustrializadores" y "enemigos del campesinado". El viraje de Stalin a la izquierda, que implícitamente reivindicaba a la Oposición, sellaba la derrota de ésta; y la Oposición ya no supo claramente si debería seguir oponiéndosele o sobre qué base hacerlo, especialmente debido a que hasta mediados de 1929, antes de que Stalin se decidiera por la "colectivización en masa" y la "liquidación de los *kulaks*", su política coincidía en grado considerable con las demandas de la Oposición. Si para cualquier partido o grupo es una amarga experiencia ver su programa plagiado por sus adversarios, para los trotskistas, que al abogar por sus ideas se exponían a la persecución y la calumnia, ello constituyó un golpe demoledor. Algunos empezaron a preguntarse en aras de qué debían seguir sufriendo y sometiendo a sus familiares a las privaciones más crueles. ¿No era tiempo ya, se preguntaban, de renunciar a la lucha y hasta de reconciliarse con sus extraños victimarios?

Quienes sucumbían a este estado de ánimo aceptaban con avidez el argumento de Rádek y Preobrazhensky según el cual no habría nada de censurable en tal reconciliación, y que la Oposición, a menos que sólo estuviera movida por el resentimiento, debería en verdad regocijarse por el triunfo de sus ideas, aun cuando fueran sus victimarios quienes las pusieran en práctica. Era cierto, decían, que Stalin no mostraba disposición alguna a restaurar en el seno del Partido la democracia proletaria por la que la Oposición también había clamado, pero, puesto que él estaba cumpliendo una parte tan grande del programa de la Oposición, había razones para esperar que a la larga habría de cumplir el resto también.

[79] Véase el capítulo "Un año en Alma Ata" en *El profeta desarmado.*

En todo caso, los oposicionistas tendrían mayores posibilidades de promover la causa de la libertad dentro del Partido si volvían a las filas en lugar de quedarse en las colonias punitivas, donde no podían ejercer ninguna influencia práctica. Cualquiera que fuese su objetivo, debían luchar por él dentro del Partido, que era, como había dicho Trotsky en una ocasión, "el único instrumento históricamente dado que la clase obrera poseía" para asegurar el progreso del socialismo; sólo a través y dentro de él podían los oposicionistas cumplir sus propósitos. Ni Rádek ni Preobrazhensky sugerían aún la capitulación: sólo aconsejaban una actitud más conciliatoria, que les hiciera posible negociar las condiciones de su reincorporación al Partido.

Otro sector de la Oposición, cuyos portavoces eran Sosnovsky, Dingelstedt y, en ocasiones, Rakovsky, rechazaba estos razonamientos y no creía que Stalin se propusiera llevar a cabo en serio la industrialización y la lucha contra los *kulaks*. Consideraban que el viraje a la izquierda era una "maniobra provisional" que sería seguida de grandes concesiones al capitalismo rural, la neo-NEP y el triunfo del ala derecha. Negaban que el programa de la Oposición hubiese sido superado por los acontecimientos y no veían razón para modificar ninguna de sus actitudes. Los más optimistas se sentían tan esperanzados como siempre de que el tiempo transcurría en su favor. Si Stalin persistía en el viraje a la izquierda, decían, la propia lógica de éste lo obligaría a poner fin a su lucha contra la Oposición de izquierda; y si inauguraba la neo-NEP, el subsiguiente "viraje a la derecha" haría peligrar tanto su propia posición, que en este caso también, para restablecer el equilibrio, tendría que llegar a un acuerdo con los trotskistas. La Oposición, por consiguiente, cometería una tontería al negociar su rehabilitación sacrificando los principios, especialmente si abandonaba su demanda de libertad de expresión y crítica. Esta, en términos generales, era la concepción "trotskista ortodoxa".

La convicción de que el programa de la Oposición se estaba haciendo anacrónico ganaba terreno, sin embargo, no sólo entre los conciliadores. Con mayor fervor aún la postulaban, por razones diametralmente opuestas a las de Rádek y Preobrazhensky, aquellos que constituían el ala más extrema e irreconciliable de la Oposición. Entre ellos se iba haciendo axiomática la concepción de que la Unión Soviética no era ya un Estado obrero, que el Partido había traicionado a la revolución, y que, siendo vana la esperanza de reformarlo, la Oposición debía constituirse en un nuevo partido y predicar y preparar una nueva revolución. Algunos veían todavía a Stalin como el promotor del capitalismo agrario e incluso el caudillo de una "democracia *kulak*", en tanto que para otros su régimen resumía el ascenso de un capitalismo de estado implacablemente hostil al socialismo.

Hasta fines de 1928 estas corrientes encontradas no eran aún tan fuertes como para destruir la unidad externa de la Oposición. Una discusión ince-

sante tenía lugar en las colonias, y Trotsky la presidía manteniendo el equilibrio entre los puntos de vista opuestos. Después de su destierro a Constantinopla, sin embargo, la fuerza de los desacuerdos aumentó y los grupos opuestos se distanciaron más y más. Los conciliadores ansiosos de ser rehabilitados "redujeron" gradualmente las condiciones bajo las cuales estaban dispuestos a llegar a un acuerdo con Stalin, hasta que la conciliación para la que se estaban preparando se hizo indistinguible de la capitulación. Por otra parte, los irreconciliables alcanzaron tal frenesí de hostilidad contra todo lo que Stalin representaba, que dejaron de interesarse en los cambios de su política e incluso en lo que estaba ocurriendo en el país en general; repetían obsesivamente sus viejas denuncias del stalinismo, independientemente de que guardaran aún alguna relación con los hechos, viejos o nuevos. Los miembros de estos grupos extremos se veían los unos a los otros como renegados y traidores. Los irreconciliables calificaban de antemano a sus camaradas conciliadores como "lacayos de Stalin", en tanto que los segundos veían a los exaltados como personas que habían perdido el sentido de la realidad, habían dejado de ser bolcheviques y se estaban convirtiendo en anarquizantes y contrarrevolucionarios. Las dos alas extremas iban creciendo y sólo el núcleo cada vez más reducido de la Oposición seguía siendo "trotskista ortodoxo".

Escasamente tres meses después del destierro de Trotsky no quedaban vestigios ni siquiera de la unidad externa de la Oposición. Mientras Trotsky permaneció aislado de sus seguidores —y el restablecimiento de los contactos le llevó unos cuantos meses— a Stalin se le hizo más fácil dividirlos y desmoralizarlos por medio del terror y la intimidación. El terror era selectivo: la GPU no tocaba a los conciliadores, pero espulgaba las colonias, sacando de ellas a los oposicionistas más obstinados y trasladándolos a las cárceles donde los hacía objeto del tratamiento más despiadado: recluidos bajo guardias militares; hacinados en celdas oscuras y húmedas, desprovistas de calefacción en el invierno siberiano; sometidos a una escasa dieta de alimentos podridos; y privados de material de lectura, luz y facilidades de comunicación con sus familias. De esta suerte se les negaban los privilegios que los prisioneros políticos habían obtenido en la Rusia zarista y que los bolcheviques habían concedido, desde el fin de la guerra civil, a los antibolcheviques encarcelados. (En esos mismos días aproximadamente, como para mofarse más aún de sus antiguos camaradas, Stalin ordenó la liberación de un grupo bastante numeroso de mencheviques y social-revolucionarios.) Ya en marzo de 1929, los trotskistas que describían su vida en la prisión de trabajos forzados de Tobolsk, la comparaban con la obsesionante imagen de la *katorga* en *La casa de los muertos* de Dostoiesvki.[80] Si bien este terror tenía por objeto intimidar y ablandar a los conciliadores, parecía concebido también para empujar a los irreconcilia-

[80] Véase el informe del 20 de marzo en *B. O.*, núm. 1.

bles a hacer tales manifestaciones de hostilidad irracional contra todos los aspectos del régimen existente, que resultara fácil calificarlos de contrarrevolucionarios e insertar una cuña más profunda aún entre ellos y los conciliadores.

Stalin, sin embargo, no podía quebrantar a la Oposición por medio del terror solamente: su arma mucho más poderosa era el viraje a la izquierda. "Sin persecución rigurosa", comentó Rakovsky, "el viraje a la izquierda sólo habría traído nuevos partidarios a las filas de la Oposición, porque ponía de manifiesto la bancarrota [de la política stalinista anterior]. Pero la persecución por sí sola, sin el viraje a la izquierda, no habría tenido el efecto que ha tenido." [81] En los meses que siguieron a la llegada de Trotsky a Constantinopla, las vacilaciones de Stalin en cuanto a la línea política se acercaron a su fin. Su rompimiento con Bujarin se consumó en la sesión de febrero del Politburó, mientras Trotsky viajaba a Turquía. En abril el conflicto fue llevado del Politburó al Comité Central, y a continuación a la XVI Conferencia del Partido. La Conferencia se dirigió a la nación con un vibrante llamado en favor de una intensificación radical de la industrialización y la colectivización, llamado que reproducía, literalmente en parte, las anteriores exhortaciones de Trotsky.[82] Se hacía cada vez más difícil mantener, como Trotsky y algunos de los trotskistas seguían manteniendo, que el cambio de política de Stalin era una "maniobra provisional". Resultó que Preobrazhensky y Rádek, que habían sostenido en todo momento que Stalin no estaba jugando con el viraje a la izquierda (y que aun cuando quisiera hacerlo las circunstancias no se lo permitirían) tenían, en relación con este punto, una mucho mejor comprensión de la realidad.

De un solo golpe los dilemas de la Oposición se vieron inmensamente agravados. Para sus miembros vino a ser casi ridículo seguir rumiando viejas consignas, clamar por más industrialización, protestar contra el apaciguamiento del capitalismo rural y hablar de la neo-NEP amenazante. La Oposición sólo podía hacer una de dos cosas: o bien admitir que Stalin estaba cumpliendo la tarea que ella misma se había propuesto, o reequiparse y "rearmarse" políticamente para cualquier nueva lucha. Trotsky, Rakovsky y otros estaban trabajando, en efecto, para poner las ideas de la Oposición al día. Pero los acontecimientos se movían con mayor rapidez que los más sagaces de los teóricos.

El estado de la nación contribuía, en no menor medida que los cambios oficiales, al desconcierto de la Oposición. El momento que se vivía era

[81] *Ibid.*, núm. 7, noviembre-diciembre de 1929.
[82] *V.K.P. (b). Profsoyuzaj*, p. 515. En las resoluciones de la Conferencia, el llamado de Trotsky a la competencia socialista, que ya tenía diez años, fue reproducido literal pero, por supuesto, anónimamente, *K.P.S.S. v Rezolutsiaj*, vol. II, pp. 496-497; véase también mi *Soviet Trade Unions*, pp. 95-97.

de la mayor gravedad. Stalin lo describió en esos términos;[83] pero igualmente lo hicieron todos los jefes de la Oposición, independientemente de sus diferencias. Preobrazhensky, que no era hombre dado a los pronunciamientos excesivamente dramáticos, comparó la tensión de la primavera de 1929 con la que había desembocado en la sublevación de Kronstadt, la sublevación que los bolcheviques habían considerado más peligrosa para ellos que cualquier fase crítica de la guerra civil.[84] Rádek, refiriéndose al conflicto entre los stalinistas y los bujarinistas en el Comité Central, dijo que "el Comité Central se asemejaba a la Convención jacobina en la víspera misma del 9 Termidor", el día que acarreó la ruina del jacobinismo. Rakovsky describió el momento como "el más decisivo desde la guerra civil".[85] Efectivamente, el acuerdo en cuanto a esto era unánime entre todos los observadores.

Hacía ya varios años que el abismo entre la ciudad y el campo se había hecho más ancho y profundo. Los 25 o 26 millones de pequeñas, y en su mayor parte diminutas y arcaicas, granjas no podían alimentar a la población urbana que aumentaba rápidamente. Las ciudades vivían bajo una amenaza casi constante de hambre. En última instancia, la crisis sólo podía resolverse mediante la sustitución de la pequeña propiedad improductiva por la moderna granja en gran escala. En un país enorme acostumbrado a la agricultura extensiva, esto podía lograrse mediante una de dos políticas: o el fomento enérgico del capitalismo agrario o mediante la colectivización. No había otra alternativa. Ningún gobierno bolchevique podía actuar como padrastro del capitalismo agrario: si lo hubiese hecho, habría desencadenado formidables fuerzas hostiles a sí mismo y habría comprometido las perspectivas de la industrialización planificada.[86] Así, pues, sólo quedaba un camino abierto: el de la colectivización, aun cuando todavía quedaran por resolver los problemas capitales de la escala, el método y el *tempo*. Años de vacilación oficial habían desembocado en el hecho de que ahora las decisiones tendrían que tomarse bajo condiciones mucho peores que aquellas bajo las cuales pudieron haberse tomado anteriormente. Los intentos de Stalin por combinar las líneas políticas más contradictorias, apaciguar a los agricultores ricos y después requisarles sus cosechas,

[83] Stalin, *Obras* (ed. rusa), vol. XII, pp. 118 sigs.

[84] Preobrazhensky, "Ko Vsem Tovarishcham po Oppozitsii" *(The Archives)*, al que hacemos referencia en páginas siguientes también; y el informe de Rakovsky en *B. O., loc. cit.*

[85] *Loc. cit.*

[86] La agricultura capitalista en gran escala formó el trasfondo rural de la industrialización de Inglaterra y los Estados Unidos; los fundos de los Junkers y la *Grossbauerwirtschaft* predominaron en la agricultura alemana durante el ascenso industrial del país, en tanto que en la Rusia de los años veintes de este siglo ése no era el caso. La concentración de la agricultura por medio de cualesquiera procesos normales de la competencia capitalista habría requerido mucho tiempo y mucho *laissez faire*.

habían enfurecido al campesinado. Su prolongada renuencia a llevar adelante el desarrollo industrial no había sido menos desastrosa. Mientras el campo no podía ni quería alimentar a la ciudad, la ciudad era incapaz de suministrarle al campo productos industriales. El campesino, al no poder obtener zapatos, ropas e implementos agrícolas, no tenía incentivos para elevar su producción, menos aún para venderla. Y así, tanto la ciudad hambrienta como el campo privado de productos industriales eran presa del descontento.

Las decisiones sobre el *tempo* y la escala de la industrialización y la colectivización se tomaron en condiciones de aguda escasez de todos los elementos humanos y materiales necesarios para la doble empresa. Mientras los obreros carecían de pan, la industria carecía de mano de obra capacitada. También carecía de maquinaria. Y, sin embargo, las máquinas permanecían paradas por falta de combustible y de las materias primas cuyo suministro dependía de la economía rural. Los transportes estaban desorganizados y no podían satisfacer las necesidades del tráfico industrial incrementado. El suministro de casi todos los productos y servicios era lastimosamente inadecuado a la demanda. La inflación era incontrolable. Los precios reglamentados no guardaban ninguna relación con los no reglamentados, y ni unos ni otros reflejaban valores económicos genuinos.

Todos los lazos y vínculos entre las diversas partes del organismo social estaban rotos, con excepción de los eslabones de la miseria y la desesperación. No sólo había vuelto a quebrantarse el intercambio económico entre la ciudad y el campo, sino que lo mismo había sucedido con todas las relaciones normales entre la ciudadanía y el Estado e incluso entre el Partido y el Estado. No había engaño ni violencia al que tanto los gobernantes como los gobernados no estuvieran dispuestos a recurrir en su contienda. Los *kulaks*, y muchos campesinos "medianos" e incluso pequeños, eran implacables en su odio a los "comisarios". Los incendios y los asesinatos de agentes y agitadores del Partido eran sucesos cotidianos en las aldeas. El estado de ánimo del campesinado contagiaba a la clase obrera, entre la cual abundaban los recién llegados del campo. En el duodécimo año de la revolución, la pobreza del país y las negligencias y abusos del gobierno provocaban una reacción tan adversa y generalizada que algo grande y terrible tenía que suceder o tenía que hacerse a fin de reprimir o de dar salida a las emociones acumuladas. Bajo la superficie hervían fuerzas que podrían haber producido el tipo de explosión gigantesca del tipo de la que tuvo lugar, en pequeña escala, en Hungría en 1956. Casi acorralados, Stalin y sus seguidores contraatacaron con furia cada vez mayor.*

"¡La revolución está en peligro!", fue el grito que lanzaron los trotskistas en las colonias de deportación y en las cárceles. Tanto los trotskistas "ortodoxos" como los conciliadores fueron presa de la misma alarma; pero,

en tanto que los primeros no veían qué vía de acción les quedaba abierta en las condiciones en que se hallaban y pensaban que debían mantenerse listos para la crisis que se avecinaba, los conciliadores, por el contrario, se sentían impulsados a "actuar en seguida", y fue al grito de "¡La revolución está en peligro!" como marcharon a la capitulación. Los mejores entre ellos lo hicieron animados por la profunda convicción de que, cuando el destino del bolchevismo y de la revolución estaba en juego, era un crimen aferrarse a las facciones y abrigar intereses y ambiciones faccionales. Los peores entre ellos, los oportunistas fatigados, encontraron en el "peligro para la revolución" un pretexto conveniente para renunciar a su compromiso con una causa perdida. Aquellos que no eran ni los mejores ni los peores, los conciliadores del montón, tal vez no tuvieron conciencia de sus motivaciones, que probablemente eran mixtas o ambivalentes.

En abril de 1929 Preobrazhensky unificó a los conciliadores con un llamamiento: "¡A Todos los Camaradas de la Oposición!"[87] Este fue un documento extraordinario, en el que el conciliador se expresó francamente por última vez, antes de que la capitulación soltara sus labios, mientras contemplaba retrospectivamente el camino seguido por la revolución y volvía su mirada hacia el arduo y tortuoso sendero que tenía por delante. Preobrazhensky describió cómo la Oposición había sido llevada a un atascadero por el triunfo mismo de sus ideas. Descubrió que muchos de sus camaradas preferían negar el triunfo antes que admitir el estancamiento. Se comportaban como si sus predicciones sobre la neo-NEP y el "viraje a la derecha" se hubieran cumplido; como si no hubiese habido un viraje a la izquierda. Cierto era que Stalin había iniciado el viraje a la izquierda de una manera muy diferente de la que ellos habían postulado. La Oposición quería que la industrialización y la colectivización se llevaran a cabo a la plena luz de la democracia proletaria, con el consentimiento de las masas e iniciativa libre "desde abajo", en tanto que Stalin se apoyaba en la fuerza del decreto y en la coerción desde arriba. De todos modos, la Oposición había abogado por lo que él estaba haciendo, aun cuando la forma en que lo estaba haciendo le resultara repugnante. Si sus miembros se negaban a reconocer el hecho, se convertirían en una Oposición por la oposición misma; y entonces, para justificarse, tendrían que apartarse de sus propios principios. El, Preobrazhensky, no repudiaba el pasado de la Oposición: "Al luchar contra el Comité Central hemos cumplido con nuestro deber." Pero el deber actual de la Oposición consistía en acercarse al Partido y después volver a él —y aquí hablaba el precursor teórico de la "acumulación primitiva socialista"— a fin de "defendernos juntos contra la presión del descontento que una política de acumulación socialista y una lucha contra el capitalismo agrario" tienen que producir en un país campesino.

[87] *The Archives.*

Preobrazhensky se refirió al resentimiento que Stalin había causado, incluso entre los conciliadores, al desterrar a Trotsky "con la ayuda del enemigo de clase" (es decir, del gobierno de Turquía). Los oposicionistas "no pueden perdonar eso", decía; pero sugería que tal acción condenable no debía oscurecer otras consideraciones más generales, y añadía que Trotsky también había confundido a la Oposición al llevar la lucha contra Stalin a la prensa burguesa del Occidente. Preobrazhensky abrigaba pocas ilusiones en cuanto al destino que aguardaba a los conciliadores: preveía los golpes y humillaciones que habrían de sufrir en los "años difíciles y críticos que tenemos por delante", aun cuando ni él mismo pudo haber vislumbrado todo el lodo y toda la sangre que tendrían que vadear y en que habrían de perecer. Pero tuvo suficiente claridad de visión para indicarles llanamente a sus camaradas que el camino que los instaba a seguir estaría lleno de angustias y tormentos. Sus esperanzas de una reconciliación auténtica y digna, las esperanzas que había concebido el año anterior, se habían desvanecido. Ahora veía la rehabilitación como una capitulación virtual. "Aquellos de nosotros", concluía, "que hemos luchado en las filas del Partido durante diez, veinte o más años [el propio Preobrazhensky había sido bolchevique desde 1904] regresaremos a él con sentimientos muy distintos de los que nos animaban cuando ingresamos en él por primera vez." Regresarían sin su entusiasmo de los primeros tiempos, como hombres descorazonados. Ni siquiera podían estar seguros de que el Comité Central aceptaría readmitirlos bajo alguna condición. "Las circunstancias de este regreso y la situación interna del Partido son tales, que, si somos readmitidos, tendremos que hacernos responsables de cosas contra las que nos hemos manifestado y someternos a [métodos] a los que no podemos asentir... En caso de que se nos readmita, cada uno de nosotros recibirá el *partbiliet* [carnet de miembro del Partido] como quien acepta una pesada cruz." Con todo, para quienes deseaban servir efectivamente a la causa del socialismo no había otra alternativa que cargar la cruz.

En mayo, a Preobrazhensky se le permitió viajar a Moscú para tratar de "hacer las paces con el Partido". En un principio intentó obtener condiciones favorables para la Oposición en general, pidiendo el cese del terror y las deportaciones, la rehabilitación de los miembros del Partido perseguidos según los términos del Artículo 58 bajo la acusación de actividad contrarrevolucionaria, y —en último lugar, pero no por ello menos importante— la cancelación del destierro de Trotsky. Preobrazhensky negoció con Ordzhonikidze, Yaroslavsky y otros miembros del Comité Central y de la Comisión Central de Control que actuaban bajo la supervisión personal de Stalin.

Para Stalin, la capitulación de un gran sector de la Oposición era importante debido al efecto que ello estaba destinado a tener en la moral

del Partido y en el destino de Trotsky. Deseoso de atraerse a los conciliadores y de no destruir todas sus esperanzas de inmediato, se fingió dispuesto en un principio a considerar algunas de sus peticiones. Pero en realidad no podía aceptar ninguna. Sobre todo, no podía permitir que los oposicionistas declararan, al ser readmitidos, que regresaban porque la dirección del Partido había adoptado el programa de ellos: esto habría equivalido no tan sólo a una reivindicación de Trotsky y del trotskismo y a una refutación de todas las acusaciones contra ellos, sino además a poner de manifiesto la ilegalidad de las represalias por medio de las cuales Stalin los había abrumado. No podía permitir que nadie aludiera siquiera al hecho de que él le había arrebatado una bandera —¡y qué bandera!— a Trotsky. Si lo hubiese permitido, habría destruido su propia aspiración a la infalibilidad y al poder. Los capituladores debían declarar que él, y no ellos y Trotsky, había tenido la razón. Debían retractarse de su propio pasado y denunciarlo. No podía permitírseles que regresaran como precursores incomprendidos; sólo podrían volver como los saboteadores arrepentidos del viraje a la izquierda y de todas las líneas políticas que habían conducido consecuentemente a éste. Y aun entonces no debería permitírseles que suscitaran en el Partido los sentimientos que se le deben a un hijo pródigo contrito: los oposicionistas readmitidos sólo podrían contar con el perdón que se otorga a los pecadores y criminales en desgracia; debían recorrer de rodillas el camino de regreso. Para llevarlos a hacer tal cosa, Stalin tenía que desgastar, por medio del regateo lento y obstinado, sus defensas mentales, e inducirlos a renunciar a una demanda tras otra hasta hacerlos llegar a la rendición incondicional. La conducta de Stalin no era sorprendente: las condiciones bajo las cuales habían capitulado Zinóviev, Kámenev, Antónov-Ovseienko, Piatakov y tantos otros, y el proceso mediante el cual habían sido llevados a capitular, estaban todavía frescos en la memoria de todos. Pero tal era el poder del autoengaño que muchos conciliadores que seguían desde lejos las gestiones de Preobrazhensky en Moscú —a éste se le permitía comunicarse con las colonias de deportados— abrigaban todavía la esperanza de que se les ahorraran las indignidades infligidas a los capituladores anteriores.

Al cabo de un mes el resultado de las "negociaciones" de Preobrazhensky era ya discernible en la conducta de sus camaradas más cercanos. A mediados de junio, Rádek y Smilgá viajaron también a Moscú, bajo escolta de la GPU, para unirse a Preobrazhensky. Su tren se detuvo en una pequeña estación siberiana, donde por casualidad se encontraron con un grupo de oposicionistas que describieron el encuentro en una carta que se conserva entre los papeles de Trotsky. Sólo conversaron con Rádek: Smilgá estaba enfermo y no pudo salir de su compartimiento. Rádek los puso al tanto del propósito del viaje y les presentó los ya conocidos argumentos en favor de la rendición: el hambre que imperaba en escala na-

cional, la escasez de pan que se sentía incluso en Moscú, el descontento de los trabajadores, la amenaza de sublevaciones campesinas, las discordias en el Comité Central (donde "los bujarinistas y los stalinistas conspiraban para arrestarse los unos a los otros"), etc. La situación, dijo, era tan grave como en 1919, cuando Denikin se hallaba a las puertas de Moscú y Yudénich atacaba a Petrogrado. Todos debían agruparse en torno al Partido. ¿Bajo qué condiciones?, le preguntaron. ¿Demandaría él en Moscú que los deportados fueran exonerados del estigma de la contrarrevolución que representaba el párrafo 58 del Código Criminal? No, replicó Rádek; quienes persistían en la oposición merecían ese estigma. "¡Nosotros mismos", gritó, "nos hemos desterrado y encarcelado!" ¿Exigiría él el regreso de Trotsky? Hacía sólo unas semanas que Preobrazhensky había declarado que la Oposición "no podía perdonar" el destierro de Trotsky, y sólo unos meses que el propio Rádek, el autor del célebre ensayo sobre "Trotsky, el Organizador de la Victoria", había protestado ante el Comité Central acusándolo de estar causando la "muerte lenta" de aquel "corazón combatiente de la revolución", concluyendo su protesta con las palabras: "Basta de este juego inhumano con la salud y la vida del camarada Trotsky". Pero en las últimas semanas la lógica de la rendición a Stalin había realizado su trabajo. Y así, para su asombro, los interlocutores de Rádek escucharon esta respuesta: "Yo he roto definitivamente con Liov Davidóvich; ahora somos enemigos políticos. No tengo nada en común con el colaborador de los periódicos de Lord Beaverbrook." (El propio Rádek había colaborado con frecuencia en la prensa burguesa y volvería a hacerlo, pero en beneficio de Stalin.)[88] En la violencia misma de su respuesta, Rádek delataba su conciencia culpable. Añadió palabras enconadas contra los nuevos miembros de la Oposición, los jóvenes airados que, según él, no tenían nada de bolcheviques, sino que se unían a los trotskistas por puro despecho antisoviético. Y apeló una vez más a sus interlocutores: "La última Conferencia del Partido ha adoptado nuestra Plataforma, que ha demostrado brillantemente su razón. ¿Qué tienen ustedes todavía contra el Partido?" La escolta de Rádek proporcionó la respuesta: mientras él argumentaba, los guardias de la GPU lo interrumpieron, gritando que no le permitirían agitar contra el destierro de Trotsky, y lo hicieron regresar a empujones y puntapiés hasta el tren. Rádek barbotó entre carcajadas histéricas: "¿Yo, agitando contra el destierro de Trotsky?"; y después se disculpó en tono de súplica: "Yo sólo estoy tra-

[88] Trotsky tuvo que defenderse a menudo de este reproche, que en un principio le hicieron incluso sus seguidores franceses, como le informó Rosmer en una carta del 24 de febrero de 1929. La respuesta de Rosmer y Trotsky fue que Marx también había tenido que ganarse la vida escribiendo para la prensa burguesa. En una nota especial en el primer número del *Bulletin Oppositzii*, Trotsky explicó su posición a los lectores soviéticos y recalcó que, aun en la prensa burguesa, él hablaba como bolchevique y como leninista, defendiendo la revolución.

tando de persuadir a estos camaradas a que vuelvan al Partido." Pero los guardias ni siquiera lo escucharon y siguieron empujándolo para hacerlo regresar al compartimiento. El año anterior Rádek se había burlado de Zinóviev y Piatakov por el morboso olor a *Dostoievski*" que exhalaban sus retractaciones; ahora él mismo, el príncipe de los panfletistas, aparecía ante sus correligionarios y compañeros de infortunio como un Smerdiakov descendido de las páginas de Dostoievski a la pequeña estación de ferrocarril perdida en la estepa siberiana.[89]

Al cabo de otro mes de regateos, el 13 de julio, Rádek, Preobrazhensky, Smilgá y otros 400 deportados anunciaron finalmente su rendición.[90] Las ventajas que Stalin derivó de ésta fueron muchas. Ningún acontecimiento, desde la capitulación de Zinóviev y Kámenev en el XV Congreso, en diciembre de 1927, había contribuido tanto a fortalecer el prestigio de Stalin. Enfrascado como estaba en una intensa ofensiva contra la facción de Bujarin, la desintegración de la Oposición trotskista lo eximía de la necesidad de luchar en dos frentes simultáneamente. Trotsky había dicho a menudo que, frente a un peligro agudo "desde la derecha", los trotskistas y los stalinistas harían causa común. Pues bien, ahora estaban haciéndola, pero bajo las condiciones de Stalin, que los atraía a su lado sin Trotsky e incluso contra Trotsky. Muchos de los capituladores eran hombres de gran talento y experiencia, con los cuales él habría de llenar los puestos industriales y administrativos que los bujarinistas expulsados dejaban vacantes. Stalin sabía que los capituladores se entregarían en cuerpo y alma a la campaña de industrialización: muchos de ellos hubieron de servir a las órdenes de Piatakov, que fue el espíritu impulsor del Comisariado de la Industria Pesada. Rádek, por sí solo, valía más para Stalin, como propagandista, que legiones enteras de sus propios escritorzuelos.

Trotsky atacó inmediatamente a los "capituladores de la tercera hornada". (Los de la "primera hornada" eran Zinóviev, Kámenev y sus seguidores, y los de la segunda Antónov-Ovseienko, Piatakov y sus compañeros.) "Ellos afirman", escribió Trotsky, "que las diferencias entre Stalin y la Oposición casi se han esfumado. ¿Cómo explican entonces el furioso carácter de las represalias? Si en ausencia de las diferencias más irreconciliables y profundas los stalinistas destierran e infligen la *katorga* a los bolcheviques, lo hacen por puro bandidaje burocrático, sin ninguna idea política. Así es como se presenta la política stalinista si uno la ve desde el punto de vista de Rádek. ¿Cómo se atreven entonces él y sus amigos a elevar sus voces para abogar por la unidad con los bandidos políticos...?" Esta no era la opinión que él, Trotsky, tenía de la política stalinista; él sostenía que, pese a toda su falta de escrúpulos, el stalinismo tenía profundos motivos políticos para su implacable hostilidad hacia

[89] *The Archives; B. O.*, núm. 6, 1929.
[90] *Pravda*, 13 de julio de 1929.

la Oposición: las diferencias fundamentales no habían perdido ninguna fuerza. Rádek y Preobrazhensky las pasaban por alto o fingían hacerlo porque estaban moralmente deshechos. La revolución era una gran devoradora de caracteres, y cada periodo de reacción le cobraba su diezmo a una fatigada generación de luchadores que no resistían el embate. Pero tarde o temprano los viejos y los fatigados serían reemplazados por los jóvenes que entraban en la lucha con nuevo valor y aprendían sus lecciones incluso al contemplar la postración de sus mayores. "Tenemos ante nosotros la perspectiva de una lucha larga y tenaz y de una prolongada labor educativa." [91]

En rigor de verdad, Trotsky recibió las primeras noticias de la capitulación de Rádek con cierta incredulidad; y atribuyó el comportamiento de Rádek al "carácter impulsivo, el aislamiento y la falta de apoyo moral" por parte de los camaradas. Recordó con cálido sentimiento que "Rádek tenía tras de sí un cuarto de siglo de labor marxista revolucionaria" y dudó de que él fuera realmente capaz de hacer las paces con el stalinismo: "Es demasiado marxista para eso y, sobre todo, tiene una mentalidad demasiado internacionalista." Pero cuando *Pravda* publicó la carta de retractación de Rádek, descubrió que "Rádek ha caído mucho más bajo de lo que yo había supuesto". Aun ahora la caída era tan increíble que Trotsky se imaginó que el arreglo de Rádek con Stalin sólo era provisional y que, habiendo oscilado frecuentemente entre la derecha y la izquierda en el Partido, no tardaría en hacer causa común con los bujarinistas. Sin embargo, ¡cuán enmarañada era la situación!: "Rádek y unos cuantos consideran que éste es el momento más propicio para la capitulación. ¿Por qué? Porque los stalinistas están golpeando a Ríkov, Tomsky y Bujarin. ¿Ha consistido entonces nuestra tarea en hacer que una parte del grupo gobernante golpee a la otra? ¿Ha cambiado el enfoque de las cuestiones políticas fundamentales?... ¿No se ha mantenido el régimen antimarxista de la Internacional Comunista? ¿Existe alguna garantía para el futuro?" Rádek y Preobrazhensky veían en el primer Plan Quinquenal un punto de partida radicalmente nuevo. "La cuestión central", replicó Trotsky, "no es la de las estadísticas de este Plan Quinquenal burocrático *per se,* sino el problema del Partido", el espíritu con que se dirigía al Partido, porque eso determinaba también su política. ¿Estaba el Plan Quinquenal, en su formulación y ejecución, sujeto a algún control desde abajo, a crítica y discusión? Y, sin embargo, de esto dependían también los resultados del Plan. "El régimen interno del Partido es para el marxismo un elemento irremplazable de control sobre la línea política..." —ésta había sido siempre la idea esencial de la Oposición. "Pero los renegados generalmente tienen, o creen que los demás tienen, una flaca memoria. Puede decirse con razón que un partido revolucionario en-

[91] *Ecrits,* vol. I, pp. 157-163.

carna la memoria de la clase obrera: su primera y más importante tarea consiste en aprender a no olvidar el pasado a fin de poder prever el futuro." Trotsky todavía veía el viraje de Stalin a la izquierda como un producto secundario de la lucha y la presión de la Oposición; todavía pensaba que Stalin podría invertir su política y que su conflicto con Bujarin, pese a toda su acritud, sólo era "superficial".

Los argumentos de Trotsky no fueron conocidos por los oposicionistas en la Unión Soviética sino hasta el otoño, y difícilmente podían haber bastado para detener la estampida capitulacionista. La conmoción en la Unión Soviética era más profunda, y su impacto en la Oposición mucho más violento de lo que él suponía. Aún no había en sus comentarios ningún indicio de la gravedad y la alarma que se encuentran en los escritos de todos los oposicionistas, aun los más irreconciliables, en Rusia. Trotsky todavía veía el escenario de 1929 a través del prisma de 1928 y no tenía plena conciencia de la atmósfera de "vísperas de guerra civil" que pesaba sobre el país. El pleno significado del grito de "¡La revolución está en peligro!" se le escapó de un modo u otro, al igual que el impulso que cobraba el viraje a la izquierda y la profundidad del abismo que separaba a Stalin y Bujarin. Estas, sin embargo, eran las cuestiones que pesaban en la mente de todos los grupos de la Oposición.

La conciencia de que la revolución estaba amenazada por un peligro mortal, que la Oposición debía sortear junto con los stalinistas, pronto llevó a muchos que hasta entonces habían pertenecido a su ala irreconciliable a seguir los pasos de Preobrazhensky y Rádek. Iván Smirnov, el vencedor de Kolchak y uno de los colaboradores más íntimos de Trotsky; Mrachkovsky, un luchador de heroísmo legendario; Beloborodov, el Comisario en cuyo hogar Trotsky halló refugio cuando salió del Kremlin en noviembre de 1927; Ter-Vaganián, Boguslavsky y muchos otros pidieron su readmisión en el Partido. Empezaron a negociar con el cuartel general stalinista en un estado de ánimo menos sombrío que el de Preobrazhensky anteriormente, abrigando la esperanza de que la situación general induciría a Stalin a readmitirlos bajo condiciones menos humillantes.[92] Esta vez el regateo duró casi cinco meses, desde junio hasta fines de octubre, en el transcurso de los cuales el grupo de Smirnov preparó cuatro diferentes declaraciones políticas. En una primera versión, producida en agosto y que se conserva entre los papeles de Trotsky, ofrecían, como las razones que los impulsaban a solicitar su readmisión, su acuerdo con el Plan Quinquenal y el "peligro desde la derecha". Pero también planteaban claras críticas a la política de Stalin, diciendo que en el Plan Quinquenal no se le prestaba suficiente atención a la necesidad de elevar los bajos niveles de vida de los trabajadores; que la "selección de cuadros del Partido" era tal que hacía imposible la expresión de opiniones críticas;

[92] Véase la versión de Rakovsky en *B. O.*, núm. 7, 1929.

y que la doctrina del socialismo en un solo país servía como una "pantalla para el oportunismo", al igual que el inalterado prejuicio oficial en favor del campesino "mediano". Después de ratificar en todos estos puntos las actitudes de la Oposición, los solicitantes admitían también sus errores. Se habían equivocado, declaraban, al pensar que el Comité Central, en su búsqueda de una solución a la crisis, daría un viraje a la derecha y le prepararía el camino al Termidor: sólo el comportamiento de la minoría bujarinista justificaba ese temor. Convenían en que, en las graves circunstancias del momento, la dirección del Partido no debía conceder libertad a las facciones, porque sólo los elementos derechistas se beneficiarían de tal medida. La Oposición trotskista debía, por consiguiente, disolver su organización, desbandar su propio centro de dirección que "ha existido bajo diversos nombres durante años", y suspender toda forma de actividad clandestina. Pero también exigían el cese de las represalias contra la Oposición y solicitaban fervorosamente el regreso de Trotsky, "cuyo destino está ligado al destino de la clase obrera" y de cuyos servicios no podían prescindir ni la Unión Soviética ni el comunismo internacional.[93]

No fue sino lentamente, defendiendo cada uno de sus puntos, como Smirnov y sus compañeros permitieron que sus demandas fueran cercenadas poco a poco. A medida que el año avanzaba y sus dificultades aumentaban, Stalin sintió con más urgencia que antes la necesidad de obtener nuevas capitulaciones; y no le arrancó a este grupo una retractación tan abyecta como la que había conseguido de Rádek y Preobrazhensky. Smirnov y sus compañeros, al suavizar o abandonar sus críticas a Stalin y al renunciar a diversas demandas, seguían insistiendo sin embargo en que se les permitiera, en el acto mismo de su rendición, pedir el regreso de Trotsky: fue principalmente a causa de este punto que el regateo se prolongó durante cinco meses. Cuando por fin cedieron, se negaron todavía a denunciar o repudiar a Trotsky; y su declaración de sumisión, que apareció con centenares de firmas en *Pravda* el 3 de noviembre de 1929, fue más moderada y digna que cualquier otro acto anterior del mismo tipo.

El estado de ánimo capitulacionista alcanzó ahora el núcleo de la Oposición, compuesto por los trotskistas más fieles. Sin embargo, Rakovsky, —quien, gravemente enfermo y sufriendo ataques cardiacos, había sido trasladado de Astrakán a Barnaul— aún logró reagruparlos. Bajo su inspiración, un sector de la Oposición tan numeroso como el que había seguido a Smirnov se detuvo justamente al borde de la capitulación. "Nosotros", declaró Rakovsky, "luchamos por *todo* el programa de la Oposición." Quienes hacían las paces con Stalin porque éste estaba poniendo en práctica la parte económica de ese programa y porque esperaban

[93] *The Archives.*

que cumpliría también la parte política, se comportaban como reformistas de viejo cuño que se contentaban con la satisfacción gradual de sus demandas. Las ideas políticas de la Oposición eran inseparables de sus postulados económicos: "Mientras la parte política de nuestro programa permanezca incumplida, toda la obra de la construcción socialista está en peligro de saltar hecha pedazos." Más importante aún para Rakovsky eran la integridad de convicción y la honradez en la actitud frente a los adversarios. Una dirección partidaria que arrancaba a los oposicionistas confesiones de errores imaginarios no hacía más que imitar a la Iglesia Católica, que obligaba al ateo a arrepentirse en su lecho de muerte: tal dirección "pierde todo derecho a ser respetada, y el oposicionista que cambia su convicción de la noche a la mañana sólo merece el desprecio total".[94]

El grupo de Rakovsky tardó varios meses en definir su actitud; su "Carta Abierta al Comité Central" no estuvo lista antes de fines de agosto. Recoger alrededor de 500 firmas en unos noventa lugares de deportación no era tarea fácil; pero más difícil aún fue conciliar en el documento todos los matices de opinión que podían encontrarse entre los firmantes. El tenor de la Carta, que en su forma era también una solicitud de readmisión en el Partido, atestiguaba el prevalecimiento del estado de ánimo conciliatorio. Al igual que Preobrazhensky y Smirnov, Rakovsky y sus seguidores —Sosnovsky, Murálov, Mdivani, Kasparova y otros— declaraban que la crisis nacional y la decisión del Partido de auspiciar el Plan Quinquenal eran las razones que los impulsaban a dirigirse al Comité Central. El éxito del Plan, sostenían, fortalecería a la clase obrera y al socialismo; su fracaso volvería a abrir las puertas al Termidor y a la Restauración. Enfrentados al "gravísimo conflicto entre las fuerzas del capitalismo y las del socialismo", preferían referirse a las cuestiones en las que estaban de acuerdo con el Partido más bien que a aquellas en las que no estaban de acuerdo. Para ellos también el "peligro desde la derecha" era inminente y agudo, y lo que le criticaban a la línea del Partido era el deseo persistente de apaciguar a los campesinos "medianos". Estaban tan ardientemente en favor de la industrialización rápida que desde sus colonias punitivas abogaban por una mayor disciplina de trabajo en las fábricas y de una acción resuelta contra quienes trataban de explotar el descontento de los trabajadores con fines contrarrevolucionarios. Pero también sostenían que para el éxito de la campaña de industrialización era preciso que ésta estuviera apoyada por la masa del pueblo, que aún resentía la poca atención que se prestaba a sus condiciones de vida, la inflación desorbitada, las muchas promesas oficiales incumplidas y la arbitrariedad burocrática. Habiendo defendido durante años la línea de acción que el Partido seguía ahora, los solicitantes consideraban que tenían el

[94] *B. O.*, núm. 6, 1929.

derecho a ser readmitidos, tanto más cuanto que ellos también aplaudían el "viraje a la izquierda" en la política de la Comintern y reconocían el peligro de todo faccionalismo. Lamentaban la exacerbación de los sentimientos entre la Oposición y el Comité Central, a la que tanto había contribuido el destierro de Trotsky. "Apelamos al Comité Central, a la Comisión Central de Control y a todo el Partido", concluía la declaración, "para que facilite nuestro regreso al Partido excarcelando a todos los bolcheviques-leninistas, aboliendo el párrafo 58 y haciendo volver a Liov Davidóvich Trotsky."

Cuando la declaración llegó a Prinkipo, el 22 de septiembre, la satisfacción de Trotsky se mezcló con la aprensión. Le complacía ver por fin una declaración de sus seguidores —la primera en muchos meses— que no rezumara resignación total. Con todo, su tono le causaba aprensión. Como ya había organizado sus contactos con la Unión Soviética a través de Berlín, París y Oslo, decidió remitir la Carta a aquellas colonias de deportados que aún no la habían recibido. Pero añadió una glosa de su propia cosecha para darle más filo a la declaración. Dijo que se solidarizaba con la Carta porque, aunque ésta era "moderada", era "inequívoca". Sólo podrían negarse a firmarla quienes sustentaran la opinión de que el Termidor soviético ya se había consumado, que el Partido estaba muerto y que nada menos que una nueva revolución era necesaria en la URSS. "Aunque esta opinión se nos ha atribuido docenas de veces, no tenemos nada en común con ella... Pese a la represión y la persecución, declaramos que nuestra lealtad al partido de Lenin y a la Revolución de Octubre permanece inconmovible." El también reconocía que, con el "viraje a la izquierda" y el rompimiento entre Stalin y Bujarin, se había producido una nueva situación: "Si anteriormente Stalin combatió a la Oposición de Izquierda con argumentos tomados en préstamo a la derecha bujarinista, ahora ataca a la derecha exclusivamente con argumentos tomados en préstamo a la izquierda." En teoría, esto debería haber conducido a un reacercamiento entre el centro y la izquierda, pero en la práctica no había ocurrido así. La adopción de la política de la Oposición por parte de Stalin era superficial, fortuita o simplemente táctica; básicamente, el uno y la otra mantenían posiciones diametralmente contrarias. Stalin concebía el Plan Quinquenal dentro del contexto del socialismo en un solo país, mientras que la Oposición veía todo el proceso de la construcción del socialismo dentro del contexto de la revolución internacional. Esta diferencia fundamental era tan aguda como siempre; y en tanto que Rakovsky y sus compañeros habían declarado su solidaridad con la nueva política de la Comintern, Trotsky enunció breve pero firmemente sus objeciones a ésta. Ello no obstante, convenía en que Rakovsky tenía razón al expresar su disposición "a subordinar la lucha que estamos librando por nuestras ideas a las normas estatutarias y a la disciplina de

un partido que se basara en la democracia proletaria". Ellos habían estado dispuestos a defender sus concepciones dentro del Partido en el momento en que éste estaba dirigido por la coalición centro-derechista; y debían estar dispuestos *a fortiori* a hacer lo mismo cuando la derecha ya no participaba en la dirección. Pero renunciar a sus concepciones en razón de esto sería deshonesto e "indigno del marxismo y de la escuela de pensamiento leninista".

Trotsky confiaba implícitamente en la integridad y el valor de Rakovsky, pero tenía conciencia de la presión y la fuerza de la desbandada bajo la que Rakovsky actuaba. En otra glosa disculpó el tono conciliatorio de Rakovsky atribuyéndole el propósito de "poner a prueba abiertamente el régimen interno del Partido" en circunstancias políticas alteradas: "¿Era o no ese régimen, después de todas las lecciones recientes, capaz de subsanar, parcialmente al menos, el enorme daño que le había infligido al Partido y a la revolución?" ¿Era todavía posible una autorreforma del "aparato" stalinista? "La reticencia y el silencio [de Rakovsky] en lo tocante a los errores de Stalin en el campo internacional, y el énfasis que ponía en los recientes desplazamientos a la izquierda", tenían por objeto facilitar el comienzo de tal autorreforma. Rakovsky había demostrado una vez más que lo que le importaba a la Oposición era la esencia, no la forma, de las cosas, y el interés de la revolución, no las ambiciones de personas o de grupos. "La Oposición está dispuesta a ocupar el lugar más modesto dentro del Partido, pero sólo si puede seguir siendo fiel a sí misma..." [95]

Aun mientras escribía esto, Trotsky se preguntó cuántos de quienes habían firmado la declaración de Rakovsky podrían defeccionar todavía, y en un mensaje confidencial le advirtió a Rakovsky que en su búsqueda de la conciliación había llegado al límite y que no debía ir "ni un paso más allá". En el mismo *Bulletin* en que apareció la declaración de Rakovsky, Trotsky publicó también una carta anónima de un corresponsal en Rusia que criticaba a Rakovsky por complacer a los capituladores. El autor de la carta, uno de los pocos "optimistas" que aún quedaban, confiaba en que pronto "Stalin estará de rodillas ante nosotros al igual que Zinóviev en 1926".

Al terminar el año, sólo una pequeña minoría de la Oposición resistía aún. De acuerdo con un informe, no más de unos mil trotskistas permanecían en las colonias de deportados y en las cárceles, mientras que antes de las capitulaciones había varios millares. Ni por primera ni por última vez Trotsky tuvo que decirse: "Amigos que emprendieron la ruta a nuestro lado, flaquean perdidos en la tormenta." En los últimos días de

[95] "Pismo druziam" ("No para publicación") del 25 de septiembre de 1929. *The Archives; B. O., op. cit.*

noviembre le escribió a un grupo de sus discípulos soviéticos:[96] "No importa que queden en el exilio 350 personas fieles a su bandera; no importa que queden 35. Con que queden sólo tres, quedará la bandera, quedará la línea estratégica, quedará el futuro." El estaba dispuesto a luchar aunque lo dejaran solo. ¿Pensó en ese momento en la carta de despedida de Adolf Yoffe? "Siempre he pensado", escribió Yoffe a Trotsky en el momento de su suicidio, "que a usted le faltaban aquella inflexibilidad y aquella intransigencia de Lenin. Aquel carácter del hombre que está dispuesto a seguir por el camino que se ha trazado por saber que es el único aunque sea solo..."[97]

Paradójicamente, Stalin veía con cierta inquietud la afluencia de capituladores a Moscú, pese a todo lo que ello le beneficiaba. Muchos millares de trotskistas y zinovievistas estaban ahora de regreso en el Partido o cerca de éste, formando un *milieu* de características distintivas. Stalin no permitió que uno solo de ellos ocupara un puesto de importancia política. Pero los administradores, los economistas y los educadores recibieron cargos en todos los niveles del gobierno, donde necesariamente ejercerían influencia. Aunque Stalin no podía dudar del celo con que esos hombres favorecían el viraje a la izquierda, especialmente la industrialización, sabía qué valor tenían las retractaciones que les había arrancado. Todos seguían siendo oposicionistas en el fondo de su corazón. Se consideraban los precursores agraviados del viraje a la izquierda. Lo odiaban no sólo como su victimario, sino como el hombre que les había robado sus ideas. Cierto era que él los había convertido, políticamente, en sus esclavos. Pero el odio oculto de los esclavos puede ser más peligroso que la hostilidad abierta; puede agazaparse silenciosamente en emboscada, seguir al amo con mil ojos y arrojarse sobre él cuando tropiece o dé un paso en falso.

Los capituladores tenían ahora la oportunidad de influir, directa o indirectamente, incluso en los stalinistas y los bujarinistas, algunos de los cuales también se sintieron desconcertados cuando vieron a Stalin apropiarse las ideas y las consignas que ellos sinceramente habían considerado perniciosas cuando Trotsky y Zinóviev las defendieron. Después de todos sus triunfos sobre todos sus adversarios, Stalin entró, por consiguiente, en conflicto con algunos de sus propios seguidores, entre los cuales empezó a descubrir criptotrotskistas y criptobujarinistas. "Si nos asistía la razón en 1925-27", decían tales personas, "cuando rechazamos la demanda de la Oposición de industrialización rápida y de una ofensiva contra el *kulak*, y cuando acusamos a Trotsky y a Zinóviev de tratar de destruir la alianza entre los obreros y los campesinos, entonces seguramente esta-

[96] La carta, fechada el 26 de noviembre de 1929, fue provocada por una comunicación de un oposicionista que obviamente se inclinaba a unirse a los capituladores. *The Archives.*

[97] Véase *El profeta desarmado*, pp. 351.

mos equivocados ahora. Y si tenemos razón ahora, y si nada excepto el viraje a la izquierda puede salvar a la revolución, ¿no deberíamos haberlo efectuado antes, cuando la Oposición nos instaba a hacerlo?" "¿Y no fue una acción vil de nuestra parte", añadían los más conscientes, "injuriar y aplastar a la Oposición?" Las respuestas variaban, por supuesto: algunos extraían una conclusión y otros extraían otra.[98] Baste decir que ya en el verano y el otoño de 1929, mientras los capituladores reingresaban en el Partido, unos cuantos viejos y buenos stalinistas eran expulsados de éste, y algunos incluso eran enviados a los lugares de deportación que los capituladores acababan de evacuar. Los casos más notorios fueron los de Uglanov, secretario de la organización de Moscú, y otros miembros del Comité Central, tachados de bujarinistas, y de Shatskin, Sten y Lominadze, eminentes propagandistas y líderes de los "jóvenes stalinistas" que fueron desenmascarados como semitrotskistas.

Estos casos revelaron una parte del fermento en el propio grupo gobernante, fermento que introducía un elemento negativo en la ventaja que podía representar para Stalin la abundancia de capituladores en torno suyo. Stalin sabía que éstos todavía reconocían a Trotsky como su guía e inspirador y, sin duda, como el verdadero jefe de la revolución. Cada grupo de ellos, al negociar los términos de su rendición, había pedido el regreso de Trotsky y había insistido en ello aun mientras cedía en todos los demás puntos de política y disciplina. Cuando finalmente fueron obligados a repudiar a Trotsky, los más de ellos lo hicieron con pesar en sus corazones y lágrimas en sus ojos. Pocos, muy pocos, fueron los que, como Rádek, ahogaron sus escrúpulos y vituperaron a Trotsky; y los denuestos de Rádek causaron disgusto incluso entre los viejos stalinistas. Para la mayoría de los capituladores, Trotsky representaba todo lo que ellos habían defendido en sus mejores y más orgullosos días. Su *débacle* y su autodegradación habían aislado políticamente a Trotsky, pero impartían nuevo relieve a su grandeza moral. Los capituladores, los bujarinistas y los stalinistas vacilantes recibían con avidez cada palabra suya que penetraba en la Unión Soviética. En los momentos críticos, cuando estaban por tomarse decisiones importantes, el susurro de: "¿Qué dice de esto Liov Davidóvich?" se escuchaba a menudo en las mismas antecámaras de Stalin.[99] El *Bulletin* circulaba en Moscú: los hombres del Partido que regresaban después de cumplir misiones en el extranjero, especialmente los miembros de las embajadas, lo introducían de contrabando y se lo pasaban a los amigos. Aunque sólo un número muy reducido de ejemplares entraban de esta manera —el tiraje del periódico no parece haber excedido nunca de los 1000 ejemplares—, los comentarios y pre-

[98] Tales discusiones continuaron incluso hasta 1931, durante la estadía del autor del presente libro en Moscú.

[99] Fue en los vestíbulos del Comité Central donde el autor del presente libro, para su sorpresa, escuchó repetidamente ese susurro.

dicciones de Trotsky y los pasajes más significativos de sus invectivas se propagaban rápidamente por vía oral. Stalin no podía dormirse en sus laureles y contemplar el fermento con ecuanimidad.

El caso Blumkin le dio una oportunidad de pasar al ataque. Jacob Blumkin, un alto funcionario del departamento extranjero de la GPU, tenía una extraña carrera tras de sí, y más extraño aún era su papel en aquel momento. Poco antes de la revolución, siendo un adolescente, había ingresado en la organización terrorista del Partido Social-Revolucionario. Con algo de poeta en su temperamento, era un idealista romántico con una devoción precoz, simple e ilimitada por su causa. En octubre de 1917 figuró entre los social-revolucionarios de izquierda que hicieron causa común con los bolcheviques; y representó a su partido en la Cheka, bajo la dirección de Dzerzhinsky. Así, a los veinte años —¡la Revolución gusta de los amantes jóvenes!—, fue uno de los fundadores originales de la Cheka. Cuando su partido rompió con los bolcheviques a causa de la paz de Brest-Litovsk, Blumkin compartió la firme convicción de sus camaradas de que los bolcheviques habían traicionado la revolución. Cuando sus camaradas decidieron sublevarse contra el gobierno de Lenin y obligar a la República Soviética a continuar la guerra con Alemania, les encomendaron a dos de sus hombres atentar contra la vida del conde Mirbach, el embajador alemán en Moscú. Blumkin fue uno de ellos. Tuvo éxito, y ese acontecimiento fue la señal para la insurrección que Trotsky reprimió. Los bolcheviques arrestaron a Blumkin y lo llevaron ante Trotsky.

El lector recordará que el partido bolchevique había experimentado una profunda división en relación con la paz de Brest-Litovsk, de suerte que, aun cuando el Partido ilegalizó a los social-revolucionarios de izquierda, muchos bolcheviques veían con simpatía al asesino de Mirbach, si bien condenaban su acción. Trotsky apeló a los sentimientos revolucionarios de los insurrectos y trató de hacerles comprender cuán equivocados eran sus actos y de ganárselos al punto de vista bolchevique. Cuando trajeron a Blumkin a su presencia, se enfrascó en una larga y seria discusión con el joven e impresionable terrorista. Blumkin sucumbió a la superior capacidad de persuasión de Trotsky, se arrepintió y pidió que se le permitiera redimirse. *Pro forma* fue condenado a muerte y el gobierno alemán recibió incluso la información de que había sido ejecutado; pero se le perdonó y se le dio la oportunidad de "probar su devoción a la revolución". Blumkin se comprometió a cumplir las misiones más peligrosas para los bolcheviques, y durante la guerra civil trabajó para ellos detrás de las líneas de los Guardias Blancos. Los social-revolucionarios de izquierda lo consideraron traidor y atentaron varias veces contra su vida. Después de un atentado, mientras convalecía en un hospital, lanzaron una granada de mano en su habitación; él la recogió y la arrojó por una ventana en el momento mismo de la explosión. Rehabilitado por los bolcheviques, sirvió a con-

tinuación en el cuerpo de ayudantes militares de Trotsky, estudió en la Academia Militar, alcanzó cierta reputación como escritor sobre asuntos militares y participó activamente en la Comintern. Después de la guerra civil volvió a ingresar en la Cheka o GPU y llegó a ser oficial de alto rango en su Departamento de Contraespionaje. Su fe en Trotsky no tenía límites; admiraba al Comisario de la Guerra con toda la fuerza de su temperamento emocional. También era íntimo amigo de Rádek, a quien "adoraba" y quien era más accesible y cordial que Trotsky. Cuando Trotsky y Rádek pasaron a la oposición, Blumkin no ocultó su solidaridad con ellos. Aunque la naturaleza de su trabajo no le permitía participar en las actividades de la Oposición, se consideró obligado a enterar de su actitud a Menzhinsky, el jefe de la GPU. Pero, dado que su capacidad como oficial de contraespinoje era muy estimada, y habida cuenta de que no participaba en el trabajo de la Oposición y nunca cometió ninguna infracción de la disciplina, se le permitió mantener sus opiniones y permanecer en su puesto. Incluso después de la expulsión de los oposicionistas siguió en el Partido y en la GPU.

En el verano de 1929, mientras viajaba en misión oficial de la India a Rusia, Blumkin se detuvo en Constantinopla, donde, según sostiene Trotsky, se encontró casualmente a Liova en la calle. Cabe dudar que el encuentro haya sido realmente casual. No es plausible que Blumkin haya llegado a Turquía sin el propósito de hacer contacto con Trotsky. Al encontrarse con su hijo, accidentalmente o no, pidió una entrevista con el padre. Trotsky se negó a concedérsela en un principio, pensando que el riesgo era demasiado grande. Pero cuando Blumkin repitió varias veces la solicitud, convino en recibirlo.

Blumkin se presentó para abrirle su corazón al hombre ante el cual había comparecido once años antes como el asesino de Mirbach. Como la mayoría de los oposicionistas, se sentía confundido; y era presa de un conflicto de lealtades. Le resultaba difícil reconciliar su puesto en la GPU con sus simpatías por la Oposición. Oscilaba con una sensación de desgarramiento entre los oposicionistas que habían capitulado y los que aún resistían, entre su fe en Trotsky y su amistad con Rádek. No creía que el rompimiento entre éstos fuera irreparable, y en su pensamiento simple abrigaba la esperanza de reconciliarlos. Se encerró durante varias horas con Trotsky, contándole noticias de Moscú y escuchando ávidamente los razonamientos de Trotsky sobre las responsabilidades y los deberes de la Oposición y la inutilidad de la capitulación.

Blumkin le planteó a Trotsky su propio problema de conciencia y le comunicó su deseo de renunciar a la GPU. Trotsky lo disuadió con firmeza. Pese a lo difícil que era su situación, le dijo, debía seguir sirviéndole lealmente a la GPU. La Oposición estaba comprometida a defender el Estado obrero, y ningún oposicionista debía abandonar ningún puesto oficial en el que actuara en bien del interés general del Estado y no de

la facción stalinista. ¿No estaba la Oposición de parte de la Unión Soviética en el conflicto sobre el ferrocarril de Manchuria? La actividad de Blumkin estaba dirigida enteramente contra el enemigo externo, y su permanencia en su puesto era perfectamente consecuente con la actitud de la Oposición.

Blumkin aceptó el consejo y le pidió a Trotsky que le diera un mensaje o instrucciones para los oposicionistas en el interior de Rusia. También se ofreció como voluntario para ayudar a establecer contactos y a organizar, con la ayuda de pescadores turcos, el envío clandestino del *Boletín* a través de la frontera.

Trotsky le dio el mensaje, una copia del cual se conserva en *The Archives*. El documento no contiene nada que pudiera calificarse, forzando la imaginación, de conspirativo. Sus términos eran tan generales, y en parte tan triviales, que no justifican que Trotsky y Blumkin hayan corrido un riesgo al transmitirlo. Trotsky pronosticaba que en el otoño Stalin se vería en grandes dificultades y que los capituladores comprenderían entonces cuán inútil había sido su rendición. Exhortaba, por supuesto, a sus seguidores a que resistieran, y volcaba su desprecio sobre los pusilánimes. Anunciaba el ataque que se preparaba a publicar contra Rádek y reproducía la sustancia del mismo. Por enésima vez negaba la acusación, de la que ahora Rádek se hacia eco, de que estaba tratando de formar un nuevo partido; y repetía que la Oposición seguía siendo parte integrante del viejo partido. Explicaba lo que estaba haciendo para establecer la organización internacional de la Oposición y describía en tedioso detalle las disputas entre los trotskistas y los zinovievistas alemanes, franceses y austriacos; les suplicaba a los rusos que no se descorazonaran a causa de esto y que confiaran en que la Oposición internacional emergería eventualmente como una fuerza política vital. Resulta patético pensar que los deportados pusieran tantas esperanzas en esto, y que Trotsky tuviera que reforzar esas esperanzas. En todo el mensaje no había nada que él no hubiera dicho o no tuviera pensado decir en público, especialmente en el *Boletín*.[100] Es posible, por supuesto, sospechar que le haya dado oralmente a Blumkin instrucciones más definidamente conspirativas.

[100] El texto del mensaje (sin fecha) se encuentra en *The Archives,* Sección Cerrada, legajos rusos. No he podido determinar la fecha exacta de la visita de Blumkin. Según la evidencia circunstancial, parece haber tenido lugar en julio o en agosto de 1929. El mensaje contenía, además, las siguientes "instrucciones" organizativas: Trotsky pedía a sus seguidores que no le enviaran comunicaciones a través de Urbahns, el jefe del *Leninbund* alemán, con quien tenía divergencias políticas; y les advertía que se cuidaran de un tal Jarin, funcionario de la Embajada soviética en París, al que denunciaba como agente provocador stalinista. (Fue en parte a través de Jarin, según parece, que Trotsky, inmediatamente después de su destierro, mantuvo contacto con Rusia.) Estas "instrucciones" tampoco tenían ningún carácter conspirativo, ni siquiera confidencial. En cualquier movimiento de este tipo, las advertencias contra un agente provocador reciben normalmente la mayor publicidad con el fin de poner en guardia al mayor número posible de personas.

Pero, extrañamente, ni siquiera la GPU sostuvo nunca que lo hubiese hecho; y la evidencia circunstancial de su actitud, actividad y correspondencia indica que en realidad no tenía nada que decir a sus seguidores en privado que no les hubiera dicho o pudiera decirles en público. Con este mensaje en la mano, Blumkin partió lleno de optimismo, seguro de que ahora podría demostrarle a Rádek y a otros que sus acusaciones eran infundadas, que Trotsky seguía siendo un bolchevique tan grande y tan leal como siempre, y que la Oposición debía restaurar su unidad bajo su jefatura.

Poco después de su regreso a Moscú, Blumkin fue arrestado, acusado de traición y ejecutado. No es fácil determinar cómo llegó a enterarse la GPU de sus movimientos. Algunos dijeron que él le confió su secreto a una mujer que amaba y que ésta, también agente del servicio secreto, lo denunció. Otros sostuvieron que Blumkin, al regresar, se dirigió inmediatamente a Rádek, quien, temeroso de incurrir en sospecha o por deseos de convencer a Stalin de la sinceridad de su propia retractación, traicionó a su amigo. Esta versión recibió mucho crédito y le ganó gran desprecio y odio a Rádek. De acuerdo con una tercera versión, sostenida por Victor Serge, el papel de Rádek fue más bien lastimoso que siniestro. Serge relata que Blumkin, al regresar a Moscú, se convenció inmediatamente de que la GPU sabía dónde había estado y que sus agentes lo seguían para descubrir con cuáles de los oposicionistas estaba en contacto. Rádek se sintió preocupado por la situación de Blumkin y le aconsejó que se acercara a Ordzhonikidze, presidente de la Comisión Central de Control, y se lo confesara todo. Esa era la única forma, se cuenta que dijo, en que Blumkin podía salvarse: Ordzhonikidze, aunque era un disciplinario estricto, era un hombre consciente y a su manera incluso generoso, el único en la jerarquía del que podía esperarse que tratara el caso con rigor, ciertamente, pero no sin humanidad. No se sabía, sin embargo, si Blumkin fue arrestado antes o después de comunicarse con Ordzhonikidze.[101] Todo el enigma podría explicarse tal vez de manera más sencilla: el ojo vigilante de algún miembro del consulado soviético en Constantinopla puede haber visto a Blumkin abordar el barco para dirigirse a Prinkipo, o algún agente provocador en la casa de Trotsky puede haber descubierto la identidad del misterioso visitante con el que éste se encerró durante tantas horas.

Blumkin "se comportó con extraordinaria dignidad" durante el interrogatorio, relata un antiguo oficial de la GPU. "Marchó valerosamente a su ejecución y, cuando la descarga fatal estaba a punto de producirse, gritó: '¡Viva Trotsky!' "[102] Con frecuencia cada vez mayor en los años siguientes habría de escucharse ese grito entre las descargas de los pelo-

[101] Carta de Trotsky a Rosmer, 5 de enero de 1930; *B. O.*, núms. 9 y 10; y Serge, *Mémories d'un Revolutionnaire*, pp. 277-279.
[102] A. Orlov, *The Secret History of Stalin's Crimes*, p. 202.

tones de fusilamiento.

La ejecución de Blumkin fue la primera de su género. Es cierto que otros trotskistas habían pagado ya sus convicciones con la vida, pereciendo de hambre y agotamiento: el año anterior, por ejemplo, Bútov, uno de los secretarios de Trotsky, había muerto en la cárcel después de una prolongada huelga de hambre. Sin embargo, la regla de que los bolcheviques no deberían repetir nunca el error mortal de los jacobinos y recurrir a la ejecución en sus luchas intestinas, había sido respetada hasta entonces, formalmente cuando menos. Ahora la regla fue violada. Blumkin fue el primer miembro del Partido al que se infligió la pena capital por un delito interno del Partido, un delito que no había ido más allá de establecer contacto con Trotsky.

Stalin había visto con aprensión la posibilidad de que las capitulaciones atenuaran la línea divisoria entre la Oposición y el Partido, y la acción de Blumkin intensificó esa aprensión. Stalin no podía tolerar que un alto oficial de la GPU en servicio activo visitara a Trotsky en actitud de camarada y mediara entre él y los capituladores: tolerar tal cosa equivaldría a hacer mofa de todas las acusaciones oficiales contra Trotsky y a estimular nuevos contactos. Es posible que el propio Stalin no haya creído en el carácter relativamente innocuo de la misión de Blumkin y del mensaje de Trotsky a la Oposición. Por su mente suspicaz pasó tal vez la idea de que sería peligroso suponer que el asesino de Mirbach nunca volvería a desfogar sus simples pero fuertes pasiones políticas en un acto terrorista. En todo caso, la ejecución de Blumkin sirvió como una advertencia para otros, haciéndoles ver que las acusaciones oficiales de actividad contrarrevolucionaria no debían tomarse a la ligera, que el párrafo 58 era el párrafo 58, y que de entonces en adelante las relaciones amistosas con el proscrito de Prinkipo serían castigadas con toda la severidad de una ley adulterada y pervertida. Curiosamente, la pena capital no se le había aplicado aún a ninguno de los trotskistas confesos, que desde las cárceles y las colonias punitivas se mantenían en comunicación con su jefe, le enviaban saludos colectivos en los aniversarios de Octubre y del Primero de Mayo, y cuyos nombres aparecían al calce de artículos y "tesis" en el *Bulletin Oppozitsii*. Por el momento, la advertencia fue dirigida únicamente a los miembros del Partido que desempeñaban cargos oficiales, especialmente en la GPU, y a los capituladores que habían sido readmitidos. La línea divisoria entre el Partido y la Oposición fue trazada nuevamente con sangre.

Trotsky se enteró de la ejecución a través de un oposicionista anónimo que servía aún en el gobierno y había viajado a París en misión oficial.[103] Pero Moscú guardó silencio, y cuando un rumor se filtró a través de la

[103] La noticia le fue comunicada a Trotsky por R. Molinier en una carta fechada el 10 de diciembre de 1929, junto con un informe un tanto sombrío sobre la desintegración de la Oposición. *The Archives,* Sección cerrada.

prensa alemana, los periódicos comunistas lo negaron. Trotsky esperó durante varias semanas mayor información, y en sus cartas a sus seguidores rusos no hizo ninguna alusión a Blumkin, hasta que a principios de enero de 1930 un mensaje de los oposicionistas en Moscú despejó todas las dudas. Trotsky reveló inmediatamente las circunstancias de su encuentro con Blumkin. Declaró que Stalin personalmente había ordenado la ejecución y que Yagoda había cumplido la orden sin ponerla siquiera en conocimiento de Menzhinsky, el jefe nominal de la GPU. El *Boletín* publicó la correspondencia enviada desde Moscú, cuyos autores sostenían que era Rádek quien había traicionado a Blumkin. El propio Trotsky, después de reflexionar, puso esto en duda y sugirió que Rádek probablemente había actuado de manera irresponsable y estúpida, pero de buena fe. "La desgracia de Blumkin", escribió Trotsky, "fue haber confiado en Rádek, y la de Rádek haber confiado en Stalin."

Trotsky exhortó a sus partidarios en el Occidente a que desataran una "tormenta de protestas". "El caso Blumkin", le escribió a Rosmer el 5 de enero de 1930, "debe convertirse en el caso Sacco-Vanzetti de la Oposición de Izquierda." Hacía algún tiempo que la ejecución en Boston de Sacco y Vanzetti, dos anarquistas italonorteamericanos, había sido objeto de una memorable campaña de protestas en escala mundial puesta en marcha por los comunistas, socialistas, radicales y liberales. El llamado de Trotsky no encontró eco. El destino de Blumkin no suscitó ni siquiera una fracción de la indignación que había provocado la ejecución de Sacco y Vanzetti. Era mucho más fácil sacudir la conciencia de la izquierda contra un acto de injusticia cometido por el poder judicial de un Estado burgués, que movilizarla contra un *Justizmord* perpetrado en un Estado obrero. Apenas unas semanas más tarde Trotsky tuvo que volver a protestar, y a pedir a otros que protestaran, contra dos nuevas ejecuciones de oposicionistas y contra las drásticas represalias de que eran objeto Rakovsky y sus compañeros. Y una vez más fracasó en su intento de mellar siquiera la pétrea indiferencia de aquellos a quienes esperaba conmover.[104]

El año de 1929 terminó en la Unión Soviética con una transformación cuya violencia superó todos los cálculos. A principios de año la política de Stalin todavía había sido vacilante e incierta. La campaña de industrialización iba ganando ímpetu, pero el gobierno no había abandonado aún toda cautela; en abril, la XVI Conferencia del Partido se manifestó en favor de una colectivización más rápida, pero proclamó que las granjas privadas predominarían aún por muchos años en la economía rural:

[104] En el núm. 10 del *B. O.* Trotsky nombró a los dos hombres ejecutados como Silov y Rabinóvich, diciendo que habían sido acusados de "sabotear el transporte ferroviario". Según Orlov *(op. cit., loc. cit.)*, el verdadero "crimen" de Rabinóvich, que era oficial de la GPU, consistía en haber informado sobre la ejecución de Blumkin a los círculos trotskistas clandestinos en Moscú.

el Plan Quinquenal estipulaba la colectivización de sólo el 20% de todas las pequeñas propiedades para 1933; el *kulak* pagaría impuestos más elevados y entregaría más trigo, pero todavía no se pensaba en su "liquidación". Hacia fines de año pareció como si un torbellino hubiese barrido esos planes y la prudencia que los había inspirado. La campaña de industrialización sobrepasó todos los límites: los objetivos fueron aumentados una y otra vez, y se lanzó la consigna de cumplir el plan en cuatro, tres y hasta dos años y medio. En ocasión del duodécimo aniversario de la revolución, Stalin, enfrentado a las "dificultades" que Trotsky había previsto —la negativa del campesinado a entregar el trigo— pronunció la sentencia de muerte contra la agricultura privada: "Colectivización inmediata y en masa" fue la orden del día; y sólo cuatro meses más tarde anunció que el 50% —o sea alrededor de 13 millones— de las propiedades agrícolas ya habían sido colectivizadas. Todo el poder del Estado y del Partido expulsó a los *kulaks* de la tierra y obligó a millones de campesinos a juntar todas sus propiedades y aceptar un nuevo modo de producción.[105]

Casi cada aldea se convirtió en un campo de batalla de la guerra de clases que no conocía antecedentes, una guerra que el Estado colectivista libró, bajo el mando supremo de Stalin, con el fin de conquistar la Rusia rural y vencer su obstinado individualismo. Las fuerzas del colectivismo eran pequeñas, pero bien armadas, dotadas de gran movilidad y dirigidas por una sola voluntad; el individualismo rural, con su gran fuerza dispersa, fue tomado por sorpresa y sólo estaba armado con el garrote de la desesperación. Al igual que en toda guerra, en ésta no faltaron las maniobras, las escaramuzas sin resultados decisivos y las retiradas y los avances confusos; pero a la larga los vencedores capturaron su botín e hicieron incontables prisioneros, que fueron trasladados a las infinitas e inhabitadas estepas de Siberia y la región subpolar. A diferencia de cualquier otra guerra, sin embargo, los vencedores no pudieron admitir ni revelar la verdadera magnitud de las hostilidades; tuvieron que fingir que llevaban a cabo una saludable transformación de la Rusia rural con el consentimiento de la abrumadora mayoría; y así, aún al cabo de varias décadas, el número exacto de las bajas, que deben de haber sumado millones, seguía siendo una incógnita.

La subitaneidad, la magnitud y la fuerza de la transformación fueron tales, que pocos de quienes la presenciaron fueron capaces de comprender y enfocar mentalmente su inmensidad. Hasta poco tiempo antes, la Oposición trotskista había podido sostener que Stalin, al iniciar el viraje a la izquierda, sólo estaba cumpliendo sus demandas; pero el Gran Cambio excedió esas demandas en un grado que dejó sin aliento tanto a los

105 Véase *K.P.S.S. v Rezolutsiaj,* vol. II, pp. 449-469, 593 sigs.; Stalin, *Obras* (ed. rusa), vol. XII, pp. 118-135; *Pravda,* 6 de enero de 1930; Deutscher, *Stalin,* pp. 297-301.

trotskistas como a los stalinistas, no digamos ya a los bujarinistas. Entre los trotskistas, los conciliadores revelaron una mayor comprensión de la magnitud y el carácter definitivo de los acontecimientos; los que aún resistían siguieron aferrados a premisas y razonamientos formados en años anteriores. Rakovsky, por ejemplo, juzgó las órdenes de Stalin para aniquilar a los *kulaks* como "retórica ultraizquierdista" y afirmó que "el peso específico de las granjas ricas en la economía nacional aumentará más aún, pese a todo el parloteo sobre la lucha contra el capitalismo agrario".[106] En vísperas del duodécimo aniversario de la revolución, el propio Trotsky sostuvo que "el lento desarrollo de la economía rural... y las dificultades que experimenta el campo favorecen el aumento de los *kulaks* y el progreso de su influencia..."[107] No se imaginaba que de un solo golpe, o al cabo de unos cuantos años, 25 millones de pequeñas propiedades agrícolas serían eliminadas por la fuerza.

A comienzos de 1930, sin embargo, Trotsky empezó a cobrar conciencia de lo que estaba sucediendo y, en una serie de ensayos dedicados a hacer la crítica del Plan Quinquenal, formuló una nueva línea de ataque a la política de Stalin. La nueva crítica se caracterizaba por una dualidad dialéctica: Trotsky establecía una clara distinción entre la tendencia "socialista-progresista" y la "burocrática-retrógrada" en la Unión Soviética, e iluminaba el perpetuo conflicto entre ambas. Comenzó, por ejemplo, un ensayo sobre "La imprudencia económica y sus peligros" con las siguientes palabras:[108]

> El éxito de la Unión Soviética en el desarrollo industrial está adquiriendo una significación histórica global. Los socialdemócratas que ni siquiera tratan de evaluar el *tempo* que la economía soviética demuestra ser capaz de alcanzar, no merecen sino el desprecio. Ese *tempo* no es estable ni seguro... pero constituye una prueba práctica de las inmensas posibilidades que son inherentes a los métodos económicos socialistas... Sobre la base de la experiencia soviética no es difícil ver qué poderío económico habría representado un bloque socialista que comprendiera a la Europa central y oriental y a grandes porciones de Asia, si los partidos socialdemócratas hubiesen utilizado el poder que la revolución de 1918 puso en sus manos y hubiesen llevado a cabo una transformación socialista. Toda la humanidad tendría ahora una perspectiva diferente. No habiendo sido así, la humanidad tendrá que pagar con nuevas guerras y revoluciones la traición cometida por el Partido Socialdemócrata.

Después de re-enunciar tan enfáticamente su apreciación de la tendencia socialista en el desarrollo de los acontecimientos en la Unión Sovié-

[106] *B. O.*, núm. 7, 1929.
[107] *Ecrits, vol.* I, p. 76.
[108] El ensayo fue escrito en febrero de 1930 y publicado en el *B. O.*, núm. 9.

tica, atacó la política interna de Stalin en los mismos términos en que había caracterizado la nueva línea de la Comintern: como un "zigzag ultraizquierdista que venía a reemplazar al zigzag derechista anterior". Tal caracterización era consecuente con la concepción de Trotsky de que Stalin, como "centrista", actuaba bajo presiones alternas de la derecha y la izquierda, una concepción que describía adecuadamente el lugar de Stalin en los alineamientos internos del Partido en la década de los veintes, pero que no correspondía tan bien a las realidades de los años posteriores. En general, Trotsky sostenía aún que la industrialización y la colectivización intensivas eran tan sólo una fase transitoria de la política de Stalin. No comprendía, y nunca llegó a comprender plenamente, que en 1929-30 Stalin rebasó un punto del que no había regreso posible, en el que ya no podía ni detener la campaña de industrialización ni, después de destruir a los *kulaks,* tratar de hacer las paces con ellos. Este fundamental error de apreciación por parte de Trotsky, al que habremos de referirnos nuevamente más adelante, no invalida, sin embargo, sus críticas específicas, en las que previó la mayor parte de las revisiones de política que habrían de llevar a cabo los sucesores de Stalin después de 1953. Así como en la década de los veintes Trotsky fue el precursor de la acumulación primitiva socialista, en los primeros años de la década de los treintas fue el precursor de las reformas económicas y sociales que sólo habrían de emprenderse varias décadas más tarde.

Trotsky atacó desde el principio el ritmo que el primer Plan Quinquenal le fijó, en su primera versión, a la expansión industrial.[109] Del "paso de tortuga", observó, Stalin había pasado al "galope de caballo de carreras". En sus primeras versiones, el Plan se había propuesto alcanzar entre el 8 y el 9% de expansión anual; y la propuesta de la Oposición para doblar esa tasa había sido tachada de fantasiosa, irresponsable y peligrosa. Ahora la tasa había sido triplicada. En lugar de tratar de obtener resultados *óptimos,* señaló Trotsky, los planificadores y administradores recibieron órdenes de buscar siempre el *máximo,* pasando por alto el hecho de que esto sacaba de balance a la economía nacional y reducía, por consiguiente, la efectividad de la campaña. Los objetivos de la producción excedían crasamente a los recursos disponibles, produciéndose así una incongruencia entre la manufactura y la producción primaria, entre la industria pesada y la ligera, y entre la inversión y el consumo privado. Peor aún era el contraste entre el progreso de la industria y el rezago de la agricultura. No es necesario abundar aquí en estas y otras desproporciones que Trotsky analizó detalladamente a menudo: de entonces acá se ha hecho evidente fuera de toda duda que tales desproporciones carac-

[109] Véase también la "Carta Abierta" de Trotsky a los miembros del Partido en *B. O.,* núm. 10 (abril de 1930); sus comentarios sobre el XVI Congreso, *ibid.,* núms. 12-13 (junio-julio de 1930); y "Los éxitos del socialismo y los peligros de la temeridad", *ibid.,* núms. 17-18 (noviembre-diciembre de 1930).

terizaron y deformaron todo el proceso de industrialización en la era de Stalin. Pero, como sucede con tanta frecuencia, las verdades evidentes de una generación fueron las temidas herejías de la generación anterior; y los comunistas —pero no solamente ellos— recibieron las críticas de Trotsky con indignación o burla.

Sin embargo, cuando se vuelve a examinar, después del tiempo transcurrido, lo que Trotsky dijo en relación con estos asuntos, lo que llama la atención es su moderación política y no su calor polémico. Trotsky generalmente prolongaba casi todos sus trabajos críticos con el reconocimiento enfático del progreso logrado bajo la dirección de su adversario, aunque insistía en que el fundamento del progreso residía en la propiedad nacional y en la planificación de la industria, y en que Stalin no sólo usaba, sino abusaba, de estas ventajas de la economía soviética. Trotsky no creía que el látigo administrativo acelerara o pudiera acelerar el avance industrial: el látigo era con demasiada frecuencia la causa misma de un estancamiento y un colapso. La propiedad nacional conducía a la planificación central y la exigía, pero la excesiva centralización burocrática conducía a la concentración y magnificación de los errores cometidos por los amos del poder, a la parálisis de la iniciativa social y a un tremendo despilfarro de recursos humanos y materiales. Un jefe irresponsable e "infalible" tenía que borrar a fuerza de jactancias todos los errores y reveses, y exaltar continuamente los logros espectaculares, los récords sin precedentes y las estadísticas deslumbradoras. La planificación stalinista se concentró en el aspecto cuantitativo de la industrialización con exclusión de todo lo demás; y mientras mayor era la cantidad de productos que debían salir de las fábricas al precio que fuera, menor era la calidad. Para la planificación racional se necesitaba un sistema general de coeficientes y pruebas económicas que midiera continuamente no sólo el aumento de la producción, sino los cambios en la calidad, los costos, el poder adquisitivo del dinero, las tasas comparativas de productividad, etc. Sin embargo, todas estas facetas de la economía permanecían envueltas en la oscuridad: Stalin dirigía la campaña de industrialización "con todas las lámparas apagadas", en medio de una absoluta falta de información vital.

La crítica de Trotsky a la colectivización fue más cabal aún. Condenó la "liquidación de los *kulaks*" como una monstruosidad; y lo hizo mucho antes de que se conocieran los horrores que la acompañaron. En los años en que él mismo era estigmatizado como el "enemigo del campesinado", había instado al Politburó a elevar los impuestos de los agricultores ricos, a organizar a los jornaleros agrícolas y a los campesinos pobres, a estimularlos para que formaran granjas colectivas sobre una base voluntaria, y a movilizar los recursos del Estado (maquinaria agrícola, fertilizantes, créditos y asistencia agronómica) en favor de las granjas colectivas a fin de apoyarlas en su competencia con la agricultura privada. Esas propo-

siciones habían expresado la medida completa de su política anti-*kulak*; y él nunca había ido muy lejos. Nunca se le había ocurrido que una clase social tan numerosa como la burguesía rural pudiera o debiera ser destruida por decreto y por la violencia, que millones de personas debieran ser despojadas y condenadas a la muerte social y, en muchos casos, a la muerte física también. Que el socialismo y la agricultura privada eran en última instancia incompatibles y que el agricultor capitalista desaparecería en una sociedad cuya evolución la llevaba al socialismo, había sido, por supuesto, un axioma del marxismo y del leninismo. Pero Trotsky, como todos los bolcheviques hasta hacía muy poco tiempo, veía tal cosa como un proceso gradual, en el transcurso del cual el pequeño terrateniente sucumbiría al método colectivo y más productivo de explotación agrícola en una forma similar, pero mucho menos dolorosa que la forma en que el artesano independiente y el pequeño agricultor habían sucumbido a la industria moderna y a la agricultura en gran escala bajo el capitalismo.

No había, por lo tanto, ningún elemento de demagogia en la airada denuncia con que Trotsky atacó la liquidación de los *kulaks*. No sólo era ésta, a su juicio, una malévola y sanguinaria tergiversación de todo lo que el marxismo y el leninismo habían representado, sino que no creía que los koljoses que Stalin estaba creando por la fuerza fueran viables. Trotsky argumentaba que la agricultura colectivizada requería una base tecnológica muy superior a la que había tenido la agricultura individual; y tal base no existía en la Unión Soviética: el tractor no había reemplazado aún al caballo.[110] Por medio de un símil expresivo (del cual podría decirse, sin embargo, que *comparaison n'est pas raison*) afirmó que sin maquinaria moderna era tan imposible convertir pequeñas propiedades agrícolas en una granja colectiva viable, como lo era juntar pequeñas embarcaciones para hacer un trasatlántico. Stalin se proponía, por supuesto, suministrar la maquinaria a lo largo de los años, como al fin lo hizo. Lo que Trotsky sostenía era que la colectivización no debía avanzar por delante de los recursos técnicos que le eran necesarios. De suceder tal cosa, los colectivos no estarían económicamente integrados; su productividad no sería superior a la de la agricultura privada; y no darían a los campesinos las ventajas materiales que compensarían su pérdida de la pro-

[110] *Pravda* del 15 de enero de 1930 calculó que se necesitaban 1 500 000 tractores para la colectivización completa de la agricultura soviética. Este grado de mecanización no se alcanzó hasta 1956, cuando la "Fuerza de Tractores" (calculada en unidades de 15 h. p.) sobrepasó la marca de 1 500 000. En unidades reales, de casi 30 h. p., estaba formada por 870 000 tractores. La producción anual de tractores (de 15 h. p.) fue sólo un poco superior a los 3 000 en 1929 y a los 50 000 en 1932. Las cantidades de maquinaria agrícola de otro tipo eran del todo insignificantes. A comienzos del Primer Plan Quinquenal, en 1928, había menos de 1 000 camiones en las granjas; y en 1932 sólo había 14 000. *Naródnoe Joziáistvo S.S.S.R. v 1958 g.*, Anuario Estadístico Soviético, 1959, pp. 243, 487.

piedad privada.[111] Mientras tanto, antes de que los colectivos se integraran tecnológicamente, el resentimiento del campesinado se manifestaría en una disminución o en un estancamiento de la producción agrícola; y esto acarrearía el peligro de que los colectivos estallaran desde adentro. Tan aguda era la comprensión por parte de Trotsky del estado de ánimo del campesinado, que desde Prinkipo le advirtió a Moscú la calamitosa matanza en masa del ganado que se avecinaba; y lo hizo con anticipación considerable, cinco años antes de que Stalin admitiera el hecho.[112] Aun mucho más tarde Trotsky siguió convencido de que la estructura colectivista de la agricultura se encontraba crónicamente en un estado próximo al colapso.

Retrospectivamente podría parecer que Trotsky incurrió en un pesimismo excesivo: las granjas colectivas, al fin y al cabo, no sufrieron un colapso. Sin embargo, la política rural de Stalin durante la década de los treintas, como su caprichosa combinación de terror masivo y pequeñas concesiones, estuvo dictada precisamente por el temor a un colapso: sólo con fajas de hierro pudo evitar la desintegración de la granja colectiva. La disminución y el subsiguiente estancamiento de la producción agrícola fueron más reales, y se convirtieron en el gran tema de la política oficial veinticinco y treinta años más tarde.

El estado de cosas prevaleciente en el campo se reflejó en todos los aspectos de la política nacional. La industrialización se desarrolló sobre una base agrícola peligrosamente estrecha y desintegrada, en medio de hambres o de una perpetua escasez de alimentos. Se vio acompañada, por consiguiente, de una rebatiña universal y casi zoológicamente feroz por los bienes de consumo más imprescindibles, del descontento generalizado y de la baja productividad del trabajo. El gobierno tuvo que reprimir

[111] "La colectivización de las *sojas* [arados de madera]... es un fraude", escribió Trotsky. Su argumento fue controvertido por algunos economistas trotskistas (véase, por ejemplo, el estudio de Y. Grev sobre colectivización y sobrepoblación en *B. O.*, núm. 11) y, naturalmente, por los stalinistas, quienes sostenían que la granja colectiva, aun cuando fuera tecnológicamente primitiva, sería más productiva que la antigua pequeña propiedad. Los críticos de Trotsky argumentaban partiendo de una analogía con la manufactura británica, que, aun antes de la Revolución Industrial (cuando todavía era manufactura en el sentido etimológico estricto), era más productiva que la artesanía individual porque, como señaló Marx en *Das Kapital*, disfrutaba de las ventajas de la "cooperación simple" primero y de la división del trabajo manual después. En teoría estricta, los críticos de Trotsky tenían razón: la colectivización, aun sin la existencia previa de una base tecnológica apropiada, debía tener como resultado una productividad superior, como sucedió en China durante algún tiempo, en los años intermedios de la década de los cincuentas. Prácticamente, sin embargo, y por lo que se refería a la colectivización de 1929-30, Trotsky tenía razón: cualesquiera ventajas que la granja colectiva pudiera haber derivado de la cooperación y la división del trabajo manual serían anuladas por la actitud de resentimiento de los campesinos frente al trabajo y por la destrucción inicial de los recursos agrícolas.

[112] *B. O.*, núm. 9, 1930.

constantemente el descontento y elevar la productividad mediante la intimidación y la subordinación. La violenta conmoción de 1929-30 encerró a la Unión Soviética en un círculo vicioso de escaseces y terrores del cual no habría de salir hasta mucho tiempo después.

Stalin había proclamado ahora el fin de la NEP y la abolición de la economía de mercado. Al examinar las concepciones de Trotsky en una etapa anterior, vimos que en éstas "no había lugar para ninguna abolición repentina de la NEP ni para la prohibición del comercio privado por decreto..." y que la planificación socialista "no podía suplantar un día a la NEP de un solo golpe, sino que debía desarrollarse dentro de la economía mixta hasta que el sector socialista, en virtud de su preponderancia creciente, hubiese absorbido, transformado o eliminado gradualmente al sector privado y desbordado el marco de la NEP".[113] Trotsky seguía sosteniendo esa concepción. Consideraba que la "abolición de la NEP" era un producto de la mentalidad burocrática: sólo una burocracia que, en virtud de haber descuidado durante largo tiempo la industrialización y de haberse acercado con una política defectuosa al campesinado, no había sido capaz de enfrentarse a las fuerzas de la economía de mercado y había permitido que éstas crecieran hasta hacerse ingobernables, podía tratar de decretar la inexistencia de ese mercado. Pero "arrojado por la puerta, el mercado regresaría por la ventana", dijo Trotsky. Mientras la agricultura no fuera socializada orgánica y seguramente, y mientras subsistiera la escasez general de bienes de consumo, era imposible eliminar el juego de la oferta y la demanda y sustituirlo con la distribución planificada de los bienes. Las presiones espontáneas del mercado estaban destinadas a irrumpir primero en la agricultura, después en aquellas áreas donde la agricultura y la industria se mezclaban, y finalmente incluso dentro del sector nacionalizado de la economía, donde trastornarían y deformarían a menudo la planificación. Esto se manifestó ampliamente, sobre todo durante los primeros años de la década de los treintas, en el caos de los precios oficiales y extraoficiales de los bienes de consumo, en una fantástica propagación de los mercados negros, en la depreciación del rublo y en una marcada reducción del poder adquisitivo de los salarios. Los planificadores trabajaban "sin rasero y sin báscula", y eran incapaces de determinar los valores y los costos genuinos y de medir la productividad. "Recuperad el rasero y la báscula", fue el insistente consejo de Trotsky. En lugar de fingir que habían superado las presiones del mercado, los planificadores debían reconocer su existencia, tomarlas en cuenta y tratar de ponerlas bajo control. Aun en años posteriores, después que la inflación general de los primeros años de la década de los treintas fue controlada, las críticas de Trotsky conservaron validez; y en este aspecto también, muchas de las cosas que los economistas soviéticos dijeron durante la primera década después de la muerte de Stalin sobre la im-

[113] *El profeta desarmado,* pp. 102-103.

portancia de la medición del valor y la contabilidad de los costos, sonaron como un eco de los argumentos de Trotsky.

La supresión stalinista de la información económica oscureció igualmente otras cuestiones capitales. ¿Quién estaba pagando por la industrialización, qué clases sociales... y cuánto? ¿Qué clases y grupos se beneficiaban de ella, y en qué medida? En los primeros años de la década de los veintes, los jefes de la Oposición, especialmente Preobrazhensky, habían sostenido que el campesinado tendría que contribuir copiosamente a los fondos de inversión de la industria nacionalizada. Stalin abrigaba la esperanza de que, a través de la colectivización, el campesinado hiciera en efecto esa contribución, aumentando la producción y el suministro de alimentos y materias primas. Pero el campesinado frustró esa esperanza. "¡Que mi alma perezca con los comisarios", fue el grito con que el pequeño terrateniente abandonó su propiedad; y, aunque no logró derrumbar las columnas sobre el Estado colectivista, se negó a concederle a éste una gran parte de los recursos para la industrialización que se suponía que él suministrara. Eso fue lo que representó, en la práctica, la destrucción del ganado y el descenso en la producción.

Todo esto hizo más pesada la carga que se le exigió soportar a la clase obrera urbana. La parte más importante del enorme fondo de inversión industrial fue, en efecto, una deducción del fondo nacional de salarios. En términos reales, una clase obrera enormemente aumentada tuvo que subsistir a base de una masa reducida de bienes de consumo mientras construía nuevas plantas de energía, altos hornos e instalaciones de ingeniería.[114] Diez años antes Trotsky había dicho que la clase obrera "sólo puede acercarse al socialismo a través de los mayores sacrificios, poniendo en tensión todas sus fuerzas y entregando su sangre y sus nervios..." Sta-

114 La población urbana de la URSS aumentó en el transcurso de la década de los treintas de unos 30 000 000 a casi 60 000 000; y el aumento más intensivo ocurrió en la primera mitad de la década. La producción bruta de la agricultura descendió de 124 en 1928 (1913-100) a 101 en 1933, y fue de sólo 109 en 1936, mientras que la de la ganadería declinó de 137 en 1928 a 65 en 1933, y después se elevó lentamente a 96 en 1936. A lo largo de la década de los treintas, las cosechas de granos no excedieron el nivel anterior a 1913 o fueron un poco inferiores a éste. (*Naródnoe Joziáistvo S.S.S.R.*, pp. 350-352.) En 1928, sin embargo, el excedente disponible en el mercado de productos agrícolas sumó sólo la mitad del volumen prerrevolucionario; y sólo las requisiciones de 1929-32 duplicaron (aproximadamente) las existencias de granos disponibles para satisfacer las necesidades urbanas. Los suministros de azúcar, carne y grasas decayeron notablemente en los años del primer Plan (*ibid.*, p. 302). La producción de ropa de algodón declinó o se mantuvo estacionaria entre 1928 y 1935 (*ibid.*, p. 274). Lo mismo sucedió con el calzado, cuya escasez se agravó debido a la desaparición de la industria hogareña. (*Ibid.*, p. 293). A lo largo de la década, caracterizada por la carencia de mano de obra y materiales a los que la industria pesada tenía acceso privilegiado, el hacinamiento de la población urbana, que había sido un problema desde antes, se hizo calamitoso. Las nuevas viviendas no proveían más de un promedio de cuatro metros cuadrados de espacio por cada nuevo habitante urbano.

lin arrancó ahora esos sacrificios en sangre y nervios. "Podrá haber momentos", dijo Trotsky en 1923, "en que el gobierno no pueda pagarte salarios, o en que te pague la mitad de tus salarios y en que tú, el obrero, tengas que prestarle la otra mitad al Estado para que éste pueda reconstruir la industria nacionalizada."[115] Stalin se apoderó ahora de esa "otra mitad" de los salarios del obrero. Pero en tanto que Trotsky había justificado su proposición aduciendo la ruina de la economía después de la guerra mundial y la guerra civil, y trataba de obtener el consentimiento del obrero para este método de acumulación, Stalin puso en práctica su política de exacción después de muchos años de reconstrucción y le dijo al obrero que sus ingresos reales se habían duplicado y que estaba entrando en la tierra de promisión del socialismo. Durante algún tiempo la inflación ocultó las realidades a los oberos, de cuyo entusiasmo, resistencia o cuando menos disposición a trabajar dependía el éxito del Plan.[116]

En un principio el Plan fue puesto en marcha con un espíritu que, si no era igualitario, era no obstante de servicio y sacrificio común, no maculado por ninguna desigualdad escandalosa en las recompensas. Ese espíritu estimuló el fervor de los *komsomoltsi* y los *udarniki* que se lanzaron a construir los *Magnitostrois* y los *Tractorstrois*.[117] Pero a medida que el primer entusiasmo decayó y la gran fatiga de los trabajadores empezó a manifestarse, el gobierno decidió alentarlos por medio de incentivos en salarios, remuneración a destajo, stajanovismo, recompensas por récords de producción, etc. Al igual que la burocracia y los administradores, la aristocracia obrera alcanzó un *status* de marcado privilegio. De entonces en adelante, mientras Stalin lanzaba imprecación tras imprecación contra los "igualitarios pequeñoburgueses", la tendencia anti-igualitaria fue ga-

[115] *El profeta desarmado,* p. 103.

[116] En la resolución del Comité Central del 10 de enero de 1933 (*K.P.S.S. v Rezolutsiaj,* vol. II, p. 723) el aumento "medio" de los ingresos de los obreros y campesinos bajo el primer Plan Quinquenal se calcula en un 85%. En el mismo periodo la suma total de ventas al menudeo en las tiendas estatales y de cooperativas aumentaron de casi 12 000 millones a más de 40 000 millones de rublos. (*Naródnoe Joziáistvo v S.S.S.R.,* p. 698). Dado que, aparte del pan, que estaba racionado a un precio fijo, y tal vez de las papas, el grueso de los artículos vendidos permaneció estacionario o aumentó sólo en pequeña medida durante esos años, se deduce que el poder adquisitivo del rublo, aun si se mide sólo en precios controlados, descendió a entre un cuarto y un tercio del de 1928. En los precios no controlados el descenso fue más marcado aún. Así, pues, aun si el salario nominal "medio" fue duplicado, el salario medio real era en 1932 sólo la mitad del salario de 1928. Fue por lo tanto en un sentido literal que, por medio de la inflación, Stalin tomó la mitad del salario del obrero para financiar la industrialización.

[117] Este entusiasmo era alimentado por la ilusión de que la Unión Soviética "alcanzaría y sobrepasaría" a los países industrializados del Occidente *en dos o tres años* y construiría así "una muralla blindada alrededor del socialismo en un solo país". *B. O.,* núm. 17-18, 1930.

nando una fuerza inmensa. Contra esa tendencia Trotsky invocó "la tradición del bolchevismo, que ha sido de oposición a la aristocracia obrera y al privilegio burocrático". Trotsky no predicaba el igualitarismo. "Está totalmente fuera de discusión", señaló, "que en un bajo nivel de fuerzas productivas y, consecuentemente, de civilización en general, es imposible lograr la igualdad en las recompensas." Incluso afirmó que la política de salarios igualitaria de los primeros años revolucionarios había sido excesiva y había impedido el progreso económico. Con todo, sostenía que un gobierno socialista estaba obligado a mantener la desigualdad dentro de los límites de lo necesario, a reducirla gradualmente y a defender los intereses de la gran masa carente de privilegios. "En el conflicto entre la mujer obrera y el burócrata, nosotros, la Oposición de Izquierda, nos ponemos del lado de la obrera contra el burócrata... que la tiene agarrada por el cuello..." En el hecho de que Stalin actuaba como el protector del privilegio, él veía "una amenaza a todas las conquistas de la revolución".[118]

Trotsky volvió a definir ahora también su concepción de la democracia proletaria. Sólo cuando los trabajadores gozaban de libertad para expresar sus demandas y criticar a sus gobernantes, sostuvo, podían detener la incrementación del privilegio; y, desde el punto de vista del socialismo, la prueba suprema "por medio de la cual debe juzgarse la situación económica del país es el nivel de vida de los trabajadores y el papel que ellos desempeñan en el Estado". Si en los años de la NEP él había sostenido que sólo la fuerza de la democracia proletaria podía mantener a raya a las fuerzas combinadas de los "nepistas", los *kulaks* y los burócratas conservadores, ahora consideraba esa democracia como el único sistema político dentro del cual una economía planificada podía alcanzar su plena eficiencia. La resurrección de la democracia proletaria era, por consiguiente, un asunto de vital interés económico, y no sólo político, para la URSS. Contrariamente a un mito del trotskismo vulgar, él no postulaba ningún "control directo de los obreros sobre la industria", es decir, la administración industrial a través de comités de fábrica o consejos de obreros. Esa forma de administración había fracasado en Rusia poco después de la revolución, y Trotsky había sido desde entonces un resuelto partidario de la administración personal y el control central, argumentando que la administración a través de comités de fábrica sólo sería posible cuando la masa de los productores estuviera bien educada e imbuida de un fuerte sentido de responsabilidad social. También se había opuesto enérgicamente a los planes "anarcosindicalistas" de la Oposición Obrera para transferir la administración industrial a los sindicatos o a las "asociaciones de productores". No alteró significativamente estas opiniones cuando se encontró él mismo en la Oposición y en el exilio. Trotsky concebía la democracia proletaria como el derecho y la libertad de los trabajadores para

118 *B. O.*, núm. 23 (agosto de 1931) y núm. 27 (marzo de 1032).

criticar y oponerse al gobierno y determinar así la política de éste, pero no necesariamente como su "derecho" a ejercer el control directo sobre la producción. Veía en la planificación central y la dirección central la condición esencial de cualquier economía socialista y de cualquier economía que evolucionaría hacia el socialismo. Pero señalaba que el proceso de planificación, para ser eficaz, debía proceder no sólo de arriba hacia abajo, sino también de abajo hacia arriba. Los objetivos de la producción no debían decretarse desde la cumbre de la pirámide administrativa, sin debates preparatorios en escala nacional, sin fijar cuidadosamente y en cada lugar los recursos y capacidades existentes, sin sondear las opiniones y actitudes de los trabajadores y sin que éstos entendieran realmente el plan y estuvieran dispuestos a ponerlo en práctica y cumplirlo. Cuando no se permitía que la opinión de la clase obrera verificara, corrigiera y modificara los proyectos presentados por una autoridad central, las severas desproporciones que caracterizaron a la economía soviética bajo Stalin se hacían inevitables.[119]

Trotsky enfocó su crítica contra el supuesto de autosuficiencia nacional que servía de base a la dirección de los asuntos económicos por parte de Stalin. El socialismo en un solo país seguía siendo para él una "utopía reaccionaria, nacional-socialista", inalcanzable lo mismo si se trataba de realizarla a gran velocidad o a paso de tortuga. Con un énfasis que a veces era exagerado o mal aplicado, señalaba que la Unión Soviética no podría, con sus propios recursos y por medio de sus propios esfuerzos, superar o alcanzar siquiera la productividad del capitalismo occidental avanzado, la productividad que era el *sine qua non* del socialismo. La propagación de la revolución seguía siendo, en todo caso, la condición esencial para el logro del socialismo en la URSS. El aislacionismo stalinista no sólo afectaba la gran estrategia de la revolución y de la construcción socialista, sino incluso la política comercial inmediata: Stalin no tomaba en cuenta las ventajas de la "división internacional del trabajo" e ignoraba virtualmente la importancia del comercio exterior para la industrialización soviética, especialmente después de la Gran Depresión, cuando las condiciones del comercio se volvieron marcadamente contra la Unión Soviética. Trotsky instó entonces a Moscú a mejorar su posición comercial por medios políticos y a exhortar a los muchos millones de obreros desempleados en el Occidente a que clamaran en favor del comercio con Rusia (y de los créditos de exportación), que beneficiarían a Rusia pero también ayudarían a crear fuentes de empleo en los países capitalistas. En su propio nombre y en el de su diminuta organización, Trotsky publicó varios manifiestos persuasivos en este sentido; pero la idea no suscitó ninguna reacción favorable en Moscú.[120]

[119] *Ibid.*

[120] "Trotsky nos insta a que nos hagamos más dependientes del mundo capitalista", dijo Kaganóvich, a lo que Trotsky replicó que "la autarquía es el ideal

Las críticas detalladas culminaron en la sostenida y apasionada protesta de Trotsky contra el desprestigio moral que la política de Stalin le venía acarreando al comunismo. En 1931 Stalin proclamó que la Unión Soviética había echado ya los "cimientos del socialismo" e incluso que había "entrado en la era del socialismo"; y sus propagandistas tuvieron que apoyar esa pretensión contrastando una imagen fantásticamente brillante de la sociedad soviética con una visión burdamente exagerada de las miserias de la vida bajo el capitalismo decadente.[121] Desenmascarando la doble desfiguración, Trotsky señalaba que decirles a las masas soviéticas que el hambre y las privaciones, para no hablar de la opresión, que ellas sufrían representaban el socialismo, era matar su fe en el socialismo y convertirlas en sus enemigas. En esto veía el "mayor crimen" de Stalin, pues era un crimen contra las más profundas esperanzas de las clases trabajadoras y amenazaba comprometer el futuro de la revolución y del movimiento comunista.[122]

Hemos dicho que la crítica de Trotsky era en todos sus aspectos consecuente con la tradición del marxismo clásico y también que se adelantó a las reformas de la era posterior a Stalin. Ahora podemos preguntarnos hasta qué punto era pertinente, si lo era, a la situación de los años treintas. ¿Eran practicables las proposiciones de Trotsky en el momento en que él las hizo? ¿No era una característica inherente de esa era un profundo divorcio entre la teoría marxista y la práctica de la Revolución Rusa? ¿Y no habían las circunstancias hecho inevitable ese divorcio? Sólo muy pocas de las cuestiones a que tiene que enfrentarse el historiador ponen a prueba su confianza en su propio juicio tan severamente como éstas. El propio Trotsky, en sus momentos menos polémicos, recalcó que las inmensas dificultades que agobiaban a la Unión Soviética eran causadas por su pobreza, su atraso y su aislamiento. Su principal cargo contra el régimen de Stalin era que éste más bien agravaba que creaba esas dificultades; y no era fácil para Trotsky, como tampoco lo es para el historiador, trazar una línea divisoria entre los factores "objetivos" y "subjetivos" de la situación, entre las miserias que la Revolución Rusa recibió como herencia y las que fueron producto de la arbitrariedad y la crueldad stalinistas. En esto había, además, una verdadera "unidad de los opuestos", una interacción dialéctica de lo objetivo y lo subjetivo: la arbitrariedad y la crueldad burocráticas eran ellas mismas parte integrante

de Hitler, no el de Marx ni el de Lenin". "Soviétskoe Joziáistvo v Opásnosti" en *B. O.*, núm. 31, noviembre de 1932. El valor de las exportaciones soviéticas se redujo a una tercera parte y el de las importaciones al de una cuarta parte entre 1930 y 1935. Parte de esta reducción se debió a condiciones adversas de intercambio comercial.

[121] Véase, por ejemplo, *K.P.S.S. v Rezolutsiaj*, vol. II, pp. 717-724. *Pravda*, *Bolshevik* y toda la prensa soviética de los años treintas están llenas de este contraste.

[122] *B. O., op. cit., et passim.*

del atraso y el aislamiento de Rusia: eran las reacciones atrasadas de los herederos de la revolución frente al atraso autóctono.

Ahora tanto Trotsky como Stalin sostenían en común (aunque en parte sólo tácitamente) la opinión de que la Unión Soviética podría lograr la industrialización rápida sólo a través de la acumulación primitiva socialista, una opinión históricamente justificada por el hecho de que ninguna nación subdesarrollada ha logrado, en este siglo, un avance comparable al de Rusia sobre cualquier otra base. La acumulación primitiva, sin embargo, presuponía que los obreros y los campesinos debían soportar una carga más pesada que la del desarrollo económico "normal". Algunas de las desproporciones básicas de la planificación stalinista eran inherentes a estas condiciones. La inversión, en todo caso, tenía que aumentar mucho más rápidamente que el consumo. Era necesario conceder prioridad a la industria pesada sobre la ligera. Los teóricos de la Oposición habían argumentado que, con la industrialización, el ingreso nacional aumentaría con tanta rapidez que el consumo popular crecería junto con la inversión, aun cuando no lo hiciera a igual ritmo. En lugar de esto, el consumo se redujo desastrosamente en los años decisivos de comienzos de la década de los treintas. Trotsky sostenía que esto podría haberse evitado y que la campaña de industrialización se habría desarrollado bajo tensiones y fricciones menos severas si se hubiese iniciado varios años antes y de una manera más racional. El razonamiento era plausible, pero su verdad no podía probarse. El razonamiento contrario stalinista, más esotéricamente sostenido que abiertamente enunciado, también era plausible: consistía en que el Gran Cambio habría sido igualmente cataclísmico aun cuando hubiese sido iniciado antes y con más benignidad. La amenaza del hambre se había cernido sobre la Rusia urbana la mayor parte del tiempo transcurrido desde la revolución (y se había repetido periódicamente antes de la revolución). La industrialización y el rápido crecimiento de la población urbana estaban en todo caso destinados a agravarla mientras la agricultura siguiera siendo fragmentaria y arcaica. Habiéndose negado a permitir que la agricultura capitalista se encargara del aprovisionamiento de las ciudades en febril expansión, los bolcheviques tenían que optar por la colectivización. Si hubiesen intentado la colectivización gradual que Trotsky postulaba, razonaban los stalinistas, habrían recogido las peores consecuencias de ambas líneas de acción: la gran masa de pequeños terratenientes habría sido hostilizada de todos modos, y el progreso habría sido, al igual que bajo la agricultura capitalista, demasiado lento para asegurar el aprovisionamiento de las ciudades durante la industrialización rápida. Trotsky creía, por el contrario, que era posible inducir al campesinado a una colectivización voluntaria y económicamente viable; y es discutible que haya subestimado o no la medida en que cualquier forma de colectivismo hubiese ofendido la obstinada "irracionalidad" del apego del *muzhik* a la propiedad privada. Stalin obró de acuer-

do con el principio maquiavélico de que nada es tan peligroso para un gobernante como ofender y al mismo tiempo tratar de favorecer a sus enemigos; y para Stalin sus súbditos se convirtieron en sus enemigos. Él lanzó todos los recursos de su poder contra los pequeños terratenientes; y toda una generación hubo de sufrir las consecuencias del cataclismo económico. Sin embargo, pagando este precio, Stalin desde su punto de vista, se anotó una inmensa victoria política: quebró la columna vertebral del arcaico individualismo rural que amenazaba frustrar la industrialización. Habiendo logrado esa victoria, no podía renunciar a ella; tenía que defenderla con uñas y dientes.

Trotsky no creyó en la solidez de este triunfo maquiavélico; negó hasta el fin que Stalin hubiese vencido al individualismo del campesinado. Convencido de que éste era todavía capaz de destruir las granjas colectivas o de deformarlas para que sirvieran a sus propios intereses o necesidades, predijo que una nueva clase de *kulaks* surgiría dentro de los koljoses y tomaría el mando.[123] Aquí nuevamente Trotsky aprehendió una tendencia real, pero sobrestimó su fuerza. La propensión del campesinado a adquirir propiedad volvió a manifestarse efectivamente en muchas formas, y Stalin tuvo que luchar contra el resurgimiento de los *kulaks* en los koljoses. Mediante una combinación de medidas económicas y de terror, sin embargo, logró mantener la recrudescencia de la propiedad privada dentro de límites estrechos y severamente restringidos; y el individualismo del campesinado nunca hubo de recuperarse del golpe mortal que él le infligió, aunque su estertor agónico hubiera de sonar en los oídos de Rusia durante un cuarto de siglo.

Desde el exilio, Trotsky le imploró repetidamente al Politburó stalinista que abandonara su brutal empresa, que pusiera fin a la bárbara guerra contra la barbarie rural y volviera a adoptar los cursos de acción más civilizados y humanos a que los obligaba su legado marxista-leninista. Exhortó al Politburó a que iniciara un gran acto de reconciliación con el campesinado, a que declarara ante toda la nación que al imponer la colectivización había actuado erróneamente, y que los campesinos que desearan abandonar las granjas colectivas y volver a la agricultura privada estaban en libertad de hacerlo. Trotsky no dudaba que esto tendría como resultado la disolución de muchas, tal vez la mayoría, de las granjas colectivas; pero puesto que éstas, en su opinión, no eran viables de todos modos, se perdería poco; y los koljoses que sobrevivieran (si se les suministraran máquinas, créditos y ayuda agronómica y se les permitía así ofrecer a sus miembros beneficios materiales que no estaban al alcance del pequeño terrateniente) podrían convertirse aún en los precursores de un movimiento colectivista genuino y voluntario, que con el tiempo transformaría toda la agricultura y elevaría su productividad al nivel reque-

[123] Véase, por ejemplo, el capítulo sobre "Las contradicciones sociales en la aldea colectiva" en *The Revolution Betrayed*, pp. 128-135.

rido por una economía moderna y en expansión. Esto, proclamó Trotsky, era lo que la Oposición haría si volviera al poder.[124]

Para el Politburó stalinista era demasiado tarde para buscar tal reconciliación con el campesinado. A partir del otoño de 1929 todas las fuerzas del Partido y el Estado habían estado totalmente enfrascadas en la lucha, y un intento de sacarlas del combate y hacerlas emprender una larga retirada bien podría terminar en una derrota aplastante. Tantas habían sido desde un principio las víctimas de la campaña, tan enconadas eran las pasiones que se habían despertado, tanta la violencia que se había infligido a los aldeanos y tan vehemente el deseo de venganza de éstos, tan inmensa y sangrienta había sido la conmoción, que era más que dudoso que pudiera hallarse cualquier salida racional mientras la generación que había sufrido el trauma permaneciera en el escenario. Si el gobierno hubiese proclamado que los campesinos estaban en libertad de abandonar las granjas colectivas, toda la estructura agrícola se habría venido abajo y pocos koljoses habrían sobrevivido. A continuación se habría necesitado tiempo para que la agricultura privada volviera a operar en sus formas acostumbradas; y, mientras tanto, la producción y el suministro de alimentos habrían sufrido un grave retroceso. Tampoco era probable, por otra parte, que un éxodo en masa de las granjas colectivas pudiese tener lugar pacíficamente. Los campesinos se habrían sentido autorizados a vengarse del gobierno y del Partido. La reconciliación habría requerido que los expropiados y los deportados fueran amnistiados e indemnizados; y es fácil imaginarse con qué actitud habrían sido recibidos en sus aldeas natales las legiones de deportados a su regreso de los campos de concentración. La descolectivización habría desencadenado una violencia tan furiosa como la que había acompañado a la colectivización. Tal vez un nuevo gobierno con las manos limpias, un gobierno formado por la Oposición, podría haber tratado de apaciguar al país sin ponerlo al borde de la contrarrevolución. Eso era lo que Trotsky creía. Para el gobierno de Stalin, cualquier intento semejante habría sido suicida. Cualquier señal de debilidad de su parte habría convertido en llamas las brasas de odio que ardían en millones de chozas. A Stalin no le quedaba otro camino que seguir enfrascado en la lucha, aun cuando, como confesó a Churchill años más tarde, ésta fue más terrible aún que las duras pruebas de la segunda Guerra Mundial.[125]

Hemos visto que la situación de la Rusia rural impedía cualquier cam-

[124] *B. O.*, núm. 29-30, 1932.

[125] "Ya había pasado la medianoche...", escribe Churchill. "Dígame", pregunté, "¿han sido las tensiones de esta guerra tan malas para usted personalmente como la puesta en práctica de la política de las Granjas Colectivas?" Este tema animó inmediatamente al Mariscal. "Oh, no", dijo, "la política de las Granjas Colectivas fue una lucha terrible". ... "Diez millones [de campesinos]", dijo alzando las manos. "Fue terrible. Duró cuatro años. Era absolutamente necesaria para Rusia..." Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. IV, p. 447.

bio racional en la política industrial también; que una nueva y enorme estructura industrial, muchas veces más grande que la de la Rusia prerrevolucionaria, tenía que ser erigida sobre una base más estrecha que la del antiguo régimen; y que durante muchos años la subsistencia de una masa de población urbana en constante crecimiento —sabemos que sólo en los años treintas se elevó de 30 a 60 millones— hubo de depender de existencias disminuidas o extremadamente insuficientes de alimentos. A cualquier gobierno le habría sido imposible corregir esa desproporción: es decir, a cualquier gobierno que no estuviera dispuesto a suspender la campaña de industrialización o a reducir su progreso radicalmente y aceptar la perspectiva de un estancamiento económico. Si Trotsky y sus seguidores hubieran vuelto al poder en cualquier momento después de 1929-30, ellos también habrían tenido que enfrentarse a las consecuencias de la catastrófica destrucción y deterioración de los recursos agrícolas; y, comprometidos como estaban a llevar adelante la industrialización, ellos también habrían tenido que adecuar su política a esas circunstancias severamente restrictivas.

Años antes Preobrazhensky había afirmado que la acumulación primitiva socialista, que él esperaba que tuviera lugar bajo condiciones mucho menos difíciles, sería "el periodo más crítico en la vida del Estado socialista... poder efectuar esta transición lo más rápidamente posible será una cuestión de vida o muerte..."[126] ¡Cuánto más habría de serlo para Stalin, que había cerrado todas sus rutas de retirada! El emprendió la transición a una velocidad desbocada, sin prestar atención a las advertencias ni a los consejos de moderación. Preobrazhensky había instado a los bolcheviques a "adoptar el punto de vista del productor y no el del consumidor..." porque "aún no vivimos en una sociedad socialista con su producción para el consumidor; vivimos bajo el talón de hierro de la ley de la acumulación primitiva socialista". ¡Cuánto más pesado, más aplastantemente pesado, se había vuelto ahora ese talón de hierro! ¡Cuánto más riguroso era también el "punto de vista del productor" que, después de todo lo que había ocurrido, Stalin tuvo que adoptar! Preobrazhensky había previsto que una relativa escasez de bienes de consumo acompañaría en todo caso a la acumulación y tendría como resultado la desigualdad económica entre los administradores y los trabajadores, y entre los trabajadores calificados, no calificados y semicalificados; y que esta desigualdad sería necesaria para fomentar la capacitación y la eficiencia, pero no produciría nuevos y fundamentales antagonismos de clase. En realidad, la desigualdad aumentó en proporción con la escasez, y ambas superaron todas las previsiones.

Stalin empleó todos los recursos ideológicos para ahondar, ocultar y justificar el abismo entre los privilegios de los pocos y la miseria de los

[126] Las conclusiones de la *Nueva Economía* de Preobrazhensky aparecen resumidas en *El profeta desarmado,* pp. 221-225.

muchos. Pero la prevaricación ideológica no era suficiente, y el terror mantuvo su terrible vigilancia sobre el abismo. Su ferocidad correspondió a la tensión de todas las relaciones sociales. Exteriormente, la violencia de los años treintas se asemejó al terror recrudescente de la guerra civil. De hecho, lo superó en mucho y se diferenció de éste en escala y fuerza ciega. En la guerra civil, fue el aliento quemante de una auténtica ira revolucionaria que golpeaba a las fuerzas del antiguo régimen, fuerzas que conspiraban, se organizaban, se armaban y luchaban contra la nueva república. Los agentes de la Cheka fueron reclutados entre los obreros insurrectos, estaban impregnados de la experiencia de su clase, compartían sus privaciones y sacrificios y dependían de su apoyo. Su terror fue tan discernidor como podía serlo en medio del caos de la guerra civil: estuvo dirigido contra los enemigos reales y activos de la revolución, que, aun cuando no eran "un mero puñado", eran en todo caso una minoría. Y en la severa atmósfera del comunismo de guerra, salvaguardó también la utópica igualdad espartana de aquellos años.

El terror de los años treintas fue el custodio de la desigualdad. Por su naturaleza misma era antipopular; y, estando como estaba dirigido potencial o realmente contra la mayoría, era indiscriminado. Sin embargo, ni siquiera esto explica su generalización y su furia. Las ejecuciones, purgas y deportaciones en masa no eran necesarias tan sólo para salvaguardar las escalas diferenciales de salarios o incluso los privilegios de la burocracia: desigualdades y privilegios mucho más grandes se salvaguardan normalmente con medios mucho más benignos. El gran estallido de violencia vino con la colectivización; lo que perpetuó el terror fue primordialmente la necesidad de perpetuar el Gran Cambio en las zonas rurales. Sólo la presencia de brigadas punitivas y Secciones Políticas en las aldeas podía evitar que los campesinos reincidieran en la explotación agrícola privada. La fuerza brutal mantenía en existencia al koljós que carecía de coherencia económica intrínseca. La necesidad de hacer actuar esa fuerza sobre la gran mayoría de la nación —el campesinado todavía formaba entre el 60 y 70% de la población— y de hacerla actuar en todas las temporadas del año, durante la labranza, la siembra, la cosecha y finalmente cuando llegaba el momento de que los agricultores entregaran sus productos al Estado, todo ello tenía como resultado una constante inyección de tal dosis de miedo en un sector tan vasto del organismo social, que todo el cuerpo quedó envenenado inevitablemente. Una vez que el aparato de terror, mucho más masivo que nada conocido hasta entonces, quedó establecido y fue puesto en marcha, desarrolló su propio ímpetu incalculable. La Rusia urbana no pudo aislarse de las convulsiones que sacudían a la Rusia rural: la desesperación y el odio del campesinado se propagaron a las ciudades y los pueblos, contagiando a grandes sectores de la clase obrera; e igualmente se propagó la violencia desencadenada para enfrentarse a la desesperación y el odio.

Pese a todo su desarrollo irracional, los cambios de 1929-30 representaron una revolución social tan irreversible como la de 1917, aunque muy diferente de ésta. Lo que se manifestó en esta transformación fue la "permanencia" del proceso revolucionario que Trotsky había profetizado, sólo que la manifestación fue tan diferente de la que él había esperado que no pudo reconocerla ni la reconoció como tal. Siguió pensando, como todos los bolcheviques hasta muy poco antes, que la revolución era necesaria sólo para el derrocamiento del régimen feudal y burgués y la expropiación de los latifundios y el gran capital; pero que después de alcanzar estos objetivos, la "transición del capitalismo al socialismo" tendría lugar en una forma esencialmente pacífica y evolutiva. En su enfoque de los problemas internos soviéticos, el autor de la "Revolución Permanente" era en cierto sentido un reformista. Es cierto que él había comprendido antes que nadie que la República Soviética sería incapaz de resolver sus conflictos y problemas internos dentro del marco de la reforma nacional, y en consecuencia contaba con que la revolución internacional los resolvería en último término. Su enfoque revolucionario de la lucha de clases internacional y su enfoque reformista de los problemas internos soviéticos eran las dos caras de una misma moneda. Por contraste, Stalin había confiado hasta 1929 en que la sola reforma nacional podría resolver los conflictos de la sociedad soviética. Al descubrir que estaba equivocado, él también tuvo que ir más allá del marco de la reforma nacional; y puso en marcha otra revolución nacional. Lo que descartó fue el elemento reformista, no el nacionalista, de su política. Su indiferencia pragmática frente a las perspectivas revolucionarias internacionales y el carácter cuasi-revolucionario de su política interna eran también las dos caras de una misma moneda.

A su manera, no exenta de ironía, el desarrollo histórico confirmaba ahora la verdad esencial de la idea que se hallaba en la base del esquema de Trotsky, pero controvertía, en parte al menos, ese esquema. "Abandonada a sus propias fuerzas, la clase obrera de Rusia", había escrito Trotsky a principios de siglo, "será aplastada inevitablemente por la contrarrevolución en el momento en que el campesinado le vuelva la espalda al proletariado." Ese momento pareció estar muy cerca, primero en 1921 y después una vez más en los últimos años de la década de los veintes, cuando el campesinado efectivamente volvió la espalda a los bolcheviques. "Los obreros no tendrán más alternativa", había añadido Trotsky, "que vincular el destino... de la Revolución Rusa al de la revolución socialista en Europa." A partir de 1917 siguió repitiendo que Rusia no podría alcanzar ella sola el socialismo, pero que ello no obstante el ímpetu de su revolución no se había agotado aún: 1917 sólo había sido el preludio de la revolución internacional. Ahora se ponía de manifiesto que la fuerza dinámica de la Revolución Rusa no se había consumido todavía efectivamente, aunque su impulso no había logrado encender la

revolución en Europa. Pero, no habiendo logrado propagarse al exterior y quedando comprimida dentro de la Unión Soviética, esa fuerza dinámica se volvió hacia adentro y empezó una vez más a transformar violentamente la estructura de la sociedad soviética. La industrialización y la colectivización forzosas fueron ahora los sustitutos de la propagación de la revolución, y la liquidación de los *kulaks* rusos fue el *Ersatz* del derrocamiento del régimen burgués en el extranjero. Para Trotsky, su idea era inseparable de su esquema: sólo un Octubre alemán, francés o cuando menos chino, constituiría la verdadera secuela del Octubre ruso; la consumación del proceso revolucionario en Rusia sólo tendría lugar con su internacionalización. Históricamente, esto todavía era cierto; pero inmediatamente, Stalin obró sin proponérselo como el agente de la revolución permanente dentro de la Unión Soviética. Trotsky se negó a reconocer y a aceptar el *Ersatz* en lugar del hecho real.

Su concepción poseía la racionalidad del marxismo clásico. El Gran Cambio de Stalin estaba plagado de irracionalidad. La revolución clásica concebida por el marxismo era llevada hacia adelante por la marea alta de la conciencia social y la actividad política de las masas; era la manifestación suprema de su voluntad de vivir y de transformar sus vidas. La transformación de 1929-30 se produjo en el momento de mayor reflujo de la conciencia nacional y la energía política de la nación: fue una revolución desde arriba, basada en la supresión de toda actividad popular espontánea. Su fuerza impulsora no la constituía ninguna clase social, sino el aparato del Partido. Para Trotsky, cuyo pensamiento había absorbido y encarnado toda la rica y variada tradición de las revoluciones clásicas, esta transformación no era, por consiguiente, una revolución en ningún sentido: era tan sólo el estupro de la historia cometido por la burocracia stalinista. Con todo, por "ilegítima" que haya sido desde el punto de vista marxista clásico, la revolución desde arriba de Stalin efectuó un cambio duradero y sin precedentes, en cuanto a su escala, en las relaciones de propiedad y en último término en el modo de vida de la nación.[127]

En el transcurso de nuestra narración hemos considerado reiteradamente la peculiaridad de la historia rusa que consistía en el extraordinario poder del Estado sobre la nación. El antiguo absolutismo zarista había derivado su fuerza de la composición primitiva, indiferenciada y amorfa de la sociedad rusa. "Mientras que en el Occidente", observó Miliukov, "los estados crearon el Estado, en Rusia el Estado ha dado origen a los estados." Incluso el capitalismo ruso, añadió Trotsky, nació "como la criatura del Estado". La inmadurez de las clases sociales de Rusia había inducido a los dirigentes de la intelectualidad y a pequeños grupos de revolucionarios a suplantar al pueblo y a obrar como sus representantes.[128] Después

[127] Véase el capítulo VIII del *Stalin* de Deutscher.
[128] *El profeta armado,* pp. 147 sigs., 180-181 *et passim.*

de una erupción relativamente breve, pero inmensa, de las energías populares de Rusia durante las dos primeras décadas de este siglo, el agotamiento de esas energías en la guerra civil y la desintegración posrevolucionaria de la sociedad produjeron un efecto similar. En 1921-22, con la clase obrera incapacitada para defender su propio interés de clase, Lenin y su Vieja Guardia asumieron el papel de sus custodios. La lógica de este "sustitutismo" los llevó a establecer el monopolio político del partido bolchevique, que seguidamente dio lugar al monopolio mucho más estrecho de la facción stalinista. A fin de comprender el posterior desarrollo de los acontecimientos y la lucha entre Stalin y Trotsky, debemos reexaminar ahora brevemente la situación de las diversas clases de la sociedad soviética una década después de la guerra civil.

La reducción y dispersión de la clase obrera características de los primeros años de la década de los veintes, pertenecían ahora al pasado. Bajo la NEP, a medida que la industria se recuperaba, se desarrolló una clase obrera casi tan numerosa como la antigua. Al cabo de unos cuantos años solamente, hacia 1932, los empleos industriales habían aumentado de 10 a 20 millones; y en el transcurso de la década fueron tantos los nuevos reclutas que ingresaron en las fábricas y en las minas, que hacia 1940 aproximadamente la clase obrera era casi tres veces mayor de lo que había sido en cualquier otro periodo.[129] Con todo, pese a este inmenso crecimiento, el peso de la clase obrera no se hacía sentir políticamente. La influencia directa de los obreros en la vida política era inconmensurablemente menor de lo que había sido en los últimos años del zarismo, no digamos ya en 1917: los trabajadores eran totalmente incapaces de hacer valer sus opiniones frente a la burocracia. No se trataba de que en un Estado obrero no tuvieran necesidad de hacerlo: el propio Lenin había insistido, en 1920-21, en que los obreros necesitaban defenderse contra su propio Estado; y si tenían que hacerlo en 1921, tenían que hacerlo *a fortiori* en 1931. Sin embargo, permanecían pasivos y mudos.

¿Qué explicación tiene este fenómeno de un prolongado eclipse de la conciencia social y de parálisis de la voluntad política? No puede haber sido el terror únicamente, ni siquiera el terror totalitario, pues éste es eficaz o ineficaz en proporción a la resistencia con que se encuentre o deje de encontrarse. Debe de haber habido algo en la clase obrera misma que determinara su pasividad. ¿Qué era eso?

Los millones de nuevos obreros llegaron a la industria desde las regiones rurales primordialmente primitivas, en un principio "espontáneamente", empujados por la superpoblación rural, y después en el transcurso de aquel desplazamiento planificado de mano de obra de la granja a la fábrica que el gobierno efectuó utilizando las granjas colectivas como centros de reclutamiento convenientes. Los reclutas trajeron consigo (a las

[129] *Naródnoe Joziáistvo S.S.S.R.*, pp. 656-657. Las cifras incluyen tanto a los obreros como a los empleados.

ciudades y a los centros industriales) el analfabetismo, la inercia y el espíritu fatalista de la Rusia rural. Desarraigados y confundidos por el nuevo medio ambiente, se vieron atrapados de inmediato por el tremendo mecanismo que había de transformarlos en seres muy diferentes de los que habían sido hasta entonces, de adaptarlos al ritmo y a la disciplina de la vida industrial, de adiestrarlos en las técnicas industriales y de inculcarles los últimos mandamientos, prohibiciones y consignas del Partido, Hacinados en enormes caseríos y barracones, vestidos con harapos, mal alimentados, intimidados en los talleres y sometidos a menudo a una disciplina cuasi-militar, eran incapaces de resistir las presiones que los apabullaban. Básicamente, su experiencia no fue muy diferente de la que sufrieron generaciones de campesinos desarraigados y arrojados a los crisoles sociales del capitalismo de los primeros tiempos. Pero en tanto que bajo el *laissez faire* fue la acción espontánea del mercado de trabajo, el temor al desempleo y al hambre, lo que transformó y disciplinó lentamente al campesino para convertirlo en obrero industrial, en la Rusia stalinista fue el Estado el que se encargó de esto y comprimió todo el proceso de transformación en un periodo mucho más breve.

Tan violenta fue la sacudida que sufrió el recluta industrial, tan intensivo el fogueo a que fue sometido, tan olvidado de Dios y de los hombres se sentía, y tan abrumado por la enormidad de las fuerzas que moldeaban su vida, que no tenía ni la voluntad ni la fuerza para formarse alguna opinión ni para expresar alguna protesta. Esporádicamente su resentimiento encontraba una válvula de escape en una riña de borrachos, en la subrepticia destrucción de una máquina o en el intento de escapar de una máquina a otra. Trataba de arreglárselas por sus propios medios y de mejorar su suerte sin establecer referencia con la situación de su clase. Su individualismo atávico, tanto como la prohibición de las huelgas, le impedían asociarse en defensa propia con sus compañeros de trabajo y actuar en solidaridad con ellos. Stalin, que estaba destruyendo ese individualismo en su fuente misma, la aldea, lo alentó y lo explotó en los talleres industriales, donde el stajanovismo y la "competencia socialista" excitaban al máximo el instinto adquisitivo de los obreros y los impulsaban a competir entre sí en la producción.

Así, mientras el campesinado era colectivizado, la clase obrera fue reducida a tal condición que su actitud tradicionalmente colectivista quedó mermada al mínimo. "Mientras nuestro campesinado está siendo 'proletarizado', nuestra clase obrera va quedando completamente infectada por el espíritu del campesinado", observó con tristeza un sociólogo deportado de la Oposición.[130] Esto no quiere decir que la solidaridad de clase y la militancia marxista fueran completamente eliminadas. Ambas alen-

[130] Y. Grev en el ensayo sobre Colectivización y Superpoblación (*B. O.*, núm. 11, 1930). Este es un análisis sumamente original, aunque un tanto dogmático, de la sociedad soviética durante el periodo del Gran Cambio.

taban aún en los sobrevivientes de la "generación de Octubre" y en un número considerable de los jóvenes formados en los años veintes, como puede atestiguarlo cualquiera que haya presenciado hacia 1930 la abnegación y el entusiasmo con que los primeros *udarniki* se lanzaron a construir, a menudo casi sobre sus propios huesos, nuevos altos hornos y plantas hidroeléctricas entre las rocas desnudas de los Urales o más hacia el este. La propaganda stalinista, autocontradictoria y todo, continuó inculcando en dosis considerables la tradición marxista al mismo tiempo que la deformaba o la mutilaba. Los obreros imbuidos de esa tradición resentían la intrusión del individualismo campesino en las fábricas y la rebatiña por salarios y bonos. Pero tales obreros eran una minoría y se perdían entre los millones de *muzhiks* proletarizados. Además, el Estado y el Partido desangraban los recursos intelectuales y políticos de la clase obrera al sacar de ella a los individuos con más conciencia de clase, educación y energía para llenar los nuevos puestos administrativos o para formar con ellos las brigadas especiales encargadas de colectivizar a los campesinos. Privada de su *élite,* la clase obrera sufrió más intensamente aún los efectos de las fuerzas centrífugas que la desgarraban y fragmentaban. También, por supuesto, quedó profundamente dividida por las disensiones frente a la colectivización. La campaña en el campo suscitó en un principio grandes esperanzas entre los proletarios con una firme tradición urbana, que siempre habían desconfiado de la burguesía rural. Pero los jornaleros que habían venido de las aldeas se sentían indignados, llenaban las ciudades de historias sobre los horrores que se perpetraban en el campo, y despertaban muchas simpatías. El sociólogo que acabamos de citar observa que en los años del primer Plan Quinquenal las ciudades estaban llenas de personas a las que él describe como *sans culottes à rebours.* En todo momento a partir de la Revolución Francesa, explica, el *sans culotte,* el hombre sin propiedades, había sido el enemigo de la propiedad; pero en la Unión Soviética, en aquel momento, era el más apasionado defensor de la propiedad. Su presencia y su estado de ánimo se dejaban sentir incluso en los baluartes más antiguos del bolchevismo, lo cual no era sorprendente cuando, por ejemplo, en la cuenca carbonífera del Donetz no menos del 40% de los mineros eran, en 1930, *kulaks* expropiados y otros campesinos. En los estratos más antiguos de las comunidades proletarias, los estados de ánimo constituían una gama que iba desde una enconada enemistad hacia la autoridad hasta el sentimiento de que el Partido y el Estado expresaban, después de todo, las aspiraciones de la clase obrera y que la oposición a ellos era inadmisible. Pero no podía haber duda de que la masa de *sans culottes a rebours* y los numerosos lumpenproletarios, campesinos desplazados que no podían adaptarse a ningún ambiente industrial y que llenaban los suburbios y las afueras de las ciudades con las consecuencias del alcoholismo y la delincuencia, formaban potencialmente una gran reserva de carne de cañón

para cualquier movimiento "termidoriano", contrarrevolucionario o incluso fascista.

En su fragmentación, confusión y falta de identidad política, la nueva clase obrera se asemejaba en parte al proletariado de la era capitalista inicial, al que Marx describió como una "clase en sí", pero no "*para* sí". Una clase en sí cumple su función económica en la sociedad, pero no tiene conciencia de su lugar en la sociedad, es incapaz de concebir su propio interés colectivo e "histórico" y de subordinar a éste las aspiraciones seccionales o particulares de sus miembros. Los marxistas habían supuesto tácitamente que, una vez que la clase obrera lograra la autointegración social y la conciencia política que hacía de ella una "clase *para* sí", se mantendría indefinidamente en esa posición y no recaería en la inmadurez. En lugar de eso, la clase obrera de Rusia, después de derrocar al zar, a los terratenientes y a los capitalistas, volvió a sumirse en la condición inferior de una clase inconsciente de su interés e inarticulada.

La condición del campesinado era, por supuesto, peor aún. Los golpes que sufrió lo desorganizaron y descompusieron completamente. Con todo, antes de 1929 el campesinado parecía haber alcanzado un grado de cohesión interna que prácticamente nunca había logrado en el pasado. En su masa, parecía estar, y en cierta medida estaba, unificado en la hostilidad con que se enfrentaba al colectivismo bolchevique. Su antagonismo al Partido y al Estado eclipsaba sus divisiones internas, es decir, los conflictos entre los agricultores acomodados y pobres. El *kulak* se encontraba a la cabeza de la comunidad aldeana; y los jornaleros y *biedniaks,* que durante años habían observado los esfuerzos bolcheviques por llegar a un acuerdo con aquél, se abstenían de impugnar su posición y aceptaban de mala gana su liderato. Así, pues, cuando los colectivizadores aparecieron por primera vez en la escena, descubrieron que era difícil quebrantar la solidaridad de los aldeanos. A tal punto se había inflado la confianza del *kulak* en sí mismo y tanto había impresionado ésta a los campesinos más pobres, que éstos no tomaban en serio a los comisarios que amenazaban al *kulak* con la aniquilación. Muchos pensaron que todavía era más seguro tomar partido por el *kulak* y defender el viejo modo de explotación agrícola que obedecer al llamado de los comisarios. Pero, a medida que se hizo claro que el gobierno no estaba en actitud de retroceder y que el *kulak* efectivamente estaba perdido, la unidad de la aldea se derrumbó; la hostilidad durante largo tiempo reprimida, pero ahora atizada, de los pobres contra los acomodados volvió a manifestarse. La gran masa se desgarraba entre intereses, cálculos y sentimientos en conflicto. Puesto que el gobierno no sólo atacaba al capitalismo rural, sino a la agricultura privada en general, y puesto que incluso a los agricultores más pobres se les pedía que renunciaran a sus pequeñas propiedades, los campesinos aún tendían a permanecer unidos aferrándose a sus posesiones. El instinto de propiedad era a menudo tan fuerte en el campesino más pobre como

en el más rico; y ese instinto y el común sentido de humanidad se escandalizaron y se rebelaron ante la arbitrariedad y la inhumanidad de la colectivización. Con todo, esos sentimientos fueron afectados y debilitados por la fría reflexión de los campesinos pobres en el sentido de que ellos, después de todo, tal vez se beneficiarían con la expropiación de los acomodados y la integración de las granjas; y a continuación, cuando ya no quedaron dudas en cuanto a quién iba ganando, muchos se apresuraron a ponerse de parte de los vencedores.

La idea de la explotación agrícola colectiva no había sido extraña, por supuesto, para la Rusia rural. La creencia de que la tierra era el bien común de quienes la cultivaban, no destinada por el Creador a enriquecer a algunos y empobrecer a otros, había sido profunda en un tiempo; y el *Mir* u *Obshchina,* la comuna rural primigenia dentro de la cual la tierra había sido redistribuida periódicamente entre los miembros, había sobrevivido hasta poco antes de la revolución: no fue sino en 1907 cuando el gobierno de Stolypin le permitió al "agricultor fuerte" abandonar el *Mir* y eximir así a sus posesiones de la redistribución y escapar a su efecto igualador. Es cierto que desde 1917 el apego del campesinado a su propia parcela aumentada se había incrementado enormemente. Ello no obstante, los agitadores del Partido todavía podían presentar el koljós como el sucesor legítimo del *Mir* y proponerlo a los aldeanos, no como una innovación subversiva, sino más bien como el resurgimiento, en forma modificada, de una institución autóctona, que, aunque corroída por la codicia y la rapacidad capitalistas, todavía era prestigiosa en el recuerdo. Así, pues, los impulsos y las influencias que determinaban el comportamiento del campesinado eran intrincados y contradictorios, con el resultado de que el temor y la fe, el horror y la esperanza, la desesperación y la confianza luchaban en los pensamientos del *muzhik,* dejándolo enervado, resentido y sin embargo renuente a resistir, y rumiando sus agravios en indolente sumisión.

Mientras los campesinos iban quedando reducidos rápidamente a esa condición, todavía se lanzaron a una desenfrenada orgía de despilfarro. Durante los primeros meses de colectivización sacrificaron más de 15 000 000 de vacas y bueyes, alrededor de 40 000 000 de cabras y ovejas, 7 000 000 de puercos y 4 000 000 de caballos; la matanza continuó hasta que la riqueza ganadera de la nación se redujo a menos de la mitad de lo que había sido. Este gran derroche de carne fue el plato principal de la fiesta con que el pequeño terrateniente celebró sus propios funerales. El *kulak* inició la matanza e incitó a otros a que siguieran su ejemplo. Viendo que lo había perdido todo, que él, el proveedor de la nación, iba a ser despojado de su propiedad, se propuso despojar a la nación de sus fuentes de alimentación; y antes que permitir que los colectivizadores arrearan su ganado a los corrales comunales, llenó sus propias despensas con la carne de las reses sacrificadas a fin de hacer pasar hambre a sus

enemigos. Los colectivizadores en un principio se sintieron desconcertados frente a esta forma de la "guerra de clases" y contemplaron con asombro impotente cómo los campesinos medianos y aun los pobres participaban en la matanza, hasta dejar a toda la Rusia rural convertida en un matadero.

Así comenzó el extraño carnaval presidido por la desesperación y cuyos pucheros llenó la furia. Una epidemia de glotonería orgiástica se propagó de aldea a aldea, de *volost* a *volost* y de *gubernia* a *gubernia*. Hombres, mujeres y niños se hartaban, vomitaban y volvían a hartarse. Nunca antes se había destilado tanto vodka en el país —casi todas las chozas se convirtieron en destilerías— y el consumo de alcohol fue, según la vieja tradición eslava, intenso y copioso. Mientras bebían y tragaban, los *kulaks* iluminaban las aldeas con las fogatas que hacían incendiando sus propios establos y caballerizas. La gente se sofocaba con la peste de la carne que se pudría, con los vapores del vodka, con el humo de sus propiedades incendiadas y con su propia desesperación. Tal fue a menudo la escena que se presentó a los ojos de una brigada de colectivizadores cuando llegaba a interrumpir la tétrica bacanal con el tableteo de las ametralladoras. Ejecutaban sumariamente a los crapulosos enemigos de la colectivización y anunciaban que desde ese momento en adelante todos los demás aldeanos sólo lucharían, como miembros ejemplares del koljós, por el triunfo del socialismo en la agricultura. Pero después de la eliminación de los *kulaks* y los *podkulachniki* (secuaces del *kulak*), la matanza de ganado y las comilonas continuaban, sin que hubiera manera de detenerlas. Los animales eran sacrificados porque no quedaba con qué alimentarlos o porque se habían enfermado a causa del descuido de sus amos; y aun los *biedniaks* que, habiendo ingresado en los koljoses, tenían buenas razones para conservar sus bienes, siguieron despilfarrándolos y atiborrando sus estómagos durante tanto tiempo hambreados. A continuación vino el ayuno prolongado y terrible: las granjas quedaron sin caballos y sin semillas para la siembra; los koljosianos de Ucrania y la Rusia europea corrieron al Asia central a comprar caballos, y, después de regresar con las manos vacías, uncieron a los arados los pocos bueyes y vacas que quedaban; y en 1931 y 1932 grandes extensiones de tierra permanecieron sin cultivar y los surcos fueron recibiendo aquí y allá los cuerpos de los *muzhiks* que morían de hambre. El pequeño terrateniente pereció tal como había vivido, en patética indefensión y barbarie; y su derrota final fue tanto moral cuanto económica y política.

Pero los colectivizadores también quedaron moralmente derrotados; y, como ya hemos dicho, el nuevo sistema agrícola hubo de funcionar bajo el peso de esta derrota durante los años siguientes. Normalmente, una revolución no depende, para el éxito de su labor constructiva, de la clase social que ha derrocado, sean los terratenientes o la burguesía; puede apoyarse en las clases que se han puesto de su parte. La paradoja de la

revolución rural de 1929-30 consistió en que la realización de su programa positivo dependía precisamente de los vencidos: la agricultura colectiva no podía florecer cuando el pequeño terrateniente convertido en koljosiano no estaba en disposición de hacerla funcionar.[131]

La falta de cohesión moral y política entre los obreros y los campesinos determinó la aparente omnipotencia del Estado. Si después de la guerra civil el régimen burocrático fue instaurado sobre el trasfondo de la desintegración económica y la dispersión de la clase obrera,[132] ese régimen adquirió ahora un poder virtualmente ilimitado gracias al proceso opuesto, gracias al crecimiento y la expansión económicos que habrían de darle una nueva estructura y una nueva forma a la sociedad, pero que de inmediato hicieron a ésta más amorfa aún y aumentaron su atrofia mental. En los años subsiguientes, todas las energías de la Unión Soviética habrían de estar tan intensamente ocupadas con el progreso material y los prodigiosos esfuerzos que éste exigía, que quedaron pocos recursos, si alguno quedó, para la afirmación de propósitos morales y políticos de cualquier índole. Y, puesto que el poder del Estado era tanto mayor cuanto que era ejercido sobre una nación políticamente triturada, los amos del poder hicieron todo lo posible por mantener a la nación precisamente en esa situación.

Con todo, ni siquiera la burocracia estaba verdaderamente unida por algún interés o perspectiva común. Todas las divisiones que escindían a las otras clases se reflejaban en su seno. El viejo divorcio entre los servidores públicos comunistas y los no comunistas seguía existiendo y se revelaba agudamente en los frecuentes procesos en masa de "especialistas" denunciados como "saboteadores". Durante los años de la NEP, la mayoría de esos "especialistas" y sus amigos habían aguardado con esperanza el momento en que la fuerza dinámica de la revolución se consumiera y Rusia volviera a ser un Estado "normal". Habían rezado efectivamente por el advenimiento de aquella neo-NEP y aquel Termidor cuyos espectros asediaban a los trotskistas y zinovievistas; primero habían puesto sus esperanzas en Stalin y Bujarin contra Trotsky, y después ansiaron ver a Bujarin, o a cualquier otro "termidoriano auténtico", imponerse sobre Stalin. Esas esperanzas se frustraron ahora; y quienes las habían abrigado, a menudo incapaces o renuentes a amoldarse a la nueva situación, se sintieron confundidos y desorientados. En el sector bolchevique de la burocracia, los bujarinistas y los stalinistas se enfrentaban entre sí. Los primeros, firmemente enquistados durante los años de la NEP, eran rastreados y expulsados de la administración. Nuevos hombres de la clase obrera y de la intelectualidad joven llenaban sus puestos y las muchas otras vacantes que se abrían constantemente. La composición de la burocracia era, por consiguiente, sumamente inestable, y su manera de ver las

131 Y. Grev., *op. cit.*
132 Véase *El profeta desarmado*, capítulo I.

cosas heterogénea. Incluso el vínculo que podría esperarse que los uniera, el vínculo del privilegio, era sumamente débil cuando no sólo los individuos, sino grupos enteros de la burocracia, podían ser y a menudo eran despojados de todos los privilegios casi de la noche a la mañana, convertidos en parias y arrojados a los campos de concentración. Y aun los elementos estrictamente stalinistas, los hombres del aparato del Partido y los dirigentes de la industria nacionalizada, que formaban los grupos gobernantes propiamente dichos, no estaban en modo alguno exentos de la inseguridad en que todas las jerarquías temblaban bajo la autocracia de Stalin.

Así, la febril expansión económica, la inestabilidad general que la acompañaba, el eclipse de la conciencia social en las masas y la extenuación de su voluntad política, formaron el trasfondo del desarrollo mediante el cual el gobierno de la facción única se convirtió ahora en el gobierno de un solo jefe. La misma multiplicidad de los conflictos entre las clases y dentro de cada clase, conflictos que la propia sociedad era incapaz de resolver, exigían el arbitraje constante, que sólo podía provenir del pináculo mismo del poder. Mientras mayores eran la inestabilidad, el flujo y el caos en los estratos inferiores, más estable y fijo tenía que ser ese pináculo. Mientras mayor era la debilidad y la falta de voluntad de todas las fuerzas sociales, más fuerte y voluntarioso se hacía el árbitro; y mientras más poderoso se volvía éste, mayor era la impotencia a que estaban condenadas aquéllas. El árbitro tenía que concentrar en sí todo el vigor de decisión y acción de que carecían las fuerzas sociales: tenía que reunir en sí todo el *élan* disperso de la nación. En la misma medida en que el grueso de la población se hundía bajo el nivel de la aspiración humana superior, él debía parecer sobrehumano. Su mente infalible tenía que dominar la mente enajenada de las masas. Su vigilancia insomne tenía que proteger a éstas contra todos los peligros de los que no tenían conciencia y contra los cuales no podían protegerse a sí mismas. Todo el mundo debía ser ciego a fin de que él, el único vidente, pudiera guiar. El debía ser proclamado el único custodio de la revolución y del socialismo; y sus colegas que hasta entonces habían ejercido esa custodia junto con él tenían que renunciar a toda pretensión al respecto y, sin embargo, tenían que ser aplastados también. Para colocar su preeminencia fuera del alcance de todo desafío, las multitudes tenían que aclamarlo sin cesar; y él mismo tenía que salvaguardar su preeminencia con el máximo cuidado y velar porque la adulación popular aumentara en un *crescendo* interminable. Como el Elegido de la Historia en Hegel, él encarnaba una gran fase en la vida de la nación y, ciertamente, en la vida de la humanidad. Pero para la obsesiva megalomanía que su posición engendraba en él, ni siquiera esto bastaba: los codos del Superhombre rompían el marco de su tiempo: en él debían vivir y fundirse el pasado, el presente y el futuro: el pasado con los fantasmas de los primeros zares construc-

tores de imperios codeándose de manera incongruente con las sombras de Marx y Lenin; el presente con su tremenda fuerza eruptiva y creadora; y el futuro encendido con la realización de los sueños más sublimes de la humanidad. El secreto de esta grotesca apoteosis, sin embargo residía menos en Stalin que en la sociedad que él gobernaba: a medida que esa sociedad renunciaba a su propia identidad política y al sentido de su propio tremendo movimiento, esa identidad y todo el movimiento de la historia se personalizaban en el Jefe.

El proceso mediante el cual el gobierno stalinista se convirtió en el gobierno de Stalin fue mucho menos claro y consecutivo que la evolución que desembocó en él, o sea la transformación del régimen del partido bolchevique en el régimen de la facción stalinista. Desde un comienzo el monopolio político de la facción había sido en cierta medida el monopolio del propio Stalin, porque sus partidarios siempre habían sido mucho más rígidamente disciplinados que los de sus rivales. El siempre había ejercido el mando único sobre sus seguidores en una forma en que ni Trotsky, ni Bujarin ni Zinóviev lo habían ejercido jamás sobre los suyos. Ello no obstante, después de aplastar a todos sus adversarios, Stalin todavía tuvo que completar un ascendiente completo sobre sus propios seguidores. Ahora se hizo manifiesto que el régimen de una sola facción, en no menor medida que el de un solo partido, era una contradicción en sí misma. Así como en el partido único, mientras los miembros podían expresarse libremente, los diversos grupos y escuelas de pensamiento formaban un indefinido sistema multipartidista incompatible con el partido único, también la facción única tendía a reproducir dentro de sí vagos reflejos de las facciones y escuelas de pensamiento que acababa de suprimir. Stalin tuvo que expurgar las filas de sus propios partidarios de los criptotrotskistas y los criptobujarinistas que había en ellas. Tuvo que negarles a todos esos seguidores las libertades restringidas que aún les quedaban. A ellos les tocó ahora el turno de descubrir que, después de privar de libertad a todos sus adversarios, se habían privado de libertad ellos mismos y se habían puesto a merced de su propio Jefe. Después de proclamar que el Partido debía se monolítico o no sería bolchevique, Stalin insistió ahora en que su propia facción debía ser monolítica o no sería stalinista. El stalinismo dejó de ser una corriente de opinión o la expresión de cualquier grupo político: se convirtió en el interés, la voluntad y el capricho personales de Stalin.

La personalización de todas las relaciones políticas afectó igualmente la posición de Trotsky. Así como Stalin se iba convirtiendo en la única encarnación oficial y ortodoxa de la revolución, Trotsky se fue convirtiendo en su único representante no oficial y no ortodoxo. Esto no había sido precisamente así antes de 1929. La Oposición trotskista no era en ningún sentido su dominio personal, aun cuando él era su jefe más destacado. El centro directivo de la Oposición estaba compuesto por hom-

bres de mentalidad enérgica e independiente: Rakovsky, Rádek, Preobrazhensky, Smirnov, Piatakov y otros, ninguno de los cuales podría describirse como creatura de Trotsky; y los militantes de base que luchaban por la libertad dentro del Partido la preservaban dentro de los límites más reducidos de su propia facción. En la Oposición Conjunta, Zinóviev y Kámenev, aun cuando tenían conciencia de la superioridad de Trotsky, eran sumamente celosos de su propia autoridad y lo trataban a él en pie de igualdad. Trotsky no sólo no imponía sus dictados, sino que a menudo, como hemos visto, se vio estorbado en su acción contra Stalin por las concesiones que les hacía a sus partidarios o a sus aliados provisionales. Hasta 1929 la escuela de pensamiento de Bujarin representó una opción tanto frente al stalinismo como al trotskismo, opción que atraía a muchos dentro y fuera del Partido. Así, pese a la creciente concentración de poder en manos de Stalin y al conformismo cada vez mayor, las esperanzas y expectativas del bolchevismo no se centraban todavía en un solo jefe y una sola política, sino que se identificaban con varias personalidades, grupos de dirigentes y diversas actitudes y matices de actitudes.

Los acontecimientos de 1929-30 cambiaron todo esto. La escuela de pensamiento bujarinista fue destruida aun antes de que pudiera manifestarse abiertamente contra Stalin. No pudo seguir argumentando contra los hechos consumados del Gran Cambio: no pudo resistir la campaña de industrialización ni seguir poniendo sus esperanzas en el agricultor fuerte. El alfa y omega del bujarinismo había sido su acercamiento al campesinado, y esto ya carecía de sentido. Desde el momento de la desaparición del pequeño terrateniente, la Oposición de Derecha quedó sin tierra bajo sus pies. En esto residió la diferencia esencial entre la derrota de Trotsky y Zinóviev y la de Bujarin y Ríkov: para derrotar a los primeros, Stalin tuvo que robarles sus armas políticas, en tanto que los segundos tuvieron que abandonar sus armas por anticuadas. Esta fue la razón de que Bujarin, Ríkov y Tomsky, al ser expulsados del Politburó en noviembre de 1929, salieran emitiendo un gemido apenas audible, mientras que hasta Zinóviev y Kámenev habían salido en su tiempo con un grito de batalla.

La capitulación de los zinovievistas y la extinción del bujarinismo dejó al stalinismo y al trotskismo como los únicos contendientes por la lealtad de los bolcheviques. Pero ahora, en virtud de un desarrollo de los acontecimientos extrañamente paralelo aunque antitético, estas dos facciones también se estaban desintegrando, cada una a su manera: la trotskista a través de las interminables defecciones, y la stalinista a través de la duda y la confusión en su propio seno. Y así como el stalinismo victorioso se iba reduciendo a la autocracia de Stalin, el trotskismo derrotado iba identificándose con Trotsky solamente. Es cierto que aún después de todas las capitulaciones, quedaban oposicionistas impenitentes en las cárceles y colonias de deportados; y en los primeros años de la década de los treintas, cuando Rakovsky los encabezaba, sus filas se vieron reforzadas en

ocasiones por nuevos partidarios y por el regreso de algunos capituladores desilusionados. Con todo, a pesar de tales refuerzos, el trotskismo no pudo recobrar la coherencia y la confianza que había tenido hasta 1928. A lo sumo era sólo una amalgama sin cohesión de grupos fragmentarios conscientes de su aislamiento, que habían perdido la esperanza en su futuro y sin embargo persistían en su lealtad a Trotsky, a lo que éste representaba o se suponía que representaba. Todavía discutían entre sí y producían tesis y documentos polémicos; pero éstos circulaban sólo entre los muros de las prisiones. Aun antes de que el terror alcanzara el clímax de las grandes purgas, los trotskistas eran incapaces de utilizar las cárceles y los lugares de exilio como bases para la acción política en la misma forma en que los revolucionarios los habían utilizado en tiempos del zarismo: sus ideas no llegaban a la clase obrera ni a la intelectualidad. Con el transcurso de los años, su contacto con Trotsky fue haciéndose más y más tenue, hasta que en 1932 incluso su correspondencia cesó completamente. Los trotskistas no sabían ya exactamente qué postulaba él, y él no podía saber si sus opiniones coincidían con las de ellos. No le quedó otra cosa que hacer que sustituir con su propia persona a la Oposición en general; y sus partidarios no tuvieron más alternativa que reconocerlo a él, expresa o tácitamente, como su único representante y, por definición, el único representante de la revolución. Sólo su voz era ahora la voz de la Oposición; y el inmenso silencio de toda la Rusia antistalinista era ahora su caja de resonancia.

Así, contra Stalin, que era el único representante del bolchevismo en el poder, Trotsky quedó como el solitario apoderado del bolchevismo en la oposición. Su nombre, como el de Stalin, vino a convertirse en una especie de mito; pero en tanto que el de Stalin era el mito del poder auspiciado por el poder, el suyo era la leyenda de la resistencia y el martirio venerada por los mártires. Los jóvenes que en los años treintas se enfrentaban a los pelotones de fusilamiento con el grito de "¡Viva Trotsky!", a menudo no tenían sino una idea muy vaga de las ideas de éste. Se identificaban con un símbolo más bien que con un programa, el símbolo de su propia indignación contra toda la desdicha y la opresión que los rodeaba, de su propia añoranza de la gran promesa de Octubre y de sus propias esperanzas, un tanto vagas, de un "renacimiento" de la revolución.

No sólo los partidarios declarados de Trotsky y la mayoría de los capituladores veían así a éste. El sentimiento de que él representaba la única alternativa frente al stalinismo persistía incluso entre los miembros del Partido que cumplían en silencio las órdenes de Stalin, y fuera del Partido, entre los obreros politizados y la intelectualidad. Cada vez que la gente temía o sentía que Stalin la estaba llevando al borde de la catástrofe, y cada vez que su mansedumbre incluso se sentía horrorizada por algún exceso de brutalidad, sus pensamientos iban, aunque sólo fuera

momentáneamente, hacia Trotsky, de quien sabían que no había depuesto las armas y que en tierras extranjeras continuaba su solitaria lucha contra la corrupción de la revolución.

Stalin estaba aprensivamente consciente de esto; y veía a Trotsky como en otros tiempos un monarca establecido veía a un pretendiente peligroso, o como bajo el Doble y el Triple Cisma el Papa veía al anti-Papa. Fue el papel de anti-Papa el que las ironías de la historia confirieron ahora a Trotsky, el legatario del marxismo clásico, completamente refractario al desempeño de tal papel, que no podía ni quería representar. A lo largo de una década llena de los acontecimientos más trascendentales y explosivos —la transformación de la sociedad soviética, la gran depresión económica en el Occidente, el ascenso del nazismo y los primeros ruidos de la guerra que se avecinaba—, el duelo entre Stalin y Trotsky siguió ocupando el centro de la política soviética, eclipsando a menudo todas las demás cuestiones. Stalin no cejó por un momento, ni dejó cejar a sus propagandistas y policías, en la campaña antitrotskista que llevó a todas las esferas de pensamiento y actividad e intensificó año tras año y mes tras mes. El temor que le inspiraba el Pretendiente le quitaba el sueño. Buscaba constantemente a los agentes del Pretendiente, que podían estar cruzando las fronteras subrepticiamente, introduciendo sus mensajes, incitando, intrigando y movilizando para la acción. La suspicacia que llenaba la mente de Stalin trataba de leer los pensamientos ocultos que los más dóciles de sus súbditos podían albergar con relación a Trotsky; y descubría en sus pronunciamientos más innocuos, aun en las adulaciones de sus cortesanos, alusiones deliberadas y taimadas a la legitimidad de las pretensiones de Trotsky. Mientras más grande parecía y más enérgicamente hablaba el propio Stalin y mientras más abyectamente se arrastraban ante él los antiguos partidarios de Trotsky, más delirante se hacía su obsesión con éste y más incansablemente trabajaba para que toda la Unión Soviética compartiera su obsesión. El frenesí con que llevó adelante la disputa, convirtiéndola en la preocupación capital del comunismo internacional tanto como de la Unión Soviética, y supeditando a ella todos los intereses políticos, tácticos, intelectuales y de otro género, supera toda descripción: apenas existe en toda la historia otro caso en que recursos tan inmensos de poder y propaganda hayan sido empleados contra un solo individuo.

Mórbida y todo como era la obsesión, tenía una base en la realidad. Stalin no había conquistado el poder de una vez por todas; tenía que reconquistarlo una y otra vez. Su éxito no debe oscurecer el hecho de que hasta el fin de las Grandes Purgas, cuando menos, su supremacía no alcanzó a consolidarse. Mientras más alto ascendía, mayor era el vacío que lo rodeaba y más numerosa era la masa de quienes tenían razones para temerlo y odiarlo y a quienes él temía y odiaba. Stalin veía que las viejas divisiones entre sus adversarios, las diferencias entre los bolchevi-

ques de derecha y los de izquierda, se borraban y se esfumaban; y de esa suerte le inspiraban temor aquellas "conspiraciones derechistas-izquierdistas" y aquellos "bloques trotskistas-bujarinistas" que su policía tenía que descubrir o inventar una y otra vez, y cuyos factores causantes eran efectivamente inherentes a la situación. Por último, su ascendiente sobre su propia facción convertía incluso a viejos stalinistas auténticos en aliados potenciales de los trotskistas, zinovievistas y bujarinistas. Elevado por encima de todo el partido bolchevique, Stalin veía, no sin razón, a todo el partido como una coalición potencial contra él; y tenía que utilizar cada gramo de su fuerza y su astucia para impedir que lo potencial se volviera real. Sabía que si esa coalición alguna vez se materializaba, Trotsky sería su jefe sin rival. Habiendo postrado ante sí a los jefes de todas las oposiciones, él mismo trabajaba inconscientemente para exaltar la excepcional autoridad moral de Trotsky. Tenía que hacer, pues, todo lo posible, y mucho más aún, para destruir esa autoridad. Recurrió a medios cada vez más drásticos y a calumnias cada vez más absurdas; pero sus esfuerzos eran contraproducentes. Mientras más estentóreamente denunciaba a su adversario como el principal o único instigador de toda herejía y oposición, más vigorosamente canalizaba todos los mudos sentimientos antistalinistas que ya colmaban a la Rusia bolchevique hacia la remota pero gigantesca figura del desterrado.

CAPÍTULO II
RAZÓN Y SINRAZÓN

Durante toda la década de los treintas la mente de Trotsky batalló con la marea de irracionalidad que inundaba la política mundial. Con todo, algunos de sus seguidores rusos temían que, aun cuando sus críticas a la política de Stalin eran justificadas e incluso irrefutables, él de un modo u otro dejaba de tomar en cuenta el elemento irracional en la situación de la Unión Soviética.[1] Había sido él mismo quien, en una controversia con Bertrand Russell unos años antes, había sostenido que era imposible "trazar de antemano el camino revolucionario en una forma racionalista" y que "la revolución es una expresión de la imposibilidad de reconstruir la sociedad clasista por medio de métodos racionalistas".[2] Ahora resultaba que era imposible reconstruir la sociedad con tales métodos incluso después de la revolución, bajo un sistema que había renunciado a las ventajas del capitalismo, pero que aún no podía valerse de las ventajas del socialismo. La mayor parte, si no la totalidad, de los factores que determinaban la irracionalidad de la sociedad clasista —conflictos básicos de intereses, el fetichismo de la mercancía y el dinero, la insuficiencia o la ausencia de control social sobre las fuerzas productivas— seguían operando intensamente todavía en la Unión Soviética. La aspiración bolchevique de industrializar y educar a Rusia, de construir una economía planificada y de dominar el caos social, se contagió ella misma con la irracionalidad del medio ambiente al que estaba limitada. Esta situación, aunque podía ser explicada teóricamente e incluso pronosticada, daba lugar a absurdos tan monstruosos que la mente analítica y dialéctica se sentía a veces desconcertada en sus intentos de discenir entre la razón y la sinrazón.

En el Occidente, éstos fueron los años de la Gran Depresión; y el historial de locura y crimen de la historia se vio aumentado súbitamente por el ascenso y triunfo del nazismo. En una u otra forma, el triunfo del nazismo es el hecho que con mayor fuerza gravitará de ahora en adelante sobre la vida de nuestro protagonista. Sin adelantarnos demasiado a la narración, puede decirse aquí que el intento de Trotsky de hacer ver a la clase obrera alemana el peligro que la amenazaba fue el más importante de sus actos políticos en el exilio. Como nadie, y mucho antes que nadie, él comprendió el delirio destructivo con que el nacional-socialismo habría de

[1] *B. O.*, núm. 11, 1930.
[2] *El profeta desarmado*, p. 211.

estallar sobre el mundo. Sus comentarios sobre la situación alemana, escritos entre 1920 y 1933, los años inmediatamente anteriores al ascenso de Hitler al poder, se destacan como un sereno análisis y pronóstico clínico de aquel tremendo fenómeno de psicopatología social y de sus consecuencias para el movimiento obrero internacional, para la Unión Soviética y para el mundo. Lo que subraya más aún la insania política de los tiempos es la extrema despreocupación por el futuro y la virulenta hostilidad con que los hombres responsables del destino del comunismo y el socialismo alemanes reaccionaron frente a la alarma que Trotsky dio desde su refugio de Prinkipo durante aquellos tres años decisivos. Una narración histórica difícilmente puede describir cabalmente la oleada de calumnias y escarnios con que fueron recibidas sus advertencias. Trotsky representó en efecto el instinto de conservación del movimiento obrero contra el movimiento mismo, que parecía empeñado en su propia destrucción. Tuvo que presenciar la capitulación de la Tercera Internacional ante Hitler como presencia un padre el suicidio de un hijo pródigo y abúlico: con temor, vergüenza y cólera, sin poder olvidar que él había sido uno de los padres de la Internacional.

Y en la irrupción que la insania de la época hizo incluso en el propio círculo familiar de Trotsky se puso de manifiesto la extravagante crueldad del destino.

Sólo unos cuantos meses habían transcurrido desde el comienzo de la crisis económica mundial, el pánico de Wall Street en octubre de 1929, cuando todo el edificio de la República de Weimar se vino abajo. La Gran Depresión había golpeado a Alemania con fuerza devastadora y arrojado al desempleo a seis millones de trabajadores. En marzo de 1930 Hermann Müller, el Canciller socialdemócrata, se vio obligado a renunciar: la coalición socialista-católica en que se había apoyado su gobierno quedó deshecha. Los integrantes de la coalición no pudieron ponerse de acuerdo sobre la continuación o la reducción del subsidio que su gobierno pagaba a los desempleados. El mariscal de campo Hindenburg, reliquia y símbolo del Imperio de los Hohenzollern, ahora Presidente de la República, disolvió el Parlamento y nombró *Reichskanzler* a Heinrich Brüning. Brüning gobernó por decreto, instauró una política rígidamente "deflacionaria", redujo las erogaciones del seguro social, despidió empleados gubernamentales en masa, redujo los sueldos y salarios y abrumó a los pequeños comerciantes con impuestos, agravando así la angustia y la desesperación de todos. En las elecciones celebradas el 14 de septiembre de 1930, el partido de Hitler, que sólo había obtenido 800 000 votos en 1928, sacó ahora seis millones y medio de votos, convirtiéndose, del más pequeño de los partidos representados en el Reichstag, en el segundo. El Partido Comunista también aumentó su votación de unos tres millones a más de cuatro y me-

dio. Los socialdemócratas, que durante varios años habían gobernado la República de Weimar, sufrieron pérdidas; y lo mismo sucedió con el Deutschnazionale y los demás partidos de la derecha tradicional. Las elecciones revelaron la inestabilidad y la crisis aguda de la democracia parlamentaria.

Los dirigentes de la República de Weimar se negaron a tomar nota de los malos presagios. Los conservadores contemplaron el surgimiento del movimiento nazi con sentimientos encontrados: desconcertados por sus propias pérdidas y por la violencia del nazismo, sentíanse sin embargo reconfortados por el ascenso de un gran partido que les hacía la guerra implacablemente a todas las organizaciones de la clase obrera; y abrigaban la esperanza de encontrar en el nazismo un aliado contra la izquierda y posiblemente un socio menor en el gobierno. Los socialdemócratas, atemorizados por las amenazas de Hitler —que recorría el país proclamando que "las cabezas de los marxistas y los judíos pronto rodarán por la arena"— decidieron "tolerar" el gobierno de Brüning como "el mal menor". El Partido Comunista, entusiasmado por el aumento de su votación, tomó a la ligera el enorme incremento de la de Hitler. Al día siguiente de las elecciones, el *Rote Fahne,* que era entonces el periódico comunista más importante de Europa, declaró: "Ayer fue el 'gran día' de Herr Hitler, pero la llamada victoria electoral de los nazis es sólo el comienzo de su fin." "El 14 de septiembre [repitió *Rote Fahne,* pocas semanas después] marcó el auge del movimiento nacional-socialista en Alemania; a continuación sólo pueden venir el reflujo y la decadencia."

Varios meses más tarde, después que los pueblos y ciudades de Alemania habían conocido por primera vez el terror de los grupos de asalto de Hitler, Ernst Thaelmann, el jefe del Partido Comunista, declaró ante el Ejecutivo de la Comintern en Moscú; "Después del 14 de septiembre, a raíz del éxito sensacional de los nacional-socialistas, sus partidarios en toda Alemania esperaron grandes cosas de ellos. Nosotros, sin embargo, no nos dejamos confundir por el pánico que se manifestó . . . en la clase obrera, cuando menos entre los seguidores del Partido Socialdemócrata. Afirmamos serena y seriamente que el 14 de septiembre fue en cierto sentido el mejor día de Hitler, después del cual no podía haber días mejores, sino sólo días peores." El Ejecutivo de la Comintern aprobó esta opinión, felicitó a Thaelmann y confirmó su política del Tercer Periodo que comprometía al Partido Comunista a rechazar la idea de cualquier coalición socialista-comunista contra el nazismo y lo obligaba a "concentrar el fuego sobre los social-fascistas".[3]

[3] La sesión del Ejecutivo de la Comintern tuvo lugar en abril de 1931. Manuilsky fue el informante sobre la situación internacional. Expuso la política del Tercer Periodo con un vigor tan exento de inhibiciones que sólo sirvió para subrayar su naturaleza absurda. Véase *Kommunistische Internationale,* núms. 17-18, 1931.

Sabemos que ya en 1929 Trotsky había sometido esa política a una severa crítica. En marzo de 1930, seis meses antes de las decisivas elecciones, repitió esas críticas en una "Carta Abierta" al Partido Comunista soviético, en la que se refería una vez más a la fuerza creciente del fascismo en toda Europa, pero especialmente en Alemania, e insistía en la necesidad de la acción conjunta socialista-comunista.[4] No bien se conocieron los resultados de las elecciones de septiembre, Trotsky los comentó en un panfleto especial que se tomó el cuidado de publicar en varios idiomas europeos. "La primera cualidad de un partido verdaderamente revolucionario es su capacidad de enfrentarse a las realidades", escribió, rechazando las autocongratulaciones de la Comintern y señalando que la ganancia de más de un millón de votos por los comunistas era casi insignificante comparada con la ganancia nazi de casi seis millones. La "radicalización de las masas" de que alardeaba la Comintern había beneficiado más bien a la contrarrevolución que a la revolución. Lo que explicaba el "gigantesco" incremento del nazismo era "una profunda crisis social" que había alterado el equilibrio mental de las bajas clases medias, y la incapacidad del Partido Comunista para enfrentarse a los problemas planteados por esa crisis. Si el comunismo expresaba las esperanzas revolucionarias del obrero, el nazismo representaba la desesperanza del pequeño burgués. Cuando el partido de la revolución socialista va en ascenso, arrastra consigo no sólo a la clase obrera, sino también a amplios sectores de la baja clase media. En Alemania, sin embargo, estaba sucediendo lo contrario: el partido de la desesperanza contrarrevolucionaria había capturado a la baja clase media y a estratos considerables de la clase obrera también. Los analizadores de la Comintern se consolaban con la idea de que el nazismo era tan sólo una consecuencia remota de la crisis de 1923 y de las tensiones sociales subsiguientes. Trotsky argumentaba que, lejos de representar una reacción retardada a cualquier crisis del pasado, el nazismo movilizaba fuerzas para una crisis futura; y que "el hecho de que el fascismo haya sido capaz de ocupar una posición de partida tan fuerte en vísperas de un periodo revolucionario, y no al final de éste, es una fuente de debilidad para el comunismo, no para el fascismo". Concluía diciendo que, "pese al éxito parlamentario del Partido Comunista, la revolución proletaria... ha sufrido una grave derrota... una derrota que puede llegar a ser decisiva".[5]

En este folleto Trotsky delineó ya un análisis del nacional-socialismo que habría de desarrollar más adelante en una serie de libros y artículos. Transcurridos treinta años, algunas de sus ideas pueden parecer verdades

[4] *B. O.*, núm. 10, abril de 1930. Véase también su devastador ataque contra "El Tercer Periodo de los errores de la Comintern", publicado en *Vérité, Permanente Revolution, The Militant* y otros periódicos trotskistas en enero y febrero de 1930.

[5] L. Trotsky, *Ecrits*, vol. III, pp. 25-46. *The Archives.*

evidentes; pero todas fueron herejías cuando él las postuló. En lo fundamental, su visión del nazismo ha conservado frescura y originalidad; sigue siendo el único análisis coherente y realista del nacional-socialismo (o del fascismo en general) que puede encontrarse en la literatura marxista. No estará fuera de lugar, por consiguiente, resumir su visión, que él mismo desarrolló principalmente en forma polémica, en el contexto de un debate sobre las tácticas comunistas.[6]

El meollo de la concepción de Trotsky reside en su descripción del nacional-socialismo como "el partido de la desesperanza contrarrevolucionaria". Trotsky veía al nacional-socialismo como el movimiento y la ideología del *wildgewordene Kleinbürger*, el pequeño burgués enfurecido. Eso lo distinguía de todos los otros partidos reaccionarios y contrarrevolucionarios. Las fuerzas de la reacción convencional operaban usualmente desde arriba, desde la cúspide de la pirámide social, para defender la autoridad establecida. El fascismo y el nacional-socialismo eran contrarrevoluciones desde abajo, movimientos plebeyos que se alzaban desde las profundidades de la sociedad. Expresaban el vehemente afán de la baja clase media por imponerse al resto de la sociedad. Habitualmente reprimido, ese afán se vuelve agresivo en una catástrofe nacional a la que no pueden enfrentarse la autoridad establecida y los partidos tradicionales. Durante la "prosperidad" de los años veintes, el partido de Hitler se había encontrado en la periferia lunática de la política alemana. La crisis económica de 1929 lo colocó en primer plano. La gran masa de tenderos y oficinistas habían seguido hasta entonces a los partidos burgueses tradicionales y se habían considerado a sí mismos como puntales de la democracia parlamentaria. Ahora desertaron de esos partidos y siguieron a Hitler, porque la súbita ruina económica los llenaba de inseguridad y temor y espoleaba su afán de hacerse tomar en cuenta.

El *Kleinbürger* normalmente resentía su posición social: miraba desde abajo, con envidia y odio, al gran empresario que con tanta frecuencia lo aplastaba en la competencia; y miraba desde arriba a los obreros, celoso de la capacidad de éstos para organizarse política y sindicalmente a fin de defender su interés colectivo. Marx describió una vez lo que en junio de 1848 llevó a la pequeña burguesía francesa a volverse furiosamente contra los obreros insurrectos de París: los tenderos, dijo, vieron que las barricadas de los obreros en las calles impedían el acceso a sus tiendas, de modo que salieron y destrozaron las barricadas. Los tenderos alemanes de los primeros años treintas de este siglo no tenían una razón semejante para enfurecerse: en las calles no había barricadas que

[6] Sus trabajos más importantes sobre este asunto son: *Nemétskaya Revolutsia i Stálinskaya Burokratiya* (publicado bajo el título de *Was Nun?* en alemán y de *What Next?* en inglés) y *Edínstvenni Put (Der einzige Weg)*, ensayos y artículos en el *B. O.* y otros periódicos trotskistas. *Ecrits*, vol. III.

impidieran el acceso a sus tiendas. Pero ellos estaban arruinados económicamente; tenían motivos para culpar a la República de Weimar, a cuya cabeza habían visto durante años a los socialdemócratas; y le temían a la amenaza del comunismo, que aun cuando no se materializara, o tal vez porque no se materializaba, mantenía a la sociedad en fermento y agitación permanentes. Los grandes negocios, las finanzas judías, la democracia parlamentaria, los gobiernos socialdemócratas, el comunismo y el marxismo en general se fundían ante los ojos del *Kleinbürger* en la imagen de un monstruo de muchas cabezas que lo estrangulaba: todos estaban coludidos en una siniestra conspiración que era la causa de su ruina. Frente a los grandes negocios, el hombre pequeño rabiaba como si fuera un socialista; contra el obrero manifestaba con estridencia su respetabilidad burguesa, el horror que le inspiraba la lucha de clases, su furibundo orgullo nacionalista y su aborrecimiento por el internacionalismo marxista. Esta neurosis política de millones de ciudadanos empobrecidos le dio al nacional-socialismo su fuerza y su ímpetu. Hitler era el hombre pequeño agigantado, el hombre pequeño con todas estas obsesiones, prejuicios y furia neuróticos. "No todo *Kleinbürger* enfurecido puede llegar a ser un Hitler", dijo Trotsky, "pero en cada *Kleinbürger* enfurecido hay algo de Hitler".

Con todo, la baja clase media era normalmente "polvo humano". Carecía de la capacidad del obrero para organizarse, pues era inherentemente amorfa y atomizada; y, pese a sus jactancias y amenazas, era cobarde dondequiera que tropezaba con verdadera resistencia. Así lo demostraba todo el historial de las luchas de clases en Europa y la Revolución Rusa. La pequeña burguesía no podía desempeñar ya ningún papel independiente: en última instancia tenía que seguir a la alta burguesía o a la clase obrera. Su rebelión contra los grandes negocios era impotente: el artesano y el tendero no podían derrotar a las oligarquías capitalistas monopolistas. El nacional-socialismo en el poder no podría, por lo tanto, cumplir ninguna de sus promesas "socialistas". Se revelaría como una fuerza esencialmente conservadora, trataría de perpetuar el capitalismo, aplastaría a la clase obrera y aceleraría la ruina de la misma baja clase media que lo habría llevado al poder. Pero mientras tanto la baja clase media y su periferia lumpenproletaria se agitaban febrilmente y su imaginación se inflamaba con el sueño de la supremacía social y política que Hitler habría de darles.

Este "polvo humano", argumentaba Trotsky, se siente atraído por el imán del poder. Sigue en cualquier lucha al bando que muestre la mayor determinación de vencer, la mayor audacia y la capacidad de enfrentarse a una catástrofe como la Gran Depresión. Esa fue la razón de que en Rusia el bolchevismo, al asumir el liderato de la clase obrera en 1917, arrastrara también, en los momentos decisivos, a la gran masa vacilante y dispersa del campesinado e incluso de la pequeña burguesía urbana.

De manera similar, la clase obrera alemana aún podría atraerse a las multitudes de las bajas clases medias si éstas sentían su fuerza y su determinación de vencer; es decir, si las líneas políticas socialistas y comunistas no carecían de dirección y propósito. Las ambiciones infladas del *Kleinbürger* y la fuerza del nazismo se originaban en la debilidad de la clase obrera. Los dirigentes socialdemócratas trataban de congraciarse con las clases medias, tanto la baja como la alta, primero actuando bajo la República de Weimar como administradores del Estado burgués, después sometiéndose dócilmente al régimen de Brüning, y en todo momento defendiendo el *status quo* político. Sin embargo, contra lo que se rebelaban las bajas clases medias era precisamente la República de Weimar y su secuela de Brüning y el *status quo*. La política socialdemócrata contribuía decisivamente, por lo tanto, al peligroso distanciamiento entre la clase obrera organizada y la pequeña burguesía, el alejamiento que tanto beneficiaba al nazismo. Los socialdemócratas continuaron predicando la moderación y la prudencia cuando la moderación y la prudencia estaban en bancarrota; y continuaron defendiendo el *status quo* cuando éste se había hecho tan insoportable que las masas preferían casi cualquier otra cosa, incluso el abismo al que Hitler las estaba precipitando.

Al adoptar esta conducta de avestruz, los socialdemócratas eran fieles a su carácter. Tanto mayor, señalaba Trotsky, era entonces la responsabilidad del Partido Comunista. Empero, sus dirigentes no tenían conciencia de la magnitud y la naturaleza del peligro. Con falso ultrarradicalismo se negaban a establecer ninguna distinción entre el fascismo y la democracia burguesa. Sostenían que, puesto que el capitalismo monopolista estaba empeñado en fascistizar a la democracia burguesa, todos los partidos que figuraban en el campo del capitalismo estaban condenados a sufrir este proceso. Así, pues, todos los gatos eran pardos: Hitler era un fascista, pero también lo eran los jefes de los partidos burgueses tradicionales, tanto los derechistas como los centristas; también lo era particularmente Brüning, que ya gobernaba por decreto; y más aún lo eran los socialdemócratas, que formaban el "ala izquierda del fascismo". Esto no era un simple abuso de la invectiva política, pues en su base se encontraba una orientación política errónea y una estrategia falsa. Los propagandistas comunistas proclamaban una y otra vez que "Alemania vivía ya bajo el régimen fascista" y que "Hitler no podía hacer que las cosas fueran peores de lo que eran bajo Brüning, el Canciller del Hambre".[7]

[7] Durante todo 1931 (y la primera mitad de 1932) estos profundos diagnósticos y pronósticos figuraron casi diariamente en *Rote Fahne* y fueron aprobados oficialmente por la *Internationale Presse Korrespondenz* y la *Kommunistische Internationale* (véase también *XI Plenum IKKI* y *Kommunisticheskii Internatsional*, 1932, núms. 27-30). No sólo Mólotov, Manuilsky, Piatnitski y otros dirigentes rusos, sino portavoces del comunismo europeo como Togliatti (Ercoli), Thorez, Cachin, Lenski, Kuusinen y otros se aseguraron cumplidamente a sí mismos y a sus seguidores que

Pero, replicaba Trotsky, al proclamar que el fascismo se había impuesto ya, los comunistas de hecho daban por perdida la batalla antes de que ésta hubiera comenzado; en todo caso, al decirles a las masas que Hitler no sería peor que Brüning, las desarmaban moralmente frente a Hitler. Y para un partido obrero era una locura negar o hacer borrosa la distinción entre el fascismo y la democracia burguesa. Cierto era que uno y otra eran "sólo" formas y métodos diferentes del régimen capitalista; pero, dadas las circunstancias, la diferencia de forma y método tenía una importancia capital. En una democracia parlamentaria, la burguesía mantenía su dominio por medio de una amplia transacción social con la clase obrera, transacción que exigía una negociación constante y presuponía la existencia de organizaciones proletarias autónomas, partidos políticos y sindicatos. Desde el punto de vista del marxista revolucionario, estas organizaciones formaban "islas de democracia proletaria dentro de la democracia burguesa", bastiones y baluartes desde los cuales los obreros podían luchar contra el régimen burgués en general. El fascismo significaba el fin de la transacción social y de la negociación entre las clases; no tenía ninguna necesidad de los canales que habían hecho factible la negociación; y no podía tolerar la existencia de ninguna organización autónoma de la clase obrera. Extrayendo una enseñanza de la evolución del fascismo italiano y, sin duda, razonando también a partir de la experiencia del sistema unipartidista bolchevique, Trotsky describió vigorosamente de antemano el monopolio totalitario del poder por Hitler, bajo el cual no habría lugar para partidos obreros y sindicatos independientes. Esta sola razón bastaba para obligar a los marxistas y a los leninistas a defender la democracia burguesa, o más bien las "islas de democracia proletaria dentro de ella", contra el ataque fascista. Al decir que los socialdemócratas formaban "el ala izquierda del fascismo" y que tarde o temprano "llegarían a un acuerdo con los nazis", la propaganda stalinista pasaba por alto la imposibilidad objetiva de tal acuerdo.[8] (Debe añadirse que los dirigentes socialdemócratas también abrigaban esta ilusión; en 1933 hicieron efectivamente un intento suicida de lograr un acomodo con Hitler.)[9] Trotsky no tenía dudas de que Hitler destruiría todo vestigio del movimiento obrero, tanto del reformista como del comunista. Su pronóstico se desprendía de la idea de que el nacional-socialismo sólo podía tener por finalidad la atomización completa de la sociedad alemana.

el único camino a la salvación era aquél por el que Thaelmann conducía al Partido alemán.

[8] Trotsky, *What Next?*, Prefacio y capítulos I-II, *Ecrits*, vol. III, pp. 109-113.

[9] Otto Wels, el líder de los socialdemócratas en el Reichstag, utilizó una de sus últimas oportunidades para hablar desde la tribuna parlamentaria a fin de proclamar la disposición de su partido a apoyar al gobierno de Hitler en el campo de la política exterior. A ese precio esperaba salvar a su partido de la destrucción por los nazis; pero Hitler no aceptó la oferta.

Era incorrecto, pues, considerar al régimen de Brüning como un régimen fascista, aun cuando marcara el fin virtual de la amplia transacción entre el capital y el trabajo en que se había basado la República de Weimar. Brüning era incapaz de aplastar al movimiento obrero (e incapaz también de resistir efectivamente al nacional-socialismo). Aparte el apoyo vacilante del Partido Católico del centro y la "tolerancia" socialdemócrata, sólo podía contar con los recursos normales de las instituciones burocráticas. Con estos recursos solamente no podía suprimir a la clase obrera organizada, de suerte que la estructura política seguía siendo la misma que bajo la República de Weimar. Sólo la fuerza dinámica del nacional-socialismo podía pulverizarla. El colapso de la transacción entre las clases había preparado el escenario para una guerra civil en la que el nazismo y el movimiento obrero en su conjunto serían los verdaderos antagonistas. El régimen de Brüning era "como una pelota en la cúspide de una pirámide": se apoyaba en un precario equilibrio entre dos campos opuestos. Mientras tanto, los nazis reclutaban millones de partidarios, atizaban la histeria y reunían una enorme fuerza de ataque, en tanto que los socialistas y los comunistas por igual marcaban un compás de espera y saboteaban virtualmente la movilización de su propia fuerza.

Unas cuantas citas servirán para ilustrar en parte la urgencia, e incluso la exasperación, con que Trotsky argumentaba:

> El régimen de Brüning es un preludio pasajero y efímero de la catástrofe... Los sabelotodo que pretenden no ver ninguna diferencia entre Brüning y Hitler, dicen en realidad que da lo mismo que nuestras organizaciones existan o que ya estén destruidas. Debajo de esta verbosidad seudorradical se oculta la pasividad más sórdida... Todo obrero pensante... debe estar consciente de esto y no debe dejarse engañar por la hueca y putrefacta charlatanería que... identifica a Hitler y Brüning como una misma cosa. ¡Os equivocáis!, replicamos nosotros. Os equivocáis vergonzosamente porque teméis a las dificultades que depara el futuro, porque os aterrorizan los grandes problemas a que os enfrentáis. Deponéis las armas antes de que la lucha comience, proclamáis que ya hemos sido derrotados. ¡Estáis mintiendo! La clase obrera está dividida... debilitada... pero aún no está aniquilada. Sus fuerzas todavía no están agotadas. El régimen de Brüning es un régimen de transición. ¿De transición a qué? O a la victoria del fascismo o a la victoria de la clase obrera... los dos campos sólo se están preparando para la batalla decisiva. Si se identifica a Brüning con Hitler, se identifica la situación anterior a la batalla con la situación posterior a la derrota; se admite la derrota de antemano; se exhorta en efecto a la capitulación sin dar la batalla. La abrumadora mayoría de los obreros, de los comunistas en particular, no quiere tal cosa. La burocracia stalinista tampoco la quiere. Pero no debemos tomar en cuen-

ta sus buenas intenciones, con las que Hitler empedrará el camino hacia su infierno... Debemos denunciar hasta el fin el carácter pasivo, tímidamente vacilante, derrotista y declamatorio de la política de Stalin, Manuilsky, Thaelmann y Remmele. Debemos hacer ver a los obreros revolucionarios que el Partido Comunista todavía tiene la clave de la situación, pero que la burocracia stalinista intenta cerrar con su llave las puertas de la acción revolucionaria.[10]

Los dirigentes socialdemócratas prometían lanzar una "gran ofensiva" en el momento en que Hitler intentara tomar el poder; mientras tanto, pedían calma y moderación a los obreros. Los stalinistas se jactaban de que si Hitler tomaba el poder los obreros lo barrerían. Un importante parlamentario comunista, Remmele, dijo en el Reichstag: "Que Hitler tome el poder; pronto quedará en bancarrota y entonces será nuestro día." A esto replicó Trotsky:

La gran ofensiva debe lanzarse antes de que Brüning sea reemplazado por Hitler, antes de que las organizaciones obreras sean aplastadas... Es una infamia prometer que los obreros barrerán a Hitler una vez que éste haya tomado el poder. Eso prepara el camino para el triunfo de Hitler... Si la clase obrera alemana... permitiera que el fascismo tomara el poder, si diera muestras de una ceguera y una pasividad tan fatales, no habría razón alguna para suponer que, después de la toma del poder por los fascistas, esa misma clase obrera despertaría inmediatamente de su letargo y los barrería. Nada parecido ha sucedido en Italia [después del triunfo de Mussolini]. Remmele razona exactamente de la misma manera que aquellos discurseadores pequeño-burgueses de Francia que [en 1850-51] estaban convencidos de que si Louis Bonaparte se colocaba por encima de la República, el pueblo se alzaría... El pueblo, sin embargo, que permitió que el aventurero tomara el poder, demostró claramente ser incapaz de barrerlo del poder posteriormente... terremotos históricos y una guerra tuvieron que ocurrir antes de que fuera derrocado. [De la misma manera exactamente habría de terminar este tipo de "lucha" contra Hitler, a cuyo lado Mussolini y Napoleón III aparecerían como "benignos y casi humanitarios farmacéuticos de pueblo"]. "Nosotros somos los vencedores de mañana", alardea Remmele en el Reichstag. "No nos asusta que Hitler asuma el poder". Esto significa que la victoria de mañana será la de Hitler, no la de Remmele. Y entonces más valdría que os grabarais esto en las narices: la victoria de los comunistas no vendrá tan pronto. "No nos asusta" que Hitler asuma el poder: ¿qué es esto si no la fórmula de la cobardía vuelta al revés? "Nosotros" no nos consideramos capaces de impedir que Hitler

10 Trotsky, *What Next?*, pp. 38-39; *Ecrits*, vol. III, pp. 129-130.

asuma el poder; peor aún: Nosotros, los burócratas, hemos degenerado hasta tal punto que no nos atrevemos a pensar seriamente en combatir a Hitler. Por lo tanto "no nos asustamos". ¿De qué no os asustáis: de luchar contra Hitler? Oh, no... a ellos no los asusta la victoria de Hitler. No les asusta negarse a luchar. No les asusta confesar su propia cobardía. ¡Vergüenza![11]

Dando la alarma cuando todavía era tiempo de darla, Trotsky esperaba que los socialistas y los comunistas se pusieran en pie de lucha. Su situación distaba de ser irremediable, pero se deterioraba rápidamente; y lo que él pedía no era menos que la preparación para la guerra civil y la disposición a librarla. A los socialdemócratas que predicaban la moderación y a los stalinistas que desafiaban a Hitler a que tomara el poder, su llamado les pareció una provocación irresponsable y malévola o, en el mejor de los casos, el delirio de un Quijote. Los acontecimientos habrían de probar con lujo de crueldad de qué lado estaban la irresponsabilidad, la malevolencia y el quijotismo. Habrían de demostrar que, de todas las vías de acción que tenía ante sí la izquierda alemana, la guerra civil que habría impedido el ascenso de Hitler al poder era de hecho la menos arriesgada y, en efecto, la única que podría haberle ahorrado a Alemania y al mundo los terrores del Tercer Reich y los cataclismos de la guerra mundial. Al comenzar su campaña Trotsky estaba convencido de que una izquierda unida aún podría derrotar a los nazis casi sin combatir, del mismo modo que los bolcheviques y los mencheviques habían derrotado a Kornílov en agosto de 1917, un ejemplo que él evocó con frecuencia. Trotsky argumentó que una demostración de fuerza socialista-comunista aún podría disolver la masa de seguidores de Hitler, aquel "polvo humano" que había adquirido la fuerza de un alud sólo porque se movía en un vacío político y no encontraba ninguna resistencia coherente. Lo que favorecía a la izquierda hasta cierto punto era también el hecho de que la derecha tradicional no había hecho todavía causa común con Hitler, aun cuando algunos potentados de la industria y la banca alemanas lo apoyaban ya. En cuidadosos exámenes de todas las circunstancias estratégicas y tácticas, Trotsky analizaba las actitudes ambiguas de las oligarquías capitalistas, los Junkers, el ejército, el Stahlhelm y la policía, todos los cuales estaban desgarrados entre su deseo de utilizar al nazismo y el temor que éste les inspiraba, entre su esperanza de aplastar al movimiento obrero con las manos de Hitler y la aprensión de que éste pudiera lanzar a Alemania a una guerra civil cuyo resultado no podía preverse. Hindenburg, los magnates industriales y la oficialidad del ejército estaban todavía indecisos: de ahí las disputas y las desavenencias entre ellos y los nazis. Hacía falta la acción socialista-comunista vigorosa

[11] Trotsky, *What Next?*, pp. 60-62; *Ecrits*, vol. III, pp. 143-145.

para aumentar más aún la indecisión, para agrandar ante los ojos de todos los dirigentes conservadores los riesgos que implicaba su apoyo a Hitler, para profundizar sus vacilaciones y divisiones, y para neutralizar cuando menos a algunos de ellos. La desorientación y la inacción en la izquierda, al reducir los riesgos, sólo arrojaría a la gran burguesía, al ejército y a Hindenburg en brazos de los nazis.

Un "frente unido" de socialistas y comunistas aún podría transformar todo el panorama político. La misma amenaza mortal pendía ahora sobre ambos partidos, aun cuando ninguno de los dos tuviera conciencia de ella. Esto de por sí debería haber sido suficiente para hacerlos unir sus fuerzas. La sola idea, por supuesto, resultaba repugnante para los jefes socialdemócratas. El anticomunismo había sido el fundamento de su política desde 1918 y la causa de que se hubiesen aferrado al "mal menor" de Hindenburg-cum-Brüning en lugar de aliarse con el comunismo contra Hitler. Una y otra vez Trotsky mostró cómo, al aferrarse al mal menor, ellos no hacían más que abrirle la puerta al mal mayor del nazismo. Pero esto era para él una razón adicional para que los comunistas hubieran hecho del frente unido la cuestión central de toda la política obrera. No lo hacían porque estaban enredados en la línea del "Tercer Periodo" de la Comintern. El Partido Comunista no podía ni siquiera intentar abrir los ojos de los millones de obreros socialdemócratas al peligro que los amenazaba a todos cuando sus propios dirigentes eran ciegos ante ese peligro; y la prohibición de un acuerdo con el Partido Socialdemócrata, dictada por Moscú, no permitía el acercamiento efectivo de los comunistas a ese partido. La diaria vituperación stalinista contra los "social-fascistas" ahondaba incesantemente la división de la clase obrera, daba a los jefes socialdemócratas una excusa plausible para su anticomunismo y les hacía tanto más fácil seguir su política desastrosa. Sólo un llamado comunista, genuino y convincente, a la conciencia y a los intereses socialdemócratas por igual, un llamado repetido infatigablemente en los oídos de toda la clase obrera, podía haber destruido las barreras que separaban a los dos partidos.

El frente unido formado por ellos habría tenido que ser, no un juego diplomático o parlamentario con cordialidades huecas e insinceras, al estilo del Comité-Soviético de 1924-26 (o, bien podríamos añadir, del Frente Popular de 1936-38), sino la preparación y la organización conjuntas para el combate común. Los dos partidos y sus sindicatos tendrían que "marchar separados pero golpear unidos" y ponerse de acuerdo entre sí sobre "cómo golpear, a quién golpear y cuándo golpear". Para ello no tenían que renunciar a ninguno de sus principios ni buscar ningún reacomodo ideológico. Los comunistas nunca debían olvidar que los socialdemócratas sólo podían ser, en el mejor de los casos, sus "aliados provisionales e inciertos", que siempre verían con temor la acción extraparla-

mentaria y podrían abandonar la lucha en su momento más crítico. Con todo, los comunistas tenían el deber de impulsarlos a la acción. Si los socialdemócratas cedían a la presión, tanto mejor; si no, millones de sus seguidores verían cuando menos cuál era la posición de cada partido y estarían más dispuestos a responder a un llamado puramente comunista a la acción. Ya en 1930-31 difícilmente pasaba un día sin que se produjeran encuentros aislados pero sangrientos entre los obreros y los grupos de asalto nazis; pero en esos encuentros la militancia de los obreros se malgastaba sin ningún propósito definido. Sólo esporádicamente se ponían de acuerdo los socialistas y los comunistas para rechazar conjuntamente un ataque nazi. Comentando uno de esos casos, Trotsky exclamó: "¡Oh, jefes supremos! ¡Oh, siete veces sabios de la estrategia! ¡Aprended de esos obreros... haced lo que hacen ellos! Hacedlo en mayor escala, en escala nacional." Durante el transcurso de 1931 los grupos de asalto de Hitler aumentaron de 100 000 a 400 000 miembros. Trotsky instó a la izquierda alemana a formar sus propias milicias antinazis y a concertar la defensa mutua de los locales de sus partidos, de los comités de fábrica, sindicatos, etc. Con las Guardias Rojas rusas en mente, escribió: "Cada fábrica debe convertirse en un baluarte antifascista, con sus propios comandantes y sus propios batallones. Es necesario trabajar con un mapa de los cuarteles y los bastiones fascistas en cada ciudad y en cada distrito. Los fascistas están tratando de cercar los bastiones proletarios. Los cercadores deben ser cercados." [12]

Los jefes del movimiento obrero alemán no podían obligarse a pensar y actuar en términos de una guerra civil, en parte porque Hitler, a medida que avanzaba hacia el poder, repudiaba de cuando en cuando cualquier idea de un golpe de estado y cualquier intención de utilizar la violencia. Declaraba que asumiría y ejercería el poder en forma constitucional; y estas seguridades surtían su efecto. "El adormece a sus adversarios", amonestaba Trotsky, "con el fin de agarrarlos dormidos y asestarles un golpe mortal en el momento indicado. Su reverencia ante la democracia parlamentaria puede ayudarlo a establecer en el futuro inmediato una coalición en la que su partido obtendrá los puestos más importantes con la intención de usarlos más adelante para un golpe de estado." "Esta astucia militar, no importa cuán llana y simple sea, rezuma una fuerza tremenda porque está calculada para satisfacer las necesidades psicológicas de los partidos intermedios que quisieran resolverlo todo pacífica y legalmente, y —esto es mucho más peligroso— porque satisface la credulidad de las masas populares." [13]

Pravda y *Rote Fahne* se referían ahora a Trotsky como el "sembrador

[12] Trotsky, *Germany, the Key to the International Situation*, p. 41; *B. O.*, núm. 27.
[13] Trotsky, *What Next?*, pp. 147-148.

del pánico", el "aventurero" y el "instrumento de Brüning", que instaba a los comunistas a abandonar la revolución proletaria, a defender la democracia burguesa y a olvidar que "sin una victoria previa sobre el social-fascismo no podemos vencer al fascismo".[14] No sin cólera, pero con infinita paciencia, Trotsky rebatió incluso los argumentos más absurdos a fin de que sus ideas fueran claras para quienes se veían confundidos por los trucos polémicos. Infatigablemente continuó denunciando la falacia de que "no podía haber victoria sobre el fascismo sin una victoria previa sobre el social-fascismo", señalando que, por el contrario, sólo cuando el fascismo hubiese sido derrotado podrían los comunistas contender efectivamente contra los socialdemócratas, y que la revolución proletaria en Alemania sólo podría desarrollarse a partir del éxito de la resistencia al nazismo.

Todo fue en vano. Todavía en septiembre de 1932, unos cuantos meses antes de que Hitler se convirtiera en Canciller, Thaelmann, en una sesión del Ejecutivo de la Comintern, repitió lo que había dicho Münzenberg: "En su folleto sobre cómo debe derrotarse al nacional-socialismo, Trotsky da una sola respuesta, que es ésta: el Partido Comunista alemán debe hacer causa común con el Partido Socialdemócrata... Esta, según Trotsky, es la única forma en que la clase obrera alemana puede salvarse del fascismo. O el Partido Comunista, dice él, hace causa común con los socialdemócratas, o la clase obrera alemana estará perdida durante diez o veinte años. Esta es la teoría de un fascista y contrarrevolucionario en completa bancarrota. Esta es en verdad la peor teoría, la teoría más peligrosa y criminal que Trotsky ha concebido en estos últimos años de su propaganda contrarrevolucionaria."[15]

"Uno de los momentos decisivos de la historia se avecina", replicó Trotsky, "... en que la Comintern como factor revolucionario puede ser borrada del mapa político durante toda una época histórica. Que los ciegos y los cobardes se nieguen a reconocer esto. Que los calumniadores y los plumíferos a sueldo nos acusen de estar coludidos con la contrarrevolución. ¿No

[14] Una antología de los textos polémicos stalinistas alemanes contra Trotsky constituirían una lectura instructiva aunque insoportablemente monótona. Incluso un hombre como W. Münzenberg escribió: "Trotsky propone... un bloque de los Partidos Comunista y Socialdemócrata. Nada podría ser tan perjudicial para la clase obrera alemana y para el comunismo y nada beneficiaría al fascismo tanto como la realización de una proposición tan criminal... Quien propone semejante bloque... sólo ayuda a los jefes social-fascistas. Su papel es en efecto... sencillamente fascista". (*Rote Aufbau,* 15 de febrero de 1932). Münzenberg concluyó esta campaña polémica suicidándose en el exilio.

[15] Compárese *Rote Aufbau, loc. cit.,* con *XII Plenum IKKI,* parte 3; *Kommunisticheskii Internatsional,* 1932, núms. 28-29, pp. 102-103, 111 *et passim.* Thaelmann confiaba tranquilamente en que "Alemania, por supuesto, no se hará fascista: nuestras victorias electorales lo garantizan... el avance irresistible del comunismo lo garantiza".

ha venido a ser contrarrevolución todo lo que... interrumpa la digestión de los burócratas comunistas?... Nada debe ocultarse, nada debe empequeñecerse. Debemos decir a los obreros avanzados con la mayor claridad posible: Después del 'tercer periodo' de temeridad y jactancia, se ha iniciado el cuarto periodo de pánico y capitulación." En un esfuerzo casi desesperado por sacar a los comunistas de su letargo, Trotsky puso en palabras toda la fuerza de su convicción e hizo sonar una vez más en sus oídos una campanada de alarma: "¡Obreros comunistas! Vosotros sois centenares de miles, vosotros sois millones... Si el fascismo llega al poder pasará como un tanque terrorífico sobre vuestros cráneos y vuestros espinazos. Vuestra salvación reside en la lucha despiadada. Sólo una unidad combativa con los obreros socialdemócratas puede traer la victoria. Apresuráos, obreros comunistas; tenéis muy poco tiempo que perder." [16]

Tener que permanecer inmovilizado en Prinkipo en tales momentos le resultaba cada vez más doloroso a Trotsky. Las cartas y los periódicos europeos le llegaban con mucho retraso, a veces de una quincena; más aún tardaban sus folletos y manifiestos en llegar a Alemania. En 1923, cuando Alemania parecía estar al borde de la revolución, él le había pedido al Politburó que lo relevara de sus puestos oficiales y le permitiera irse a Alemania y dirigir, como había pedido el Partido alemán, las operaciones revolucionarias allí. ¡Cuánto más ansioso tenía que sentirse ahora por encontrarse más cerca del escenario de la acción, ahora que el futuro del comunismo y el destino político del mundo durante varias décadas estaban sobre el tapete! En 1931 se habló de la posibilidad de que viajara por breve tiempo a Alemania para dictar una serie de conferencias; pero el proyecto, por supuesto, no se realizó. Su salida de Turquía era imposible. Peor aún, sus seguidores en el Reich no lograban ningún progreso. Publicaban un pequeño periódico, *Permanente Revolution,* que aparecía una vez al mes, llenando sus columnas con los escritos de Trotsky, y que no ejercía casi ninguna influencia (aunque los folletos de Trotsky eran leídos y discutidos por un público bastante amplio). Este planeó establecer un Secretariado Internacional en Berlín, donde los hermanos Sobolevicius se mantenían muy activos y adonde el *Bulletin Oppositzii* se había trasladado ya desde París. Para mejorar el contacto de Trotsky con el Secretariado, se decidió que Liova se radicara en Berlín y actuara allí como representante de su padre o, como lo exigía el puntillo organizativo, como "representante de la Sección Rusa de la Oposición de Izquierda".

Liova, como ya sabemos, había compartido con sus padres todas las vicisitudes de su exilio y era el brazo derecho de su progenitor. Con todo, las relaciones entre padre e hijo no estaban exentas de dificultades. Su coincidencia política era completa, y la adoración de Liova por su padre

[16] Trotsky, *Germany, the Key...* p. 44.

equivalía a su identificación con éste. Pero esa identificación era también una causa de tensión. Trotsky tenía la inquietante sensación de que su propia personalidad y sus propios intereses habían llegado a pesar demasiado abrumadoramente sobre Liova y de que él había reducido a éste a la frustradora condición de pequeño hijo de un gran hombre. Con todo, Trotsky anhelaba la devoción filial. Mientras mayor se hacía su soledad, más dependía él de esa devoción. Liova era el único hombre con el que podía discutir libremente sus ideas y sus planes y compartir sus pensamientos más íntimos, era su crítico más digno de confianza y, como gustaba él de pensar, su "eslabón" (en años posteriores, su único eslabón) con la joven generación revolucionaria rusa. En ocasiones, sin embargo, la devoción absoluta de Liova le preocupaba: él deseaba una mayor independencia en su hijo y casi deseaba algunas señales de desacuerdo filial. Pero el desacuerdo, cuando se insinuaba, lo alteraba y le hacía temer un distanciamiento. El aislamiento y la interrelación incesante hacían más profunda la dependencia mutua e intensificaban las fricciones que, aun siendo naturales entre padre e hijo, tenían en sí algo de la irritable tensión entre dos prisioneros que han compartido durante demasiado tiempo una misma mazmorra. Trotsky era exigente con sus ayudantes y secretarios, pero nunca tanto como consigo mismo y con su hijo. Frente a los extraños se dominaba y era cortés; pero bajo una gran tensión nerviosa su dominio de sí estaba expuesto a fallar cuando se encontraba a solas con su vástago. Severos reproches solían descender entonces sobre Liova a causa del "desorden" en el Secretariado, de "la dejadez y el descuido" y del "incumplimiento" de las instrucciones del padre, reproches que sólo podían herir al joven dedicado, diligente y concienzudo.[17]

Cierto alivio, por lo tanto, se mezcló con la tristeza cuando los padres y el hijo decidieron separarse. La decisión probablemente tuvo también otro motivo: la esposa de Raymond Molinier, Jeanne, había dejado a su marido para unirse a Liova. Molinier, sin embargo, seguía siendo un visitante frecuente y provechoso en Prinkipo; y la partida de Liova y Jeanne bien puede haber servido para ahorrarles a los tres encuentros embarazosos. En un principio no fue seguro que Liova pudiera obtener un visado para ingresar en Alemania. (El año anterior había solicitado en vano una visa francesa: la policía francesa replicó que estaba enterada de sus actividades revolucionarias y no quería verlo en París.) Pero, después de inscribirse como estudiante en la *Technische Hochschule* en Berlín, obtuvo finalmente la visa alemana en febrero de 1931. El propósito académico de su viaje no fue un mero pretexto, pues en la *Hochschule* siguió efectivamente, con mucha aplicación, cursos de física y matemáticas; pero

17 Las relaciones entre padre e hijo se describen aquí (y en las páginas siguientes) sobre la base de la correspondencia familiar, que llena cuarenta carpetas en la Sección cerrada de *The Archives* y contiene 1 244 piezas.

su principal preocupación continuó siendo, por supuesto, política.[18]

Unas cuantas semanas antes de la partida de Liova, a mediados de enero, ocurrió algo que habría de afectar la vida de toda la familia: Zina y su hijo de cinco años, Seva, llegaron desde Moscú. La familia la había esperado durante varios meses en Büyük Ada, pero casi había abandonado la esperanza de verla llegar debido a que el gobierno soviético le había negado repetidamente el permiso para hacer el viaje. Su marido, Platón Vólkov, estaba deportado; y ella misma había sido detenida dos veces a causa de sus relaciones con la Oposición. Sólo después de la intervención de amigos de Europa occidental que adujeron razones humanitarias ante los embajadores soviéticos —la salud de Zina se había quebrantado después de la muerte de su hermana Nina, a quien había atendido hasta el final—, obtuvo el permiso de salida. Pero no sin una condición: se le permitió llevar consigo sólo uno de sus hijos, dejando en Rusia, como rehén de Stalin, a una niñita de cinco o seis años. Alexandra Lvovna, la primera esposa de Trotsky, que, aun hallándose ella misma en situación difícil, criaba a los dos hijos de Nina, se hizo cargo de la niña también e instó a Zina a que partiera, se reuniera con su padre y restaurara su salud en el extranjero.

Zina llegó a Prinkipo con los nervios deshechos, aunque su estado no se hizo patente de inmediato en medio del júbilo de la reunión. Su padre la recibió con la mayor ternura. "Durante el primer periodo de mi estancia", le escribió Zina más tarde a su madre en Leningrado, "él fue tan atento y bondadoso conmigo que ni siquiera puedo describírtelo..." De todos los hijos de Trotsky, ella, la primogénita, era la que más se le parecía. Tenía las mismas facciones angulosas y la misma tez morena, los mismos ojos expresivos, la misma sonrisa, la misma ironía sardónica, las mismas emociones profundas y también algo de su mente indomable y de su elocuencia. Parecía haber heredado sus pasiones políticas, su militancia y su hambre de actividad. "Tenía", como lo expresó su madre, "un espíritu más público que familiar." [19]

En el afecto que Trotsky sentía por ella había algo de remordimiento. Siempre, desde aquellos días de 1917 en que, al hablar ante las multitudes en el Circo Moderno de Petrogrado, había sentido los ojos llenos de

[18] Los cuadernos de ejercicios matemáticos de Liova, densa y cuidadosamente llenos, con anotaciones fechadas y calificados por sus profesores, sirvieron posteriormente como prueba para su defensa en el contraproceso mexicano de 1937. Los cuadernos han sido conservados en *The Archines*. En una carta sin fecha al doctor Soblen (Well), Liova explicó las razones organizativas que determinaron su traslado a Berlín. (Los trámites para obtener su visa alemana tardaron siete u ocho meses.)

[19] La cita está tomada de la carta de Sokolóvskaya a Trotsky, escrita después de la muerte de Zina. Véase su resumen en las pp. 187-188, *The Archives*, Sección cerrada.

amor de sus dos hijas adolescentes contemplándolo desde el auditorio, había comprendido la intensa emoción con que Zina lo veía. Y, sin embargo, él era casi un extraño para ella. Habían transcurrido casi treinta años desde que él había dejado a su primera esposa y a sus dos pequeñas hijas en la colonia de Verjolensk en Siberia oriental (el lugar de su primer exilio), casi treinta años desde que él había colocado en su cama el monigote de paja para engañar a la policía y retardar su persecución.[20] Era como si aquel monigote hubiese engañado también a las dos niñas nacidas de su primer matrimonio. En quince años, hasta 1917, sólo había visto dos o tres veces a sus hijas, brevemente; y a continuación sólo había podido dedicarles muy poco tiempo y atención, en los años de la revolución, la guerra civil y las crueles luchas siguientes. Su corazón las añoró mientras estuvo exiliado en Alma Ata, pero entonces fue demasiado tarde: Nina murió poco después y Zina estaba demasiado enferma para hacer el viaje desde Moscú, demasiado enferma incluso para asistir más tarde a la triste despedida familiar cuando él fue expulsado de Rusia. Llegó a Prinkipo con el corazón destrozado, y sin embargo abrumada por la alegría, el amor y el orgullo que le inspiraba su padre. Había venido no sólo como una hija enferma y adolorida, sino como una seguidora devota, con la esperanza de serle útil, ofreciendo sus servicios y anhelando que él le brindara su confianza. Lloraron juntos la muerte de Nina, conversaron sobre los amigos y camaradas y sobre los parientes deportados, y discutieron sobre política. Ella escuchó con éxtasis y leyó con deleite los manuscritos de la *Historia de la Revolución Rusa* y sus otros escritos, se familiarizó con las controversias en que él estaba enfrascado, absorbiendo su dramática gravedad, y saboreó el sarcasmo y el ingenio de su padre. Se estremeció de risa cuando se tropezó con el ensayo de Churchill sobre el "Ogro de Europa", y dio en dirigirse a su padre llamándolo "el ogro".[21]

Los otros miembros de la familia también le brindaron afecto y simpatía y se esforzaron por hacerla sentirse cómoda. La posición de Natalia Ivanovna era evidentemente delicada; pero ella había estado más cerca de las hijas del primer matrimonio de Trotsky que él mismo, y no sólo había tratado de superar el distanciamiento por medio de la amistad, sino que se había portado con ellas como una segunda madre. No dejándose engañar por la aparente mejoría de la salud de Zina, la llevó con los médicos y le prestó una atención meticulosa. Demasiado sensible para imaginar que las tensiones ocultas pudieran desvanecerse del todo, trató de

[20] *El profeta armado,* p. 63.

[21] Estos detalles han sido extraídos de la correspondencia de Zina. *The Archives,* Sección cerrada. En *The Archives* encontré una fotografía suya que le obsequió a su padre con la dedicatoria: "Al ogro".

hacerse a un lado cada vez que convenía dejar solos al padre y la hija. Curiosamente, la relación de Liova con su hermana era mucho más tensa. Sus caracteres eran discordantes. Más parecido a su madre que a su padre, Liova era reservado, modesto y apacible; lo desconcertaban fácilmente la intensidad y la exaltación de su hermana, en tanto que los sentimientos de ésta estaban teñidos de celos por la intimidad de Liova con su padre. En la cordialidad de los sentimientos provocados por la reunión, y mientras Liova se preparaba para su traslado a Berlín, esas tensiones se atenuaron. Toda la familia se sintió encantada con el hijo de Zina, cuyos parloteos y travesuras introdujeron una nota inusitada en la austera y laboriosa existencia del hogar. Esta fue, a lo que parece, la primera ocasión en que Trotsky, que ya tenía cinco nietos, pudo abandonarse libremente a los sentimientos propios de su condición de abuelo.

Poco después de la llegada de Zina, a altas horas de la noche, estalló en la casa un incendio que consumió la mayor parte de las pertenencias de la familia y la biblioteca de Trotsky. Este logró salvar de las llamas con dificultad, sus archivos y el manuscrito del primer volumen de su *Historia,* que acababa de terminar. La sospecha de un incendio premeditado pasó por la mente de todos: ¿se trataba tal vez de un intento de la GPU por destruir los archivos? Se inició una investigación, que incluyó el interrogatorio de testigos, pero no se descubrió nada. "Todos nos sentíamos deprimidos y muy preocupados . . .", escribe uno de los secretarios de Trotsky; "todos, menos el propio Trotsky". Todos los habitantes de la casa se mudaron a un hotel cercano; y "no bien acabábamos de acomodarnos, él puso sus manuscritos sobre la mesa, llamó a la taquígrafa y empezó a dictar un capítulo de su libro, como si nada hubiese sucedido durante la noche".[22] Al cabo de unos cuantos días se trasladaron a Kodikoy, un suburbio residencial anglonorteamericano en las afueras de la parte oriental de Constantinopla, en una casa de madera rodeada por altas alambradas de púas, donde todo el grupo, incluidos los secretarios, policías y pescadores, permanecieron durante un año aproximadamente, hasta que la casa de Büyük Ada volvió a ser habitable.

Pocos meses después de la mudanza a Kodikoy se produjo otro incendio. Una vez más los archivos fueron sacados de la casa a toda prisa, y la familia tuvo que alojarse en graneros y chozas de la vecindad. Y una vez más la sospecha de un atentado incendiario se les ocurrió a todos. Pero después se descubrió que el fuego había sido causado por el hijito de Zina al jugar con cerrillos y un montón de madera, harapos y aserrín en el desván. El descubrimiento representó un alivio después de los sustos; y todos rieron y embromaron al "pequeño agente de la GPU".

Transcurridas varias semanas Zina volvió a enfermar. Sus pulmones es-

[22] Jan Fraenkel en *The Militant,* 2 de enero de 1932. Véase también *Journal d'Orient,* 8 de abril de 1931.

taban afectados y fue necesario someterla a varias operaciones; no resistía el calor del Mediterráneo oriental y se atormentaba pensando en el esposo y la hijita que había dejado en Rusia. Bajo la presión de la enfermedad y las preocupaciones, su precario equilibrio nervioso cedió. Tensiones y conflictos ocultos, arraigados probablemente en su infancia desdichada y alimentados por experiencias posteriores, afloraron a la superficie. Su comportamiento se volvió explosivo e incoherente. Zina empezó a expresar recuerdos, deseos y quejas que hasta entonces se habían agazapado más allá del umbral de su conciencia. Se sentía obsedida por la sensación de ser una hija indeseada, indeseada por el padre al que adoraba con toda su pasión como el genio inspirador de la revolución. Era su fe en él, escribió ella misma, lo que la mantenía viva y le daba la fuerza necesaria para luchar con su situación: sin él la vida habría quedado vacía. Y, sin embargo, ella sentía una barrera insalvable entre los dos. "Yo sé, yo sé", fueron las palabras que le arrojó a su padre, "que los hijos no son deseados, que sólo vienen como castigo por los pecados cometidos." [23] Era como si el trauma sufrido tal vez cuando era niña, el día en que en lugar de su padre encontró al monigote de paja en la cama de éste, resonara en el reproche.

En medio de esta perturbación emocional trató de reprimir su resentimiento íntimo contra el segundo matrimonio de su padre. Exteriormente, su actitud hacia Natalia Ivanovna era afectuosa y atenta, pero al mismo tiempo contenía una exaltación que no era natural. Caminaba en torno a su madrastra de puntillas, preocupándose por ella con insistencia y prodigándole caricias y atenciones. Con todo, el resentimiento estaba lo bastante cerca de la superficie para que el padre y la madrastra lo advirtieran; y de cuando en cuando irrumpía y los golpeaba inesperadamente. Pese a los esfuerzos que ambos hacían por ignorar o mitigar el resentimiento, las relaciones se hicieron tensas. Para evitar empeorarlas, Trotsky se replegó dentro de sí; y mientras más lo hacía, más frustrada se sentía Zina en su deseo de ganar la confianza y la intimidad de su padre. Ella había esperado trabajar cuando menos como una de sus ayudantes. El, preocupado por su salud y teniendo presente su posible regreso a Rusia, no estimulaba esa aspiración. Deseaba que ella aprovechara su permanencia en el extranjero para curarse y, mientras tanto, evitaba comprometerla políticamente, como si el hecho de ser su hija no la hubiera comprometido ya definitiva e irrevocablemente. El agravamiento de la enfermedad de Zina, pensaba él, requería una reserva mayor aún de su parte y hacía casi imposible el trabajo en común. El no podía brindarle su confianza en relación con los asuntos de la Oposición en Rusia, y era en esos asuntos precisamente que ella estaba interesada en grado sumo. En esta etapa la correspondencia de Trotsky con sus seguidores rusos era todavía re-

[23] Carta de Zina del 26 de febrero de 1932.

gularmente abundante; una parte se despachaba por las vías normales, pero otra se enviaba clandestinamente, con firmas y direcciones en clave. Era necesario ejercer la mayor discreción acerca de las claves y redoblar el secreto frente a una persona enferma y desequilibrada que al regresar a Rusia podría ser sometida a interrogatorios inquisitoriales. Las reglas elementales de las comunicaciones clandestinas exigían tales salvaguardias, pero la desdichada mujer las tomaba como una afrenta, como un indicio de la desconfianza de su padre. "Para papá", repetía a menudo, "yo soy una inútil." El mayor resentimiento, los mayores reproches a los demás y a sí misma, el mayor pesimismo y la mayor y más grave perturbación mental hacían sentirse peor a todos. En el verano salió de la casa y en un sanatorio cercano se sometió a las operaciones de sus pulmones. Regresó con su salud un tanto restablecida, pero tan desdichada como antes.

Angustiado y lleno de compasión, Trotsky fue presa del remordimiento y la impotencia. ¡Cuánto más fácil era saber cómo combatir los males de la sociedad quealiviar los sufrimientos de una hija incurable! ¡Cuánto más fácil era diagnosticar la desazón de la mente colectiva de la pequeña burguesía alemana que penetrar en la intimidad adolorida de la personalidad de Zina! ¡Cuán superior era la comprensión marxista de la psicología social que poseía él a la comprensión de las aflicciones de la psique individual! El observaba las facciones y los ojos de Zina nublados por la insania, y reconocía en ellos sus propias facciones y sus propios ojos. Para él, prodigio de lucidez intelectual y autodisciplina, era insoportable verla a ella tan incoherente y perturbada. Era como si la razón misma hubiese descubierto en la sinrazón su progenie más directa y su doble. La ternura y el horror, la compasión y la repugnancia, el orgullo y la humillación luchaban dentro de él. Se sentía herido e impotente, y fue haciéndose irascible. Algunas veces, cuando los celos de Zina estallaban y herían a Natalia Ivanovna, él alzaba la voz exigiendo tacto y cortesía. El tono de su voz reducía entonces a Zina a la postración más completa. Recordando una de esas escenas, le escribió un año más tarde: "No me grites, papá, no... Tus gritos son lo único que no puedo soportar; en esto soy igual a mi madre." Y añadía: "No hay cosa que desee más, si sólo tuviera la fuerza para hacerlo, que mitigar para Natalia Ivanovna aquello de lo que sin culpa he sido culpable en relación con ella." [24]

Con los nervios destrozados y la enfermedad de Zina haciéndose alarmante —para entonces empezó a sufrir ataques de delirio—, ésta no pudo permanecer con la familia. Trotsky había pensado hacía algún tiempo que ella debería someterse a tratamiento psicoanalítico, y había escrito al respecto a los Pfemfert en Berlín. Zina se resistió. No deseaba, decía, sumergirse en la "mugre" de su subconsciente; y no podía tolerar la idea

[24] La expresión rusa es: "Bez viny vinovata". La carta no está fechada.

de que, habiendo superado tantos obstáculos y hecho tantos sacrificios para reunirse con su padre, tuviera que separarse nuevamente de éste. También tendría que separarse de su hijo, pues le resultaba muy difícil hacerse cargo de su educación. Pero acabó cediendo a la persuasión, y en el otoño de 1931, dejando a Seva en Constantinopla, se fue a Berlín. Al llegar le contó a Liova: " 'Eres una persona asombrosa, [le dijo su padre en su última conversación]. Nunca había conocido a una persona como tú'." "El dijo eso", añadió ella, "en un tono de voz expresivo y severo."

Era la voz de la razón desconcertada y frustrada por la sinrazón.

La vida en la capital alemana, cuando Zina llegó allí, era un *crescendo* de caos y confusión. Ella llegó pocas semanas después de la celebración de un plebiscito, efectuado por iniciativa de Hitler y Goebbels, cuyo propósito era derrocar el *Landesregierung* socialdemócrata de Prusia. Los nazis habían lanzado una feroz campaña chovinista en favor de una "revolución del pueblo" contra el partido que "había aceptado la esclavitud y la humillación de la Paz de Versalles". El Partido Comunista reaccionó enviando a los ministros socialdemócratas de Prusia, Braun y Severing, un ultimátum en el que les ofrecía defender su gobierno si ellos aceptaban ciertas demandas, pero los amenazaba con votar contra ellos si las demandas eran rechazadas. A primera vista, esto era una desviación de las "tácticas del tercer periodo", cuando menos en cuanto que los comunistas se habían acercado directamente a los jefes socialdemócratas. En realidad "concentraban el fuego sobre los social-fascistas"; y cuando el gobierno de Prusia rechazó sus demandas, exhortaron a los obreros a votar contra éste. Así, en lugar de formar un frente unido con los socialdemócratas, condicional o incondicionalmente, los comunistas formaron un frente unido, no declarado pero muy real, con los nazis; y para salvar su prestigio le dieron a su acción el nombre de *der Rote Volksentscheid,* el Plebiscito Rojo.

Una ambigüedad fatal y profundamente desmoralizadora se hizo presente ahora en la política comunista, que habría de persistir hasta la toma del poder por Hitler y aun después. Con no poca frecuencia, las mismas consignas aparecían en las banderas comunistas y en las de los nazis. Estos últimos, tratando de ganarse a ciertos elementos socialmente descontentos y radicales, prometían que su "revolución del pueblo" ajustaría cuentas con el capital financiero. El Partido Comunista, renuente a proponer una revolución socialista proletaria, hablaba, en lugar de ello, de la "revolución del pueblo" que lograría la "liberación social y nacional" de Alemania y rompería las cadenas de Versalles. El espíritu del nacionalismo se insinuaba cada vez más vigorosamente en su propaganda en un momento en que nada era más urgente en Alemania que la necesidad de detener la creciente marea de fanatismo racial y chovinista. Aun-

que el plebiscito favoreció a los socialdemócratas, tuvo el efecto de ahondar la división en la clase obrera y agravar la confusión.

Trotsky atacó el "nacional-comunismo" de eThaelmann y de la Comintern con el máximo vigor, denunciando el absurdo del "Plebiscito Rojo". La acción, argumentó, era tanto más repugnante cuanto que los comunistas y los nazis seguían siendo, sin poder remediarlo, enemigos mortales. Los stalinistas trataban de justificarse aduciendo que los socialdemócratas le allanaban el camino al nazismo. Eso era completamente cierto, comentaba Trotsky; pero, si los socialdemócratas le allanaban el camino a una victoria nazi, ¿debían los comunistas acortarlo? A veces sucede que los partidos de la revolución y la contrarrevolución atacan al mismo enemigo "moderado" desde polos opuestos. Pero un partido marxista puede permitirse hacer tal cosa sólo cuando la marea crece en su favor, y no cuando crece, como sucedía en Alemania, en favor de la contrarrevolución. "Echarse a la calle con la consigna de 'Abajo el gobierno de Brüning y Braun' es una aventura temeraria cuando toda la correlación de fuerzas es tal que el gobierno de Brüning y Braun sólo puede ser reemplazado por un gobierno de Hitler y Hugenberg. La misma consigna adquiriría un significado completamente diferente si presagiara la lucha directa de la clase obrera por el poder." Trotsky todavía no ponía en duda las buenas intenciones del Partido Comunista; pero "desgraciadamente, la burocracia stalinista está tratando... de actuar contra el fascismo utilizando las armas de éste. Toma prestados los colores de la paleta política del nazismo y trata de superarlo en una competencia de patriotismo. Estos no son métodos de una lucha de clases basada en los principios, sino ardides de una mezquina competencia de mercado... una traición al marxismo... una exhibición de estupidez burocrática concentrada". Quienes hablaban de la "revolución del pueblo" y de librar a Alemania de las cadenas de Versalles habían olvidado la máxima de Karl Liebknecht de que, para la clase obrera, "el enemigo principal se encuentra en su propio país". La insinuación del nacionalismo en el pensamiento comunista había empezado con el "socialismo en un solo país" de Stalin y ahora producía el "nacional-comunismo" de Thaelmann. "Las ideas no sólo tienen su propia lógica, sino también su propia fuerza explosiva"; y la falta de escrúpulos con que la Comintern trataba de superar a Hitler en demagogia nacionalista ponía de manifiesto la "vaciedad espiritual del stalinismo".[25]

Lo que estaba en juego, según Trotsky, no eran sólo todas las conquistas duramente ganadas por el movimiento obrero alemán, sino el futuro de la civilización: con el nazismo, la sombra del oscurantismo volvía a proyectarse sobre Europa. Si Hitler alcanzaba la victoria, no sólo

[25] "Protiv Natsional-Kommunizma (Uroki Krásnogo Referénduma)" *B. O.*, núm. 24. El artículo fue publicado como folleto en Alemania.

preservaría el capitalismo, sino que lo reduciría a la barbarie. El *Kleinbürger* enfurecido "repudiaba no sólo al marxismo, sino incluso al darwinismo", y al racionalismo y al materialismo de los siglos XVIII, XIX y XX oponía los mitos del siglo X u XI, la mística de la raza y la sangre. Su supuesta superioridad racial inflaba el orgullo de las bajas clases medias de Alemania y les proporcionaba un escape imaginario de las miserias de su vida. En su rabioso antimarxismo y en su rechazo de la "concepción económica de la historia", "el nacional-socialismo desciende más bajo aún: del materialismo económico al materialismo zoológico". El nazismo recogía "todo el detritus del pensamiento político internacional... para formar el tesoro intelectual del nuevo mesianismo germánico". Agitaba y movilizaba a todas las fuerzas de la barbarie que se agazapaban bajo la delgada superficie de la sociedad clasista "civilizada". Abría inagotables reservas de oscurantismo, ignorancia y salvajismo. En una frase memorable, iluminada por una premonición de los autos de fe y las cámaras de gas del Tercer Reich, Trotsky describió así la esencia del nazismo: "Todo lo que la sociedad, de haberse desarrollado normalmente [es decir, hacia el socialismo], habría rechazado... como el excremento de la cultura, brota ahora por su garganta: la civilización capitalista está vomitando la barbarie indigesta: tal es la fisiología del nacional-socialismo." [26]

El hecho de que la opinión comunista (al igual que la no comunista) de los primeros años de la década de los treintas haya sido insensible a tal concepción filosófico-histórica del nazismo, tal vez no deba sorprender al historiador. Lo que debe parecerle más difícil de comprender a éste es cómo los dirigentes de la Unión Soviética y la gran masa de comunistas en todo el mundo pudieron permanecer sordos a lo que Trotsky estaba diciendo sobre la amenaza a la Unión Soviética. En noviembre de 1931, diez años antes de la batalla de Moscú, Trotsky escribió: "Una victoria del fascismo en Alemania significaría la inevitabilidad de la guerra contra la URSS." [27] En ese momento Moscú aún veía a Francia como el principal antagonista occidental de la Unión Soviética, y temía un ataque inminente por parte del Japón, que acababa de emprender la invasión de Manchuria. El avance del nazismo todavía suscitaba poca o ninguna aprensión en Stalin y sus consejeros, aun cuando Hitler proclamaba en voz alta que se proponía destruir el bolchevismo y conquistar el Este. Stalin suponía que ésos eran los desvaríos de Hitler el "rebelde", pero que Hitler el Canciller no renunciaría fácilmente a las ventajas que Alemania derivaba de sus relaciones con Rusia bajo los términos del Tratado de Rapallo. Stalin contaba con que los empeños de Hitler por rearmar a Alemania lo harían chocar con Francia y lo obligarían a atenuar su hostilidad contra la Unión Soviética. Por algo la Comintern alentaba

[26] *Ecrits,* vol. III, pp. 391-399, "Qu'est-ce que c'est le national-socialisme?"
[27] *Ibid.,* pp. 100-101.

a los comunistas alemanes a que apoyaran en forma ambigua la campaña de Hitler contra Versalles: esa campaña habría de apartar a Hitler de su ambición de encabezar una cruzada occidental contra el bolchevismo.

Trotsky luchó contra esta falta de conciencia de las implicaciones internacionales del nazismo. El no creía que Francia fuese todavía el principal enemigo de Rusia, como en los años de la intervención. "Ni uno solo de los gobiernos parlamentarios burgueses normales", sostenía, "puede correr actualmente el riesgo de una guerra contra la URSS: ésa sería una empresa que acarrearía incalculables complicaciones internas. Pero una vez que Hitler haya tomado el poder... y pulverizado y desmoralizado a la clase obrera alemana por muchos años, su gobierno será el único capaz de hacer la guerra contra la URSS."[28] Tampoco creía que la Unión Soviética estuviera seriamente amenazada por el Japón. Pronosticó que, al invadir Manchuria, el Japón se enfrascaría en una guerra prolongada y agotadora con China, que desviaría la fuerza japonesa de la Unión Soviética y apresuraría la revolución en China. "Las condiciones básicas del Oriente —distancias inmensas, poblaciones enormes y atraso económico— implican que todo el proceso de la conquista japonesa será lento y costoso. En todo caso, en el Lejano Oriente ningún peligro inmediato y grave amenaza a la Unión Soviética. Los acontecimientos decisivos del próximo periodo tendrán lugar en Europa, en Alemania", donde "los antagonismos políticos y económicos se han agudizado en forma que no tiene precedentes... y el desenlace no tardará en producirse". Y una vez más: "Durante muchos años por venir, no sólo la suerte de Alemania... sino los destinos de Europa y del mundo entero se decidirán en Alemania." "La construcción socialista en la Unión Soviética, la marcha de la revolución española, el desarrollo de una situación prerrevolucionaria en Inglaterra, el futuro del imperialismo francés, el destino del movimiento revolucionario en China y en la India, todo ello se reduce... a esta única interrogante: ¿Quién vencerá en Alemania en el transcurso de los próximos meses? ¿El comunismo o el fascismo?"[29]

Trotsky suponía que Hitler podría ganar el apoyo del capitalismo mundial para una cruzada antisoviética, y que esto acarrearía "un terrible aislamiento de la Unión Soviética y la necesidad de librar una lucha a vida o muerte bajo las condiciones más difíciles y peligrosas". "Si el fascismo logra aplastar a la clase obrera alemana, ello significará cuando menos la mitad del colapso de la República de los Soviets." Sólo si los obreros lograban vedar el acceso de Hitler al poder en Alemania, podrían la URSS y el mundo salvarse de la catástrofe. La política de Stalin en Alemania iba dirigida, por consiguiente, contra los intereses vitales de la Unión Soviética y del comunismo alemán. La seguridad

[28] *Ibid.*
[29] *Ibid.*, p. 95.

soviética y el interés proletario internacional estaban inextricablemente vinculados. Durante años Stalin y la Comintern habían vociferado sobre la inminencia de una cruzada antisoviética; pero ahora, cuando el peligro era real, guardaban silencio. Y, sin embargo, era necesario considerar como "un axioma" el que un intento nazi de tomar el poder "debería ser seguido por una movilización del Ejército Rojo. Para el Estado obrero esto será una cuestión de autodefensa revolucionaria... Alemania no es sólo Alemania. Es el corazón de Europa. Hitler no es sólo Hitler. Es el candidato al papel de un super-Wrangel. Pero el Ejército Rojo no es sólo el Ejército Rojo. Es el instrumento de la revolución proletaria mundial".[30]

Unos cuantos meses después, en abril de 1932, Trotsky volvió a enunciar esta idea con mayor fuerza aún. Los políticos y los diplomáticos sometidos a la rutina, dijo, estaban ciegos ante lo que venía, del mismo modo que lo habían estado en vísperas de la primera Guerra Mundial. "Mis relaciones con el actual gobierno de Moscú no son de tal naturaleza que me permitan hablar en su nombre o referirme a sus intenciones... Con tanta mayor franqueza puedo decir cómo debería actuar, a mi juicio, el gobierno soviético en caso de la toma del poder por los fascistas en Alemania. Si yo estuviera en el lugar de los gobernantes soviéticos, tan pronto como recibiera la noticia por vía telegráfica firmaría una orden de movilización que pondría sobre las armas a varias clases. Frente a un enemigo mortal, cuando la lógica de la situación apunta a una guerra inevitable, sería irresponsable e imperdonable darle tiempo al enemigo para afianzarse, consolidar sus posiciones, hacer alianzas... y elaborar el plan de ataque..." Y una vez más: "La guerra entre la Alemania hitlerista y la Unión Soviética sería inevitable, y a breve plazo", en vista de lo cual aun la cuestión de quién atacaría primero sería de importancia secundaria. Pensando en quienes en Francia e Inglaterra abrigaban la esperanza de salvar el *status quo* desviando al imperialismo alemán hacia el este, Trotsky escribió que "sean cuales fueren las ilusiones que existen en París, puede predecirse sin temor a equivocación que el sistema de Versalles sería uno de los primeros en ser devorado por las llamas de una guerra entre el bolchevismo y el fascismo".[31]

La prensa de la Comintern atacó inmediatamente a Trotsky como un "guerrerista traicionero" que trataba de enemistar a Rusia y Alemania; y a muchas personas fuera de la Comintern la audacia de sus declaraciones también les pareció temeraria. Su actitud, sin embargo, no parecerá tan temeraria si se recuerda que, aun en los primeros años treintas, con Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos desarmados, la Unión Soviética era la primera potencia militar del mundo. Pero Trotsky, en

[30] *Ibid.*, p. 101.
[31] *Ibid.*, pp. 104-105.

realidad, no instaba al gobierno soviético a que le hiciera la guerra a Alemania, ni siquiera a una Alemania nazi. En 1933, después que Hitler fue nombrado Canciller, Trotsky declaró que dentro de las circunstancias existentes la movilización del Ejército Rojo no cumpliría ningún propósito. El la había preconizado, explicó, sobre la base del supuesto de que Hitler tendría que llegar al poder mediante la violencia: se había negado a creer que el movimiento obrero alemán le permitiría a Hitler convertirse en el amo de su país sin tener que disparar un solo tiro. Era dentro de este contexto de una supuesta guerra civil en Alemania que él había insistido en la obligación que tendría el Ejército Rojo de intervenir.[32] Tal acción habría sido, sin duda, arriesgada, pero en todo caso menos arriesgada que aguardar pasivamente a que Hitler tomara el poder y Alemania se rearmara. La actitud de Trotsky, revolucionaria en su aspecto político, era en su aspecto militar similar a la que Winston Churchill habría de adoptar cuatro o cinco años más tarde, cuando exhortó al gobierno británico y al francés a que contrarrestaran la marcha de Hitler sobre la Renania tomando medidas de movilización y preparación para la guerra. Esa actitud le valió a Churchill la indiscutible autoridad moral que necesitaba para convertirse en el líder de Inglaterra durante la segunda Guerra Mundial. A Trotsky sólo le valió la difamación.

Mientras tanto, el alud nazi avanzaba. En la primavera de 1932, Alemania debía elegir un presidente, y Hitler presentó su candidatura. Un candidato socialista-comunista todavía podía obtener más votos que Hitler o cualquier otro aspirante: en las sucesivas elecciones parlamentarias de ese año los comunistas y los socialdemócratas obtuvieron invariablemente más de 13 millones de votos. Pero los socialdemócratas decidieron apoyar la candidatura de Hindenburg, el Presidente saliente y casi nonagenario al que se habían opuesto en las elecciones anteriores como el símbolo mismo de la vieja reacción imperial, pero tras cuyas espaldas seniles trataron de refugiarse ahora. El Partido Comunista llamó a los obreros a votar por Thaelmann. Hindenburg fue reelegido, e inmediatamente le asestó el golpe de gracia al régimen parlamentario y se lanzó sobre los socialdemócratas. Destituyó a Brüning, que había hecho un tímido intento de ilegalizar a los grupos de choque de Hitler y también había incurrido en la enemistad de los Junkers de la Prusia oriental. El nuevo Canciller de Hindenburg, von Papen, revocó la ilegalización de los grupos de choque y el 20 de julio de 1932 destituyó por decreto al gobierno socialdemócrata de Prusia que los nazis habían intentado en vano derrocar mediante un plebiscito. El acontecimiento fue notable por su índole tragicómica: un teniente al mando de un grupo de soldados expulsó de sus oficinas al Primer Ministro

[32] El artículo apareció originalmente en la revista norteamericana *Forum,* 15 de abril de 1932. *Ecrits,* vol. III, pp. 233-240. Véase también "Hitler i Krásnaya Armia", *B. O.,* núm. 34, 1933.

y al Ministro del Interior de Prusia, que nominalmente tenían a toda la policía prusiana bajo sus órdenes. Demasiado tarde y desganadamente, los comunistas aconsejaron a los socialdemócratas que llamaran a una huelga general, y les ofrecieron su apoyo. Una vez más los socialdemócratas se negaron a hacer causa común con sus "enemigos de la izquierda", y se engañaron pensando que von Papen y la camarilla de Hindenburg (cuyo inspirador era el general Schleicher) lograrían de algún modo maniobrar con más habilidad que Hitler y mantenerlo a raya. Esta fue una ilusión muy difundida durante los últimos meses de la República de Weimar: von Papen, después de tomar tan fácilmente la "fortaleza" socialdemócrata en Prusia, parecía muy poderoso; daba la impresión de haber marginado a Hitler, y el movimiento nazi perdía ímpetu momentáneamente.[33]

Tanto más cabe maravillarse de la exactitud y la precisión de los análisis y pronósticos de Trotsky. "Mientras menos dispuestos estaban los obreros a luchar", comentó, "mayor era la impresión de fuerza que daba el gobierno de von Papen..." Sin embargo, aquello no era todavía la toma del poder por los fascistas; eso todavía estaba por ocurrir. Papen no sería capaz de maniobrar mejor que Hitler e impedir una dictadura nazi, pues ni siquiera tenía la fuerza limitada que poseía Brüning: estaba apoyado sólo por los elementos más arcaicos de la burocracia prusiana. Papen no sería capaz de controlar la furia y la cólera de los millones que seguían a Hitler; eso sólo podrían hacerlo la determinación y la militancia de millones de trabajadores. Pero, ¿cómo podían los trabajadores tener esa determinación cuando veían al gobierno socialista prusiano dejarse derrocar por un alfilerazo, y cuando los comunistas, después de haberles dicho durante años que Alemania ya era fascista, los llamaban ahora a levantarse en huelga general contra el golpe de estado "fascista" de Papen y en defensa del gobierno "social-fascista" de Prusia? Empero, pese a toda la confusión de los obreros, la alternativa seguía siendo una victoria del nazismo o una victoria de la clase obrera: *tertium non datur*. Papen, insistía Trotsky, no duraría más de "cien días"; y lo mismo sucedería con Schleicher, quien lo sucedería como Canciller. Entonces la Reichswehr y los Junkers formarían una coalición con los nazis, abrigando la esperanza de domar a éstos. Todo sería en vano: "Toda combinación [gubernamental] concebible con Hitler conducirá inevitablemente a la absorción de la burocracia, los tribunales, la policía y el ejército por el fascismo." Aun ahora, sostenía Trotsky, no era demasiado tarde aún para un "frente unido" de los obreros. Pero, "¡cuánto tiempo se ha desperdiciado sin un propósito, insensata y vergonzosamente!"[34]

[33] W. L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, pp. 158-160, 170-172 *et passim*.
[34] *Der Einige Weg;* véase también *B. O.*, núms. 29-30, septiembre de 1932.

Para estas mismas fechas Trotsky polemizaba también con la Comintern en relación con la revolución española. La dictadura de Primo de Rivera tocó a su fin en 1930 y el colapso de la monarquía se produjo a continuación en abril de 1931. Mientras Alemania se transformaba de una democracia burguesa en un régimen autoritario, en España sucedía lo contrario. Sin embargo, en ambos países la Comintern se aferraba a la política del tercer periodo. Mientras el Partido alemán declaraba que el antagonismo entre el fascismo y la democracia burguesa carecía de importancia, el Partido español le restaba significación al conflicto entre la monarquía y la república. En Moscú, Manuilsky informó al Ejecutivo de la Comintern en febrero de 1930, después de la caída de Primo de Rivera: "Los movimientos de este tipo pasan por la pantalla de la historia como meros incidentes y no dejan huellas profundas en la mente de las masas trabajadoras... Una sola huelga... puede tener mayor importancia que una 'revolución' como la española..."[35] La revolución que habría de acaparar la atención del mundo durante casi una década todavía era mencionada entre comillas. La abdicación de Alfonso XIII tomó al Partido por sorpresa. Cuando a continuación la demanda de unas Cortes democráticamente elegidas resonó por toda España, los comunistas oficiales, al igual que los anarco-sindicalistas, mantuvieron que los obreros y los campesinos no ganarían nada con ningún Parlamento, y favorecieron el boicot de las elecciones. Sin embargo, al mismo tiempo, la Comintern declaraba que la revolución española, en vista del atraso del país, debía mantenerse dentro de los límites de la "democracia burguesa" y que "la dictadura proletaria no figuraba en la orden del día". Es fácil reconocer en este planteamiento el canon stalinista desarrollado como antítesis de la Revolución Permanente de Trotsky y aplicado en China en 1925-27. Este canon habría de constituir la base de la política stalinista en España durante todas sus fases. En una etapa posterior, en 1936-38, fue invocada para justificar la coalición comunista con los partidos republicanos burgueses en el Frente Popular, la política "moderada" del Partido Comunista y su acción represiva contra el POUM, los trotskistas y los anarcosindicalistas radicales. En los primeros años treintas, sin embargo, el mismo canon fue combinado de manera incongruente con tácticas ultraizquierdistas y con el rechazo de las demandas de una Asamblea Constituyente y libertades democráticas, los objetivos clásicos de la revolución burguesa.

Trotsky afirmaba que la revolución española tendría que pasar, como lo había hecho la Revolución Rusa, de la fase burguesa a la fase socialista si es que no quería ser derrotada. De todos los países europeos, Espa-

[35] Sin embargo, más tarde ese mismo año, el órgano del Ejecutivo de la Comintern culpó a los comunistas españoles por no haber comprendido la significación revolucionaria de los acontecimientos. Véase *Kommunisticheskii Internatsional,* 1930, núms. 34-35.

ña era el más parecido a la Rusia anterior a 1917 en estructura social y en el alineamiento de las fuerzas políticas; y en España, al igual que en Rusia, los Consejos o Juntas de Obreros estaban llamados a ser los órganos de la revolución. Al mismo tiempo que insistía en la "permanencia" de la revolución, Trotsky instaba a los comunistas a adoptar tácticas más realistas, a plantear o apoyar demandas en favor del sufragio universal, de una Asamblea Constituyente, de la autodeterminación de los vascos y los catalanes, y, sobre todo, a apoyar la lucha del campesinado por la tierra. Los campesinos tenían que esperar de las Cortes la solución del problema agrario, y los comunistas tenían el deber de enunciar su programa agrario desde la tribuna parlamentaria, aunque sólo fuera impulsar la acción extraparlamentaria del campesinado. Pero no podrían hacerlo siguiendo su política del "tercer periodo" y postulando el boicot del Parlamento. "El cretinismo parlamentario es una enfermedad detestable, pero el cretinismo antiparlamentario no es mucho mejor", comentó. ¿No habían convocado los bolcheviques una Asamblea Constituyente en 1917? En España la política parlamentaria estaba destinada a ser más importante aún que en Rusia, porque el ritmo de la revolución sería más lento; y los comunistas españoles, en su acción, deberían "tomar menos en cuenta la experiencia rusa que la de la gran Revolución Francesa. La dictadura jacobina fue precedida por tres asambleas parlamentarias"; y algo similar podría suceder en España.[36]

El Partido español no sólo estaba desorientado y era pequeño y débil; también estaba desorganizado por las divisiones y escisiones que eran inseparables de la ortodoxia stalinista. Ya había expulsado a varios grupos trotskistas y semitrotskistas y a Andrés Nin, su fundador y jefe durante una época. Las escisiones habrían de ser la causa de una considerable desmoralización en la España republicana en años posteriores, y el hostigamiento de Nin culminaría con su asesinato. Ya en abril de 1931, sólo unas semanas después del derrocamiento de la monarquía, Trotsky protestó en un mensaje confidencial ante el Politburó de Moscú contra la cacería de herejes en España. Recordó que en 1917, los bolcheviques, bajo la dirección de Lenin, habían hecho causa común con todos los grupos cercanos a ellos, independientemente de diferencias pasadas —él mismo había ingresado entonces en el Partido bolchevique— y habían comprobado que esto, y su capacidad de basar su unidad y su disciplina en la libertad del debate interno, los había fortalecido en la lucha por el poder. "¿Hay otros recursos o métodos", preguntó, "que puedan permitirle a la vanguardia española elaborar sus ideas y saturarse de la inconmovible convicción de la verdad y la justicia de esas ideas, única que le hará posible encabezar a las masas populares en su asalto final contra el viejo orden?" Las cacerías de herejes confundían y desmoralizaban a los

[36] *Ecrits,* vol. III, pp. 451-471 *et passim; B. O.,* núms. 21-22, 1931.

militantes de base y facilitaban una victoria fascista que tendría "graves repercusiones para toda Europa y la URSS". Trotsky le pedía al Politburó que aconsejara —"precisamente que aconseje, no que les imparta órdenes"— a los comunistas españoles a convocar un congreso de unidad; y ofreció aconsejar a sus seguidores que cooperaran en ese sentido. "El desarrollo de los acontecimientos en España confirmará diariamente la necesidad de la unidad en las filas comunistas. Una grave responsabilidad histórica pesará sobre aquellos que fomenten las escisiones."[37] Moscú no respondió al mensaje; pero en éste se ponían de manifiesto las causas de la derrota que la revolución española habría de sufrir siete u ocho años más tarde.

En el momento más crítico de estas controversias Stalin privó a Trotsky de su ciudadanía soviética y del derecho a regresar a Rusia durante el resto de su vida. *Pravda* publicó un decreto en ese sentido el 20 de febrero de 1932, ofreciendo como razón la "actividad contrarrevolucionaria" de Trotsky, sin especificar sus delitos. Esta era una represalia que no tenía precedentes. Los emigrados mencheviques y social-revolucionarios que ocupaban puestos en los órganos dirigentes de la Segunda Internacional y que, con el apoyo material y moral de ésta, habían llevado a cabo su agitación contra los bolcheviques, no habían sido privados hasta entonces de su ciudadanía soviética. Para subsanar esta omisión y para disimular un poco el verdadero objetivo, el decreto del 20 de febrero también despojaba de su ciudadanía a unos treinta emigrados mencheviques.

En esta "amalgama" había una malevolencia calculada. A diferencia de Trotsky, los dirigentes mencheviques no habían sido deportados: la mayoría de ellos recibieron el "consejo", en 1921-22, de que abandonaran el país si deseaban evitar ser perseguidos; y siguieron el consejo. Fue Lenin quien decidió "aconsejarlos", y Trotsky indudablemente aprobó la decisión. La hostilidad de este último contra los mencheviques permaneció inalterable incluso en el exilio, y lo llevó a incurrir en un lamentable error de juicio sólo unos cuantos meses antes del decreto del 20 de febrero. En 1931, durante el tristemente célebre proceso contra los mencheviques, que tuvo lugar en Moscú, Trotsky aceptó sin examen las acusaciones del gobierno contra éstos. A los reos —Sujánov, Groman y otros— se les imputaron los delitos de sabotaje económico y conspiración con sus camaradas emigrados. Las acusaciones se basaban en pruebas y "confesiones" falsas.[38]

[37] La carta al Politburó fue publicada posteriormente en *B. O.* Véase *Ecrits*, vol. III, pp. 447-448.

[38] El Fiscal alegó que los acusados habían recibido órdenes de R. Abramóvich, el dirigente menchevique emigrado, y que posteriormente habían viajado clandestinamente a Rusia para inspeccionar la organización conspirativa. Abramóvich pudo probar que en la época en que, según el Fiscal, había viajado a Rusia se encontraba presente en las sesiones del Ejecutivo de la Segunda Internacional en Bruse-

Lo que explica en parte la actitud de Trotsky es el elemento de verdad que había en la afirmación de la parte acusadora relativa a que el acusado principal, Groman, antiguo asesor económico de la Comisión Estatal de Planificación, había tratado de obstruir el Primer Plan Quinquenal. Groman, en realidad, había apoyado durante largo tiempo la política de Stalin y Bujarin y se había opuesto enérgicamente al programa de industrialización de Trotsky. Durante el proceso de Groman, Trotsky comentó que éste y su grupo habían "saboteado" la economía soviética en colusión con Stalin, y que sólo el "viraje a la izquierda" había puesto fin a la connivencia de Stalin y había llevado a los mencheviques al banquillo de los acusados.[39] Si bien estas circunstancias explican la aceptación de las acusaciones por parte de Trotsky, no la justifican. Más tarde el propio Trotsky lamentó públicamente su error.[40] Pero el incidente ilustra cuán intensa seguía siendo su enemistad con los mencheviques; y es fácil imaginarse con cuánto placer perverso Stalin puso en la picota a Trotsky y a los "saboteadores" mencheviques en el mismo decreto que los privaba a todos de su ciudadanía.

Este acontecimiento tuvo lugar poco después del relativamente enigmático "caso Turkul". El 31 de octubre de 1931, *Rote Fahne* publicó un artículo en el que se alegaba que el general Turkul, un emigrado que había mandado a los Guardias Blancos durante la guerra civil, estaba organizando un atentado contra la vida de Trotsky, aprovechándose de que éste no estaba suficientemente bien protegido en Prinkipo; y que si el atentado tenía éxito, los perpetradores culparían al gobierno soviético. La información parecía bastante plausible, pero resultaba extraño que fuera precisamente *Rote Fahne* el periódico que la publicara. A instancias de Trotsky, sus amigos hicieron gestiones ante las embajadas soviéticas en Berlín y París para recordarle al gobierno soviético su promesa de proteger la vida de Trotsky en el exilio y preguntándole qué se proponía hacer para cumplir su promesa. Moscú no contestó, y Trotsky llegó a la conclusión de que *Rote Fahne* sólo tenía un propósito: proporcionarle una coartada a Stalin en caso de un atentado. Sus seguidores le enviaron al gobierno una declaración que exhibía claramente los rasgos del estilo de Trotsky y afirmaba que "a Stalin no le interesaba impedir que los

las, donde hizo uso de la palabra junto con Leon Blum, Vanderwelde y otros dirigentes socialdemócratas en tribunas públicas.

[39] La primera opinión de Trotsky sobre el proceso de los mencheviques aparece en *B. O.*, núms. 21-22, 1931. Treinta años más tarde, en julio-septiembre de 1961, el *Sotsialisticheskii Vestnik* publicó los recuerdos de N. Jasny sobre Groman, que confirmaban que el papel de Groman en la lucha entre las facciones bolcheviques había sido en efecto el que describió Trotsky, aunque era, por supuesto, inocente de los delitos que se le imputaron.

[40] Véase *B. O.*, núm. 51, julio-agosto de 1936. Trotsky fue instado por Liova a admitir su error, y lo hizo poco antes del gran proceso contra Zinóviev y Kámenev.

Guardias Blancos llevaran a cabo sus designios, sino únicamente evitar que éstos hicieran recaer sobre Stalin y sus agentes la responsabilidad por el acto terrorista".[41] Stalin replicó indirectamente, a través de la Comintern, reprochándole a Trotsky la ingratitud con que éste había correspondido a la solicitud de que él, Stalin, le había dado muestra: la respuesta sugería que la vida de Trotsky estaba efectivamente amenazada por los Guardias Blancos.[42] Stalin castigó a continuación la "ingratitud" convirtiendo a Trotsky en un apátrida y privándolo incluso del mínimo de protección formal que cualquier gobierno está obligado a prestar a sus ciudadanos en otros países.

La represalia tenía por objeto lograr lo que la ejecución de Blumkin no había conseguido: cortar todos los contactos entre Trotsky y sus seguidores en la Unión Soviética. Pese a la censura y la intercepción, Trotsky aún recibía una nutrida correspondencia desde las colonias de deportados y las cárceles. En Berlín, Liova trataba de establecer contactos con viejos camaradas que llegaban allí en misión oficial, e informaba a Prinkipo sobre sus éxitos y fracasos. Así, por ejemplo, en la primavera de 1931, se encontró por casualidad con Piatakov; pero aquel íntimo amigo de años anteriores, ahora "el Judas, el pelirrojo" —como escribió Liova— "volvió la cabeza y fingió no verme". Más adelante, en julio, mientras curioseaba en una de las grandes tiendas de la ciudad, Liova se topó inesperadamente con Iván Smirnov, que desde el momento de su capitulación había desempeñado un alto cargo administrativo en la industria soviética. Se abrazaron, y Smirnov preguntó afectuosamente por Trotsky y todos los miembros de su familia; y abriendo su amargado corazón de capitulador habló sobre la triste situación y el descontento que imperaban en la Unión Soviética. Aunque había perdido ya las esperanzas con que se había rendido a Stalin, no estaba en actitud de reanudar la lucha; prefería esperar y ver lo que sucedía. Dijo, sin embargo, que él y sus amigos estarían dispuestos a formar un "bloque" con Trotsky y sus seguidores, el propósito inmediato del cual sería simplemente intercambiar informaciones. Cuando menos deseaba mantener un contacto con Trotsky; y, puesto que pronto habría de regresar a Moscú, prometió enviar a través de un amigo de confianza un documento en el que analizaría la situación de la economía soviética y los estados de ánimo político prevalecientes en el país. Se puso de acuerdo con Liova en cuanto a la contraseña que utilizaría el mensajero; y a principios del otoño, E. S. Golzman, un viejo

[41] El mensaje fue despachado a Moscú confidencialmente. Trotsky lo publicó sólo después de haber sido privado de la ciudadanía soviética. *B. O.*, núm. 27, marzo de 1932.

[42] La réplica tomó la forma de una circular secreta enviada por el Ejecutivo de la Comintern a los Comités Centrales de todos los Partidos Comunistas. Una copia de la circular llegó a manos de Trotsky y figura en *The Archives*, Sección cerrada.

bolchevique que había capitulado, trajo un memorándum de Smirnov que habría de aparecer en el *Bulletin Oppozitsii* un año después, revelando por primera vez la magnitud de la destrucción de recursos agropecuarios durante la colectivización, las graves desproporciones en la industria, los efectos de la inflación en toda la economía, etc. El memorándum terminaba con la siguiente conclusión elocuente: "En vista de la incapacidad de la actual dirección política para salir del *impasse* económico y político, cada día aumenta el convencimiento sobre la necesidad de cambiar la dirección del Partido." Liova y Golzman se reunieron con frecuencia para discutir el desarrollo de los acontecimientos en la Unión Soviética.[43]

Smirnov y Golzman no hablaban sólo en nombre propio, sino en el de muchos capituladores que, tímida pero inequívocamente, volvían sus ojos una vez más hacia Trotsky. Su ansiedad era suscitada por la tormenta que se cernía sobre Alemania así como por la situación interna. Se sentían alarmados por la parálisis del comunismo alemán y seguían con simpatía la campaña de Trotsky. La mayoría de ellos pensaban ya lo que Rádek habría de expresar más tarde, en 1933, cuando, conversando con un comunista alemán de su confianza, señaló la oficina de Stalin en el Kremlin y dijo: "Allí se sientan los culpables de la victoria de Hitler."[44] No pudiendo ver la manera de cambiar la política de la Comintern, exasperados y frustrados, los capituladores volvieron a acercarse en cierta medida a la Oposición trotskista. Esto no escapó a la atención de Stalin, que estaba más empeñado que nunca en aislar al Partido de la influencia de Trotsky. Ahora lamentó haber expulsado a Trotsky de Rusia, pues su destierro le permitía a éste difundir sus ideas por todo el mundo. Stalin decidió enmendar el "error": Trotsky, privado de la ciudadanía soviética, quedaba señalado como un proscrito para siempre. De entonces en adelante, cualquier ciudadano soviético que tratara de comunicarse con él incurriría en el delito de asociación no sólo con el jefe en desgracia de una oposición interna, sino con un conspirador *extranjero*.

Trotsky replicó con una "Carta Abierta" al Presidium del Comité Central Ejecutivo, en cuyo nombre se había publicado el decreto del 20 de febrero.[45] Denunciaba la ilegalidad del decreto (que describía como una "amalgama consumada al estilo termidoriano" y un acto "impotente y hasta lastimoso" de venganza personal de Stalin) y hacía además el ba-

[43] Esta relación se basa en la correspondencia de Liova con su padre y en su declaración ante la Comisión Francesa de Investigación que en 1937 llevó a cabo indagaciones preparatorias para el contraproceso mexicano. *The Archives,* Sección cerrada.

[44] E. Wollenberg, antiguo redactor de *Rote Fahne* y dirigente del *Rotfrontbund* escribe en *The Red Army,* p. 278: "A principios de 1933 Zinóviev me dijo: 'Aparte de los socialdemócratas alemanes, Stalin es el primer responsable ante la historia por la victoria de Hitler.'"

[45] *B. O.*, núm. 27, marzo de 1932.

lance de una década de la lucha interna del Partido. "¿Creen ustedes que con ese falso pedazo de papel... habrán de detener el crecimiento de la crítica bolchevique? ¿Que habrán de impedirnos cumplir con nuestro deber? ¿Que intimidarán a nuestros correligionarios?... La Oposición pasará sobre el decreto del 20 de febrero como pasa un obrero sobre un charco de agua sucia en su camino al taller." Trotsky estaba consciente de que esta represalia no era la "última palabra" de Stalin. "Conocemos el arsenal de sus métodos... y ustedes conocen a Stalin tan bien como yo. Muchos de ustedes, en conversaciones conmigo o con personas cercanas a mí, han expresado más de una vez la opinión que tienen de Stalin, y la han expresado sin ilusiones." Así se dirigía a los colaboradores de Stalin, a los "hombres del aparato". Apelaba a su conciencia, pero también a su interés. Trataba de persuadirlos de que no tenían nada que ganar, y sí mucho que perder, bajo la autocracia de Stalin. Describía con elocuencia la humillación que ellos junto con todo el Partido, sufrían a manos de Stalin.

> Ustedes comenzaron su lucha contra el "trotskismo" bajo la bandera de la Vieja Guardia bolchevique. A las imaginarias ambiciones de mando personal de Trotsky, ambiciones que ustedes mismos se inventaron, opusieron la "dirección colectiva del Comité Central leninista". ¿Qué queda de esa dirección colectiva? El aparato, independiente de la clase obrera y del Partido, ha preparado el terreno para la dictadura de Stalin que es independiente del aparato. Y ahora, para cualquiera, jurar lealtad al "Comité Central leninista" es casi lo mismo que llamar abiertamente a la insurrección. Sólo es posible jurar lealtad personal a Stalin: ésa es la única fórmula permitida. El orador público, el propagandista, el teórico, el educador, el deportista... todos están obligados a incluir en sus discursos, artículos o conferencias la frase... "bajo la dirección de Stalin"; todos deben proclamar la infalibilidad de Stalin, que cabalga sobre la espalda del Comité Central. Todo miembro del Partido y todo funcionario soviético, desde el jefe del Gobierno hasta el modesto empleado en cualquier rincón del país, tiene que jurar... que en caso de que surja cualquier diferencia entre el Comité Central y Stalin, él, el infrascrito, apoyará a Stalin contra el Comité Central.

Stalin estaba reprimiendo a su propia facción, que le había ayudado y le seguía ayudando a reprimir a todos sus adversarios. Dentro de su propia facción había creado una facción propia, más reducida aún, que operaba a través de agentes secretos, contraseñas, claves, etc. Estaba desesperadamente ansioso de destruir a la Oposición hasta el final —de ahí el decreto del 20 de febrero— a fin de poder ajustar cuentas con sus propios seguidores y colaboradores cercanos. Los hombres del "aparato"

debían negarse, por consiguiente, y en su propio provecho, a acatar la voluntad de Stalin. Sólo así podrían salvarse a sí mismos.

> La fuerza de Stalin siempre ha residido en la maquinaria, no en él mismo... Separado de la maquinaria... Stalin... no representa nada... Es tiempo de romper con el mito de Stalin. Es tiempo de que ustedes pongan su confianza en la clase obrera y en su partido auténtico, no en el partido falsificado... ¿Desean ustedes seguir por el camino [stalinista]? Pero ya no hay camino. Stalin los ha llevado a un atascadero... Es tiempo de someter a revisión todo el sistema soviético y depurarlo despiadadamente de todas las excrecencias que lo agobian. Es tiempo de acatar el último e insistente consejo de Lenin: "¡Hay que deponer a Stalin!"

Era a la burocracia stalinista, más bien que a los militantes de base bolcheviques, a quien Trotsky se dirigía enfáticamente en esta ocasión. Comprometido como estaba a laborar por la reforma del partido gobernante, no por su derrocamiento, tenía que apelar a esa burocracia porque sólo el Comité Central, compuesto casi exclusivamente por stalinistas, podía iniciar una reforma con apego al procedimiento constitucional. Trotsky, en efecto, instaba a los jefes de la antigua facción stalinista a que iniciaran —¡en 1932!— la desestalinización que algunos de ellos habrían de llevar a cabo veintitantos años más tarde, después de la muerte de Stalin. Esta exhortación, aun cuando no habría de ser escuchada, no fue en modo alguno injustificada, pues el conflicto entre Stalin y sus viejos colaboradores y partidarios habría de terminar con la supresión física de la mayoría de éstos. Trotsky, que observaba el conflicto, no se inclinaba en modo alguno a restarle significación, aun cuando lo minimizó en algunos de sus escritos de carácter más general. Este, como ya sabemos, fue el momento más peligroso y sombrío de la historia soviética, cuando la nación llegó a sentir el pleno impacto de la calamidad en la agricultura y del hambre, y cuando el caos inflacionario amenazó con hacer fracasar su penoso progreso industrial. "Las adversidades y frustraciones se acumulaban una tras otra; la popularidad de Stalin había descendido a su nadir y él observaba con el ánimo en tensión cómo se levantaban y se estrellaban contra los muros del Kremlin las olas del descontento." Así hemos descrito este momento en otro lugar.[46] El descontento, debemos añadir, no sólo se estrellaba contra los muros del Kremlin, sino que se abría paso entre ellos.

La discordia entre Stalin y sus colaboradores íntimos se había puesto de manifiesto ya en 1930, cuando aquél, en su declaración titulada "Los éxitos se nos suben a la cabeza", reprobó expresamente la utilización de

[46] Deutscher, *Stalin, biografía política,* p. 310.

la violencia en la colectivización y, pasando por encima del Comité Central, se presentó ante el país como el único protector del campesinado. En esa ocasión el Comité Central protestó, y Stalin tuvo que decirle a la nación que todo el Comité Central, y no él solo, se había propuesto ponerle coto a la violencia. La siguiente disensión fue ocasionada por el eclipse provisional de Yaroslavsky durante el mismo año. Yaroslavsky era uno de los puntales de la facción stalinista, el custodio más feroz de su ortodoxia y autor de un libro de texto sobre la historia del Partido, una proeza de falsificación que había sido aclamada como una guía segura en el laberinto doctrinal de la lucha interna del Partido y se le había inculcado dogmáticamente al Partido. Fue precisamente ese libro el que ahora determinó que Yaroslavsky cayera en desgracia. Stalin descubrió súbitamente que la obra estaba plagada de herejías y ordenó que fuera retirada de la circulación. Yaroslavsky, que había escrito el libro en los años veintes, no pudo llevar la falsificación hasta el grado que le convenía a Stalin en 1931. El adulterador de la historia no trabaja en un vacío: la libertad que puede tomarse y la insolencia que puede permitirse dependen de la medida del olvido en que el tiempo, la indiferencia y las falsificaciones previas hayan sumido a los hombres y los acontecimientos; y en los años veintes, Yaroslavsky tenía que tomar en cuenta el hecho de que muchos de sus lectores tenían aún recuerdos relativamente recientes de los años de la revolución y la guerra civil. En 1931 Stalin requería falsificaciones mucho más radicales. A medida que su poder autocrático aumentaba, necesitaba que la tela de la historia fuera cortada a su medida una y otra vez. Unos cuantos años antes bastaba con que cualquier texto stalinista denunciara a Trotsky como un "desviacionista" del bolchevismo y aclamara a Stalin como el intérprete fiel del leninismo. Ahora el autor de cualquier libro de historia tenía que describir a Trotsky como un furibundo contrarrevolucionario de toda la vida; presentarlo como un traidor incluso en el momento en que era Presidente del Soviet de Petrogrado y Comisario de la Guerra; hacer olvidar a la gente que el villano había desempeñado cargos tan elevados; conferirle a Stalin todo el esplendor de que Trotsky había sido despojado; y establecer de manera incuestionable la sucesión apostólica de Marx-Engels-Lenin-Stalin. La falsificación de la historia en ese grado no se realizaba en provecho de la facción stalinista en general, sino de la autocracia de Stalin. La *Historia* de Yaroslavsky había representado el punto de vista de los stalinistas en el momento en que éstos todavía consideraban a Stalin como su *primus inter pares:* había, por lo tanto, exaltado al stalinismo, pero no glorificado al propio Stalin y al genio sobrehumano que le daba derecho a colocarse por encima de su propia facción. Yaroslavsky, por lo tanto, debía ser sacrificado. Pero fue tal el desaliento que esto causó incluso entre los

secuaces de Stalin, que pronto hubo que rehabilitarlo.[47]

Más dramática fue la destitución, también en 1931, de Riazánov como Director del Instituto Marx-Engels. El célebre erudito marxista se había retirado hacía tiempo de la actividad política y, pese a su vieja amistad con Trotsky, se había conducido con absoluta lealtad a Stalin, dedicando todas sus energías a los ricos archivos y la biblioteca del Instituto. Con todo, en virtud de su mera presencia en el Instituto, mantenía viva una tradición erudita de marxismo clásico en los precisos momento en que Stalin estaba empeñado en convertir el Instituto en un santuario de su culto personal. Riazánov, pues, fue expulsado y deportado de Moscú bajo el pretexto de que se había confabulado con los mencheviques para suprimir algunos de los escritos inéditos de Marx.[48]

Relacionado con todo esto se hallaba el notorio ataque de Stalin a los redactores de *Proletárskaya Revolutsia,* a los que acusó de traficar con "contrabando trotskista". La revista había publicado un ensayo histórico sobre la actitud bolchevique frente a Rosa Luxemburgo antes de 1914, reconociendo debidamente sus méritos revolucionarios y marxistas. En esto no había nada de inusitado, pues desde su asesinato en 1919 los comunistas solían rendir homenaje regular y solemne a la memoria de Rosa Luxemburgo; después de 1928, los aniversarios de la muerte de Lenin, Luxemburgo y Liebknecht eran observados anualmente en una sola celebración solemne de las "tres eles". Stalin denunció ahora las ideas de Rosa Luxemburgo como inherentemente hostiles al bolchevismo y afines al trotskismo. La afinidad era innegable; pero hasta entonces los stalinistas habían luchado contra el jefe viviente de la Oposición, no contra un fantasma. Stalin dio en sospechar que, al rendir homenaje al fantasma, los responsables de la revista favorecían taimadamente la rehabilitación de Trotsky.

> Yo creo —escribió— que [a la redacción de la revista] la ha llevado a esta senda [equivocada] el liberalismo podrido, que tiene actualmente cierta difusión entre una parte de los bolcheviques. Algunos bolcheviques creen que el trotskismo es una fracción del comunismo, que, ciertamente, comete errores, hace muchas tonterías, a veces hasta es antisoviética, pero que, a pesar de todo, es una fracción del comunismo...

[47] El autor del presente libro estuvo en Moscú en ese tiempo y escuchó numerosas expresiones agitadas de ese desaliento entre los miembros más "ortodoxos" del Partido.

[48] La defensa de Riazánov por Trotsky figura en *B. O.,* núms. 21-22, mayo-junio de 1931. Como director del Instituto Marx-Engels, Riazánov había hecho más que nadie por reunir en el Instituto los papeles de Marx y Engels. Obtuvo, entre otras cosas, varias cartas de Marx a Kautsky, que éste cedió bajo la condición de que algunas de ellas, que contenían observaciones desfavorables para él, no fueran publicadas antes de su muerte. Riazánov, comprometido por su palabra, se abstuvo de publicarlas; y nadie se lo tuvo a mal hasta que Stalin necesitó un pretexto para expulsarlo del Instituto y desacreditarlo.

Huelga demostrar que tal opinión sobre el trotskismo es profundamente errónea y dañina. En realidad, el trotskismo... es el destacamento de vanguardia de la burguesía contrarrevolucionaria, que lucha contra el comunismo... Por eso, el liberalismo respecto al trotskismo... es una imbecilidad rayana en el crimen, en la traición a la clase obrera.[49]

Stalin no sólo estaba en conflicto con el "liberalismo podrido" de sus propios seguidores. Tenía que vérselas con desafíos más directos. Dentro del Comité Central y en torno de éste se formaban continuamente nuevos grupos de descontentos. Los casos de Riutin, Slepkov, Syrtsov y Lominadze llevaban ya dos años sin resolverse. Los cuatro habían sido sucesivamente destituidos, denunciados, semi-rehabilitados y otra vez calificados de conspiradores. Stalin y el Comité Central no podían ponerse de acuerdo en cuanto al grado de culpabilidad de estos hombres y el castigo que habría de imponérseles. En 1932 fueron denunciadas varias nuevas "facciones conspirativas": un grupo encabezado por A. Smirnov, ex-Comisario de Agricultura, Eysmont, Comisario de Suministros y Tolmachev, Comisario de Transportes; otro grupo, formado por Konor, Kovarsky y Vulf, fue descubierto en el Comisariado de Agricultura; y en los sindicatos y varios Comisariados se reveló la existencia de "redes de oposición".[50] Los jefes de estos grupos no habían participado en ninguna conspiración real. Quienes entre ellos eran miembros del Comité Central no habían hecho más que ejercer su derecho estatutario de tratar de persuadir a sus colegas de que la política de Stalin era perniciosa, de que éste era culpable de abusar de su poder y de que el Comité Central debería destituirlo de su puesto de Secretario General. Hicieron circular algunos memorándums en ese sentido y trataron de obtener el apoyo moral de las oposiciones anteriores. Así, Riutin solicitó los consejos de Zinóviev y Kámenev, mientras que Eysmont y Tolmachev recurrieron a Tomsky y Ríkov. En el transcurso de 1931 y 1932, Stalin presionó al Politburó y al Comité Central para que le dieran mano libre frente a estos críticos. Encontró resistencia en el Comité, e incluso la GPU se mostró renuente a actuar.[51]

Sólo después de muchas dilaciones, en noviembre de 1932 y enero de 1933, pudo expulsar a algunos de los descontentos y pronunciar una nueva

[49] Stalin *Obras* (ed. en español), vol. 13 pp. 104-106.

[50] Popov, N., *Outline History of the C.P.S.U. (b)*, vol. II, pp. 391, 399, 418-419, 434; *K.P.S.S. v Rezolutsiaj*, vol. II, p. 742. Los casos de todos estos "desviacionistas" fueron el tema de diversas "confesiones" en los procesos de Moscú de 1937-38; véanse las actas taquigráficas de los procesos. Véase también Serge, *Mémoires d'un Révolutionnaire*, pp. 280-281, y *B. O.*, núm. 31 *et passim*.

[51] En su informe "secreto" en el XX Congreso, N. Jruschov hizo público un telegrama que Stalin y Zhdánov enviaron al Politburó el 25 de septiembre de 1936, reprendiendo a la GPU por actuar con *cuatro años de retraso* en el "desenmascaramiento" de las conspiraciones trotskistas-zinovievistas. N. Khruschev, *The Dethronement of Stalin*, p. 12.

excomunión de Zinóviev y Kámenev, que volvieron a ser deportados de Moscú, en esta ocasión a Siberia. Durante esta segunda deportación, Zinóviev, según se dice, afirmó que el mayor error de su vida, mayor aún que su oposición a Lenin durante los días de la Revolución de Octubre, había sido su decisión de abandonar a Trotsky y de capitular ante Stalin en 1927. Poco después Preobrazhensky, Iván Smirnov, Mrachkovsky, Murálov, Ter-Vaganián y muchos otros capituladores volvieron a ser expulsados y encarcelados; y fueron perseguidos con mayor crueldad aún que los oposicionistas que nunca habían capitulado. A fines de año parecía que la Oposición había recuperado el terreno perdido desde 1927. Un informe contemporáneo describe de la siguiente manera el efecto de la persecución de los capituladores: "Estos viejos revolucionarios, experimentados dirigentes políticos, han hecho un intento por encontrar un lenguaje común con los hombres del aparato. El intento duró casi cuatro años y ha terminado con el fracaso. Cuando ellos capitularon, a las células del Partido se les dijo que 'todos los viejos bolcheviques habían roto con la Oposición'. Este argumento causó indudablemente una gran impresión... Ahora el arresto de los [capituladores] está causando una impresión mayor, pero en sentido contrario: 'Bueno', dicen muchos, 'la Oposición de izquierda tenía razón al fin y al cabo, si tantos de los que la abandonaron están volviendo a ella'." [52] En rigor de verdad, no volvían por su propia voluntad: Stalin los echaba del Partido porque temía su presencia en él durante esta primera fase de su conflicto con sus propios seguidores y de la confusión entre sus propios colaboradores. En los mismos días de la segunda deportación de Zinóviev y Kámenev, Nadia Alilúyeva, la esposa de Stalin, se suicidó: había sufrido un colapso moral bajo el peso del remordimiento que le causaba la manera como su marido dirigía los asuntos del Partido y el Estado.

Tales eran, pues, las circunstancias en que Trotsky instó a los colaboradores de Stalin a cumplir por fin el testamento de Lenin y a "deponer a Stalin". Su llamado no fue una mera reacción impulsiva frente al decreto que lo privaba de su ciudadanía. El contaba con la posibilidad de que la ambición autocrática de Stalin pudiera sacudir al fin a los hombres del grupo gobernante e impulsarlos a actuar en su propia defensa. Cuando se considera que cinco o seis años después Stalin habría de ordenar la ejecución de 98 de los 139 miembros suplentes del Comité Central (y de 1 108 de los 1 966 delegados al XVII Congreso del Partido), exterminando así a la mayoría de los cuadros *stalinistas,* casi tres cuartas partes de su élite, es preciso admitir que Trotsky, al dirigirse a esos cuadros, tenía razón suficiente para invocar no sólo sus propios intereses, los de la Oposición y los del Partido, sino también los dictados del instinto de conservación de tales cuadros. "¡Sálvense! ¡Esta es la última oportunidad que les

[52] Véase la Correspondencia de Moscú en *B. O.*, núm. 33.

queda!", les decía en efecto a aquellos stalinistas que andando el tiempo serían víctimas del terror de Stalin. Instaba a hombres como Jruschov y Mikoyán a "depurar al Estado soviético de las excrecencias que lo agobiaban" veinticuatro años antes de que ellos estuvieran dispuestos a empezar a hacerlo, y cuando aún había muchas menos excrecencias que depurar de las que habría más tarde, Trotsky sabía, por supuesto, que aun cuando ellos se decidieran a actuar contra Stalin, lo harían a regañadientes y se verían frenados por mil inhibiciones. Pese a todo, concebía la posibilidad de un "frente unido" con ellos y les ofrecía su apoyo crítico, seguro de que una vez que el movimiento contra Stalin comenzara, él y sus seguidores pasarían a primer plano.[53]

Hizo todo lo posible por alentar a los stalinistas descontentos. Liova, que desde Berlín se hallaba en contacto más estrecho con los acontecimientos en Moscú, estaba especialmente deseoso de que así lo hiciera. Los informes de Moscú seguían refiriéndose a la exasperación entre los stalinistas y a las declaraciones privadas sobre la necesidad de "deponer a Stalin". Pero los mismos informes indicaban que los stalinistas descontentos veían con terror la mera posibilidad de que Trotsky regresara. "Si Trotsky volviera", decían, "nos fusilaría a todos." O bien: "Se vengará de todo lo que le hemos hecho a él y a sus seguidores y enviará a miles de nosotros al paredón." Stalin explotaba y atizaba ese temor. "Esto nos indica la línea que debemos seguir", le escribió Trotsky a su hijo. "De ninguna manera debemos asustar a la gente con consignas o fórmulas que puedan interpretarse como la expresión de un deseo... de venganza. Mientras más cercano esté el momento de la confrontación decisiva... más suave y más conciliatoria deberá ser la forma en que hablemos, aunque no debemos, por supuesto, hacer ninguna concesión de principios."[54] En el *Bulletin* y en un folleto especial destinado a circular en Rusia, Trotsky procuró tranquilizar así a quienes temían su venganza:

> Es preciso, por supuesto, poner fin al régimen bonapartista de un solo jefe al que todos están obligados a adorar: es preciso poner fin a esa vergonzosa deformación de la idea de un partido revolucionario. Pero lo que importa es cambiar el sistema, no arrojar al ostracismo a los individuos. La camarilla stalinista difunde asiduamente el rumor de que la Oposición de Izquierda regresará... espada en mano y que su primera tarea será la de vengarse sin piedad de sus adversarios... Esta mentira venenosa debe ser repudiada... La venganza no es un sentimiento político. Los bolcheviques leninistas jamás han sido guiados por la venganza; y menos que nadie nos dejaremos guiar nosotros por la

[53] *Ibid.*, núm. 27. Durante el año de 1932 Trotsky volvió a menudo sobre este asunto en su correspondencia con Liova.

[54] Cartas de Trotsky a Liova del 17, 24 y 30 de octubre de 1932.

venganza. Todos conocemos demasiado bien las . . . causas que han llevado a decenas de miles de miembros del Partido al callejón sin salida . . . Estamos dispuestos a trabajar hombro con hombro con todo el que esté dispuesto a reconstituir el Partido y a impedir una catástrofe.[55]

Sin embargo, aquél era el año de 1932, no de 1953 o 1956. Pese a las señales que parecían anunciarlo, el movimiento contra Stalin no se materializó. Los "hombres del aparato" no fueron capaces de actuar contra su jefe. El temor al regreso de Trotsky y a la venganza no era la más importante de las inhibiciones que los frenaban. Era la descomposición misma de la facción stalinista la que los hacía incapaces de actuar. Stalin los dominaba dividiéndoles, creando grupos rivales y formando su guarda pretoriana, cuyos miembros no abrigaban ningún sentimiento de lealtad para los camaradas de otros tiempos y estaban dispuestos a apuntalar el mando personal de su jefe. Este era el "cuerpo secreto" que operaba a través de sus propios agentes con "contraseñas y claves secretas" y que Trotsky había mencionado; y éstos eran los "quintetos", "sextetos" y "septetos" que, según Jruschov, Stalin creó dentro del Politburó y el Comité Central y a través de los cuales redujo al segundo a la impotencia. Las artes que le habían ganado el poder no le fallaron para conservarlo. Stalin podía descubrir cualquier barrunto de hostilidad dentro del Comité Central antes de que tuviera tiempo de difundirse. Ningún grupo de descontentos, ni siquiera uno que estuviera compuesto por los stalinistas más influyentes, podía expresar ninguna crítica ni tratar de influir en otros miembros de la jerarquía, pues no bien habían hecho el intento eran "desenmascarados" y estigmatizados como traidores.

Con todo, los grupos secretos, los "quintetos", los "sextetos" y los demás recursos conspirativos de Stalin habrían servido de poco si los descontentos no hubiesen estado paralizados por un temor que había inmovilizado a todas las oposiciones interiores. Todos temían que cualquier acción contra Stalin pudiera convertirse en la señal para una explosión del descontento popular y abrir el camino a una contrarrevolución que barrería a Stalin junto con todos sus adversarios bolcheviques. Ese temor acosaba a Trotsky también. Este todavía no le veía ninguna solución al dilema que lo había atormentado en los años veintes. Poco después de hacer su dramático llamamiento y de cerrarlo con las palabras: "Deponer a Stalin", reconsideró su planteamiento. En octubre de 1932 le escribió a su hijo:

La consigna de "deponer a Stalin" es correcta en un sentido definido y específico [el sentido en que la usaba Lenin cuando le aconsejó al Comité Central que eligiera otro Secretario General] . . . Si nosotros fuéramos fuertes ahora . . . no habría absolutamente ningún peligro en

[55] *B. O.*, núm. 33.

plantear esa consigna. Pero en la actualidad Miliukov, los mencheviques y los termidorianos de todo tipo... se harán eco gustosamente del grito de "deponer a Stalin". Pero bien podría suceder que dentro de unos cuantos meses Stalin tuviera que defenderse de la presión termidoriana y que nosotros tuviéramos que apoyarlo provisionalmente. Todavía no hemos superado esta etapa... Así, pues, la consigna de "abajo Stalin" es ambigua y no debería levantarse como grito de guerra en este momento...[56]

Al mismo tiempo Trotsky declaraba en el *Bulletin:* "Si el equilibrio burocrático en la URSS [es decir, el régimen de Stalin] fuera alterado en la actualidad, ello redundaría casi seguramente en provecho de las fuerzas de la contrarrevolución." [57]

Para los stalinistas descontentos en Moscú, no digamos ya para los capituladores, este eufemismo equivalía a un consejo de que no se lanzaran al ataque. Si el propio Trotsky pensaba que la consigna de "Abajo Stalin" era demasiado arriesgada, ¡cuánto más arriesgada debe de haberles parecido a ellos! ¿Qué debían hacer entonces? "¿Deseaban ustedes seguir por el camino stalinista? Pero ya no hay camino", les había dicho Trotsky en marzo. "Stalin los ha llevado a un atascadero." Ahora se enteraban de que tampoco había un camino de regreso, y de que todo lo que podían hacer era tratar de sobrevivir en el atascadero y confiar en que el tiempo y el progreso de la nación los sacarían de él. Llegaron a la conclusión de que, mientras tanto, tenían que aceptar lo inevitable; y hubieron de aceptarlo durante más de dos décadas, hasta la muerte de Stalin.

Zinóviev o Kámenev le había dicho una vez a Trotsky que Stalin se vengaría de él y de sus hijos y nietos "hasta la tercera o la cuarta generación". Ahora, en efecto, la venganza bíblica golpeó a la familia de Trotsky. El decreto que lo privaba a él de la ciudadanía soviética también despojaba de ella a sus parientes que lo acompañaban en el exilio; y les prohibía regresar a la Unión Soviética. Esto afectó inmediatamente a Zina, que se encontró separada de su marido y de su hija menor sin la esperanza de volver a reunirse con ellos.

Zina había pasado ya cuatro meses en la capital alemana. La ciudad desconocida y su clima político la absorbieron en un principio a tal punto que, para satisfacción de sus médicos, pareció recobrar su equilibrio. La mejoría era superficial, y es posible que los médicos hayan sido engañados por una paciente que era demasiado orgullosa para revelarles su mente perturbada. Zina se resistió obstinadamente a la investigación psicoana-

[56] *The Archives,* Sección cerrada.
[57] *B. O.,* ibid. Es interesante observar que la reprobación por parte de Trotsky de la consigna "¡Abajo Stalin!" se debió en parte a las instancias de Liova.

lítica. "Los médicos sólo me han confundido", confesó más tarde, "pero yo los he confundido mucho más a ellos, los pobrecitos..." Sus tensiones emocionales no habían menguado. La adoración que sentía por su padre seguía en conflicto con sus sentimientos de agravio. En sus pensamientos y en su correspondencia volvió a evocar su última despedida: ella resentía la extraña frialdad de aquel momento y el desapego y la olímpica superioridad de su padre. Recordó con melancolía sus palabras: "Eres una persona asombrosa; nunca he conocido a nadie como tú"; y se dolía de su incomprensiva severidad. Ella anhelaba un contacto más afectuoso a través de la correspondencia, pero él escribía con poca frecuencia, con menos frecuencia, en todo caso, de la que ella deseaba; y en sus cartas, aun cuando estaban llenas de preocupación por ella, Zina aún lo sentía frío y distante.

A esto se sumaba su discordia con Liova. Zina no podía llevarse con él, aun cuando nadie en Berlín estaba más cerca de ella y aun cuando su padre les rogaba a ambos que se apoyaran mutuamente en su difícil situación. Zina también le reprochaba a Liova su falta de compasión, y de sólo verlo se sentía devorada por los celos. "Cada vez que lo veo", escribió muy poco tiempo después de su llegada a Berlín, "sufro un colapso nervioso."[58] Procuraba no encontrarse con él; y Liova, de todos modos, estaba demasiado ocupado con su trabajo político y la *Hochschule*. El hecho mismo de la actividad de Liova, que era resultado de sus íntimas relaciones con el padre de ambos, excitaban la envidia de Zina: ella contrastaba esa actividad con su propia "pasividad e inutilidad", y se refería a sí misma despreciativamente como "Zina la holgazana".

El ucase que la privaba de la posibilidad de regresar a Rusia agudizó su soledad y su inseguridad. Su padre le aconsejó que protestara ante la embajada soviética con calma y moderación: tal vez si en Moscú comprendían que ella no tenía actividad política y sólo trataba de rehacer su salud, la eximirían del decreto.[59] No sabemos si Zina siguió el consejo; en todo caso, no recuperó su ciudadanía. Mientras tanto, sus médicos llegaron a la conclusión de que, para recuperarse, ella debía reunirse con su familia en Rusia y reanudar lo antes posible una existencia normal en su propio medio ambiente. Eso era precisamente lo que ella no podía hacer. Convertida en proscrita, sola en la ciudad enorme y extraña, sintiéndose separada de la mitad de su familia, sus colapsos nerviosos y accesos de amnesia se hicieron más frecuentes. No tuvo más remedio que volver de mala gana al diván del psicoanalista, del cual se levantaba para contemplar la vasta demencia política que se apoderaba de la nación en cuyo seno el destino la había arrojado.

[58] Véanse, por ejemplo, las cartas y tarjetas postales de Zina a su padre, fechadas el 26 de febrero, 30 de mayo y 7 de junio de 1932.
[59] Véase la correspondencia de Trotsky con sus hijos en marzo de 1932.

En sus cartas describía la desdicha y el tormento de Alemania, intercalando sus descripciones con agudas observaciones políticas y mordaz *Galgenhumor*. Cuando le escribió por primera vez a su padre para decirle cuánto la preocupaba el estar aislada de Rusia y de sus familiares allí también le contó que el "plebiscito rojo" y la confusión y desmoralización de la clase obrera alemana no la deprimían menos que su problema personal.[60] Siguió atentamente la "campaña alemana" de Trotsky, pero la satisfacción que esto le producía era anulada por el sentimiento de estar excluida del trabajo y los intereses políticos de su padre: "No tiene ningún sentido escribirse con papá . . .", escribió en una carta. "El está cada vez más por encima de las nubes en las regiones de la alta política . . . y yo estoy la mayor parte del tiempo sumida en la porquería psicoanalítica." [61] Su propia visión de la barahúnda política se hacía más vívida a causa del ojo demente con que la contemplaba. Hay en su correspondencia frases tan ricas y sarcásticas que parecen salidas de la pluma de su padre. Una imagen de Berlín, hambriento y borracho, lleno del ruido de pesadas botas y presa de la desesperación y la sed de sangre, se repite como un estribillo en sus cartas. "Berlín canta . . . todo el tiempo, a menudo con una voz enronquecida por la borrachera o el hambre . . . Esta es una ciudad alegre, muy alegre en verdad . . . ¡Y pensar que el viejo Krylov tuvo la audacia de decir que nadie cantaría jamás con el estómago vacío!"[62]

La ciudad cargada de ominosos presagios fascinaba a Zina, que se aficionó a ella como si fuera la suya propia, viviendo todos sus estremecimientos y sus fiebres. A principios de junio de 1932, cuando los grupos de choque de Hitler, inafectados por la prohibición de Brüning, reaparecieron en violento son de triunfo, Liova instó a su hermana a que saliera de Berlín y se fuera a Viena para continuar allí, en una atmósfera más tranquila, el tratamiento psicoanalítico. Habiendo sido molestado ya por la policía, abrigaba el temor de que ella también tuviera inconvenientes. Zina resintió el consejo, desechó los temores y se quejó a Prinkipo de que Liova trataba de imponerle su voluntad. Cuando su padre se solidarizó con el consejo de Liova, ella contestó en un tono extrañamente reverente, diciendo que ni siquiera se atrevía a protestar, pero aduciendo a continuación su encariñamiento con Berlín y negándose a ceder. La sola preocupación de su padre y de su hermano la humillaban. ¿No había dicho su padre muchas veces que el destino de Europa, más aún, el de la humanidad durante varias décadas futuras, se estaba decidiendo en Berlín? ¿No era por eso que deseaba que Liova estuviera allí? ¿No se había negado a aceptar a un trotskista alemán como secretario, diciendo que

[60] Véase su carta del 26 de febrero de 1932.
[61] Carta del 30 de mayo.
[62] Cartas del 7 de junio y el 17 de agosto de 1932.

sería vergonzoso que en un momento como aquél uno solo de sus seguidores se ausentara del campo de batalla? ¿Por qué, entonces, habría de pedirle a ella que se fuera? Zina se sentía rechazada y rebajada.[63]

Puesto que la soledad la estaba minando, los médicos pidieron que cuando menos el niño que ella había dejado en Prinkipo viniera a acompañarla para mantener ocupada su mente y hacerla sentir cierta responsabilidad. Pero el niño también había sido afectado por el decreto del 20 de febrero: a los seis años de edad, Seva era un "emigrado político apátrida", oficialmente registrado como tal: un problema para los dispensadores consulares de permisos de viaje y visados. Las solicitudes eran rechazadas sobre la base de que el niño sólo podría viajar con uno de sus padres o abuelos. Seva había sido muy afectado por la ausencia de su madre y por los mensajes de ésta implorándole que no la olvidara y prometiéndole que regresaría muy pronto. Fue muy difícil convencer a Zina de que no enviara tales mensajes. Ahora, la expectativa de una reunión y la incertidumbre pusieron en tensión los nervios del niño.. y de toda la familia.

En su aflicción, Zina era cada vez menos capaz de cuidarse incluso de administrar razonablemente sus ingresos y gastos mensuales.[64] Se reprochaba ser una carga para su padre, y se mudó a una pensión barata, donde vivía entre vagabundos y maleantes, entre los que a menudo tenía que interponerse y separarlos cuando se iban a las manos. Cualquier intento de su hermano, y aun de su padre, por sacarla de tal ambiente y de administrar sus recursos económicos en su propio provecho, suscitaba su resentimiento y provocaba crisis nerviosas. Después de una de esas crisis, escribió una airada tarjeta postal a su padre culpándolo por lo sucedido y pidiéndole que la dejara en paz.[65]

Los sufrimientos de Zina y el efecto de éstos sobre los nervios de Trotsky llegaron a enturbiar un poco sus relaciones con Liova, de quien aquél esperaba que mostrara más paciencia y afecto hacia la enferma. Con todo, la confianza y la dependencia de Trotsky respecto de Liova se hacían cada vez más marcadas y vulnerables. Aquél no escatimaba elogios para la forma en que éste administraba el *Bulletin* y el trabajo político, y seguía confiándole sus pensamientos, consultándolo y pidiéndole sus críticas. Lo conmovían la abnegación y la devoción de Liova, de las que tenía mil pruebas. (Una y otra vez le reprochó su exceso de escrúpulos en cuestiones de dinero y el hecho de que gastara en el *Boletín* la suma que recibía para sus gastos personales.)[66] Con todo, una y otra vez sospechó que la

[63] *Ibid.*
[64] Así describió Liova la condición de Zina en una carta a su padre fechada el 26 de noviembre de 1932.
[65] Zina a Trotsky, 5 y 24 de octubre de 1932.
[66] Véase, por ejemplo, la carta de Trotsky fechada el 11 de mayo de 1932.

concordia en sus ideas y opiniones se derivaban solamente de la devoción filial, aquella devoción filial que tanto lo satisfacía y lo irritaba al mismo tiempo. Mientras mayores eran su tensión y su fatiga, más estrictas e incluso caprichosas se volvían las exigencias que le hacía a su hijo. Su soledad y su aislamiento, como dijo Natalia, se manifestaban en la impaciencia con que aguardaba las cartas de Liova. Cuando pasaban unos días sin que llegara correspondencia de Berlín, montaba en cólera, acusaba a Liova de indiferencia y hasta lo insultaba; a continuación se encolerizaba consigo mismo, se llenaba de piedad por su hijo y se volvía más enojadizo aún.[67]

Los propios problemas personales de Liova también eran grandes. Desde Moscú su esposa le escribía cartas desgarradoras sobre sus vidas destrozadas y la infelicidad de su hijo. El había salido al extranjero a despecho de sus protestas y sus lágrimas, le recordaba ella, para estar con sus padres y proteger a Trotsky; ahora no estaba ni con sus padres ni con su esposa y su hijo. No servía de nada explicarle lo que le habría sucedido a él si hubiese permanecido en Rusia: ella era una obrera sencilla, enferma, víctima de la pobreza y la desesperación, y lo amenazaba con suicidarse.[68] Liova no podía hacer nada para ayudarla, excepto mandarle dinero. Por otra parte, su relación con Jeanne Molinier tampoco fue mucho más afortunada. Sólo la devoción a la causa de su padre lo ayudaba a escapar de sus problemas y frustraciones personales. Sin cejar un instante cumplía las mil y una instrucciones que recibía de Prinkipo, se mantenía en contacto con todos los grupos trotskistas dispersos, acosaba a los impresores rusos para que sacaran el *Boletín* a tiempo, se encargaba de que los folletos polémicos de su padre fueran traducidos rápidamente al alemán y publicados, negociaba con los agentes literarios, y durante horas recorría, en ocasiones hambriento, las calles de Berlín con la esperanza de encontrar a un compatriota enviado en misión oficial al extranjero o a un turista occidental en viaje a Rusia, a través del cual pudiera obtener alguna información o transmitir algún mensaje. Además de todo esto, proseguía con empeño académico sus estudios de física y matemáticas; y en las horas avanzadas de la noche conversaba con sus padres por correspondencia. Nada lo deprimía más que el mal humor de su padre o la sugestión de que sus esfuerzos no correspondían a lo que se esperaba de él. Le resultaba difícil ignorar el disgusto personal, explicarse, pedir una explicación u ofrecer excusas; sólo a su madre le comunicaba sus agravios y sus quejas.

Natalia, débil y sufrida, atrapada en la peligrosa maraña de las emo-

[67] La descripción se basa en la correspondencia de Natalia, especialmente en su carta a Liova fechada el 27 de julio de 1932, en la Sección cerrada de *The Archives.*

[68] Su carta en este sentido se encuentra entre la correspondencia familiar en la Sección cerrada de *The Archives.*

ciones de Zina y desgarrada en ocasiones entre el marido y el hijo, hacía lo que podía. Tenía suficiente perspicacia para comprender claramente la situación de cada uno, suficiente amor para compartir sus sentimientos y suficiente fortaleza para intentar brindarles consuelo. En sus cartas a Liova le explicaba el problema de Zina, y una y otra vez les hacía saber a ambos la insoportable tensión en que vivía su padre, presentando constantemente un semblante heroico a un mundo hostil: ¿a qué sorprenderse, pues, de que de cuando en cuando, dentro del círculo familiar, su capacidad de resistencia se quebrantara? "Las dificultades con papá, como ustedes saben, nunca tienen que ver con los grandes problemas, sino con los pequeños." Con los grandes problemas, su paciencia era infinita; las trivialidades lo irritaban fácilmente e incluso lo hacían comportarse con rudeza. Esto, les rogaba Natalia a los hijos, nunca debía hacerles olvidar o poner en duda el profundo y apasionado amor que él sentía por ellos. "Tu dolor es el dolor de nosotros tres", le escribió a Liova, implorándole que escribiera con más frecuencia a su padre cartas que fueran "fuentes de inspiración", y a que le brindara a Zina más afecto y atención. Con todo, en ocasiones los golpes eran demasiado fuertes aun para la vigilante fortaleza de Natalia. "Qué le vamos a hacer, no es posible hacer nada" son palabras que aparecen con cierta frecuencia en sus cartas a Liova; y en una ocasión le confesó: "Escribo como tú, con los sentimientos y los ojos cerrados." [69]

Esto sucedía a fines del verano de 1932. Hacía ya tres años y medio que Trotsky había llegado a Prinkipo. Todo ese tiempo había trabajado duramente, atendiendo sus variados intereses, contestando las cartas de todos sus corresponsales, llenando las páginas del *Boletín* y escribiendo, además de una docena de libros y folletos secundarios, *Mi vida* y los tres gruesos volúmenes de la *Historia*. (El 29 de junio le envió a Alexandra Ramm el último Apéndice, que cerraba el tercer volumen.) Estos habían sido años de labor prodigiosa, sobre todo porque, desdeñoso como era de la redacción apresurada, había reescrito repetidamente casi todos los capítulos de cada uno de sus libros, deteniéndose con paciencia de esclavo en cada página y casi en cada frase.

El gran esfuerzo lo había fatigado. Su cabeza estaba llena de nuevos planes literarios: se proponía escribir una historia de la guerra civil, una biografía de Lenin, una biografía conjunta de Marx y Engels, y otros libros. Pero las circunstancias no favorecían su dedicación a una obra capital; y él necesitaba descansar. Su confinamiento en Prinkipo se le hacía más enojoso que nunca;[70] y los acontecimientos políticos lo inquietaban. Las

[69] Muchas de las cartas de Natalia carecen de fecha.

[70] Durante todos los años que pasó en Prinkipo, Trotsky sólo fue a Constantinopla una o dos veces, a visitar la Basílica de Santa Sofía y a ver a un dentista.

escasas noticias que salían de Rusia bastaban para exasperarlo. En Alemania, los socialistas y los comunistas seguían recorriendo sus senderos trillados al borde mismo del desastre. Su campaña no estaba causando impacto. La fuerza del grupo trotskista allí era menos que insignificante. Y en la organización internacional de la Oposición se estaban gestando dificultades: en el Secretariado de Berlín, los hermanos Sobolevicius, que muy poco antes lo habían apoyado en su controversia con el Leninbund ultraizquierdista, adoptaban ahora una actitud alarmantemente conciliadora frente al stalinismo. ¡Oh, si él pudiera salir de su encantada y maldita isla y encontrarse más cerca de las corrientes principales de la vida política ... y de la civilización!

A principios del otoño los estudiantes socialdemócratas daneses lo invitaron a viajar a Copenhague para dictar una conferencia sobre el décimoquinto aniversario de la Revolución de Octubre. Anteriormente había recibido varias invitaciones del mismo género, pero nunca había existido la posibilidad de que le permitieran hacer acto de presencia en algún lugar de Europa.[71] Dudaba que el gobierno socialdemócrata de Dinamarca le concediera una visa, pero esta vez aceptó la invitación. Cuando recibió la visa, se dispuso a emprender inmediatamente el viaje. En su fuero interno abrigaba la vaga esperanza de no tener que regresar, pero tuvo la prudencia de asegurarse un permiso de reingreso en Turquía. El y Natalia también esperaban poder llevar a Seva a Copenhague para enviárselo desde allí a Zina. Pero no pudieron obtener permisos de viaje para el niño y tuvieron que dejarlo en Prinkipo al cuidado de una de las secretarias.

El 14 de noviembre, acompañado por Natalia y tres secretarios, Trotsky salió de Constantinopla a bordo de un barco de pasajeros. Se inscribió como el señor Sedov, un viajero apátrida, pero su incógnito no pudo protegerlo de la curiosidad pública; al contrario, sólo hizo más densa el aura de misterio y escándalo que lo rodeaba. *Pravda*, parafraseando a Bernard Shaw, se mofó del "león escapado"; y la mofa expresó involuntariamente una parte de la nerviosidad con que los gobiernos, las jefaturas policiacas y la prensa de muchos países seguían sus movimientos. Si hubiese recorrido Europa como jefe de una conspiración real y poderosa, y si multitudes de partidarios lo hubiesen aclamado, su viaje no habría causado una conmoción mayor de la que causó mientras viajaba como un proscrito, privado de la protección de cualquier gobierno y acompañado únicamente por una mujer entrada en años y enferma y unos cuantos partidarios jóvenes, y cuando su único propósito concreto era dictar una conferencia. Los rumores desorbitados proliferaron. Los periódicos especularon sobre la verdadera naturaleza de su viaje; estaban seguros de que la conferencia

[71] *Inter alia* un grupo de estudiantes de Edimburgo le pidió autorización para presentar su candidatura en las elecciones de Rector de su Universidad. El declinó cortesmente el honor. *The Archives.*

sólo era un pretexto: algunos dijeron que iba a reunirse secretamente con un emisario de Stalin en algún lugar de Europa, y otros que se proponía organizar su conspiración definitiva contra Stalin. En los puertos de escala griegos e italianos los reporteros lo asediaron, pero él se negó a hablar con ellos. Se le prohibió visitar Atenas. En Nápoles bajó del barco y, bajo escolta policiaca, visitó las ruinas de Pompeya. Los franceses no le permitieron desembarcar en Marsella; antes de entrar en el puerto la policía le ordenó trasladarse a una pequeña lancha de motor que lo llevó a un pequeño desembarcadero en las afueras de la ciudad, de donde fue llevado por automóvil y ferrocarril a través de Francia, deteniéndose en París sólo durante una hora, de suerte que los reporteros que lo siguieron a lo largo de todo el recorrido desde Marsella no pudieron dar con su rastro sino en Dunquerque, donde abordó un barco que lo condujo a Dinamarca. A través de Francia fue seguido por los improperios de la prensa de derecha, cuyos principales escritores tronaron contra el hecho de que al "traidor de Brest-Litovsk", al hombre que había "despojado de sus ahorros a las viudas y los huérfanos" de los rentistas franceses, se le hubiera permitido pisar el suelo de Francia. Trotsky trató de calmar la excitación y les aseguró a los reporteros que su viaje era "estrictamente privado, exento de toda significación política".[72]

El 23 de noviembre llegó a Dinamarca y recibió órdenes de desembarcar en Esbjaerg, de modo que pudiera ser "introducido en Copenhague por la puerta trasera", como lo expresó *Politiken*. Una multitud de comunistas lo esperaba para abuchearlo, pero, según el mismo periódico, "en el momento en que Trotsky apareció, se produjo un profundo silencio: el reconocimiento de una personalidad histórica y tal vez de una ocasión histórica".[73] Los reporteros hicieron notar la "perfecta calma" de Trotsky y la nerviosidad de sus secretarios y de los organizadores del viaje. Trotsky apenas acababa de entrar en Copenhague cuando un miembro de la familia real, el príncipe Aage, apoyado por una parte de la prensa, denunció al "asesino de la familia del zar": la corte danesa no había olvidado que la madre del último zar había sido una princesa de Dinamarca. Al mismo tiempo, el embajador soviético expresó la preocupación que la visita le causaba a su gobierno. Los socialdemócratas dieron una calurosa bienvenida a Trotsky; pero el calor duró poco. En vista de que tanto la familia real como la embajada soviética continuaron expresando su disgusto, los ministros socialistas, colocados en una situación embarazosa, hicieron patente su impaciencia por ver salir a Trotsky del país.

Trotsky hizo todo lo posible por mantenerse alejado de la atención pú-

[72] Sus declaraciones a la prensa francesa el 21 y 22 de noviembre de 1932. *The Archives.*

[73] *Politiken,* 24 de noviembre de 1932; véanse también *Berlingske Tidende* e *Informacion,* de la misma fecha.

blica. Se alojó en un lugar un tanto excéntrico: una villa que Raymond Molinier le había alquilado a una famosa bailarina que se hallaba de jira por el extranjero. Las habitaciones estaban repletas de chucherías y las paredes cubiertas de seductoras fotografías de la propietaria ausente. Entonces un periódico reveló el paradero de Trotsky publicando una fotografía de la villa, y él y sus acompañantes se mudaron apresuradamente a una pensión en un suburbio. Hubo varios incidentes menores. El automóvil de Molinier, que Trotsky utilizaba, desapareció misteriosamente. Al cabo de unas cuantas horas, la policía lo devolvió sin explicaciones y tomó las huellas digitales del dueño. Circularon rumores de que los enemigos de Trotsky proyectaban crear un escándalo en la reunión donde él debía pronunciar su conferencia. Y en todo momento estuvo custodiado tanto por la policía como por sus propios seguidores; sólo una o dos veces salió a dar rápidos paseos en automóvil por la ciudad.

La conferencia tuvo lugar sin impedimentos ni perturbaciones. Durante dos horas, hablando en alemán, se dirigió a un auditorio compuesto por unas 2 000 personas. Su tema fue la Revolución Rusa. Dado que las autoridades habían permitido la celebración del acto bajo la condición de que Trotsky se abstuviera de tocar puntos polémicos, él habló en un tono un tanto académico, ofreciendo a sus oyentes la quintaesencia de los tres volúmenes de su *Historia* recién concluida. Su moderación no ocultó la profundidad y la fuerza de su convicción. Su discurso fue una defensa de la Revolución de Octubre, tanto más efectiva cuanto que estuvo exenta de toda actitud apologética y reconoció fracasos y errores parciales. Casi veinticinco años más tarde, personas que habían estado entre el público recordaban la conferencia con vívida apreciación como una hazaña de oratoria.[74] Esta, por cierto, fue la última vez que Trotsky habló en persona ante un público numeroso.

Entre sus otras actividades en Copenhague pueden mencionarse sus entrevistas y una transmisión radial en inglés a los Estados Unidos. "Mi inglés, mi pobre inglés", dijo en la transmisión, "no guarda proporción con mi admiración por la cultura anglosajona." Contra aquellos que, basándose en los acontecimientos retrógrados en la Unión Soviética (y en el propio destino de Trotsky), negaban la razón de ser de la Revolución de Octubre, él señaló que "en la crítica, como en la actividad creadora, es necesaria la perspectiva". Los quince años transcurridos desde Octubre eran tan sólo "un minuto en el reloj de la historia". La guerra civil norteamericana también había indignado a los contemporáneos. Y, sin embargo, "de la guerra civil nacieron los Estados Unidos del presente, con su ilimitada iniciativa práctica, su tecnología racionalizada, su impulso eco-

[74] En 1956, cuando yo dicté una conferencia en Copenhague, fui abordado por un número considerable de oyentes que me hablaron de la memorable asamblea de 1932, a la que ellos habían asistido.

nómico. Estos logros... formarán parte de la base para la nueva sociedad".[75] A los periodistas norteamericanos que lo entrevistaron les dijo que, aunque la crisis económica de 1929 había golpeado tan duramente a su país, la posición de los Estados Unidos en relación al resto del mundo capitalista se había fortalecido. A los reporteros franceses les declaró que él nunca le negaría a Stalin su colaboración si la defensa de la Unión Soviética la requería: *"La politique ne connaît ni ressentiment personnel ni l'ésprit de vengeance. La politique ne connaît que l'éfficacité."*[76]

Cuatro años después, durante las Grandes Purgas y en ocasión del proceso contra Zinóviev, Kámenev y otros, la parte acusadora hubo de fundar una porción decisiva de sus cargos en la imputación de que había sido en Copenhague, en esa última semana de noviembre de 1932, donde Trotsky movió los hilos de una gigantesca conspiración y ordenó a sus partidarios que asesinaran a Stalin, a Voroshílov y a otros miembros del Politburó, que sabotearan la industria, envenenaran a masas de obreros rusos y quebrantaran el poderío económico y militar del país con el objeto de restaurar el capitalismo. Según Vishinsky, el fiscal general, fue en Copenhague donde, en presencia de su hijo, Trotsky recibió a Golzman, Fritz David y Berman Yurin, tres hombres que se hallaban detrás de Zinóviev y Kámenev en el banquillo de los acusados, y transmitió a través de ellos sus órdenes. No hay necesidad de refutar aquí en detalle esas acusaciones y las "confesiones" de los acusados que sirvieron para darles base. Los sucesores de Stalin, que sostuvieron la veracidad de esas acusaciones durante veinte años, ya no la sostienen: en el XX y el XXII Congresos del Partido Comunista soviético, Jruschov, acosado todavía por el fantasma de Trotsky, describió cómo fueron fabricadas tales acusaciones y cómo fueron producidas tales "confesiones". Aun mucho antes, durante los procesos, Trotsky hizo trizas las pruebas aducidas por la parte acusadora, poniendo de manifiesto sus absurdos y sus contradicciones. Así, por ejemplo, el Hotel Bristol, que Vishinsky tuvo la imprudencia de mencionar como el cuartel general de Trotsky en Copenhague, no existía en 1932 ya que había sido demolido muchos años antes. Liova, a quien Vishinsky imputó haber actuado en Copenhague como jefe de estado mayor del cabecilla de los terroristas, no estuvo con su padre en la capital danesa. Trotsky pudo reconstruir cada uno de los incidentes de su viaje a Dinamarca gracias a sus apuntes minuciosamente sistemáticos, y pudo llamar también a numerosos testigos presenciales para que declararan en su favor.[77]

Su séquito en Copenhague fue más nutrido de lo que era habitualmente.

[75] Trotsky hizo la declaración para la Columbia Broadcasting System. La radio danesa se había negado a transmitir su conferencia. *The Archives.*
[76] *Ibid.*
[77] *The Case of Leon Trotsky*, pp. 135-173 y Sección cerrada de *The Archives.*

Además de los tres secretarios que habían viajado con él, veinticinco de sus seguidores —alemanes, franceses, italianos y otros— acudieron a Dinamarca. Entre ellos figuraban Molinier, Naville, Sneevliet y Gerard Rosenthal, el abogado francés de Trotsky. Un grupo de estudiantes de Hamburgo llegó para conocerlo y custodiarlo. Otro visitante fue Oscar Cohn, un eminente abogado alemán, colaborador de Karl Liebknecht, que se encargaba de los asuntos legales de Trotsky en Alemania. La presencia de tantos seguidores le dio a Trotsky la oportunidad de celebrar una "conferencia internacional" informal, en la que los asistentes discutieron la situación en Alemania y los asuntos de los diversos grupos trotskistas. Nada podía asemejarse menos a una reunión de conspiradores que esa pequeña junta de emocionados y un tanto gárrulos constituyentes de una secta inoperante. "Todos hablaban interminablemente", dice el único participante británico, "excepto Trotsky, que se mantuvo trabajando intensamente durante casi todo el tiempo en su habitación, ya fuera escribiendo o dictando algo."[78] Cinco años más tarde cada uno de los presentes, si no estaba en una cárcel o en un campo de concentración nazi, hubo de testificar que ninguno de los hombres que, según Vishinsky, tomó órdenes de Trotsky en Copenhague, estuvo allí o pudo pasar inadvertido entre los numerosos guardianes. El único hombre con vinculaciones rusas a quien Trotsky recibió fue Senin-Sobolevicius, que había venido a desvanecer las sospechas de que era un agente stalinista y pasó una o dos horas con Trotsky. Este lo trató no como a un agente provocador, sino como a un adversario político: en su correspondencia Sobolevicius había criticado con franqueza, y en parte correctamente, a Trotsky por subestimar los logros industriales de Stalin y los efectos duraderos de la colectivización. Hasta donde puede colegirse a partir de sus cartas subsiguientes, el encuentro de los dos hombres en Copenhague tuvo como resultado un acuerdo que zanjaba parcialmente sus diferencias. En todo caso, Sobolevicius no compareció como testigo en ninguno de los procesos de Moscú, pues de haberlo hecho le habría dado a la parte acusadora una descripción del alojamiento de Trotsky en Copenhague mucho más realista que la que presentó Vishinsky.

La estancia de Trotsky en Dinamarca no se vio acompañada, pues, de sucesos notables. Después de su conferencia pública habló sólo una vez ante un pequeño grupo de los estudiantes daneses que lo habían invitado. Su anfitrión ha dejado constancia escrita de un curioso incidente:

Trotsky y otras cinco o seis personas se encontraban en mi casa cuando

[78] El participante británico, a quien agradezco haberme comunicado sus impresiones, fue el señor Harry Wicks. El estaba encargado de tratar de hacer llegar los escritos de Trotsky a la URSS por medio de marineros rusos que llegaban a los puertos británicos; y Trotsky le dio una carta de autorización para desempeñar esa tarea.

súbitamente recibí una llamada telefónica de un amigo que me dijo que un periódico acababa de publicar un cable de Moscú anunciando la muerte de Zinóviev. Trotsky se puso de pie, profundamente conmovido... "Yo he luchado contra Zinóviev...", dijo. "En ciertas cuestiones estuve vinculado con él. Conozco sus errores, pero en este momento no pensaré en ellos; sólo pensaré en el hecho de que siempre trató de trabajar en favor del movimiento obrero..." Trotsky continuó honrando con frases elocuentes la memoria de su adversario y compañero de luchas fallecido... fue muy conmovedor escuchar su solemne discurso ante aquel pequeño grupo.[79]

Ningún extraño, ni siquiera los amigos y secretarios de Trotsky, tuvo conciencia de la frustración y el dolor que éste experimentó en Copenhague. Ya de por sí era bastante desconsolador tener que atravesar Europa entera, con todas las precauciones que ello requería y en medio de la hostilidad, sólo para dictar una conferencia en Dinamarca y después tener que regresar a Prinkipo. Trotsky hizo esfuerzos lastimosos por posponer el regreso, si no por eludirlo. Ante los periodistas norteamericanos comentó melancólicamente cuánto le habría gustado poder, durante algún tiempo, "observar el panorama mundial desde Nueva York", que sería como escudriñar un horizonte "desde lo alto de un rascacielos". "¿Es acaso un sueño utópico, pregunto yo, pensar que podría trabajar durante dos o tres meses en una de las grandes bibliotecas norteamericanas? Tengo la esperanza de que el buen ejemplo dado por el gobierno danés no pase inadvertido por otros países."[80] El "ejemplo", sin embargo, distó de ser edificante: el gobierno danés le negó toda forma de asilo a corto plazo. En vano recurrió Oscar Cohn a Stauning, el Primer Ministro socialista y amigo personal de Cohn; en vano solicitó el propio Trotsky de Stauning una prórroga de su visa por dos semanas únicamente, a fin de que él y su esposa pudieran someterse a tratamiento médico en Copenhague. En vano pidió también una visa sueca. Esta le fue negada a causa supuestamente de las objeciones de la embajadora soviética, que no era otra que Alexandra Kolontai, antigua dirigente de lo Oposición Obrera.

Más deprimente que la hermética hostilidad con que había vuelto a tropezar era la preocupación que le inspiraba Zina, cuya salud iba de mal en peor. Fue probablemente durante su estancia en Dinamarca cuando Trotsky recibió esta lóbrega carta, que suena como una despedida acusatoria: "Tú actúas..." le escribió ella a él, "con demasiada impaciencia y, por consiguiente, en ocasiones impetuosamente. ¿Conoces tú el significado de algo tan complejo y sin embargo tan elemental como el instinto,

[79] *The Case of Leon Trotsky,* p. 147. El rumor sobre la muerte de Zinóviev fue desmentido al día siguiente.
[80] De una declaración a los periodistas norteamericanos. *The Archives.*

algo con lo que no se debe jugar...? ¿Quién dice que el instinto es ciego...? No es cierto. El instinto tiene ojos terriblemente penetrantes que ven en la oscuridad... y sobrepasan el tiempo y el espacio: por algo el instinto es la memoria de las generaciones y empieza donde la vida misma empieza. Puede fijarse todo género de propósitos. Y lo más aterrador es que golpea infalible y despiadadamente a quienes se le ponen por delante." Zina se explayaba sobre las "premoniciones", las "imaginaciones suspicaces" y la "sensibilidad terriblemente agudizada" que componen el instinto; y añadía: "No te asustarás si te digo que hubo un momento en que sentí que algo parecido a esto me tocó; pero con un terrible frenesí me lancé a la lucha. Y nadie me apoyó. Los médicos sólo me han confundido... ¿sabes qué me sostuvo? *La fe en ti.* Pese a todo lo que era tan claro y tan obvio, pese a todo... ¿Y no es eso el instinto?"[81]

Liova debía haber viajado a Copenhague con el propósito, entre otras cosas de consultar a sus padres en relación con Zina; pero las insuperables dificultades relativas a la obtención de pasaporte y visas le impidieron salir de Berlín. Mientras tanto, enviaba cartas alarmantes sobre el comportamiento de Zina: la perturbación mental de ésta era cada vez mayor; no sería capaz de atender a Seva si se lo mandaban; y cada vez era menos capaz de cuidarse a sí misma. Liova se sentía preocupado por su actividad política errática: ella aparentemente había entrado en contacto con el Partido Comunista alemán y él temía que se viera expuesta a la persecución policiaca. "¿No te das cuenta, no te das cuenta", le decía ella en los días siguientes a la renuncia de von Papen, "que Alemania va derecho ahora a la revolución [comunista]?"[82] Liova aconsejaba a sus padres que hicieran todo lo posible por lograr que Zina se trasladara a Austria. Día tras día, y a veces dos veces al día, Trotsky o Natalia hablaban ansiosamente con Liova por teléfono, pidiendo nuevas noticias, preguntando si los médicos también consideraban poco aconsejable encomendarle a Zina el cuidado de su hijo, e instando a Liova a que fuera a Copenhague.

Ocho días pasaron de esa manera; los mismos días que, según habría de decirse al mundo pocos años después, Trotsky había utilizado para organizar su monstruosa conspiración contra el gobierno soviético. El pasó esos días "conspirando" contra la tiranía con que los reglamentos ordinarios de pasaportes y visas enfrentan al apátrida y al desplazado. Recurrió a toda influencia y a toda circunstancia accidental, a toda estratagema inocente y a todo ardid de publicidad para ganar unas pocas semanas o siquiera unos días más en Dinamarca o en algún otro lugar de Europa. Mientras tanto, Natalia apeló a Edouard Herriot, el Primer Ministro francés, suplicándole que le permitiera a Liova encontrarse con ella en Francia

[81] La carta no tiene fecha, pero los datos circunstanciales indican que fue escrita en noviembre de 1932.

[82] Citado de la carta de Liova a sus padres del 26 de noviembre de 1932.

mientras ella y Trotsky regresaban a Turquía. Como los ocho días que duraba la visa danesa de Trotsky llegaban a su término, él declaró que había perdido su barco y no estaba listo todavía para partir. ¿Tal vez, pensó, Liova llegaría mientras él esperaba por el siguiente barco? ¿Tal vez podrían resolver si le enviaban el niño a Zina y la forma en que lo harían? ¿Tal vez, tal vez el corazón de algún gobierno se ablandaría y sería posible obtener una visa en algún lugar de aquel inhóspito continente? Pero el Ministerio danés insistió en que su plazo se vencía y él debía partir, y lo sacó apresuradamente del país en automóvil de modo que pudiera embarcarse antes de que su visa expirara. Y así, el 2 de diciembre, Trotsky, Natalia y los secretarios abandonaron Dinamarca. Esta vez nadie los abucheó desde el muelle, y nadie se presentó tampoco a despedirlos.

Cuando el barco entró en Amberes, el puerto estaba lleno de policías y acordonado. Guardias fronterizos subieron a bordo para interrogar a Trotsky. Este se negó a contestar las preguntas diciendo que, puesto que no iba a desembarcar en Bélgica, el interrogatorio era ilegal. Hubo una disputa; mediaron amenazas de arresto; y a ninguno de sus acompañantes se le permitió bajar a tierra.

En ese momento Trotsky recordó algo sucedido diez años antes. En 1922, cuando Dora Kaplan fue juzgada en Moscú por su atentado contra Lenin, Emil Vanderwelde, el famoso socialista belga y presidente de la Segunda Internacional, pidió que se le permitiera actuar como abogado defensor. El permiso le fue concedido y Vanderwelde utilizó la oportunidad para atacar, en un tribunal soviético, al sistema soviético de gobierno. Hizo lo mismo en una Carta Abierta a Trotsky. Este, que no había contestado la Carta en 1922, decidió hacerlo ahora, mientras su barco se hallaba en aguas belgas. Vanderwelde, entretanto, había sido Primer Ministro de su rey, e incluso en la oposición ocupaba un lugar importantísimo en la política belga.

> El gobierno del que yo formaba parte [le escribió Trotsky] le permitió a usted no sólo ir a la Unión Soviética, sino además actuar en un tribunal como defensor de quienes habían intentado asesinar a los dirigentes del primer Estado obrero. En su alegato de defensa, que nosotros publicamos en nuestra prensa, usted invocó reiteradamente los principios de la democracia. Estaba usted en su derecho. El 4 de diciembre de 1932 yo y mis compañeros nos detuvimos en tránsito en el puerto de Amberes. No tengo ninguna intención de predicar la dictadura proletaria aquí ni de actuar como abogado defensor de los comunistas y huelguistas belgas encarcelados, quienes, hasta donde a mí me consta, no han atentado contra la vida de los ministros. [Sin embargo,] la parte del puerto donde recaló nuestro barco ha sido acordonada rigurosamente. Por ambos lados, a babor y a estribor, las lanchas de la policía se mantienen en alerta.

Desde nuestra cubierta hemos tenido la oportunidad de pasar revista a un desfile de agentes policiacos... ¡Este ha sido un espectáculo impresionante! Hay más polizontes y *flics* aquí —discúlpeme por utilizar términos tan vulgares en bien de la brevedad— que marineros y estibadores. Nuestro barco parece una cárcel provisional, y la parte adyacente del puerto tiene el aspecto del patio de una prisión.[83]

El sabía, por supuesto, que esa recepción y las vejaciones que la acompañaban "eran insignificancias comparadas con la persecución que sufrían habitualmente los obreros militantes y los comunistas"; mencionaba los hechos sólo para darle a Vanderwelde la muy retrasada respuesta a su filípica de 1922 sobre el bolchevismo y la democracia:

Supongo que no me equivoco al contar a Bélgica entre las democracias. La guerra [de 1914-18] que ustedes libraron fue una guerra por la democracia, ¿no es cierto? Desde la guerra usted ha estado a la cabeza de Bélgica como ministro y Primer Ministro. ¿Qué más hacía falta para hacer florecer la democracia?... ¿Por qué entonces esta democracia suya huele tanto a viejo estado policiaco prusiano? ¿Cómo puede alguien suponer que una democracia, que sufre una conmoción nerviosa cuando un bolchevique se aproxima por azar a sus fronteras, pueda ser capaz alguna vez de neutralizar la lucha de clases y garantizar la transformación pacífica del capitalismo en socialismo?

Ah, sí, él, Trotsky, conocía bien a la GPU y la persecución política en la Unión Soviética. Pero el gobierno soviético, cuando menos, no hacía alarde de virtudes democráticas; se identificaba abiertamente con una dictadura; y el único criterio con que debía ser juzgado era el de si aseguraba o no la transición del capitalismo al socialismo.

La dictadura tiene sus propios métodos y su propia lógica, que son más bien severos. No pocas veces... los revolucionarios que han instaurado la dictadura son ellos mismos víctimas de su lógica... Frente a los enemigos de clase, sin embargo, yo asumo plena responsabilidad no sólo por la Revolución de Octubre... sino incluso por la República Soviética tal como existe hoy día, incluido el gobierno que me ha desterrado y privado de la ciudadanía soviética. Pero usted, usted defiende al capitalismo en nombre, supuestamente, de la democracia. ¿Dónde, entonces, está esa democracia? En el puerto de Amberes, en todo caso, no se la encuentra.

Pese a todo, él salía de las aguas de Amberes "sin el menor pesimismo".

[83] *B. O.*, núm. 32, diciembre de 1932.

Tenía ante sus ojos la imagen de los "recios y severos portuarios flamencos, cubiertos por una gruesa capa de polvo de carbón", que, separados de su barco por un cordón policial, "observaban la escena en silencio, le tomaban la medida a cada uno", reconocían a "los suyos", les guiñaban el ojo irónicamente a los polizontes, cambiaban sonrisas amistosas con el peligroso pasajero que permanecía en la cubierta y "con sus dedos sarmentosos se tocaban la gorra" en un saludo. "Cuando el vapor salió por el Scheldt entre la niebla, junto a las grúas paralizadas por la crisis económica, gritos de despedida de amigos desconocidos y sin embargo fieles resonaron desde el muelle. Al concluir estas líneas entre Amberes y Flüssingen, les envío mis saludos fraternales a los obreros de Bélgica."

El 6 de diciembre, Trotsky y Natalia llegaron a París por la Gare du Nord, donde una vez más se vieron rodeados por un fuerte cordón policiaco y separados de la multitud de pasajeros. Liova estaba esperándolos: Herriot había accedido a la petición de Natalia. A Trotsky le habían informado en la frontera que en Marsella tendría que esperar nueve días la llegada del barco que lo conduciría a Constantinopla. La noticia del retardo fue motivo de júbilo. Molinier alquiló un alojamiento cerca de Marsella, y Trotsky invitó a varios amigos a que lo acompañaran allí durante esos pocos días. Pero no bien llegó a Marsella la policía le informó que no podía quedarse ni siquiera un día y que debía abordar un barco de carga italiano que salía esa noche. Trotsky se embarcó bajo protesta, pero al descubrir que el buque no podía acomodar pasajeros y que su viaje duraría quince días, y temiendo que lo estuvieran llevando a una trampa, regresó a tierra. Era medianoche. La policía trató de obligarlo a volver a bordo, pero no lo consiguió. Forcejeando con los gendarmes, el grupo entero pasó el resto de la noche en el muelle, soportando el frío invernal. Desde el puerto Trotsky dirigió telegramas de protesta a Herriot, al Ministerio del Interior, a Blum y a Thorez; también telegrafió a Roma solicitando una visa de tránsito para Italia. Antes del amanecer la policía se lo llevó con Natalia a un hotel, advirtiéndole que aguardara la deportación inminente.

El día llegó, las horas pasaron y no llegó respuesta de Herriot ni de nadie más en París. Irónicamente, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Mussolini contestó inmediatamente y concedió la visa de tránsito. La policía llevó entonces a toda prisa a Trotsky y Natalia al primer tren que salía para Italia. A través del cordón policial ambos abrazaron a Liova. Sólo habían pasado un día con él, un día tan lleno de agitación que, según las palabras de Natalia, no pudieron ni mirarse, mucho menos desahogar las preocupaciones que los agobiaban: sólo pequeños enfados y malentendidos, producto de las circunstancias, habían ocurrido entre ellos.

En el tren, Trotsky y Natalia reflexionaron sobre lo absurdo de todo ello. Estaban lastimados y cansados. Era como si las cargas de su vida, la

torpe mala voluntad de los gobiernos y los gendarmes, la desdicha de Zina y su incertidumbre en relación con su hijo, se hubiesen abatido al mismo tiempo sobre ellos. Bien adentrados ya en Italia, Natalia le escribió a Liova: "Durante largo tiempo nos sentamos con papá en el oscuro compartimiento y lloramos..."[84]

A la mañana siguiente despertaron en Venecia, que nunca antes habían visto; y a través de las lágrimas sus ojos se abrieron ante el esplendor y la gloria de San Marcos.

El 12 de diciembre desembarcaron en Prinkipo. El "león escapado" estaba de vuelta en su "jaula", pero parecía resignado ante la realidad de su regreso. Tal vez sus nervios se calmaron con la belleza de la isla, la cortesía que los funcionarios turcos le habían dispensado en la frontera y los rostros francos de los pescadores que le dieron la bienvenida en Büyük Ada. Los estantes llenos de libros y los escritorios atestados de cartas y papeles eran como invitaciones a volver a su trabajo. "Es bueno trabajar pluma en mano en Prinkipo", apuntó más tarde en su diario, "especialmente en el otoño y el invierno, cuando la isla está vacía y las perdices aparecen en el parque." Más allá de las ventanas, el mar, cuyos bancos de peces llegaban hasta la orilla, era como un lago sereno. Después de toda la agitación y el tumulto de las semanas recientes, la tranquilidad de la isla, nunca perturbada por la bocina de un automóvil o el timbre de un teléfono, ofrecía un respiro e inducía a la reflexión.

Y así las últimas semanas del año transcurrieron sosegada y descansadamente. El único incidente discordante, pero secundario, fue el rompimiento definitivo con Senin-Sobolevicius, quien en Berlín había presentado una moción que expresaba el desacuerdo del Secretariado Internacional de la Oposición con uno de los duros ataques de Trotsky a Stalin.[85] El incidente sorprendió a Trotsky, aun cuando éste le había escrito a Sobolevicius varios meses antes que "el Partido está ejerciendo una fuerte atracción sobre us-

[84] De Natalia a Liova, el 16 de diciembre de 1932. Sección cerrada de *The Archives*. Véase también la declaración de Trotsky a la prensa, hecha en Brindisi el 8 de diciembre. *The Archives*.

[85] Véase la correspondencia de Trotsky con los hermanos Senin —Soblen-Sobolevicius— del 15, 16, 18 y 22 de diciembre de 1932. El ataque de Trotsky a Stalin ("Obeimi rukami"), al que ellos se oponían, apareció en *B. O.*, núm. 32, en el mismo mes. En él Trotsky había acusado a Stalin de coquetear con el capitalismo norteamericano pasando por alto los principios. La acusación se basaba en una entrevista que Stalin había concedido a un tal Thomas Campbell, experto norteamericano en ingeniería y autor de un libro sobre Rusia. Campbell citó palabras de Stalin al efecto de que la primera razón de su rompimiento con Trotsky fue el ansia de éste por propagar la revolución a otros países y el deseo de Stalin de "limitar todos sus esfuerzos a su propio país". Stalin posteriormente negó haber hecho tal declaración, pero la negación fue más bien inconvincente. Los hermanos Sobolevicius alegaban que el ataque de Trotsky era injusto y ultraizquierdista.

ted". Pero Trotsky había pensado que Sobolevicius y él habían llegado a un acuerdo en Copenhague. "Usted me dijo", le escribió el 18 de diciembre, "que su viaje a la Unión Soviética lo había convencido definitivamente de que la Oposición tenía la razón." Aun ahora Trotsky no sospechó ninguna mala jugada; pensó que Senin estaba cediendo a "la atracción del Partido" y que ello podría conducirlo a la capitulación. "La capitulación", le advirtió, "es la muerte política"; y le aconsejó que se diera tiempo para reconsiderar las cosas. Trotsky evidentemente lamentaba perder un seguidor inteligente y útil; pero el rompimiento estaba consumado y Senin no tardó en desaparecer del horizonte de Trotsky.[86]

Durante estas semanas de reposo Trotsky encontró en la pesca el viejo "antídoto para la tristeza y mitigador de pensamientos agitados". En las páginas de su diario escritas inmediatamente antes de salir de Prinkipo, la describe de una manera un tanto waltoniana y traza semblanzas afectuosas de sus compañeros pescadores, especialmente de un griego joven y casi analfabeto, Kharalambos, con el que solía hacerse a la mar.[87] El joven griego llevaba "la pesca en los huesos": sus antepasados, hasta donde alcanzaba su memoria, habían sido todos pescadores. "Su mundo se extiende aproximadamente a cuatro kilómetros a la redonda de Prinkipo. Pero él conoce ese mundo"; y encuentra en él suficiente magia para llenar su vida (como en Walton, "algo así como la poesía" y algo así "como las matemáticas, que hacen imposible aprenderla jamás del todo"). "El podía leer como un artista el hermoso libro de Marmara"; y desviaba hacia ese libro la mente entregada a lejanas andanzas del viejo revolucionario. Se hablaban sólo con ademanes, gestos y unos cuantos monosílabos turcos, griegos o rusos. Estos le bastaban a Kharalambos para explicar lo que estaba sucediendo en el fondo del mar, para decir, estudiando el horizonte, el cielo, la temporada y los vientos, cómo debían echarse las redes —en línea recta, en espirales o en semicírculos—, cómo debían arrojarse los lastres desde el bote para hacer que las langostas se metieran en las trampas, y cómo proteger la pesca de los delfines que merodeaban por los alrededores. El autor de *La Revolución Permanente* aprendía ávida y humildemente este "arte primordial e intrincado que no ha cambiado durante miles de años". Observaba "la mirada aniquiladora" que le dirigía Kharalambos cada vez que él arrojaba los lastres en forma indebida. "Por bondad y por un sentido de disciplina social, él admite que, en general, yo no arrojo mal los lastres. Pero me basta comparar mi trabajo con el suyo para que mi orgullo me abandone de inmediato." No era tan malo, después de todo, volver con Kharalambos a leer el libro del Marmara y a escribir uno propio también.

86 *The Archives,* Sección cerrada.
87 Estas páginas de diario, fechadas el 15 de julio, se encuentran en *The Archives.*

Este idílico intervalo terminó abrupta y trágicamente. El 5 de enero de 1933 Liova informó a sus padres por cable que Zina se había suicidado. Se quitó la vida una semana después que su hijo se había reunido por fin con ella. La presencia del niño, según parece, en lugar de calmar sus nervios, acabó por destrozarlos. Entre los papeles que dejó se encontró la siguiente nota escrita en alemán: "Siento la proximidad de mi terrible mal. En esta condición no confío en mí misma, ni siquiera en lo tocante al cuidado de mi hijo. *Bajo ninguna circunstancia* debió él haber venido. Es muy sensitivo y nervioso. También le tiene temor a Frau B. [la casera]. Está con Frau K. [cuya dirección aparece anotada]. No habla una palabra de alemán. Avísenle por teléfono a mi hermano."[88] Sus crisis mentales habían venido repitiéndose con intensidad y frecuencia cada vez mayores; se sentía inútil incluso para su hijo; no tenía fuerzas para continuar luchando; y, encima de todo eso, la policía acababa de decirle que tendría que salir de Alemania. Aquéllos eran los últimos días del gobierno del general Schleicher: antes de terminar el mes Hitler habría de ser aclamado como Canciller. El ruido de pesadas botas y los cantos entonados por voces ásperas y ebrias resonaban en Berlín con más fuerza que nunca; y una canción, grosera y cruel, *Die Strassen frei für die braunen Batallionen*, ahogaba a todas las demás. El "tanque terrorífico" del nazismo se ponía en marcha para aplastar al obrero alemán. Con la *Horst Wessel Lied* resonando en sus oídos, con su propio país vedado para ella, y ella misma arrancada de su familia, expulsada de Alemania y demasiado enferma para buscar otro refugio, Zina se encerró en su cuarto y abrió las llaves del gas. La barricada que erigió tras la puerta de la habitación fue tan masiva que cualquier intento de salvarla habría sido inútil: su médico se sintió asombrado por la "rara energía" que ella desplegó en el acto mismo de morir. Y en sus últimos minutos la conciencia del alivio animó su rostro con una leve sonrisa, una expresión de consuelo y calma. Tenía treinta años de edad.[89]

El mensaje de Liova acerca del suicidio era lacónico, pero, para usar las palabras de Trotsky, "en cada una de sus líneas se sentía una insoportable tensión moral", pues él "se encontraba solo con el cadáver de su hermana mayor..." ¿Cómo decirle al niño lo que había sucedido? ¿Y cómo darle la noticia a Alexandra Sokolóvskaya, la madre de Zina, en Leningrado? Liova trató de obtener una comunicación telefónica con su hermano en Moscú. "¿Fue porque la GPU se sintió desconcertada... o porque tuvo la esperanza de enterarse de algún secreto? El caso es que contrariamente a lo que esperaba, Liova obtuvo la llamada y... comunicó la trá-

[88] La nota, escrita en alemán, no tiene fecha.

[89] Una conmovedora descripción de la muerte y el sepelio de Zina aparece en la carta de Franz Pfemfert a Trotsky fechada el 20 de enero de 1933 (*The Archives*, Sección cerrada). Telegrama de Liova, *ibid.*

gica noticia... Tal fue la última conversación de nuestros dos hijos, los hermanos condenados, sobre el cuerpo todavía cálido de su hermana."[90]

Seis días después del suicidio de Zina, Trotsky escribió una "Carta Abierta" a los dirigentes del Partido en Moscú. Describió cómo el decreto del 20 de febrero había destrozado el espíritu de Zina: ella "no eligió la muerte por su propia voluntad; fue empujada al suicidio por Stalin". "No hubo ni siquiera una sombra de sentido político en la persecución de mi hija; no hubo más que pura venganza desprovista de toda finalidad." Terminaba la carta con una nota en que el dolor ahogaba a la ira: "Me limito a hacer llegar esta comunicación, sin extraer conclusiones. El tiempo de extraer las conclusiones llegará: un Partido resurrecto las extraerá."[91]

Desde Leningrado, la madre de Zina hizo llegar un grito de dolor, reproche y desesperación. Ahora había perdido a sus dos hijas, ambas nacidas durante el primer exilio de su padre y ambas inmoladas durante su último exilio. "Me volveré loca si no me entero de todo", le escribió a Trotsky el 31 de enero, pidiendo una explicación de todas las circunstancias. Citaba lo que Zina le había escrito hacía sólo unas semanas: "Me entristece no poder volver ya con papá. Tú sabes cómo lo he adorado e idolatrado desde mis primeros días. Y ahora estamos en completa discordia. Esto ha estado en el fondo de mi enfermedad." Zina se había quejado de la frialdad de su padre con ella. "Yo le expliqué", escribió su madre, "que todo eso proviene de tu carácter, del hecho de que a ti te resulta tan difícil expresar tus sentimientos aun cuando te gustaría expresarlos." (Para las personas que sólo están familiarizadas con el rostro público de Trotsky, el retórico apasionado, el testimonio de su primera esposa sobre su reservado carácter íntimo puede constituir una sorpresa.) A continuación venía un punzante reproche: "Tú sólo has tomado en cuenta su condición física, pero ella era un ser adulto y cabalmente desarrollado que necesitaba una relación intelectual." Zina había anhelado la actividad política y necesitaba espacio para ejercer sus facultades, pues en eso había salido a su padre; y "tú, su padre, podías haberla salvado". ¿Y qué había habido, preguntaba Alexandra, tras el conflicto entre Zina y Liova, sobre el que aquélla también había escrito? ¿Y por qué había insistido Trotsky en un tratamiento psicoanalítico cuando "ella —igual que nosotros dos— era introvertida y no debía ser obligada a hablar de cosas sobre las que no quería hablar"? Con todo, al mismo tiempo que la madre le dirigía estos reproches a Trotsky, los atenuaba con la reflexión de que si Zina hubiese permanecido en Rusia habría perecido de todos modos: habría muerto de tisis. "Nuestras hijas estaban condenadas", añadía Alexandra y describía el temor que le inspiraba el destino de los nietos que habían quedado con ella: "Ya no

[90] Citado del obituario de Liova escrito por Trotsky seis años más tarde. *B. O.*, núm. 64, marzo de 1938.
[91] *B. O.*, núm. 33, marzo de 1933.

creo en la vida. No creo que ellos crecerán. Espero constantemente algún nuevo desastre." Y concluía: "Ha sido difícil para mí escribir y enviar esta carta. Perdóname por ser cruel contigo, pero tú también debes saberlo todo sobre los nuestros."[92]

No sabemos si Trotsky contestó esta carta o en qué forma lo hizo. Tal vez la herida era demasiado profunda para las palabras. Algún tiempo después, al disculparse con los amigos por no haber acusado recibo de sus condolencias, escribió que había estado enfermo de paludismo y "medio muerto".[93]

Hasta el último momento, Trotsky se negó a creer que el movimiento obrero alemán estuviera tan privado de toda capacidad de autodefensa que no pudiera oponer casi ninguna resistencia al nazismo y sucumbiera ignominiosamente al primer embate de éste. Durante casi tres años había sostenido que era inconcebible que Hitler ganara sin una guerra civil. Lo inconcebible había sucedido ahora: el 30 de enero de 1933 Hitler se convirtió en Canciller, antes de que los socialistas y los comunistas hubiesen empezado siquiera a movilizar sus inmensos recursos para dar una batalla. Una semana más tarde Trotsky declaró: "El acceso de Hitler al poder es un golpe terrible para la clase obrera. Pero ésta no es todavía la derrota final, irremediable. El enemigo, al que ha sido imposible derrotar mientras ascendía, ha ocupado ahora toda una serie de puestos de mando. Ha ganado así una gran ventaja, pero la batalla no se ha librado todavía." Aun ahora quedaba tiempo, pues Hitler no se había apoderado aún de todo el poder; tenía que compartirlo con Hugenberg y el Deutschnazionale. La coalición que encabezaba era inestable y estaba plagada de contradicciones. Aún tenía que despojar a sus aliados de toda influencia y obtener el control exclusivo de todos los recursos del Estado. Hasta entonces su posición seguía siendo vulnerable. Los socialistas y los comunistas aún podían contraatacar, pero era desesperadamente tarde: "lo que está en juego es la cabeza de la clase obrera alemana, la cabeza de la Internacional Comunista y... ¡la cabeza de la República soviética!"[94]

Ahora sabemos, gracias a numerosos archivos y diarios alemanes, cuán grande era en efecto la vulnerabilidad del primer gobierno de Hitler en el momento de su creación.[95] Incluso un mes más tarde, el 5 de marzo,

[92] La carta de Alexandra Sokolóvskaya, fechada el 31 de enero de 1933, se encuentra en la Sección cerrada de *The Archives*.

[93] Trotsky a Franz Pfemfert, 5 de febrero de 1933, *ibid*. Según Pierre Frank, que se encontraba entonces en Büyük Ada, Trotsky se encerró en su habitación durante varios días. Natalia lo acompañaba, y salía sola del cuarto de cuando en cuando. Cuando Trotsky abandonó por fin la habitación, sus secretarios notaron cuánto había encanecido su pelo durante esos días.

[94] *B. O.*, núm. 33, 1933.

[95] A. Bullock, *Hitler*, pp. 229-233 sigs.

después del asalto de los nazis a la Casa Karl Liebknecht en Berlín y después del incendio del Reichstag, en unas elecciones celebradas bajo el desenfrenado terror nazi, los socialistas y los comunistas obtuvieron aún 12 millones de votos, aparte de los casi 6 millones de votos que recibió la oposición católica a Hitler. También sabemos de las disputas, los altercados y la mutua desconfianza entre Hitler y sus aliados, que bien podrían haber dado al traste con su coalición si esos millones de socialistas y comunistas hubiesen pasado a la acción. En fecha tan temprana como el 6 de febrero Trotsky observaba que la clase obrera "no estaba librando ninguna batalla defensiva, sino que se estaba replegando, y que mañana el repliegue bien puede convertirse en una desbandada producida por el pánico". Concluía un tanto abruptamente con este grave pasaje:

> A fin de exponer más claramente la significación histórica de las decisiones del Partido... en estos días y semanas es necesario, a mi juicio, plantear el problema ante los comunistas... con la máxima energía e irreconciliabilidad: la [continua] negativa del Partido a formar un frente unido y a establecer comités de defensa locales, comités que mañana podrían convertirse en Soviets, no será menos que una rendición al fascismo, un crimen histórico equivalente a la liquidación del Partido y de la Internacional Comunista. Si llegara a ocurrir tal desastre, la clase obrera tendrá que ponerse en camino hacia una Cuarta Internacional, y tendrá que hacerlo entre montañas de cadáveres y años de insoportables sufrimientos y calamidades.[96]

Aun antes de que estas palabras fueran publicadas, las grandes organizaciones de masas del movimiento obrero alemán, sus partidos y sindicatos, sus numerosos periódicos, instituciones culturales y organizaciones deportivas yacían en ruinas.

La gran derrota afectó de inmediato el destino de la familia de Trotsky. El *Boletín* fue prohibido en Berlín, y Liova tuvo que ocultarse y escapar por la frontera. El 24 de marzo, Trotsky les escribió a los Pfemfert (cuya casa los nazis ya habían destrozado): "En todo momento hemos estado muy preocupados por L. L. [es decir, Liova]. Los amigos alemanes pensaban que si caía en manos de los fascistas no saldría vivo. Yo pensaba lo mismo. Pero ayer recibimos un telegrama suyo: 'Me traslado a París'. Esperemos que tenga buena suerte para completar el traslado. No hemos recibido más noticias de él."[97]

En esas semanas Trotsky retiró su lealtad a la Tercera Internacional. En un artículo titulado "La tragedia del proletariado alemán" (y cuyo sub-

[96] *B. O., loc. cit.*
[97] *The Archives,* Sección cerrada.

título era "Los obreros alemanes volverán a levantarse, ¡el stalinismo jamás!"), resumió así la situación: lo que el movimiento obrero había sufrido en Alemania no era un revés temporal o un contratiempo táctico, sino una derrota estratégica decisiva que dejaría a la clase obrera postrada y paralizada durante toda una época. La Segunda y la Tercera Internacionales se negaban por igual a admitir esto, hablaban del "efímero" triunfo de Hitler, y ahora, cuando ya era demasiado tarde, declamaban acerca de su frente unido. Pero "antes de que cualquier lucha decisiva vuelva a ser posible en Alemania, la vanguardia de la clase obrera debe volver a orientarse de nueva cuenta, comprender claramente lo que ha sucedido, fijar la responsabilidad por... la derrota, abrir nuevos caminos, y recobrar así la confianza y el respeto que se merece a sí misma". Durante años la "clave de la situación" había estado en manos de los comunistas; ahora ya no lo estaba Todas las posiciones en Alemania estaban perdidas para muchos años; tanto más importante era para el movimiento obrero, en consecuencia fortificar sus baluartes y luchar en los países vecinos de Alemania, en Austria, Checoslovaquia, Polonia, Holanda y Francia. "Austria, el país donde es más inminente la amenaza de un levantamiento fascista, es ahora el bastión de avanzada." La irresponsabilidad de la Comintern llegaba al colmo cuando anunciaba que los obreros alemanes estaban "en vísperas de grandes batallas" porque les habían dado cinco millones de votos a los comunistas. "Sí, cinco millones de comunistas lograron, cada uno individualmente, abrirse paso hasta las urnas. Pero en las fábricas y en las calles no se siente su presencia. Están perdidos, dispersos, desmoralizados... El terror burocrático del stalinismo ha paralizado su voluntad aun antes de que el terror gangsteril del fascismo haya comenzado su obra."[98]

Trotsky llegaba a la conclusión de que el stalinismo había tenido su "4 de agosto", un colapso tan ignominioso como el que había sufrido la Segunda Internacional al estallar la primera Guerra Mundial. Entonces Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y sus compañeros habían declarado que la Segunda Internacional estaba muerta y habían proclamado la idea de la Tercera Internacional. La analogía con el 4 de agosto sugería que Trotsky proclamaría ahora la idea de la Cuarta Internacional. Aún no lo hizo, sin embargo. Sólo preconizó la formación de un nuevo Partido Comunista en Alemania. "Los obreros avanzados de Alemania, de ahora en adelante, no hablarán sino con vergüenza del tiempo en que la burocracia stalinista dominaba [al comunismo alemán]... El Partido Comunista oficial de Alemania está condenado. De ahora en adelante sólo se desintegrará, se desmoronará y se disolverá hasta volverse nada." Todavía contaba con la posibilidad de que la derrota tuviera el efecto de una conmoción saludable para los otros partidos comunistas, los indujera a investigar las

[98] "La tragedia del proletariado alemán", fechado el 14 de marzo, apareció en el número de mayo de *B. O.* (núm. 34).

causas, a determinar las responsabilidades y tal vez a romper con el stalinismo. De suceder tal cosa, la Comintern (o un sector de ella) todavía podría salvar su honor revolucionario y su razón de ser. Pero "en Alemania, en todo caso, la siniestra canción de la burocracia stalinista ha tocado a su fin... Bajo los terribles golpes del enemigo, los obreros alemanes avanzados tendrán que construir un nuevo partido". Podría aducirse que era ilógico llamar a crear un nuevo Partido Comunista, pero no una nueva Internacional; mas el desarrollo histórico no ocurría enteramente de acuerdo con las leyes de la lógica, y era preciso aguardar a ver si algunos de los partidos comunistas extraían las lecciones de la experiencia alemana.[99]

Si Trotsky abrigaba tales esperanzas, éstas pronto quedaron disipadas. El ejecutivo de la Comintern, en su primera sesión después de la victoria de Hitler, declaró que esa victoria carecía de significación. Aseveró que la estrategia y las tácticas del Partido alemán habían sido impecables de principio a fin, y prohibió a todos los partidos comunistas abrir cualquier debate sobre el asunto.[100] Ni un solo Partido se atrevió a desafiar la prohibición. El espectáculo fue tan vergonzoso que llevó a Trotsky a afirmar que "una organización que no ha sido despertada por la centella del fascismo... está muerta y nadie puede resucitarla". En julio, declaró que no bastaba con crear un nuevo Partido Comunista en Alemania; ya había llegado el momento de echar los cimientos de una nueva Internacional.[101]

Aun entonces no pudo decidir si la nueva Internacional debía extender sus actividades a la Unión Soviética, es decir, si sus seguidores allí debían dejar de considerarse una facción del viejo Partido y formar un nuevo partido propio. Durante varios meses Trotsky les aconsejó que no tomaran ese camino e insistió en que las actividades de la Cuarta Internacional debían detenerse en las fronteras de la Unión Soviética. Todavía veía en el monopolio bolchevique del poder, con todo y el abuso que de él hacía Stalin, el *sine qua non* de la supervivencia de la revolución. La Oposición, razonaba, actuaría justificadamente al constituirse en partido independiente sólo si abandonaba toda esperanza de reformar al régimen y se reorientaba para una lucha revolucionaria contra el stalinismo. Pero no debía hacer tal cosa. Una nueva Internacional bien podría abstenerse de actuar dentro de la Unión Soviética porque "la clave de la situación" en el movimiento obrero ya no residía en la Unión Soviética: la Oposición difícilmente tenía posibilidades de desarrollar su actividad allí, en todo caso en el futuro inmediato; por consiguiente, la cuestión de un nuevo partido era académica. Sólo en caso de que la nueva Internacional llegara a convertirse en una fuerza política vital en otros países, podría el alineamiento

[99] *Ibid.*
[100] *Kommunisticheskii Internatsional,* 1933, núm. 36, p. 17; B. O., núms. 36-37, 1933.
[101] *B. O., loc. cit.*

de fuerzas cambiar en la URSS también. Sobre todo, sería el avance de la revolución en el Occidente, un avance que no podría producirse bajo la dirección de Stalin, lo que debilitaría el asfixiante dominio del stalinismo sobre la Unión Soviética y daría nueva fuerza a la oposición comunista.[102]

Esta era, claramente, una posición insostenible; y la lógica de su nueva empresa pronto volvió a derrotar a Trotsky. Había sido inconsecuente abogar por un nuevo partido en Alemania, pero no por una nueva Internacional; y era igualmente inconsecuente postular que la nueva Internacional se abstuviera de actuar dentro de la Unión Soviética. Y así, en octubre de 1933, Trotsky llegó a la conclusión de que la Oposición debía constituirse como un nuevo partido en la URSS también.[103] Había tardado alrededor de seis meses en llegar a esta conclusión. Al hacerlo, tuvo que revisar algunas de las concepciones que había sostenido inquebrantablemente durante diez años. Había dejado de defender el monopolio político del partido gobernante. El nuevo partido, cuando naciera, no habría de trabajar por la reforma y la sustitución constitucional del gobierno stalinista, sino por su derrocamiento revolucionario. ¿Seguía considerando Trotsky, entonces, que la Unión Soviética era un Estado obrero? ¿O consideraba ahora a su régimen como una variante termidoriana o bonapartista de la contrarrevolución? ¿Y debía o no la Oposición seguir comprometida a defender incondicionalmente a la Unión Soviética?

Trotsky argumentaba que, después de todas las experiencias de los años recientes, sería infantil pensar que era posible deponer a Stalin en un Congreso del Partido o de los Soviets. "No queda abierta ninguna vía constitucional normal para la destitución de la camarilla gobernante. Sólo la *fuerza* puede obligar a la burocracia a hacer pasar el poder a manos de la vanguardia proletaria." Esa vanguardia, sin embargo, estaba dispersa y aplastada; no sería capaz de luchar por el poder en el futuro próximo. La cuestión de Reforma o Revolución era básicamente, por lo tanto, un asunto de orientación a largo plazo. La Oposición no podría reclamar el poder a menos que contase con el apoyo de la mayoría de la clase obrera; y no podría obtener ese apoyo sin previos desplazamientos sociales en el interior del país y cambios radicales en el escenario internacional en primera instancia, sin un avance de la revolución fuera de la Unión Soviética. Después de tales desplazamientos, "el aparato stalinista se encontraría sus-

[102] *Ibid.* Pierre Frank relata que durante las semanas y los meses en que Trotsky trató de llegar a una conclusión sobre estos problemas, sus secretarios lo veían todos los días caminando en su habitación durante horas, silencioso, tenso y absorto en sus dilemas. "Su rostro estaba profusamente cubierto por el sudor; y uno intuía el esfuerzo físico de su pensamiento y su vacilación."

[103] *Loc. cit.* Trotsky llevó a cabo esta revisión en su ensayo "El carácter de clase del Estado soviético", cuya redacción concluyó, según *The Archives*, el 1 de octubre de 1933. En el *B. O.*, núms. 36-37, se da, por una errata, la fecha del 1 de octubre de 1932.

pendido en un vacío"; y la Oposición, ayudada por la presión popular, podría vencer incluso sin revolución o guerra civil. Si Stalin y sus partidarios, a despecho de su aislamiento, continuaban aferrándose al poder, la Oposición los expulsaría por medio de una "operación de policía". Enfrentado a un resurgimiento de la energía política de la clase obrera, el stalinismo sería débil en grado sumo precisamente porque tenía "sus raíces en la clase obrera y en ninguna otra parte": sólo con la aquiescencia y la sumisión, si no con el apoyo activo de los trabajadores era fuerte Stalin; sin esos elementos, podría ser derrocado de un empujón.[104]

La Unión Soviética, reafirmó Trotsky, seguía siendo un Estado obrero. Al prevalecer la propiedad social de los medios de producción, la sociedad soviética vivía la transición del capitalismo al socialismo, aun cuando pagaba un precio exorbitante por cada paso adelante. La burocracia, por grandes que fueran sus privilegios, seguía siendo sólo "una excrecencia maligna sobre el organismo de la clase obrera, no una nueva clase poseedora". Los privilegios y la creciente desigualdad social no reflejaban un nuevo tipo de explotación social, como alegaban los ultrarradicales, sino las consecuencias de la pobreza y las escaseces materiales. Hasta cierto punto, como incentivos para la eficiencia y la producción, los privilegios y la desigualdad eran "los instrumentos burgueses del progreso socialista". El régimen burocrático, parasitario y tiránico, podría poner en peligro todas las conquistas de la revolución y provocar la contrarrevolución; pero también podría llegar a ser "el instrumento" —un instrumento deficiente y costoso— "del desarrollo socialista". "Al dilapidar... una porción enorme del ingreso nacional, la burocracia soviética está interesada al mismo tiempo... en fomentar el desarrollo económico y cultural de la nación: mientras mayor sea el ingreso nacional, más abundante será el fondo de los privilegios de la burocracia. Con todo, el progreso económico y cultural de las masas trabajadoras, logrado sobre las bases sociales del Estado soviético, deberá socavar los cimientos del régimen burocrático." Así, veinte años antes del término de la era de Stalin, Trotsky previó que, al industrializar a la Unión Soviética y al difundir la educación entre sus ciudadanos, el stalinismo podría destruir el suelo sobre el que había crecido y del cual se nutría, el suelo de la pobreza, el analfabetismo y la barbarie primordiales.[105]

Habiendo dejado de defender el sistema unipartidista en la URSS, Trotsky sin embargo repitió su advertencia anterior de que "si el equilibrio burocrático en la Unión Soviética fuera alterado en el momento actual, ello beneficiaría casi seguramente a las fuerzas contrarrevolucionarias". Reiteró su compromiso con la defensa incondicional de la Unión Soviética: "...la

[104] *B. O., loc. cit.*

[105] *Ibid.* "Es claro", concluía Trotsky, "que en esta afortunada variante histórica, la burocracia resultaría ser sólo el instrumento —un instrumento deficiente y costoso— del Estado socialista." Pero no dio por sentado que esa "afortunada variante" hubiera de materializarse.

nueva Internacional... antes de poder reformar el Estado soviético, debe imponerse el deber de defenderlo. Cualquier agrupación política que rechace este compromiso, bajo el pretexto de que la Unión Soviética no es ya un Estado obrero, corre el riesgo de convertirse en un instrumento pasivo del imperialismo..." Los partidarios de la nueva Internacional, añadía Trotsky, "deben, en una hora de peligro mortal, luchar en la última barricada" en defensa de la URSS.[106]

Con todo, al mismo tiempo que insistía con tanto vigor en que la Unión Soviética, juzgada por su estructura económica, seguía siendo un Estado obrero, Trotsky postuló ahora la concepción de que, como factor de la revolución internacional, la URSS era poco más que un volcán extinguido. "Desde el comienzo de la primera Guerra Mundial, y más explícitamente desde la Revolución de Octubre, el partido bolchevique ha desempeñado un papel dirigente en la lucha revolucionaria global. Ahora esa condición de dirigente se ha perdido." No sólo el bolchevismo oficial, aquella "parodia del Partido", sino la Oposición bolchevique también, era incapaz, debido a las difíciles condiciones en que trabajaba, de "ejercer cualquier dirección internacional". "El centro de gravedad revolucionario se ha desplazado decididamente al Occidente, donde las posibilidades inmediatas de construir un nuevo partido son mucho más amplias." Trotsky proclamó la idea de la Cuarta Internacional en la creencia de que los nuevos impulsos para la revolución provendrían del Occidente, no de la Unión Soviética.[107]

Ya hemos visto con cuánta vacilación Trotsky resolvió renunciar a su lealtad a la Tercera Internacional. No había que ir lejos para buscar las causas de su vacilación, pues él mismo había enunciado muchas veces sus objeciones al paso que ahora daba. Era en la Tercera Internacional, había sostenido, donde todos los trabajadores habían puesto su mirada en busca de orientación; en ella veían a la sucesora legítima de la Segunda y la Primera Internacionales y la encarnación misma de la idea de la Revolución Rusa; y mientras la Unión Soviética siguiera siendo un Estado obrero y la Comintern conservara su vinculación con ella, la *élite* de los trabajadores con conciencia de clase podía justificar su fidelidad a la Comintern. Trotsky no estaba completamente seguro de que este razonamiento hubiese perdido ahora su validez. Y tampoco resultaba fácil, en vista del papel que había desempeñado en la Tercera Internacional, anunciar su rompimiento final con ésta. Es sumamente raro que uno de los principales arquitectos de un movimiento grande y vital encuentre en sí la fuerza necesaria para declarar que ese movimiento ya no tiene valor. Para Trotsky fue mucho más difícil volver la espalda a la Tercera Internacional de lo que había sido renunciar a la Segunda en 1914. Sólo el pasmoso fracaso de la Comintern en Alemania lo impulsó a hacerlo. Admitió que había una dife-

106 *B. O., loc. cit.*
107 *Ibid.*

rencia entre 1914 y 1933. En 1914 los jefes de la Segunda Internacional, al apoyar una guerra imperialista, habían traicionado la confianza que se les tenía deliberadamente y con los ojos abiertos; mientras que en 1933 la Comintern había facilitado la victoria de Hitler por pura irresponsabilidad y ceguera. Con todo, la catástrofe de 1933 era, en otros aspectos, peor aún que la de 1914. En la primera Guerra Mundial el marxismo revolucionario pronto se recuperó del golpe: Zimmerwald, Kienthal y la Revolución Rusa registraron una poderosa protesta contra la perversión "social imperialista" del marxismo. Ninguna protesta comparable contra la enormidad de 1933 había salido ni habría de salir del seno del movimiento comunista. La política de la Comintern no sólo había contribuido a la pérdida por parte del movimiento obrero alemán de todo lo que había ganado en más de ochenta años de lucha, y no sólo había engendrado esa política el peligro —más aún, la certeza— de otra guerra mundial, sino que, además, todo ello había ocurrido en medio de una pavorosa indiferencia y apatía por parte de todo el movimiento. ¿Qué les había sucedido, se preguntaba Trotsky, a la conciencia y a la comprensión políticas de la gran masa de los comunistas?

Trotsky llegó a la conclusión de que el reformismo y el stalinismo, cada uno por su lado, habían embrutecido las mentes y destruido la voluntad de los trabajadores. El hecho de que sus propias advertencias, tan claras, tan estentóreas, tan espectacularmente confirmadas por los acontecimientos, pudieran haber pasado inadvertidas, lo reafirmó en su conclusión. Nadie sabía mejor que él cuán desatendidas habían sido sus advertencias, pues en una carta a Sobolevicius comentó, a principios de 1932, que la Oposición trotskista no había podido reclutar en Alemania ni siquiera a "diez obreros industriales nativos" (y sólo se había ganado a unos cuantos intelectuales e inmigrantes).[108] En la primera Guerra Mundial unos cuantos miles de obreros alemanes, cuando menos, ingresaron en el *Spartakus* clandestino y se hicieron eco de la denuncia del "4 de agosto" que Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht expresaron desde sus celdas. Ahora, después del triunfo de Hitler, todos los partidos comunistas del mundo recibieron con silencioso aturdimiento las justificaciones y las congratulaciones que la Comintern se ofrecía a sí misma. ¿No quedaba en todos esos partidos una sola chispa de inteligencia, de solidaridad internacional y de responsabilidad?, se preguntó Trotsky una y otra vez. Si no quedaba, entonces el stalinismo había degradado tan irremediablemente a todo el movimiento comunista, que tratar de reformarlo era una labor de Sísifo. El había venido realizando esa labor hacía diez años, y ahora se negaba a seguir empujando la pesada roca montaña arriba.

Más doloroso aún le resultó renunciar finalmente al Partido soviético, el Partido que Lenin había fundado, que había hecho la revolución y

108 Carta a Senin-Sobolevicius, 6 de marzo de 1932, *The Archives,* Sección cerrada.

dentro del cual él había alcanzado la grandeza. El año anterior, después de la segunda deportación de Zinóviev, Kámenev, Smirnov, Preobrazhensky y otros, había parecido que la Oposición Conjunta de 1925-27 volvía a constituirse. Cada uno de los mensajes que llegaban de Moscú indicaba que, en medio de la conmoción en escala nacional, aun los propios colaborados de Stalin ansiaban deshacerse de éste. Desde 1932, sin embargo, Stalin había dominado una vez más la situación. Pudo hacerlo en parte porque había adoptado nuevamente algunas de las medidas que Trotsky había preconizado: le dio a la economía un "respiro" a fines del primer Plan Quinquenal, fijó objetivos más moderados y realistas para el segundo Plan e hizo concesiones al campesinado colectivizado. En consecuencia, el caos, la agitación y el fermento en el seno del Partido se atenuaron. La catástrofe alemana, en lugar de debilitar a Stalin, fortaleció su posición. Quienes comprendían sus implicaciones consideraban que éste no era el momento para minar la estabilidad del gobierno de Moscú. La instauración del régimen totalitario en Alemania dio nuevo ímpetu a la tendencia totalitaria en la Unión Soviética. Cuando el grito de *Ein Führer, eine Partei, ein Volk!* tronó sobre Alemania, la jerarquía soviética y muchos militantes de base pensaron que sólo bajo el mando de un solo jefe podrían sobrevivir la Unión Soviética y la revolución. En mayo de 1933 Zinóviev y Kámenev volvieron a capitular y regresaron del exilio. En su primera capitulación, en 1927, se habían rendido al stalinismo, pero no se habían arrodillado, ni nadie esperaba que se arrodillaran, ante la persona de Stalin. Cuando se les exigió eso en 1932, todavía no pudieron obligarse a hacerlo. Pero eso precisamente fue lo que hicieron en 1933: en sus nuevas retractaciones glorificaron la infalibilidad y el genio excepcional de Stalin.

Todo esto ocurría mientras Trotsky postulaba la creación de la Cuarta Internacional, pero no planteaba aún la necesidad de un nuevo partido en la Unión Soviética. La triunfante superación de la crisis por Stalin, la nueva aura autocrática formada a su alrededor y el espectáculo de las últimas capitulaciones impulsaron a Trotsky a cortar el último vínculo que en teoría lo ligaba aún al viejo Partido. Comentando el "trágico destino" de Zinóviev y Kámenev, escribió: "El futuro historiador, que deseará mostrar cuán despiadadamente devasta los caracteres una época de grandes transformaciones, tomará a Zinóviev y Kámenev como ejemplos... el aparato stalinista se ha convertido en una máquina para triturar los espinazos [de los antiguos revolucionarios]." Y: "Al igual que el personaje de Gogol, Stalin recoge almas muertas a falta de las vivas."[109] La esperanza de Trotsky en cuanto a cualquier posible regeneración del Partido soviético había quedado destruida. Era inútil continuar dirigiéndose a hombres con las espaldas rotas y almas muertas; y, de todos modos, las tradiciones marxistas-leninistas habían desaparecido en un partido que podía inclinarse ante

[109] *B. O.*, núm. 35, 1933.

un autócrata. Sólo en completa independencia de aquél y fuera de sus límites podría renacer el bolchevismo.

Este, en resumen, fue el alegato de Trotsky en favor de una nueva Internacional. Habiéndolo hecho público y después de obtener, tras una discusión, el apoyo de todos sus grupos, él sin embargo no proclamó a esos grupos como la Cuarta Internacional. Consciente de la debilidad de los mismos, se contentó con lanzar la idea, abrigando la esperanza de que ésta ganaría con el tiempo muchos más partidarios. Repitió en cierto sentido su propia experiencia de la era de Zimmerwald, cuyo recuerdo es discernible en sus escritos y en su conducta. Desde el momento en que Lenin y él habían empezado a abogar por la Tercera Internacional en 1915, transcurrieron cuatro años de propaganda y labor preparatoria antes de que convocaran a un congreso constituyente de la organización. De manera similar, ahora "no había que pensar en ninguna proclamación inmediata de... la Internacional, sino únicamente en el trabajo preparatorio. La nueva orientación significa... que todas las ideas de 'reforma' [la organización stalinista] y todas las demandas de readmisión de los oposicionistas expulsados deben abandonarse definitivamente... La Oposición de Izquierda deja de considerarse y de actuar como una Oposición [dentro del Partido]".[110] Habrían de transcurrir cuatro años exactamente antes de que él estuviera dispuesto a convocar un congreso constituyente.

Las esperanzas que Trotsky tenía en la nueva Internacional no eran tan infundadas en 1933 como parecieron serlo más tarde. La Comintern estaba de hecho totalmente desprestigiada en relación con el problema alemán, en tanto que el trotskismo se había apuntado una espectacular victoria moral. Si hasta entonces, pensaba Trotsky, todos sus llamamientos a la opinión comunista europea habían tenido muy poca acogida, ello se había debido en parte a que las principales cuestiones de su controversia con Stalin —problemas internos soviéticos y la revolución china— habían sido demasiado remotas o demasiado oscuras para los comunistas europeos. En su fase más reciente, la controversia se había centrado en Alemania, "el corazón de Europa". El advenimiento de Hitler al poder afectó inmediatamente a todos los partidos comunistas. Planteó problemas de vida o muerte, señaló la inminencia de la guerra y amenazó al comunismo con la extinción. Tanto Trotsky como la Comintern habían polemizado públicamente y con el mayor vigor hasta el momento mismo en que las diferencias fueron puestas a prueba por los acontecimientos. El resultado de la prueba no estaba en duda. Los pros y los contras estaban, o debían haber estado, frescos en la mente de todo el mundo: cada comunista podía revisarlos y sopesarlos de nueva cuenta. La conclusión que debía extraerse tampoco estaba en duda: quienes habían conducido al Partido Comunista más poderoso del Occidente a una *débâcle* tan vergonzosa eran culpables de una incom-

110 *B. O.*, núm. 36, 1933.

petencia rayana en la traición y habían perdido todo derecho a dirigir. En virtud del mismo hecho, la Oposición había o debía haber planteado su aspiración a la dirección.

Cierta conciencia de todo esto estaba penetrando indudablemente en las filas stalinistas. Mientras más desdeñosamente había atacado y escarnecido la Comintern a Trotsky por "jugar al espantajo", "exagerar la amenaza nazi" y "llamar a un frente unido con los social-fascistas", con más fuerza rebotaron esos escarnios contra sus autores. El desconcierto y la vergüenza hicieron presa de muchas células partidarias. Aun ciertos stalinistas recalcitrantes sentían una admiración inconfesada por la clarividente e intrépida posición de Trotsky.[111] Nuevos grupos trotskistas y cuasi-trotskistas se formaron entre los refugiados alemanes que escapaban al terror de Hitler y entre los comunistas polacos, checos, holandeses, norteamericanos y otros. Los grupos eran pequeños, pero su influencia no podía ignorarse. Atraían a militantes devotos y de mentalidad despierta. Asediaban la conciencia del comunismo. Obligaban al stalinismo a ponerse a la defensiva. Sólo por medio de frenéticas apelaciones al patriotismo partidario, de amenazas de expulsión y expulsiones efectivas podían los dirigentes mitigar el malestar en las filas; y a la larga la Comintern pudo disipar ese malestar sólo al invertir todas sus actitudes, al echar por la borda las consignas sobre el social-fascismo y al adoptar la táctica del frente unido (y llevándola más lejos, al Frente Popular). Además, el colapso de la República de Weimar había sacudido a los partidarios socialdemócratas también. La creencia de éstos en la democracia parlamentaria había recibido un rudo golpe. Apenas quedó un partido socialista en Europa que, bajo el impacto de la experiencia alemana, no inscribiera solemnemente en su programa alguna forma de "dictadura proletaria". Dentro de esos partidos los grupos radicales e izquierdizantes ponían sus ojos en Trotsky y encontraban sus ideas mucho más racionales y seductoras que todo lo que el comunismo oficial podía ofrecerles. Este fue, en verdad, el momento óptimo de su influencia política en el exilio. Si alguna vez tuvo la oportunidad de fundar un Partido Comunista independiente fue entonces.

Sin embargo, los argumentos que él mismo había esgrimido con tanta frecuencia y fuerza de convicción contra los pasos que ahora estaba dando, no habían perdido validez alguna. Todavía era cierto que, mientras la propiedad nacional de los medios de producción permaneciera intacta en la Unión Soviética y mientras la bandera del bolchevismo ondeara sobre Moscú, la vinculación del comunismo internacional con la Unión Soviética era indisoluble. Para la masa de quienes simpatizaban con el comunismo, el primer Estado obrero seguía siendo el baluarte de la revolución interna-

[111] Ellos mismos admitieron esta "admiración inconfesada" muchos años después, cuando estuvieron en mayor libertad de hacerlo; algunos incluso buscaron la oportunidad de hablarle sobre ello al presente biógrafo de Trotsky.

cional; y los Partidos Comunistas oficiales ejercían una irresistible atracción sobre ellos. Ellos no veían ninguna alternativa a la dirección stalinista, que, a su manera de ver, había venido a representar la Revolución Rusa y la tradición bolchevique. La burocracia stalinista había logrado, en efecto, identificarse con el leninismo y con el marxismo en general. Los militantes portuarios franceses, los mineros polacos y los guerrilleros chinos veían a quienes gobernaban en Moscú como los mejores jueces del comunismo mundial. De ahí la obediencia irrazonada con que aceptaban tan a menudo los desplazamientos y virajes y los dictados más absurdos de la política stalinista. Juzgaban a los adversarios de la burocracia como los enemigos de la Unión Soviética y del comunismo, del mismo modo que el católico devoto considera a los enemigos de la Santa Sede como los enemigos del cristianismo.

Todo esto constituía un mal presagio para la empresa de Trotsky. Sus ideas y consignas eran tales que sólo aquellos que simpatizaban con el comunismo podían acogerlas; sin embargo, ésos eran precisamente los menos inclinados a ingresar en las filas de una nueva Internacional. Después de haber escuchado impasiblemente durante tanto tiempo el llamado de Trotsky en favor de una reforma en sus partidos, era menos probable aún que lo escucharan cuando los instaba a romper con esos partidos.

Por otra parte, las consecuencias de la *débâcle* alemana tampoco favorecían a la nueva Internacional, pese a todo el desprestigio de las viejas Internacionales. Cada una de las viejas Internacionales había surgido en un momento de auge del movimiento obrero, y en el momento de su formación ninguna de ellas había tenido que contender con una organización rival establecida.[112] La Cuarta Internacional nacía para desafiar a dos rivales establecidas y poderosas durante una profunda depresión del movimiento. En Alemania la clase obrera había quedado incapacitada efectivamente, como Trotsky lo había predicho, para recuperarse políticamente durante muchos años por venir; pero precisamente debido a eso el trotskismo no podía derivar ningún provecho de la ventaja moral que había ganado en relación con el problema alemán. En el resto de Europa, la clase obrera habría de seguir replegándose durante el resto de la década, pese al reavivamiento de sus energías en Francia y España en 1936. La prolongada y fatigosa secuencia de retiradas y derrotas produjo un malestar moral en medio del cual aun los argumentos más persuasivos en favor de una nueva Internacional se perdían en un vacío. Trotsky argumentaba que la clase obrera necesitaba una nueva dirección precisamente con el objeto de contener la retirada y reagruparse para defenderse y pasar al contraataque. Pero la masa de los comunistas (y de los socialistas), aque-

[112] Para una continuación de esta discusión, especialmente para los argumentos de los trotskistas polacos contra la fundación de la Cuarta Internacional, véase el capítulo V, pp. 380-381 del presente libro.

llos que no se habían descorazonado aún, pensaban que no debían cambiar de caballos a mitad del río. Y así las dos Internacionales establecidas florecieron incluso en virtud de sus errores y sus derrotas: sus seguidores, pese a todas sus aprensiones, se negaron a buscar nuevos jefes y nuevos métodos de lucha bajo la lluvia de golpes que el nazismo y el fascismo les estaban infligiendo. Prefirieron seguir dando tumbos bajo las viejas banderas conocidas, de derrota en derrota, antes que acogerse a un nuevo estandarte tras del cual sólo podían ver la gigantesca pero enigmática o sospechosa figura del portaestandarte.

Trotsky estaba convencido de que la Comintern, en cuanto organización revolucionaria, había agotado su papel. Y no se equivocaba del todo. Diez años más tarde Stalin habría de disolver la organización y declarar que ésta ya no tenía ningún propósito que cumplir; y en esos diez años la Comintern sólo hubo de añadir a su bancarrota alemana nuevos fracasos en Francia y España y las ambigüedades de su política bajo el pacto de Stalin y Hitler en 1939-41. Con todo, el movimiento detrás de la Comintern era cualquier cosa menos un "cadáver". Todo lo que Stalin hizo por destruirlo moralmente no pudo matarlo. En el momento mismo en que él disolvió la Comintern, los Partidos europeos de ésta derivaban nueva fuerza de su resistencia a la ocupación nazi; y fue todavía bajo las banderas stalinistas, aunque en conflicto implícito con Stalin, que las revoluciones yugoslava y china hubieron de lograr sus victorias. A pesar de todo cuanto Stalin había hecho para rebajar a todos los Partidos Comunistas a la condición de meros peones, el Partido yugoslavo, el chino y algunos otros tuvieron suficiente vitalidad para vivir sus propias vidas, para librar sus propias luchas y para cambiar los destinos de sus países y del mundo. Más aún, hubieron de ganar nuevo ímpetu y nuevo impulso revolucionario gracias a los triunfos de las armas soviéticas en la segunda Guerra Mundial.

La idea de que los nuevos impulsos para la revolución vendrían del Occidente, pero no de la Unión Soviética, fue el *leitmotif* de los argumentos de Trotsky en favor de la Cuarta Internacional. Una y otra vez afirmó que, mientras en la Unión Soviética el stalinismo seguía desempeñando un papel dual, a la vez progresista y retrógrado, internacionalmente sólo ejercía una influencia contrarrevolucionaria. En esto le falló su comprensión de la realidad. El stalinismo habría de continuar desempeñando su papel dual tanto internacional como nacionalmente: habría de estimular tanto como de obstruir la lucha de clases fuera de la Unión Soviética. En todo caso, no fue del Occidente de donde hubieron de provenir los impulsos revolucionarios en las siguientes tres o cuatro décadas. Así, pues, la premisa mayor de que partía Trotsky para crear la Cuarta Internacional era irreal. Con todo, puesto que todos sus intentos de reformar la Comintern habían sido vanos, él no podía, como ya hemos visto, continuar

su tarea de Sísifo. Tenía que buscar otra solución. Su nueva empresa, sin embargo, habría de resultar tan infructuosa como la anterior. Sísifo sólo se había movido, esperanzadamente, de un lado de su montaña al otro; y allí empezó a empujar su roca nuevamente.

Hemos visto cómo Trotsky, al volver la espalda a la Comintern, reiteró el deber que tenían sus partidarios de seguir defendiendo a la Unión Soviética hasta el fin. El mismo, cuando se dirigía a la opinión burguesa occidental en sus artículos, trataba de hacerla cobrar conciencia de que el Tercer Reich significaba la guerra mundial. En fecha tan temprana como la primavera de 1933 exhortó a las potencias occidentales a formar una alianza con la Unión Soviética. Aquellos eran los primeros meses del Tercer Reich, cuando difícilmente un solo estadista occidental contemplaba la posibilidad de tal alianza. Hitler asumió entonces posturas pacifistas, y en una Conferencia Internacional de Desarme aceptó, para alivio y deleite del Londres oficial, los proyectos de desarme de Austen Chamberlain y John Simon. El 2 de junio de 1933 Trotsky escribió en un ensayo sobre "Hitler y el Desarme": "El mayor peligro consiste en subestimar a un enemigo ... los jefes del movimiento obrero alemán se negaron a tomar en serio a Hitler ... El mismo peligro puede presentarse en el nivel de la política mundial." Señaló cuán dispuesto estaba el gobierno británico a responder a la "moderación" y a las "intenciones pacíficas" de Hitler: "La rutina diplomática tiene sus ventajas mientras las cosas se mueven por los senderos trillados. Y se desconcierta de inmediato cuando tiene que enfrentarse a hechos nuevos e importantes." Austen Chamberlain y John Simon "habían esperado encontrar [en Hitler] a un demente con un hacha en la mano; en lugar de ello, encontraron a un hombre que oculta su revólver en un bolsillo: ¡qué alivio!" Este fue el primer gran éxito diplomático de Hitler. Su propósito consistía en rearmar a Alemania, que en el tiempo transcurrido desde Versalles había recuperado su lugar como la nación industrialmente más poderosa de Europa, pero que seguía desarmada. "Esta combinación de poderío potencial y de debilidad real determina tanto el carácter explosivo de los objetivos nazis como la extrema cautela de los primeros pasos de Hitler encaminados al cumplimiento de esos objetivos." Hitler había aprobado los proyectos británicos de desarme sabiendo perfectamente que Francia no los aceptaría: esto le daba la oportunidad de utilizar a Inglaterra contra Francia y de echar sobre ésta el oprobio de la carrera armamentista que se produciría a continuación. "El amor de Hitler por la paz no es una improvisación diplomática accidental, sino un elemento necesario de una maniobra mayor, dirigida a alterar radicalmente el equilibrio de poder en favor de Alemania y a preparar el asalto del imperialismo alemán contra Europa y el mundo." Trotsky pronosticó que, si las acciones de Hitler no eran contrarrestadas, conducirían inevitable-

mente a la guerra mundial en un plazo de cinco a diez años. "Es contra la Unión Soviética que Hitler está ansioso de marchar. Pero si ésta no resultara ser la línea de menor resistencia, la erupción bien podría volverse en la otra dirección... Las armas que pueden usarse contra el Este pueden usarse igualmente contra el Oeste."[113] Trotsky apuntaba que él no se consideraba "llamado a actuar como custodio del Tratado de Versalles. Europa necesita una nueva organización. Pero, ¡ay si esta tarea queda en manos del fascismo!"

En declaraciones hechas a la prensa norteamericana, Trotsky instó al gobierno de los Estados Unidos (que al cabo de dieciséis años no había reconocido aún al gobierno soviético) a que se acercara más a la Unión Soviética con el objeto de enfrentarse a las amenazas del Japón y Alemania.[114] No sabemos si la exhortación tuvo alguna influencia en la decisión del presidente Roosevelt, tomada poco después, de establecer relaciones diplomáticas con Moscú. Pero las opiniones de Trotsky impresionaron seguramente a la diplomacia de Stalin, que más adelante planteó el asunto de la alianza antinazi. En lo que atañía a la seguridad de su propio gobierno, Stalin estaba más que dispuesto a aprovechar los consejos de su adversario, aun cuando a menudo lo hiciera tardíamente y siempre a su manera burdamente perversa.

Mientras tanto, el gobierno soviético prorrogó sus acuerdos de Rapallo con Alemania; y ello tentó a los antistalinistas ultrarradicales a denunciar una más de las "traiciones" de Stalin. Trotsky consideró que la cuestión era demasiado seria para convertirla en un punto de debate. El no se cansaba de denunciar la parte de la culpa que correspondía a Stalin y a la Comintern por el ascenso de Hitler al poder, pero no le negaba a Stalin el derecho a actuar en el campo diplomático por razones de conveniencia. Dos años antes, como sabemos, había instado al gobierno soviético a que movilizara el Ejército Rojo si Hitler amenazaba con tomar el poder; pero lo había hecho imaginando que la izquierda alemana empuñaría las armas contra el nazismo, en cuyo caso el Ejército Rojo tendría el deber de prestar su ayuda. La victoria incruenta de Hitler y la destrucción total de la izquierda alemana, señaló Trotsky ahora, inclinaba la balanza en contra de la Unión Soviética, especialmente en virtud de que ésta también estaba debilitada internamente por la colectivización stalinista. La diplomacia soviética, por lo tanto, tenía derecho a ganar tiempo, a negociar e incluso a buscar un acomodo provisional con Hitler. Con un desprendi-

[113] *B. O.*, núm. 35, 1933. El artículo apareció en el *Manchester Guardian* del 21-22 de junio de 1933 (tres semanas después de haber sido escrito). De este artículo tomó Litvínov, Ministro de Relaciones Exteriores de Stalin, la frase muy citada de que "un cañón que puede disparar hacia el este puede disparar también hacia el oeste".

[114] Véase, por ejemplo, la entrevista concedida por Trotsky a *The New York World Telegram* el 4 de julio de 1933.

miento un tanto sorprendente, Trotsky declaró que si la Oposición asumiera el poder en las circunstancias del momento, no podría actuar de otra manera: "En sus *acciones prácticas inmediatas* la Oposición tendría que partir del equilibrio de poder existente. Se vería obligada en particular a mantener las relaciones diplomáticas y económicas con la Alemania de Hitler. Al mismo tiempo prepararía el desquite. Esta sería una gran tarea, que requeriría tiempo; una tarea que no podría cumplirse por medio de gestos espectaculares, sino que exigiría una reorientación radical de la política en cada campo."[115] Su criterio seguía exento de toda emoción personal contra Stalin, y severamente objetivo.

Estos fueron los últimos meses de Trotsky en Prinkipo. Durante algún tiempo sus amigos franceses, especialmente Maurice Parijanine, su traductor francés, habían instado al gobierno francés a que cancelara la orden bajo la cual, en 1916, Trotsky había sido expulsado de Francia "para siempre", y a que le concediera asilo. Trotsky mantuvo una actitud escéptica: suponía que el gobierno radical, que se acababa de formar bajo la dirección de Edouard Daladier, estaría deseoso de mejorar las relaciones con la Unión Soviética y no toleraría su presencia en Francia. Pero hizo lo que pudo para ayudar. Acababa de contratar en Nueva York la publicación de una semblanza poco halagadora de Edouard Herriot, escrita poco después de su refriega nocturna con la policía en Marsella; y se abstuvo de publicarla para no hacerles el juego a los enemigos de su admisión en Francia. También le escribió a Henri Guernut, el Ministro de Educación, que como miembro del gobierno abogaba por el derecho de Trotsky al asilo; y prometió solemnemente comportarse con la máxima discreción en Francia y no causarle dificultades al gobierno.[116]

Las semanas transcurrieron sin que se tomara una decisión, semanas durante las cuales él redactó sus ideas sobre la Cuarta Internacional y también escribió unos cuantos ensayos menores sobre temas políticos y literarios franceses. La incertidumbre acerca de su futuro inmediato lo llevó a dejar de lado planes literarios más ambiciosos y le acarreó dificultades económicas que no había conocido desde 1929. El viaje a Copenhague, la enfermedad de Zina, el traslado de Liova a Francia y del *Boletín* a París le habían ocasionado grandes gastos precisamente cuando sus ingresos quedaban considerablemente reducidos. En Alemania, donde sus principales obras habían contado con un amplio público lector, los nazis prohibieron y quemaron sus escritos, junto con toda literatura marxista y freudiana, exactamente cuando el tercer volumen de su *Historia de la Revolución Rusa* acababa de ser publicado. En los Estados Unidos la *Historia* tampoco corrió con mucha suerte. Ya en marzo le había escrito a un admirador

115 *B. O.*, núm. 35, 1933.
116 *The Archives,* Sección cerrada.

británico: "La crisis económica mundial se ha convertido en mi propia crisis también, especialmente debido a que las ventas de la *Historia* son bastante lamentables." Colaboraba ocasionalmente en el *Manchester Guardian* y otros periódicos, pero sus honorarios no alcanzaban a mucho. Para acelerar la decisión sobre la visa francesa, le escribió, el 7 de julio, a Henri Molinier diciéndole que se conformaría con un permiso de residencia que le hiciera posible establecerse, no en la Francia metropolitana, sino en Córcega, pues aun allí estaría en contacto más estrecho con la política europea y un poco más alejado de la GPU que en Prinkipo.[117] Sus amigos franceses, sin embargo, pidieron asilo para él en Francia, y su insistencia pronto tuvo recompensa. Antes de mediados de julio, Trotsky recibió la visa. No se trataba en modo alguno de un permiso de residencia incondicional: se le permitiría radicarse sólo en uno de los *departements* del sur; no podría viajar a París, ni siquiera por el tiempo más breve; y tendría que mantener un incógnito riguroso y someterse a la estricta vigilancia policiaca.

Trotsky aceptó estas condiciones como un increíble golpe de suerte. ¡Por fin saldría de su encierro turco! Y se iba a Francia, cuyo modo de vida y cuya cultura le resultaban tan afines, y que ahora era el principal centro de la política obrera en el Occidente. Al prepararse, lleno de esperanzas en el porvenir, para el viaje, echó una última mirada retrospectiva sobre sus años de Prinkipo: "Hace cuatro años y medio, cuando llegamos aquí", escribió, "el sol de la prosperidad brillaba aún sobre los Estados Unidos. Ahora esos días parecen tan remotos como la prehistoria, o como un cuento de hadas... Aquí en esta isla de tranquilidad y olvido los ecos del gran mundo nos llegaban retrasados y apagados." No fue sin cierto dolor como se despidió del esplendor del Mar de Mármara y de sus excursiones de pesca, pensando en sus fieles pescadores, algunos de los cuales, "con sus huesos saturados de la sal del mar", habían encontrado reposo hacía poco en el cementerio de la aldea, mientras otros tenían que luchar cada vez más duramente, en aquellos años de crisis, para ganarse el sustento. "La casa ya está vacía. Los cajones de madera están ya en la planta baja; manos jóvenes los clavan. El piso de nuestra vieja y destartalada villa fue pintado con una pintura tan rara en la primavera, que todavía ahora, al cabo de cuatro meses, las mesas, las sillas y nuestros pies siguen pegándose en ella... Curiosamente, siento como si mis pies hubieran enraizado un poco en el suelo de Prinkipo."[118]

El destino no le había escatimado desengaños y sufrimientos en aquella isla. La sombra de la muerte había oscurecido muchos de sus días allí, incluso las horas de la partida. Lo último que escribió en Prinkipo (aparte de un mensaje de despedida y agradecimiento al gobierno turco) fue un

[117] *The Archives,* Sección cerrada.
[118] "Pered Otyezdom", 15 de julio de 1933, en *The Archives.*

obituario de Skripnik, el viejo bolchevique, uno de los jefes de la insurrección de octubre y más tarde stalinista ferviente que, habiendo entrado en conflicto con Stalin, acababa de suicidarse.[119]

Ello no obstante, pese a todas las adversidades, los años que Trotsky había pasado en Prinkipo fueron los más tranquilos, los más creadores y los menos desdichados de su exilio.

[119] El obituario lleva la fecha del 15 de julio; apareció en *B. O.*, en octubre, núms. 36-37.

CAPÍTULO III

EL REVOLUCIONARIO COMO HISTORIADOR

Al igual que Tucídides, Dante, Maquiavelo, Heine, Marx, Herzen y otros pensadores y poetas, Trotsky alcanzó su plena eminencia como escritor en el exilio, durante los pocos años de Prinkipo. La posteridad lo recordará como el historiador, así como el dirigente, de la Revolución de Octubre. Ningún otro bolchevique ha producido ni podía producir una versión tan grandiosa y espléndida de los acontecimientos de 1917; y ninguno de los muchos escritores de los partidos antibolcheviques ha presentado nada que pueda compararsele desde otro punto de vista. La promesa de este logro pudo discernirse en Trotsky desde muy temprano. Sus descripciones de la revolución de 1905 constituyen hasta el día de hoy el panorama más vívido de aquel "ensayo general" para 1917. Trotsky produjo su primera narración y análisis de los sucesos de 1917 apenas unas cuantas semanas después de la insurrección de octubre, durante los recesos de la conferencia de paz de Brest-Litovsk; y en los años subsiguientes continuó trabajando en su interpretación histórica de los acontecimientos en los que había actuado como protagonista. Había en él una doble *vis historica:* el anhelo del revolucionario de hacer historia y el impulso del escritor para describirla y captar su significado.

Todos los desterrados reflexionan sobre el pasado; pero sólo unos pocos, muy pocos, conquistan el futuro. Apenas alguno entre ellos, sin embargo, ha tenido que luchar por su vida, moral y físicamente, como luchó Trotsky. Stalin en un principio le infligió el exilio como solían infligirlo los romanos: como sustituto de la pena de muerte; y no habría de quedar conforme con el sustituto. Aun antes de que Trotsky fuera asesinado físicamente, sus asesinos morales trabajaron durante años, primero borrando su nombre de los anales de la revolución y después reinscribiéndolo como sinónimo de contrarrevolución. Trotsky el historiador, por consiguiente, libró dos luchas: defendió a la revolución contra sus enemigos, y defendió su propio lugar en ella. Ningún escritor ha creado su obra principal en condiciones similares, llamadas a inflamar todas sus pasiones, a despojarlo de todo pensamiento sereno y a deformar su visión. En Trotsky todas las pasiones fueron despertadas, pero su pensamiento permaneció sereno y su visión clara. El evocó con frecuencia la máxima de Spinosa: "Ni llorar ni reír, sino entender"; pero él mismo no pudo dejar de llorar y de reír; con todo, entendió.

No sería del todo correcto decir que, como historiador, Trotsky combinó

el partidarismo extremo con la objetividad rigurosa. No le hacía falta combinarlos: ambas cosas eran el calor y la luz de su obra, y al igual que el calor y la luz estaban indisolublemente ligados. El se mofó de la "imparcialidad" y la "justicia conciliadora" del erudito que pretende "subir a la muralla de una ciudad amenazada y hacerse oir al mismo tiempo por los sitiadores y los sitiados".[1] Su propio lugar estaba, como había estado en los años de 1917 a 1922, dentro de la amenazada ciudad de la revolución. Sin embargo, su participación en la lucha, lejos de nublar su visión, la hace más clara. Su antagonismo frente a las viejas clases gobernantes de Rusia y sus sostenedores voluntarios e involuntarios, lo hace ver claramente no sólo sus vicios o sus debilidades, sino también las endebles e ineficaces virtudes que poseían. Aquí, como en el mejor pensamiento militar, el partidarismo extremo y la observación escrupulosamente sobria van, en efecto, de la mano. Para el buen soldado nada es más importante que obtener una visión realista del "otro lado de la línea", una visión exenta de optimismo infundado y de emoción. Trotsky, el comandante de la insurrección de octubre, actuó sobre la base de este principio; y Trotsky el historiador hace lo mismo. Logra en su imagen de la revolución la unidad de los elementos subjetivos y objetivos.

Su obra histórica es dialéctica como no lo es tal vez ninguna otra producida por la escuela de pensamiento marxista desde Marx, de quien derivó su método y su estilo. Junto a las obras históricas menores de Marx, *La lucha de clases en Francia, El 18 Brumario de Luis Bonaparte* y *La guerra civil en Francia,* la *Historia* de Trotsky aparece como la gran pintura mural junto a la miniatura. Mientras que Marx se alza muy por encima de su discípulo en cuanto al poder de su pensamiento abstracto y su imaginación gótica, el discípulo es superior como artista épico, especialmente como maestro de la presentación gráfica de las masas y los individuos en acción. Su análisis sociopolítico y su visión artística concuerdan a tal punto que no hay trazas de divergencia alguna. Su pensamiento y su imaginación se elevan juntos. Expone su teoría de la revolución con la tensión y el *élan* de la narrativa; y su narrativa adquiere profundidad a partir de sus ideas. Sus escenas, semblanzas y diálogos, sensuales en su realidad, están iluminados interiormente por su concepción del proceso histórico. Muchos críticos no marxistas han quedado impresionados por esta cualidad distintiva de su manera de escribir. He aquí, por ejemplo, lo que escribe un historiador británico, A. L. Rowse:

> La verdadera importancia de la *Historia* de Trotsky no reside en la capacidad que tiene éste de pintar con palabras, ya sean personajes o

[1] Trotsky se refería en particular a L. Madelin, "uno de los historiadores reaccionarios y, por tanto, más de moda en la Francia contemporánea". Prefacio a la *Historia de la Revolución Rusa,* tomo I.

sucesos, aunque ciertamente su talento es tan brillante e incisivo que hace recordar continuamente a Carlyle. Hay algo de la misma técnica, incluso del mismo modismo, en la manera como las luces rápidas se desplazan a través de la escena y curiosos episodios particulares adquieren singular relieve y significación general; algo de la misma dificultad para seguir la secuela de los acontecimientos (¡las luces son tan cegadoras!), podría añadirse. Pero en tanto que Carlyle no tenía otra cosa en que apoyarse fuera de su magnífica intuición, Trotsky tiene a su disposición una teoría de la historia que le permite aprehender lo que es significativo y relacionar las cosas entre sí. Esto mismo puede ilustrarse mejor mediante una comparación con *The World Crisis* de Winston Churchill, pues los dos hombres no son disímiles en cuanto a su carácter y sus dotes mentales. Pero aquí también se nota la diferencia, pues la historia del Sr. Churchill, pese a toda su personalidad, vivacidad y vitalidad, rasgos que tiene en común con Trotsky, no tiene tras de sí una filosofía de la historia.[2]

La observación sobre la similitud entre Trotsky y Churchill es correcta: en sus polos opuestos, los dos hombres representan la misma fusión de realismo y romanticismo, la misma pugnacidad, la misma inclinación a mirar, y a avanzar, delante de su clase y de su ambiente, y el mismo impulso a hacer y escribir historia. No es necesario negar a Churchill una "filosofía de la historia", aunque sólo la sustente de manera instintiva; pero es cierto que la teoría de Trotsky es una teoría cabalmente formada y elaborada. Lo importante es que su *Weltanschauung* teórico satura su sensibilidad, amplía su intuición y perfecciona su visión. Y, aun cuando tiene en común con Carlyle la intensidad y la deslumbrante brillantez de las imágenes, también posee la solidez y la claridad de expresión y el equilibrio de los más grandes historiadores clásicos. El es, en efecto, el único historiador de genio que la escuela de pensamiento marxista ha producido hasta ahora... y hasta ahora ha rechazado.[3]

De las dos obras históricas capitales de Trotsky, *Mi vida* y la *Historia,* la primera es, por supuesto, la menos ambiciosa. En cierto sentido la escribió demasiado temprano, aunque si no la hubiese escrito en 1929, o poco después, tal vez no la habría escrito nunca. En lo fundamental narra la mitad de su historia, la de su triunfo revolucionario; sólo esboza el comienzo de la otra mitad, que aún estaba en vías de desenvolvimiento. Trotsky concluyó el libro al cabo de unos cuantos meses en el exilio, sólo cinco años después aproximadamente, del comienzo en serio de su lucha

[2] A. L. Rowse, *End of an Epoch,* pp. 282-283.

[3] Esto es cierto, sin embargo, sólo en la medida en que sea permisible caracterizar al movimiento comunista bajo Stalin y Jruschov como marxista.

con Stalin. El conflicto era todavía demasiado reciente, y al relatarlo se vio estorbado por consideraciones tácticas y falta de perspectiva. Lo que él habría de vivir en los próximos once años no sólo tendría mayor peso en sí mismo, sino que se reflejaría sobre toda su experiencia anterior: toda su vida adquiriría el resplandor de la tragedia a partir de su grave y doloroso epílogo. Trotsky concluyó *Mi vida* con una afirmación que desafiaba a quienes hablaban de su tragedia: "Yo disfruto de este espectáculo, cada uno de cuyos cuadros sé interpretar...", repitió con Proudhon. "Lo que a otros destruye, a mí me exalta, me enardece y me conforta; ¿cómo, pues... pretender que me lamente de mi suerte...?"[4] ¿Habría repetido esas palabras unos cuantos años más tarde? En cierto sentido, si se sostuviera que la tragedia incluye necesariamente la penitencia del protagonista, no hubo tragedia alguna en Trotsky: en ningún momento, hasta el fin, hubo penitencia en él. Al igual que Shelley, que no podía soportar que su Prometeo terminara humillándose ante Júpiter, Trotsky fue "contrario a una catástrofe tan débil". Su tragedia fue la tragedia moderna del precursor en conflicto con sus contemporáneos, la tragedia cuyo ejemplo él mismo vio en Babeuf. Sólo que el suyo fue un drama mucho más grande, de una fuerza catastrófica mucho mayor. Con todo, ni siquiera de esta clase de tragedia hay una premonición en su autobiografía, que en consecuencia deja la impresión de una cierta superficialidad en la visión que tiene el escritor de su propio destino, la superficialidad característica del protagonista de una tragedia inmediatamente antes de que el desastre lo asalte por los cuatro costados.

La parte menos convincente de *Mi vida* la forman sus últimos capítulos, donde Trotsky relata su lucha con Stalin. Aun allí nos brinda una gran riqueza de comprensión, narración y caracterización; pero no va a las raíces del asunto y deja explicado a medias el ascenso de Stalin. Presenta a éste demasiado como el villano *ex machina*, y sigue viéndolo como lo había visto años antes, demasiado insignificante para ser su antagonista, no digamos ya para dominar el escenario del Estado soviético y del comunismo internacional durante tres décadas completas. "Los principales elementos directivos del Partido —entre los demás apenas si se le conocía— tenían de él la impresión de que era un hombre a quien sólo se podían encomendar funciones de segundo o tercer rango", dice; y sugiere que, aunque Stalin ha llegado a desempeñar funciones de primer rango, su poder durará muy poco.[5] Conviene recordar que Lenin, en su testamento, describió a Stalin como uno de "los dos hombres más capaces en el Comité Central", siendo Trotsky el otro, y le advirtió al Partido que la animosidad entre los dos constituía el peligro más grave para la revolución. Trotsky no podía disfrazar las razones políticas más amplias del ascenso de Stalin y muestra

[4] *Mi vida,* tomo II, p. 501.
[5] *Ibid.,* p. 365.

a éste como la encarnación del aparato del Partido y de la nueva burocracia ansiosa de poder y privilegios. Con todo, no pudo explicar de manera convincente por qué los cuadros bolcheviques dirigentes ayudaron primero a la usurpación y después se coludieron con ella, y por qué todo ello condujo a formas tan extraordinarias de la lucha interna del Partido. Como autobiógrafo no menos que como jefe de la Oposición, Trotsky pasa por alto virtualmente la supresión, por parte del bolchevismo, de todos los partidos y su autosupresión, de la cual Stalin fue el agente supremo. No ve por qué el Partido tuvo que volver contra sí mismo las armas que había esgrimido, con mucha menos fiereza, contra sus enemigos; y el hecho de que lo hiciera le parece el resultado de una simple "conspiración".[6]

Con todo, *Mi vida* sigue siendo una autobiografía magistral. François Mauriac compara acertadamente sus capítulos iniciales con las descripciones de la infancia de Tolstoi y Gorki.[7] Trotsky posee la misma frescura "infantil" de la visión y la misma memoria visual casi inagotable, el mismo poder de evocación de ambientes y estados de ánimo y la misma aparente facilidad para dar vida a personajes y escenas. Con uno o dos pequeños trazos que describen una mueca, un gesto o el destello de una mirada comunica la interioridad y el sabor moral de un ser humano. De esta manera presenta galerías enteras de parientes, criados, vecinos, maestros de escuela, etc. He aquí unos cuantos ejemplos, aunque su prosa es demasiado apretada para que cualquier extracto pueda ser ni remotamente tan vibrante de vida como lo es en su contexto. Trotsky describe así al director de su escuela en Odesa: "Aborrecía por temperamento al género humano. No miraba nunca a la cara a la persona con quien hablase, se deslizaba sin hacer ruido, pisando sobre sus suelas de goma, por los pasillos y las clases y tenía una vocecilla delgada y cálida de falsete que, cuando se elevaba, infundía espanto. Y aunque por fuera aparentaba serenidad, interiormente estaba siempre irritado y de mal humor." Uno de los profesores era "flaco, con un bigote enhiesto sobre una cara verduzco-amarillenta, con la mirada siempre triste, y gesto de fatiga como si acabase de despertar, siempre tosiendo y escupiendo... apenas se interesaba por los chicos... A los pocos años de esto, se daba un tajo en el cuello con una navaja de afeitar". Otro profesor: "Un hombre alto y de continente digno, sobre cuya naricilla colgaban las gafas de oro y que tenía la cara redonda orlada por una barbilla escasa y varonil. Pero cuando sonreía, hasta nosotros mismos comprendíamos que aquel continente de dignidad no era más que aparente y que, en el fondo, se trataba de un hombre sin voluntad, tímido, desgarrado interiormente..." Y otro más: "Un germano gigantesco, con una cabeza voluminosa y una barba que le llegaba hasta la cintura. Sobre sus pies diminutos, casi infantiles, oscilaba aquel cuerpo grávido que parecía

[6] *Ibid.*, pp. 334 sigs.
[7] F. Mauriac, *Memoires Interieures,* pp. 128-132.

un vaso colmado de bondad. Struve era una buenísima persona; le dolía que sus alumnos no progresasen en su asignatura . . ."[8]

Al escribir sobre las familias señoriales vecinas de la suya, Trotsky nos hace ver cómo y por qué tenían "los días contados". Todas "caminaban rápidamente hacia la ruina". "La familia Guertopanov era el prototipo del linaje noble arruinado. Su finca . . . había dado a una gran parroquia y a una comarca extensa, pertenencia toda ella, en otro tiempo, de la familia . . . Timofei Isáievich, el dueño de la finca, vivía de escribir cartas, instancias y memoriales para los labriegos. Cuando alguna vez venía de visita a nuestra casa, se llevaba escondido en las mangas tabaco y azúcar. Y lo mismo su mujer. Esta, salpicando saliva, nos contaba sus recuerdos de juventud, de aquellos tiempos en que vivía rodeada de esclavas, pianos, sedas y perfumes. De sus hijos, dos se criaban casi como analfabetos: el más pequeño, Víctor, estaba de aprendiz en nuestro taller." Y he aquí un retrato de un terrateniente judío: "El viejo, Moisés Jaritónovich . . ., había sido educado a la manera noble; hablaba francés de corrido, sabía tocar el piano . . . Apenas podía manejar la mano izquierda, pero le bastaba con la derecha, según él, hasta para dar conciertos . . . De pronto, dejaba de tocar, se iba al espejo y, si nadie le veía, con un cigarrillo encendido se quemaba la barba por todas partes, para darle forma." Y detrás de estas galerías de terratenientes en bancarrota y de agricultores advenedizos, jornaleros hambrientos y parientes diversos, se deja sentir siempre el aliento de la estepa ucraniana: "El nombre de Fals-Fein [un terrateniente, el "rey de las ovejas"] evocaba las pisadas de miles y millones de patas de ovejas y el balido de corderos innumerables, los silbidos y los gritos de los pastores de la estepa . . . y los ladridos de innúmeros perros de rebaños. Era como si la propia estepa pronunciase este nombre, bajo los agobiantes calores y los hielos inhumanos." [9]

Del ambiente de su infancia Trotsky nos lleva a los primeros círculos revolucionarios de Nikoláiev, las cárceles de Odesa y Moscú, las colonias de exiliados en Siberia; y a continuación nos muestra la galaxia de redactores de *Iskra,* el cisma en el segundo Congreso del Partido y el nacimiento del bolchevismo. En toda la literatura sobre ese periodo no hay una sola memoria o relato testimonial que ofrezca una imagen tan gráfica del cisma como la que nos da *Mi vida.* El hecho de que Trotsky hubiese sido menchevique en 1903, pero escribiera como bolchevique, tiene mucho que ver con su descripción de la atmósfera y su caracterización de los personajes. Retrospectivamente se sitúa junto a Lenin, pero también tiene que hacerse justicia a sí mismo, a Mártov, Axelrod y Zasúlich, y explicar por qué todos ellos se opusieron a Lenin. A diferencia de casi todos los memo-

[8] *Mi vida,* tomo I, pp. 97 sigs.
[9] *Ibid.,* capítulo "Nuestros vecinos".

ristas bolcheviques y mencheviques, él muestra a cada uno de los grupos opuestos desde adentro; y aunque ahora condena políticamente a los mencheviques y a sí mismo, lo hace con comprensión y simpatía. Aun antes de introducirnos en la controversia política, nos hace sentir el conflicto subyacente de los personajes:

> Mártov no se sentía, manifiestamente, muy a gusto al lado de Lenin, de quien era, por entonces, el más íntimo colaborador. Seguían tratándose de tú, pero sus relaciones eran ya bastante frías. Mártov vivía al día, entregado a los temas cotidianos . . . Lenin pisaba con pie firme en el hoy, pero su pensamiento se remontaba al mañana. Mártov era hombre de ocurrencias innumerables, muchas veces ingeniosísimas, de hipótesis, de proyectos, de los cuales con frecuencia ni él mismo volvía a acordarse. En cambio, Lenin asimilaba tan sólo aquello que necesitaba y a medida que lo necesitaba. La manifiesta fragilidad de las ideas de Mártov hacía a Lenin, muchas veces, menear la cabeza preocupado . . . podemos decir que Lenin, aun antes de la escisión y del Congreso, era de los "duros" y Mártov de los "blandos". Y ambos lo sabían. Lenin, que apreciaba mucho a Mártov, le contemplaba inquisitivamente y con un cierto recelo, y Mártov, que comprendía aquella mirada, sentíase agobiado bajo ella y en sus hombros escuálidos había un temblor nervioso. En sus charlas, cuando coincidían en algún sitio, no se percibía ya ninguna nota cordial ni la menor broma, a lo menos en mi presencia. Lenin no miraba a Mártov cuando hablaba, y los ojos de éste se escondían, apagados, detrás de sus lentes torcidos y siempre sucios. Cuando Lenin me hablaba del otro, su voz tenía una entonación rara: "¡Ah, sí!, ¿eso ha dicho Yulii?", y pronunciaba el nombre de un modo muy especial, con una ligera inflexión, como si quisiera precaverle a uno y decirle: "Es un hombre excelente, magnífico; pero ¡cuidado! muy blando."[10]

El lector siente de inmediato la fuerza del destino gravitando en este momento sobre los dos "colaboradores más íntimos", y de la derrota que se cierne sobre la figura frágil y desaliñada de Mártov. Trotsky no olvida todo lo que en su juventud le debió a Mártov; y así, incluso al juzgarlo definitivamente, lo hace con melancólica cordialidad: "Mártov . . . es una de las figuras más trágicas del panorama revolucionario. Era un escritor de extraordinario talento, un político pletórico de ideas y un pensador sutil, cualidades todas que le ponían muy por encima de la corriente ideológica por él representada. Pero en sus ideas faltaba la audacia y en su agudeza la médula de la voluntad. Y estas dotes no era posible suplirlas con la capacidad para aferrarse a las cosas. La primera reacción que los hechos producían en él era siempre revolucionaria. Pero como la idea no estaba

[10] *Ibid.*, pp. 259-260.

apoyada en el resorte de la voluntad, duraba poco." La falta de voluntad activa es descrita aquí como la debilidad fundamental que paraliza a una mente sutil y un carácter noble. ¡Cuán diferente es la siguiente semblanza de Plejánov, trazada con discreta antipatía!:

> . . . Plejánov tuvo una cierta intuición de lo que era Lenin. "De esa madera —le dijo a Axelrod, refiriéndose a él— se hacen los Robespierres." Personalmente, Plejánov no hizo un papel muy brillante en el Congreso. Sólo una vez le vimos y oímos en todo su esplendor; fue en el seno de la comisión encargada de redactar el proyecto de programa. Le nombraron para presidirla, y había que verle allí, con una visión clara y científica del problema en la cabeza, seguro de sí mismo, de sus conocimientos, de su superioridad, con aquella mirada gozosa y llena de fuego irónico, con aquellos mostachos puntiagudos y divertidos, ya salpicados de canas, con aquel gesto un tanto teatral, pero vivo y lleno de expresión, ilustrando a la numerosa asamblea y derramando sobre ella, como un viviente fuego de artificio, su cultura y su ingenio.[11]

¡Cuán devastadora es esta imagen aparentemente halagadora del hombre, con la fatuidad y la vanidad que su brillantez no alcanzaba a ocultar, y con la alusión al fuego de artificio que estaba a punto de desvanecerse en la oscuridad.

No menos sugestivas y memorables son las semblanzas de los jefes del socialismo europeo en los años de la primera preguerra: August Bebel, Karl Kautsky, Jean Jaurès, Victor Adler, Rudolf Hilferding, Karl Renner y muchos otros. En un pasaje breve y a menudo humorístico, Trotsky nos dice más que muchos volúmenes eruditos sobre la época y los hombres. Relata, por ejemplo, cómo en 1902, después de su primera evasión de Siberia, se detuvo en Viena, sin un centavo, hambriento, pero imbuido de la importancia de su misión, y se dirigió a la sede del Partido Socialdemócrata para pedirle al célebre Victor Adler que lo ayudara a continuar su viaje a Londres. Es domingo: las oficinas están cerradas. En las escaleras se encuentra con "un caballero alto, de aspecto nada acogedor", al que le pregunta por Victor Adler. "¿Cómo, no sabe usted qué día es hoy?", le replica con severidad el caballero. "Hoy es domingo", y hace ademán de seguir su camino. "Lo mismo da, necesito verle." Entonces el caballero contesta "con una voz terrible, como si mandase a un batallón en un asalto: '¡Ya se le ha dicho a usted que los domingos el doctor Adler no recibe!' " Trotsky trata de hacerle comprender al viejo la urgencia de su asunto; pero éste le grita: "¡No importa! ¡Aunque fuese diez veces más urgente todavía! ¿Lo entiende usted? ¡Aun cuando trajese usted, ¿me comprende?, la noticia del asesinato del mismo zar y de que había esta-

[11] *Ibid.*, p. 280

llado la revolución en Rusia, ¿me comprende usted?, no tendría derecho a venir a turbar el descanso del doctor en un domingo!" Quien así hablaba era Fritz Austerlitz, el famoso director del *Arbeiterzeitung,* el "terror de su propia redacción", que en 1914 habría de convertirse en uno de los más chovinistas propagandistas de la guerra.[12]

En aquellas escaleras el joven revolucionario, recién salido de la clandestinidad rusa, tropezó de frente con la encarnación de la burocracia ordenada, jerárquica y plagada de rutina del socialismo europeo. En unas cuantas oraciones relata su encuentro con Adler, a cuyo domicilio al fin y al cabo logró llegar: "un hombre de estatura regular, encorvado, casi giboso, con ojos hinchados y cara de fatiga". Trotsky se disculpó por interrumpir su descanso dominical. " '¡Siga, siga usted!...', dijo mi interlocutor con cierta severidad externa, pero en un tono que no era para imponer, sino, al contrario, que animaba. Aquel hombre resplandecía espíritu por todas las arrugas de la cara." Trotsky le contó la conversación que había tenido en el portal del periódico. " '¿Ah, sí? ¿Eso le han dicho a usted? ¿Y quién puede haber sido? ¿Alto? ¿Y gritaba mucho? ¡Ah, era Austerlitz! ¿Dice usted que gritaba? ¡Sí, era Austerlitz, no hay duda! No le dé usted importancia. Trayéndome noticias de la revolución rusa, puede llamar a mi puerta a cualquier hora de la noche' ". Estos pocos renglones nos revelan otro elemento del socialismo europeo de la primera preguerra: la sensitiva inteligencia del viejo dirigente precursor, quien, sin embargo, se va convirtiendo gradualmente en el glorioso prisionero del sargento mayor del partido. El libro contiene centenares de tales incidentes y diálogos lacónicos y expresivos.

Cuando Trotsky llega al clímax de su vida, la Revolución de Octubre y la Guerra Civil, lo describe con la mayor parquedad, con toques poco abundantes y casi impresionistas. Así describe, por ejemplo tomado al azar, la corriente de sentimiento popular que se hallaba en la base del breve triunfo de la reacción en los días hambrientos y tormentosos de julio de 1917, cuando el bolchevismo pareció liquidado y Lenin, acusado de ser espía alemán, tuvo que esconderse. Trotsky nos introduce en el comedor del Soviet de Petrogrado:

> Advertí que Gráfov [un soldado encargado del comedor] procuraba escoger para mí el vaso de té más caliente y el panecillo más relleno. Era evidente que aquel hombre simpatizaba con los bolcheviques, aunque quisiera ocultarlo a sus superiores. Seguí observando. Gráfov no estaba solo. Todo el personal subalterno del Smolny, porteros, correos, centinelas, se inclinaban a nuestro lado. Entonces comprendí que teníamos andada la mitad del camino. Pero, por el momento, sólo la mitad.[13]

[12] *Ibid.,* pp. 242-243.
[13] *Ibid.,* tomo II, p. 35.

El comentario de un niño, el "cuello sucio de la camisa" de Lenin un día después del levantamiento de octubre, el espectáculo de un corredor largo, oscuro y lleno de gente en Smolny, lleno de vida como un hormiguero, un episodio grotesco que ocurre en medio de una batalla decisiva, y un diálogo sucinto: tales detalles son, principalmente, los que utiliza Trotsky para comunicar el color y el aire de una escena histórica. Su fuerza artística reside en su enfoque indirecto de acontecimientos que son demasiado inmensos para ser descritos frontalmente (en una autobiografía) y demasiado grandes para ser narrados con palabras grandes.

Se ha dicho que *Mi vida* pone de manifiesto el egoísmo de Trotsky y su tendencia a dramatizar sus propios actos. Siendo la autobiografía un género "egoísta" por definición, esta crítica equivale a decir que no debió haberlo cultivado. El propio Trotsky tuvo sus escrúpulos "marxistas", que subsistieron incluso mientras le ponía título a su obra. "Si yo hubiese escrito estas memorias en circunstancias diferentes", se disculpa, "aunque en otras circunstancias difícilmente habría llegado a escribirlas, habría vacilado en incluir mucho de lo que digo en estas páginas." Pero estaba obligado a contrarrestar el alud de falsificaciones stalinistas que cubría cada una de las partes de la historia de su vida. "Mis amigos están en la cárcel o en el exilio. Me veo obligado a hablar de mí . . . No sólo se trata de la verdad histórica, sino también de una lucha política que todavía continúa." Se hallaba en la situación de un hombre sentado en el banquillo de los acusados, un hombre a quien se le imputa todo crimen imaginable y no imaginable, que trata de vindicarse ofreciéndole al tribunal una narración completa de sus actos y a quien entonces se le manda callar a gritos por preocuparse demasiado de sí mismo.

Esto no equivale a negar que en Trotsky había una indudable veta de egocentrismo. Esta pertenecía a su naturaleza artística; se desarrolló durante los años prerrevolucionarios, cuando, no siendo ni bolchevique ni menchevique, siguió su propio camino; y la difamación stalinista, que lo obligó a asumir una actitud defensiva intensamente personal, la hizo aflorar a primer plano. Con todo, de la "dramatización" de sus propios actos sólo podría hablarse si su autobiografía, o cualquier biografía suya, pudiera hacer en modo alguno que su vida pareciera más dramática de lo que fue en realidad. En la medida en que en *Mi vida* él no estaba consciente aún de la índole trágica de su destino, sería más correcto decir que subestimó el dramatismo de su vida. Tampoco, como veremos más adelante, existe base alguna para afirmar que haya exagerado la importancia de su papel en la revolución. Tanto en *Mi vida* como en la *Historia,* su verdadero héroe no es él mismo sino Lenin, a cuya sombra se colocó deliberadamente.

Otros han criticado *Mi vida* por su falta de introspección y por el hecho de que el autor no revela su mente subconsciente. Cierto es que Trotsky

no produce ningún "monólogo interior", no alude a sus sueños o complejos y observa una reticencia casi puritana en lo tocante al sexo. *Mi vida* es, después de todo, una autobiografía política, política en un sentido muy amplio. Con todo, el respeto del autor por la médula racional del psicoanálisis se revela en el cuidado que pone en la descripción de su infancia, donde no omite posibles pistas para el psicoanalista, tales como las experiencias y "accidentes" de los años infantiles, los juguetes, etc. (El relato comienza con las palabras: "Más de una vez me ha acontecido creer recordar hasta los tiempos en que andaba colgado del pecho de mi madre".) Trotsky ofrece esta explicación incidental de la cautela con que ve la introspección freudiana: "La memoria... no tiene nada de desinteresada", dice en el prólogo. "Tiende con frecuencia a descartar o dejar recatados en un rincón sombrío aquellos episodios que no le parecen favorables al instinto vital que la vigila... Pero dejemos estas cuestiones al 'psicoanálisis', ingenioso y divertido a ratos, aunque más arbitrario y caprichoso que ameno casi siempre." El se había acercado al psicoanálisis con seriedad y simpatía suficientes para conocer sus deficiencias; y no tenía ni el tiempo ni la paciencia necesarios para entregarse a conjeturas "arbitrarias y caprichosas" sobre su subconsciente. En lugar de ello, ofreció un autorretrato notable por su consciente integridad y calor humano.

Como obra política, *Mi vida* no logró cumplir su objetivo inmediato: no causó impresión en el público comunista al que estaba primordialmente destinada. Para los miembros ordinarios del Partido, su mera lectura era una herejía; y no la leyeron. Los pocos que sí la leyeron se sintieron ofendidos u hostilizados. O estaban entregados al culto de Stalin, y el libro sólo sirvió para confirmarles las imputaciones stalinistas sobre la ambición personal de Trotsky; o bien se escandalizaron de ver a un jefe de la revolución incurrir en la composición de su autorretrato. "He aquí a Trotsky, el Narciso, en el acto de adularse a sí mismo", fue un comentario típico. Y así los comunistas pasaron por alto el rico material histórico que Trotsky les brindó, su comprensión de la revolución y su interpretación del bolchevismo, de todo lo cual pudieron haber extraído muchas lecciones. Por otra parte, el libro encontró un amplio público burgués, que admiró sus cualidades literarias pero no se interesó en su mensaje. "*Mein Leid ertönt der unbekannten Menge, Ihr Beifall selbst macht einem Herzen bang...*," pudo haber dicho Trotsky de sí mismo.

La *Historia* es la obra culminante de Trotsky, tanto en escala como en fuerza, y por ser la expresión más plena de sus ideas sobre la revolución. Como historia de una revolución, escrita por uno de sus protagonistas, es única en la literatura mundial.

Trotsky nos introduce en la escena de 1917 con un capítulo, "Particularidades en el desarrollo de Rusia", que sitúa los acontecimientos en una

profunda perspectiva histórica; y en este capítulo el lector reconoce de inmediato una versión enriquecida y madura de su primera exposición de la Revolución Permanente, hecha en 1906.[14] Se nos muestra a Rusia entrando en el siglo xx sin haberse liberado de la Edad Media y sin haber pasado por una Reforma y una revolución burguesa, y, sin embargo, con elementos de una civilización burguesa moderna injertados en su arcaica existencia. Obligada a avanzar bajo la superior presión económica y militar del Occidente, no pudo pasar por todas las fases del ciclo "clásico" del progreso europeo occidental. "Los salvajes pasan bruscamente de la flecha al fusil, sin recorrer la senda que separa en el pasado a esas dos armas." La Rusia moderna no podía efectuar su propia Reforma ni hacer su propia revolución burguesa bajo la dirección de la burguesía. Su mismo atraso la obligaba a avanzar políticamente, sin tregua, hasta el punto que Europa occidental había alcanzado y a ir más allá: a la revolución socialista. Dado que su débil burguesía era incapaz de sacudirse la carga de un absolutismo semifeudal, su pequeña pero compacta clase obrera, apoyada eventualmente por un campesinado rebelde, saltó a la palestra como la fuerza revolucionaria dirigente. La clase obrera no podía contentarse con una revolución que tuviera como resultado el establecimiento de una democracia burguesa; tenía que luchar por la realización del programa socialista. Así, en virtud de una "ley del desarrollo combinado", el extremo del atraso tendía hacia el extremo del progreso, y ello condujo a la explosión de 1917.

La "ley del desarrollo combinado" explica la fuerza de las tensiones dentro de la estructura social de Rusia. Trotsky, sin embargo, trata la estructura social como un elemento "relativamente constante" de la situación que no explica por sí mismo los acontecimientos de la revolución. En una controversia con Pokrovsky, señala que ni en 1917 ni en la década anterior ocurrió ningún cambio fundamental en la estructura social de Rusia: la guerra había debilitado y puesto en evidencia esa estructura, pero no la había alterado.[15] La economía nacional y las relaciones básicas entre las clases sociales eran en 1917, en términos generales, las mismas que en 1912-14 e incluso que en 1905-07. ¿Qué podía explicar directamente, entonces, las erupciones de febrero y octubre y el violento flujo y reflujo de la revolución en el ínterin? Los cambios en la psicología de las masas, contesta Trotsky. Si la estructura de la sociedad era el factor constante, la actitud y los estados de ánimo de las masas eran el elemento variable que deter-

[14] Véase *El profeta armado,* capítulo VI.

[15] Prefacio al tomo I e Introducción a los tomos II y III de la *Historia* (ed. inglesa). [La edición española de la *Historia de la Revolución Rusa* de que disponemos al traducir el presente libro es la publicada por la Editorial Tilcara, Buenos Aires, 1962, en 2 volúmenes. De ella hemos transcrito los pasajes citados por Deutscher, excepto en los casos en que hacemos referencia expresa a la edición inglesa. N. del T.]

minaba el flujo y reflujo de los acontecimientos, su ritmo y su dirección. "El rasgo más indudable de una revolución es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos. La revolución está presente en los nervios de aquéllas aún antes de que aparezca en la calle." La *Historia* es, por consiguiente, en gran medida, un estudio de la psicología de masas revolucionaria. Profundizando en la interrelación entre los factores "constantes" y "variables", Trotsky demuestra que lo que determina la revolución no es simplemente el hecho de que las instituciones sociales y políticas hayan vivido mucho tiempo en decadencia y estén clamando por ser derrocadas, sino las circunstancias de que muchos millones de personas hayan escuchado por primera vez ese "clamor" y hayan cobrado conciencia del mismo. En la estructura social, la revolución había madurado mucho antes de 1917; en la mente de las masas no maduró sino en 1917. Así, paradójicamente, la causa más profunda de la revolución no reside en la movilidad de las mentes de los hombres, sino en su conservadorismo inerte; los hombres se alzan en masa sólo cuando comprenden súbitamente su retraso mental respecto de los tiempos y se disponen a superarlo de inmediato. Esta es la lección que enseña la *Historia:* ninguna gran transformación social se deriva automáticamente de la decadencia de un viejo orden; generaciones enteras pueden vivir bajo un orden decadente sin estar conscientes de ello. Pero cuando, bajo el impacto de alguna catástrofe como la guerra o el colapso económico, cobran conciencia del hecho, se produce la gigantesca erupción de desesperación, esperanza y actividad. El historiador, por tanto, tiene que "entrar en los nervios" y las mentes de millones de seres humanos a fin de sentir y transmitir la poderosa conmoción que da al traste con el orden establecido.

El erudito académico que horada montañas de documentos para reconstruir a partir de ellos un solo incidente histórico, dirá que ningún historiador puede "entrar en los nervios" de millones de personas. Trotsky tiene conciencia de las dificultades: las manifestaciones de la conciencia de las masas son fragmentarias y dispersas; y esto puede hacer incurrir al historiador en construcciones arbitrarias y falsas intuiciones. Pero él señala que, ello no obstante, el historiador puede comprobar la verdad o la falsedad de su imagen de la conciencia de las masas por medio de ciertas pruebas severamente objetivas. El historiador debe seguir fielmente la evidencia interna de los acontecimientos. Puede y debe cerciorarse de que el movimiento de la conciencia de las masas, tal como él lo percibe, sea consecuente consigo mismo; que cada una de sus fases se derive de la anterior y conduzca claramente a la siguiente. Debe considerar, además, si el flujo de la conciencia de las masas es consecuente con el movimiento de los acontecimientos: ¿se reflejan los estados de ánimo del pueblo en los acontecimientos y reflejan aquéllos a su vez a éstos? Si se aduce que las respuestas a tales preguntas tienen que ser vagas y subjetivas, Trotsky replica refiriéndose, a la manera marxista, a la acción práctica como criterio

final. Señala que lo que él está haciendo como historiador, lo hicieron él y otros dirigentes bolcheviques mientras efectuaban la revolución: apoyándose en el análisis y la observación hicieron conjeturas sobre las actitudes y los estados de ánimo de las masas. Todas sus decisiones políticas decisivas se apoyaron en esas "conjeturas"; y el transcurso de la revolución demuestra que, pese a los errores ocasionales, aquéllas, en términos generales, fueron correctas. Si en el calor de la batalla el revolucionario fue capaz de formarse una idea aproximadamente correcta de las emociones y los pensamientos políticos de millones de personas, no hay razón para que el historiador no pueda formársela después del acontecimiento.

La manera como Trotsky describe a la masa en acción tiene mucho en común con el método de Eisenstein en el clásico *Potiomkin.* Selecciona unos cuantos individuos de entre una multitud, los presenta en un momento de excitación o apatía y los deja expresar su estado de ánimo en una frase o un gesto; a continuación vuelve a mostrarnos la multitud, una multitud densa y llena de vida, arrastrada por una poderosa emoción o pasando a la acción; y reconocemos inmediatamente que ésa es la emoción o la acción que la frase o el gesto individual había prefigurado. Trotsky tiene un don especial para oír lo que las multitudes piensan en voz alta y para hacérnoslo oír con nuestros propios oídos. En concepción e imagen, va perpetuamente de lo general a lo particular y de vuelta a lo general; y el pasaje nunca es antinatural o forzado. Aquí recordamos una vez más la comparación entre él y Carlyle; pero la comparación ilumina un contraste más bien que una similitud. En las Historias de ambos una gran parte del *ethos* depende de las escenas de masas. Ambos nos hacen sentir la fuerza elemental de un pueblo insurrecto, de modo que la vemos como si estuviéramos contemplando un despeñamiento o un alud. Pero, en tanto que las multitudes de Carlyle son impulsadas sólo por la emoción, las de Trotsky piensan y reflexionan. Son elementales, pero son humanas. La masa de Carlyle está envuelta en una bruma púrpura de misticismo, que sugiere que el pueblo revolucionario de Francia es el azote ciego de Dios que castiga a una clase gobernante pecadora. Su masa nos fascina y nos repugna. Carlyle "entra en sus nervios", pero sólo después de haberse enardecido él mismo, de haberse vuelto él mismo todo nervios y fiebre alucinadora. Trotsky narra sus escenas de masas con no menos *élan* imaginativo, pero con claridad cristalina. Nos hace sentir que aquí y ahora los hombres hacen su propia historia, y que la hacen de acuerdo con las "leyes de la historia", pero también por medio de actos de su conciencia y su voluntad. De tales hombres, aun cuando puedan ser analfabetos y burdos, él se siente orgulloso y quiere que nosotros también nos enorgullezcamos de ellos. La revolución es para él, el momento breve pero preñado de futuro en que los humildes y los oprimidos tienen por fin la palabra. A su manera de ver, ese momento redime épocas enteras de opresión. Lo evoca con una nostalgia que le confiere a la recreación un alto y vívido relieve.

Trotsky, sin embargo, no exagera el papel de las masas. No las opone a los partidarios y a los dirigentes como hace, por ejemplo, Kropotkin, el gran historiador anarquista de la Revolución Francesa, quien trata de demostrar que todos los avances de la revolución se deben a la acción popular espontánea y todos los reveses a las intrigas y los manejos de los políticos. Trotsky ve a las masas como la fuerza impulsora de la transformación revolucionaria, pero una fuerza que necesita ser concentrada y dirigida. Sólo el Partido puede dar la dirección. "Sin una organización orientadora la energía de las masas se disiparía como el vapor que no está encerrado en la caja de un émbolo. Ello no obstante, lo que mueve las cosas no es el émbolo ni la caja, sino el vapor." El gran contraste que él establece entre las dos revoluciones de 1917 se basa en esta idea. La revolución de febrero fue esencialmente la obra de las propias masas, cuya energía fue lo bastante poderosa para obligar al zar a abdicar y para hacer nacer los soviets, pero que después se disipó antes de haber resuelto ninguno de los grandes problemas, permitiéndole al Príncipe Lvov convertirse en jefe del gobierno. La Revolución de Octubre fue primordialmente la obra de los bolcheviques que concentraron y dirigieron la energía de las masas.

La relación entre las clases y los partidos es mucho más compleja en la presentación de Trotsky, sin embargo, de lo que podría sugerir cualquier símil mecanicista. El muestra la sutil interacción de muchos factores objetivos. Lo que orienta a un partido en su acción es básicamente un interés de clase definido. Pero la relación entre la clase y el partido es con frecuencia complicada y un tanto ambigua; en una era revolucionaria es también sumamente inestable. Aun cuando la conducta de un partido está gobernada en último término por su nexo con una clase particular, puede reclutar a sus seguidores de entre otra clase potencialmente hostil. O bien puede representar sólo una fase en el desarrollo de un medio social, una fase a la que algunos dirigentes permanecen mentalmente fijados, mientras el medio la ha dejado muy rezagada. O bien un partido puede adelantarse a su clase y presentar un programa que ésta no está dispuesta a aceptar, pero cuya aceptación le impondrán los acontecimientos; y así por el estilo. En una revolución, el equilibrio político tradicional se destruye y nuevos alineamientos cobran forma abruptamente. La *Historia* de Trotsky es una gran investigación de la dinámica de esos procesos.

Hemos dicho que Trotsky no oculta su hostilidad contra los enemigos de la Revolución de Octubre. Para decirlo con mayor precisión, se enfrenta a ellos ante el tribunal de la historia como parte acusadora; y allí les inflige por segunda vez la derrota que antes les infligió en las calles de Petrogrado. Por regla general, éste no es el papel que le corresponde al historiador. Con todo, en la historia como en el derecho, sucede que el fiscal es capaz de presentar la verdad más completa de un caso, a saber,

cuando les imputa a los acusados delitos que éstos realmente han cometido; cuando no exagera su culpa; cuando penetra en sus condiciones y motivaciones y considera debidamente las circunstancias atenuantes; cuando apoya cada una de las acusaciones con pruebas amplias y válidas; y, finalmente, cuando los acusados, teniendo plena libertad para refutar las pruebas, no sólo no lo hacen, sino que, disputando ruidosamente entre sí en el banquillo, la confirman. De esa manera cumple Trotsky su tarea. Cuando su *Historia* fue publicada, y durante muchos años después, la mayor parte de los jefes de los partidos antibolcheviques —Miliukov, Kerensky, Tsereteli, Chernov, Dan, Abramóvich y otros— vivían y estaban activos como emigrados. Sin embargo, ninguno de ellos ha revelado una sola falla significativa en la presentación de los hechos por Trotsky; y ninguno, con la parcial excepción de Miliukov, ha intentado seriamente escribir otra obra para contradecir a la de aquél.[16] Y así (puesto que tampoco en la Unión Soviética se ha producido ninguna Historia digna de tal nombre), la obra de Trotsky sigue siendo, en la quinta década después de Octubre, la única historia de la revolución compuesta en gran escala. Ello no es accidental. Todos los demás actores principales, una vez más con la excepción parcial de Miliukov, estaban tan enmarañados en sus contradicciones y fracasos que fueron incapaces de presentar en forma completa sus propias versiones más o menos coherentes. Se negaron a regresar como historiadores al campo de batalla donde, efectivamente, cada hito y cada pulgada de terreno les recordaban su derrota. Trotsky vuelve a visitar el campo de batalla, con la conciencia limpia y la cabeza erguida.

Con todo, su historia no tiene verdaderos villanos. El, por regla general, no describe a los enemigos del bolchevismo como hombres corrompidos y depravados. No los despoja de sus virtudes privadas y su honor personal. Si ellos no obstante quedan condenados, se debe a que él los presenta como defensores de causas indefendibles, como hombres a quienes la época ha dejado atrás, como hombres elevados por los acontecimientos a alturas de responsabilidad hasta las cuales no se habían alzado mental y moralmente, y como hombres perpetuamente desgarrados entre las palabras y los hechos. La villanía que él denuncia reside más bien en el sistema social que en los individuos. Su concepción determinista de la historia le permite tratar a los adversarios, no con indulgencia indudablemente, pero sí con justicia y en ocasiones con generosidad. Cuando describe a un enemigo en el poder lo muestra pagado de sí, orondo y lleno de ínfulas; y lo aplasta con ironía o con indignación. En no pocas ocasiones, sin embargo, se de-

[16] Miliukov, sin embargo, repudió él mismo parcialmente su obra por considerarla inadecuada desde un punto de vista histórico. Miliukov, *Istoria Vtoroi Revolutsii,* Prefacio. La principal cuestión de hecho, o más bien la única, sobre la que Kerensky trata de refutar a Trotsky es la vieja acusación, reiterada por aquél, de que Lenin y el partido bolchevique eran espías a sueldo de los alemanes. Kerensky, *Crucifixion of Liberty,* pp. 285 sigs.

tiene a rendir homenaje al pasado de un adversario, a su integridad e incluso a su heroísmo; y se lamenta del deterioro de un carácter digno de un destino mejor. Cuando describe a un enemigo destruido, explica la necesidad de lo sucedido y aplaude la justicia histórica; pero algunas veces el aplauso deja lugar a una mirada conmiserativa —por lo general su última mirada— a la víctima caída.

Nunca pinta a los enemigos de la revolución con colores más sombríos de los que ellos mismos han usado para pintarse los unos a los otros. A menudo los pinta con menos sombras porque analiza sus animosidades y celos mutuos y reconoce la exageración en los insultos que se han endilgado entre sí. No trata al zar y a la zarina más despiadadamente de lo que los trataron Witte, Miliukov, Denikin e incluso otros monárquicos más ortodoxos. Llega a "defender" al zar contra los críticos liberales que han sostenido que el zar pudo haber evitado la catástrofe por medio de concesiones, pero no podía ceder más terreno del que le permitía su instinto de conservación. En Trotsky, al igual que en *La guerra y la paz* de Tolstoi, el zar es un "esclavo de la historia". "Nicolás II heredó de sus antepasados no sólo un imperio gigantesco, sino también una revolución. Y ellos no le legaron una cualidad que lo hubiese hecho capaz de gobernar un imperio, o siquiera una provincia o un condado. A la marejada histórica que llevaba cada una de sus oleadas más cerca de las puertas de su palacio, el último Romanov sólo opuso una torpe indiferencia."[17] Trotsky traza una memorable analogía entre tres monarcas condenados: Nicolás II, Luis XVI y Carlos I, y también entre sus reinas. La principal característica de Nicolás no es sólo la crueldad, de la que es muy capaz, o la estupidez, sino la "escasez de fuerzas interiores, la debilidad de sus reacciones nerviosas, la pobreza de recursos espirituales". "Tanto Nicolás como Luis XVI dan la impresión de ser personas abrumadas por sus tareas, pero al mismo tiempo renuentes a ceder siquiera una parte de los derechos que son incapaces de usar." Cada uno de ellos fue al abismo "con la corona encasquetada". Pero, se pregunta Trotsky, "¿sería acaso más fácil... ir a un abismo de todos modos inevitable con los ojos bien abiertos?" El muestra que en los momentos decisivos, cuando los tres soberanos sucumben a su suerte, se asemejan entre sí a tal punto que sus rasgos distintivos parecen desvanecerse, porque "a una cosquilla cada persona reacciona de manera diferente, pero a un hierro candente todas reaccionan igual". En cuanto a la zarina y María Antonieta, ambas eran "emprendedoras pero tontas" y ambas "tienen la cabeza llena de musarañas mientras se ahogan".[18]

Y he aquí cómo describe a los cadetes, a los mencheviques y a los social-revolucionarios. Miliukov: "Profesor de historia, autor de importantes obras eruditas, fundador del Partido Cadete [Demócrata Constitucional]...

[17] Trotsky, *Historia...*, tomo I, p. 75.
[18] *Ibid.*, pp. 104 y sigs.

completamente exento de ese insufrible, semiaristocrático y semintelectual diletantismo político propio de la mayoría de los políticos rusos liberales. Miliukov tomaba su profesión muy en serio y eso solo basta para distinguirlo." La burguesía rusa no lo estimaba porque él, "prosaica y sobriamente, sin adornos, expresaba la esencia política de la burguesía rusa. Mirándose en el espejo de Miliukov, el hombre de la burguesía se veía a sí mismo gris, egoísta y cobarde; y, como sucede a menudo, se sentía ofendido por el espejo". Rodzianko, el Gran Chambelán del zar que se convirtió en uno de los protagonistas del régimen de febrero, aparece como una figura grotesca: "Habiendo recibido el poder de manos de los rebeldes, conspiradores y tiranicidas, exhibía en aquellos días una expresión de hombre acosado... se movía en puntillas alrededor de la hoguera de la revolución, ahogándose con el humo y diciendo: 'Dejémosla que arda hasta que sólo queden brasas, y entonces trataremos de cocinar algo'."[19]

Los mencheviques y los social-revolucionarios que nos presenta Trotsky tienen, por supuesto, poco en común con los despersonalizados fantasmas contrarrevolucionarios que muestra habitualmente la literatura stalinista e incluso la postestalinista. Cada uno de ellos pertenece a su especie, pero tiene rasgos de carácter individuales. He aquí una semblanza mínima de Chjeidze, el presidente menchevique del Soviet de Petrogrado: "En el cumplimiento de su deber se esforzaba en poner todas las reservas de su inteligencia, cubriendo su constante falta de confianza en sí mismo con chanzas superficiales. El llevaba la señal inequívoca de su origen provinciano... la Georgia montañosa... la Gironda de la revolución rusa." La "figura más preeminente" de esa Gironda, Tsereteli, que durante muchos años había sido un condenado a trabajos forzados en Siberia, era sin embargo

> un radical de tipo meridional francés, que hubiera vivido como el pez en el agua en un régimen de rutina parlamentaria. Pero había nacido en una época revolucionaria y en su juventud se había intoxicado con una dosis de marxismo. Desde luego, de todos los mencheviques era el que manifestaba un mayor empuje frente a la marcha de la revolución y una tendencia a ser consecuente. Precisamente por eso contribuyó más que otros al fracaso del régimen de febrero. Chjeidze se sometía por entero a Tsereteli, aunque había momentos en que le asustaba su intransigencia doctrinaria, que tanto acercaba al presidiario revolucionario de ayer a los representantes conservadores de la burguesía.[20]

Skóbelev, antiguo discípulo de Trotsky, producía la impresión de un estudiante que "desempeñara el papel de hombre de estado en una representación familiar". Y en cuanto a Líber:

[19] *Ibid.*, p. 217.
[20] *Ibid.*, p. 267.

Si en la orquesta de la mayoría del Soviet Tsereteli llevaba la batuta, Líber tocaba el clarinete con toda la fuerza de sus pulmones y los ojos inyectados de sangre. Líber era un menchevique de la Unión Obrera Judía (Bund); con un pasado revolucionario, hombre sincero, de gran temperamento, muy elocuente, muy limitado y que se desvivía por aparecer como un patriota inflexible y un hombre de estado decididamente férreo. Profesaba un odio mortal a los bolcheviques.

Chernov, el exparticipante en el movimiento de Zimmerwald, ahora ministro de Kerensky:

> Hombre de conocimientos considerables, pero no articulados en unidad, leído más que ilustrado, Chernov tenía siempre a mano una serie inacabable de citas, apropiadas a las circunstancias, que tuvieron impresionada durante mucho tiempo a la juventud rusa, sin enseñarle gran cosa. Sólo había una cuestión para la que este jefe elocuente no tenía respuesta: a quién conducía y adónde. Las fórmulas eclécticas de Chernov, sazonadas con moralejas y poesías, congregaron durante algún tiempo a un público heterogéneo, que en los momentos críticos vacilaba siempre entre los distintos derroteros. Se explica que Chernov opusiera sus métodos de formación de un partido al "sectarismo" de un Lenin... [Chernov] decidió eludir toda responsabilidad. La abstención a la hora de votar se convirtió para él en la fórmula de su existencia política... A pesar de las diferencias que mediaban entre Chernov y Kerensky, que se odiaban mutuamente, ambos tenían sus raíces en el pasado prerrevolucionario, en la fragilidad de la vieja sociedad rusa, en aquella intelectualidad insulsa y pretenciosa que ardía en deseos de ilustrar, tutelar y proteger a las masas populares, pero que era absolutamente incapaz de escucharlas, de comprenderlas y de aprender de ellas.[21]

Lo que distingue a los bolcheviques de Trotsky de todos los demás partidos es precisamente la capacidad de "aprender de las masas" al mismo tiempo que las enseñaban. Pero no es sin renuencia y sin resistencia interior como aprenden y se ponen a la altura de su tarea; y cuando Trotsky concluye con una apoteosis de la revolución y su partido, quedamos preguntándonos por cuanto tiempo los bolcheviques seguirán "aprendiendo de las masas". El partido que él nos muestra es muy diferente de la "falange de hierro" que, según la leyenda oficial, marcha firme e irresistiblemente, exento de toda debilidad humana, hacia su meta predeterminada. No es que a los bolcheviques de Trotsky les falte "hierro", determinación y audacia, sino que poseen esas cualidades en dosis propias del carácter humano y distribuidas desigualmente entre los jefes y los militantes de base. Los vemos en sus mejores momentos, cuando aislados, insul-

[21] *Ibid.*, pp. 269-270.

tados y combatidos, mantienen vivas sus esperanzas y continúan la lucha. En cuanto a la abnegada devoción a una causa, ninguno de sus adversarios los iguala. La grandeza de sus propósitos y de su carácter está siempre presente en su presentación. Pero los vemos también en sus momentos de desorden y confusión, los jefes faltos de visión y tímidos, y militantes tratando de orientarse tensa y torpemente en la oscuridad. A causa de esto, Trotsky ha sido acusado de presentar una caricatura del bolchevismo. Nada más ajeno a la verdad. Su descripción es espléndidamente fiel a los hechos precisamente porque exhibe todas las debilidades, dudas y vacilaciones del bolchevismo. En el momento decisivo la vacilación y las divisiones son atenuadas o superadas, y la duda cede lugar a la confianza. El hecho de que el partido tuviera que luchar consigo mismo, así como con sus enemigos, para ponerse a la altura de su papel, no mengua su logro; al contrario, lo acrecienta. Trotsky no menoscaba el honor político ni siquiera de Zinóviev, Kámenev, Ríkov, Kalinin y los demás que retrocedieron ante el gran salto de octubre; si su narración les acarrea desprestigio, ello se debe únicamente a que después del acontecimiento ellos pretendieron presentarse como los jefes indomables de la falange de hierro.

La *Historia* señala con especial relieve dos grandes "crisis internas" del bolchevismo en el año de la revolución. En la primera, Lenin, recién llegado de Suiza, presenta sus Tesis de Abril y "rearma" políticamente a su partido para la guerra contra el régimen de febrero; en la segunda, en la penúltima etapa de la revolución, los partidarios y los adversarios de la insurrección se enfrentan en el Comité Central bolchevique. En ambas crisis la narración se centra durante largo tiempo en un reducido círculo de dirigentes. Sin embargo, las escenas se graban en nuestra mente con igual profundidad que las más amplias y majestuosas imágenes del levantamiento de febrero y de la Revolución de Octubre, o del sombrío intervalo de las jornadas de julio, cuando el movimiento aparece en su punto de máxima depresión. En ambas crisis se nos hace sentir que el destino de la revolución se halla en manos del escaso grupo de dirigentes del Comité Central: sus votos deciden si las energías de las masas habrán de ser disipadas o derrotadas o dirigidas hacia la victoria. El problema de las masas y los dirigentes está planteado en toda su agudeza; y casi inmediatamente la narración se centra más estrecha e intensamente aún en un solo dirigente: Lenin.

Tanto en abril como en octubre, Lenin se yergue casi solo, incomprendido y repudiado por sus discípulos. Los miembros del Comité Central están a punto de quemar la carta en que él los insta a prepararse para la insurrección; y él decide "declararles la guerra" y, en caso necesario, pasar por encima de la disciplina del Partido y recurrir a la base. "Lenin no confiaba en el Comité Central sin Lenin...", comenta Trotsky; y "Lenin no erraba del todo en su desconfianza".[22] Con todo, en cada crisis

[22] *Ibid.*, tomo II, p. 530.

ganó a la larga el apoyo del Partido para su estrategia y lo lanzó a la batalla. Su sagacidad, realismo y voluntad concentrada emergen de la narración como los elementos decisivos del proceso histórico, cuando menos iguales en importancia a la lucha espontánea de millones de obreros y soldados. Si la energía de éstos fue el "vapor" y el partido bolchevique el "émbolo" de la revolución, Lenin fue el conductor.

Aquí Trotsky se enfrenta al clásico problema de la personalidad en la historia; y aquí es tal vez donde menos éxito tiene. Su narración de la actividad de Lenin es irreprochable en cuanto a la presentación de los hechos. En ninguna etapa es posible decir que Lenin no actuó y que los otros bolcheviques no se comportaron tal como lo relata Trotsky. Este, por otra parte, tampoco intenta presentar a Lenin como un autosuficiente creador de acontecimientos. "Lenin no se opuso al partido desde fuera, sino que él mismo fue su expresión más cabal", nos asegura; y demuestra reiteradamente que Lenin no hizo más que traducir a fórmulas y acciones claras los pensamientos y estados de ánimo que agitaban a la base, y que debido a ello impuso su criterio a la larga. El dirigente y la masa actúan al unísono. Existe una profunda concordia entre Lenin y su partido, aun cuando él entra en conflicto con el Comité Central. Del mismo modo que el bolchevismo no entró en la historia por casualidad, el papel de Lenin tampoco fue fortuito: él fue "el producto de todo el pasado de la historia rusa. Tenía en ella sus raíces más profundas..." "Lenin no fue el demiurgo del proceso revolucionario, sino que se insertó en la cadena de las fuerzas históricas objetivas. Pero, en esta cadena, él era un eslabón muy importante."[23]

Sin embargo, después de situar a Lenin como un eslabón en esa cadena, Trotsky sugiere a continuación que sin el "eslabón" la "cadena" bien podría haberse roto. Se pregunta qué habría sucedido si Lenin no hubiese logrado regresar a Rusia en abril de 1917. "¿Puede afirmar alguien con seguridad que, sin él, el partido habría encontrado su senda? Nosotros no nos atreveríamos en modo alguno a afirmarlo." Es perfectamente concebible, nos dice, que "el partido, desorientado y dividido, perdiera durante muchos años la ocasión revolucionaria". Si en la *Historia* Trotsky expresa esta opinión con cautela, en otra ocasión pone los puntos sobre las íes. En una carta que le envió a Preobrazhensky desde Alma Ata, dice: "Usted sabe mejor que yo que si Lenin no hubiese logrado llegar a Petrogrado en abril de 1917, la Revolución de Octubre no habría tenido lugar". En su Diario francés hace la afirmación en tono categórico: "Si yo no hubiese estado presente en 1917 en Petrogrado, la Revolución de Octubre habría tenido lugar de todos modos —*siempre y cuando Lenin hubiese estado presente y en el puesto de mando*. Si ni Lenin ni yo hubiésemos estado en Petrogrado, no habría habido Revolución de Octubre: la dirección del

[23] *Ibid.*, tomo I, pp. 376-377.

partido bolchevique la habría impedido, de esto no me cabe la menor duda."[24] Si Lenin no es todavía aquí un "demiurgo de la historia", ello es así sólo en el sentido de que no hizo la revolución *ex nihilo*: la decadencia de la estructura social, el "vapor" de la energía de las masas y el "émbolo" del partido bolchevique (que Lenin había diseñado y construido) tenían que estar presentes para que él pudiera desempeñar su papel. Pero aun si todos esos elementos hubiesen estado presentes, nos dice Trotsky, sin Lenin los bolcheviques habrían "perdido durante muchos años la ocasión revolucionaria". ¿Por cuántos años? ¿Cinco? ¿Seis? ¿O tal vez treinta o cuarenta? No lo sabemos. En todo caso, sin Lenin, Rusia tal vez habría continuado viviendo bajo el régimen capitalista o aun bajo un zarismo restaurado, quizá por un periodo indefinido; y en este siglo cuando menos la historia del mundo habría sido muy diferente de lo que ha sido.

Para un marxista, ésta es una conclusión sorprendente. La argumentación, indudablemente, tiene cierto sabor escolástico, y el historiador no puede resolverla remitiéndose a la evidencia empírica: no puede repetir el hecho de la revolución manteniendo a Lenin fuera del espectáculo para ver qué sucede. Si, ello no obstante, nos detenemos un poco en el problema, no lo hacemos por interés en la argumentación misma, sino por la luz que arroja sobre nuestro personaje. En este punto las concepciones de Trotsky el historiador están íntimamente afectadas por la experiencia y el estado de ánimo de Trotsky el jefe de la Oposición derrotada: cabe dudar que en una fase anterior de su carrera él hubiese expresado una idea tan contraria a la tradición intelectual marxista.

Especialmente representativo de esa tradición es el célebre ensayo de Plejánov *El papel del individuo en la historia,* que, al igual que otros escritos teóricos de Plejánov, ejerció una influencia formativa en varias generaciones de marxistas rusos. Plejánov examina el problema en términos de la clásica antinomia de la necesidad y la libertad. No niega el papel de la personalidad; acepta la afirmación de Carlyle de que "el gran hombre es un iniciador": "Esta es una descripción muy justa. Un gran hombre es un iniciador precisamente porque ve *más lejos* que otros y porque desea las cosas con *más fuerza* que otros." De ahí la "colosal significación" en la historia y el "terrible poder" del gran dirigente. Pero Plejánov insiste en que el dirigente es tan sólo el órgano de una necesidad histórica, que crea su órgano cuando lo necesita. Ningún gran hombre es, por consiguiente, "irremplazable". Cualquier corriente histórica, si es lo suficientemente amplia y profunda, se expresa a través de cierto número de hombres, no de un solo individuo. Al examinar la Revolución Francesa, Plejánov formula una pregunta análoga a la que plantea Trotsky: ¿qué

[24] *Trotsky's Diary in Exile,* pp. 53-54. La carta a Preobrazhensky, escrita en 1928, se encuentra en *The Archives.*

curso habría seguido la revolución sin Robespierre o sin Napoleón? Admitamos que Robespierre representaba en su partido una fuerza insustituible en absoluto. Pero, en todo caso, no era su única fuerza. Si la caída casual de un ladrillo le hubiera matado, supongamos, en enero de 1793, su puesto habría sido ocupado, naturalmente, por otro, y aunque este otro hubiera sido inferior a él en todos los sentidos, los acontecimientos, a pesar de todo, habrían tomado el mismo rumbo que tomaron con Robespierre... los girondinos, también en este caso, no habrían evitado, seguramente, la derrota; pero es posible que el partido de Robespierre hubiera perdido el Poder un poco antes... o después, pero en todo caso se habría producido infaliblemente...[25]

Lo que Trotsky sugiere es que si un ladrillo hubiese matado a Lenin, digamos, en marzo de 1917, no habría habido una revolución bolchevique ese año ni "durante muchos años después". La caída del ladrillo, en consecuencia, habría desviado una tremenda corriente de la historia en alguna otra dirección. La discusión sobre el papel del individuo viene a ser un debate sobre el accidente en la historia, un debate íntimamente relacionado con la filosofía del marxismo. Plejánov concluye su argumentación diciendo que tales "cambios accidentales en el transcurso de los acontecimientos podrían haber afectado, hasta cierto punto, la vida política... de Europa", pero que "bajo ninguna circunstancia el resultado final del movimiento revolucionario habría sido lo 'contrario' de lo que fue. Debido a las cualidades específicas de sus mentes y de sus caracteres, los individuos influyentes pueden alterar los rasgos individuales de los acontecimientos y algunas de sus consecuencias particulares, pero no pueden alterar su tendencia general, que está determinada por otras fuerzas". Trotsky implica que la personalidad de Lenin no sólo alteró los "rasgos individuales de los acontecimientos", sino la tendencia general: sin Lenin, las fuerzas sociales que determinaron esa tendencia o contribuyeron a ella habrían sido inoperantes. Esta conclusión se aviene mal con la *Weltanschauung* de Trotsky y con muchas otras cosas además. Si fuera cierto que la más grande revolución de todos los tiempos no podría haber ocurrido sin un dirigente particular, entonces el culto al dirigente en general no sería censurable en modo alguno, y su denuncia por los materialistas históricos, desde Marx hasta Trotsky, y su repudio por parte de todo el pensamiento progresista carecerían de sentido.

Trotsky evidentemente sucumbe aquí a la "ilusión óptica" de que habla Plejánov en su argumentación contra los historiadores que insisten en que el papel de Napoleón fue decisivo porque nadie más habría podido ocupar su lugar con idéntico o parecido efecto. La "ilusión" consiste en el hecho de que un dirigente parece irremplazable porque, al ocupar su

[25] G. Plejánov, *Izbrannie Filosófskie Proizvedenia*, vol. II, p. 325. [En español: *El papel del individuo en la historia*, Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1956, p. 35.]

lugar, impide que otros lo ocupen.

Al desempeñar su papel de "buena espada" salvadora del orden social, Napoleón apartó con ello de dicho papel a todos los otros generales, algunos de los cuales quizá lo habrían desempeñado tan bien o casi tan bien como él. Una vez satisfecha la necesidad social de un gobernante militar enérgico, la organización social cerró el camino hacia el puesto... a todos los demás talentos militares... La fuerza personal de Napoleón se nos presenta bajo una forma en extremo exagerada, puesto que le atribuimos toda la fuerza social que la elevó a un primer plano y la apoyaba. Esa fuerza personal nos parece algo absolutamente excepcional, porque las demás fuerzas idénticas a ella no se transformaron de potenciales en reales. Y cuando se nos pregunta qué habría ocurrido si no hubiese existido Napoleón, nuestra imaginación se embrolla y nos parece que sin él no hubiera podido producirse todo el movimiento social sobre el que se basaba su fuerza y su influencia.[26]

De manera similar, podría argumentarse, la influencia de Lenin en los acontecimientos se nos presenta muy aumentada porque, una vez que Lenin ocupó el puesto del dirigente, impidió que otros lo ocuparan. Es imposible, por supuesto, decir quién habría ocupado su lugar si él no hubiese estado presente. Pudo haber sido el propio Trotsky. No en balde revolucionarios tan importantes como Lunacharsky, Uritsky y Manuilsky, al examinar, en el verano de 1917, los méritos relativos de Lenin y Trotsky, concuerdan en que Trotsky había eclipsado por entonces a Lenin, y ello cuando Lenin estaba presente, en el lugar de los hechos; y aunque la influencia de Lenin en el partido bolchevique fue decisiva, la insurrección de octubre se llevó a cabo, de hecho, según el plan de Trotsky, no el de Lenin. Si ni Lenin ni Trotsky hubiesen estado presentes, algún otro hombre habría ocupado su lugar. El hecho de que entre los bolcheviques no hubiera aparentemente ningún otro hombre de su estatura no es prueba de que en su ausencia tal hombre no habría surgido. La historia tiene en verdad un número limitado de vacantes para los puestos de grandes jefes y comandantes, y una vez que las vacantes se llenan los candidatos potenciales no tienen oportunidad de desarrollar y hacer fructificar sus capacidades. ¿Es necesario sostener que no lo habrían hecho bajo cualesquiera circunstancias? ¿Y no podrían haber desempeñado el papel de Lenin o el de Trotsky otros dirigentes de menor estatura, con la diferencia tal vez de que los hombres más pequeños, en lugar de "dejar que el destino los dirigiera" habrían sido "arrastrados" por éste?

Es un hecho que casi todo gran dirigente o dictador parece ser irremplazable en su tiempo, y que al faltar él alguien ocupa efectivamente su lugar, por lo general alguien que en opinión de sus colegas es el candidato menos probable, una "mediocridad" "destinada a desempeñar funcio-

[26] *Ibid.*, p. 38.

nes de segundo o tercer rango". De ahí la sorpresa con que tantas personas vieron, primero, a Stalin como sucesor de Lenin y, después, a Jruschov como sucesor de Stalin, sorpresa que es consecuencia de la ilusión óptica sobre el coloso irremplazable. Trotsky sostiene que sólo el genio de Lenin podía enfrentarse con éxito a las tareas de la Revolución Rusa; y a menudo sugiere que en otros países también la revolución deberá tener un partido como el bolchevique y un jefe como Lenin para poder triunfar. No hay por qué negar la capacidad y el carácter extraordinarios de Lenin ni la fortuna del bolchevismo al tenerlo como jefe. Pero, ¿no han triunfado acaso en nuestro tiempo las revoluciones china y yugoslava con partidos muy diferentes del de los bolcheviques de 1917 y con dirigentes de estatura menor, incluso mucho menor? En cada caso la corriente revolucionaria encontró o creó su órgano en el material humano de que se disponía. Y si parece poco plausible suponer que la revolución de octubre habría ocurrido sin Lenin, tal suposición seguramente no es más plausible que la suposición contraria de que un ladrillo desprendido de un tejado de Zurich a principios de 1917 podría haber alterado el destino de la humanidad en el presente siglo.

Añadamos que esta última idea se aviene tan mal con la filosofía básica de Trotsky y con su concepción de la revolución, que él no pudo sostenerla de manera consecuente. Así, en *La revolución traicionada,* escrita pocos años después, afirma:

> Las cualidades de los dirigentes no son de ningún modo indiferentes al resultado de los combates, pero no son el único factor ni el factor decisivo... Los bolcheviques vencieron... no por la preeminencia de sus jefes, sino gracias a una reagrupación de fuerzas... [En la Revolución Francesa también], en la sucesión en el poder de los Mirabeau, Brissot, Robespierre, Barras, Bonaparte, hay una legitimidad objetiva mucho más potente que los rasgos particulares de los protagonistas históricos mismos.[27]

Como hemos indicado, la "ilusión óptica" de Trotsky en relación con Lenin arroja luz sobre él mismo y sobre su actitud en estos años más bien que sobre Lenin. Trotsky produjo la *Historia* después que la orgía del "culto a la personalidad" stalinista había comenzado; y su presentación de Lenin fue un reflejo negativo de ese culto. Contra el Stalin "irremplazable" apeló al Lenin "irremplazable". Más aún, en vista de la apatía

[27] Trotsky, *La revolución traicionada,* Editorial Proceso, Buenos Aires, 1964, p. 92. Característicamente, Sidney Hook, en su reacción contra el marxismo (y el trotskismo) se apoyó considerablemente en el enfoque subjetivista que hace Trotsky de Lenin y llegó a la conclusión de que la Revolución de Octubre "no fue tanto un producto de todo el pasado de la historia rusa cuanto un producto de una de las figuras más creadoras de acontecimientos de todos los tiempos". Hook, *The Hero in History,* pp. 150-151.

y el carácter amorfo de la sociedad soviética, el dirigente se agigantaba efectivamente más en aquellos años que en 1917, cuando la masa entera de la nación hervía de energía y actividad políticas. Por una parte, Stalin iba imponiéndose como autócrata; por la otra, Trotsky ejercía por necesidad una especie de autocracia moral e ideal como único portavoz de la Oposición. El también, en su derrota, se agigantaba excepcionalmente como individuo. Como historiador, proyectó retrospectivamente la inmensa aparición del dirigente en la pantalla de 1917, y extrajo la siguiente enseñanza autodefensiva: "De la excepcional importancia que tuvo la llegada de Lenin, sólo se deduce que los jefes no se crean por azar, que su selección y su educación exigen años, que no se les puede reemplazar arbitrariamente, y que excluyéndolos mecánicamente de la lucha se inflige una herida muy sensible al partido y, en ocasiones, se lo puede paralizar por mucho tiempo."[28] En su Diario extrae la enseñanza de manera más explícita aún:

> ...Creo que la tarea en que estoy empeñado ahora [la oposición a Stalin y la fundación de la Cuarta Internacional], pese a su extrema insuficiencia y su naturaleza fragmentaria, es la tarea más importante de mi vida, más importante que el periodo de la guerra civil o cualquier otro ...No puedo hablar de la "indispensabilidad" de mi tarea, ni siquiera en el periodo de 1917 a 1921. Pero ahora mi tarea es "indispensable" en el cabal sentido del término. En esta aseveración no hay arrogancia alguna. El colapso de las dos Internacionales ha planteado un problema que ninguno de los jefes de esas Internacionales es capaz de resolver. Las vicisitudes de mi destino personal me han enfrentado a este problema y me han armado con experiencias importantes para alcanzar su solución. Actualmente no queda nadie, excepto yo, para cumplir la misión de armar a una nueva generación con el método revolucionario... Necesito cuando menos unos cinco años más de trabajo ininterrumpido para asegurar la sucesión.[29]

Trotsky necesitaba sentir que el dirigente, ya fuera Lenin en 1917 o él mismo en los años treintas, era irremplazable: de esta creencia extraía la fuerza para sus solitarios y heroicos esfuerzos. Y ahora, cuando sólo él, en toda una generación bolchevique, hablaba contra Stalin, no había nadie efectivamente capaz de ocupar su puesto. Pero, precisamente porque estaba solo y era irremplazable, una gran parte de su labor se desperdició.

Completamente aparte de los pros y los contras de esta discusión, los sentimientos de Trotsky frente a Lenin requieren una mayor elucidación. Las opiniones de dos contemporáneos merecen ser citadas. "Trotsky es

[28] *Historia de la Revolución Rusa,* tomo I, p. 378. Esta enseñanza, sin embargo, adolece de una inconsecuencia, pues si los jefes "no se crean por azar", tampoco se eliminan por azar (o "arbitrariamente").

[29] *Diary in Exile,* p. 54.

quisquilloso e imperativo. Sólo en sus relaciones con Lenin, después de su unión, mostró siempre una conmovedora y tierna deferencia. Con la modestia característica de los hombres verdaderamente grandes, reconoció la prioridad de Lenin."[30] escribió Lunacharsky en 1923, al comienzo de la campaña contra Trotsky. Krúpskaya, hablándole en los primeros años treintas a un extranjero famoso, no comunista, y sabiendo que estaba siendo espiada y que sus palabras llegarían a conocimiento de Stalin, también se refirió al "carácter dominante y difícil" de Trotsky, pero añadió: "Amaba entrañablemente a Vladimir Ilich; al enterarse de su muerte, se desmayó y tardó dos horas en recuperarse."[31] Este afecto y este reconocimiento de la prioridad de Lenin son evidentes en todos los pronunciamientos posrevolucionarios de Trotsky sobre Lenin. Ya en septiembre de 1918, después del atentado de Dora Kaplan contra la vida de Lenin, rindió el siguiente homenaje al dirigente herido:

> Todo lo que había de mejor en los intelectuales revolucionarios rusos de antaño, su espíritu de abnegación, su audacia, su odio a la opresión, todo ello está concentrado en la figura de este hombre... Apoyado por el joven proletariado revolucionario de Rusia, utilizando la rica experiencia de un movimiento obrero en escala mundial, ha alcanzado su plena estatura... como el hombre más grande de nuestra época revolucionaria... Nunca antes nos había parecido la vida de cualquiera de nosotros tan secundaria en importancia como ahora, en el momento en que la vida del hombre más grande de nuestra época está en peligro.[32]

En estas palabras no había ni un ápice de hipocresía. Lenin no estaba rodeado todavía por ningún culto, y Trotsky aún habría de expresar más de una vez marcados desacuerdos con él. En 1920, en ocasión del quincuagésimo cumpleaños de Lenin, Trotsky publicó un ensayo, más moderado en su tono, sobre Lenin como un "tipo nacional" que encarnaba los mejores aspectos del carácter ruso.[33] En el exilio, después que salió de Prinkipo, empezó a escribir una biografía de Lenin en escala completa, de la cual sólo terminó los capítulos iniciales. La frustración de este proyecto queda compensada en parte por las numerosas semblanzas biográficas que había escrito y publicado en los primeros años veintes. Estas se refieren a dos periodos decisivos en la vida de Lenin, los años de 1902 a 1903 y de 1917 a 1918, y constituyen un retrato palpitante de vida y lleno de la ternura mencionada por Lunacharsky.[34]

Lo que Trotsky admiraba en Lenin era su *"tseleustremlennost"*, su completa dedicación al logro de su gran objetivo, pero también la personalidad,

[30] Lunacharsky, *Revolutsionnie Siluety.*
[31] *Memoirs of Michael Karolyi*, p. 265.
[32] Trotsky, *Lénine*, pp. 211-218.
[33] *Ibid.*, pp. 205-210.
[34] *Ibid.*

en la que la altura de miras iba acompañada por la pasión de vivir, la seriedad de propósitos por un rico sentido del humor, la fanática devoción a los principios por la flexibilidad del pensamiento, la astucia en la acción por una delicada sensibilidad, y el poderoso intelecto por la sencillez. Trotsky muestra al "hombre más grande de nuestra época" como un ser falible, y así destroza el icono stalinista de Lenin. Con todo, él mismo se acerca a Lenin con la cabeza descubierta, por decirlo así, y sin rubor alguno, lo reverencia. Pero no incurre en la genuflexión. Le rinde un homenaje varonil, no a un ídolo, sino al hombre tal como lo conoció. Aun cuando describe el carácter heroico de Lenin no hace de él un semidiós. Presenta una figura en dimensión natural y cotidiana, no una estatua solemne. Emplea el género más efímero, la semblanza periodística, para crear una imagen duradera; y sus semblanzas de Lenin tienen un efecto artístico mucho mayor que las escritas por dos eminentes novelistas contemporáneos: Gorki y Wells. Trotsky observa ávidamente a Lenin desde todos los ángulos: sorprende su mente mientras trabaja; la manera como construye un argumento; su apariencia y su estilo en la tribuna; su gesticulación y los movimientos de su cuerpo; el tono de risa y hasta sus bromas. Vemos el ceño de Lenin fruncido por la indignación y la ira; lo observamos jugando amablemente con un perro en un momento dramático, mientras toma una decisión sobre un problema grave; le echamos un vistazo mientras corre como un escolar a través de la Plaza del Kremlin hacia la sala de conferencias del gobierno para hacerles una travesura a sus colegas los Comisarios. Y en todo momento hay en el ojo inquisitivo del pintor un destello de amor por el "genio prosaico de la revolución".

En el ojo del pintor hay también una chispa de remordimiento. Trotsky sólo había pasado junto a Lenin, en íntima asociación, unos seis años, los mejores y más trascendentes de su vida. Los trece o catorce años anteriores los había pasado en lucha faccional contra Lenin, endilgándole feroces insultos personales como "abogado chapucero", "horrible caricatura de Robespierre, maligno y moralmente repugnante", "explotador del atraso ruso", "desmoralizador de la clase obrera rusa", etc., insultos en comparación con los cuales las réplicas de Lenin eran moderadas, casi benignas. Aunque a partir de 1917 Lenin jamás había aludido a nada de esto, la invectiva había sido demasiado hiriente como para no haber dejado ninguna cicatriz. Aun entre 1917 y 1923, cuando mantuvieron la más estrecha unión política, sus relaciones carecieron de una nota de intimidad: en Lenin había cierta reserva.[35] Trotsky, en su "conmovedora deferencia", hizo rectificaciones

[35] *El profeta armado,* pp. 95-96. Cuando yo comenté con Natalia Sedova la ausencia de una nota de intimidad personal entre Lenin y Trotsky y sugerí que el carácter hiriente de las expresiones polémicas prerrevolucionarias de Trotsky había hecho imposible tal intimidad, ella replicó que nunca había pensado en el asunto en esos términos. Después de reflexionar, sin embargo, añadió: "Tal vez ésa fue en efecto la razón de una cierta reserva por parte de Lenin. Aquellas viejas

tácitas y llenas de tacto. En sus escritos se muestra todavía ansioso, tal vez de manera semiconsciente nada más, de compensar póstumamente a Lenin por todos los agravios. Admite que en 1903, cuando rompió con Lenin, la revolución todavía era para él, en gran medida, una "abstracción teórica", en tanto que Lenin había aprehendido ya plenamente sus realidades. Una y otra vez habla de la resistencia interna que tuvo que vencer mientras se "acercaba a Lenin". Pero, habiéndola vencido y habiendo vuelto nuevamente junto a Lenin, se colocó a su sombra; y en ella permanece como historiador. Narra concienzudamente todas sus diferencias; pero su memoria rehuye el recuerdo. Abrevia instintivamente el tiempo de su separación, suaviza la aspereza del antagonismo y se detiene con deleite en los años de amistad, tratando de alargarlos, por decirlo así, hacia atrás y hacia adelante. Algunas veces, como en ensoñación, parece volver a vivir su vida en constante e inalterada armonía con Lenin. Piensa en escribir un libro sobre la íntima y fructuosa amistad de toda la vida entre Marx y Engels, su ideal de la amistad que no le fue dado alcanzar en su propia vida. Once años después de la muerte de Lenin, Trotsky anota en su Diario:

> Anoche... soñé que tenía una conversación con Lenin. A juzgar por la apariencia del lugar, estábamos en un barco, en la cubierta de tercera clase. Lenin estaba acostado en un camastro, y yo de pie o sentado cerca de él... El me interrogaba con preocupación sobre mi enfermedad. "Usted parece haber acumulado fatiga nerviosa, debe descansar..." Yo le contesté que siempre me había recuperado rápidamente de la fatiga, pero... que esta vez la dolencia parecía residir en algunos procesos más profundos... "Entonces debe consultar *seriamente* (él recalcó la palabra) a los médicos (varios nombres...)". Le contesté que ya había tenido muchas consultas... pero mientras miraba a Lenin recordé que él ya había muerto. Inmediatamente traté de alejar esa idea de mi mente... Cuando acabé de contarle mi viaje de curación a Berlín en 1926, quise añadir: "Eso fue después de su muerte", pero me contuve a tiempo y dije: "Después que usted cayó enfermo..."[36]

El sueño y la ensoñación escudan la vulnerabilidad de Trotsky, y en el cumplimiento onírico de su deseo se ve protegido por la atención y el afecto de Lenin.

La "ilusión óptica" en cuanto a Lenin es el único caso de pensamiento subjetivista en la *Historia*. Por lo demás, Trotsky presenta los acontecimientos como pensador objetivo. Sin duda alguna, sólo un actor y testigo presencial podía sentir tan íntimamente como él la interioridad, el color y el sabor

luchas faccionales se libraron de una manera salvaje y bestial *(Eto byla zverinnaya borba)*."

[36] *Diary in Exile*, pp. 130-131.

de cada hecho y cada escena. Pero, como historiador, se coloca por encima de sí mismo en cuanto actor y testigo presencial. Lo que se dice de César —que como escritor fue sólo la sombra del jefe militar y del político— no puede decirse de Trotsky. Este somete su obra a las pruebas más estrictas y apoya la narración en los testimonios más rigurosos, que por regla general son los de los enemigos. Nunca se remite a su propia autoridad; y sólo en muy contadas ocasiones se presenta él mismo como *dramatis persona.* Así, por ejemplo, le dedica sólo una breve y seca oración a su toma de posesión de la Presidencia del Soviet de Petrogrado, que fue una de las grandes escenas y uno de los acontecimientos trascendentales de la época.[37] Tal vez es un defecto de la *Historia* el que, si tratáramos de deducir de ella solamente la importancia del papel de Trotsky en la revolución, nos formaríamos una idea errónea. Trotsky aparece incomparablemente más importante, en 1917, en cada página de *Pravda,* en cada periódico antibolchevique y en las actas de los Soviets y del Partido, que en sus propias páginas. Su silueta es el único espacio casi vacío en su vasto y animado lienzo.

Hazlitt sostuvo que el genio oratorio y la grandeza literaria son incompatibles. Sin embargo, Trotsky, que poseía en tan alto grado la rapidez de percepción, la espontánea elocuencia y la facilidad de reacción frente a un auditorio que caracterizan al orador, poseía en el mismo grado los hábitos de profunda y sostenida reflexión, la indiferencia a la satisfacción efímera y la "paciencia de alma" indispensables al verdadero escritor. Lunacharsky, que era él mismo un orador eminente, describe a Trotsky como "el primer tribuno de su tiempo" y a sus escritos como "discursos congelados". "Es literario aun en su oratoria, y oratorio aun en su literatura."[38] Esta opinión es aplicable a los primeros escritos de Trotsky; y Lunacharsky la expresó en 1923, antes de que Trotsky el escritor alcanzara su plena estatura. En *Mi vida* y en la *Historia,* el elemento retórico está severamente disciplinado por las exigencias de la narración y la interpretación, y la prosa tiene un ritmo épico. Sigue siendo "discurso congelado" en el sentido en que toda narración lo es.

Durante décadas las obras capitales de Trotsky han sido leídas sólo en traducciones. Del mismo modo que el hombre fue exiliado, su genio literario también fue desterrado a lenguas extranjeras. Trotsky encontró traductores acuciosos y fieles en Max Eastman, Alexandra Ramm y Maurice Parijanine, que familiarizaron al público europeo y norteamericano con sus obras más importantes. Con todo, algo de su espíritu y de su estilo se echa de menos en cualquier traducción, aun cuando Trotsky habiendo absorbido tanto de la tradición literaria europea, es el más cosmopolita de los escritores rusos. Pero fue en sus fuentes nativas donde él abrevó más pro-

[37] *Historia de la Revolución Rusa,* tomo II, p. 382.
[38] Lunacharsky, *op. cit.*

fundamente, nutriéndose con el vigor, la sutileza, el color y el humor de la lengua rusa. El es, en su generación, el más grande maestro de la prosa rusa. Para el oído inglés, su estilo puede sufrir en ocasiones de ese "exceso" en el que Coleridge veía el defecto del mejor estilo alemán o continental. Esto es cuestión de gusto y de criterios estilísticos aceptados, que varían no sólo de nación a nación, sino dentro de una misma nación de una época a otra. El vigor emocional y el énfasis enérgico y reiterativo pertenecen al estilo de una era revolucionaria, cuando el orador y el escritor exponen ante grandes masas humanas ideas en torno a las cuales se libra una lucha a vida o muerte y, por supuesto, el alto tono de voz en que se comunica la gente en un campo de batalla o en una revolución es insoportable junto a la tranquila chimenea del castillo de un inglés. Sin embargo, *Mi vida* y la *Historia* no adolecen de "exceso". En ellas Trotsky ejerce una clásica economía de expresión. En ellas es un "objetivo hacedor de palabras" que se esfuerza por alcanzar la máxima precisión en los matices de significado o de estado de ánimo: un trabajador acucioso en el campo de las letras. Moldea su obra con un ojo vigilante puesto en la estructura del todo y en las proporciones de las partes, con un inmutable sentido de unidad artística. Tan apretadamente entreteje su argumentación teórica con la narración, que si tratamos de separar la una de la otra todo el conjunto pierde su textura y su urdimbre. Sabe como pocos narradores cuándo contraer y cuándo extender su relato. Y, sin embargo, no lo contrae ni lo extiende por capricho: el ritmo de desarrollo y las cadencias están sincronizados con la pulsación de los acontecimientos. El todo tiene el flujo torrencial propio de la presentación de una revolución. Pero durante largos pasajes mantiene sus ritmos uniformes y regulares, hasta que, al acercarse a un climax, se elevan y crecen, apasionados y tempestuosos, de suerte que el asalto de los Guardias Rojos al Palacio de Invierno, las sirenas de los acorazados en el Neva, el choque y la división final de los partidos en el Soviet, el colapso de un orden social y el triunfo de la revolución son reproducidos con un efecto sinfónico. Y en todo este grandioso movimiento su *Sachlichkeit* nunca se pierde: su originalidad reside en la combinación de la grandeza clásica con la sobria modernidad.

Sus páginas están llenas de símiles y metáforas deslumbrantes; éstas brotan epontáneamente de su imaginación, pero él nunca pierde su dominio sobre ellas. Sus imágenes son conceptualmente tan precisas como vividas. Utiliza la metáfora con un propósito definido: acelerar el pensamiento, iluminar una situación o anudar estrechamente dos o más hilos de ideas. La imagen a veces relampaguea en una sola oración; a veces cobra forma más lentamente a lo largo de un pasaje; y en otras ocasiones crece en un capítulo al igual que una planta, apareciendo primero como un brote, floreciendo unas cuantas páginas más adelante y dando fruto antes del final del capítulo. Obsérvese, por ejemplo, el uso de la metáfora en un pasaje que describe el comienzo de la revolución de febrero: la escena

es una manifestación de 2 500 obreros de Petersburgo que, en una calle estrecha, tropezaron con los cosacos, "instrumento inveterado de represión":

> Los primeros que hendieron la multitud, abriéndose paso con el pecho de los caballos, fueron los oficiales. Tras ellos venían los cosacos galopando a toda la anchura de la avenida. ¡Momento decisivo! Pero los jinetes se deslizaron cautamente como una larga cinta por la brecha abierta por los oficiales. "Algunos —recuerda Kayúrov— se sonreían, y uno de ellos guiñó el ojo maliciosamente a los obreros." Aquella guiñada del cosaco tenía su por qué. Los obreros recibieron valientemente, aunque sin hostilidad, a los cosacos, y les contagiaron un poco de su valentía. Pese a las nuevas tentativas de los oficiales, los cosacos, sin infringir abiertamente la disciplina, no disolvieron por la fuerza a la multitud y, renunciando a dipersar a los obreros, apostaron a los jinetes a lo ancho de la calle, para impedir que los manifestantes pasaran al centro. Pero tampoco esto sirvió de nada. Los cosacos montaban la guardia en sus puestos con todas las de la ley, pero no impedían que los obreros se deslizaran por entre los caballos. La revolución no escoge arbitrariamente sus caminos. Daba sus primeros pasos hacia la victoria bajo los vientres de los caballos de los cosacos.[39]

La imagen generalizadora de la revolución escurriéndose bajo el vientre de los caballos de los cosacos emerge naturalmente del pasaje descriptivo: ilumina toda la novedad, el optimismo y la incertidumbre de la situación. Sentimos que esta vez los obreros no serán atropellados aun cuando su posición no sea todavía completamente segura. Pero al cabo de otras veinte páginas, que narran el progreso de la insurrección, la metáfora reaparece en forma modificada, como un recordatorio de la distancia que la revolución ha recorrido:

> Una tras otra, llegaban jubilosas noticias de victorias. ¡Los revolucionarios estaban en posesión de automóviles blindados! Con las banderas rojas desplegadas, estos autos sembraban el pánico entre los que aún no se habían sometido. Ahora, ya no era necesario deslizarse por entre las patas de los caballos de los cosacos. La revolución está en pie en toda su magnitud.[40]

No menos característico es un tipo diferente de imagen en que el escritor describe una escena peculiar con tal intensidad que la misma escena se convierte en un símbolo obsesivo. Trotsky describe el antagonismo entre los oficiales y los soldados del ejército zarista en desintegración:

[39] *Historia de la Revolución Rusa,* tomo I, p. 133.
[40] *Ibid.,* p. 156.

En esta lucha sorda había sus flujos y reflujos. Los oficiales intentaban adaptarse a la nueva situación. Los soldados tornaban a confiar. Pero después de estos periodos temporarios de tranquilidad de los días y semanas de armisticio, el odio social, que descomponía el ejército del antiguo régimen, iba adquiriendo una tensión cada vez mayor, que estallaba muchas veces con fulgores trágicos. En Moscú se reunió en uno de los circos una asamblea de soldados y oficiales inválidos. Uno de los oradores habló desde la tribuna, en tonos duros, de la oficialidad. Se armó gran ruido de protestas; los reunidos empezaron a golpear el suelo con las piernas, los bastones, las muletas. "¿Acaso hace tanto tiempo, señores oficiales, que azotabais a los soldados con las vergas y el puño?" Heridos, contusionados, mutilados, se levantaban unos frente a otros, soldados inválidos contra oficiales inválidos, mayoría contra minoría, muletas contra muletas. En esta feroz escena desarrollada en un circo se contenía la ferocidad de la guerra civil que se avecinaba.[41]

Este reportaje severamente realista es todo pasión compendiada. La escena está representada en seis oraciones sucintas y ásperas. Unas cuantas palabras nos trasladan al anfiteatro y golpean nuestros oídos con el ruido de "las piernas, los bastones, las muletas". Una frase nada insólita: los "mutilados que se levantaban unos frente a otros, muletas contra muletas", recalca lo insólito del espectáculo. ¡Cuánto *pathos* trágico está condensado en estas oraciones escasas y aparentemente poco artísticas!

El sarcasmo, la ironía y el humor saturan todos los escritos de Trotsky. Este se ha vuelto en contra del orden establecido no sólo a causa de la indignación y el convencimiento teórico, sino también porque comprende su naturaleza absurda. En medio de la lucha más tensa y despiadada, su ojo apresa el incidente grotesco o cómico. Se siente consternado, y con renovada intensidad en cada ocasión, por la estupidez, la maldad y la hipocresía de los hombres. En *Mi vida* recuerda cómo en Nueva York, a principios de 1917, los socialistas rusonorteamericanos acogieron su predicción de que la Revolución Rusa daría al traste sucesivamente con el zarismo y con el régimen burgués:

Casi todo el mundo echaba mis palabras a broma. En una asamblea a que acudieron los venerables y venerabilísimos socialdemócratas rusos, hablé, para demostrar que era inevitable que el partido del proletariado se adueñase del Poder en la segunda etapa de la revolución. Aquello produjo aproximadamente el efecto que supongo yo produciría una piedra que se lanzase a una charca poblada de ranas flemáticas y bien educadas. El doctor Ingerman no pudo menos de explicar a la concurrencia que yo era un hombre que ignoraba las cuatro reglas elemen-

[41] *Ibid.*, p. 301.

tales de la aritmética, y que no merecía la pena perder ni siquiera cinco minutos en refutar aquellas alucinaciones febriles mías.[42]

Es con esta especie de divertido desdén que Trotsky se ríe las más de la veces de sus adversarios. Su risa no es bondadosa, excepto en raras ocasiones o al recordar su infancia y juventud, cuando todavía podía reír desinteresadamente. Más tarde, está demasiado absorbido por una lucha demasiado enconada, y se burla de los hombres y de las instituciones a fin de que la gente se vuelva contra unos y otras. "¿Qué?", dice en efecto, "¿Vamos a permitir que esas ranas flemáticas y bien educadas se salgan con la suya y manejen nuestros asuntos en nuestro nombre?" Su sátira se proponía hacer que los oprimidos y los explotados miraran con desprecio a los poderosos en sus sitiales; y los poderosos se estremecían bajo el látigo. Al igual que Lessing (en el famoso retrato de Heine), Trotsky no sólo corta la cabeza de su enemigo, sino que "tiene la suficiente malicia para levantarla del suelo y mostrar al público que está completamente vacía". Y nunca corta tantas cabezas para después mostrar que han estado vacías, como cuando vuelve a visitar, con Clío, el gran campo de batalla de Octubre.

[42] *Mi vida,* tomo I, pp. 467-468.

CAPÍTULO IV

EL "ENEMIGO DEL PUEBLO"

"Por la misma razón que me cupo en suerte participar en grandes acontecimientos, mi pasado me aísla ahora de las posibilidades de acción", observó Trotsky en su Diario. "He quedado reducido a interpretar los acontecimientos y a tratar de prever su futuro desarrollo."[1] Esta parece ser la única observación de este tipo hecha por él sobre sí mismo; y expresa más de lo que él probablemente se propuso decir. A juzgar por el contexto, lo que él tenía en mente era que su ostracismo le hacía imposible dedicarse a cualquier actividad política en gran escala. En verdad, su pasado también lo "aislaba de las posibilidades de acción" en otro sentido más profundo. Sus ideas y métodos y su carácter político pertenecían a una época a la que el presente, el periodo de su destierro, era hostil; y debido a esto aquéllos carecían de efecto. Sus ideas y métodos eran los del marxismo clásico y estaban ligados a las perspectivas de la revolución en el Occidente capitalista "avanzado". Su carácter político se había formado en la atmósfera de la revolución desde abajo y en la democracia proletaria, de las que se habían nutrido el marxismo ruso e internacional. Sin embargo, en el periodo entre las dos guerras mundiales, pese a las intensas luchas de clases, la revolución internacional se estancó. La capacidad de subsistencia del capitalismo occidental demostró ser mucho mayor de lo que había concebido el marxismo clásico, y aumentó en la medida en que el reformismo socialdemócrata y el stalinismo desarmaron al movimiento obrero política y moralmente. Sólo después de la segunda Guerra Mundial habría de reanudar su desarrollo la revolución internacional; pero entonces su arena principal habría de ser el Oriente subdesarrollado, y sus formas, y en parte también su contenido, habrían de ser muy diferentes de los que había predicho el marxismo clásico. A Europa oriental la revolución habría de ser llevada, en lo fundamental, "desde arriba y desde fuera": mediante la conquista y la ocupación; mientras que en China habría de producirse no como una democracia proletaria propagada de las ciudades al campo, sino como una gigantesca *jacquerie* que conquistaría las ciudades desde el campo y sólo a continuación pasaría de la fase "democrático-burguesa" a la socialista. En todo caso, los años del exilio de Trotsky fueron, desde el punto de vista marxista, una época descoyuntada, un hiato histórico; y el terreno cedió bajo los pies del adalid de la revolución socialista clásica. En los tormentosos acontecimien-

[1] *Diary in Exile,* p. 21.

tos de la década del treinta, especialmente en los que tuvieron lugar fuera de la URSS, Trotsky fue esencialmente el gran marginado.

Con todo, su pasado, que lo había "aislado de las posibilidades de acción", tampoco le permitía mantenerse inactivo: el hombre de Octubre, el fundador del Ejército Rojo y el inspirador, antaño, de la Internacional Comunista, no podía resignarse de ninguna manera al papel del marginado. No se trataba de que tal papel fuera incompatible con sus concepciones marxistas. Los propios Marx y Engels vivieron alejados, durante largos periodos, de la política "práctica", enfrascados en trabajos teóricos fundamentales y conformándose con "interpretar" los acontecimientos; en cierto sentido, fueron "marginados". No fueron ellos, sino Lasalle, quien encabezó el primer movimiento socialista de masas en Alemania; no fueron ellos, sino Blanqui, quien inspiró el socialismo francés; y su influencia en el movimiento obrero británico fue remota y menos que superficial. Marx y Engels no tomaron tan al pie de la letra su propio postulado sobre la "unidad de la teoría y la práctica" como para sentirse obligados a enfrascarse en la actividad política *formal* en todo momento.[2] Cuando no tuvieron la oportunidad de construir su partido y luchar por el poder, se retiraron a la esfera de las ideas. El trabajo que realizaron allí tuvo históricamente, pero no inmediatamente, la mayor importancia práctica, pues, saturado como estaba de ricas experiencias en la lucha social, fue

[2] En febrero de 1851, después que la derrota de la revolución en Europa se había hecho evidente, Engels escribió a Marx: "Ahora por fin tenemos nuevamente... la oportunidad de demostrar que no necesitamos ninguna popularidad, ningún 'apoyo' de ningún partido en ningún país, y de que nuestra posición es completamente independiente de tales fruslerías... En realidad no debemos ni siquiera quejarnos cuando estos *petits grands hommes* [los jefes de los diversos partidos y sectas socialistas] se asustan de nosotros; durante demasiado tiempo nos hemos comportado como si todos ellos fueran de nuestro partido, cuando en realidad no teníamos ningún partido y la gente que contábamos como miembros de nuestro partido, cuando menos oficialmente, *sous réserve de les appeler des bêtes incorrigibles entre nous,* no entendían siquiera los rudimentos de nuestros problemas." "De ahora en adelante sólo somos responsables de nosotros mismos; y cuando llegue el momento en que esos caballeros nos necesiten, estaremos en posibilidad de dictarles nuestras condiciones. Hasta entonces tendremos paz cuando menos. Esto, sin duda, implica cierta soledad... Sin embargo, ¿cómo puede la gente como nosotros, que rehuye todo cargo oficial como si fuera la peste, encajar en un 'partido'... es decir, en una recua de asnos que confían en nosotros porque piensan que somos sus iguales?... En la próxima ocasión podemos y debemos asumir esta actitud: no ocupamos ningún puesto oficial en el Estado y, de ser posible, tampoco en el partido, ningún puesto en los comités, etc., no aceptamos ninguna responsabilidad por lo que hagan los burros [y sí, por el contrario, ejercemos] la crítica despiadada de todos y disfrutamos de una jovialidad de la que no pueden privarnos las intrigas de todos los tontos... Lo principal por el momento es que tengamos la posibilidad de publicar lo que escribimos... ya sea en revistas trimestrales o en gruesos volúmenes... ¿Qué quedará de toda la charlatanería a que se entrega toda esta chusma de emigrados a expensas de usted cuando usted les haya contestado con su tratado económico?" Marx-Engels *Beriwechsel,* vol I, pp. 197-182.

un indicador de la acción futura. En cuanto a Trotsky, ni su carácter ni sus circunstancias le permitían renunciar a la actividad política formal. El no quería ni podía renunciar a la lucha cotidiana. El periodo de su destierro no fue un intervalo político exento de acontecimientos como las décadas posteriores a 1848, cuando Marx escribió *El Capital*; fue una era de batallas y catástrofes sociales en escala mundial, de las que un hombre con el historial de Trotsky no podía mantenerse apartado. Y tampoco estuvo él en libertad, por un solo momento, de dejar de lado su incensante y feroz duelo con Stalin. Su pasado lo empujaba a la acción tan despiadadamente como lo aislaba de la posibilidad de acción.

Toda su conducta en el exilio está marcada por este conflicto entre la necesidad y la imposibilidad de la acción. El intuye el conflicto, pero nunca cobra clara conciencia de él. Incluso cuando vislumbra la imposibilidad, la considera extrínseca, pasajera, sólo un resultado de la persecución y el aislamiento físico. Esta falta de conciencia de su desventaja más profunda le da fuerzas para continuar luchando contra obstáculos tal vez más temibles que los que cualquier figura histórica haya tenido que enfrentar. Con todo, él retrocede una y otra vez, no en su actitud consciente, que siempre es optimista, sino en sus estados de ánimo involuntarios y en sus reflejos instintivos. Su voluntad lucha con esos estados de ánimo y nunca sucumbe. Pero ésta es una impetuosa, desesperada y agotadora colisión.

Durante los años de Prinkipo el cabal aislamiento físico restó urgencia a su dilema. El se impacientó y anheló acercarse a un escenario de la acción política, convencido de que ello le permitiría intervenir con eficacia. Mientras tanto, no pudo hacer otra cosa que sumirse en el trabajo literario de asunto histórico. Se replegó, aunque no completamente, a la esfera de las ideas teóricas, donde residía ahora su capacidad de resistencia. A ello se debe que los cuatro años de Prinkipo fueran su periodo más creador en el exilio. Su salida de Prinkipo tenía necesariamente que intensificar y agudizar su dilema. No sólo habría de sufrir poco después el pleno impacto de aquella implacable hostilidad contra la cual lo había escudado en parte su aislamiento, sino que la proximidad a un escenario de acción política habría de excitar en él toda aquella pasión por la acción en la que ahora residía su debilidad. Habría de descubrir, o de redescubrir, que el desarrollo de los acontecimientos lo iba dejando rezagado; sin embargo, él habría de esforzarse por alterar ese desarrollo. En los ocho años que le quedaban no habría de producir una sola obra tan importante y duradera como su *Historia* o aun su autobiografía, aunque su mano nunca soltó la pluma. Trotsky salió de Prinkipo con el proyecto de escribir una Historia de la Guerra Civil que, en virtud de su excepcional autoridad, habría sido tan importante como la *Historia de la Revolución,* y tal vez más iluminadora. Comenzó una biografía completa de Lenin que, según les confió a Max Eastman y Victor Gollancz, esperaba fuera "la obra

capital de mi vida" y la ocasión para una exposición abarcadora, "positiva y crítica", de la filosofía del materialismo dialéctico.[3] No llevó a cabo estos y otros planes, en parte porque las erranzas y la persecución no le permitieron concentrarse en ellos, pero principalmente porque los sacrificó a su actividad política formal, a su infatigable labor en favor de la Cuarta Internacional.

Así, pues, toda su existencia fue un desgarramiento entre la necesidad y la imposibilidad de la acción. Justamente ahora, en el momento de la salida de Prinkipo, tuvo un presagio de la gravedad del conflicto. Salió en actitud animosa, lleno de grandes esperanzas, y, ello no obstante, con una sobrecogedora aprensión en lo más profundo de su ser.

Con Natalia, Max Shachtman y tres secretarios, van Heijenoort, Klement y Sara Weber, salió de Prinkipo a bordo de un lento vapor italiano, el *Bulgaria,* el 17 de julio de 1933. La travesía hasta Marsella duró una semana completa. Una vez más todas las precauciones tomadas para mantener el traslado en secreto fallaron. Al igual que cuando viajó a Dinamarca, lo hizo bajo el apellido de su esposa y trató por todos los medios de pasar inadvertido; pero cuando el barco tocó en el puerto del Pireo, numerosos periodistas lo aguardaban ávidamente. El les dijo que su viaje era "estrictamente privado", que él y su esposa dedicarían los próximos meses a un tratamiento médico, y se negó a hacer ninguna declaración política: "Nuestro viaje no tiene derecho a atraer la atención pública, especialmente ahora cuando el mundo está ocupado por cuestiones infinitamente más importantes." Pero la prensa una vez más observó con suspicacia y especuló sobre su propósito. Circuló un rumor de que él se dirigía a Francia por iniciativa de Stalin para reunirse con Litvinov, el Comisario de Relaciones Exteriores soviético, y discutir con él las condiciones de su regreso a Rusia. Tan generalizado y persistente fue el rumor que el *Vossische Zeitung,* un periódico alemán serio, le preguntó a Trotsky si era cierto, y la Agencia Telegráfica soviética lo negó oficialmente.[4]

Trotsky pasó la mayor del tiempo que duró la travesía en su camarote, precisando sus ideas sobre la Cuarta Internacional. Escribió un artículo, "No es posible permanecer en una 'Internacional' con Stalin... & Cía.". (También reseñó, breve y cálidamente, una novela que acababa de publi-

[3] Trotsky a Eastman, 6 de noviembre de 1933, y a Gollancz, 28 de septiembre de 1933. *The Archives,* Sección cerrada. En su carta a Gollancz, Trotsky escribió que le gustaría que Arthur Ransome cuidara la edición inglesa de esta obra.

[4] Trotsky sospechaba que el *Vossische Zeitung* (ya nazificado) había hecho la indagación por instrucciones de Hitler, y que Stalin se había apresurado a asegurarle a Hitler que no estaba pensando en ninguna reconciliación con el hombre que había sugerido que el gobierno soviético replicara a la toma del poder por Hitler con la movilización del Ejército Rojo. Véase la nota "Stalin le da seguridades a Hitler" del 19 de julio de 1933 en *The Archives.*

car uno de sus jóvenes seguidores italiaos: *Fontamara,* de Ignazio Silone.)[5] Al cabo de unos cuantos días de intenso trabajo, enfermó cuando el barco se acercaba a Francia: un fuerte ataque de lumbago lo obligó a permanecer en cama.[6] "Hacía mucho calor", recuerda Natalia, "el dolor lo atormentaba... no podía sostenerse en pie. Llamamos al médico de a bordo. El vapor se aproximaba a su puerto de arribada y nosotros temíamos desembarcar." El dolor de Trotsky, que incluso le dificultaba la respiración, se alivió un tanto cuando, a buena distancia todavía de Marsella, el barco se detuvo súbitamente y la policía francesa le ordenó a él y a Natalia que abordaran un pequeño remolcador mientras sus secretarios continuaban viaje hasta Marsella. Trotsky se inquietó ante la perspectiva de verse separado de sus secretarios, y estaba a punto de protestar cuando descubrió a Liova y Raymond Molinier que lo esperaban a bordo del remolcador. Descendió lentamente, jadeando de dolor. Era Liova quien había dispuesto su traslado del barco a fin de sustraerlo a la atención pública y de eludir al enjambre de periodistas que esperaban en el puerto y entre los cuales seguramente se habrían infiltrado agentes de la GPU. Trotsky desembarcó discretamente en Cassis, cerca de Marsella, donde un funcionario de la *Sûrete Générale* le entregó un papel oficial que revocaba la orden bajo la cual, en 1916, había sido expulsado de Francia "para siempre". "Hace mucho tiempo", apuntó Trotsky, "que no acuso recibo de un documento oficial con tanto placer."[7]

El placer quedó anulado en parte por la campaña desatada por la prensa de derecha contra su admisión en el país.[8] Irónicamente, el día de su llegada, 24 de julio, *L'Humanité* también protestó contra la revocación de la orden de expulsión de 1916, una orden dictada por instigación del conde Isvolsky, el último embajador del zar, como represalia contra la actividad antibélica de Trotsky. *L'Humanité* publicó además una resolución del Politburó francés que instaba a todo el Partido Comunista a vigilar los movimientos de Trotsky. Los temores y las precauciones de Liova resultaron bien justificados. Desde Cassis, acompañado por unos cuantos jóvenes trotskistas franceses, se dirigieron en automóvil a Burdeos y después, viajando hacia el norte, hasta St. Palais, cerca de Royan en la costa atlántica, donde Molinier había rentado una villa. Mientras tanto, los secretarios desembarcaron en Marsella, hicieron sacar del barco la biblioteca, los archivos y el equipaje de Trotsky y partieron con ellos hacia París. Los agentes de la GPU coligieron que Trotsky también se había

[5] *The Archives, B. O.,* núms. 36-37, 1933.

[6] Según el *Blak's Medical Dictionary* (p. 731), "un ataque de lumbago puede no deberse a ninguna enfermedad de los músculos de la espalda, sino a desórdenes emocionales que literalmente le impiden al individuo enfrentarse a las tensiones y los conflictos de la vida".

[7] *The Archives.*

[8] Véanse, por ejemplo, *Le Matin* y *Le Journal* del 24, 25 y 26 de julio de 1933.

dirigido a París; y en esa conjetura hubo de basar Vishinsky cuatro años después, durante los procesos de Moscú, una parte esencial de sus afirmaciones sobre las actividades terroristas de Trotsky en Francia.

Trotsky y sus acompañantes viajaron lentamente hacia Royan y, debido a los persistentes dolores de Trotsky, se detuvieron en una posada aldeana en el departamento de la Gironda. Durante la noche, Liova y un joven francés montaron guardia junto a la puerta de Trotsky. No fue sino en la tarde del día siguiente cuando llegaron a St. Palais. Al arribar, Trotsky se recluyó en cama con fiebre alta. Pero al cabo de una hora tuvo que vestirse y abandonar la casa apresuradamente: un incendio había comenzado, las habitaciones estaban llenas de humo, y la galería, el jardín y las cercas eran pasto de las llamas. Este incidente inicial tuvo algo de simbólico: más de una vez, durante la estadía de Trotsky en Francia, el suelo habría de arder bajo sus pies y él tendría que echarse al camino a toda prisa. Pero el fuego en St. Palais fue completamente accidental: aquel verano fue sumamente caluroso y no pocos bosques y viviendas se incendiaron. El acidente pudo haber resultado embarazoso si hubiese revelado la identidad de Trotsky, puesto que él estaba obligado a mantener su condición de incógnito. Una multitud se congregó frente a la villa, y, para evitar ser reconocido, él cruzó rápidamente el camino, se ocultó en el automóvil de Molinier, estacionado a un lado del camino, y allí esperó a que su mujer, su hijo y sus amigos, auxiliados por un cambio del viento, extinguieran el fuego. Varias personas se le acercaron, pero él fingió ser un turista norteamericano que ignoraba casi totalmente el francés, y observó con alivio que su acento no lo había delatado. Al día siguiente el periódico local, al informar sobre el suceso, mencionó a un "matrimonio norteamericano de edad avanzada" que acababa de rentar la villa antes del incendio.

Trotsky permaneció en St. Palais desde el 25 de julio hasta el 1o. de octubre, pasando todo el tiempo dentro de la casa, principalmente en cama. Su salud, según Natalia, se deterioraba cada vez que sucedía algo; sufría de insomnio, dolores de cabeza y fiebres. "No podía incorporarse para mirar el jardín o para salir a la playa, y posponía esta 'empresa' día tras día." Cuando mejoraba un poco, recibía visitas; pero se fatigaba rápidamente y pasaba largas horas en un diván en el interior de la casa o en una silla de descanso en el jardín. Los visitantes habrían de recordar que no podía sostener una conversación durante más de quince o veinte mintuos, que sudaba profundamente y casi se desmayaba, por lo que algunos de ellos se quedaron en St. Palais durante varios días a fin de tener varias pláticas breves con él.[9]

Sin embargo, durante los dos meses que pasó en St. Palais recibió no

[9] Véase la declaración de Natalia Sedova ante la Comisión Dewey (del 1o. de marzo de 1937) y las deposiciones de Klement y "Erde" (del 31 de marzo de 1937) en *The Archives,* Sección cerrada.

menos de cincuenta visitantes. Entre ellos figuraron, además de los trotskistas franceses y de otros países, Jenny Lee (la esposa de Aneurin Bevan) y A. C. Smith, del Partido Laborista Independiente británico; Jacob Walcher y Paul Frölich, exdirigente del Partido Comunista alemán y en aquel entonces del Sozialistische Arbeitpartei; Maring-Sneevliet, representante en otro tiempo de la Comintern en Indonesia y China y entonces miembro del Parlamento holandés y jefe de un Partido Socialista Independiente; Paul-Henri Spaak, futuro Secretario General de la Organización del Tratado del Atlántico del Norte, entonces dirigente de la Juventud Socialista de Bélgica y medio discípulo de Trotsky, sobrecogido por el maestro y diligente, pero al mismo tiempo aprensivamente sumiso; Ruth Fischer; Carlo Rosselli, el eminente antifascista italiano; André Malraux y otros.

La mayor parte de los visitantes acudieron para tratar asuntos relacionados con una conferencia, que se había convocado a fines de agosto en París, de partidos y grupos interesados en la idea de una nueva Internacional. Trotsky, imposibilitado de asistir a la conferencia, trabajaba activamente en su preparación, escribía "tesis" y resoluciones que se discutirían en ella y se interesaba en los detalles de organización. Abrigaba la esperanza de atraerse a muchos que se mantenían fuera de las Internacionales establecidas. Pero de los catorce pequeños partidos y grupos representados en la conferencia, sólo tres, el Sozialistische Arbeitpartei alemán y dos grupos holandeses, se unieron a los trotskistas para laborar en favor de la Cuarta Internacional. Todos los demás se sintieron atemorizados por la vehemencia de la oposición de Trotsky tanto al reformismo como al stalinismo; incluso los tres que se adhirieron lo hicieron con reservas, y no formaron una Internacional sino únicamente una organización preliminar. Exteriormente, Trotsky vio con agrado ese comienzo, y le atribuyó la misma significación que la Conferencia de Zimmerwald había tenido en su tiempo.[10]

Con todo, no pudo dejar de intuir cuán endeble era en realidad el comienzo; y ello contribuyó sin duda a su desaliento. Una expresión íntima de su estado de ánimo en aquellas semanas la encontramos en su correspondencia con Natalia, que había viajado a París a principios de septiembre para hacer consultas médicas. Las cartas que entonces se escribieron lo muestran desesperanzado y moralmente dependiente de ella en una forma en que difícilmente lo habría estado en cualquiera de los periodos anteriores, más activos, de su vida. La estadía de Natalia en París le hizo recordar los años lejanos en que habían vivido juntos allí; y tuvo una punzante sensación de que sus fuerzas declinaban y su vejez se aproximaba. Uno o dos días después de la partida de Natalia, le escribió: "¡Con cuánto dolor ansío ver tu viejo retrato, nuestro retrato común, donde aparecemos

[10] *B. O.*, núms. 36-37, 1933. Trotsky firmó algunas de las resoluciones y "tesis" que escribió para la conferencia con el seudónimo de "G. Gurov".

cuando éramos tan jóvenes!... Tú estás en París... el día que te fuiste... yo no me sentía bien... Fui a tu cuarto y toqué tus cosas..." Una y otra vez se esforzó por recapturar la imagen de la juventud de ambos y se quejó de insomnio, laxitud y pérdida de la memoria, "causados por los sufrimientos de los años recientes". Pero reconfortó a su esposa diciéndole que sentía intactas sus energías intelectuales y que estaba bien atendido por un buen médico, un camarada que había venido desde París y se había quedado con él. "Querida, querida mía", le escribió el 11 de septiembre, "Prinkipo era más sosegado. El pasado reciente parece ya mejor de lo que era. Y sin embargo poníamos tantas esperanzas en nuestra venida a Francia. ¿Es esto ya la vejez, definitivamente? ¿O es sólo un decaimiento pasajero, aunque muy marcado, del que todavía habré de recuperarme? Ya veremos. Ayer vinieron a verme dos obreros de edad avanzada y un maestro de escuela. Naville también estuvo aquí... Me sentí fatigado; la conversación tuvo poco interés. Pero observé con curiosidad a los dos viejos obreros provincianos."[11]

Una semana más tarde se sintió un tanto reanimado y le describió a Natalia cómo había recibido, todavía en cama, a un grupo de seguidores y discutido vigorosamente con ellos; y cómo Liova, al verlos despedirse, había regresado y, abrazándolo por encima de la frazada y besándolo, le había susurrado al oído: "Te quiero, padre." El afecto y la admiración filiales le resultaron conmovedores al cabo de varios años de separación. Pero pocos días después volvió a escribir que se sentía muy viejo entre los jóvenes que lo visitaban, y que por las noches se despertaba y, "como un niño abandonado", llamaba a Natalia: "¿no dijo Goethe que la vejez nos toma por sorpresa y nos encuentra niños?" "¡Qué triste estás!", le contestó Natalia. "Nunca has estado así... Te veo pálido, fatigado, lúgubre, y eso es terriblemente deprimente. Es un estado de ánimo que no tiene nada que ver contigo... Te estás haciendo exigencias sobrehumanas y hablas de la vejez cuando uno debería asombrarse de todo lo que eres capaz de emprender todavía." El se amilanaba interiormente frente a la imposibilidad de su tarea; y las visitas, las conversaciones, que en su mayor parte giraban alrededor de un mismo círculo, difícilmente podían reanimarlo.[12]

A comienzos de octubre su salud había mejorado, y con objeto de entregarse a un descanso completo se fue con Natalia a Bagnères de Bigorre en los Pirineos, donde pasaron tres semanas, hicieron excursiones y visitaron Lourdes, que lo divirtió y lo irritó como un monumento a la credulidad humana. Volvió a ser él mismo y ansió reintegrarse a sus labores. Desde Bagnères le escribió a *Gollancz,* que lo había venido instando a que continuara trabajando en el *Lenin,* para informarle que ahora con-

[11] *The Archives,* Sección cerrada.
[12] *Ibid.*

centraría sus esfuerzos en este libro y dejaría de lado su proyectada *Historia del Ejército Rojo*.[13]

Así pasaron tres meses desde el día de su llegada a Francia. Las protestas contra su admisión en el país habían aminorado; él había logrado mantener su incógnita; la prensa ignoraba su paradero e incluso pocos de los amigos y simpatizantes que lo visitaban en St. Palais conocían su dirección exacta, gracias a la cautela con que Liova había organizado sus visitas. Los stalinistas no consiguieron localizarlo ni llevar a cabo las manifestaciones que habían planeado contra su presencia. Un simpatizante trotskista, que aún era miembro del Partido, se trasladó a Royan para enterarse de lo que ocurría en las células allí y, en caso necesario, alertar a St. Palais; pero los stalinistas locales no tenían el menor indicio de que Trotsky vivía cerca de ellos. El gobierno, alentado por su discreción, anuló algunas de las restricciones a su libertad de movimientos y le permitió residir en cualquier lugar a excepción de París y el departamento del Sena. Así, pues, el 1o. de noviembre Trotsky se mudó a Barbizon, el pueblecito cerca de París que le ha dado su nombre a una famosa escuela de pintura. Vivió allí en una casa en las afueras del pueblo, en un pequeño parque a orillas del bosque de Fontainebleau, a buen resguardo de cualquier curioso y custodiado por centinelas y mastines. Se mantuvo en estrecho contacto con sus partidarios en París: la correspondencia era llevada y traída regularmente por varios mensajeros; y en el invierno, escoltado por un guardaespaldas, hizo dos o tres viajes a la capital. En Barbizon esperó poder trabajar con sosiego en el *Lenin* cuando menos durante un año.

Su reciente laxitud pareció ceder sin dejar vestigios. Reanudó su rutina acostumbrada: a las seis de la mañana, cuando todos en la casa aún dormían, él comenzaba a trabajar, e, interrumpiéndose sólo para tomar el desayuno, continuaba hasta el mediodía. Después de comer y de descansar una hora, volvía al trabajo; a las cuatro de la tarde él, Natalia y los secretarios tomaban el té de pie, y a continuación todos volvían a trabajar hasta la hora de cenar. En las primeras horas de la noche los miembros del grupo doméstico y los visitantes formaban un círculo de debates, presidido por él, naturalmente. Trotsky reanudó sus sólidas investigaciones y su actividad literaria: reunió materiales para el *Lenin,* analizó los antecedentes de la familia Ulianov y la infancia y adolescencia de Lenin, estudió la Rusia de las décadas del setenta y el ochenta del siglo pasado y las fases formativas del desarrollo intelectual de Lenin: los tópicos que ocupan la primera y única parte terminada de la biografía. Al prepararse para examinar los escritos filosóficos de Lenin, como tenía conciencia de las lagunas en sus propios conocimientos, volvío a los clásicos de la lógica y la dialéctica, Aristóteles y Descartes, pero especialmente a Hegel. No

[13] Carta a Gollancz del 25 de octubre de 1933. En respuesta a estas seguridades, Gollancz le ofreció a Trotsky un anticipo de 1 500 libras esterlinas por la *Vida de Lenin. Ibid.*

dejó que otros proyectos lo tentaran y distrajeran. Por entonces Harold Laski lo instó a escribir un libro que se titularía *¿Adónde va Norteamérica?*, siguiendo el modelo de *¿Adónde va Inglaterra?* "No conozco a nadie", escribió el mentor del Partido Laborista británico, afamado él mismo como una autoridad en historia constitucional y política de los Estados Unidos, "cuyo libro sobre este tema tuviera mayor interés para el público anglo-norteamericano".[14] Pero Trotsky no se dejó apartar del *Lenin*.

Ahora más que nunca siguió con amor la política y las letras francesas. Para descansar de su trabajo principal escribió o reescribió semblanzas de Briand, Millerand, Poincaré y Herriot; y reseñó varias novelas francesas. De estos escritos menores, su ensayo sobre el *Voyage au bout de la nuit* de Céline y las *Memorias* de Poincaré merecen ser resumidos brevemente.[15] La ocasión fue el *debut* literario de Céline con el *Voyage*. "Céline ha entrado en la gran literatura como otros entran en sus casas", dijo Trotsky elogiando la indiferencia del escritor frente a la respetabilidad, su amplia experiencia, su buen oído y su lenguaje audaz. "Ha estremecido el vocabulario de la literatura francesa", devolviéndole palabras que el purismo académico había desterrado hacía tiempo. Enraizado en una rica tradición derivada de Rabelais, Céline había escrito el *Voyage* "como si hubiese sido el primero en usar palabras francesas". Al mismo tiempo desafiaba los convencionalismos de la burguesía francesa, cuya encarnación perfecta era Poincaré. La yuxtaposición de Céline y Poincaré le fue sugerida a Trotsky por la escena inicial del *Voyage*, que presenta a Poincaré inaugurando una exhibición canina. El "incorruptible notario de la burguesía francesa" y santo patrón de la Tercera República "no tenía un solo rasgo individual propio": todo en él era convencional e imitativo; su personalidad, tal cual aparecía en sus discursos y memorias, era como un "esqueleto de alambre de púas envuelto en flores de papel y laminitas de latón dorado". "Soy un burgués y nada que sea burgués me es ajeno", podría haber dicho Poincaré. Su rapacidad, manifestada en el cobro de reparaciones a la Alemania derrotada, y su hipocresía, "tan absoluta que venía a ser una especie de sinceridad", aparecían disfrazadas como racionalismo francés tradicional. Sin embargo, la lógica y la *clarté* de la Francia burguesa guardaban con esa elevada tradición filosófica la misma relación que "el escolasticismo medieval con Aristóteles": "veía el mundo, no en las tres dimensiones de la realidad, sino en las dos dimensiones de los documentos". El famoso sentido francés de la proporción era en Poincaré un "sentido de las pequeñas proporciones". La burguesía francesa había "heredado de sus antecesores un guardarropa rico en disfraces históricos", que usaba para encubrir su obstinado conservadorismo; y, junto al racionalismo, la "religión del patriotismo" era para ella lo que la religión para

[14] Laski a Trotsky, 15 de noviembre de 1933. *Ibid.*

[15] El ensayo está fechado el 10 de mayo de 1933, pero Trotsky aún seguía trabajando en él después de su traslado a Francia.

las clases medias anglosajonas. "El burgués librepensador francés", cuyo portavoz era Poincaré, "proyectaba en su propia nación todos los atributos que otros le adjudican al Padre, el Hijo y el Espíritu Santo"; Francia es para él la Santísima Virgen. "La liturgia del patriotismo es una parte inevitable del ritual político."

El mérito de Céline consistía en poner en evidencia y rechazar esas beaterías. Describía un modo de vida en que el asesinato por una pequeña ganancia no era una rara excepción ni un exceso, como pretendía la moral convencional, sino casi una ocurrencia natural. Con todo, por ser un innovador en el estilo más bien que en las ideas, Céline era él mismo un burgués, fatigado y "tan contrariado por su propia imagen en el espejo, que golpea a éste hasta que sus manos sangran". Con su solo odio intenso a la mentira y su falta de creencia en cualquier verdad, Céline no sería capaz de escribir otro libro como el *Voyage*, concluía Trotsky: si ningún cambio radical ocurría en él, se hundiría en la oscuridad. (Andando el tiempo Céline efectivamente se vería cautivado y arrastrado por la marejada del nazismo.)

Los comentarios de Trotsky sobre Malraux son también dignos de mención, pues él fue uno de los primeros reseñistas, si no el primero, de *La Condition Humaine* que saludó esa novela como la revelación de un talento grande y original. Instó a un editor norteamericano a que publicara una edición norteamericana del libro y lo recomendó en los siguientes términos: "Sólo un gran propósito sobrehumano, por el que el hombre esté dispuesto a pagar con su vida, le da sentido a la existencia personal. Tal es la significación final de la novela, que está exenta de didacticismo filosófico y es de principio a fin una verdadera obra de arte."[16] En una reseña anterior, sin embargo, aludió al elemento de "maquiavelismo vulgar" que había en Malraux, quien se sentía fascinado no tanto por la revolución y sus combatientes genuinos como por los aventureros seudorrevolucionarios y los "superhombres burocráticos" que se proponían dominar y señorear a la clase obrera. La fascinación con este tipo de "superhombre", como sabemos ahora, habría de facilitar en buena medida a Malraux su vinculación primero con el stalinismo y después con el gaullismo. En aquel entonces, sin embargo, todavía intentaba reconciliar sus inclinaciones stalinistas con la simpatía y la admiración que le inspiraba Trotsky.[17]

[16] Trotsky a Simon & Schuster, Nueva York, 9 de noviembre de 1933. *The Archives,* Sección cerrada.

[17] Trotsky escribió por primera vez sobre Malraux en 1931. *B. O.*, núms. 21-22. Algún tiempo después de la llegada de Trotsky a Francia, Malraux fue miembro de un *Comité pour contribuer á la securité de Léon Trotsky.* El Comité hizo una colecta de fondos que habrían de servir para sufragar los gastos que acarrearía el dotar a Trotsky de guardaespaldas; y en un llamamiento firmado entre otros por Malraux, se dirigía *"à tous ceux qui refusent de livrer un proscrit dont toute la vie a été au service de l'avenement d'une societé meilleure aux balles de la reaction"*. En-

En Barbizon, Trotsky pudo examinar de cerca sus seguidores de Europa occidental, especialmente a los franceses; y trató de rebasar los estrechos límites de su facción al reclutar miembros para la Cuarta Internacional. Puso grandes esperanzas en el ingreso de Ruth Fischer y Máslov, que vivían como emigrados en Francia; recibió a menudo a la Fischer en Barbizon y, para disgusto de los trotskistas alemanes, la introdujo como miembro en el Secretariado Internacional. Escribió un prólogo entusiasta para un folleto de María Reese, exparlamentaria comunista en el Reichstag, quien denunció la confusión y el pánico en que había caído el Partido alemán en 1933 y anunció su adhesión al trotskismo. Poco después, sin embargo, la Reese abandonó a los trotskitas, regresó a Alemania y se declaró partidaria del nacional-socialismo.[18] El reclutamiento de nuevos partidarios fue difícil. Los pocos grupos que habían convenido en trabajar juntos en favor de la nueva Internacional estaban malquistados entre sí. Algunos viejos trotskistas como Nin y sus compañeros se separaron para formar un partido independiente, el POUM de Cataluña. En Francia todos los grupos trotskistas sumaban un centenar de miembros a lo sumo, y *Vérite* tenía una circulación de menos de 3 000 ejemplares. Rosmer se mantenía al margen: "Durante los dos años que Trotsky permaneció en Francia", dice, "nunca nos vimos. Probablemente él esperaba que yo me acercara primero, y yo esperé lo mismo de él."[19] Para entonces Trotsky había empezado a descubrir que a Rosmer no le habían faltado razones para negarse a colaborar con Raymond Molinier; él mismo se sintió sorprendido por la "irresponsabilidad política" de Molinier, aun cuando la familia de éste le prestó gran ayuda durante sus peregrinaciones francesas. También lo irritaron la "arrogancia" y la "falta de espíritu e iniciativa revolucionario" de Naville.[20] Pasó muchas horas en discusiones con Simone Weil, "trotskista" por aquel entonces, pero la encontró "atolondrada" y "sin ninguna comprensión para la política obrera y el marxismo". En años posteriores ella ganaría fama como conversa filosófica al catolicismo y como mística. La impresión que le causó la mayoría de sus partidarios intelectuales franceses está bien expresada en su carta a Victor Serge,

tre quienes prestaron su apoyo al llamamiento figuró Romain Rolland, quien más tarde, sin embargo, justificó también las purgas de Stalin.) Citado de *Les Humbles,* mayo-junio de 1934.

[18] *B. O.*, núms. 38-39, 1934.

[19] Esto concuerda con lo que Trotsky escribió más tarde (el 29 de abril de 1936) a Victor Serge: "Rosmer, al disentir de mí sobre una cuestión secundaria, se excitó más de la cuenta... A causa de esto no nos reunimos durante [mi] estadía en Francia; pero nuestro respeto y simpatía por ellos dos, Alfred y Marguerite, son tan grandes como siempre. Rosmer es un hombre con el que siempre se puede contar en una situación difícil." *The Archives,* Sección cerrada.

[20] Trotsky a Liova, 27 de diciembre de 1935, *The Archives,* Sección cerrada. Caracterizó a otro de sus seguidores franceses, David Rousset, como "una mezcla de oportunismo y anarquismo". *Ibid.*

escrita dos años más tarde, en la que los describe como "filisteos": "He estado incluso en sus casas y he sentido el olor de su vida pequeñoburguesa: mi olfato no me ha engañado." Sólo podía contar con unos cuantos jóvenes y fervorosos obreros y estudiantes; y aun éstos carecían de conocimientos y experiencia política y vegetaban al margen del movimiento obrero. "Debemos buscar caminos para los trabajadores", concluyó, "y en el proceso de la búsqueda debemos eludir a los exrevolucionarios e incluso echarlos descortésmente a un lado..."[21]

Estos fueron los días del "*affaire* Stavisky", el escándalo que reveló la alarmante corrupción de la Tercera República, de sus ministros, diputados, jefes de policía y su prensa. El principal sostén parlamentario de la República, el Partido Radical, quedó gravemente comprometido; y el gobierno apenas podía respirar entre los malos vapores del *affaire*. Ligas fascistas y cuasi-fascistas, especialmente la *Croix de Feu*, o los Cagoulards, encabezados por el coronel De la Rocque, explotaban la indignación popular y amenazaban con derrocar al régimen parlamentario. El 6 de febrero de 1934 efectuaron una semi-insurrección y, al grito de *"Daladier au poteau!"*, asaltaron la Cámara de Diputados. El golpe fracasó, sin embargo, y al cabo de una semana provocó una huelga general de los obreros de París, en la que socialistas y comunistas formaron espontáneamente un frente unido, por primera vez en varios años. Esto sucedió precisamente cuando la Comintern abandonaba sus tácticas "ultraizquierdistas"; y el frente unido del 12 de febrero sentó un precedente. En julio los socialistas y los comunistas llegaron a un acuerdo formal para "defender conjuntamente a la República contra todo ataque fascista". El Partido Radical no se les unió todavía: el Frente Popular, que habría de incluirlo, no habría de constituirse sino hasta el año siguiente. Pero un nuevo capítulo quedó abierto: el gobierno Daladier había sido salvado por el frente unido y se hizo cada vez más dependiente de su apoyo; el equilibrio político de Francia se desplazó; se produjo un nuevo brote de energía entre los obreros y un reavivamiento de la lucha de clases.

En estas circunstancias, sostuvo Trotsky, era tanto más urgente que sus seguidores se encontraran dentro del movimiento de masas. Puesto que no podían volver al Partido Comunista, que los calumniaba y los perseguía despiadadamente, les aconsejó que ingresaran a la SFIO, el Partido Socialista, que dirigido por Léon Blum, arrastraba todavía a la mayoría de los trabajadores. (La SFIO no era aún el partido de clase media y pequeña burguesía en que habría de convertirse después de la segunda Guerra Mundial.) Trotsky les aconsejó a sus seguidores que ingresaran en ese partido, no para aceptar su ideas, sino, al contrario, para desafiar al reformismo dentro de su propio bastión y para "llevar su programa revolucionario a las masas". La SFIO no era un organismo centralizado, sino

[21] Trotsky a Serge, 30 de julio de 1936. *Ibid.*

una federación de diversos grupos y facciones que competían abiertamente por la influencia: en tal organización los trotskistas deberían estar en posibilidad de ganar gente para la Cuarta Internacional. Este fue el "viraje francés" que todos los grupos trotskistas debatieron en 1934 y 1935. A la larga, Trotsky aconsejó a casi todos ellos que siguieran una línea similar en sus respectivos países, es decir, que ingresaran, como grupos definidos, en los partidos socialdemócratas.[22]

De esta manera, Trotsky reconocía implícitamente que su plan de una nueva Internacional era irreal; el "viraje francés" fue un intento desesperado de salvarlo. Pero el intento estaba condenado al fracaso. El trotskismo no podía atraer, excepto episódicamente, a los militantes de base de un partido socialdemócrata: era demasiado contrario a los hábitos de pensamiento y a la arraigada tradición reformista de éstos. Trotsky no podía derrotar la influencia de Blum en el propio terreno de éste, que era lo que indirectamente se proponía. Sus seguidores ingresaron en la SFIO como un grupo diminuto sin autoridad ni prestigio, proclamando de antemano su aversión a los jefes reconocidos y a los principios aceptados del partido. Consiguieron ganarse unos cuantos adeptos entre los jóvenes, pero pronto tropezaron con una muralla de hostilidad. Al mismo tiempo, el "viraje francés" alejó más aún a los trotskistas de la masa de los comunistas y le hizo el juego a la propaganda stalinista. El argumento de los trotskistas, de que habían ingresado a la SFIO con la finalidad de "combatir al reformismo", sonaba como un pretexto endeble en los oídos de la militancia de base comunista. Los comunistas veían a los socialdemócratas explotando políticamente durante algún tiempo la adhesión de los trotskistas, y oían a éstos tronar contra el stalinismo desde las tribunas socialdemócratas. Su vieja desconfianza del trotskismo se convirtió en un odio ciego a los "renegados y traidores". Cierto es que, andando el tiempo, verían a los trotskistas atacar a los jefes socialdemócratas y su política y ser expulsados de la SFIO. Pero esto sucedió durante la existencia del Frente Popular, y el Partido Comunista aplaudió e incluso instigó la expulsión. De todos modos, el "viraje francés" ayudó a transformar la antipatía que el comunista francés ordinario sentía por el trotskismo en una animosidad intensa; y aun cuando la diferencia sólo haya sido de matiz, no careció de importancia: fue a través de tales gradaciones imperceptibles como se logró que la actitud de los comunistas occidentales llegara al grado de furioso aborrecimiento del trotskismo con que hubo de recibir las Grandes Purgas.

No habían transcurrido seis meses desde la llegada de Trotsky a Barbizon

[22] "Entrismo" es el término con que los trotskistas describieron y discutieron esta táctica hasta treinta años más tarde, cuando siguieron entrando, saliendo y volviendo a entrar en otros partidos, dividiendo y dispersando sus propias filas al hacer tal cosa, y todavía "construyendo la Cuarta Internacional".

cuando la relativa paz en que éste había vivido allí quedó súbitamente destruida. El había conservado su incógnito y ocultado su paradero tan bien que ni siquiera sus amigos sabían dónde se encontraba y le escribían a una dirección falsa. Ni una sola de sus cartas fue despachada desde Barbizon; un secretario hacía las veces de mensajero y llevaba las cartas entre Barbizon y París. Un incidente trivial anuló todas esas prudentes disposiciones. Una noche, en abril, la policía detuvo al mensajero de Trotsky por una pequeña violación al reglamento de tránsito. Intrigada por las vagas respuestas y el acento extranjero del detenido —el mensajero era Klement, un emigrado político alemán—, la policía descubrió inesperadamente que Trotsky residía en Barbizon. Dado que el cuartel general de la *Sûreté* había tenido buen cuidado de no revelar el hecho a los gendarmes locales, éstos, entusiasmados con su hazaña, la anunciaron a los cuatro vientos. El *Procureur* local, acompañado por un pelotón de gendarmes y varios periodistas de París, se presentó a interrogar a Trotsky. La prensa de derecha renovó de inmediato su clamor, y *L'Humanité* le hizo una vez más la competencia. El gobierno se atemorizó. Las ligas fascistas lo habían atacado ya por concederle asilo a Trotsky: éste, vociferaron, era uno de los crímenes del régimen "podrido y degenerado" cuyo verdadero rostro había quedado al descubierto en ocasión del "*affaire* Stavisky". Desde Berlín, el Ministerio de Propaganda de Goebbels difundió la patraña de que Trotsky estaba preparando una insurrección comunista. La pequeña burguesía, aterrorizada por la crisis económica, airada contra la Tercera República y alimentada con sensacionales titulares sobre las misteriosas actividades de Trotsky, creyó fácilmente que el "ogro de Europa" se proponía devorarla. *L'Humanité* sostuvo que él conspiraba contra el interés nacional de Francia. Para apaciguar el clamor hostil, el Ministerio anunció que había decidido expulsar a Trotsky, y le entregó a éste una orden de expulsión. No hizo efectiva la orden, sin embargo, porque ningún país estaba dispuesto a aceptar a Trotsky.

El 16 o el 17 de abril la policía le ordenó que saliera de Barbizon. Su casa estaba sitiada por una multitud y se temía un ataque de los Cagoûlards o de los stalinistas. Trotsky se afeitó la barba, se disfrazó como mejor pudo para hacerse irreconocible y salió subrepticiamente de la casa. Se trasladó a París y permaneció unos cuantos días con su hijo en una buhardilla de estudiante pobre. Pero la residencia en París le estaba vedada y era demasiado peligrosa, de modo que se separó de Natalia y volvió a echarse al camino. Con Henri Molinier y van Heijenoort viajó en automóvil hacia el sur, sin destino definido. Aún habría de permanecer en Francia otros catorce meses, pero llevando una vida de vagabundo o refugiándose en una remota aldea de los Alpes, y durante todo ese tiempo ocultando su altiva y demasiado conspicua cabeza.

Seguido por un agente de la policía secreta, fue de lugar en lugar y de hotel en hotel hasta que llegó a Chamonix. Casi inmediatamente un pe-

riódico local publicó la noticia. "Aparentemente", observó él, "la policía sospechaba que yo tenía algunas intenciones respecto a Suiza o Italia, y me delató..." Tuvo que salir de Chamonix. La policía le prohibió permanecer en el área fronteriza y le ordenó buscar un refugio en alguna pequeña población o aldea situada a 300 kilómetros cuando menos de París. Natalia se reunió con él en Chamonix y, mientras Molinier o van Heijenoort buscaban una nueva morada, tuvieron que alojarse en una pensión. Mudarse a una pensión fue "una operación muy complicada", porque él no podía presentarse con su propio nombre y la policía no le permitía usar ningún nombre falso. Finalmente se presentó como Monsieur Sedov, un ciudadano francés de origen extranjero; y, para asegurar su completo aislamiento, él y Natalia fingieron que guardaban luto riguroso y tomaban todos los alimentos en su habitación. Van Heijenoort, haciéndose pasar por un sobrino, vigilaba los alrededores. Tragicómicamente, la pensión resultó ser el centro de los monárquicos y fascistas locales, con quienes el "leal republicano" agente de la *Sûrete,* que continuaba acompañando a Trotsky, se enfrascaba en agrias discusiones en la mesa. "Después de cada comida nuestro 'sobrino' nos narraba aquellas escenas molierescas, y media hora de risa regocijada aunque reprimida (hay que recordar que estábamos de luto) nos compensaba parcialmente cuando menos la incomodidad de nuestra existencia. Los domingos Natalia y yo íbamos 'a misa', en realidad a un paseo, y esto realzaba nuestro prestigio en la casa." De la pensión se mudaron a una cabaña en el campo. Pero cuando el prefecto local se enteró de la dirección, se retorció las manos: "¡Ha escogido usted el lugar más inadecuado! Es un foco de clericalismo. El alcalde es mi enemigo personal." Pero como había rentado la cabaña por varios meses y ya estaba en "bancarrota", Trotsky se rehusó a salir de ella hasta que otra indiscreción en un periódico local lo obligó a abandonarla apresuradamente.[23]

Al cabo de casi tres meses de tal vida errante, Trotsky llegó por fin, a principios de julio, a Domesne, cerca de Grenoble, donde él y Natalia se alojaron con un Monsieur Beau, el maestro de escuela del lugar. Allí permanecieron durante casi once meses, en completo aislamiento, sin secretario ni guardaespaldas. Sólo dos o tres visitantes venidos especialmente desde el extranjero, llegaron a Domesne. Una vez cada varias semanas un secretario viajaba desde París; y de cuando en cuando unos pocos maestros de escuela de la vecindad visitaban a Monsieur Beau, y entonces sus dos inquilinos se unían al grupo para discutir los problemas escolares del lugar. "Nuestra vida aquí difiere muy poco del encarcelamiento", escribió Trotsky. "Estamos encerrados en nuestra casa y en nuestro patio y no vemos a otras persona con más frecuencia de lo que lo haríamos en las horas de visita en una prisión... hemos adquirido un radio, pero tales

[23] *Diary in Exile,* p. 104.

cosas existen probablemente aun en algunas penitenciarías..." Incluso sus diarias caminatas les recordaban el ejercicio en el patio de una cárcel: bordeaban la aldea para no encontrarse con otras personas y no podían alejarse sin ir a parar a una aldea vecina. El correo de París llegaba sólo dos veces al mes. En la Francia democrática disfrutaban de mucha menos libertad de la que habían tenido en Prinkipo y aun en Alma Ata.[24]

Trotsky trabajaba menos que lo habitual y con menores resultados, y no adelantó casi nada el *Lenin*. En octubre escribió, bajo el título de *Où va la France?*, un folleto sobre la política francesa en vísperas del Frente Popular. El folleto contenía muchos pasajes brillantes, pero no daba respuesta, o más bien daba la respuesta errónea, a la pregunta formulada en su título. Trotsky veía el panorama francés a través del mismo prisma con que había visto el panorama alemán; sin embargo, el prisma a través del cual había visto tan claramente el advenimiento de Hitler, empañaba su visión de las perspectivas francesas. Una vez más diagnosticó, correctamente, una crisis de la democracia burguesa; pero una vez más creyó, erróneamente, que la clase media baja "enloquecería", produciría un dinámico movimiento fascista de masas y volcaría su violencia sobre la clase obrera. El golpe de la *Croix de Feu* en febrero parecía justificar en cierto modo esta manera de ver las cosas. Pero el coronel De la Rocque no habría de ser el Hitler francés, ni la pequeña burguesía francesa habría de engendrar un movimiento como el nacional-socialismo, ya fuera porque el Frente Popular lo impidiera o porque sus actitudes y tradiciones eran diferentes de las de la *Kleinbürgertum* alemana. Una de las particularidades de la historia política francesa en las décadas del treinta, el cuarenta y el cincuenta de este siglo fue que los intentos de crear movimientos fascistas de masas tuvieron lugar repetidamente y repetidamente fracasaron. Cuando la Tercera República se derrumbó en 1940, ello ocurrió bajo el impacto de la invasión alemana, y aun entonces no fue un fascismo autóctono, sino la esclerótica dictadura de Pétain la que se alzó sobre sus ruinas. Dieciocho años después la Cuarta República sucumbió también a un golpe militar. La reacción francesa contra la democracia burguesa adquirió, al igual que en el siglo XIX, una forma cuasi o seudobonapartista que tuvo como resultado el "régimen del sable", cuyos métodos y cuyo impacto fueron muy diferentes de los del fascismo totalitario.[25]

[24] *Ibid.*, pp. 37, 92 *et passim;* también Pierre Naville, *Trotsky Vivant.*

[25] Trotsky fue, en su tiempo, el único teórico político que produjo una definición precisa del fascismo. Sin embargo, en algunas ocasiones la aplicó en forma un tanto imprecisa. Vio la inminencia del fascismo en Francia, e insistió en calificar de fascista la dictadura seudobonapartista de Pilsudski en Polonia, aun cuando Pilsudski no gobernó de manera totalitaria y tuvo que tolerar la existencia de un sistema multipartidista. Por otra parte, Trotsky describió, en forma más bien poco convincente, los efímeros gobiernos de Schleicher y Papen, y también el débil gobierno de Doumergue en 1934, como bonapartistas. (Sólo en 1940 describió por fin el régimen de Pétain como seudobonapartista más bien que fascista.) Yo discutí

A partir de sus premisas, Trotsky expuso sus ideas sobre la estrategia y las tácticas del movimiento obrero francés. Criticó el frente unido, tal como lo practicaban Thorez y Blum, sobre la base de que su acción se limitaba a las maniobras parlamentarias y las alianzas electorales, y de que no movilizaba a los trabajadores para una lucha extraparlamentaria contra el fascismo, una lucha que podría haber abierto al mismo tiempo la perspectiva de una revolución socialista. Volcó su sarcasmo sobre la Comintern, que lo había denunciado por instar a los socialistas y los comunistas alemanes a unirse para cerrarle la vía al poder a Hitler y que ahora, sin pestañear siquiera, adoptaba el frente unido para pervertirlo convirtiéndolo en una táctica de evasión, "cretinismo parlamentario" y oportunismo. Irónicamente, era Thorez quien ahora exhortaba a Blum a que extendiera la alianza a los radicales a fin de "vincular a la pequeña burguesía a la lucha antifascista de la clase obrera". Esto —el Frente Popular—, argumentaba Trotsky, no asociaría a la clase media baja con los trabajadores, sino que abriría un cisma entre una y otros porque la primera estaba volviéndole la espalda a los radicales, su partido tradicional. Trotsky instó a los socialistas a que formaran milicias obreras y se prepararan para combatir a los fascistas con las armas, si fuere necesario; y repitió sus concepciones en otro folleto, *Encore une fois: Où va la France?* escrito en marzo de 1935.

El posterior fracaso del Frente Popular habría de justificar la mayor parte de las críticas de Trotsky. Por el momento, sin embargo, la acción conjunta socialista-comunista logró rechazar a las ligas fascistas, que nunca se recuperaron de su derrota; y el Frente Popular indudablemente movilizó a la clase obrera durante algún tiempo y le dio un tremendo impulso a su movimiento. No fue sino posteriormente cuando la política del Frente Popular hubo de quebrantar la energía de los trabajadores, distanciar a la pequeña burguesía y sumir así al país en la actitud de reacción y postración en que lo halló el estallido de la segunda Guerra Mundial. Pero en 1934-35, cuando el peligro del fascismo se había alejado, el llamado de Trotsky a la acción extraparlamentaria y a la formación de milicias obreras pareció inoportuno y no obtuvo acogida. Observando desde su retiro en los Alpes las primeras maniobras del Frente Popular, él anotó en su Diario que "este orden se ha minado irremediablemente a sí mismo y su colapso se verá acompañado de una pestilencia".[26] Sólo mediaban unos cuantos años entre los triunfos del Frente Popular y la gran pestilencia del colapso de 1940.

Hasta fines de 1932 Trotsky se mantuvo aún en contacto con sus segui-

con Trotsky sobre estos puntos en los años treintas, pero el asunto tiene tal vez demasiado poca significación histórica y es demasiado complicado para que lo retomemos aquí.

[26] *Diary in Exile*, p. 48.

dores en la Unión Soviética y recibía cartas y boletines de muchas colonias penales y cárceles. Escrita en ruso, francés y alemán, mayormente en burdo papel de estraza, a veces incluso en papel de cigarrillos, y dedicada a tratar cuestiones políticas y teóricas o a comunicar saludos personales, esta correspondencia era despachada con increíble ingenio: una vez, por ejemplo, llegó al escritorio de Trotsky una caja de cerillos en cuyo interior él halló todo un tratado político redactado en la escritura más diminuta. Esta correspondencia, conservada en sus Archivos, llevó a Prinkipo el aliento de los vientos de Siberia y las regiones subpolares, el olor de las mazmorras, los ecos de luchas feroces, los gritos de hombres condenados y desesperados, pero también algunos pensamientos lúcidos y esperanzas aún no destruidas. Mientras la correspondencia le siguió llegando, Trotsky continuó sintiendo las pulsaciones de la realidad soviética. Gradualmente, sin embargo, la correspondencia se redujo a un mínimo; y aun antes de que él saliera de Prinkipo cesó del todo.

En Francia no tuvo contacto alguno con la Oposición dentro de la Unión Soviética. El silencio de ésta, que las interminables retractaciones de los capituladores hicieron más profundo aún, lo tenían presente Trotsky cuando afirmó que el movimiento ruso había perdido la capacidad de iniciativa revolucionaria y que sólo una nueva Internacional podría recuperarla. En febrero de 1934, cuando todavía se hallaba en Barbizon, le llegó la notivia de la capitulación de Rakovsky. Es fácil imaginarse cómo lo afectó esto. Rakovsky había estado más cerca de él, como "amigo, luchador y pensador", que ningún otro correligionario; a despecho de su edad y de la persecución, había resistido a Stalin después que casi todos los demás jefes de la Oposición se rindieron y en las cárceles y lugares de deportación su autoridad moral había sido inferior sólo a la de Trotsky. En casi cada uno de los números del *Boletín* Trotsky había publicado algo de Rakovsky o sobre él: una carta, un artículo, un fragmento de un viejo discurso o una protesta contra la persecución de que era objeto. Después de cada derrota de la Oposición y de cada serie de capitulaciones, él había señalado a Rakovsky como el ejemplo admirable y como prueba de que la Oposición vivía. La defección de Rakovsky le causó, por consiguiente, una inmensa tristeza; marcó para él el fin de una época. "Rakovsky", escribió, "era virtualmente mi último contacto con la vieja generación revolucionaria. Después de su capitulación, no queda nadie..."[27] ¿Habría sido la fatiga, se preguntó, lo que venció finalmente al viejo luchador? ¿O le había guiado la convicción, como íl mismo afirmaba, de que cuando la Unión Soviética estaba amenazada por el Tercer Reich él también tenía que "acudir junto a Stalin"? En todo caso, el triunfo de Stalin no podía ser más completo. Y en los meses subsiguientes la reconciliación entre Stalin y sus numerosos adversarios arrepentidos pareció más genuina que

[27] *Ibid.*, pp. 41, 53; también *B. O.*, núm. 40, 1934.

nunca, aunque el Partido seguía expulsando incesantemente "elementos desleales" de sus filas.

Entonces, súbitamente, antes de finalizar el año, esa apariencia de reconciliación quedó hecha añicos. El 1o. de diciembre, Serguei Kírov, quien nueve años antes había reemplazado a Zinóviev como jefe de la organización de Leningrado y en el Politburó, fue asesinado. La primera versión oficial alegó que un grupo de conspiradores de las Guardias Blancas se hallaba detrás de Nikoláiev, el asesino, y que un cónsul letón había movido los hilos; no se implicaba para nada a ninguna oposición interna del Partido. Una segunda versión, sin embargo, describió al asesino como un seguidor de Zinóviev y Kámenev y no mencionó a las Guardias Blancas. Nikoláiev y otros catorce jóvenes, todos ellos miembos de la Komsomol, fueron ejecutados. Zinóviev y Kámenev fueron expulsados del Partido por tercera vez y encarcelados en espera de una corte marcial. La prensa y la radio vincularon a Trotsky con Zinóviev y Kámenev y lo atacaron como el verdadero instigador. El terror en masa fue desencadenado contra los "asesinos de Kírov", los trotskistas, zinovievistas y stalinistas descontentos; muchos millares de personas fueron deportadas a campos de concentración. Finalmente, varios altos oficiales de la GPU de Leningrado fueron acusados de "negligencia en el cumplimiento del deber" y sentenciados, con sorprendente benignidad, a dos o tres años de prisión.

Desde su cabaña en los Alpes, Trotsky, pegado a su aparato de radio para escuchar las transmisiones de Moscú, siguió el desarrollo de la trama y anotó sus comentarios.[28] En el clamor que se alzaba desde Moscú discernió inmediatamente un preludio de acontecimientos mucho más vastos y siniestros que el caso Kírov. Estaba convencido de que Zinóviev y Kámenev no habían estado implicados en el atentado a Kírov: como viejos marxistas que eran ambos, nada podría haberles sido más ajeno que una acción terrorista que abatía a un detentador individual del poder sin cambiar el sistema. Trotsky no abrigó dudas de que Stalin estaba utilizando el asesinato como un pretexto para un nuevo asalto a la Oposición. El 30 de diciembre, dos semanas antes de que se transmitieran las noticias sobre el proceso contra los jefes de la GPU de Leningrado, Trotsky aseveró, basándose en la evidencia interna de los anuncios oficiales, que la GPU había estado enterada de los preparativos del atentado y, por sus propias razones, los había tolerado. ¿Cuáles eran esas razones? Nikoláiev era uno de los *komsomoltsi* de la generación formada después de la supresión de las oposiciones y que, desilusionados, privados de toda posibilidad de expresarse legalmente, trataban de protestar por medio de la bomba y el revólver. Responsable de ello, afirmó Trotsky, no era la Oposición, sino el grupo gobernante. La GPU había conocido las intenciones de Nikoláiev y

[28] *B. O.*, núm. 41 (el número de enero de 1935) fue dedicado en su totalidad al comentario de Trotsky sobre el asesinato de Kírov.

habían usado a éste como un peón en su juego. ¿Qué fines perseguía la GPU? Nikoláiev, según se alegaba, había confesado que el cónsul letón lo había instado a entrar en contacto con Trotsky y a que le escribiera una carta a éste. El "cónsul", señaló Trotsky, había estado trabajando para la GPU, que había planeado "descubrir" la conjura de Nikoláiev sólo después de poder presentar "pruebas" de que éste mantenía correspondencia con Trotsky. Mientras no obtuvieron esas "pruebas", dejaron suelto a Nikoláiev, seguros de que podrían vigilarlo de cerca y dirigir todos sus movimientos. Pero calcularon mal: Nikoláiev descargó su revólver sobre Kírov antes de que la GPU lograra su propósito. De ahí las contradicciones entre las diversas versiones oficiales; de ahí el secreto en que se había efectuado el proceso contra Nikoláiev; y de ahí el proceso contra los oficiales de la GPU por "negligencia en el cumplimiento del deber" y la benignidad de sus sentencias.

Trotsky llegó a la conclusión de que la GPU, después de su fracaso al no obtener de Nikoláiev pruebas contra él, trataría de obtenerlas de . . . Zinóviev y Kámenev. Mientras tanto, éstos habían sido sentenciados a diez y cinco años de prisión respectivamente, pero se les había permitido declarar en público que no tenían ninguna relación con Nikoláiev y que sólo se les podía corresponsabilizar indirectamente por la acción de éste, en la medida en que sus críticas a Stalin en años pasados pudieran haber influido en el terrorista. El tribunal aceptó su alegato, y Trotsky llegó a la conclusión de que tras bastidores se estaba negociando un acuerdo entre Stalin y Zinóviev y Kámenev: Stalin debía de haberles prometido su rehabilitación si ellos aceptaban denunciar a Trotsky como el jefe de una conspiración terrorista. "Hasta donde puedo juzgar...", escribió Trotsky, "la estrategia que Stalin ha desplegado alrededor del cadáver de Kírov no le ha ganado ningunos laureles": las incongruencias del asunto habían dado lugar a comentarios y rumores que hacían recaer el oprobio sobre Stalin y sus colaboradores. "Precisamente por eso Stalin no puede ni detenerse ni retroceder. Tendrá que ocultar el fracaso de esta confabulación con nuevas confabulaciones que deberá concebir en una escala mucho mayor, en escala mundial, y con más... éxito."[29] Al analizar el caso Kírov, Trotsky predijo los grandes procesos que efectivamente habrían de ser concebidos "en escala mundial", y con Hitler, en lugar de un simple cónsul letón, presentado por Stalin como el aliado de Trotsky.

El caso Kírov afectó de inmediato la suerte de la familia de Trotsky. Sus dos yernos, Nevelson y Vólkov, deportados desde 1928, fueron arrastrados y, sin que mediara proceso judicial, sus sentencias de deportación o reclusión fueron prolongadas. Su primera esposa —que ya tenía más de sesenta años— fue expulsada de Leningrado, primero a Tobolsk y después

[29] Véase "Letter to American Friends" del 26 de enero de 1935 en *The Archives*; y *B. O.*, núm. 42, febrero de 1935.

a un remoto establecimiento en la provincia de Omsk. Sus tres nietos, que ella había tenido a su cuidado hasta entonces, quedaron ahora con una anciana tía y a merced del destino. "Recibo cartas de los pequeños", escribió Alexandra a Liova, "pero no tengo una idea clara de la vida que llevan. Mi hermana probablemente se halla en una situación difícil... aunque me tranquiliza constantemente. Mi salud es regular; aquí no hay médico, así que tengo que conservarme bien."[30] Esta vez el terror golpeó también a Serguei, el hijo menor de Trotsky que, según recordamos, era un científico que no se interesaba en la política y evitaba los contactos con su padre. Durante todos estos años desde 1929 sólo había escrito a su madre, limitándose a informarle sobre su salud y su progreso en el trabajo académico y a preguntar por el estado de la familia; en sus cartas y tarjetas postales no había hecho nunca la más leve alusión política. Pocos días después del asesinato de Kírov volvió a escribir a su madre sobre su actividad profesional, describiendo la variedad de materias que dictaba en el Instituto Tecnológico Superior de Moscú, el esfuerzo que esto le exigía y otros asuntos por el estilo. Sólo en las últimas líneas de su carta sugería que "algo desagradable se está gestando; hasta ahora esto se ha manifestado en forma de rumores, pero no sé cómo va a terminar todo". Una semana después, el 12 de diciembre, volvió a escribir sobre su trabajo académico y concluyó en tono alarmante: "Mi situación general es muy grave, más grave de lo que podría imaginarse."[31] ¿Sería posible, se preguntaron los padres angustiados, que la GPU detuviera a Serguei como rehén? Durante muchas semanas esperaron otra carta suya. No recibieron ninguna. Una antigua amiga de la familia, la viuda de L. S. Kliachko, residente en Viena, viajó a Moscú e inquirió por Serguei, resultado de lo cual fue su expulsión inmediata del país, sin explicación alguna.

Durante semanas y meses, a lo largo de muchas noches insomnes, los pensamientos de sus padres acompañaron a Serguei. La incertidumbre los atormentaba. ¿Tal vez sus dificultades eran de índole personal y privada, no política? ¿Tal vez la GPU sólo lo había expulsado de Moscú, sin encarcelarlo? ¿No debían ellos comprender que él no tenía inclinaciones políticas de ningún tipo? ¿Lo habrían encarcelado sin que Stalin lo supiera? Natalia preguntó, como si abrigara una débil e inexpresada esperanza, si no sería conveniente solicitar la intercesión de Stalin. No, contestó Trotsky, sólo por órdenes de Stalin podía haber sido encarcelado Serguei; sólo Stalin podía haber concebido semejante acto de venganza. ¿Tratarían de arrancar a Serguei una confesión con acusaciones contra su propio padre? ¿Pero de qué le servirían tales acusaciones a Stalin? ¿No sería obvia su falsedad? Y, sin embargo, ¿por qué otra razón podría haberlo detenido? ¿Lo torturarían? ¿Podría Serguei resistir los tormentos?[32]

[30] *Diary in Exile,* p. 79.
[31] *The Archives,* Sección cerrada.
[32] *Diary in Exile,* pp. 61-72.

Durante días y noches los padres de Serguei se vieron asediados por la imagen de su hijo enfrentado a sus inquisidores. Temían que él, en su inocencia política, no fuera capaz de resistir los golpes. Lo veían desconcertado y abrumado; y se reprochaban no haber insistido en que los acompañara al exilio. Pero, ¿podían ellos tratar de arrancarlo de sus preocupaciones académicas cuando ni ellos mismos sabían lo que les aguardaba? Otra cosa era Liova, cuya mente y cuyas pasiones estaban completamente empeñadas en la lucha política. Recordaron a Zina, a quien no habían podido salvar después de habérseles unido en el extranjero. Evocaron la alegre infancia de Serguei, su reacción contra su padre y su hermano mayor, su falta de afición a la política, su adolescencia inquieta y sin embargo jovial, y finalmente su seria y devota dedicación a la ciencia. No, ellos no habrían podido pedirle que se comprometiera en las actividades de su padre. Pero, ¿estaría pensando él ahora que ellos lo habían abandonado y olvidado? Escrutaron los periódicos rusos para tratar de encontrar alguna mención de su nombre. En el creciente alud de invectivas contra "la escoria de los zinovievistas, trotskistas, antiguos príncipes, condes y gendarmes", hallaron nombres de parientes y amigos, pero un silencio absoluto en relación con Serguei. Stalin, observó Trotsky, "es lo suficientemente astuto para comprender que ni siquiera hoy yo cambiaría mi lugar por el suyo... Pero si la venganza en un nivel [moral y político] más alto no ha tenido éxito —y evidentemente no lo tendrá—, todavía [a Stalin] le es posible complacerse golpeando a personas cercanas a mí".[33]

La idea de que Stalin se había ensañado con el hijo porque no podía alcanzar al padre, engendró en Trotsky un sentimiento de culpa. En su Diario, entre las anotaciones relativas a Serguei, narra, aparentemente fuera de contexto, la historia de la ejecución del zar y su familia. Al angustiarse pensando que Serguei hubiese sido víctima de su conflicto con Stalin, Trotsky evidentemente pensó también en aquellos otros hijos inocentes, los del zar, sobre cuyas cabezas cayeron los pecados de su padre. Dejó constancia en su Diario de que él no tuvo que ver con la decisión de ejecutar al zar —que fue tomada principalmente por Lenin— y de que se sintió consternado cuando se enteró de la suerte corrida por la familia del zar. Trotsky, sin embargo, no evoca el hecho para condenar a Lenin ni para disculparse él mismo. Diecisiete años después del acontecimiento defendió la decisión de Lenin como una medida necesaria en defensa de la revolución. En plena guerra civil, dice, los bolcheviques no podían dejar a las Guardias Blancas "una bandera viva en torno a la cual agruparse"; y después de la muerte del zar cualquiera de sus hijos habría podido servir a aquéllos como tal bandera. Los hijos del zar "cayeron víctimas del principio que constituye el eje de la monarquía: la sucesión dinástica". La conclusión inexpresada de esta disgresión es muy clara: aun si se con-

[33] *Ibid.*, pp. 66-67.

cediera a Stalin el derecho de exterminar a sus adversarios —y Trotsky, por supuesto, estaba lejos de concedérselo—, Stalin no tenía aún la mínima justificación para perseguir a los hijos de sus adversarios. Serguei no estaba ligado a su padre por ningún principio de sucesión dinástica. Inmediatamente después de esta digresión, Trotsky apunta: "No hay noticias sobre Seriozha, y probablemente no habrá ninguna durante mucho tiempo. La larga espera ha embotado la ansiedad de los primeros días."[34]

Sin embargo, la ansiedad empezó a afectar a Trotsky. Cedió a la depresión. Reflexionó melancólicamente una vez más sobre la proximidad de la vejez y la muerte. Todavía no cumplía los cincuenta y cinco años, pero evocó reiteradamente el dicho de Lenin, o más bien de Turguéniev: "¿Sabéis cuál es el peor de todos los vicios? Tener más de cincuenta y cinco años." Con cierto dejo de envidia comentó: "Pero Lenin no vivió lo suficiente para incurrir en ese vicio." "Mi estado de salud no es alentador. Las recaídas se han hecho más frecuentes, los síntomas son más agudos, mi resistencia obviamente se debilita." "Por supuesto, la curva aún podría ascender temporalmente. Pero en general tengo la sensación de que la liquidación se aproxima." Con un claro presentimiento de lo que habría de ocurrir, observó que Stalin "daría ahora cualquier cosa por poder revocar la decisión de deportarme. Inmediatamente recurrirá a un acto terrorista... en dos casos...: si hay una amenaza de guerra o si su propia posición se deteriora gravemente. Claro está que podría haber un tercer caso, y un cuarto... ya veremos. Y si nosotros no lo vemos, otros lo verán". Empezó a pensar en el suicidio, y reflexionó que debería cometerlo cuando su fuerza física se agotara y no pudiera continuar la lucha. Tal vez así, se le ocurrió, podría salvar a Serguei. Pero éstos fueron pensamientos pasajeros. Aunque su energía estaba minada, él habría de mostrar aún una vitalidad y un vigor asombroso en años próximos, cuando los acontecimientos hubieron de desafiarlo en forma todavía más directa. Mientras tanto, sufría algo tan ordinario y humano como es la crisis de la edad madura; sucumbió a accesos de hipocondría y a la fatiga del aislamiento y la pasividad prolongados.[35]

Ahora se encontraba en su nadir. Los planes ambiciosos y las grandes esperanzas con que había salido de Turquía se iban desvaneciendo. Su gran campaña contra la capitulación stalinista ante Hitler no le había dado ningún fruto político. El stalinismo incluso explotaba esa capitulación para ganar nuevo capital político: aprovechándose del temor al nazismo, se congraciaba con la izquierda europea. Trotsky intuyó, aunque no pudo admitirlo ni siquiera ante sí mismo, que la Cuarta Internacional había nacido muerta. El no podía escapar a sus circunstancias ni hacer las paces con ellas. Y así encontró cierto consuelo en exaltadas reflexiones sobre su "mi-

[34] *Ibid.*, p. 82.
[35] *Ibid*, pp. 51, 109 *et passim.*

sión histórica" al fundar la Cuarta Internacional. Fue en este contexto como concibió cuál habría sido el curso de la Revolución Rusa con Lenin y sin él, y como llegó a afirmar que su labor en pro de la nueva Internacional era "indispensable" en un sentido en que no lo había sido ni siquiera su participación en la insurrección de octubre y en la Guerra Civil. "En esta aseveración no hay arrogancia alguna", escribió. "El colapso de las dos Internacionales ha planteado un problema que ninguno de los jefes de esas Internacionales es capaz de resolver... No queda nadie más que yo para armar a una nueva generación con un método revolucionario por encima de las cabezas de los jefes de la Segunda y la Tercera Internacional. ¡Y... el peor vicio es tener más de cincuenta y cinco años! Necesito cuando menos otros cinco años de labor ininterrumpida para asegurar la sucesión", es decir, para formar una Internacional capaz de conducir a la clase obrera a la revolución.[36]

Desde su nadir Trotsky desafió al destino, que habría de concederle exactamente "otros cinco años", pero no habría de permitirle "asegurar la sucesión".

En todos los años de su vida en común —que ahora eran treinta y tres— Trotsky y Natalia nunca habían estado tan solos como lo estuvieron durante esos meses en Domesne. La soledad y el sufrimiento los acercaron más aún que antes. En las horas trágicas, dijo él, lo "asombraban siempre las reservas del carácter [de Natalia]". El amor que se profesaban había sobrevivido al triunfo y la derrota; y el resplandor que quedaba de su pasada felicidad iluminaba incluso la penumbra de estos otros días. El rostro de Natalia se volvía arrugado y tenso a causa de la preocupación y la ansiedad, y él pensaba con dolor en su juventud vivaz y alegremente desafiante. "Hoy, en nuestra caminata, emprendimos el ascenso de una colina. Natalia se fatigó e inesperadamente se sentó, muy pálida, sobre las hojas secas... Todavía ahora ella camina bellamente, sin fatiga, y su paso es muy juvenil, como todo su aspecto. Pero durante los dos últimos meses su corazón ha venido dándole molestias de cuando en cuando. Ella trabaja demasiado... se sentó de súbito —obviamente *no podía* seguir caminando— y sonrió con un gesto de disculpa. ¡Qué dolor sentí al pensar en su juventud...!" Natalia sobrellevaba su suerte con sosegada fortaleza de ánimo, y su vida estaba totalmente absorbida en la de su marido. Cada tormenta que pasaba sobre él la sacudía a ella; cada corriente de emoción de él la saturaba igualmente a ella; y cada reflejo del pensamiento de Trotsky se manifestaba en ella. Natalia no había sido para Trotsky el tipo de camarada político que Krúpskaya había sido para Lenin, pues Krúpskaya, que no tuvo hijos, había sido una activista política por derecho propio y ocupaba un puesto en el Comité Central del Partido. Natalia no sólo era menos activa, sino menos

[36] *Ibid.*, p. 54

inclinada a la política. "Aun cuando ella se interesara en los pequeños hechos cotidianos de la política [estas son palabras de Trotsky], no los combina habitualmente en una imagen coherente." El marido devoto no podía expresar más claramente una duda sobre la capacidad política de su mujer. Pero esto no era importante: "...cuando la política llega a lo más hondo y exige una reacción completa, Natalia siempre encuentra en su música interna la nota adecuada."[37]

A esa "música interna" aludió él con frecuencia; y, de paso sea dicho, cuando la describió en su Diario fue principalmente mientras ella escuchaba música. Los intereses independientes de Natalia residían, como siempre, en las artes; y ella poseía dotes poco comunes de comprensión, observación y expresión que aparecen de manera notable en las páginas de su propio Diario. Los discípulos de su marido se sorprendían a veces de sus comentarios políticos, lo cual movió a Trotsky a decir que "las personas de sensibilidad... sienten instintivamente la profundidad de su naturaleza [de Natalia]. De aquellos que pasan junto a ella con indiferencia o en actitud condescendiente sin reparar en las fuerzas que se ocultan en ella, puede decirse casi siempre con certeza que son superficiales y triviales... El filisteísmo, la vulgaridad y la cobardía nunca pueden ocultársele, aun cuando ella es excepcionalmente tolerante frente a todos los vicios humanos menores". De sus "fuerzas interiores", en efecto, no cabe dudar. En los peores momentos, cuando él llegaba casi al límite de su resistencia, era ella quien lo ponía nuevamente de pie y reavivaba en él la fuerza necesaria para continuar llevando su carga. En Domesne él escribió con gratitud que ella nunca lo reprochó por la desgracia de Serguei y le ocultó su propio sufrimiento. Sólo excepcionalmente se manifestaba su angustia en un comentario como éste: "Ellos no deportarán a Serguei... lo torturarán para sacarle algo y después lo destruirán." Escondía sus sentimientos en el trabajo, en el manejo de la casa, ayudando a su marido en sus escritos y discutiendo con él las novelas francesas y rusas que leían juntos. "Su voz me hace sentir una súbita congoja... ligeramente ronca, viene de lo profundo de su pecho", comentó él. "Cuando ella sufre se hace más profunda aún, como si su alma hablase directamente. ¡Qué bien conozco yo esta voz de ternura y sufrimiento!" Y en una ocasión observó que durante varios días ella había estado pensando más en su primera esposa que en Serguei, diciendo que Serguei al fin y al cabo quizá no estaba en peligro y temiendo que Alexandra, en su vejez, no pudiera sobrevivir a la deportación.[38]

Con la leve esperanza de que tal vez un llamado a la conciencia del mundo pudiera salvar a Serguei, Natalia escribió una "Carta Abierta" en defensa de éste y la publicó en el *Boletín*.[39] Explicó la completa inocencia de Serguei y, violentando hasta cierto punto su orgullo, relató cómo la

[37] *Ibid.*, pp. 51, 56.
[38] *Ibid.*, pp. 51, 71, 121-122.
[39] *B. O.*, núm. 44, julio de 1935

aversión que éste sentía por la política había sido motivada por la reacción contra su padre. ¿Habría cambiado la actitud de Serguei en virtud de los acontecimientos recientes, y lo habrían empujado éstos a la oposición? "Yo me alegraría por él si pudiera pensar que así ha sucedido, puesto que en esas condiciones a Seriozha le sería infinitamente más fácil soportar el golpe..." Desafortunadamente, tal suposición era irreal: ella sabía por varias personas que "durante los últimos años [él] se había mantenido tan alejado de la política como antes. Pero personalmente yo no necesitaría ni siquiera esa prueba..." La GPU y las autoridades universitarias debían saber eso, pues indudablemente lo habían vigilado; y Stalin, "cuyo hijo era un huésped frecuente en la habitación de nuestros muchachos", lo sabía también. Natalia se dirigió a humanistas famosos y "amigos de la URSS" como Romain Rolland, André Gide, Bernard Shaw y otros, pidiéndoles que dejaran escuchar su voz; propuso que una comisión internacional investigara las represalias en masa que habían seguido al asesinato de Kírov. "La burocracia soviética no puede estar por encima de la opinión pública de la clase obrera mundial. Por lo que se refiere a los intereses del Estado obrero, éstos sólo se verían beneficiados por un examen serio de sus actos. Yo... ofrezco toda la información y todos los documentos necesarios relativos a mi hijo. Si después de una larga vacilación planteo abiertamente el caso de Serguei, no es sólo porque sea mi hijo: esa razón sería más que suficiente para una madre, pero no adecuada para... la acción política. Pero el caso de Serguei es un ejemplo claro, simple e indiscutible del abuso consciente y criminal del poder, y un caso que puede examinarse muy fácilmente." El llamamiento no obtuvo respuesta alguna.

Por una curiosa coincidencia, por los mismos días en que Natalia hacía su llamamiento, Trotsky estaba leyendo la autobiografía de Protopop Avakuum, un famoso y pintoresco arcipreste ruso y predicador de la Antigua Fe, que vivió en el siglo XVII, después del Tiempo de las Tribulaciones. Avakuum defendió la "verdadera" ortodoxia griega contra el Patriarca Nikón, su cruel rival, que por razones temporales había cambiado los ritos y el libro de plegarias de la Iglesia; y denunció la corrupción de la jerarquía eclesiástica y se solidarizó con la causa de los campesinos oprimidos. Fue exclaustrado, encarcelado y desterrado primero a Siberia y después a la frontera con Mongolia, y sometido al hambre y las torturas; pero se negó a retractarse. Su familia sufrió junto con él, y él, que era un marido y padre cariñoso, se preguntó durante algún tiempo si no debería renunciar a la lucha para salvar a los suyos. Sus hijos murieron de enfermedad y hambre en el exilio. Fue en Siberia donde él escribió su autobiografía, una obra que hizo época en la literatura rusa; y continuó predicando con tal efectividad que su fama como "héroe y mártir de la verdad" se propagó por el país. Desterrado, resultó más peligroso aún para sus enemigos que cuando había estado cerca del Trono. Estos lo

trajeron de nuevo a Moscú y lo quemaron en la hoguera.[40] A través del abismo de los siglos y las ideologías, Trotsky no pudo dejar de sentir con un estremecimiento su afinidad con el legendario rebelde: ¡cuánto y cuán poco había cambiado Rusia! E incluso el espíritu de la esposa de Avakuum se le hizo presente como si hubiese encarnado en Natalia:

> Reflexionando sobre los golpes que nos ha tocado recibir, le recordé a Natalia el otro día la vida del Arcipreste Avakuum. El rebelde sacerdote y su fiel esposa, juntos en Siberia, caminaban dando tumbos. Sus pies se hundían en la nieve y la pobre mujer exhausta caía una y otra vez. Avakuum relata: "Y yo me le acerqué y ella, la pobre, empezó a reprocharme, diciendo: '¿Hasta cuándo, Arcipreste, habrá de durar este sufrimiento?' Y yo dije: 'Hasta nuestra muerte, Markovna'. Y ella, con un suspiro, contestó: 'Así sea, pues, Petrovich; prosigamos nuestro camino'."[41]

Y así habría de ser también con Trotsky y Natalia: el sufrimiento duraría "hasta nuestra muerte".

Ahora no podían permanecer mucho tiempo en Domesne. Cualquier viraje político a la derecha, que favoreciera a las ligas fascistas, y cualquier viraje a la izquierda, que fortaleciera al Partido Comunista, amenazaba con privar a Trotsky de su precario refugio. Lo que vino fue el viraje a la izquierda. Desde el asesinato de Kírov la incitación stalinista contra "el jefe de la contrarrevolución mundial" se había hecho tan brutal y virulenta que la posibilidad de un acto de violencia era inminente.[42] Trotsky no podía sentirse seguro ni siquiera en la remota aldea de los Alpes. Describió cómo una vez, en aquellos días, él y Natalia, solos en su cabaña, escucharon en tenso silencio a dos hombres que, mientras se acercaban, cantaban La Internacional. En tiempos pasados sólo un amigo podía llegar cantando esa canción; ahora podía ser un enemigo dispuesto al asalto. Se sintieron como aquellos viejos *narodniki* que, dos generaciones antes, se habían ido al campo para esclarecer y emancipar a los *muzhiks* y fueron golpeados y linchados por los propios *muzhiks*.

El gobierno no podía permitirse seguir ignorando el clamor de los stalinistas. En mayo de 1935 Laval había viajado a Moscú para negociar la alianza franco-soviética con Stalin, y regresó con aquella sorprendente

[40] Una nueva edición de *Zhizn Protopopa Avakuma,* con un interesante prefacio en el que no faltan alusiones contemporáneas, fue publicada en Moscú en 1960.
[41] *Diary in Exile,* p. 121.
[42] Un artículo de Jacques Duclos publicado en *L'Humanité* en diciembre de 1934 hablaba de "las manos de Trotsky manchadas con la sangre de Kírov"; y el Secours Rouge International, sección francesa del MOPR (la organización internacional para la defensa de los presos y exiliados políticos) clamó porque Trotsky fuera deportado de Francia.

declaración mediante la cual Stalin se comprometía a apoyar la política de defensa de Daladier y Laval. Los jefes comunistas franceses, que hasta entonces se habían opuesto a esa política por razones de principio, adoptaron inmediatamente una línea "patriótica" y el Frente Popular cristalizó. Trotsky tenía todas las razones para pensar que el gobierno no tardaría en hacer cumplir la orden de expulsión que había dictado contra él el año anterior; y como ningún otro país estaba dispuesto a admitirlo en su territorio, temió que lo deportaran a alguna remota colonia francesa, posiblemente a Madagascar.

En la primavera de 1935 solicitó asilo en Noruega, donde acababan de tener lugar unas elecciones que habían llevado al Partido Laborista al poder. Este era una partido socialdemócrata con una característica especial: había pertenecido a la Comintern; y aun cuando había roto con ella en 1923, no se afilió a la Segunda Internacional. Era natural esperar que tal partido brindara refugio a Trotsky. Walter Held, un trotskista alemán que vivía como emigrado en Oslo, se acercó a Olav Schöffle, uno de los dirigentes más importantes del partido, que encabezaba su ala radical y sentía gran admiración por Trotsky. Pasaron muchas semanas antes de que llegara una respuesta oficial. Trotsky supuso que los noruegos se hallaban resentidos por un artículo suyo que los reprendía por haber abandonado, al asumir el poder, su tradición republicana y haber hecho las paces con su rey. A principios de junio, sin embargo, recibió la información de que los laboristas noruegos le habían concedido asilo. El 10 de junio salió de Domesne hacia París, donde le darían la visa. Pero hubo un tropiezo: algunos altos funcionarios noruegos, disgustados por la decisión del gobierno, trataron de obstruirla. Trotsky no recibió la visa y tuvo que cancelar los arreglos para el viaje. La policía francesa, sospechando que él se había valido de todo aquello como un pretexto para trasladarse a París, le ordenó salir de Francia inmediatamente, en un plazo de veinticuatro horas o, a lo sumo, de cuarenta y ocho. Trotsky se resignó a volver a Domesne, pero no se lo permitieron. Propuso esperar la respuesta definitiva de Oslo en una clínica particular; pero la policía, imaginando que esto era otro ardid, lo rechazó también. Durante uno o dos días Trotsky halló refugio en el hogar del doctor Rosenthal, un conocido cirujano parisiense. El 12 de junio cablegrafió un mensaje de reproche al Primer Ministro Noruego, diciendo que había abandonado su lugar de residencia por confiar en la promesa noruega y ahora: "El gobierno francés cree que lo he engañado y exige mi salida de Francia en veinticuatro horas. Mi esposa y yo estamos enfermos. La situación es desesperada. Solicito inmediata decisión favorable."[43] Para empeorar las cosas, estaba sin un centavo y tuvo que tomar dinero prestado para el viaje. Los

[43] Del telegrama de Trotsky a Nygaardsvold, Primer Ministro de Noruega (12 de junio de 1935), *The Archives,* Sección cerrada.

noruegos todavía le pidieron que obtuviera un permiso de reingreso en Francia, que él no tenía la menor posibilidad de conseguir, antes de que ellos le permitieran entrar en Noruega. Al fin, gracias a los esfuerzos de Schöffle, le concedieron la visa, con un permiso de residencia por seis meses solamente. Trotsky se despidió apresuradamente de sus seguidores franceses: "Vi a numerosos camaradas parisienses. El apartamiento del digno doctor se convirtió inesperadamente en el cuartel general del grupo bolchevique-leninista. En todos los cuartos había reuniones, el teléfono sonaba y más y más nuevos amigos seguían llegando."[44] Trotsky describió la escena en una forma que hace recordar el momento de su deportación de Moscú en 1928. Pero esta descripción tiene algo de *pastiche:* las despedidas en Moscú habían puesto fin a una gran época de su lucha e inaugurado otra; las despedidas en París no ponían fin a nada ni inauguraban nada.

Trotsky volvió a escribir ahora, como lo había hecho antes de su expulsión de Francia en 1916, una "Carta Abierta" a los trabajadores franceses. Les decía que durante su estadía en el país había sido condenado al silencio. "Los ministros más 'democráticos', al igual que los más reaccionarios, consideran que su tarea es defender la esclavitud capitalista. Yo pertenezco a un partido revolucionario cuya tarea consiste en derrocar al capitalismo." Acometía a los stalinistas: "Hace dos años *L'Humanité* informaba todos los días que 'el fascista Daladier ha traído al social-fascista Trotsky a Francia para organizar con su ayuda la intervención militar contra los Soviets...' Hoy esos mismos caballeros han formado... un 'Frente Popular' antifascista con el 'fascista' Daladier. Han dejado de hablar... sobre cualquier intervención imperialista francesa contra la URSS. Ahora ven la garantía de la paz en la alianza entre el capital francés y la burocracia soviética y... dicen que la política de Trotsky no les sirve a Herriot y Daladier, sino a Hitler..." Concluía con vehemencia que el stalinismo era una "llaga purulenta" en el movimiento obrero, que debía ser cauterizada con un "hierro al rojo vivo", y que los trabajadores debían reagruparse bajo la bandera de Marx y Lenin. "Salgo [de Francia] con un profundo amor por el pueblo francés y con una fe inextinguible en el futuro de la clase obrera. Tarde o temprano ella me brindará la hospitalidad que la burguesía me niega."[45] Al cabo de dos años lamentables y estériles, Trotsky salía de Francia para no regresar jamás.

El relato de la estancia de Trotsky en Noruega parece una gran variación sobre *El enemigo del pueblo* de Ibsen. Ibsen presenta el drama del doctor Stockman, respetado en virtud de su nobleza por todos sus conciudadanos hasta que amenaza destruir su prosperidad al revelar la verdad

[44] *Diary in Exile,* pp. 125-126.
[45] *B. O.,* núm. 44, julio de 1935.

sobre la fuente envenenada de sus riquezas. Entonces su propio hermano, el alcalde de la ciudad, y sus propios amigos "radicales" se vuelven contra él con furia calculada y mortal. Ahora nos encontramos una vez más en el país de Ibsen. No importa gran cosa que en esta ocasión el Enemigo del Pueblo sea un fugitivo del extranjero, que no hable sobre la tubería contaminada de unos baños termales noruegos sino sobre una revolución que ha sido pervertida. El drama y el escenario son esencialmente los mismos, y también lo son los rasgos familiares de los actores, especialmente de los hijos y nietos de los seudorradicales de Ibsen: incluso su *Mensajero del Pueblo* está todavía allí, como antaño, cambiando de bando de la noche a la mañana y manipulando la opinión pública. En la multitud podemos distinguir también a uno o dos descendientes del modesto y valeroso capitán Horster, que salió a la defensa del Enemigo del Pueblo. Sólo los tiempos han cambiado; las fuerzas en acción son más potentes y el conflicto más cruel.

Desde el comienzo los augurios no eran prometedores. Los noruegos no sólo habían sido mezquinos al conceder asilo a Trotsky; le impusieron restricciones no muy diferentes de las que le habían impuesto en Francia, y se reservaron el derecho de determinar el lugar de su residencia a cierta distancia de la capital. No bien había desembarcado el 18 de junio cuando la Unión Nacional de Agricultores protestó contra su admisión en el país, y el 22 de junio el Storting discutía ya la protesta. Esto no tuvo consecuencias inmediatas, pero se hizo claro que la oposición utilizaría su presencia para colocar al gobierno en situación difícil. La burguesía conservadora le temía al "ogro"; fue imposible conseguirle alojamiento; ningún casero se atrevía a aceptarlo como inquilino. El gobierno le pidió que se comprometiera a abstenerse de realizar actividad política. Él lo hizo, en la inteligencia de que lo que le exigían era que no interviniera en los asuntos internos de Noruega. El gobierno habría de alegar posteriormente que le había pedido abstenerse de toda actividad política, una exigencia a la que ningún exiliado político puede someterse normalmente y a la que no puede pedírsele que se someta. La circunstancia de que él fuera tratado de tal suerte por hombres que todavía se consideraban cismáticos del comunismo oficial, subrayaba la mezquindad del comportamiento de éstos.

Sin embargo, a su llegada, los jefes del gobierno y del Partido Laborista hicieron una gran exhibición de generosidad. "La clase obrera de este país y todas las personas de pensamiento recto y exentas de prejuicios", declaró el *Arbeiderbladet* laborista al darle la bienvenida, "acogerán con agrado la decisión del gobierno. El derecho de asilo no debe ser letra muerta, sino una realidad. El pueblo noruego se siente... honrado por la presencia de Trotsky en su país." Sin entrar en los pros y los contras de la disputa de Trotsky con Stalin, sobre la cual no tenían opiniones definidas, negaban a Stalin el derecho de "perseguir y desterrar a un

hombre como León Trotsky, cuyo nombre quedará ligado al de Lenin en la historia de la Revolución Rusa. Ahora que, a pesar de sus grandes e imperecederos servicios, ha sido expulsado de su propio país, cualquier nación democrática debe considerar como un deber agradable el ofrecerle refugio..."[46] Martin Tranmael, el fundador y jefe del partido, hizo públicos sus saludos personales. Varios ministros sugirieron que las condiciones bajo las que Trotsky había sido admitido en el país, el límite de seis meses y las restricciones a su libertad de movimiento, no eran más que formalidades. El gobierno le pidió a Konrad Knudsen, un periodista socialista, que ayudara a Trotsky a establecerse; y Knudsen, viendo que era imposible alquilar una casa, lo invitó a él y a Natalia a vivir en su propio hogar.[47]

Poco tiempo después tres jefes del partido, Tranmael, Trygve Lie, el ministro de Justicia, y el director del *Arbeiderbladet* hicieron una visita formal a Trotsky. La reunión fue un tanto embarazosa. Los noruegos recordaron a Trotsky que en 1921 ellos habían ido a Moscú y habían negociado con él, Lenin y Zinóviev las condiciones de su afiliación a la Comintern; pero antes de que pasaran adelante Trygve Lie quiso cerciorarse de que Trotsky estaba enterado de su obligación de no llevar a cabo actividades políticas. Trotsky contestó que él no tenía intención alguna de intervenir en los asuntos noruegos. Trygve Lie sostuvo posteriormente que él había exigido en aquel mismo momento que Trotsky se abstuviera de toda acción "hostil a cualquier gobierno amigo". Un testigo presencial recuerda que "Trotsky se negó a dejarse arrastrar a ninguna discusión política con nosotros y habló sólo sobre el estado del tiempo". Pero los visitantes, después de cumplir con la parte oficial de su gestión, se mostraron bien dispuestos a pasar a un tono de camaradería, a hablar de política y a solazarse con la grandeza del hombre al que habían dado refugio. Le suplicaron que concediera a *Arbeiderbladet* una larga y exhaustiva entrevista sobre las cuestiones capitales de la política mundial. Según el mismo testigo presencial, Trotsky replicó fríamente que el ministro de Justicia acababa de prohibirle toda forma de actividad política. Sus interlocutores desecharon con risas la prohibición como un acto de simulación que tenían que cumplir *pro forma* a fin de apaciguar a sus opositores parlamentarios; y el ministro de Justicia aseguró a Trotsky que, al expresar sus opiniones, no infringiría en modo alguno las condiciones de su residencia. El propio ministro se convirtió a continuación en un ávido interrogador periodístico, y Trotsky contestó a sus preguntas en forma extensa, aprovechando la oportunidad para denunciar la política de Stalin y el terror desencadenado

[46] H. Krog, *Meninger*, p. 220; (Tengo contraída una deuda de gratitud con el Sr. Krog y el Sr. N. K. Dahl por sus traducciones al inglés de varios pasajes de este libro y de otros documentos noruegos citados más adelante); *Diary in Exile*, pp. 128-129.

[47] Así me ha relatado los hechos Konrad Knudsen.

después del asesinato de Kírov. El 26 de julio *Arbeiderbladet* publicó la entrevista con gran despliegue editorial, no dejando dudas en sus lectores de que el propio ministro de Justicia había servido de intermediario para que ellos pudieran conocer las opiniones de Trotsky. Así parecieron disiparse los "equívocos" de los primeros días. El partido en el poder trataba a Trotsky como a un huésped ilustre más bien que como a un refugiado en dificultades. Parlamentarios y periodistas competían entre sí para presentarle sus respetos; y durante cierto tiempo nada confería tanto prestigio a una persona en los círculos izquierdistas de Oslo como poder jactarse de haber sido recibido por el gran exiliado.

En los últimos días de junio Trotsky y Natalia quedaron instalados en casa de Knudsen en Vexhall, una aldea cercana a Honnefoss, a unos 50 kilómetros al norte de Oslo. En el sosiego y la paz del campo, compartiendo la vida doméstica de una familia modesta, afectuosa y bastante numerosa, pudieron recuperarse de los recientes acosos. Knudsen era un socialdemócrata moderado y afable, muy alejado del trotskismo: sólo su sensibilidad y su rechazo del filisteísmo lo habían movido a invitar a su hogar al hombre de Octubre. Por acuerdo tácito nunca aludían a sus diferencias políticas. Y así, "durante su estadía con nosotros", contó Knudsen más tarde, "no tuvimos que lamentar ni siquiera una vez el más leve malentendido. Trotsky estaba demasiado concentrado en su trabajo para desperdiciar tiempo en discusiones infructuosas. Trabajaba con gran intensidad. Nunca he conocido a nadie tan preciso, puntual y meticuloso en sus hábitos. Cuando no estaba enfermo, solía levantarse a las cinco y veinte o a las cinco y media de la mañana, bajaba a la despensa, comía un poco y se ponía a trabajar. Lo hacía todo con mucho sigilo, de puntillas, para no molestar a nadie. No tengo palabras para describir su tacto y consideración para cuantos vivían en nuestra casa. La conducta de Natalia era la misma; la apodamos afectuosamente 'la pequeña señora de la casa grande'. Sus necesidades eran increíblemente modestas".[48]

Por primera vez desde 1917 Trotsky no tuvo que vivir bajo la protección de "camaradas guardaespaldas" o bajo la vigilancia policiaca y el incógnito. El portón del jardín estaba abierto día y noche, y los habitantes de la aldea acudían libremente para platicar con amable informalidad. Ocasionalmente llegaban visitantes del extranjero, refugiados alemanes que vivían en Escandinavia, franceses, belgas y norteamericanos. Entre estos últimos figuró Harold Isaacs, que acababa de regresar de China después de una estancia de varios años y fue una fuente de valiosas informaciones sobre aquel país y su movimiento comunista. (Isaacs acababa de escribir un libro, *The Tragedy of the Chinese Revolution*, que Trotsky habría de prologar.) Shachtman y Muste, el conocido socialista norteamericano que

[48] Cito una vez más el relato de Knudsen y también su Prefacio a la edición noruega de *Mi vida*, de Trotsky.

se había unido a los trotskistas, también fueron a Vexhall. Los franceses llegaron varias veces con sus disputas y desavenencias, pidiendo a Trotsky que actuara como árbitro. No podían ponerse de acuerdo en cuanto a la conveniencia de abandonar la SFIO y reconstituirse como partido independiente. Raymond Molinier había fundado su propio periódico, *La Commune*, que abogaba por la desafiliación. Esto hizo pública la disputa y causó el rompimiento de Trotsky con Molinier. El incidente no sería digno de mención si no fuera por el hecho de que la disputa habría de continuar durante varios años y de entrelazarse en forma grotesca con las vicisitudes de la familia de Trotsky. En medio de todo esto y mientras su correspondencia con sus seguidores, que él no podía sostener bien desde Francia, adquiría un volumen enorme, Trotsky empezó a escribir un nuevo libro, *La revolución traicionada*.[49]

Hacia fines del verano, sin embargo, el 19 de septiembre, ingresó en el Hospital Municipal de Oslo debido a la persistencia de sus fiebres y a una debilidad general. En la quietud de su cuarto de hospital se entregó a reflexiones melancólicas. "Hace casi veinte años", escribió, "que me acosté en un camastro en una cárcel de Madrid y me pregunté con asombro qué podía haberme llevado hasta allí. Recuerdo que empecé a reírme a carcajadas... y reí y reí hasta que me quedé dormido. Ahora, una vez más, me pregunto con asombro qué puede haberme traído aquí, a un hospital de Oslo."[50] Una Biblia que había sobre su mesa de noche hizo que sus recuerdos fueran más lejos aún, a una celda carcelaria en Odesa, donde treinta y siete años antes había estudiado idiomas extranjeros en un ejemplar multilingüe de la Biblia. "Desafortunadamente, no puedo prometer que este nuevo encuentro con el viejo y conocido libro habrá de ayudar a salvar mi alma. Pero la lectura del Evangelio en noruego podrá ayudarme a aprender el idioma del país que me ha brindado hospitalidad, y su literatura que he... amado desde mis primeros años." Después de muchos análisis y exámenes abandonó el hospital, sin su alma salvada ni su cuerpo con la salud restaurada. La mayor parte del mes de diciembre la pasó en cama. Aquél, dijo más tarde, fue "el peor mes de mi vida".

Su recuperación se vio entorpecida por nuevas cuitas y preocupaciones. Se sentía deprimido por la futilidad de su trabajo "organizativo". Lo irritaban los trotskistas franceses, que no cesaban de agobiarlo con sus disputas; y escribió a Liova: "Es absolutamente necesario que yo obtenga cuando menos cuatro semanas de 'vacaciones' y no reciba cartas de las Secciones... De otra suerte me será imposible recuperar mi capacidad de

[49] El enorme incremento de la correspondencia de Trotsky con sus seguidores franceses, alemanes, belgas, holandeses, austriacos, norteamericanos, griegos y otros, se refleja en los legajos de *The Archives*, Sección cerrada. El informe de Harold Isaacs sobre China, *ibid.*

[50] Citado del Prefacio de Trotsky a la edición noruega de *Mi vida;* y de *The Archives.*

trabajo. Esas trivialidades desagradables *(eckelhalfter Kleinkramm)* no sólo me impiden ocuparme de asuntos más serios, sino que me producen insomnio, fiebre, etc. .. Te pido que seas despiadado en cuanto a esto. Así tal vez podré estar nuevamente a tu disposición, digamos, hacia el 1o. de febrero."[51] Durante las semanas y los meses siguientes, sin embargo, reprochó repetidamente a Liova el que siguiera acosándolo con las *eckelhafte Kleinkrämmerei*" y dio expresión al "desaliento" que le causaban las "necias intrigas" de las "camarillas francesas".[52] Su correspondencia revela con toda claridad que la situación no era mejor en las demás Secciones de la presunta Cuarta Internacional. Y a eso se añadía la angustia creada por los acontecimientos en Rusia y la incertidumbre sobre Serguei. Gestiones indirectas efectuadas en Moscú produjeron una explicación oficial en el sentido de que Serguei no estaba preso sino "bajo vigilancia policiaca" para impedir que se comunicara con su padre. Pero cuando Natalia trató de remitir una pequeña suma de dinero a la esposa de Serguei en Moscú, el giro fue devuelto al banco de Oslo con una nota que daba por desconocido el domicilio de la destinataria. Además de todo esto, Trotsky tenía el problema de la falta de dinero. Los anticipos de los editores le habían permitido sufragar los gastos de su establecimiento en Noruega y pagar una deuda a Henri Molinier, lo cual ansiaba hacer antes de romper con el grupo de éste. Lo difícil de su situación puede juzgarse por una carta que escribió a Harold Isaacs desde el hospital de Oslo el 29 de septiembre, pidiéndole ayuda en una "catástrofe financiera": tenía que pagar 10 coronas diarias en el hospital, y sólo le quedaban 100 coronas.[53]

Poco antes de Navidad se fue con Knudsen y unos cuantos jóvenes noruegos a los campos despoblados y rocosos al norte de Honnefoss, con la esperanza de que unos cuantos días de actividad física al aire libre mejoraran su salud. Conviene anotar la fecha de este viaje porque un año más tarde, en el proceso contra Rádek y Piatakov, Vishinsky habría de alegar que en ese momento Piatakov visitó secretamente a Trotsky, y el propio Piatakov habría de confesar que él había viajado de Berlín a Oslo por avión y directamente en automóvil desde el aeropuerto para encontrarse con Trotsky. Estas afirmaciones fueron refutadas por las autoridades noruegas, que determinaron que ningún avión alemán había aterrizado en el aeropuerto de Oslo a fines de diciembre de 1935 ni durante varios meses antes y después de esa fecha; y los acompañantes de Trotsky probaron que nadie pudo haber llegado en automóvil al lugar donde ellos se hallaban entonces con aquél. "El invierno era sumamente crudo; la región, que carecía de carreteras, estaba totalmente cubierta de nieve y

*[51] La carta, fechada el 27 de diciembre de 1935, estaba dirigida a Liova y también, según parece, a otro miembro del Secretariado Internacional. *The Archives*, Sección cerrada.

[52] Cartas del 14 de enero y el 22 de marzo de 1936. *Ibid.*

[53] Correspondencia con Harold Isaacs. *Ibid.*

rodeada por los hielos árticos. Recordamos esto bien porque en una ocasión durante el viaje Trotsky quedó atrapado en la nieve y el hielo. Avanzábamos sobre esquíes, y Trotsky no era buen esquiador, de modo que tuvimos que organizar una operación de rescate en medio de una gran preocupación."[54]

Poco después, gracias a uno de aquellos cambios abruptos en su salud que dejaban perplejos a sus médicos, Trotsky se recuperó y reanudó la redacción de *La revolución traicionada.* Esto lo mantuvo ocupado durante los seis meses siguientes hasta que terminó el libro.

La revolución traicionada ocupa un lugar especial en la obra literaria de Trotsky. Fue el último libro que logró terminar y fue, en cierto sentido, su testamento político. En él presentó su análisis definitivo de la sociedad soviética y un examen de la historia de dicha sociedad hasta mediados de la era de Stalin. El libro, que es el más complejo de cuantos escribió, combina toda la debilidad y toda la fuerza de su pensamiento. Contiene muchas reflexiones nuevas y originales sobre el socialismo, sobre las dificultades a que tiene que enfrentarse la revolución proletaria y sobre el papel que desempeña una burocracia en un Estado obrero. Trotsky también examinó la posición internacional de la Unión Soviética antes de la segunda Guerra Mundial y trató de penetrar en el futuro con vaticinios audaces y en parte erróneos. El libro es un profundo tratado teórico y un folleto para el momento, una nueva enunciación creadora de concepciones marxistas clásicas, y el manifiesto del "nuevo trotskismo" que llamaba a la revolución en la Unión Soviética. Trotsky aparece aquí en todas sus capacidades: como pensador desapasionado y rigurosamente objetivo, como jefe de una Oposición derrotada y como panfletista y polemista apasionado. El aporte del polemista forma la parte más esotérica de la obra y tiende a eclipsar el razonamiento objetivo y analítico. Debido a su riqueza de ideas y a su fuerza imaginativa, éste ha sido uno de los libros capitales del siglo, tan instructivo como ofuscador, y destinado a ser usado en forma adventicia con más frecuencia que ningún otro escrito político. Incluso su título hubo de convertirse en una de las consignas de nuestro tiempo.

La revolución traicionada fue la reacción crítica de Trotsky frente a un momento decisivo de la era de Stalin. El Moscú oficial acababa de proclamar que la Unión Soviética había alcanzado ya el socialismo: hasta poco tiempo antes se había conformado con la pretensión más modesta de que sólo había echado "los cimientos del socialismo". Lo que animó a Stalin a proclamar nada menos que el advenimiento del socialismo fueron el progreso de la industrialización, las primeras señales superficiales de la consolidación de la agricultura colectiva, y el reciente alivio experimentado

[54] Esto es lo que relatan el señor N. K. Dahl y su esposa, que acompañaron a Trotsky en este viaje. Véase también *The Case of Leon Trotsky,* pp. 204-223.

por la nación al haber dejado atrás las hambres y las matanzas de los primeros años de la década del treinta. Una nueva Constitución, "la más democrática del mundo", hubo de ser el epítome de la nueva época: abolía nominalmente la discriminación contra los miembros de las antiguas clases poseedoras y establecía el derecho al voto en igualdad de condiciones para todos los ciudadanos. Esto presuponía que la dictadura proletaria no necesitaba ya garantías constitucionales especiales debido a la existencia de una sociedad virtualmente sin clases. Empero, si bien la Constitución daba a todos los ciudadanos el derecho al voto en igualdad de condiciones, los privaba del derecho a escoger por quién votar, y, a diferencia de las Constituciones soviéticas anteriores, consagraba formalmente el sistema de partido único. Ese sistema y el partido monolítico, alegaban los propagandistas, respondían a la naturaleza misma de una comunidad socialista que no conocía ningún conflicto de intereses de clase, en tanto que cualquier sistema multipartidista reflejaba los antagonismos inherentes a la sociedad burguesa.

Sin embargo, ésta era también una época de desigualdad creciente, en que las discrepancias entre los altos y los bajos ingresos se ampliaban rápidamente, en que la "competencia socialista" degeneraba en una feroz rebatiña por los privilegios y los bienes de consumo esencial, en que el stajanovismo llevaba esa rebatiña a cada fábrica y a cada mina del país, y en que el contraste entre el bienestar de los pocos y la miseria de los muchos adquirían las formas más insultantes. Stalin, que libraba una virulenta campaña contra los "niveladores", se colocó a la cabeza de los nuevos ricos, estimuló sus apetitos, ridiculizó los débiles escrúpulos que los inhibían y glorificó la nueva desigualdad como una conquista del socialismo. Una nueva organización jerárquica iba cobrando forma, con una elaborada gradación, rangos, títulos y prerrogativas claramente diferenciados, y con cada pequeño peldaño en todas las múltiples y empinadas escaleras de la autoridad con extravagante precisión. En ningún otro lugar fue tan pronunciada esta rectificación de las anteriores formas "democráticas proletarias" como en las fuerzas armadas, donde se restablecieron los rangos y las distinciones de la época zarista. Así, pues, en medio de las celebraciones del advenimiento del socialismo se dejaba sentir algo así como un ambiente de Restauración. El sistema educativo y la vida espiritual de la nación fueron profundamente afectados. Las reformas escolares progresistas de los años veintes, que habían despertado la admiración de muchos educadores extranjeros, fueron repudiadas como aberraciones ultraizquierdistas; y un tradicionalismo denso y cada vez más nacionalista, acompañado de una anticuada disciplina paternalista, invadió las aulas escolares y universitarias, ahogando el espíritu de la nueva generación. La tutela burocrática sobre la ciencia, la literatura y las artes se hizo insoportablemente tiránica. En todos los campos el Estado ejercía el poder absoluto en forma provocativa y descarada, glorificándose a sí

mismo como el guardián supremo de la sociedad. Y el depositario autocrático del poder era exaltado como Padre de los Pueblos, fuente de toda sabiduría, benefactor de la humanidad y demiurgo del socialismo.

Trotsky se propuso refutar las pretensiones de Stalin, y lo hizo confrontando las realidades del stalinismo con la concepción marxista clásica del socialismo. Señaló que el predominio de las formas sociales de propiedad no constituían aún el socialismo, aun cuando era su prerrequisito esencial. El socialismo presuponía una economía de abundancia; no podía basarse en la escasez y la pobreza que prevalecían en la Unión Soviética y que conducían al recrudecimiento de la desigualdad notoria. Stalin había invocado el aserto de Marx sobre las dos etapas del comunismo —una inferior, en la que la sociedad remuneraría a sus miembros "de acuerdo con su trabajo", y otra superior, en la que los remuneraría "de acuerdo con sus necesidades"—, diciendo que la Unión Soviética se encontraba en la primera. Trotsky señaló que Stalin abusaba de la autoridad de Marx a fin de justificar la desigualdad que estaba fomentando. Si bien era cierto que Marx había previsto la persistencia de la desigualdad en la primera fase del socialismo, jamás se le habría ocurrido que esa desigualdad aumentaría, incluso a saltos, como aumentaba bajo el régimen de Stalin. La sociedad soviética se hallaba aún a medio camino entre el capitalismo y el socialismo. Podía avanzar o retroceder; y sólo avanzaría en la medida en que superara la desigualdad. El aumento de la desigualdad indicaba un retroceso.

Las orgías del absolutismo stalinista eran parte integrante de la misma tendencia retrógrada. Lenin, en *El Estado y la Revolución*, había sacado del olvido la noción marxista de la "extinción gradual del Estado" y la había convertido en idea corriente del bolchevismo; y Trotsky defendió ahora la idea contra la tergiversación stalinista. Insistió en que el socialismo era inconcebible sin la extinción gradual del Estado. El Estado había surgido del conflicto entre las clases, y existía como un instrumento de la dominación clasista. Aun en su fase inferior, el socialismo significaba la desaparición de los antagonismos de clase y de la coerción política: sólo las funciones puramente administrativas del Estado, "la administración de las cosas, no de los hombres", habrían de sobrevivir bajo el socialismo. Lenin había imaginado la dictadura proletaria como un "semi-Estado" solamente, organizado según el modelo de la Comuna de París, cuyos funcionarios serían elegidos y destituidos por votación y recibirían salarios de obreros, de modo que no formaran una burocracia divorciada del pueblo. En la Rusia atrasada y aislada, este esquema había resultado inaplicable. De todas maneras, el avance hacia el socialismo debía medirse por el grado en que fuera menguando el poder coercitivo del Estado. La persecución política en masa y la glorificación del Estado refutaban por sí mismas la pretensión stalinista de haber alcanzado el socialismo. Stalin argumentaba que el Estado no podía extinguirse en un solo

país; para Trotsky, eso era sólo una admisión indirecta de que el socialismo tampoco podía alcanzarse en un solo país. Pero el "cerco capitalista" no era la razón principal del aumento del poder estatal, pues el terror stalinista iba dirigido primordialmente contra los "enemigos internos", es decir, contra la oposición comunista.

A quien no sea marxista, una gran parte de esta crítica habrá de parecerle "doctrinaria". Para el marxista era vital porque despojaba al stalinismo de sus pretensiones "ideológicas" y desligaba al marxismo de las prácticas de Stalin. Trotsky trató de establecer para la escuela de pensamiento marxista una posición desde la cual ésta pudiera rechazar las responsabilidades morales que el stalinismo le imponía, y desde la cual pudiera declarar que sus ideas tenían tan poco que ver con el reinado del terror de Stalin como los Diez Mandamientos y el Sermón de la Montaña con la Santa Inquisición. Por otra parte, la significación de esta controversia no es sólo moral e histórica, pues aún conserva una profunda importancia para el pensamiento comunista. La noción, que Jruschov ha expuesto en los últimos años de la década del cincuenta y los primeros de la del sesenta, de que la Unión Soviética está pasando del socialismo al comunismo, se basa en la pretensión stalinista de que el socialismo fue establecido en los años treinta; y es tan irreal como esa pretensión. Considerada desde el punto de vista de Trotsky, la sociedad soviética, a pesar de sus inmensos avances, dista mucho todavía de haber alcanzado el socialismo. Puesto que todo el pensamiento de los ideólogos, economistas, sociólogos, filósofos e historiadores soviéticos está todavía ligado al canon de la consumación del socialismo y se mueve dentro de un círculo de ficciones construido alrededor de ese canon, la aplicación de los criterios de Trotsky a la realidad soviética actual entraña una revisión del legado del stalinismo mucho más profunda y amplia que la que se emprendió en la Unión Soviética durante la primera década después de Stalin.

La revolución traicionada es la condenación clásica de la burocracia por Trotsky. Una vez más, en el "conflicto entre la obrera corriente y el burócrata que la tiene agarrada por el cuello", Trotsky "se puso de parte de la obrera". Vio el resorte principal del stalinismo en la defensa del privilegio, que fue lo único que dio cierta unidad a todos los aspectos disímiles de la política de Stalin, relacionando su espíritu "termidoriano" con su diplomacia y la degradación de la Comintern. El grupo gobernante protegía los intereses de una minoría voraz contra el descontento popular en el interior del país, y contra las conmociones de la lucha de clases revolucionaria en el extranjero. Trotsky analizó la composición social de los grupos administrativos, del aparato del Partido, de los empleados públicos y de la oficialidad de las fuerzas armadas, que sumaban entre el 12 y el 15 por ciento de la población, un estrato masivo, consciente de su peso, conservador a causa de los privilegios de que disfrutaba y empeñado en mantener el *statu quo* nacional e internacional.

No conforme con su condenación de la burocracia, Trotsky consideró una vez más cómo y por qué ésta había alcanzado su poder en la Unión Soviética y se preguntó si su preponderancia era inherente o no a toda revolución socialista. Fue más allá de sus respuestas anteriores y destacó más aún las causas objetivas del recrudecimiento de la desigualdad en medio de la "escasez y pobreza" en la Unión Soviética. Pero también afirmó con énfasis que algunos de estos factores se repetirían en toda revolución socialista, pues ninguna sería capaz de abolir la desigualdad inmediatamente. Ni siquiera los Estados Unidos, la nación industrial más rica, producían aún lo suficiente para poder remunerar el trabajo "según las necesidades"; aún sufría una escasez relativa que los obligaría, bajo un gobierno comunista, a mantener sueldos y salarios diferenciales. En consecuencia, las tensiones y los conflictos sociales persistirían, aunque serían mucho menos intensos que en un país subdesarrollado. Así, pues, "las tendencias burocráticas... habrán de manifestarse en todas partes después de la revolución proletaria".[55] Marx y Lenin habían tenido conciencia de esto. Marx se había referido al "derecho burgués" que salvaguarda la distribución desigual de las mercancías como algo "inevitable en la primera fase de la sociedad comunista". Lenin había descrito la república soviética, en algunos aspectos, como "un Estado burgués sin burguesía", aun cuando fuera gobernada con el espíritu de la democracia proletaria. Pero sólo la experiencia de la era de Stalin había revelado las plenas dimensiones del problema y había permitido la comprensión de las contradicciones de la sociedad poscapitalista. Un gobierno revolucionario tenía que mantener la desigualdad y luchar contra ella; y tenía que ofrecer incentivos a los técnicos, a los obreros especializados y a los administradores a fin de asegurar el funcionamiento adecuado y la rápida expansión de la economía; pero también tenía que fijarse como objetivo la reducción y la eventual abolición de los privilegios.

Esta contradicción sólo podía resolverse, en última instancia, mediante un aumento de la riqueza social que sobrepasara todo lo que la humanidad había soñado hasta entonces, y mediante el logro de un nivel de educación tan elevado y universal que hiciera desaparecer el abismo entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. Mientras tanto, antes de que esos requisitos se cumplan, el Estado revolucionario asume "directamente y desde el principio un doble carácter": es socialista en la medida en que defiende la propiedad social de los medios de producción, y es burgués en la medida en que dirige una distribución desigual y diferencial de los bienes entre los miembros de la sociedad. La clara formulación de esta contradicción y esta dualidad como algo inherente a la transición al socialismo es uno de

[55] *The Revolution Betrayed*, pp. 57-59. [En este caso, como en tantos otros, hemos preferido traducir de la versión inglesa citada por Deutscher, en vista de la poca confianza que inspira la mayoría de las traducciones de las obras de Trotsky al español. [N. del T.]

los aportes importantes de Trotsky al pensamiento marxista de su tiempo.[56]

Volviendo al análisis de la sociedad soviética, Trotsky admitió que Lenin y él no habían previsto que un "Estado burgués sin burguesía" resultaría ser inconsecuente con una genuina democracia soviética, y que el Estado no podría "extinguirse gradualmente" mientras subsistiera "la necesidad férrea" de que ese Estado fomentara y apoyara a una minoría privilegiada. La destrucción de la democracia soviética no se debía únicamente, pues, a la conspiración de Stalin, que era el aspecto subjetivo de un proceso objetivo más amplio. El régimen stalinista, añadió Trotsky, había mantenido el "doble carácter" inherente a todo gobierno revolucionario; pero el elemento burgués en él había ganado un peso y un poder inmensos a expensas del elemento socialista. La burocracia era, por su propia naturaleza, "la creadora y protectora de la desigualdad"; obraba como un gendarme que, durante una aguda escasez de mercaderías, "mantiene el orden" mientras la multitud forma colas frente a las tiendas de alimentos. Cuando los alimentos abundan no hay colas, y el gendarme se hace superfluo. Pero "nadie que tenga riqueza para distribuir se omite jamás a sí mismo. Así, a partir de una necesidad social se ha desarrollado un órgano que ha sobrepasado con mucho los límites de su función socialmente necesaria y se ha convertido en un factor independiente, y, por lo mismo, en fuente de gran peligro para todo el organismo social. . . La pobreza y el atraso cultural de las masas han encarnado una vez más en la malévola figura del gobernante con el garrote en la mano".[57]

¿Había adquirido el elemento burgués en el Estado soviético fuerza suficiente para destruir al elemento socialista?, se preguntó Trotsky. Una vez más rechazó firmemente la idea de que la burocracia era una "nueva clase" o de que las masas soviéticas eran explotadas por un "capitalismo de Estado". El capitalismo de Estado sin una clase capitalista era, para el marxista, una contradicción flagrante. En cuanto a la burocracia, ésta carecía de la homogeneidad social de cualquier clase que debiera su lugar en la sociedad a la propiedad y al manejo de los medios de producción. El ejercicio de meras funciones administrativas no había convertido a los directores de la industria y el Estado soviéticos en una clase tal, aun cuando trataran al Estado y a la industria como si ambos fuesen de su dominio privado. La desigualdad que el stalinismo fomentaba se limitaba aún a la esfera del consumo privado A los grupos privilegiados no se les permitía apropiarse los medios de producción. A diferencia de cualquier clase explotadora, no podían acumular riqueza en forma tal que les diera poder de mando sobre el trabajo ajeno y les permitiera apropiarse más y más riqueza. Incluso sus privilegios y su poder estaban ligados a la propiedad nacional de los recursos productivos, de modo que tenían que defender esa propiedad y cumplir por consiguiente una función que, desde el punto

[56] Véase en particular *Ibid.,* capítulo II: "El socialismo y el Estado."
[57] *Ibid.,* p. 111.

de vista socialista, era necesaria y progresista, aun cuando la cumplieran a un costo exorbitante para la sociedad.

Pero el equilibrio social del Estado stalinista, añadía Trotsky, era inestable. A la larga debía prevalecer uno de los dos elementos, el socialista o el burgués. El aumento continuo de la desigualdad era una señal de peligro. Los grupos de administradores no se contentarían indefinidamente con sus privilegios de consumidores. Tarde o temprano tratarían de constituirse en una nueva clase poseedora mediante la expropiación del Estado y su conversión en accionistas propietarios de monopolios y empresas. "Podría argüirse que al gran burócrata le importa poco cuáles son las formas de propiedad prevalecientes, con tal que le garanticen los ingresos necesarios. Este argumento no sólo ignora la estabilidad de los propios derechos del burócrata, sino también la cuestión de sus descendientes... Los privilegios sólo valen la mitad si no pueden ser transmitidos a los hijos de uno. Pero el derecho de testamento es inseparable del derecho de propiedad. No basta con ser director de la empresa; es necesario ser accionista. La victoria de la burocracia en esta esfera decisiva significaría su conversión en una nueva clase poseedora." Stalin, señaló Trotsky, no podía presidir esa "conversión"; su régimen se basaba en la propiedad nacional y en una economía planificada. Al convertirse en una nueva burguesía, la burocracia entraría necesariamente en conflicto con el stalinismo; y Stalin, al estimular la voracidad de la burocracia, estaba socavando inconscientemente no sólo su propio régimen, sino todas las conquistas de la revolución. Tan inminente le parecía este peligro a Trotsky, que no vaciló en afirmar que la Constitución de 1936 "crea las premisas políticas para el nacimiento de una nueva clase poseedora". Al igual que en los años veintes, en los treintas también consideró a la burocracia, o a un sector de ella, como el agente potencial de la restauración capitalista; pero en tanto que anteriormente la veía como un auxiliar de los *kulaks* y de los "nepistas", ahora, después de la "liquidación" de esas clases, la consideraba un agente independiente.[58]

Juzgada retrospectivamente, esta concepción parece del todo errónea. Lejos de apropiarse los medios de producción, la burocracia soviética habría de seguir siendo, en las décadas siguientes, el guardián de la propiedad pública. Debe observarse, sin embargo, que Trotsky hablaba de la metamorfosis de la burocracia en una nueva burguesía como una de varias posibilidades solamente; tuvo cuidado de señalar que la potencialidad no debía confundirse con la realidad. El examinaba, como lo recalcó, un fenómeno sin precedentes, complejo y enigmático, en un momento en que el anti-igualitarismo y la reacción stalinista contra el bolchevismo de los primeros tiempos habían alcanzado su máxima intensidad. El teórico no podía dar nada por sentado; no podía descartar la posibilidad de que esas tendencias desencadenaran fuerzas poderosas e independientes totalmente con-

[58] *Ibid.*, pp. 240, 257 *et passim.*

trarias al socialismo. Stalin, que representaba una ambigua combinación de "ortodoxia leninista" con un rechazo del principio revolucionario, pareció efectivamente, en ocasiones, conducir a Rusia al borde mismo de la Restauración. Trotsky no abrigaba dudas en cuanto a que Stalin no podría pasar de ese borde. Temía que otros pudieran hacerlo, aunque fuera sobre el cadáver de Stalin.[59]

El mismo temor, sin embargo, acosaba al propio Stalin; de ahí que se lanzara contra su propia burocracia y, bajo el pretexto de combatir el trotskismo y el bujarinismo, la diezmara en cada una de las purgas sucesivas. Uno de los efectos de las purgas fue impedir que los grupos de administradores se consolidaran como un estrato social. Stalin estimulaba sus instintos voraces y les retorcía el pescuezo. Esta fue una de las consecuencias más oscuras, menos analizadas y sin embargo más importantes del terror permanente. Mientras por una parte el terror aniquilaba a los viejos cuadros bolcheviques e intimidaba a la clase obrera y al campesinado, por otra parte mantenía a la burocracia entera en un estado de flujo, renovando permanentemente su composición y no permitiéndole pasar de una condición de amiba o protoplasma a la de un organismo compacto y articulado con una identidad sociopolítica propia. En tales circunstancias, los grupos de administradores no podían convertirse ahora en una nueva clase poseedora, aun cuando lo desearan: no podían empezar a acumular capital por su cuenta mientras transitaban entre sus oficinas y los campos de concentración. Del mismo modo que había "liquidado" a los *kulaks*, Stalin "liquidaba" constantemente el embrión de la nueva burguesía; y al hacer tal cosa actuaba una vez más, a su manera bárbara y autocrática, partiendo de la premisa tácitamente aceptada de Trotsky. En todo caso, la burguesía burocrática potencial no fue un simple engendro de la imaginación de Trotsky. Pero éste evidentemente exageró la vitalidad y la capacidad de la burocracia para alcanzar sus fines, del mismo modo que había exagerado el poder de los *kulaks;* y una vez más subestimó la astucia, la tenacidad y la inmisericordia de Stalin. La manera como Stalin fomentó y reprimió al mismo tiempo al elemento burgués en el Estado le era completamente ajena y aun incomprensible a Trotsky, quien, como siempre, pensaba que sólo una clase obrera consciente y activa podía frenar las tendencias antisocialistas del Estado.

Pero Trotsky comprendía también que los obreros soviéticos eran renuentes a rebelarse contra la burocracia, pues aun cuando le fueran hostiles "en su inmensa mayoría", temían que "al arrojar a la burocracia pudieran abrirle el camino a una restauración capitalista..." Los obreros pensaban que por el momento "la burocracia continúa cumpliendo una función necesaria" como el "guardián" que custodia algunas de *sus* conquistas. "Inevitablemente expulsarán al guardián deshonesto, desvergonzado e indigno

[59] *Ibid.* pp. 236-237.

de confianza tan pronto vean otra posibilidad." ¡Qué paradoja era ésta! El mismo grupo social que podría convertirse en una nueva clase poseedora y destruir la revolución era, en cierta medida, el protector de la revolución. Trotsky sabía que "los doctrinarios no se sentirían satisfechos" con su apreciación de la situación: "Querrían fórmulas categóricas: sí, sí y no, no"; y, por supuesto, el análisis sociológico sería simple "si los fenómenos sociales tuvieran siempre un carácter terminado". Pero él se negó a forzar las realidades para hacerlas encajar en cualquier esquema nítido y a ofrecer, "en obsequio a la precisión lógica", "una definición terminada de un proceso no terminado". Enfrentado a una "formación social dinámica" completamente nueva, el teórico sólo podía producir hipótesis de trabajo y dejar que los acontecimientos las pusieran a prueba.[60]

Los acontecimientos refutaron la hipótesis sobre la transformación de la burocracia en una nueva clase poseedora en la misma década del treinta, pero más aún durante y después de la segunda Guerra Mundial. Entonces, las necesidades de la defensa nacional y la destrucción del orden burgués en Europa oriental y en China reforzaron poderosamente la estructura nacionalizada de la economía soviética. El Estado stalinista, al fomentar o apoyar por sus propias razones a la revolución en Europa oriental y en Asia, creó formidables contrapesos a sus propias tendencias burguesas. La industrialización de la posguerra, la inmensa expansión de la clase obrera rusa, el incremento de la educación de las masas y la renaciente confianza de los obreros en sí mismos tendieron a someter al elemento burgués en el Estado; y después de la muerte de Stalin la burocracia se vio obligada a hacer una concesión tras otra al igualitarismo de las masas. Cierto es que la tensión entre el elemento burgués y el elemento socialista del Estado persistió; y, por ser inherente a la estructura de cualquier sociedad poscapitalista, estaba destinado a subsistir todavía durante mucho tiempo. Los administradores y directores de empresas, los técnicos y los obreros especializados siguieron siendo grupos privilegiados. Pero el abismo entre ellos y la gran masa de trabajadores fue reduciéndose en los últimos años de la década del cincuenta y los primeros de la del sesenta; y de esta suerte el equilibrio entre los elementos contradictorios en el Estado se hizo muy diferente de lo que había sido cuando Trotsky escribió *La revolución traicionada*. El propio Trotsky previó tal desarrollo de los acontecimientos:

> Dos tendencias contrarias surgen de la entraña del régimen soviético. En la medida en que, en contraste con un capitalismo decadente, [ese régimen] desarrolla las fuerzas productivas, prepara la base económica del socialismo. En la medida en que, en beneficio de un estrato superior, da expresión cada vez más extrema a las normas burguesas de distribución, prepara una restauración capitalista. Este contraste entre formas

[60] *Ibid.*, pp. 241-242, 269-270.

de propiedad y normas de distribución tendrá que propagarse en una u otra forma a los medios de producción, o las normas de distribución tendrán que ser ajustadas al sistema de propiedad socialista.[61]

Fue este segundo rumbo el que hubieron de seguir los acontecimientos veinte y veinticinco años después, cuando los sucesores de Stalin empezaron, de mala gana pero inequívocamente, a ajustar las normas de distribución al sistema de propiedad socialista. La hipótesis de Trotsky sobre el surgimiento de una nueva clase poseedora parece, por lo tanto, indebidamente pesimista, aun cuando reflejaba una situación en la que el equilibrio era marcada y peligrosamente adverso a los elementos socialistas. Con todo, a pesar del "pesimismo", el análisis de Trotsky de las contradicciones dinámicas del Estado posrevolucionario ofrece todavía la mejor clave para comprender la evolución social subsiguiente.

Fue contra una "casta codiciosa, mendaz y cínica de gobernantes", contra el germen de una nueva clase poseedora, que Trotsky formuló su programa de una "revolución política" en la URSS. "No hay solución pacífica...", escribió. "La burocracia soviética no abandonará sus posiciones sin combate... ningún demonio se ha cortado nunca sus propias garras voluntariamente." "El proletariado de un país atrasado ha debido hacer la primera revolución socialista. Es muy posible que tenga que pagar este privilegio histórico con una segunda revolución contra el absolutismo burocrático." Trotsky abogó por "una revolución política, no social", es decir, una revolución que derrocara el sistema de gobierno stalinista, pero que no cambiara las relaciones de propiedad existentes.[62]

Esta era una perspectiva totalmente nueva: los marxistas nunca se habían imaginado que, después de una revolución socialista, tendrían que llamar a los obreros a rebelarse nuevamente, pues habían dado por sentado que un Estado obrero sólo podría ser una democracia proletaria. La historia había demostrado ahora que ello no era así, y que, del mismo modo que el orden burgués había desarrollado diversas formas de gobierno, monárquico y republicano, constitucional y autocrático, también el Estado obrero podía existir bajo diversas formas políticas, que iban desde el absolutismo burocrático hasta el gobierno de los Soviets democráticos. Y del mismo modo que la burguesía francesa tuvo que "complementar" la revolución social de 1789-93 con las revoluciones políticas de 1830 y 1848, en las que se cambiaron los grupos gobernantes y los métodos de gobierno, pero no la estructura económica de la sociedad, así también, argumentó Trotsky, la clase obrera tendría que "complementar" la Revolución de Octubre. La burguesía había actuado en forma consecuente dentro de su interés de clase cuando hizo valer sus derechos frente a sus propios gobernantes absolutistas; y la clase obrera también actuaría legítimamente al liberar

[61] *Ibid.*, pp. 231-232.
[62] *Ibid.*, pp. 271-272.

a su propio Estado de una opresión despótica. Una revolución política de este tipo no tendría nada que ver, por supuesto, con actos terroristas. "El terror individual es un arma de individuos impacientes y desesperados, que generalmente pertenecen a la nueva generación de la propia burocracia." Para los marxistas era axiomático que sólo podían llevar a cabo la revolución con el apoyo abierto de la mayoría de los trabajadores. Trotsky, por lo tanto, no planteó ninguna acción inmediata, pues mientras los trabajadores vieran en la burocracia al "guardián de sus conquistas", no se levantarían contra ella. Trotsky presentó la idea, no la consigna, de una revolución; ofreció una orientación a largo plazo para la lucha contra el stalinismo, no la guía para una acción directa.

He aquí cómo formuló el programa de la revolución:

> No se trata de reemplazar una camarilla dirigente por otra, sino de cambiar los métodos mismos de la dirección económica y cultural. La autocracia burocrática deberá ceder el puesto a la democracia soviética. El restablecimiento del derecho de crítica y de una libertad electoral auténtica son condiciones necesarias para el desarrollo del país. El restablecimiento de la libertad de los partidos soviéticos, comenzando por el partido bolchevique, y el renacimiento de los sindicatos están allí incluidos. En la economía, la democracia implica la revisión radical de los planes en interés de los trabajadores. La libre discusión de las cuestiones económicas disminuirá los gastos generales impuestos por los errores y los zigzags de la burocracia. En vez de obras suntuarias, Palacios de los Soviets —nuevos teatros, ferrocarriles subterráneos construidos para deslumbrar— se levantarán habitaciones obreras. Las "normas burguesas de distribución" serán estrictamente limitadas a lo necesario, para ir desapareciendo, junto con el crecimiento de la riqueza social, ante la igualdad socialista. Los rangos serán abolidos inmediatamente. El oropel de las condecoraciones será arrojado a los crisoles. La juventud podrá respirar libremente, criticar, equivocarse y madurar. La ciencia y el arte sacudirán sus cadenas. La política exterior renovará la tradición del internacionalismo revolucionario.[63]

Trotsky reiteró aquí todos los planteamientos usuales del periodo en que él todavía abogaba por las reformas. En un solo punto introdujo una novedad: su demanda de una "libertad electoral auténtica". En este punto, sin embargo, se enfrentaba a un dilema: había descartado el principio del partido único, pero no abogaba por la libertad irrestricta de los partidos. Volviendo a una fórmula anterior a 1921, habló del "restablecimiento de la libertad de los partidos *soviéticos*", es decir, de los partidos que "permanecían fieles a la Revolución de Octubre". Pero, ¿quién habría de determinar cuáles eran los "partidos soviéticos" y cuáles no? ¿Debería permitirse

[63] *Ibid.*, p. 273.

que los mencheviques, por ejemplo, se beneficiaran de la libertad "restablecida"? Trotsky dejó estos interrogantes en suspenso, sin duda porque sostenía que no podían resolverse de antemano, independientemente de las circunstancias. Igualmente cauteloso se mostró al referirse a la igualdad: no habló de la "abolición" de las "normas burguesas de distribución", que habrían de subsistir, pero sólo "estrictamente limitadas a lo necesario", para ir desapareciendo gradualmente, "junto con el crecimiento de la riqueza social". La revolución política habría de dejar, pues, algunos privilegios a los directores, administradores, técnicos y obreros especializados. Dado que ocasionalmente él mismo, en pronunciamientos polémicos, hablaba en forma poco rigurosa del "derrocamiento" o la "abolición" de la burocracia, este matiz colocaba el problema en una perspectiva más realista. Lo que él contemplaba, al reflexionar con serenidad, era una reducción drástica, no la desaparición total, del privilegio burocrático y administrativo.

Durante más de un cuarto de siglo después de su formulación, este programa ha conservado su vigencia; y la mayor parte de sus ideas han reaparecido en el movimiento de reforma posterior a Stalin. Con todo, es preciso preguntarse si Trotsky, al insistir en la necesidad de una revolución política en la URSS, no adoptó una posición demasiado dogmática frente a la cuestión y si no ofreció, contradiciendo su propio consejo, "una definición demasiado terminada de un proceso no terminado". A juzgar por el tono de *La revolución traicionada,* es claro que él no veía ninguna posibilidad de una reforma desde arriba; y, efectivamente, durante su vida y durante el resto de la era stalinista no existió tal posibilidad. Pero durante esa época no hubo tampoco en la Unión Soviética ninguna posibilidad de una revolución política. Fue un periodo de estancamiento: era imposible cortar o deshacer los nudos gordianos del stalinismo. Cualquier programa de cambio, lo mismo revolucionario que reformista, era ilusorio. Esto no podía impedir a un luchador como Trotsky buscar una salida. Pero él llevaba a cabo su búsqueda dentro de un círculo vicioso, que sólo habrían de empezar a romper acontecimientos de importancia mundial muchos años más tarde. Y cuando eso sucedió, la Unión Soviética se alejó del stalinismo mediante las reformas desde arriba en primer término. Lo que obligó a hacer las reformas fueron precisamente los factores con que había contado Trotsky: el programa económico, la elevación del nivel cultural de las masas y el fin del aislamiento soviético. El rompimiento con el stalinismo sólo podía ser gradual porque al término de la era de Stalin no existía ni podía existir ninguna fuerza política capaz y deseosa de actuar en forma revolucionaria. Más aún, durante toda la primera década después de Stalin no surgió "desde abajo" ningún movimiento de masas autónomo y coherente en favor siquiera de las reformas. Puesto que el stalinismo se había convertido en un anacronismo, nacional e internacionalmente, y el rompimiento con él había venido a ser una necesidad histórica para la Unión Soviética, el propio grupo gobernante tuvo que tomar la iniciativa del

rompimiento. Así, por una ironía de la historia, los epígonos de Stalin comenzaron la liquidación del stalinismo y en consecuencia llevaron a la práctica, a pesar de sí mismos, partes del testamento político de Trotsky.[64]

Pero, ¿pueden los epígonos continuar y completar esa tarea? ¿O es necesaria todavía una revolución política? A primera vista, las posibilidades de una revolución siguen siendo tan escasas como lo eran en los días de Trotsky, en tanto que las posibilidades de reformas son mucho más reales. Las condiciones para una revolución, tal como Lenin las expresó una vez, son: a] que los gobernantes no sean capaces de continuar gobernando como solían hacerlo; b] que los gobernados, en su miseria, desesperación y furia, se nieguen a seguir viviendo como hasta entonces han vivido; y c] que exista un partido revolucionario decidido a aprovechar la oportunidad y capaz de hacerlo. No es probable que tales condiciones se den en un país con una economía vital y en expansión y con niveles de vida en vías de elevación, cuando las masas, teniendo un acceso sin precedentes a la educación, ven ante sí perspectivas de continuo avance social. En tal nación, cualquier conflicto entre las aspiraciones populares y el egoísmo de un grupo gobernante, un conflicto que la sociedad soviética padece todavía, dará lugar con mayor probabilidad a una presión en favor de reformas continuas que a una explosión revolucionaria. La historia, por lo tanto, tal vez reivindicará al Trotsky que durante doce o trece años luchó por las reformas y no al Trotsky que, en los últimos cinco años de su vida, abogó por la revolución.

Esta, sin embargo, sólo puede ser una conclusión tentativa. El problema de una burocracia en un Estado obrero es en verdad tan nuevo y complejo, que permite poca o ninguna certidumbre. No podemos determinar de antemano cuán lejos puede llegar una burocracia en la renuncia de sus privilegios, cuánta fuerza y efectividad puede adquirir la presión popular por las reformas bajo un sistema unipartidista, y si un régimen "monolítico" puede disolverse y transformarse gradualmente en otro que permita la li-

[64] Subrayé esta circunstancia en mi libro *Russia After Stalin* (1953) y en numerosos artículos publicados precisamente a fines de la era de Stalin. Los trotskistas norteamericanos dedicaron entonces todo un número de su órgano teórico, *The Fourth International* (invierno de 1954), al tema: *"Trotsky o Deutscher"*; y James P. Cannon, su jefe, me denunció con vehemencia como un "revisionista" y como "el Bernstein del trotskismo". Mi pecado consistió en predecir que en los años inmediatamente siguientes no habría ninguna posibilidad de una "revolución política" en la URSS y que se estaba iniciando un periodo de "reformas desde arriba". (Tal hubo de ser, en efecto, la principal característica política de la primera década después de Stalin.) Yo fundé mi razonamiento, entre otras cosas, en el hecho de que el exterminio de todas las oposiciones, especialmente de la Oposición trotskista, había dejado a la sociedad soviética políticamente amorfa, desarticulada e incapaz de tomar "iniciativas desde abajo". Resulta paradójico que los trotskistas en el Occidente hayan pasado por alto tan completamente esta consecuencia del exterminio de los trotskistas (y otros bolcheviques antistalinistas) en la URSS.

bertad de expresión sobre una base socialista. ¿Hasta qué punto se atenúan o menguan las tensiones sociales inherentes a la "acumulación socialista primitiva" a medida que la acumulación pierde su carácter primitivo forzoso y antagónico, ¿En qué medida el incremento del bienestar y la educación populares resuelven los antagonismos entre la burocracia y el pueblo? Sólo la experiencia, que puede dar más sorpresas de las que sueña cualquier filosofía, puede proporcionar la respuesta. En todo caso, el autor de este libro prefiere dejar el juicio definitivo sobre la idea de Trotsky acerca de una revolución política a un historiador de la siguiente generación.

Conviene mencionar aquí la revisión, que Trotsky llevó a cabo en *La revolución traicionada,* de su concepción del Termidor soviético. Anteriormente hemos descrito las pasiones y la turbulencia que esta abstrusa analogía histórica despertó en el partido bolchevique en los años veintes; y hemos dicho que ése fue un caso de *le mort saisit le vif.*[65] Unos diez años más tarde encontramos a Trotsky, alojado en una casa en una aldea noruega, luchando todavía con el fantasma francés de 1794. Recordamos que mientras él luchó por las reformas en la Unión Soviética, rechazó la idea, postulada originalmente por la Oposición Obrera, de que la Revolución Rusa había entrado ya en su fase termidoriana o postermidoriana. Termidor, argumentó él, era el peligro de que estaba preñada la política de Stalin, pero todavía no era un hecho consumado. Siguió defendiendo esa actitud contra amigos y enemigos por igual en los primeros años de su destierro. Pero, una vez que decidió que la Oposición debía convertirse en un partido independiente y que la revolución política era inevitable en la Unión Soviética, volvió a pensar y declaró que la Unión Soviética había estado viviendo hacía tiempo en la época postermidoriana.[66]

Trotsky admitió que la analogía histórica había contribuido más a ofuscar las mentes que a esclarecerlas. Sin embargo, continuó elaborándola. Él y sus compañeros, argumentó, habían cometido un error al pensar que el Termidor equivalía a una contrarrevolución y restauración; y, al definirlo así, habían tenido razón al insistir en que en Rusia no había ocurrido ningún Termidor. Pero la definición era errónea y antihistórica: el Termidor original no había sido una contrarrevolución, sino sólo "una fase de reacción *dentro* de la revolución". Los termidorianos no habían destruido la base social de la Revolución Francesa, las nuevas relaciones de propiedad burguesas que habían cobrado forma en 1789-93, sino que sobre esa base habían erigido su régimen antipopular y preparado el escenario para el Consulado y el Imperio. Los sucesos comparables habían ocurrido en la

[65] *El profeta desarmado,* pp. 290-291.

[66] Trotsky "revisó" por primera vez su analogía termidoriana en un ensayo titulado. "El Estado obrero, Termidor y Bonapartismo", escrito durante la última parte de su estadía en Francia y publicado en *B. O.*, núm. 43, abril de 1935. Ese ensayo contenía, en síntesis, el razonamiento de *La revolución traicionada.*

Unión Soviética ya desde 1923, cuando Stalin reprimió a la Oposición de Izquierda y estableció su régimen antiproletario sobre las bases sociales de la Revolución de Octubre. Con el calendario de la Revolución Francesa ante sus ojos en todo momento, Trotsky continuó desarrollando su razonamiento para asentar que, habiendo adquirido el régimen de Stalin un carácter bonapartista, la Unión Soviética estaba viviendo bajo su Consulado. Dentro de esta perspectiva, el peligro de una restauración se presentaba como algo completamente real: en Francia habían transcurrido veinte años entre Termidor y el regreso de los Borbones; y el llamado de Trotsky a una nueva revolución y al retorno a la democracia soviética era como un eco del llamado de la Conspiración de los Iguales en favor de un retorno a la Primera República.

Así, Trotsky incurrió más y más en aquella "convocación de los fantasmas del pasado" que Marx había visto como un rasgo peculiar de las revoluciones burguesas. Los puritanos ingleses habían invocado a los profetas del Antiguo Testamento, y los jacobinos a los héroes y las virtudes de la Roma republicana. Al hacer tal cosa, dijo Marx, no sólo "parodiaban el pasado", sino que "se esforzaban genuinamente por redescubrir el espíritu de la revolución".[67] Marx confiaba en que una revolución socialista no tendría que tomar prestado su ropaje al pasado porque tendría una clara conciencia de su propio carácter y propósito. Y efectivamente, en 1917 los bolcheviques no se vistieron con ese ropaje ni tuvieron necesidad de recurrir al fasto y a los símbolos de revoluciones anteriores. En años posteriores, sin embargo, derivaron del jacobinismo todas sus pesadillas y temores, las pesadillas de las *épurations* y los temores del Termidor; y exageraron unas y otros por medio de sus propias acciones y en su propia imaginación. No lo hicieron por pura inclinación imitativa, sino porque luchaban con problemas similares y trataban de resolverlos de manera diferente. Consultaron las sombrías experiencias del pasado a fin de evitar su repetición. Y, aunque es cierto que los bolcheviques no escaparon a los horrores de una lucha fraticida en su propio seno, sí lograron evitar todo el ciclo fatal a través del cual el jacobinismo avanzó hacia su perdición y a través del cúal la Revolución Francesa fue empujada a su fin. El temor al Termidor que acosaba a los bolcheviques era un reflejo de autodefensa y autopreservación. Pero el reflejo a menudo operaba irracionalmente. Trotsky admitió que durante más de diez años la Oposición había dado la voz de alarma contra el Termidor sin percibir claramente el significado del precedente que el Termidor representaba. ¿Lo percibía más claramente ahora?

El Termidor original fue uno de los acontecimientos más complicados, multifacéticos y enigmáticos de la historia moderna; y ello explica en parte la confusión que lo rodea. Los termidorianos derrocaron a Robespierre después de una serie de luchas intestinas entre los jacobinos, en el transcurso

[67] *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte.*

de las cuales Robespierre que encabezaba el centro de su partido, destruyó sus alas derecha e izquierda, los dantonistas y los hebertistas. El fin de su régimen señaló la caída de su facción y del partido jacobino en general. Poco después de Termidor, el *Club Jacobino* fue disuelto y dejó de existir. Los termidorianos reemplazaron el "reino del terror" por el régimen de "la ley y el orden" e infligieron la derrota final a la plebe de París, que había sufrido muchos reveses aun antes. Abolieron la distribución cuasi-igualitaria de los alimentos, que Robespierre había mantenido fijando precios "máximos". De entonces en adelante, la burguesía gozó de libertad para comerciar libremente, amasar fortunas y ganar el predominio social que habría de conservar incluso bajo el Imperio. Así, sobre el trasfondo del reflujo de las energías revolucionarias y de la desilusión y la apatía de las masas, el régimen revolucionario pasó de la fase popular a la fase antipopular.

Basta con esbozar brevemente estos diversos apectos del Termidor para ver dónde se equivocaba Trotsky al afirmar que Rusia había pasado por su Termidor en 1923. La derrota de la Oposición en ese año no fue en ningún sentido un acontecimiento comparable con el colapso y la disolución del partido jacobino; correspondió más bien a la derrota de los jacobinos de izquierda, que había ocurrido mucho antes de Termidor. Mientras Trotsky escribía *La revolución traicionada,* la Unión Soviética se hallaba en vísperas de los grandes procesos de las purgas; en Francia, las *épurations* fueron parte integrante del periodo jacobino: sólo después de la caída de Robespierre dejó de funcionar la guillotina. Termidor fue, de hecho, una explosión de desesperación frente a la purga permanente; y la mayoría de los termidorianos fueron ex-dantonistas y ex-hebertistas que habían sobrevivido a la matanza de sus facciones. La analogía rusa con esto habría sido un golpe victorioso contra Stalin, llevado a cabo después de los procesos de 1936-38 por los residuos de las oposiciones bujarinista y trotskista.

Hay otra diferencia más importante aún: Termidor puso fin a la transformación revolucionaria de la sociedad francesa y de las relaciones de propiedad. En la Unión Soviética la transformación no cesó con el ascenso de Stalin al poder. Por el contrario, la transformación más violenta, la colectivización de la agricultura, se llevó a cabo bajo su régimen. Y ciertamente no fue "la ley y el orden", ni siquiera en su forma más antipopular, lo que prevaleció ni en 1923 ni en ningún momento durante la era de Stalin. Lo que los primeros años veintes tuvieron en común con el periodo termidoriano fue el reflujo de las energías revolucionarias populares y la desilusión y apatía de las masas. Fue en una situación similar como Robespierre trató de mantener el esqueleto del partido jacobino en el poder y fracasó; y como Stalin luchó por conservar la dictadura del esqueleto bolchevique (es decir, de su propia facción) y lo logró.

Es preciso admitirlo: el anti-igualitarismo de Stalin tenía un fuerte sabor termidoriano. Pero ese mismo sabor no le faltaba a la NEP de Lenin. Curiosamente, cuando en 1921 los mencheviques describieron a la NEP como

el "Termidor soviético" ni Lenin ni Trotsky protestaron. Al contrario, se felicitaron por haber llevado a cabo algo como la NEP pacíficamente, sin dividir su propio partido y sin perder el poder. "No fueron ellos [los mencheviques]", escribió Trotsky en 1921, "sino nosotros mismos quienes formulamos este diagnóstico. Y, lo que es más importante, las concesiones al estado de ánimo y a las tendencias termidorianas de la pequeña burguesía, necesarias al propósito de mantener el poder en manos del proletariado, fueron hechas por el Partido Comunista sin efectuar una quiebra en el sistema y sin abandonar el puesto de mando."[68] Stalin también hizo las mayores "concesiones al estado de ánimo y las tendencias termidorianas" de su burocracia y sus grupos de administradores "sin efectuar una quiebra en el sistema y sin perder el puesto de mando". En todo caso, una analogía histórica que llevó a Trotsky, en 1921, casi a jactarse de que él y Lenin habían llevado a cabo un semi-Termidor, después a negar que hubiese ocurrido un Termidor soviético, y por último, en 1935, a sostener que la Unión Soviética había vivido durante doce años bajo un Termidor, sin que el propio Trotsky se percatara de ello, una analogía de ese tipo servía efectivamente más para ofuscar las mentes que para esclarecerlas.

La acusación que Trotsky pudo haber hecho a Stalin con mucha más justificación histórica era la de que éste había instituido un reino del terror como el de Robespierre, y de que había superado monstruosamente a Robespierre. Sin embargo, el propio pasado de Trotsky y la tradición bolchevique no le permitían decir tal cosa. El lector recordará que en 1903-4, cuando Trotsky se desligó por primera vez del bolchevismo, acusó a Lenin de jacobinismo; y Lenin, en respuesta, se identificó orgullosamente con el "jacobino proletario" del siglo xx.[69] Los dos hombres estaban pensando en dos Robespierres diferentes: Lenin pensaba en el que había asegurado el triunfo de la revolución contra la Gironda, y Trotsky en el que había mandado a sus propios camaradas a la guillotina. No sólo ante los ojos de Lenin, sino ante los de la mayoría de los marxistas occidentales, el Conductor de las Purgas se había empequeñecido, al cabo de un siglo, junto al gran Incorruptible en el santificado Panteón de la Revolución. Trotsky el bolchevique se arrepintió de haber acusado una vez de robespierrismo a Lenin, y no se inclinaba a hacer la misma acusación a Stalin. Habiendo aceptado entretanto la glorificación bolchevique del jacobinismo, él se identificó virtualmente con Robespierre; y ello lo llevó a ver a sus enemigos como termidorianos, sin que en realidad lo fueran. Cierto es que sus voces de alarma contribuyeron mucho a poner en guardia a todos los bolcheviques, incluidos los stalinistas. Por otra parte, el estado de ánimo termidoriano sobrevive aún en parte en la Unión Soviética, y puede encontrarse (junto con el "elemento burgués" y las "normas de distribución burguesas")

[68] Trotsky, *Between Red and White,* p. 77. (Trotsky concluyó la redacción de este libro en febrero de 1922.)

[69] Véase *El profeta armado,* pp. 94-100.

en cualquier Estado obrero. De todas maneras, quienes hemos visto, en las décadas del cuarenta y el cincuenta, a la Revolución Rusa en su plena fuerza proteica, superando con mucho a la Revolución Francesa en escala y en impulso, sólo podemos sorprendernos del extraño *quid pro quo* a través del cual el fantasma termidoriano irrumpió en el escenario ruso y permaneció allí durante toda una época histórica.

El pesimismo, real y aparente, que se halla en la base de *La revolución traicionada* se pone de manifiesto también en aquellas páginas en que Trotsky trató de prever el impacto de la segunda Guerra Mundial en la Unión Soviética. Apuntó que el nuevo sistema social había asegurado "ventajas para la defensa del país en las cuales la antigua Rusia no podía pensar"; que en una economía planificada era relativamente fácil pasar de la producción civil a la militar y era posible "servir a los intereses de la defensa incluso en la construcción y equipo de las nuevas empresas". Recalcó el progreso de las fuerzas armadas soviéticas en todas las armas modernas y declaró que "la relación entre la fuerza viva y la fuerza técnica del Ejército Rojo puede considerarse al nivel de los ejércitos más avanzados de Occidente".[70] Esta no era, en 1936, una opinión generalmente aceptada por los expertos militares occidentales, y el énfasis con que Trotsky la expresó estaba indudablemente calculado para impresionar a los gobiernos y a los Estados Mayores de las potencias occidentales. Pero Trotsky veía la debilidad de las defensas soviéticas en el espíritu termidoriano de su oficialidad, en la estructura rígidamente jerárquica del ejército que iba reemplazando a su organización democrática revolucionaria, y sobre todo en la política exterior de Stalin. Argumentó que Stalin, después de subestimar primero el peligro que representaba el Tercer Reich, dependía ahora principalmente para contrarrestar ese peligro, de las alianzas con los gobiernos burgueses occidentales, de la Sociedad de las Naciones y de la "seguridad colectiva", en aras de las cuales se abstendría, en caso de guerra, de hacer cualquier llamamiento genuinamente revolucionario a los obreros y campesinos armados de las naciones beligerantes.

"¿Puede esperarse", preguntó Trotsky, "que la URSS salga de la próxima guerra sin ser derrotada? A una pregunta planteada con claridad contestamos claramente. Si la guerra no fuese más que una, su derrota sería inevitable, porque con respecto a la técnica, a la economía y al arte militar, el imperialismo es mucho más potente que la URSS; pero su acción puede verse paralizada por la revolución en Occidente, antes de que arrase con el régimen nacido en la Revolución de Octubre."[71] El Occidente, con todo y estar dividido internamente, se uniría a la larga para "impedir la victoria militar de la Unión Soviética". Mucho antes de la crisis de Munich, Trotsky observó que Francia consideraba ya su alianza con la Unión So-

[70] *The Revolution Betrayed,* pp. 196-197.
[71] *Ibid.,* p. 216.

viética como un "pedazo de papel" y seguiría considerándola así, pese a los esfuerzos de Stalin por asegurar la alianza a través del Frente Popular. La alianza cobraría realidad sólo si Stalin se resolviera a ceder más aún a las presiones económicas y políticas de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos; pero aun en ese caso los aliados se aprovecharían de las dificultades de la Unión Soviética en tiempos de guerra y tratarían de socavar los cimientos socialistas de su economía y de arrancarle grandes concesiones en favor del capitalismo. Al mismo tiempo, el individualismo del campesinado, exacerbado por la guerra, representaría una amenaza para la agricultura colectiva. Esas presiones externas e internas, concluyó Trotsky, harían más inminente el peligro de la contrarrevolución y la restauración en Rusia. La situación no era desesperada, sin embargo, porque la guerra también haría más inminente la revolución en Europa; y así, pesados todos los factores, "el régimen soviético tendría más estabilidad que los regímenes de sus probables enemigos". "La burguesía polaca... no conseguirá sino precipitar la guerra y con ella su perdición"; y "Hitler tiene muchas menos posibilidades de triunfar que Guillermo II". La confianza de Trotsky en la revolución europea era tan grande como el desaliento que le inspiraba el futuro de la Unión Soviética en caso de que no se produjera esa revolución:

> El peligro de guerra y de una derrota de la Unión Soviética es una realidad, pero la revolución es una realidad. Si la revolución no impide la guerra, la guerra podrá ayudar a la revolución. Los segundos partos son generalmente más fáciles que los primeros. En la próxima guerra, la primera insurrección no se hará esperar dos años y medio [como sucedió después de 1914]. ¡Y una vez comenzadas, las revoluciones no se detendrán a medio camino! El destino de la Unión Soviética se decidirá en definitiva no sobre los mapas de los Estados Mayores, sino sobre el mapa de la lucha de clases. El proletariado europeo, erguido contra la burguesía... será el único que podrá impedir que la Unión Soviética sea derrotada y atacada a traición por sus "aliados". Y la misma derrota de la Unión Soviética sería sólo un episodio de corta duración si el proletariado alcanzase la victoria en otros países. En cambio, ninguna victoria militar puede salvar la herencia de la Revolución de Octubre si el imperialismo se mantiene en el resto del mundo... Sin el Ejército Rojo la Unión Soviética habría sido vencida y desmembrada como China. Sólo su larga resistencia heroica y tenaz podrá crear condiciones favorables al desarrollo de la lucha de clases en los países imperialistas. El Ejército Rojo pasa a ser así un factor de inapreciable importancia histórica por el poderoso impulso que puede dar a la revolución. Pero esto no quiere decir que sea el único factor histórico.
>
> No es bajo el estandarte del *statu quo* [que la diplomacia de Stalin defendía en los años treintas] como los obreros europeos y los pueblos de las colonias pueden levantarse... La tarea del proletariado europeo no

es la de perpetuar las fronteras, sino la de suprimirlas revolucionariamente. *¿Statu quo?* ¡No! ¡Estados Unidos socialistas de Europa![72]

El resultado de la segunda Guerra Mundial habría de ser mucho menos definido que esta disyuntiva; y nada sería más fácil que sacar de *La revolución traicionada* una lista de pronósticos fallidos. Con todo, cada uno de los errores de Trotsky contiene importantes elementos de verdad y se desprende de premisas que conservan validez; y de esta suerte, todavía puede aprenderse más de sus errores que de las trivialidades correctas de la mayoría de los escritores políticos. Trotsky, en este sentido, se asemeja a Marx: su pensamiento es "algebraicamente" correcto, aun cuando sus conclusiones "aritméticas" sean erróneas. En los casos en que sus vaticinios resultaron equivocados, ello se debió a que él consideró con demasiada frecuencia la segunda Guerra Mundial en términos de la primera; pero su comprensión general de la relación entre la guerra y la revolución era profunda y sigue siendo esencial para el entendimiento de las consecuencias revolucionarias de la segunda Guerra Mundial.[73]

La revolución traicionada ha ejercido su influencia de una manera extraña y a menudo contraproducente: *pro captu lectoris.* El libro fue publicado en mayo de 1937, en medio de la matanza de los viejos bolcheviques, inmediatamente después del proceso contra Rádek, Piatakov y Sokólnikov, y en vísperas de la ejecución de Tujachevsky y los otros generales. Las descargas de los pelotones de fusilamiento de Stalin dieron una resonancia peculiar al título del libro, que sonaba como un desesperado y penetrante grito de protesta. Al resumir toda la trágica invectiva de Trotsky, sugería que la Revolución de Octubre había sufrido su última e irremediable *débâcle* y que Trotsky y sus seguidores habían renunciado a toda lealtad a la Unión Soviética. Así, la "revolución traicionada" se convirtió en una consigna desconcertante, memorable y, sin embargo, vacua; y durante largo tiempo la portada del libro causó una impresión más poderosa que el libro mismo, cerrando con frecuencia las mentes al complejo y sutil razonamiento de Trotsky. Las especulaciones de éste sobre el posible surgimiento de una nueva clase poseedora atrajo la atención de los lectores en una forma que excluía las reservas y las ideas que el autor exponía como contrapeso de las especulaciones. No pocos de sus discípulos vieron una realidad donde sólo había una mera potencialidad. La brillantez misma de su estilo polémico ayudó a producir esa reacción deformadora, pues tentó a legiones de escritores menores a imitar la invectiva del maestro, lo cual era mucho más fácil de hacer que penetrar críticamente en su pensamiento. *La revolución traicionada* no sólo se convirtió en la Biblia de las sectas y capillas trotskistas de nuevo cuño, cuyos miembros farfullaron sus versículos mucho después de

[72] *Ibid.*, pp. 219-220.
[73] Este punto aparece tratado con mayor detenimiento en el Epílogo del presente volumen.

la muerte de Trotsky. El efecto del libro se dejó sentir más generalmente en la literatura de la desilusión producida por los excomunistas occidentales en las décadas del cuarenta y el cincuenta.. Algunos de ellos vivieron de las migajas, y no las mejores, de la rica mesa de Trotsky; y se hicieron de una reputación de originalidad sirviendo esas migajas con sus propios aderezos. James Burnham, que fue trotskista en los años treintas, basó su *Revolución de los administradores* en unos cuantos fragmentos de la teoría de Trotsky arrancados de su contexto.[74] Los ecos de *La revolución traicionada* se dejan sentir en los primeros escritos de Ignazio Silone y Arthur Koestler; y el libro impresionó profundamente a George Orwell. Los fragmentos de "El Libro", que llenan tantas páginas de su *1984,* son un intento de paráfrasis de *La revolución traicionada,* del mismo modo que Emmanuel Goldstein, el enigmático antagonista del Hermano Grande, está basado en Trotsky. Y en último término, pero no por ello menos importante, muchos de los "sovietólogos" y propagandistas de la guerra fría intelectualmente ambiciosos extrajeron de esta fuente, directa o indirectamente, sus argumentos y sus frases de efecto.[75]

Pese al uso adventicio que se ha hecho de la obra, *La revolución traicionada* sigue siendo un clásico de la literatura marxista. Pero éste es el libro más difícil de Trotsky, y sólo el lector que se acerque a él con discernimiento, sin aceptarlo o rechazarlo *in toto,* puede obtener provecho de su lectura. Goethe dijo una vez, refiriéndose a Lessing, que, siendo éste el pensador más grande de su generación, su influencia en los contemporáneos sólo era leve e incluso dañina en parte, porque sólo una inteligencia igual a la de Lessing podía absorber la plena complejidad de su pensamiento; Lessing, por consiguiente, influyó en la mentalidad alemana sólo de manera indirecta y póstuma. Lo mismo sucedió con el autor de *La revolución traicionada,* y ello explica la influencia deformada y deformadora del libro en el Occidente. En nuestro tiempo, sin embargo, sus ideas viven ya en el ambiente de la Unión Soviética, donde los escritos de Trotsky están prohibidos todavía. Los Jourdain soviéticos que hablan en su prosa sin saberlo, forman legión: se les encuentra en las universidades, las fábricas, los clubs literarios, las células de la Komsomol y aun en los círculos gobernantes. Para dar sólo unos cuantos ejemplos tomados al azar: el veredicto de Trotsky en el sentido de que la era de Stalin "entrará a la historia como la era de los mediocres, los laureados y los astutos", ha venido a ser generalmente aceptado. ¿Quién no coincide ahora con Trotsky en que bajo

[74] Véase más adelante, pp. 424-427.

[75] En 1961 una dependencia del gobierno norteamericano publicó un folleto bajo el título de *The Revolution Betrayed,* cuyo propósito era justificar la campaña norteamericana contra Cuba. El hombre al que el Departamento de Estado, el Pentágono, los antiguos propietarios de la empresas azucareras cubanas y algunos "radicales" denunciaban como traidor a la revolución, era Fidel Castro. Una invasión a Cuba, auspiciada por los Estados Unidos, tenía la supuesta finalidad de devolver a la Revolución Cubana su pureza prístina.

el stalinismo "las escuelas literarias fueron estranguladas una tras otra"?, y que

> El proceso de exterminio se extendió no sólo a la literatura sino a todos los dominios de la ideología. Los actuales dirigentes se consideran llamados a controlar políticamente la vida espiritual y a dirigir su desarrollo. El método de la orden inapelable se ejerce tanto en los campos de concentración como en la agronomía y la música. El órgano central del Partido publica artículos anónimos que semejan órdenes militares, para regir la arquitectura, la literatura, el teatro, el ballet, por no mencionar la filosofía, las ciencias naturales y la historia. La burocracia tiene un temor supersticioso de todo lo que no le sirve directamente y de todo lo que no entiende.[76]

Si afortunadamente no todo esto sigue siendo cierto, una buena parte lo es aún; y como crítico del legado del stalinismo, el Trotsky difunto todavía habla con mayor fuerza que todos los "desestalinizadores" vivientes:

> La escuela y la vida social de los escolares y estudiantes están saturadas de formalismo e hipocresía. Los niños han aprendido a participar en una cantidad de reuniones desesperantes de aburrimiento, con su inevitable presidencia de honor, su ensalzamiento de los jefes bienamados, sus debates conformistas estudiados de antemano, durante los cuales, así como entre los adultos, se dice una cosa y se piensa otra... Los más reflexivos de entre los pedagogos y autores de libros para niños, a despecho de su optimismo oficial, no siempre ocultan su espanto ante la coacción, la hipocresía y el tedio que abruman a las escuelas... El pensamiento y el carácter independientes no pueden desarrollarse sin crítica. Ahora bien, la juventud soviética carece de la más elemental posibilidad de cambiar ideas, de equivocarse, de rectificar o verificar los errores, tanto los propios como los ajenos. Todas las cuestiones... son resueltas sin ella. Sólo se le permite cumplir las decisiones y cantar alabanzas a quienes las toman... Así se explica el hecho de que los millones de miembros de las juventudes comunistas no hayan producido una sola personalidad relevante.
>
> Al lanzarse a la técnica, las ciencias, la literatura, los deportes, el ajedrez, la juventud parece estar haciendo el aprendizaje de grandes actividades. En todos estos dominios, rivaliza con la antigua generación, mal preparada, a la cual deja atrás. Pero en su contacto con la política se quema los dedos.

Y cuán vivas están aún la ira, la fe y la visión proféticas que inspiraron palabras como éstas:[77]

[76] Trotsky, *The Revolution Betrayed,* p. 173.
[77] *Ibid.,* p. 125.

> ...el establecimiento real de una sociedad socialista podrá lograrse y se logrará, no por medio de estas humillantes medidas de un capitalismo atrasado a que está recurriendo el gobierno soviético, sino a través de métodos más dignos de una humanidad liberada; y, sobre todo, no bajo el látigo de una burocracia, pues ese látigo es precisamente la herencia más repugnante del antiguo mundo. Habrá que romperlo en pedazos y quemarlo en una hoguera pública antes de que se pueda hablar de socialismo sin ruborizarse de vergüenza.

Los meses durante los cuales Trotsky escribió *La revolución traicionada* fueron, a pesar del intenso trabajo, un respiro. La rutina diaria era rara vez interrumpida por los visitantes o para hacer una excursión por la desnuda y rocosa campiña del norte. Una vez por semana los Trotsky y los Knudsen iban al cine de Honnefoss para ver una vieja y borrosa película norteamericana. Tan bien le iba a Trotsky con su trabajo, que una vez concluida *La revolución traicionada* pensó continuar inmediatamente la redacción del *Lenin*. Por fin había encontrado, al parecer, la seguridad de un verdadero asilo. Con todo, de cuando en cuando aparecía una pequeña nube. En el otoño debían celebrarse elecciones, y ya en el verano un pequeño partido pro-nazi, el Sammling Nacional, había empezado a atacar al gobierno por poner en peligro la paz y la seguridad al brindar refugio a Trotsky. El jefe del partido era el comandante Quisling, que pocos años más tarde, bajo la ocupación alemana, habría de convertirse en jefe de un gobierno pelele y cuyo nombre se haría entonces sinónimo de "colaborador" con el ocupante. En el momento que relatamos, sin embargo, sus seguidores eran escasos y pertenecían a la minoría lunática; sus pronunciamientos, por consiguiente, atraían poca atención. Mayor preocupación causaban los ataques del *Arbeideren*, el periódico comunista. Aunque también tenía pocos lectores, expresaba las opiniones de la embajada soviética cuando acusaba a Trotsky de utilizar a Noruega como "base para las actividades terroristas dirigidas contra la Unión Soviética y sus dirigentes, sobre todo contra el más grande de los dirigentes del proletariado mundial en nuestro tiempo: Stalin..." "¿Hasta cuándo", preguntaba el periódico, "tolerarán esto los trabajadores noruegos? ¿Qué tiene que decir el Buró Central del Partido Laborista noruego? ¿Qué tiene que decir el Gobierno noruego?" Esta fue la primera ocasión en que se alegó que Trotsky "usaba a Noruega como base para actividades terroristas": pocos meses más tarde Vishinsky repetiría la acusación.

El Partido Laborista rechazó firmemente la imputación. "¿Qué fin persigue todo esto?", replicó Schöffle. "¿Hacer que los trabajadores noruegos crean una mentira... y obligar al gobierno noruego a poner a Trotsky bajo arresto? Pues bien, señores, ninguna de las dos cosas sucederá. Ustedes no engañarán tan fácilmente ni a los trabajadores noruegos ni al gobierno laborista de Noruega..." Otros portavoces del partido que ocu-

paban puestos públicos replicaron en el mismo tono.[78]

La policía noruega, sin embargo, mantenía a Trotsky bajo estricta vigilancia e informaba regularmente al ministro de Justicia no sólo sus propios hallazgos, sino también las comunicaciones recibidas de la policía belga y la francesa. Un Sherlock Holmes en Bruselas había descubierto que Trotsky era el verdadero inspirador y jefe de la Cuarta Internacional, y en el cuartel general de la policía de Oslo mentes cautelosas indagaron si la alarmante información era correcta. La policía francesa la confirmó y expresó su preocupación por los viajes de los secretarios de Trotsky, todos ellos agentes de la Cuarta Internacional. Esta hazaña de investigación policiaca sólo pudo divertir a los ministros noruegos: no hacía mucho que ellos mismos, o algunos entre ellos, se habían inclinado a ingresar en la organización subversiva. De todas maneras, para apaciguar a la policía, el ministro de Justicia ordenó la deportación de Jan Fraenkel, uno de los secretarios de Trotsky. Su lugar, sin embargo, no tardó en ser ocupado por Erwin Wolf, quien permaneció en Vexhall durante un año aproximadamente sin ser molestado y se casó con la hija de Knudsen. Para evitar fricciones innecesarias, Trotsky pidió a sus seguidores que eliminaran su nombre del "Ejecutivo Internacional" de su organización, y publicó artículos sobre los asuntos internos del trotskismo anónimamente o con un seudónimo.[79] Se negó a conceder entrevistas a los periódicos extranjeros y se abstuvo tan escrupulosamente de intervenir, aunque fuera en la forma más inocua, en la política noruega, que cuando Knudsen, candidato a un escaño en el Parlamento, lo invitó a asistir a sus mítines electorales como espectador, Trotsky se negó. Solía acompañar a Knudsen y esperarlo en el automóvil de éste hasta que el mitin terminaba.[80] La policía informó cumplidamente al ministro que la conducta de Trotsky en este sentido era irreprochable. "Nosotros sabíamos, por supuesto, que Trotsky continuaba escribiendo sus comentarios sobre asuntos internacionales", dice Koht, el Ministro de Relaciones Exteriores, "pero considerábamos que era nuestro deber respetar su derecho a hacerlo bajo el principio democrático de asilo."[81] El gobierno se sentía tan satisfecho que en dos ocasiones prorrogó automáticamente el permiso de residencia de Trotsky, sin objeción alguna.

Ello no obstante, cuando en el verano de 1936 Koht viajó en misión oficial a Moscú y fue ostentosamente agasajado allí, Trotsky esperó su regreso con aprensiones. "En el Kremlin están regateando el precio de

[78] *Arbeideren*, 12 de diciembre y *Serlandet*, 16 de diciembre de 1935.

[79] "Crux" fue el seudónimo que Trotsky utilizó con mayor frecuencia en este periodo; también sostuvo parte de su correspondencia con sus partidarios en París y Amsterdam en clave. La contracifra de la clave se encuentra en *The Archives*, Sección cerrada. Véase también Krog, *op. cit.*, pp. 245-246.

[80] Así me lo ha contado el propio Knudsen.

[81] El profesor Koht hizo esta declaración a principios de 1937, y me la repitió enfáticamente durante mi visita a Oslo en 1956.

mi cabeza", le dijo a Knudsen. "¿Cree usted", preguntó Knudsen con alarma e incredulidad, "que nosotros, el Partido Laborista noruego, estamos dispuestos a vender su cabeza?" "No", contestó Trotsky para no herir los sentimientos de su anfitrión, "pero sí creo que Stalin está dispuesto a comprarla."[82] Según el propio Koth, su viaje a Moscú fue sólo una visita de cortesía: habiendo estado anteriormente en Varsovia como huésped del gobierno polaco, quería evitar que Moscú tuviera la impresión de que él se había "confabulado" con los polacos. Durante su visita, dice Koht, el asunto del asilo de Trotsky nunca se tocó. Sólo una vez en Ginebra, en una sesión de la Sociedad de las Naciones, Litvínov hizo una alusión al tema, con tacto y en una conversación privada.[83] El testimonio de Koht es digno de crédito: Stalin difícilmente habría negociado sobre la cabeza de Trotsky con Koth, un erudito-diplomático de carácter suave y poco mundano; para eso tenía que encontrar a un personaje mucho más curtido.

La sospecha de Trotsky se derivaba del enorme incremento del terror antitrotskista en la Unión Soviética. Hacía poco había recibido informes de primera mano sobre esto de tres partidarios suyos que venían directamente de las cárceles y los campos de concentración soviéticos. Eran: A. Tárov, un obrero ruso y viejo bolchevique; Anton Ciliga, antiguo miembro del Politburó del Partido Comunista yugoslavo; y Victor Serge, a cuyo papel en la Oposición rusa nos hemos referido con frecuencia.[84] Serge debía su libertad a la intervención personal de Romain Rolland ante Stalin; Ciliga había sido liberado a instancias de amigos de Europa occidental; y Tárov había cruzado secretamente la frontera. Tárov relató que, impresionado por el ascenso del nazismo, había estado dispuesto a hacer las paces con el stalinismo y había negociado con la GPU sobre los términos de su capitulación. "¿Acepta usted o no", le habían preguntado, "que Trotsky es el jefe de la vanguardia de la contrarrevolución burguesa?" Esa era la fórmula que se les exigía aceptar entonces a los capituladores. Tárov replicó que, en su opinión, "Trotsky es el hombre más dedicado a la causa del proletariado mundial, un revolucionario infatigable al que considero mi amigo y camarada en una causa común." Durante muchas noches fue

[82] Trotsky, *Stalins Verbrechen; The Case of Leon Trotsky,* p. 33; declaración de Knudsen al autor de este libro.

[83] Así me ha explicado Koht sus motivaciones (añadiendo que desde hacía mucho tiempo estaba en contacto con los círculos académicos de Moscú en relación con sus investigaciones sobre los orígenes de las relaciones ruso-noruegas).

[84] *The Archives,* Sección cerrada. La "Carta de un bolchevique leninista evadido" apareció en *B. O.*, núm. 45, 1935. El relato de Ciliga sobre el terror stalinista apareció en *B. O.* núms. 47, 48, 49. La "Carta Abierta a André Gide", de Victor Serge, en la que éste denuncia el régimen stalinista ante aquél, que todavía juzgaba favorablemente a Stalin, fue publicada en *B. O.*, núm. 51, 1936. Estos números de *B. O.* contenían abundante información reciente de la URSS. Véase también la correspondencia entre Liova y Serge, de abril de 1936, en *The Archives,* Sección cerrada.

interrogado y sometido a presiones para que repudiara a Trotsky; pero él no cedió.[85]

Los tres hombres describieron la nueva y cataclísmica violencia del terror: los enormes campos de concentración creados en toda la URSS, la despiadada brutalidad con que eran tratados los reclusos desde la muerte de Kírov, y las torturas y los engaños con que la GPU arrancaba "confesiones". Pese a toda la severidad de sus críticas a Stalin, Trotsky no había tenido plena conciencia del punto a que había llegado la situación. Al igual que cualquier emigrado político, había conservado en cierta medida la imagen de su país tal cual lo había conocido, cuando el terror había sido mucho más reducido en su alcance y mucho más benigno. Los nuevos relatos (y el recién publicado *Retour de l'URSS* de André Gide) lo llenaron de vergüenza e indignación, y lo confirmaron en su determinación de repudiar todas las "ilusiones reformistas" y de dar la expresión más categórica posible a su rompimiento con la Comintern.

Debe añadirse que los susodichos informes apenas dejaban algún rayo de esperanza para la Oposición, pues al mismo tiempo que se referían a la depravación del grupo gobernante y al odio y el desprecio que lo rodeaban, describía también, en los términos más sombríos, la total dispersión e impotencia de la Oposición.[86] Para Trotsky sólo debe de haber sido un amargo consuelo saber cómo la gente de la condición de Tárov seguía defendiendo su honor en las mazmorras y en los campos de reclusión. Esos hombres parecían ser los últimos mohicanos de la Oposición. Con todo, antes de terminar 1935, se anunciaron nuevas expulsiones en masa del Partido. El 30 de diciembre, Jruschov, entonces Secretario del Comité de Moscú, declaró que en la capital solamente 10 000 miembros habían sido expulsados, y desde Leningrado Zhdanov informó sobre la expulsión de 7 000 más. A lo largo y a lo ancho del país, 40 000 personas cuando menos perdieron su condición de militantes del Partido, muchas más fueron expulsadas de la Komsomol, acusadas en su mayoría de ser trotskistas y zinovievistas. Aun cuando sólo la mitad o la tercera parte de esa masa hubiese estado formada por oposicionistas auténticos, su número habría sido muy superior a los 4 000 o 6 000 que habían firmado la Plataforma de la Oposición Conjunta en 1927.[87] ¿Era éste un nuevo auge de la Oposición?, se preguntó Trotsky; y, pese a los deprimentes informes de Serge y Ciliga, se expresó en tono optimista:

...bajo la influencia de la prensa stalinista y sus agentes (del tipo de

[85] Tárov, *loc. cit.*

[86] Posteriormente Ciliga presentó una descripción en gran escala de la situación en su libro *Au pays du grand mensonge*. Serge también describió, en su correspondencia con Liova, la desintegración de la Oposición. Tal era la desorganización, según el viejo Elzin, un trotskista eminente (a quien Serge citaba), que "es imposible encontrar a dos camaradas que sustenten la misma opinión: lo que nos une es la GPU".

[87] *El profeta desarmado*, p. 341.

Louis Fischer y sus semejantes), no sólo nuestros enemigos sino muchos de nuestros amigos en el Occidente se han acostumbrado a pensar, sin darse cuenta de ello, que si aún existen bolcheviques leninistas en la URSS, sólo existen como condenados a trabajos forzados. ¡No, no es así! Es imposible erradicar el programa marxista y una gran tradición revolucionaria a través de métodos policiacos... Si no como doctrina, entonces como actitud, como tradición y como bandera, nuestro movimiento tiene ahora un carácter de masas en la URSS y absorbe evidentemente nuevas fuerzas. De los 10 000 a 20 000 "trotskistas" expulsados en los últimos meses, no hay más de unas decenas, tal vez unos centenares... de hombres de la vieja generación, oposicionistas de las promociones de 1923-28. La masa está formada por nuevos reclutas... Puede decirse con confianza que, a despecho de trece años de hostigamiento, calumnia y persecución, inigualados en perversidad y salvajismo, a despecho de las capitulaciones y las defecciones, más peligrosas que la persecución, la Cuarta Internacional posee ya su sección más fuerte, más numerosa y más templada en la URSS.[88]

Esto parecía contradecir las anteriores y resignadas declaraciones de Trotsky en el sentido de que no cabía esperar ninguna iniciativa revolucionaria desde dentro de la Unión Soviética, ni siquiera de sus propios seguidores. Como "actitud, tradición y bandera", si no como un partido organizado, el trotskismo seguía tan vivo como siempre. Y tanto Stalin como Trotsky sabían que, en circunstancias favorables, "una actitud y una tradición" podían convertirse fácilmente en un partido. Stalin, por consiguiente, preparaba su embestida final contra el trotskismo. Mientras tanto, en la primavera y comienzos del verano de 1936, prevaleció una calma ominosa.

En Europa occidental éste fue el momento de auge del Frente Popular. Los partidos del Frente Popular habían obtenido una victoria electoral abrumadora en Francia; y ello estimuló a los obreros a plantear demandas, ingresar en los sindicatos por millones, ocupar fábricas y efectuar huelgas y manifestaciones en escala nacional. "La revolución francesa ha comenzado", proclamó Trotsky en el título de un artículo que escribió para la revista norteamericana *The Nation*. (El diario conservador *Le Temps* se refirió a *"les grandes manoeuvres de la révolution"*.) Trotsky señaló el colapso de la economía francesa, la agudización de los antagonismos de clase, el pánico de las clases poseedoras y sus partidos, y el ímpetu del movimiento de masas. "Toda la clase obrera ha empezado a movilizarse. Esta masa gigantesca no será detenida con palabras. La lucha está destinada a terminar de una de dos maneras: con la suprema victoria o con la más terrible de las derrotas." Los jefes del Frente Popular cortejaban la derrota; hacían todo lo posible por sojuzgar la energía y la confianza de los

[88] *B. O.*, núm. 48, 1936.

trabajadores en sí mismos y por tranquilizar a la burguesía. "Los socialistas y los comunistas han estado trabajando con toda su fuerza en favor de un gobierno encabezado por Herriot, o en el peor de los casos por Daladier. ¿Qué han hecho las masas? Les han impuesto el gobierno de Blum. ¿No equivale esto a un voto directo contra la política del Frente Popular?" Por el momento la contrarrevolución permanecía agazapada, en espera de que la tormenta pasara y preparándose para un contraataque, "Sería frívolo sostener que sus cálculos son infundados. Con ayuda de Blum, Jouhaux y Cachin, la contrarrevolución todavía puede lograr su propósito." Durante años el Partido Comunista había clamado por *Les Soviets partout;* pero ahora, cuando había llegado el momento de pasar de las palabras a los hechos, de movilizar y armar a los trabajadores y de formar Consejos de Obreros, declaraba que la consigna era "inoportuna". Trotsky también dirigía esta advertencia a sus propios seguidores: "El partido o grupo que no pueda encontrar un asidero en el actual movimiento huelguístico y establecer sólidos vínculos con los trabajadores en lucha, no es digno de llamarse una organización revolucionaria." Ni por primera ni por última vez sus seguidores fueron incapaces de encontrar el "asidero".

El 4 de agosto, poco después de enviar a sus editores el prefacio de *La revolución traicionada,* Trotsky salió de vacaciones en compañía de Knudsen, dirigiéndose a una pequeña isla desierta en un fiordo del sur. Viajaron en automóvil y, durante el trayecto, Knudsen observó que unos cuantos hombres, a los que reconoció como partidarios de Quisling, los seguían. Al llegar a un *ferry,* sin embargo, logró despistarlos; y, satisfechos con esto, él y Trotsky cruzaron el fiordo, alcanzaron la isla y se alojaron para pasar la noche en la cabaña de un pescador.

A la mañana siguiente fueron despertados por un mensaje urgente enviado desde Vexhall. Durante la noche un grupo de seguidores de Quisling, disfrazados de policías, habían penetrado en la residencia de Knudsen y, alegando que tenían órdenes de efectuar un allanamiento, habían tratado de entrar por la fuerza en las habitaciones de Trotsky. La hija de Knudsen, sospechando un fraude, les opuso resistencia mientras su hermano ponía en guardia a los vecinos. Los intrusos se dieron a la fuga, apoderándose únicamente de unas cuantas cuartillas mecanografiadas que había sobre una mesa. Aprehendidos por la policía, declararon que habían planeado penetrar en la casa durante la ausencia de Trotsky, y que, habiendo intervenido el teléfono de Knudsen, sabían cuándo se hallarían fuera éste y Trotsky. No se trataba, pues, de un atentado a la vida de Trotsky. El propósito de los asaltantes era obtener pruebas de la actividad política de Trotsky y de su transgresión de las condiciones bajo las cuales residía en Noruega, pruebas que el partido de Quisling se proponía utilizar en las elecciones. Los asaltantes pretendían haber cumplido su propósito.

El incidente parecía ridículo. Trotsky estaba seguro de que los hombres

de Quisling no podían haber obtenido ninguna prueba de una transgresión que él no había cometido. Tampoco podían haber sacado nada importante de sus archivos, que Knudsen, como medida de precaución, había depositado en una caja de seguridad en una institución bancaria antes de salir de vacaciones. Y así, después de un momento de excitación, Trotsky y Knudsen volvieron a trepar por las rocas y a pescar. Una semana más tarde, el 13 o el 14 de agosto, un pequeño avión aterrizó en la isla, y de él descendió el jefe de la policía judicial noruega. Este venía, por órdenes de Trygve Lie, a interrogar a Trotsky en relación con el próximo proceso contra los seguidores de Quisling. Sus preguntas tuvieron que ver con los papeles que estos últimos habían sacado de la casa de Knudsen, una copia de una carta personal de Trotsky a uno de su seguidores franceses y su artículo "La revolución francesa ha comenzado", al que ya nos hemos referido. Trotsky contestó a todas las preguntas que le fueron hechas, y el oficial policiaco regresó para informar a la prensa que las acusaciones nazis contra Trotsky eran absolutamente infundadas.[89]

Temprano por la mañana del día siguiente Knudsen escuchó, como de costumbre, las noticias transmitidas por la radio. La recepción no era muy clara: en la isla no había electricidad y Knudsen sólo disponía de un pequeño radio portátil. Pero lo que escuchó fue suficiente para hacerlo llegar corriendo junto a Trotsky: Moscú acababa de anunciar que Zinóviev, Kámenev y otros catorce reos serían procesados dentro de poco, acusados de traición, conspiración e intento de asesinar a Stalin. A continuación se transmitió un extenso alegato acusatorio en el que se calificaba a Trotsky como el principal instigador de los reos, Knudsen no estaba seguro de los detalles, pero no tenía dudas de que Zinóviev y Kámenev estaban acusados de terrorismo y también de colusión con la Gestapo. Trotsky se sintió anonadado. "¿Terrorismo? ¿Terrorismo?", repitió una y otra vez. "Bueno, esa acusación todavía puedo entenderla. Pero, ¿la Gestapo? ¿Dijeron la Gestapo? ¿Está usted seguro de eso?", preguntó asombrado. "Sí, eso fue lo que dijeron", confirmó Knudsen. Horas más tarde se enteraron de que la acusación también afirmaba que Noruega era el lugar desde donde Trotsky despachaba terroristas y asesinos hacia la Unión Soviética. Los dos hombres se sintieron como si las rocas de la apacible isla en el fiordo hubiesen saltado súbitamente entre llamas y lava. Regresaron a Vexhall a toda prisa.

El mismo día, 15 de agosto, Trotsky refutó las acusaciones, describiéndolas ante la prensa como "el fraude más grande en la historia política del mundo". "Stalin está montando este proceso con el fin de reprimir el descontento y la oposición. La burocracia gobernante considera toda crítica y toda forma de oposición como una conspiración." La acusación

[89] Trotsky, *Stalins Verbrechen;* Krog, *op. cit.; The Archives;* declaraciones de Knudsen y otras personalidades oficiales noruegas.

de que él estaba utilizando a Noruega como base de actividades terroristas, dijo, tenía por objeto privarlo de asilo y de la posibilidad de defenderse. "Declaro enfáticamente que desde que me encuentro en Noruega no he tenido relación alguna con la Unión Soviética. No he recibido ni siquiera una sola carta de allí, ni he escrito a nadie, ya sea directamente o a través de otras personas. Mi esposa y yo no hemos podido intercambiar un sol renglón con nuestro hijo, que estaba empleado como científico y no ha tenido absolutamente ninguna relación política con nosotros." Propuso que el gobierno noruego investigara las acusaciones, declarándose dispuesto a poner a su disposición todos los papeles y materiales pertinentes a tal fin. Y también se dirigió a las organizaciones obreras de todos los países para pedir la creación de una Comisión Investigadora internacional.[90]

Así se produjo la culminación del terror que él había vaticinado tantas veces. Era más horrible y más amenazante que todo lo que él había previsto. Con los oídos adheridos una vez más al aparato de radio, escuchó, del 19 al 20 de agosto, los informes sobre el proceso. Hora tras hora absorbió su horror, a medida que el fiscal, los jueces y los acusados ponían en escena un espectáculo tan alucinante en su masoquismo y su sadismo que parecía superar a la imaginación humana. Desde un principio se hizo claro que las cabezas de los dieciséis acusados estaban en juego, y con ellas las de Trotsky y Liova. (En el pliego acusatorio figuraba Liova como el principal ayudante de su padre.) A medida que el proceso se desarrollaba, se hizo obvio que éste sólo podía ser el preludio de la destrucción de toda una generación de revolucionarios. Pero lo peor de todo era la manera como se arrastraba a los acusados por el lodo y se les hacía reptar hacia su muerte en medio de denuncias y autodenuncias indescriptiblemente nauseabundas. Comparado con todo aquello, las pesadillas de la Revolución Francesa, las carretas que conducían a los condenados al cadalso, la guillotina y las luchas fratricidas de los jacobinos, parecían ahora un drama de dignidad casi recatada y solemne. Robespierre había sentado a sus adversarios en el banquillo entre ladrones y delincuentes y había lanzado sobre ellos acusaciones fantásticas, pero no les había impedido defender su honor y morir como combatientes. Danton cuando menos tuvo libertad para exclamar: "¡Después de mí vendrá tu turno, Robespierre!" Stalin arrojaba a sus adversarios deshechos a insondables profundidades de humillación autoimpuesta. Obligaba a los jefes y pensadores del bolchevismo a comportarse como las desdichadas mujeres medievales que tenían que relatar ante la Inquisición cada uno de los actos de su brujería y cada detalle de su libertinaje con el demonio. He aquí, por ejemplo, el diálogo de Vishinsky con Kámenev, sostenido al alcance del oído del mundo entero:

[90] Citado de los originales en *The Archives.*

Vishinsky: ¿Qué juicio merecen los artículos y las declaraciones que usted escribió expresando su lealtad al Partido?
¿Fueron un engaño?
Kámenev: No, fueron algo peor que un engaño.
Vishinsky: ¿Perfidia?
Kámenev: Peor que eso.
Vishinsky: ¿Peor que el engaño, peor que la perfidia? Encuentre entonces la palabra. ¿Fue traición?
Kámenev: Usted ha encontrado la palabra.
Vishinsky: Acusado Zinóviev, ¿corrobora usted esto?
Zinóviev: Sí.
Vishinsky: ¿Traición? ¿Perfidia? ¿Doblez?
Zinóviev: Sí.

Y he aquí como concluyó Kámenev su *mea culpa:*

Dos veces se me ha perdonado la vida, pero para todo existe un límite, existe un límite para la magnanimidad del proletariado, y a ese límite hemos llegado nosotros... Aquí estamos sentados junto a los agentes de las policías secretas extranjeras. Nuestras armas fueron las mismas, nuestras armas se entrelazaron antes de que nuestro destino se entrelazara aquí, en este banquillo. Le hemos servido al fascismo, hemos organizado la contrarrevolución contra el socialismo. Tal fue el camino que seguimos, y tal es el pozo de despreciable traición en que hemos caído.[91]

A continuación habló Zinóviev:

Soy culpable de haber sido el organizador, segundo sólo después de Trotsky, del bloque trotskista-zinovievista, que se fijó el objetivo de asesinar a Stalin, Voroshílov y otros dirigentes... Me declaro culpable de haber sido el principal organizador del asesinato de Kírov. Formamos una alianza con Trotsky. Mi defectuoso bolchevismo se transformó en antibolchevismo y, a través del trostkismo, llegué al fascismo. El trotskismo es una variante del fascismo, y el zinovievismo es una variante del trotskismo.[92]

Iván Smirnov, que había derrotado a Kolchak en la guerra civil y se había sentado junto a Trotsky en el Consejo Militar Revolucionario, declaró:

No existe otro camino para nuestro país que no sea el que ahora sigue; y no hay, ni puede haber, otra jefatura que la que la historia nos ha

[91] *Sudebnyi Otchet po Delu Trotskistkovo-Zinovievskovo Terroritskovo Tsentra*; las citas están tomadas de la versión inglesa oficial de las actas, pp. 68, 169-170.
[92] *Ibid.*, p. 170.

dado. Trotsky, que envía directivas e instrucciones sobre el terrorismo y considera a nuestro Estado como un Estado fascista, es un enemigo. Está del otro lado de la barricada.[93]

Mrachkovsky, otro de los viejos compañeros de Trotsky y también un héroe de la guerra civil, dijo:

¿Por qué tomé el camino contrarrevolucionario? Mi relación con Trotsky me condujo a ello. Desde el momento en que comencé esa relación empecé a engañar al Partido, a engañar a sus dirigentes.[94]

Bakáiev, el intrépido jefe de la Cheka durante la guerra civil y jefe de las manifestaciones de la Oposición en 1927, confesó:

Los hechos revelados ante este tribunal demuestran ante el mundo entero que el organizador de este... bloque terrorista contrarrevolucionario, su espíritu inspirador, es Trotsky... Me he jugado la cabeza una y otra vez en beneficio de Zinóviev y Kámenev. Me siento profundamente oprimido por la idea de que me convertí en un instrumento dócil en sus manos, en un agente de la contrarrevolución, y de que levanté mi brazo contra Stalin.[95]

Durante horas, Vishinsky, el exmenchevique que se había pasado a los bolcheviques triunfantes bastante tiempo después de la guerra civil y que ahora era Fiscal General, dio rienda suelta a su virulencia en un tono de histeria deliberadamente afectado:

Estos perros rabiosos del capitalismo trataron de descuartizar lo mejor de lo mejor de nuestro país soviético. Mataron a uno de los hombres de la revolución que nos era más querido, a aquel hombre admirable y maravilloso, brillante y alegre como brillante y alegre era siempre la sonrisa de sus labios, como brillante y alegre es nuestra nueva vida. Mataron a nuestro Kírov, nos hirieron cerca de nuestro mismo corazón... El enemigo es astuto, y con un enemigo astuto no se debe tener piedad... Todo nuestro pueblo se estremece de indignación; y en nombre del Ministerio Público yo uno mi voz colérica e indignada a los millones de voces atronadoras... ¡Pido que cada uno de los perros rabiosos sea fusilado![96]

Al cabo de cinco días llenos de grosera vituperación e insultos obscenos,

[93] *Ibid.,* pp. 171-172.
[94] *Ibid.,* p. 165.
[95] *Ibid.,* p. 168.
[96] *Ibid.,* pp. 120, 164.

días durante los cuales la parte acusadora no presentó una sola prueba, el tribunal pronunció un veredicto que condenaba a muerte a todos los acusados y concluía declarando que,

> Liov Davidóvich Trotsky y su hijo Liov Lvovich Sedov... convictos... de haber preparado directamente y dirigido personalmente la organización de actos terroristas en la URSS... están sujetos, en caso de ser descubiertos en territorio de la URSS, a inmediato arresto y proceso por el Colegio Militar de la Suprema Corte de la URSS.

Stalin había escogido deliberadamente el momento para montar el proceso: inmediatamente después de la entrada de Hitler en la Renania y poco después de la formación del gobierno del Frente Popular en Francia. Así chantajeaba al movimiento obrero y a la intelectualidad de izquierda del Occidente, que lo veían como su aliado contra Hitler. Ante ellos esgrimía en efecto la amenaza de que, en caso de haber protestas contra sus purgas, él, como represalia, rompería el Frente Popular y dejaría que Europa occidental se enfrentara sola al Tercer Reich. En su provecho obraba la sombría irracionalidad del proceso que confundía a personas que podrían haber elevado sus voces contra una infamia comprensible para ellas, pero que se sentían completamente renuentes a protestar contra un oscuro y sangriento misterio y, en consecuencia, a tener nada que ver con el asunto.

Con todo lo deprimentes que fueron el proceso y las ejecuciones, despertaron en Trotsky todo su espíritu combativo. Se decidió a enfrentarse al desafío con todo el poder y la confianza concentrados con que antaño había dirigido las primeras batallas de la guerra civil. El había sido el principal acusado en el proceso de Zinóviev y Kámenev; y sabía que habría nuevos procesos, en los cuales se le haría soportar una carga más pesada aún de acusaciones cada vez más formidables. Luchó por su cabeza y por su honor, por sus hijos sobrevivientes y por la dignidad de todos los viejos bolcheviques condenados que no podían defenderse. Puso de manifiesto las contradicciones y los absurdos que plagaron el proceso. Esforzó todos su nervios para denunciar su falsedad y para desbaratar su misterio. Sabía que estaba solo frente al inmenso poder de Stalin y las legiones de propagandistas que le servían. Pero al menos gozaba de libertad para hablar y organizar su contraataque; y estaba decidido a utilizar esa libertad al máximo. El segundo día del proceso concedió una entrevista exhaustiva al *Arbeiderbladet*, que la publicó al día siguiente, 21 de agosto, en primera plana (bajo el título de "Trotsky afirma que las acusaciones de Moscú son falsas"), y no dejó dudas entre sus lectores en cuanto a sus simpatías por la posición de Trotsky. Este preparó declaraciones para las agencias telegráficas norteamericanas, británicas y francesas y para

[97] *Ibid.*, p. 180.

muchos periodistas, que acudieron rápidamente a Oslo. El se hallaba en lo más recio del combate, y el tiempo era esencial: tenía que refutar las acusaciones de Stalin antes de que la asombrada y estupefacta sensibilidad del mundo quedara embotada. Todo lo que necesitaba era libertad para defenderse.

De esa libertad se vio súbita e insidiosamente despojado; y quienes lo despojaron de ella fueron los hombres que acababan de profesarle amistad, que le habían rendido tributo de admiración y se enorgullecían de haberle brindado asilo. El 26 de agosto, un día después del fin del proceso de Moscú, dos oficiales policiacos de alto rango lo visitaron para decirle, siguiendo órdenes del ministro de Justicia, que él había infringido las condiciones de su permiso de residencia. Le pidieron que firmara una promesa de que en lo futuro se abstendría de intervenir "directa o indirectamente, oralmente y por escrito, en las cuestiones del momento en otros países", y que como escritor "limitaría estrictamente su actividad a obras históricas y observaciones teóricas generales no dirigidas a ningún país específico".[98] La exigencia sonaba a burla. ¿Cómo podía él abstenerse de expresar su opinión sobre "cuestiones del momento en otros países" ahora, cuando Stalin lo había denunciado como cómplice de Hitler y cabecilla de una pandilla de saboteadores y asesinos? ¿Cómo podía limitarse a hacer "observaciones teóricas no dirigidas a ningún país específico"? Su silencio sólo podría conferir verosimilitud a las calumnias que Stalin levantaba contra él a oídos del mundo entero. Se negó rotundamente a firmar. La policía lo puso entonces bajo arresto domiciliario, colocó guardias a su puerta y le prohibió publicar ninguna declaración.

¿Cuál fue la razón de este súbito cambio en la actitud del gobierno noruego? El 29 de agosto, Yakubovich, el embajador soviético, presentó en Oslo una nota formal que exigía la expulsión de Trotsky. La nota insistía en que éste estaba usando a Noruega como "base para su conspiración"; invocaba el veredicto de la Suprema Corte de Moscú y terminaba con la siguiente amenaza ligeramente velada: "El gobierno soviético hace saber que el mantenimiento de la concesión de asilo a Trotsky... deteriorará las relaciones amistosas entre la URSS y Noruega y violará... las reglas que rigen la convivencia internacional."[99] Esto sucedió tres días después que Trotsky fue puesto bajo arresto domiciliario, circunstancia que permitió a Trygve Lie sostener que la acción tomada por él contra Trotsky no era resultado de la intervención soviética. Sin embargo, el embajador soviético había pedido ya la expulsión de Trotsky unos días

[98] Ministerio de Justicia y Policía de Noruega, *Storing Report no. 19,* presentado por el señor Trygve Lie el 18 de febrero de 1937; Krog, *op. cit.;* Trotsky, *"Ich fordere ein Gerichtsverfahren über mich!"*, en *The Archives;* y *Stalins Verbrechen.*

[99] La nota está añadida como apéndice al *Storting Report no 19. Izvestia* del 30 de agosto de 1936 mencionaba tan sólo una declaración del embajador soviético.

antes por medio de una gestión verbal. "La dificultad", dice Koht, "para determinar la fecha exacta en que el embajador soviético pidió por primera vez que le negáramos asilo a Trotsky, se deriva del hecho de que aquél lo hizo en una comunicación oral, de la cual no parece existir constancia. Yo me encontraba fuera de Oslo en aquél momento, visitando mi distrito electoral en el extremo norte del país, y Trygve Lie me sustituía en el Ministerio de Relaciones Exteriores."[100] De hecho, el embajador había visto a Trygve Lie poco después que *Arbeiderbladet* publicó su entrevista con Trotsky sobre el proceso de Moscú; es inconcebible que no hubiese protestado contra la publicación de la entrevista en el periódico del partido de gobierno y exigido la cancelación del asilo de Trotsky. En Oslo también circularon abundantes rumores de que el embajador también había amenazado con la suspensión del comercio entre la URSS y Noruega; y las compañías de navegación y la industria pesquera ejercieron presión sobre el gobierno para que no pusiera en peligro sus intereses en un momento de crisis económica y desempleo. "Mis colegas en el gobierno", dice Koht, "temían represalias económicas, aunque los rusos no dijeron que las aplicarían. Yo no creía que recurrirían a un boicot comercial y sostuve que, en todo caso, nuestro comercio con Rusia —el arenque era nuestro principal producto de exportación— no era tan grande como para que nos asustáramos. Me opuse, por consiguiente, a la proposición de que Trotsky fuera sometido a reclusión forzosa; pero mis colegas del Gabinete me derrotaron en la votación."[101]

Los ministros temían un rompimiento con Rusia y la posibilidad de perder las elecciones a causa del asunto. Y así, aunque sabían que la pretensión de que Trotsky estaba usando a Noruega como base de actividades terroristas era una patraña, y aunque la refutaron en su respuesta a la nota diplomática soviética, cedieron a la presión. No podían, sin embargo, expulsar a Trotsky, porque ningún otro país estaba dispuesto a recibirlo. Y tampoco podían entregarlo al gobierno soviético, que no pidió la extradición, pese a que Trotsky había desafiado a Stalin a que lo hiciera. (Tal solicitud habría requerido una ventilación del caso ante un tribunal noruego, y ello le habría dado a Trotsky la oportunidad de refutar las acusaciones.) Temerosos de encolerizar a Moscú al permitir a Trotsky que se defendiera en público, los ministros decidieron recluirlo. La conciencia democrática y el decoro ministerial, sin embargo, no les permitían admitir que estaban cediendo a las amenazas y que en su propio país no podían brindar refugio a un hombre de cuya inocencia estaban convencidos y cuya grandeza ellos habían ensalzado. Tenían, por consiguiente, que echar una sombra de duda sobre su inocencia. No se atrevieron a hacerse eco de las acusaciones de Vishinsky, pues aunque carecían del

100 Declaración de Koht al autor de este libro.
101 *Idem.*

valor para defender la verdad, no tenían tampoco la audacia necesaria para solidarizarse con una falsedad tan grande. Eran hombres pequeños, capaces de decir sólo una pequeña mentira. Decidieron acusar a Trotsky de haber abusado de su confianza al incurrir en críticas a otros gobiernos y al participar en las actividades de la Cuarta Internacional, aunque reconocían que ninguna de esas dos cosas era ilegal. Buscaron pruebas de la mala conducta de Trotsky; pero, ¿dónde hallarlas? En el juzgado de Oslo, los hombres de Quisling agitaban desde el banquillo de los acusados las pocas cuartillas mecanografiadas que habían logrado sustraer de casa de Knudsen, la copia del artículo de Trotsky "La revolución francesa ha comenzado", ¿No había atacado él en ese artículo al Frente Popular francés y al gobierno de Blum? ¿No era ésa una actividad "dirigida contra un gobierno amigo"? Sin embargo, no tenía nada de clandestina o ilegal: el artículo había aparecido en *The Nation* y en dos pequeños periódicos trotskistas: *Vérité* y *Unser Wort;* y sería indigno por parte de los ministros laboristas hacer uso de los papeles robados del escritorio de Trotsky por los hombres de Quisling. El ministro de Justicia tenía en sus archivos los informes de la policía sobre los contactos de Trotsky con la Cuarta Internacional. Pero el gobierno había dado por sentados esos contactos y había desechado los informes policiacos en fecha tan reciente como junio, cuando prorrogó de buen grado el permiso de residencia de Trotsky. Por más que buscaban, no podían hallar ningún motivo respetable para cancelarle su asilo.

Y, sin embargo, tenían que cancelarlo, aun cuando la motivación legal fuera deleznable. A medida que transcurrían los días y la cólera de Moscú se hacía más y más ruidosa, los ministros se atemorizaron cada vez más al ver sus minúsculos intereses y reputaciones implicados en una contienda de gigantes; y maldijeron la hora en que permitieron al hombre-montaña venir a su país. Con todo, él se hallaba en sus manos y ellos estaban en libertad de convertirlo en su prisionero. Lo hicieron chapuceramente, avergonzados de volverse cómplices de Stalin. Pero, para citar a un escritor noruego: "Una conciencia culpable y el sentimiento de vergüenza raramente conducen a un malhechor a la penitencia... éste se siente obligado a buscar una justificación imaginaria a sus malas acciones. Y no es insólito que el malhechor llegue a odiar a su víctima."[102] Y el amor propio de los ministros se había sentido tan enormemente halagado cuando hicieron el papel de anfitriones del "compañero más íntimo de Lenin", que se volvieron enojadizos e irascibles cuando se convirtieron en sus carceleros.

El 28 de agosto Trotsky compareció, bajo escolta policiaca, ante el juzgado de Oslo para ofrecer testimonio, por segunda vez, en el caso de los hombres de Quisling. Casi inmediatamente se encontró colocado en la

[102] Krog, *op. cit.*, p. 220.

posición de acusado más bien que de testigo. Los hombres de Quisling alegaron que ellos habían puesto al descubierto la conducta "desleal" de Trotsky en Noruega, y el juez presidente sometió a éste a un minucioso interrogatorio. ¿Había él, durante su permanencia en Noruega, sostenido correspondencia con sus camaradas en el extranjero? ¿Les había ofrecido orientación política? ¿Había criticado a algún gobierno extranjero en sus artículos? Trotsky contestó a todas estas preguntas afirmativamente, aunque todas carecían de pertinencia legal respecto del caso que se ventilaba, que era el de si los acusados, al disfrazarse como policías y penetrar en la residencia de Knudsen, eran culpables o no de fraude y robo. El juez declaró entonces que Trotsky, de acuerdo con su propio testimonio, había violado las condiciones bajo las cuales había sido admitido en el país. Trotsky replicó que él nunca había contraído la obligación de abstenerse de expresar sus opiniones y de comunicarse con sus camaradas; y que estaba dispuesto a probar en aquel mismo instante que no había realizado ninguna actividad ilegal o conspirativa. Al llegar a ese punto, el juez lo interrumpió y le ordenó abandonar la silla de los testigos.

A continuación la policía condujo a Trotsky directamente de la sala del juzgado al Ministerio de Justicia, donde el ministro, rodeado de funcionarios, le pidió perentoriamente que firmara de inmediato la siguiente declaración:

> Yo, León Trotsky, declaro que yo, mi esposa y mis secretarios no realizaremos, mientras nos hallemos en Noruega, ninguna actividad política dirigida contra ningún Estado amigo de Noruega. Declaro que residiré en cualquier lugar que el gobierno escoja o apruebe... que yo, mi esposa y mis secretarios no nos inmiscuiremos de ninguna manera... en asuntos políticos del momento en Noruega o en el extranjero... que mis actividades como escritor estarán circunscritas a obras históricas, biográficas y memorias... que [mis]... escritos de índole teórica... no estarán dirigidos contra ningún gobierno de ningún Estado extranjero. Convengo además en que toda la correspondencia, telegramas y llamadas telefónicas enviados o recibidos por mí sean sometidos a la censura...[103]

Veinte años después los testigos presenciales de la escena recordaban aún los destellos de desdén en los ojos de Trotsky y el trueno de su voz al negarse a firmar. ¿Cómo, preguntó, se atrevía el ministro a someterle un documento tan vergonzoso? ¿Esperaba realmente que un hombre con un historial como el suyo lo firmara? Lo que el ministro le pedía era la completa sumisión y la renuncia a todo derecho de expresar una opinión política. De haber estado dispuesto alguna vez a aceptar tales condiciones, él, Trotsky, no estaría ahora en el exilio y no dependería de la dudosa hos-

[103] *Storting Report no. 19.*

pitalidad de Noruega, ¿Se consideraba Trygve Lie tan poderoso como para obtener de él lo que Stalin nunca podría obtener? Cuando lo admitió en el país, el gobierno noruego sabía quién era. ¿Cómo se atrevía entonces el ministro a pedir que ni siquiera sus escritos teóricos estuvieran dirigidos contra algún gobierno extranjero? ¿Se había permitido él alguna vez la mínima intervención en los asuntos noruegos? ¿Tenía el gobierno algún reproche que hacerle en ese sentido? El ministro admitió que no tenía ninguno. ¿Creía entonces el gobierno que él estaba usando a Noruega como base de actividades terroristas? No, el gobierno decididamente se negaba a creer eso, contestó Trygve Lie. ¿Le imputaba el gobierno acciones conspirativas o ilegales contra algún gobierno extranjero? No, volvió a contestar el ministro, no se trataba de ninguna actividad conspirativa o ilegal. De lo que el gobierno acusaba a Trotsky era de haber violado su promesa de abstenerse de toda actividad política, y su artículo "La revolución francesa ha comenzado" y sus contactos con la Cuarta Internacional eran prueba de ello. Trotsky negó haber hecho tal promesa en ningún momento. Ningún comunista, ningún socialista podía comprometerse jamás a abstenerse de toda actividad política. ¿Qué clase de noción tenía el ministro sobre el socialismo y la moral socialista? ¿En qué sentido era el artículo sobre Francia más reprochable que la entrevista para *Arbeiderbladet* que él, Trotsky, había concedido al propio Trygve Lie, cuando éste le aseguró que al expresar su opinión política no violaría las condiciones de su permiso de residencia? ¿Y cómo se atrevía el gobierno a fundar su acusación contra él en un documento proporcionado por ladrones nazis? ¿Permitía el gobierno que una pandilla de esbirros de Hitler determinara su conducta?

Al llegar a este punto Trotsky elevó su voz de tal modo que resonó por las salas y los corredores del Miniterio: "Este es vuestro primer acto de capitulación frente al nazismo en vuestro propio país. Pagaréis por ello. Os sentís seguros y en libertad de tratar a un exiliado político como os venga en ganas. Pero el día está cerca —¡recordadlo!— el día está cerca en que los nazis os expulsarán de vuestro país, a todos vosotros junto con vuestro *Pantoffel-Minister-President*". Trygve Lie se encogió de hombros al escuchar el extraño vaticinio. Pero menos de cuatro años después el mismo gobierno tuvo efectivamente que huir de Noruega ante la invasión nazi; y mientras los ministros y su anciano rey Haakon aguardaban en la costa, ansiosos y apretados los unos contra los otros, el barco que habría de conducirlos a Inglaterra, recordaron con sobrecogimiento las palabras de Trotsky como la maldición de un profeta convertida en realidad.[104]

[104] En sus memorias de Guerra, el Profesor Koht describe así la escena: "Después de la reunión [con el rey y el embajador alemán] convoqué a los miembros del Parlamento... y les expliqué las nuevas exigencias alemanas... Yo no abrigaba dudas de que el gobierno las rechazaría... de que volveríamos a ser acosados... y

Después de este encuentro, Trygve Lie puso a Trotsky bajo una reclusión más severa, deportó a sus dos secretarios y colocó guardias en el interior de la casa de Knudsen, a fin de impedir que Trotsky se comunicara con éste. Al tomar todas esas medidas se excedió en sus atribuciones, puesto que la Constitución noruega no le permitía privar de la libertad a ninguna persona que no hubiera sido sentenciada por un tribunal. Muchas personas, miembros del Partido Conservador entre ellas, se sintieron escandalizadas y protestaron; y así, tres días después de haber ordenado el arresto de Trotsky, Lie obtuvo la firma del rey para un decreto que le confería atribuciones extraconstitucionales para esta ocasión excepcional; y el 2 de septiembre ordenó el traslado de Trotsky y Natalia a Sundby, en Hurum, en un fiordo a treinta kilómetros al sur de Oslo, donde fueron internados en una pequeña casa que el Ministerio había alquilado para ese fin. Custodiados día y noche, tuvieron que compartir la casa con veinte policías calzados con botas, que fumaban sus pipas y jugaban a las cartas. Nadie tenía permiso para visitar a Trotsky, excepto su abogado noruego: ni siquiera su abogado francés podía verlo. A Trotsky se le negó el derecho normal de un prisionero de hacer ejercicio físico o de dar un pequeño paseo fuera de la casa. Para obtener un periódico, tenía que solicitar un permiso especial; y tenía que someter toda su correspondencia a la censura. El censor era un miembro del partido de Quisling, al igual que uno de los dos oficiales a cargo de la guardia, Jonas Lie, que habría de ser jefe de la policía en el gobierno de Quisling. "El aislamiento de Trotsky era tan estricto", recuerda Knudsen, "que Trygve Lie en repetidas ocasiones me negó permiso para ir a Hurum, aun después de yo haber sido elegido al Parlamento. Sólo después de muchas dificultades y dilaciones se me permitió enviar a Trotsky un aparato de radio. En un principio se le había prohibido incluso escuchar el radio."[105]

Todo esto tenía por objeto impedir que Trotsky respondiera a las acusaciones de Stalin. Trotsky, sin embargo, no cejó. Escribió artículos que ponían al desnudo la realidad del proceso de Zinóviev y Kámenev, y en cartas a sus seguidores y a Liova los instruyó en cuanto a la manera de conducir una campaña contra las purgas y de reunir pruebas concretas para refutar cada una de las acusaciones de Vishinsky. Bajo protesta, sometió los artículos y las cartas al censor, y a continuación esperó con

de que tendríamos que abandonar el país. Recordé las palabras que Trotsky le había dicho a Trygve Lie...: 'Dentro de unos cuantos años usted y su gobierno serán refugiados políticos, sin hogar ni país, como lo soy yo ahora.' Nosotros hicimos caso omiso de sus palabras, tales cosas nos parecían completamente imposibles... Varias veces tuve que interrumpir mi discurso para contener las lágrimas." *Barricade to Barricade* (edición noruega), p. 47. Varios parlamentarios noruegos que presenciaron esa escena me la han descrito en los mismos términos. Uno de ellos asevera que fue el rey Haakon quien recordó a Trygve Lie la "maldición de Trotsky".

[105] Cito las palabras de Knudsen tal como me las dijo.

impaciencia las respuestas. No llegó ninguna. El censor confiscó todos sus escritos sin informárselo. Entretanto, Trotsky y Natalia escuchaban día tras día la radio de Moscú mientras ésta vociferaba las acusaciones y las hacía resonar por todo el mundo como una cacofonía apocalíptica. ¿Cuántas personas, se preguntó Trotsky, se habrían recuperado ya de su primer asombro y estarían dando crédito a lo increíble? ¿No habrían empezado las enormes nubes de veneno lanzadas desde Moscú a asentarse en las mentes humanas y a formar una dura costra? El hecho de que el gobierno noruego hubiese juzgado conveniente someterlo a reclusión prejuiciaba inevitablemente a muchas personas contra él: la gente razonaba que si él hubiese sido completamente inocente, sus amigos, los socialistas noruegos, de seguro no lo habrían privado de su libertad. Su mismo silencio parecía gritar contra él; y sus enemigos lo explotaban al máximo. Apenas dos semanas después de su detención, Vishinsky señaló en *Bolshevik* que Trotsky evidentemente no tenía nada que decir en su propia defensa, pues de lo contrario ya habría hablado.[106]

Revolviéndose en la trampa, Trotsky trató entonces de demandar por difamación a dos redactores noruegos, un nazi y un stalinista que habían ratificado en sus periódicos, el *Vrit Volk* y el *Arbeideren,* las acusaciones de Vishinsky. El 6 de octubre, el abogado noruego de Trotsky, Puntervold, inició la demanda. El juzgado había dictado ya los citatorios —el caso habría de ventilarse antes de terminar el mes— cuando el gobierno hizo suspender los trámites. Habiendo recluido a Trotsky para impedirle contestar a Stalin, el gobierno no podía permitirle ahora que usara el juzgado como tribuna. Sin embargo, según la ley, no podía impedirle que lo hiciera, pues aun un presidiario tenía derecho a defenderse en un tribunal contra el libelo y la calumnia. Pero Trygve Lie no se dejaría vencer por sutilezas legales: así como había obtenido el decreto que, después del hecho, sancionaba la reclusión de Trotsky, el 29 de octubre obtuvo otro "Decreto Real Provisional" de acuerdo con el cual "un extranjero recluido bajo los términos del decreto del 31 de agosto de 1936 [Trotsky era el único extranjero recluido bajo ese decreto] no puede comparecer como demandante ante un tribunal noruego sin la concurrencia del Ministerio de Justicia". El Ministerio, por supuesto, declinó su "concurrencia" y prohibió al tribunal que diera curso a la demanda de Trotsky contra los dos directores de periódicos.

Trotsky encargó entonces a su abogado que demandara por difamación a los directores de periódicos stalinistas en Francia, Checoslovaquia, Suiza, Bélgica y España, con la esperanza de que, aun cuando no fuera citado como testigo, pudiera cuando menos presentar su caso a través de representantes legales. A esto no cabía pensar que pudiera oponerse el gobierno

[106] *Bolshevik,* 15 de septiembre de 1936. Liova le informó esto, indignado, a su padre en una carta del 26 de octubre.

noruego, que no tenía razón legal alguna para impedir a Trotsky defender su reputación ante tribunales extranjeros. Para entonces, sin embargo, el afán del gobierno por apaciguar a Stalin no conocía límites. "El Ministerio de Justicia", declaró Trygve Lie, "después de conferenciar con el gobierno, ha decidido oponerse a los intentos por parte de León Trotsky de tomar acción legal ante un tribunal extranjero mientras permanezca en Noruega."[107] Además, el ministro prohibió a Trotsky comunicarse con cualquier abogado en el extranjero. Ahora, por fin, Trygve Lie había atrapado y amordazado completamente a Trotsky.

"Ayer recibí la comunicación oficial que me prohibe demandar a nadie, incluso en el extranjero", informó Trotsky a Gérard Rosenthal, su abogado francés, el 19 de noviembre. "Me abstengo de todo comentario a fin de que esta carta le llegue a usted." A Liova le escribió: "Debes tomar en cuenta que el ministro de Justicia ha confiscado todas mis cartas importantes relativas a mi defensa personal. Ahora me enfrento a calumniadores, ladrones, bribones... y estoy completamente indefenso. Debes obrar por tu propia iniciativa y enterar de esto a todos los amigos." En su siguiente carta expresó con mayor fuerza aún su exasperación. Comentó que el *Arbeiderbladet* libraba en aquellos mismos días una campaña por la liberación de Ossietzky, el famoso escritor radical recluido en un campo de concentración nazi, pero no tenía nada que decir sobre su propia reclusión en Noruega: "Ossietzky cuando menos no fue calumniado por sus carceleros." "Esta carta naturalmente pasa [por las manos del censor], pero ya he dejado de prestar atención a eso. Escribo estas palabras, privada y confidencialmente, a mi hijo perseguido por bandidos en París y cuya vida probablemente está en peligro, mientras [yo estoy] encarcelado y atado de pies y manos. Lo que está en juego son cuestiones de las cuales... puede depender [nuestra] existencia física y moral; y debo hacerme oír."[108]

En estas cartas hubo probablemente algún truco de guerra. Trigve Lie sostiene que Trotsky se comunicó con su hijo por medios ilegales, que escribió alguna de sus cartas en tinta "simpática", que se comunicó subrepticiamente con sus seguidores cuando se le permitió visitar a un dentista en la ciudad, y que sus partidarios le enviaban cartas clandestinas ocultas en pasteles enviados a Hurum. Siquiera por una vez, para variar, las acusaciones parecen estar fundadas en la realidad, aunque Natalia, al ser interrogada veinte años más tarde sobre la veracidad de las imputaciones de Lie, no pudo dar una opinión al respecto. Pero los presos políticos utilizan tales recursos para mantenerse en contacto clandestino con sus camaradas, y sería extraño que Trotsky no los hubiese usado cuando estaba sometido a tanta violencia, engaño y trapacería.

[107] *Storting Report no. 19;* Krog, *op. cit.;* cartas de Trotsky a Gérard Rosenthal del 19 y el 22 de noviembre; y *Stalins Verbrechen.*
[108] *The Archives,* Sección cerrada.

En vista del obligado silencio de Trotsky, el peso de la primera campaña pública contra los procesos de Moscú recayó sobre Liova. Tímido, un tanto inseguro y acostumbrado a vivir a la sombra de su padre, se vio súbitamente colocado en el primer plano de este grande y terrible acontecimiento. Vishinsky lo había presentado como un pilar de la "conspiración terrorista" y como segundo y jefe de estado mayor de su padre, encargado de instruir a eminentes viejos bolcheviques sobre la manera de actuar dentro de la URSS; y el veredicto de la Corte se había referido a él en los mismos términos que a su padre. Ahora, en efecto, Liova se veía obligado a actuar en lugar de su padre. Unas cuantas semanas después del proceso de Zinóviev y Kámenev, publicó su *Livre Rouge sur le procès de Moscou,* la primera refutación documentada de las acusaciones stalinistas y la primera denuncia detallada de sus incongruencias. Liova presentó pruebas de que nunca había estado en Copenhague con su padre y de que el Hotel Bristol, donde se suponía que se había reunido con los conspiradores, no existía. Profundizó en el misterio de las confesiones, diciendo que "con sus declaraciones autocondenatorias, sin base alguna en los hechos ni en las pruebas, con su repetición literal de los pronunciamientos del Fiscal y con su autodifamación, los acusados le decían en efecto al mundo: "¡No nos creáis, ved que todo esto es una mentira, una mentira de principio a fin!"[109]

Liova, sin embargo, había sido afectado hasta el fondo de su ser por la desgracia y la humillación impuestas a los viejos bolcheviques. El los había conocido a todos desde su infancia, había jugado con sus hijos en las plazas y los corredores del Kremlin, y, ya adolescente, los había admirado como los grandes hombres de la revolución y los amigos de su padre. Con estos sentimientos todavía vivos en él, defendió así su honor: "...la fuerza moral interior de Zinóviev y Kámenev era muy superior a la normal, aunque resultó ser insuficiente en estas circunstancias completamente excepcionales. Centenares de miles de hombres... no habrían sido capaces de resistir ni siquiera una centésima parte de la constante y monstruosa presión a que fueron sometidos Zinóviev, Kámenev y los demás acusados." Pero... "¡Stalin quiere la cabeza de Trotsky; ése es su objetivo principal, y recurrirá a las peores villanías para cumplirlo... Stalin odia a Trotsky como la encarnación viviente de las ideas y tradiciones de la Revolución de Octubre..." No satisfecha con sus "triunfos" en el interior de Rusia, la GPU trataba en realidad de exterminar al trotskismo en el extranjero también. Acusaba a los trotskistas españoles de sabotear el Frente Popular y de intentar asesinar a sus dirigentes; y tildaba a los trotskistas de Polonia de agentes de la policía política polaca, y a los alemanes de agentes de la Gestapo. "Stalin se propone reducir todas las diferencias políticas en el movimiento obrero a la siguiente fórmula: GPU o Gestapo.

[109] *B. O.*, núm. 52-53, octubre de 1936, *Livre Rouge sur le procès de Moscou.*

Quien no está con la GPU, está con la Gestapo." "Hoy utiliza este método principalmente en la lucha contra el trotskismo; mañana lo usará contra otras agrupaciones de la clase obrera... ¡Ay del movimiento obrero mundial si resulta ser incapaz de defenderse de este veneno mortal!"[110]

Trotsky describe el alivio con que recibió en Hurum el primer ejemplar del *Livre Rouge*: "Hay formas de parálisis bajo las cuales uno puede ver, oír y comprender todo, pero es incapaz de levantar un dedo para alejar un peligro mortal. A tal parálisis política nos había sometido el gobierno "socialista" de Noruega. ¡Qué inestimable presente fue para nosotros el libro de Liova en aquellas circunstancias...! Recuerdo que las primeras páginas me parecieron pálidas: reiteraban una evaluación política [ya conocida]... Pero desde el momento en que el escritor comenzaba su análisis independiente del proceso, la lectura me absorbió. Cada capítulo parecía mejor que el anterior. "¡Nuestro querido y bravo Liova!", nos dijimos mi mujer y yo. "¡Tenemos un defensor!"[111] En su correspondencia, llena de dolor, ansiedad y ternura, Liova describía todo lo que estaba haciendo para poner en marcha una campaña contra las purgas, y transmitía a sus padres cada una de las palabras de solidaridad y aliento que podía recoger entre sus escasos simpatizantes.

Con todo, el horrible espectáculo en que estaba implicado fue probablemente más de lo que la sensibilidad de Liova podía soportar. El era, después de su padre, el blanco más importante de la GPU. Nunca lo abandonó la sensación de que lo espiaban y de que su correspondencia era interceptada por una mano misteriosa. Temía que lo fueran a secuestrar Estaba solo, indefenso y en completa dependencia del pequeño grupo de trotskistas que lo rodeaba. Encontró algún solaz en la amistad de Alfred y Marguerite Rosmer, que ahora habían salido en defensa de su padre, olvidando y perdonando todas las diferencias del pasado. Pero, dentro del reducido círculo de sus camaradas, confiaba sobre todo en Mark Zborowski, un hombre joven y culto que había estudiado medicina y filosofía y militaba en la organización bajo el seudónimo de Etienne, ayudando a publicar el *Boletín* y figurando en un pequeño Comité Ruso nominalmente encargado de las relaciones con la Oposición en el interior de la URSS. Polaco ucraniano de origen, Etienne sabía ruso y estaba familiarizado con los asuntos soviéticos. Esto le permitió hacer muchos servicios menores a Trotsky y ganarse la confianza de Liova.

Este "amigo" culto y ferviente era, sin embargo, un agente stalinista. Su capacidad de disimulo era tal que nunca incurrió en la más ligera sospecha por parte de Liova y Trotsky. Y tan completa era la confianza que Liova tenía en él, que le entregó la llave de su buzón para que recogiera su correspondencia. La mano misteriosa que "interceptaba" la co-

[110] *Ibid.*
[111] *B. O.*, núm. 64, marzo de 1938.

rrespondencia de Liova era la de Etienne. Este también tenía bajo su cuidado los legajos más confidenciales de los archivos de Trotsky, que guardaba en su propia casa.[112]

Unos cuantos meses antes de la reclusión de Trotsky, éste le pidió a Liova que pusiera una sección de sus archivos bajo la custodia del Instituto holandés de Historia Social. A ello lo movió, en parte, su necesidad de dinero: el Instituto estaba dispuesto a pagar por los papeles que él le ofrecía la modesta suma de 15 000 francos franceses (devaluados); pero la razón principal era el temor de que la GPU pudiera intentar apoderarse de sus archivos, y por eso deseaba depositarlos en manos seguras. En los primeros días de noviembre, Liova y Etienne entregaron cierto número de legajos a la sucursal parisiense del Instituto, sita en el número 7 de la calle Michelet (la sucursal estaba dirigida entonces por Boris Nikolaievsky, el conocido menchevique que había trabajado una vez en el Instituto Marx-Engels de Moscú). La transacción se hizo tentativamente, como un experimento; y el grueso de los archivos, incluidos los papeles más confidenciales, permanecieron al cuidado de Etienne.[113]

No bien acababan de ser entregados los legajos en la calle Michelet, se perpetró un robo en el local, en la noche del 6 al 7 de noviembre; y algunos de los papeles desaparecieron. La sospecha de que el hurto era obra de la GPU se suscitó de inmediato. Los ladrones no habían tocado objetos valiosos y dinero que encontraron en el lugar, y se llevaron únicamente los papeles de Trotsky: ¿quién sino los agentes de la GPU podían haber hecho tal cosa? La policía francesa se sintió intrigada por la habilidad técnica con que se había realizado el robo, y decidió que éste no podía haber sido obra de delincuentes franceses, sino de una poderosa pandilla internacional. Liova, al ser interrogado, acusó a la GPU. Pero, ¿cómo y gracias a quién —preguntó la policía— se había enterado la GPU tan rápidamente de que los archivos habían sido depositados en el local de la calle Michelet? ¿Quiénes habían sabido de la transacción? Liova declaró que, además de él mismo, sólo tres personas habían estado enteradas: Nikolaievsky, una tal Madame Estrine, empleada del Instituto Holandés, y Etienne. El garantizó la integridad de los tres, aunque sospechaba que tal vez Nikolaievsky, inconscientemente, por indiscreción, le

112 Etienne (Mark Zborowski) ha hecho ya su confesión; y en diciembre de 1955 fue sentenciado por un tribunal norteamericano a cinco años de prisión por perjurio. Mi versión de las relaciones entre Etienne y Liova se basa en la correspondencia de ambos con Trotsky y en las declaraciones que cada uno de ellos hizo ante la policía y el magistrado franceses. La historia de Etienne ha sido narrada en la revista *New Leader* por H. Kasson (el 21 de noviembre de 1955) y por David J. Dallin (el 19 y el 26 de marzo de 1956). Véase también *Hearing before the U.S. Senate Subcommittee on Internal Security,* Parte 51, 14-15 de febrero de 1957, pp. 3423-3429. Véase también Isaac Don Levine, *The Mind of an Assassin.*

113 "Mémoire pour l'Instruction" de Liova, 19 de noviembre de 1936. *The Archives,* Sección cerrada.

había dado una pista a la GPU. La policía preguntó por Etienne. Este, replicó Liova, era absolutamente insospechable: la prueba de ello era que, en el momento en que ocurrió el hurto, él se hallaba custodiando las partes más valiosas de los archivos en su propia casa.[114] Así, el problema de quién había informado a la GPU pareció insoluble.

La investigación reveló que los ladrones sólo se habían apoderado de recortes de prensa y de papeles relativamente carentes de importancia; pero nadie dudaba que, decepcionada por los escasos frutos de su acción, la GPU haría otro intento mucho más serio. Hasta el fin de sus días, Trotsky habría de preocuparse casi tanto por la seguridad de sus archivos como por la de su propia persona. Sin embargo, la GPU nunca hizo el segundo y tan temido intento de apoderarse de sus papeles; y ello fue otro enigma. A la luz de los hechos enunciados aquí, resulta claro que no tuvo necesidad de hacerlo, ya que podía obtener los documentos, o copias de ellos, directamente a travéz de Zborowski. La GPU evidentemente realizó su robo en París como una finta para proteger a Etienne y fortalecer la confianza de Liova y Trotsky en él. Nada, en efecto, podía desviar más decididamente cualquier sospecha contra él y dirigirla en otras direcciones que el hecho de que, mientras la GPU parecía hacer todo lo posible por apoderarse de los archivos, Etienne los custodiaba "fielmente" en su departamento.

Mientras tanto, en Hurum los meses transcurrían con pesada monotonía, y nada prometía abrir o aflojar siquiera la trampa en que se hallaba Trotsky. Sus partidarios norteamericanos estaban tratando de obtener asilo para él en México, pero no era seguro, ni mucho menos, que tuvieran éxito; y Trotsky, aunque deseoso de salir de Noruega, se sentía renuente, en un momento tan crítico, a buscar refugio en un país tan remoto y con tan mala fama por su vida política llena de hechos sangrientos (donde, tal como recordó Liova a su padre, "se alquila a un asesino por unos cuantos dólares").[115] Trotsky todavía abrigaba una débil esperanza de poder hacerse escuchar en Noruega. El 11 de diciembre debía comparecer nuevamente como testigo en el prolongado juicio de los hombres de Quisling que habían penetrado en su casa en Honnefoss; y contaba con que en esta ocasión el gobierno no se atrevería a posponer la audiencia. Sin embargo, el ministro de Justicia intervino una vez más, no para interrumpir el juicio, sino para que el caso se ventilara a puerta cerrada. Y así, cuando Trotsky apareció en la silla de los testigos, rodeado por un pelotón de policías, el público y los periodistas fueron sacados de la sala. En contraste con lo que había sucedido durante la audiencia pública anterior, ahora que se habían tomado todas las medidas para

[114] *Ibid.*
[115] Liova a sus padres, 7 de diciembre de 1936. *The Archives,* Sección cerrada.

suprimir el testimonio de Trotsky, el juez presidente lo trató con exquisitas consideración y cortesía, y durante varias horas Trotsky argumentó su defensa, refutando las acusaciones stalinistas con tanta fuerza y gravedad como si hablara ante un auditorio mundial. Ni una sola vez lo interrumpió el presidente de la Corte, ni siquiera cuando atacó al ministro de Justicia de Noruega como cómplice de Stalin. A Trotsky le resultó casi grotesco hacer ese alegato, que fue una obra maestra forense, en el transcurso de un juicio casi trivial y en un juzgado cerrado y vacío. Pero tan incierto se sentía ahora en cuanto a su futuro y tanto dudaba de que alguna vez tendría la oportunidad de hacer su propia defensa, que aprovechó esta oportunidad para hacerla, aunque sólo fuera para dejar constancia.[116]

Unos cuantos testigos presenciales han ofrecido vívidas imágenes de Trotsky en reclusión. Askvik, uno de los oficiales a cargo de la guardia que lo custodiaba, describe, en unas memorias inéditas, su tranquila dignidad, orgullo y disciplina voluntaria. Trotsky, dice Askvik, recibía cada restricción a su libertad con una protesta y reclamaba firmemente sus derechos, sin ofender jamás a sus guardias, a quienes se dirigía en correcto noruego.[117] Puntervold, el abogado noruego, recuerda con cuánto interés siguió Trotsky el desarrollo de las elecciones: lo preocupaba la posibilidad de que Knudsen, que era candidato al Parlamento en un distrito predominantemente conservador y era objeto de ataques por haber sido anfitrión de Trotsky, sufriera una derrota. Puntervold se encontraba en Hurum cuando llegó la noticia de que Knudsen había sido elegido por una mayoría inesperadamente grande, y relata que Trotsky, entusiasmado, saltó, tomó a Natalia en sus brazos y bailó con ella para celebrar el éxito de su amigo (que era también como una bofetada al gobierno). La firme lealtad de Knudsen fue uno de los pocos consuelos que le quedaron en aquellos meses terribles, como lo fue también la campaña en defensa de Trotsky que Helge Krog, un escritor radical, libró con pasión y brillantez en el *Dagbladet,* el periódico liberal de Oslo.[118]

En dos o tal vez tres ocasiones Trygve Lie visitó a Trotsky en Hurum. La primera vez lo hizo el 11 o el 13 de diciembre, cuando se presentó para avisar a Trotsky que iba a ser trasladado de Hurum a un lugar de reclusión más remoto e inaccesible en el norte, porque el Ministerio "no podía seguir pagando la numerosa guardia policiaca" que tenía que man-

116 Trotsky, *Stalins Verbrechen,* pp. 37 sigs. (Trotsky habló en alemán.)

117 Algunos de estos detalles me fueron suministrados por la señora Askvik, viuda del oficial de policía. En abril de 1956, al enterarse de que yo estaba en Oslo, ella entregó el manuscrito de los informes de su marido a Knudsen, pidiéndole que me lo hiciera llegar. Knudsen, al traducirme los pasajes importantes, descubrió con sorpresa el dominio del idioma noruego por parte de Trotsky. En Honnefoss habían conversado habitualmente en alemán.

118 Trotsky, *Stalins Verbrechen,* pp. 77-78. Cada uno de los detalles de este relato está confirmado por otras fuentes.

tener en Hurum. Trotsky dijo entonces a Lie que sus amigos —mencionó a Diego Rivera— se proponían llevarlo a México, y que él preferiría ir allí en lugar de ser trasladado al desierto del extremo norte de Noruega. Mientras conversaban, Lie alcanzó a ver las *Obras* de Ibsen sobre la mesa de Trotsky. "¿Está usted leyendo a Ibsen aquí?", preguntó Lie. "Sí, estoy releyendo sus *Obras;* Ibsen fue el amor de mi juventud, y he vuelto a él." El diálogo que siguió a continuación sería digno del propio Ibsen. Trotsky comentó cuán pertinente era la idea de *El enemigo del pueblo* a la situación en que se veían envueltos él y el ministro. Lie replicó evasivamente que "a Ibsen se le podía interpretar de diversas maneras". "No importa cómo lo interprete usted", dijo Trotsky, "siempre testificará contra usted. ¿Recuerda al burgomaestre Stockman?" El ministro preguntó entonces si Trotsky realmente lo estaba comparando con el villano del drama de Ibsen, que destruye a su propio hermano en aras de la autoridad y los intereses creados. "¿Con el burgomaestre Stockman?... En el mejor de los casos, señor ministro, en el mejor de los casos", contestó Trotsky. "Su de Trotsky, diciendo que había cometido "un error tonto" al permitirle establecerse en Noruega. "Y ese error tonto trata usted de corregirlo virtudes." Herido por estas palabras, el ministro censuró la "ingratitud" gobierno tiene todos los vicios de un gobierno burgués y ninguna de sus ahora por medio del crimen?", replicó Trotsky; y, abriendo el libro de Ibsen, leyó en voz alta el desafío que el Dr. Stockman le lanza a su indigno hermano: "Todavía queda por ver si la maldad y la cobardía son lo suficientemente poderosas para sellar los labios de un hombre libre y honrado." Esto marcó el fin de la conversación. El ministro se puso de pie, pero antes de partir se volvió hacia su prisionero con la mano tendida; y Trotsky se negó a estrechársela.[119]

Una semana más tarde Lie regresó para informar a Trotsky que México le había concedido asilo y que él, Lie, había hecho ya los arreglos para que Trotsky y su esposa salieran del país al día siguiente a bordo de un barco petrolero bajo la escolta de Jonas Lie, el jefe de la guardia policiaca de Hurum. La prisa y los detalles de la deportación suscitaron aprensiones en Trotsky. ¿Por qué, preguntó, le concedía el ministro sólo veinticuatro horas para sus preparativos de viaje? ¿Por qué no lo ponía en libertad antes de partir? Pidió que se le permitiera abandonar el país como un hombre libre, consultar con sus amigos, arreglar sus asuntos y recoger sus papeles, comunicarse con el gobierno mexicano, escoger la ruta de su viaje y tomar sus propias medidas de seguridad. "¿Y qué tal", preguntó, "si Stalin sabe de ese barco? Podrían torpedearnos en alta mar y no llegar nunca al Canal de la Mancha." (Incluso indagó si el barco tenía defensas.) El ministro rechazó todas sus peticiones, pero trató de

[119] Trotsky, *Stalins Verbrechen,* pp. 77-78, y las páginas del diario de Trotsky en *The Archives,* Sección cerrada; Krog, *op. cit.*

convencerlo de la seguridad del viaje, diciendo que nadie estaba enterado del plan con excepción de él mismo y el propietario del barco. Trotsky pidió entonces que se le permitiera viajar vía Francia: ahora que tenía asilo en México, el gobierno francés seguramente no le negaría una visa de tránsito. Lie rechazó también esta petición: tenía gran prisa por sacar a Trotsky del país antes de que el Parlamento se reuniera para discutir el asunto. Su prisa le pareció a Trotsky más siniestra de lo que era en realidad. "Por supuesto", dijo, "ustedes están en condiciones de destruirnos físicamente, pero moralmente ustedes se romperán el pescuezo del mismo modo que los socialdemócratas alemanes con Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo." Repitió su profecía: "Dentro de tres o cinco años... todos ustedes serán emigrados..."; y una vez más le volvió la espalda al ministro, negándose a estrecharle la mano.[120]

Trotsky tenía la impresión de que lo sacaban de una trampa para meterlo en otra, y no estaba seguro de lo que podría ocurrirles a él y a Natalia durante el viaje. Mientras Natalia hacía las maletas, el escribió con tinta "simpática" un artículo titulado "¡Vergüenza!", concebido como "una réplica a los calumniadores", especialmente a varios conocidos abogados ingleses y franceses que habían "certificado" la corrección legal del proceso de Zinóviev y Kámenev. Uno de esos abogados era Consultor Real, otro era miembro prominente de la *Ligue des Droits de l'Homme*; y ambos habían elogiado a la Corte de Moscú por no haber sentenciado a Trotsky a muerte *in absentia*. "Cualquiera que posea un conocimiento mínimo de la historia revolucionaria, la psicología humana y... las biografías de los hombres implicados", comentó Trotsky, "convendrá en... que hay mil veces más razones para suponer que [estos abogados] están al servicio de Stalin que para admitir por un solo momento que Trotsky puede ser un aliado de la Gestapo... Todas las Ligas de los Derechos del Hombre de todo el sistema solar serán incapaces de probar tal cosa... Yo les daré la respuesta final a los acusadores y a sus lacayos... en México, *si es que llego allí*." Antes de iniciar el viaje quiso dejar este artículo tras de sí, "como el náufrago que arroja una botella al mar".[121] A Liova le escribió: "Parece que mañana nos envían a México. Esta es, pues, nuestra última carta desde Europa. Si algo nos sucede durante la travesía o en algún otro lugar, tú y Serguei son mis herederos. *Esta carta deberá tener el valor de un testamento*... Como tú sabes, tengo en mente futuras regalías por mis derechos de autor; aparte de eso, no poseo nada. Si alguna vez te encuentras con Serguei... dile que nunca lo hemos olvidado y no lo olvides por un solo momento."[122] Mientras escribía estas palabras, su médico, su abogado y su cobrador de impuestos presentaron sus cuentas, y para ase-

[120] *Ibid.*

[121] El artículo apareció en el primer número de *B. O.* (núms. 54-55, marzo de 1937) publicado después de la deportación de Trotsky de Noruega.

[122] La carta, fechada el 18 de diciembre de 1936, fue escrita en francés.

gurar sus reclamaciones embargaron la cuenta bancaria de Trotsky.[123]

El 9 de diciembre el barco petrolero, el *Ruth,* zarpó de Noruega con Trotsky, Natalia y la escolta policiaca como únicos pasajeros. La deportación fue llevada a cabo con tal sigilo que durante varios días después del hecho el gobierno mantuvo la guardia policiaca frente a la casa donde Trotsky había estado recluido en Hurum para dar la impresión de que éste aún se encontraba allí. Al comienzo del viaje navegaron con mar gruesa; y, en su camarote, Trotsky y Natalia leyeron libros sobre México y se preguntaron qué les depararía el futuro. A continuación, cuando el tiempo mejoró, Trotsky empezó a escribir, en parte en forma de diario, su análisis del proceso de Zinóviev y Kámenev, que incluyó en su libro *Los crímenes de Stalin.* Trabajó intensamente durante tres semanas, mientras el barco cambiaba de bordada, alteraba su curso y evitaba seguir las rutas normales. Pero el mundo se había enterado de la deportación, y las agencias de prensa trataron de entrevistar a Trotsky por radio. El capitán del *Ruth,* sin embargo, recibió órdenes desde Oslo de no permitir a Trotsky el uso del transmisor. A bordo del buque vacío, Trotsky y Natalia siguieron siendo tratados como reclusos; incluso durante las comidas eran acompañados por la escolta policiaca.

"Este fue el año de Caín", dice el apunte correspondiente al 31 de diciembre de 1936 en el diario de Trotsky. En la mañana del día siguiente el *Ruth* saludó el Año Nuevo con sus sirenas. Nadie contestó el saludo y nadie expresó los acostumbrados buenos deseos. Sólo el oficial de policía fascista entró en el comedor ostentado el mensaje de felicitación de Año Nuevo que su ministro socialista le había enviado personalmente. El mundo parecía sumido en el absurdo.

Por una de aquellas extrañas coincidencias que abundaron en la vida de Trotsky, se cumplieron entonces los veinte años de su última salida de Europa, cuando, también como exiliado, había sido expulsado de un país que le había concedido refugio provisional.[124] Pero en 1917 el mundo estaba en guerra y los mares estaban infestados de submarinos. Ahora el mundo parecía vivir en paz y ningún submarino acechaba en el océano. Con todo, a bordo del barco reinaba una tensión casi bélica, y Trotsky anotó en su diario que el capitán y la tripulación aludían constantemente a la GPU, pero evitaban pronunciar el nombre, "como si se estuvieran refiriendo a escollos bajo el agua".[125] Veinte años antes Trotsky había escrito sobre su viaje: "Esta es la última vez que echo una ojeada a esa vieja canalla Europa"... sólo para volver a cruzar el océano tres meses después. Ahora le había echado en verdad su última ojeada a la "vieja canalla". Pero mientras se alejaba de Europa, su cabeza y su corazón es-

[123] *The Archives,* Sección cerrada.

[124] *El profeta armado,* pp. 224-226.

[125] Algunas partes de este diario están incluidas en *Stalins Verbrechen;* otras permanecen inéditas y se encuentran en *The Archives.*

taban llenos de la infernal barahúnda de aquélla; y sus pensamientos revoloteaban sobre las tumbas que dejaba atrás, las tumbas de sus dos hijas, las tumbas de tantos amigos y seguidores, y las tumbas de tantas esperanzas.

CAPÍTULO V

LA "NEGRA NOCHE INFERNAL"

Cuando el *Ruth* entró en el gran puerto petrolero de Tampico el 9 de enero de 1937, Trotsky y Natalia se sentían aún tan aprensivos de lo que pudiera esperarles en tierra mexicana, que se negaron a desembarcar a menos que fueran recibidos por amigos. La policía noruega había empezado a amenazarlos con un desembarco forzoso cuando se acercó una lancha desde la cual un general mexicano, acompañado de varios funcionarios, subió al barco con un mensaje de bienvenida de Lázaro Cárdenas, el presidente de México. (El Presidente había enviado su tren oficial para sacar a Trotsky y Natalia de Tampico.) Desde el muelle dos trotskistas norteamericanos, George Novack y Max Shachtman, los saludaban agitando las manos; y Frida Kahlo, la esposa de Diego Rivera, los aguardaba para ofrecerles hospitalidad. El contraste entre la calurosa recepción en México y la fría despedida de Noruega era demasiado grande para parecer real. Al entrar en el tren presidencial, Trotsky y Natalia se encontraron con una escolta policiaca y volvieron a sentir aprensión. "Por nuestras mentes cruzó la idea...", apunta ella, "de que tal vez nos llevaban a otro lugar de cautiverio." En una pequeña estación cerca de la ciudad de México, Diego Rivera los recibió con exuberante entusiasmo y los llevó a Coyoacán, un suburbio de la capital, y a su Casa Azul, que habría de ser el hogar de Trotsky y Natalia durante los dos años siguientes. El lugar podría haber sido ideado para calmar unos nervios fatigados: era espacioso, soleado, cubierto de numerosas pinturas y lleno de flores y de objetos de arte mexicano de diferentes épocas. Los recién llegados encontraban a cada paso reconfortantes señales del cuidado con que sus amigos mexicanos y norteamericanos habían preparado su nueva morada, pensando en su protección personal y la comodidad para el trabajo. Así, pues, los primeros días en México significaron un alivio del todo inesperado, sin que faltara en ellos un matiz de pasajero idilio.[1]

El clima político del país también era atrayente. La Revolución Mexicana se encontraba todavía en su periodo de auge. Hacía poco que Cárdenas había firmado un decreto para repartir algunos de los latifundios entre los campesinos pobres, y estaba en vías de nacionalizar las compañías petroleras y ferrocarrileras de propiedad norteamericana y británica. Los inversionistas extranjeros, los terratenientes locales y la Iglesia Católica

[1] Esto se desprende claramente de las primeras cartas que Trotsky escribió a Liova desde México, en las que se manifiesta encantado con el país de su nuevo refugio, su clima e incluso sus frutas y sus verduras.

combatían al gobierno, y las relaciones entre México y los Estados Unidos eran tensas. Pero Cárdenas contaba con el apoyo de los campesinos y de la Confederación de Trabajadores Mexicanos, que se habían convertido súbitamente en una gran fuerza política.

Al admitir a Trotsky en el país, a petición de Rivera y a instancias de sus propios colaboradores, Cárdenas había obedecido a un sentido de solidaridad revolucionaria. Declaró que no sólo había concedido asilo a Trotsky, sino que lo había invitado a permanecer en México como huésped del gobierno. Desde el principio hizo todo lo posible por proteger la cabeza de su huésped de las tormentas de odio que se cernían sobre ella; y seguiría haciéndolo hasta el fin. Sin embargo, su propia situación era un tanto delicada. Por una parte, sus enemigos políticos pronto empezaron a insinuar que Trotsky era el inspirador de su política revolucionaria, y la insinuación halló eco en la prensa norteamericana.[2] Por otra parte, la Confederación de Trabajadores Mexicanos, cuyo apoyo le era indispensable, era un bastión stalinista; su jefe, Lombardo Toledano, y el Partido Comunista protestaron enérgicamente contra la admisión de Trotsky y le hicieron saber al Presidente que no descansarían hasta que "el jefe de la vanguardia de la contrarrevolución" fuera expulsado del país. Cárdenas se cuidó de no hacer nada que pudiera justificar la acusación de que sus expropiaciones contra los inversionistas británicos y norteamericanos obedecían a la instigación de Trotsky, y más aún de tranquilizar a la CTM. El mismo distaba mucho de cualquier forma de trotskismo e incluso de comunismo. Hijo de campesinos pobres se dejaba guiar por un radicalismo agrario y por la experiencia empírica de su lucha patriótica contra el predominio extranjero. Se sentía, por tanto, renuente a verse envuelto en cualquiera de los conflictos internos del comunismo. En tales circunstancias difíciles repudió con dignidad el clamor stalinista contra la admisión de Trotsky en el país, pero se mantuvo deliberadamente alejado de su "huésped", al que nunca conoció en persona. Pidió a Trotsky que se comprometiera a no intervenir en los asuntos internos de México. Trotsky accedió inmediatamente al requerimiento, pero, aleccionado por su amarga experiencia noruega, se reservó explícitamente el "derecho moral" de contestar a cualquier acusación o calumnia.[3] Cárdenas se dio por satisfecho. Nunca se le ocurrió pedir a Trotsky que se abstuviera de la actividad política, y él mismo sostuvo el derecho de Trotsky a defenderse de los ataques

[2] Cárdenas, algún tiempo después, consideró necesario refutar la insinuación públicamente (*La Prensa,* 12 de noviembre de 1938); y Trotsky pensó en demandar a un periódico norteamericano (el *New York Daily News*) que lo había atacado violentamente como asesor malévolo de Cárdenas. Sólo desistió cuando Albert Goldman le hizo saber que no existían fundamentos para la acción legal. Véase la correspondencia de Trotsky con Goldman en diciembre de 1938. *The Archives,* Sección cerrada.

[3] *"Aux Représentants de la Presse Mexicaine",* 12 de enero de 1937. *The Archives.*

stalinistas. Esa actitud de benevolencia independiente pero vigilante la mantuvo Cárdenas en todo momento. Trotsky expresó con frecuencia su gratitud y, observando estrictamente su compromiso, no aventuró jamás ninguna opinión sobre la política mexicana, ni siquiera en privado, aunque su posición frente a la política de Cárdenas, que no iba más allá de la "etapa burguesa" de la revolución, debe de haber sido crítica en cierta medida.

Durante los primeros años de Trotsky en México Diego Rivera fue su más devoto amigo y guardián. El gran pintor, un rebelde tanto en la política como en el arte, había sido uno de los fundadores del Partido Comunista Mexicano y miembro de su Comité Central desde 1922. En noviembre de 1927 presenció las manifestaciones trotskistas en las calles de Moscú y la expulsión de la Oposición, hechos que lo preocuparon vivamente. Algún tiempo después rompió con el Partido y también con David Alfaro Siqueiros, otro de los grandes pintores de México, su más íntimo amigo y camarada político, que se puso del lado de Stalin. El dramático *pathos* de la suerte corrida por Trotsky encendió la imaginación de Rivera: allí había una figura de dimensiones heroicas que podía estar destinada a ocupar un lugar central en sus épicos murales: Rivera, en efecto, había colocado a Trotsky y a Lenin en el primer plano de aquel famoso mural que glorificaba la lucha de clases y el comunismo y que, para horror de toda la Norteamérica respetable, decoraba las paredes del Rockefeller Center en Nueva York. Para Rivera fue un momento de rara sublimidad el que extrañas circunstancias trajeran a su profeta a su hogar en Coyoacán.

Trotsky era un viejo admirador de la obra de Rivera. Probablemente vio por primera vez sus pinturas en París, durante la primera Guerra Mundial; y en su correspondencia desde Alma Ata en 1928 hizo frecuentes referencias a ellas.[4] La incansable búsqueda de nuevas expresiones artísticas por parte de Rivera venía a confirmar la opinión del propio Trotsky de que el mal que aquejaba a la pintura contemporánea tenía sus raíces en su divorcio de la arquitectura y la vida pública, divorcio que era inherente a la sociedad burguesa y que sólo el socialismo podría superar. El esfuerzo por reunir la pintura, la arquitectura y la vida pública animaba el arte de Rivera, en el que las tradiciones renacentistas y las influencias de Goya y El Greco se fundían cno el arte indígena y popular mexicano y con el cubismo. Este acoplamiento de la tradición y la innovación se avenía al gusto de Trotsky, que se sentía cautivado por el desafiante coraje de Rivera y por la elevada y apasionada imaginación que llevaba los temas de las revoluciones rusa y mexicana a sus monumentales pinturas murales. A Trotsky también le fascinaban y desconcertaban

[4] Andrés Nin le había enviado a Trotsky, en Alma Ata, un volumen de reproducciones de las pinturas de Rivera, y Trotsky contestó agradeciéndole el libro y expresando la estimación que le merecía el artista. *The Archives.*

el temperamento elemental, el sonambulismo y "las dimensiones y apetitos pantagruélicos" de Rivera, que hacían de éste un prodigio desenfrenado y tumultuoso como cualquiera de las quiméricas figuras que aparecían en sus pinturas. Y como contrapunto de Diego, por decirlo así, estaba su esposa Frida, pintora de delicada melancolía, introspectiva y simbolista, y mujer de exquisita belleza que irradiaba gracia y ensoñación exóticas cuando se movía por la casa con sus largos vestidos mexicanos, ricamente matizados y bordados, que ocultaban una pierna deforme. Después de los amargos meses de reclusión, para Trotsky y Natalia fue consolador, e incluso excitante, encontrar refugio entre tales amigos.

Un espectador dotado de cierta comprensión de los caracteres humanos, podría haberse preguntado cómo se llevarían Trotsky y Rivera y hasta qué punto era inevitable un choque entre ellos. No satisfecho con su eminencia artística, Rivera se veía a sí mismo, además, como un dirigente político. En este sentido, su actitud no era excepcional: los pintores y los escultores desempeñaban un papel extraordinariamente importante en la política mexicana; la mayoría de los miembros del Buró Político del Partido Comunista Mexicano eran pintores. (La agitación política llevada a cabo por medio del pincel y el cincel llegaba tal vez más directamente a las masas de campesinos analfabetos, pero artísticamente sensitivos, que cualquier otra forma de agitación.) Sin embargo, como político Rivera no era ni siquiera un buen aficionado: su temperamento inquieto lo dominaba con excesiva frecuencia. Pese a todo, en presencia de Trotsky, cuando menos en un principio, se sobrepuso a su ambición política y asumió modestamente el papel de discípulo. En cuanto a Trotsky, siempre había tratado con benévola comprensión las veleidades políticas de los artistas menores, a los que no debía nada. Tanto más dispuesto estaba, por consiguiente, tratándose de Rivera, a decir que "el genio hace lo que debe hacer".

Así, pues, Trotsky tal vez se habría entregado al disfrute de las bendiciones de su nuevo refugio si no se hubiese vuelto a ver arrastrado casi inmediatamente a su terrible lucha. Los stalinistas locales y Moscú lo hicieron objeto de amenazas constantes. El presidente Cárdenas tuvo que ordenar la custodia policiaca de la Casa Azul. Dentro de ésta, la vigilancia estaba a cargo de los trotskistas norteamericanos que se habían trasladado a México para trabajar como secretarios y guardaespaldas. Los seguidores norteamericanos de Trotsky lo ayudaban generosamente a organizar su defensa y su campaña contra los procesos de Moscú. Dichos seguidores eran pocos y pobres, pero lo ayudaban en la medida de sus posibilidades a restablecer los contactos con amigos y partidarios en todo el mundo. "Qué buena suerte hemos tenido", escribió Trotsky a Liova el 1o. de febrero de 1937, "de haber llegado a México justamente antes del comienzo del nuevo proceso en Moscú."[5]

[5] *The Archives,* Sección cerrada.

El nuevo proceso se inició menos de dos semanas después de la llegada de Trotsky a Tampico. Rádek, Piatakov, Murálov, Sokólnikov, Serebriakov y otros doce acusados comparecieron ante el tribunal; y Trotsky fue una vez más el reo principal *in absentia*. Las acusaciones se acumularon en forma cada vez más incongruente e increíble. Vishinsky habló ahora de un acuerdo formal de Trotsky con Hitler y el emperador del Japón: a cambio de su ayuda en la lucha contra Stalin, Trotsky, según el fiscal, laboraba por la derrota militar y el desmembramiento de la Unión Soviética, pues entre otras cosas se había comprometido a ceder la Ucrania soviética al Tercer Reich. Mientras tanto, organizaba y dirigía el sabotaje industrial en la Unión Soviética; catástrofes en las minas de carbón, fábricas y ferrocarriles; envenenamientos en masa de obreros soviéticos y nuevos atentados a la vida de Stalin y otros miembros del Politburó. Los acusados se hicieron eco de las imputaciones del fiscal y las enriquecieron. Uno de ellos, Romm, que había sido corresponsal de *Izvestia* en Francia, confesó que había visto a Trotsky en París en julio de 1933 y había recibido sus instrucciones terroristas. Piatakov declaró haber visitado a Trotsky en Oslo en diciembre de 1935 y recibido sus órdenes.[6]

"Escuchábamos el radio, abríamos la correspondencia y los periódicos de Moscú", escribe Natalia, "y sentíamos que la locura, el absurdo, el ultraje, el fraude y la sangre nos inundaban por todas partes en México lo mismo que en Noruega... Lápiz en mano, Liov Davidóvich, abrumado por la tensión y el agotamiento, a menudo con fiebre, y sin embargo infatigable, enumera las falsificaciones que por su cantidad son imposibles de refutar."[7] El proceso duró una semana y fue seguido por las ejecuciones. Rádek y Sokólnikov, sin embargo, fueron sentenciados a diez años de encarcelamiento cada uno.

Para Trotsky, refutar las acusaciones era efectivamente como luchar y discutir con los monstruos de una pesadilla. Los procesos eran cada vez más irreales en su horror, y horribles en su irrealidad. Parecían concebidos para paralizar todo pensamiento crítico y para hacer todo razonamiento grotescamente ineficaz. Con todo, aun antes de que Trotsky tuviera tiempo para reunir sus datos y sus argumentos, algunas de las acusaciones quedaron destruidas. El Ministerio de Relaciones Exteriores de Noruega investigó la afirmación de que Piatakov había llegado a Oslo por avión desde Berlín en diciembre de 1935 para ver a Trotsky; y comprobó que ningún avión procedente de Berlín había aterrizado en el aeropuerto de Oslo en aquel mes ni durante varias semanas antes y después. La Dirección de Aeropuertos emitió una declaración al respecto. Trotsky cablegrafió entonces las siguientes preguntas al tribunal de Moscú: ¿Cuándo exactamente, qué día y a qué hora, había aterrizado Piatakov? ¿Y dónde,

[6] *Sudebny Otchet po Delu Anti-Soviétskovo Trotskístkovo Tsentra.*
[7] En V. Serge, *Vie et Mort de León Trotsky*, p. 258.

cuándo y en qué circunstancias lo había recibido él? También hizo preguntas similares sobre sus supuestos encuentros con Romm.[8] El fiscal y los jueces hicieron caso omiso de las preguntas, sabiendo perfectamente que si los acusados trataban de contestarlas incurrirían en contradicciones flagrantes y desprestigiarían el espectáculo. El 29 de enero, en vísperas del fin del proceso, Trotsky retó una vez más a Stalin a que pidiera su extradición. En un llamamiento dirigido a la Sociedad de las Naciones se declaró dispuesto a presentar su caso ante una Comisión de Terrorismo Político que la Sociedad se proponía constituir a iniciativa soviética. Ya desde Noruega había hecho un llamamiento similar. La Sociedad guardó silencio, y Stalin pasó por alto una vez más la solicitud de extradición.[9] En otro esfuerzo por obligar a sus acusadores a enfrentarse directamente con él, Trotsky declaró en un mensaje dirigido a una asamblea pública celebrada en Nueva York:

> ...Estoy dispuesto a comparecer ante una Comisión de Investigación pública e imparcial con documentos, datos y testimonios... y a revelar la verdad hasta el último detalle. Declaro que: *si esa Comisión decide que soy culpable en el mínimo grado de los crímenes que Stalin me imputa, me comprometo de antemano a colocarme voluntariamente en manos de los verdugos de la GPU*... Hago esta declaración ante el mundo entero. Pido a la prensa que publique mis palabras en los rincones más apartados de nuestro planeta. Pero si la Comisión certifica —¿me escucháis?, ¿me escucháis?— que los procesos de Moscú son un fraude consciente y premeditado, no pediré a mis acusadores que se coloquen voluntariamente frente a un pelotón de fusilamiento. ¡No! ¡La eterna deshonra en el recuerdo de las generaciones humanas será suficiente para ellos! ¿Me escuchan los acusadores en el Kremlin? ¡Les arrojo mi desafío al rostro y espero su respuesta![10]

Por estas mismas fechas aproximadamente los dos hijos de Trotsky fueron finalmente vinculados con él en su suplicio; y aquí la historia se convierte en la versión moderna de la leyenda de Laoconte. Liova, convencido de que la GPU lo perseguía, publicó en un periódico francés una declaración diciendo que, en caso de morir súbitamente, el mundo debería saber que había encontrado su muerte a manos de los stalinistas. Ninguna otra versión debería merecer crédito, pues él gozaba de buena salud y no abrigaba ninguna idea de suicidio. Serguei había sido arrestado en Krasnoyarsk, en Siberia, según la prensa rusa, y acusado de intentar, siguiendo órdenes de su padre, el envenenamiento en masa de obreros en las fábricas. "Stalin se propone arrancarle una confesión contra mí a mi propio hijo", apuntó

[8] *B.O.*, núms. 54-55, 1937.
[9] *"Trébovanie Moei Vidachy"*, 24 de enero de 1937. *The Archives.*
[10] "Me juego la vida", Apéndice II en *La revolución traicionada.*

Trotsky. "La GPU no vacilará en empujar a Serguei a la locura y después lo fusilará." Natalia publicó otro llamamiento dirigido en vano "A la conciencia del mundo".[11] "Hubo momentos", recordó más tarde, "en que L. D. se sintió aplastado" y "lleno de remordimientos por seguir viviendo. 'Tal vez mi muerte pueda salvar a Serguei', me dijo una vez..."[12] Sólo ella supo de esos momentos. Ante los ojos del mundo, Trotsky permanecía indomable, inconmovible y lleno de inquebrantable energía. Nunca se cansó de llamar a sus seguidores a la acción y de alentar a los amigos que flaqueaban. He aquí, por ejemplo, lo que escribió Anguelina Balabánov, su antigua compañera de Zimmerwald, cuando se enteró de que los procesos de Moscú habían suscitado en ella un profundo pesimismo: "¿Indignación, ira, repugnancia? Sí, y hasta la fatiga pasajera. Todo eso es humano, muy humano, Pero no creeré que usted haya sucumbido al pesimismo... Eso sería como abrigar un resentimiento pasivo y quejumbroso contra la historia. ¿Cómo puede uno hacer tal cosa? La historia hay que tomarla como es; y cuando ella se permite ultrajes tan extraordinarios y asquerosos, es preciso combatirla con los puños."[13] Así la combatía él.

Trotsky se propuso probar plenamente su inocencia, demostrar que ni una sola de las acusaciones stalinistas era o podía ser cierta, y sacar a la luz el significado político del gigantesco fraude judicial. Esta era, en opinión de muchos, una tarea imposible. El tendría que precisar todos sus movimientos y actividades durante todos los años de su destierro; reunir pruebas de sus enormes archivos, en parte dispersos, y de periódicos en muchos idiomas; recoger testimonios y declaraciones juradas de antiguos secretarios, guardaespaldas y partidarios, algunos de los cuales se habían convertido en adversarios; y de ministerios, consulados, jefaturas de policía, agencias de viaje, caseros, propietarios de hoteles y conocidos casuales en varios países. Y, en cierto sentido, toda esta vasta y costosa empresa estaba condenada a ser inútil. Quienes deseaban conocer la verdad podían muy bien llegar a ella sin necesidad de semejante masa de pruebas detalladas, en tanto que los indiferentes o empecinados no se dejarían convencer de ninguna manera. Tampoco era probable que la posteridad exigiera tal acumulación de testimonios para poder formarse una opinión. Trotsky, el gran polemista, bien podría haberse contentado con revelar la verdadera índole de los procesos a base exclusivamente de la evidencia interna de los mismos, como le aconsejaron Liova y unos cuantos amigos, entre ellos Bernard Shaw.[14] Pero era característico de la inflexible meticulosidad del hombre el que, una vez resuelto a aclararlo todo, no dejara

[11] *B.O.*, núms. 54-55.

[12] Serge, *op. cit.*, p. 266.

[13] Trotsky a A. Balabánov, quien residía entonces como exiliada en Nueva York. Carta del 3 de febrero de 1937 en *The Archives*, Sección cerrada.

[14] Sobre la opinión de Shaw, véase más adelante pp. 336-337. Liova expresó sus aprensiones en una carta a su madre (6 de marzo de 1937), *The Archives*, Sección cerrada.

nada al azar, no permitiera que un solo incidente importante quedara sin explicar y no omitiera un solo documento del expediente. Trotsky se comportó como si contara con la posibilidad de que el fraude de Stalin pudiera durar siglos, y para los siglos preparó él una defensa inexpugnable e indestructible.

Esta labor, capaz de despedazar los nervios de cualquiera, le llevó muchos meses. Puso en ella todas sus energías y obligó a hacer lo mismo, sin que ello le causara el menor remordimiento, a sus secretarios y seguidores, sobre todo a Liova, que realizó en París la mayor parte del trabajo. No toleró dilaciones, contradicciones ni excusas. A la más leve señal de flaqueza amenazó con "romper todas las relaciones", primero a Shachtman y después a Naville, y con "denunciar su sabotaje o algo peor", aunque ambos hacían todo lo posible por ayudarlo. En su primera carta a Liova desde México expresó su decepción por no haber recibido una gran cantidad de testimonios que esperaba encontrar a su llegada. Al cabo de dos semanas hervía de impaciencia, y cada una de sus cartas a Liova estaba llena de amargos reproches. ¿Por qué no habían llegado los papeles relativos a su viaje a Copenhague? ¿No era eso "sencillamente un crimen"? ¿Por qué algunos de los testimonios no habían sido legalizados ante un notario? ¿Por qué eran ilegibles las firmas al pie de otros? ¿Por qué no eran precisas las fechas? ¿Por qué no se indicaban los nombres de ciertos lugares con incuestionable exactitud? Semana tras semana su tono se hacía más perentorio y brutal. "Hoy recibí tu carta... con las excusas de siempre... y las promesas de siempre...", escribió a Liova el 15 de febrero, "pero ya estoy cansado de las excusas y hace mucho que dejé de creer en las promesas". La "negligencia [de Liova] rayaba en la traición". "Después de todas las experiencias de los últimos meses debo decir que nunca he tenido un día tan negro como éste en que abrí tu sobre, seguro de que encontraría en él las declaraciones juradas y sólo encontré disculpas y promesas." "Es difícil decir cuáles son los peores golpes, si los que vienen de Moscú o los que vienen de París."[15] Planeaba la apertura de un contraproceso en la primavera, y temía que el expediente no estuviera listo a tiempo. La Casa Azul casi parecía un taller de esclavos en aquellos días, con los secretarios, el propio Trotsky y Natalia traduciendo, copiando y mecanografiando papeles interminables. Al mismo tiempo Trotsky llenaba las páginas de los periódicos norteamericanos con sus comentarios, trataba de hacer que sus opiniones fueran inteligibles para la prensa mexicana e impulsaba la creación de "Comisiones de Investigación" en varios países. Obsesionado con la importancia de lo que estaba haciendo, viendo con suspicacia cada tropiezo, temiendo la interferencia de la GPU, y desesperando tal vez de poder concluir algún día la tarea, espoleaba y reñía sin inhibiciones a Liova, cuya vida y cuyo honor corrían el mismo peligro

[15] *The Archives,* Sección cerrada. Cartas del 1 y el 15 de febrero de 1937.

que los suyos. De igual manera, en verdad, pudo Laoconte vituperar y aguijar a sus hijos para que empeñaran todo su esfuerzo en la lucha contra las gigantescas serpientes en cuyos nudos estranguladores habían caído todos, padre e hijos.

Liova se sintió lastimado y herido en su devoción filial. Mientras Trotsky estuvo recluido en Noruega, él acudió valerosamente a cerrar la brecha. Pero el íncubo con el que luchaba era más fuerte que él, y Liova esperó con ansiedad el día en que su padre fuera liberado y pudiera desplazar la carga a sus hombros más vigorosos. Ahora lo angustiaba ver a su padre tan excitado y enojado. Todavía dudaba del valor de la empresa y escribió a Natalia que *Los crímenes de Stalin,* el pequeño libro que Trotsky había escrito mientras viajaba hacia México, era una réplica mucho más efectiva que cualquier "contraproceso" o el trabajo de cualquier Comisión de Investigación. Con todo, una vez que su padre hubo decidido probar su inocencia, Liova puso todo su corazón en la tarea. No fue culpa suya que las gestiones avanzaran lentamente y que surgieran malentendidos. Desde Hurum, por ejemplo, Trotsky le había ordenado hacer los arreglos para un contraproceso en Suiza; pero entretanto se tomó la decisión de efectuarlo en Norteamérica. Liova, que no fue enterado del cambio de plan, siguió impulsando los preparativos en Suiza. Esto le valió una severa reprimenda de su padre, quien amenazó con suspender el envío de los fondos necesarios y relevar a Liova de sus funciones para confiárselas a Naville (en quien siempre había tenido tan poca confianza).[16] La labor de recoger los testimonios se vio estorbada por las animosidades entre las sectas trotskistas: Liova debía obtener muchas declaraciones de miembros del grupo de Molinier, al que Trotsky había desautorizado, y para ello tuvo que obrar con tacto y diplomacia. Se sentía agotado y deprimido. El también estaba enfrascado en la campaña de prensa contra los procesos: sus artículos aparecían de cuando en cuando en el *Manchester Guardian.* Siguió atendiendo a los asuntos editoriales de su padre, cobrando sus derechos de autor, remitiéndolos regularmente a México, pagando las deudas de aquél en Noruega y Francia, y publicando el *Boletín.* Ofendido por las censuras de su padre, acosado por la GPU y profundamente frustrado en su propia vida familiar, empezó a sufrir, a la edad de treinta años, de insomnio persistente. El desaliento y la fatiga hicieron presa en él.

Como era su costumbre, se franqueó sólo con su madre: ("Querida mamochka: no tengo dudas de que sólo tú no estás enojada conmigo por mi silencio o por cualquier otra razón".) Pero también respondió a las reprimendas de su padre con este punzante reproche: "...He tenido que realizar, en condiciones muy difíciles, parte del trabajo que en otras circunstancias te habría tocado a ti; y lo he hecho sin la autoridad necesaria y sin la ayuda de que tú dispones; en ocasiones no tengo ni siquiera el

[16] Trotsky a Liova, 24 de febrero y 5 y 16 de marzo de 1937. *Ibid.*

dinero para comprar los sellos de correo. Pensé que podría contar con tu apoyo. En lugar de eso, tú me has hecho blanco de tus iras y clamas a diestra y siniestra contra mi 'negligencia criminal'... Aun cuando a mí me corresponda parte de la responsabilidad por la dilación con los documentos de Copenhague, ello no... justifica tu actitud frente a mí."[17] Hostigado y abatido, Liova se apoyó tanto más confiadamente en Etienne, a quien nadie parecía igualar en habilidad, diligencia y devoción a la causa.

Trotsky en un principio abrigó la esperanza de que el contraproceso pudiera celebrarse en una escala adecuada a la provocación, que pudiera llevarse a cabo de tal manera que sacudiera la conciencia del movimiento obrero internacional. Trató de vincular con él a la Segunda Internacional y a la llamada Internacional Sindical de Amsterdam. Por indicaciones suyas, Liova se acercó a Friedrich Adler, el secretario de la Segunda Internacional, que por su propia iniciativa había denunciado las purgas de Moscú como "cacerías de brujas medievales". Adler hizo lo que pudo, pero todo lo que consiguió fue que, después de muchas dilaciones, el Ejecutivo de la Internacional emitiera una declaración condenando las purgas; se rehusó, sin embargo, a participar en cualquier investigación o contraproceso. Igual actitud asumió la Internacional Sindical. Ambas organizaciones, cuyas secciones alemana y austriaca habían sido suprimidas por Hitler y Dolfuss, estaban dominadas por León Blum, y éste, como jefe del gobierno del Frente Popular, dependía del apoyo stalinista. A Blum le resultó embarazosa incluso la platónica declaración de la Internacional contra las purgas, y utilizó su influencia para impedir cualquier acción ulterior de su propio partido y de las "secciones fraternas". Y así los socialdemócratas de Europa occidental, generalmente tan dispuestos a defender las "libertades y los derechos del individuo" contra el comunismo, prefirieron en esta ocasión mantener un silencio diplomático o incluso exculpar a Stalin. "La Internacional", como dijo Trotsky, "boicoteó a su propio secretario." Esto redujo de antemano la efectividad de cualquier contraproceso: sin los partidos socialistas y los sindicatos, ninguna campaña podía atraer la atención de las clases trabajadoras.[18]

Los partidarios de Trotsky trataron a continuación de conquistar el apoyo de eminentes intelectuales izquierdistas. Esto no le agradaba mucho a Trotsky, que se mofaba a menudo de los "comités pro paz", los "congresos pro paz" y los "desfiles antifascistas" en los que los stalinistas movilizaban galaxias de "estrellas" literarias y académicas; él despreciaba el snobismo espectacular de tales efectos teatrales, especialmente cuando la Comintern sustituía con ellos la acción sólida y unida del movimiento obrero. Reprochó a sus seguidores norteamericanos el no haber logrado

[17] Liova a Trotsky, 8 de marzo de 1937. *Ibid.*

[18] *B. O.*, núms. 56-57, 1937; correspondencia de Liova con F. Adler en 1936. *The Archives*, Sección cerrada.

atraer obreros a los "Comités de defensa de Trotsky", pero no tuvo más remedio que aceptar el hecho.[19]

Con todo, la reacción de la intelectualidad también fue desalentadora, pues los stalinistas, que en Francia, España, Inglaterra y los Estados Unidos ejercían una fuerte influencia sobre los intelectuales, ejerció sobre ellos todo tipo de presión moral para evitar que le prestaran el menor apoyo a cualquier protesta contra las purgas. Desde Moscú, donde la flor y nata de la literatura y el arte ruso estaba siendo exterminada, las voces de Gorki, Shólojov y Ehrenburg se dejaron escuchar en medio del coro que llenaba el aire con el grito de "¡Muerte a los perros rabiosos!" En el Occidente, celebridades literarias como Theodore Dreiser, Leon Feuchtwanger, Barbusse y Aragon se hicieron eco del grito; y un hombre como Romain Rolland, el admirador de Ghandi, el enemigo de la violencia y la "conciencia humanitaria" de su generación, usó su voz dulcemente evangélica para justificar la matanza en Rusia y para ensalzar al verdugo en jefe, con un celo tal que Trotsky llegó a pensar en demandarlo por difamación. Cuando Gorki y Rolland marcaron el tono, legiones de humanitarios y moralistas de segunda fila los siguieron con poco o ningún escrúpulo. Sus manifiestos y llamamientos en favor de Stalin se leen con extrañeza. En los Estados Unidos, por ejemplo, le declararon un boicot a la Comisión de Investigación creada bajo los auspicios de John Dewey. Exhortaron a "todos los hombres de buena voluntad" a no colaborar con la Comisión, diciendo que los críticos de los procesos de Moscú intervenían en los asuntos internos soviéticos, ayudaban al fascismo y le "infligían un golpe a las fuerzas del progreso". El manifiesto fue firmado por Theodore Dreiser, Granville Hicks, Corliss Lamont, Max Lerner, Raymond Robins, Anna Louise Strong, Paul Sweezy, Nathaniel West y muchos profesores y artistas, muchos de los cuales habrían de figurar en la vanguardia de las cruzadas anticomunistas de los años cuarentas y cincuentas.[20] Louis Fischer y Walter Duranty, expertos populares en los asuntos soviéticos, garantizaron la integridad de Stalin, la veracidad de Vishinsky y los métodos humanitarios utilizados por la GPU para obtener las confesiones de Zinóviev, Kámenev, Piatakov y Rádek. Incluso Bertram D. Wolfe, miembro de la Oposición lovestonista expulsada hacía mucho del Partido Comunista, todavía expresó su reconocimiento a Stalin por salvar a la revolución de la conspiración trotskista-zinovievista.[21] En la prensa judía

[19] Véase el *Internal Bulletin* del SWP (el partido trotskista norteamericano), marzo-abril de 1940. (La cuestión se planteó entonces, en el transcurso de la controversia de Trotsky con Shachtman y Burnham.)

[20] Véase, por ejemplo, el manifiesto publicado en *Soviet Russia To-Day,* número de marzo de 1937.

[21] "Actualmente, sean cuales fueren las intenciones subjetivas [de Trotsky,] y yo no me propongo juzgarlas, su papel objetivo consiste en movilizar el sentimiento obrero contra la Unión Soviética. El ha ordenado a sus seguidores en Francia que ingresen en la Internacional Socialista. Se ha apartado cada vez más de los prin-

norteamericana, escritores que hasta entonces se habían descrito a sí mismos como "admiradores de Trotsky", se volvieron contra éste cuando él habló de las connotaciones antisemitas de los procesos de Moscú. El director de uno de esos periódicos escribió: "Esta es la primera vez que nosotros, los hombres de la prensa judía, escuchamos tal acusación. Nos hemos acostumbrado a mirar a la Unión Soviética como nuestro único consuelo, en lo que al antisemitismo se refiere... Es imperdonable que Trotsky lance tales acusaciones contra Stalin."[22]

La hipocresía, el prejuicio y el ingenuo temor de ayudar a Hitler al criticar a Stalin no fueron las únicas motivaciones. Algunos intelectuales no veían sentido a las refutaciones de Trotsky. Charles A. Beard, el notable historiador norteamericano, sostuvo que "a Trotsky no le correspondía hacer lo imposible, es decir, probar una negativa por medio de pruebas positivas. A sus acusadores corresponde presentar algo más que confesiones, presentar pruebas de corroboración..."[23] Bernard Shaw también rechazó la idea de un contraproceso y escribió: "Confío en que Trotsky no se deje llevar ante un tribunal más reducido que el de su público lector, donde sus acusaciones están a su merced... Su pluma es un arma terrible." Un mes más tarde escribió con menos simpatía: "La fuerza de la defensa de Trotsky reside en la incredibilidad de las acusaciones contra él... Pero Trotsky lo echa todo a perder al hacer exactamente el mismo tipo de ataques contra Stalin. Yo he pasado cerca de tres horas en presencia de Stalin y lo he observado con aguda curiosidad, y me resulta tan difícil creer que

cipios comunistas... Se ha manifestado incluso en favor de la guerra civil en la Unión Soviética, convirtiéndose así en enemigo abierto de la clase y del país que una vez sirvió tan fielmente." ¡Así escribió Bertram D. Wolfe sobre Trotsky en 1936! (*"Things we want to know"*, Workers' Age Publications.) Sólo cuando las Grandes Purgas tocaban a su fin, poco antes de que Bujarin apareciera en el banquillo de los acusados, expresó Wolfe, el "fundamentalista comunista" (en *The New Republic* del 24 de noviembre de 1937), su arrepentimiento por haber dado apoyo moral a las purgas. Esto movió a Trotsky a comentar que Wolfe tenía aún muchas cosas que aprender y desaprender a fin de no cometer errores ofensivos en el futuro. En años posteriores Wolfe atacó a otros escritores (que habían denunciado las purgas stalinistas en todo momento) como "apologistas de Stalin".

[22] B. Z. Goldberg en el *Tag* de Nueva York del 26 y 27 de enero de 1937. En esta época Trotsky reformuló sus concepciones sobre el problema judío. En una entrevista con el *Forwärts,* otro diario judío-norteamericano, admitió que las experiencias recientes con el antisemitismo en el Tercer Reich, e incluso en la URSS, lo habían hecho renunciar a su antigua esperanza de "asimilación" de los judíos a las naciones en que vivían. Había llegado a la conclusión de que, aun bajo el socialismo, la cuestión judía requeriría una "solución territorial", es decir, que los judíos necesitarían establecerse en su propia patria. No creía, sin embargo, que ésta estaría en Palestina, que el sionismo sería capaz de resolver el problema, ni que éste pudiera resolverse bajo el capitalismo. Mientras más se prolongue la supervivencia de la sociedad burguesa decadente, arguyó, más depravado y bárbaro se hará el antisemitismo en todo el mundo. *The Archives,* 28 de enero de 1937.

[23] Citado de *The Case of León Trotsky,* p. 464.

él es un gángster vulgar como que Trotsky es un asesino."[24] Shaw, por supuesto, evadía el problema, porque Trotsky no hacía "exactamente el mismo tipo de ataques contra Stalin". Con todo, a diferencia de Romain Rolland, Shaw no llevó su amistad con Stalin al punto de justificar las purgas. Vio en éstas, no un conflicto entre la justicia y la injusticia, sino entre la justicia y la justicia, un drama histórico del mismo tipo que había presentado en *Santa Juana* (escrito aproximadamente en las mismas fechas del primer anatema contra Trotsky), un choque entre el revolucionario que luchaba por el futuro y el poder establecido que defendía los intereses legítimos del presente. André Malraux declaró asimismo que "Trotsky es una gran fuerza moral en el mundo, pero Stalin ha conferido dignidad a la humanidad; y así como la Inquisición no denigró la fundamental dignidad del cristianismo, los procesos de Moscú no denigran la fundamental dignidad [del comunismo]".[25]

La reacción de Berthold Brecht fue similar. El había abrigado ciertas simpatías por el trotskismo y las purgas lo sacudieron moralmente; pero no fue capaz de llegar al rompimiento con el stalinismo. Se rindió ante éste con una gran carga de dudas en su mente, igual que habían hecho los capituladores en Rusia; y expresó artísticamente su propia situación y la de aquéllos en *Galileo Galilei*. Fue a través del prisma de la experiencia bolchevique como Brecht vio a Galileo arrodillado ante la Inquisición por "necesidad histórica", por la inmadurez espiritual y política del pueblo. El Galileo de su drama es Zinóviev, o Bujarin o Rakovsky con ropaje histórico. Lo obsesiona el martirio "infructuoso" de Giordano Bruno, y ese terrible ejemplo lo induce a capitular ante la Inquisición, del mismo modo que la suerte corrida por Trotsky indujo a tantos comunistas a capitular ante Stalin. Y el famoso diálogo de Brecht: "Dichoso el país que produce tal héroe" y "Desdichado el país que necesita tal héroe" resume con toda claridad el problema de Trotsky y la Rusia stalinista más bien que la incertidumbre de Galileo en la Italia renacentista.[26]

A los apologistas de Stalin y a quienes se lavaban las manos, Trotsky replicó con una ira que, justificada y todo, lo hacía verse como el proverbial *animal méchant* y daba a los tibios "defensores de la verdad" una excusa para guardar silencio. El hecho de que Sidney y Beatrice Webb se

[24] G. B. Shaw en cartas al Secretario del Comité británico pro defensa de León Trotsky, 21 de junio y 21 de julio de 1937. Citado de los Archivos del Comité y de *The Archives,* Sección cerrada.

[25] Citado de un resumen del discurso de Malraux en un banquete ofrecido en su honor por la redacción de *The Nation.* (El resumen fue enviado a Trotsky por uno de sus partidarios y se encuentra en *The Archives,* Sección cerrada.) Malraux había viajado a los Estados Unidos con apoyo stalinista y estaba tratando de movilizar recursos en favor de las Brigadas Internacionales que combatían en España. Poco antes Trotsky lo había atacado por su actitud frente a las purgas.

[26] Brecht escribió la versión original de *Galileo Galilei* en 1937-8, durante el apogeo de las Grandes Purgas.

negaran a unirse a la protesta no pudo ser motivo de sorpresa; ambos se habían convertido ya en admiradores de Stalin. Pero aun hombres como André Gide y H. G. Wells, cuyo primer impulso fue el de apoyar el contraproceso, decidieron a fin de cuentas mantenerse al margen. La campaña, pues, tuvo un alcance limitado; los varios Comités de defensa de Trotsky quedaron compuestos en su mayor parte por antistalinistas declarados y por algunos anticomunistas de largo historial; y esto restringió más aún el efecto de su acción.

En marzo de 1937 los Comités norteamericano, británico, francés y checoslovaco formaron una Comisión conjunta de investigación encargada de llevar a cabo el contraproceso. Sus miembros eran: Alfred Rosmer; Otto Rühle, famoso por haber sido el único miembro del Reichstag que, en unión de Karl Liebknecht, votó contra la guerra en 1914-15; Wendelin Thomas, también ex-miembro comunista del Reichstag; Carlo Tresca, un conocido anarcosindicalista; Suzanne La Follette, una escritora norteamericana radical y connotada antimarxista; Benjamin Stolberg y John R. Chamberlain, periodistas; Edward A. Ross, profesor de la Universidad de Wisconsin; Carleton Beals, también profesor universitario; y Francisco Zamora, escritor latinoamericano de tendencias izquierdistas. Fuera de Rosmer, ninguno de los miembros había estado relacionado anteriormente con Trotsky: en la mayoría de los casos, eran sus adversarios políticos. La Comisión debía su autoridad principalmente a John Dewey, su presidente, el más notable filósofo y educador norteamericano que, por otra parte, era tenido por amigo de la Unión Soviética. John F. Finerty, famoso como abogado defensor de grandes procesos políticos norteamericanos, especialmente los de Tom Mooney y Sacco y Vanzetti, actuó como asesor legal de la Comisión.

Trotsky, en un principio, no se sintió seguro de que la Comisión estuviera a la altura de su tarea. Los nombres de la mayoría de sus miembros le decían poco o nada, y abrigaba dudas hasta de su presidente. Se preguntó si Dewey, casi octogenario, no estaría demasiado viejo y demasiado alejado de las cuestiones que se plantearía la Comisión. ¿No se dormiría durante las audiencias? ¿Sería capaz de bregar con la enorme masa de pruebas documentales? ¿Y no se inclinaría, como "amigo de la Unión Soviética", a justificar a Stalin? James Burnham, que participaba activamente en la organización de la Comisión, disipó esas dudas: "Dewey es viejo...", escribió a Trotsky, "pero su mente todavía es vigorosa y su integridad personal es intachable. Fue él, como usted recordará, quien escribió el análisis más penetrante del caso de Sacco y Vanzetti. [Dewey] tal vez no juzgará las pruebas como un político..., sino como un científico y lógico. No se dormirá en las audiencias... Sería un gran error subestimarlo... Dewey, por supuesto, no es marxista; y toda su integridad personal y su inteligencia no le impiden nadar entre dos aguas políticamente. En ese sentido, claro está, no podemos estar 'completamente seguros' de él..."[27]

[27] Burnham a Trotsky, 1 de abril de 1937, *The Archives*, Sección cerrada.

El ingreso de Dewey a la Comisión fue un acto casi heroico. Filosóficamente, era adversario de Trotsky: andando el tiempo habrían de chocar en público en relación con el materialismo dialéctico. Pese a todo su radicalismo, Dewey defendía el "modo de vida norteamericano" y la democracia parlamentaria. Como pragmático, se inclinaba a favorecer al Stalin "no doctrinario" y "práctico" contra Trotsky el "marxista dogmático". Al aceptar, a sus años, la responsabilidad de presidir la investigación, tuvo que romper con muchas viejas relaciones y amistades. Los stalinistas hicieron todo lo posible por disuadirlo. Cuando fracasaron, no escatimaron vituperios y calumnias: su ataque menos virulento consistió en decir que él se había "dejado seducir" por Trotsky simplemente a causa de su senilidad. La revista *New Republic,* de la que había sido fundador y en cuyo consejo editorial había figurado durante casi un cuarto de siglo, se volvió contra él; y él renunció a su puesto en ella. Sus parientes le imploraron que no empañara el lustre de su nombre participando en un asunto dudoso y mezquino. La intriga y el acoso sólo fortalecieron su decisión. El hecho de que se movilizaran tantas influencias para entorpecer su acción, abierta y subrepticiamente, fue para él un argumento en favor de su actitud. Hizo a un lado su trabajo en un tratado —*Logic: the Theory of Inquiry*— que él consideraba su *magnum opus,* a fin de dedicarse en cuerpo y alma a la experiencia práctica de aquella otra investigación. Durante semanas y meses repasó las páginas impregnadas de sangre de los informes oficiales de los procesos de Moscú, los voluminosos escritos y correspondencia de Trotsky, y montañas de otros documentos. Tomó notas, comparó datos, fechas y alegatos, hasta quedar perfectamente enterado de todos los aspectos del caso. Una y otra vez tuvo que rechazar intimidaciones y amenazas. Nada conmovió su ecuanimidad ni debilitó su energía. La Comisión debía interrogar a Trotsky como testigo principal; y, puesto que no había posibilidad de que el gobierno norteamericano le permitiera trasladarse a Nueva York, Dewey decidió llevar a cabo la investigación en México. Se le advirtió que la Confederación de Trabajadores Mexicanos no permitiría la celebración del contraproceso, que él y sus acompañantes serían recibidos con manifestaciones hostiles en la frontera, y que serían atropellados. Impertérrito, el anciano filósofo no cejó en su propósito. Mantuvo su mente abierta: aunque estaba convencido de que en Moscú no se había probado la culpabilidad de Trotsky, no estaba seguro todavía de la inocencia de éste. Resuelto no sólo a mantener una estricta imparcialidad, sino a hacer que esa imparcialidad fuera evidente para todos, nunca se reunió con Trotsky fuera de las sesiones públicas de la Comisión, aun cuando le "habría gustado conversar informalmente con él de hombre a hombre".[28]

[28] Esta relación se basa en lo que el propio Dewey y el Dr. Ratner, su secretario, me informaron en 1950.

La Comisión inició sus trabajos el 10 de abril. Se había propuesto celebrarlas en un amplio local en el centro de la ciudad de México, pero renunció al plan a fin de evitar disturbios públicos y ahorrar dinero. Las sesiones tuvieron lugar en la Casa Azul, en el estudio de Trotsky. "La atmósfera era tensa. La policía montaba guardia en el exterior.. los visitantes eran registrados en busca de armas e identificados por un secretario de Trotsky que portaba un arma." Las ventanas que daban a la calle "fueron cubiertas, y detrás de cada una se erigieron barricadas de ladrillos con cemento y sacos de arena que alcanzaban dos metros de altura... Las barricadas de ladrillos habían sido terminadas la noche antes". Alrededor de cincuenta personas estuvieron presentes, incluidos los periodistas y fotógrafos. Las audiencias se efectuaron de acuerdo con el procedimiento judicial norteamericano. Dewey invitó a la embajada soviética y a los Partidos Comunistas de México y los Estados Unidos a enviar sus representantes y a participar en el interrogatorio; pero las invitaciones fueron ignoradas.[29]

En una breve alocución inaugural, Dewey declaró que la Comisión no era ni un tribunal ni un jurado, sino simplemente un organismo investigador. "Nuestra función consiste en escuchar cualquier testimonio que el señor Trotsky tenga a bien presentarnos, interrogarlo y presentar los resultados de nuestra investigación al pleno de la Comisión de la cual formamos parte..." El nombre del Comité norteamericano para la defensa de León Trotsky no significaba que éste estuviera comprometido a defender a Trotsky; actuaba "de acuerdo con la tradición norteamericana", con base en la creencia de que "nadie debe ser condenado sin que tenga una oportunidad de defenderse". El propósito de la Comisión consistía en garantizar un proceso justo en un caso en el que se sospechaba que al acusado se le había negado tal derecho. El caso era comparable con los de Mooney y de Sacco y Vanzetti, pero éstos habían podido cuando menos defenderse ante un tribunal legalmente constituido, en tanto que Trotsky y su hijo habían sido declarados culpables en dos ocasiones, en ausencia, por el más alto tribunal soviético, y sus reiteradas demandas de que el gobierno soviético solicitara su extradición, que los habría llevado automáticamente ante un tribunal noruego o mexicano, habían sido ignoradas. "El hecho de que [Trotsky] haya sido condenado sin la oportunidad de hacerse escuchar constituye un motivo de grave preocupación para la Comisión y para la conciencia del mundo entero." Al explicar sus propias razones para participar en la investigación. Dewey dijo que, después de haber dedicado su vida a la educación social, consideraba su presente actividad como una gran tarea social y educativa: "actuar de otra manera equivaldría a repudiar la obra de mi vida".

[29] *The Case of Leon Trotsky,* apéndice III; véase también James Farrell en *John Dewey* (*A Symposium,* compilado por Sidney Hook) p. 361.

Los trabajos de la Comisión duraron una semana completa y ocuparon trece sesiones prolongadas. Dewey, Finerty, A. Goldman, el abogado de Trotsky y otras personas interrogaron a Trotsky sobre cada detalle de las acusaciones y las pruebas. En ocasiones el interrogatorio casi se convirtió en una disputa política, cuando algunos de los interrogadores insistieron en la responsabilidad conjunta de Trotsky y Lenin por el stalinismo, y Trotsky rechazó la imputación. No hubo una sola cuestión que él se negara a discutir o tratara de eludir. A pesar de los interludios polémicos, las audiencias se desarrollaron en forma sosegada y fácil; sólo una vez se vieron alteradas por el llamado incidente Beals.

Carleton Beals, uno de los miembros de la Comisión, hizo a Trotsky, en repetidas ocasiones, preguntas que carecían más o menos de pertinencia, pero que revelaban un marcado prejuicio prostalinista y eran sumamente ofensivas en su forma. Trotsky respondió con compostura y precisión. Al acercarse a su término la larga sesión del 16 de abril, Beals se enfrascó en una discusión política y sostuvo que mientras Stalin, el postulante del socialismo en un solo país representaba la madurez política del bolchevismo, Trotsky era una especie de incendiario empeñado en fomentar la revolución mundial. Trotsky replicó que en los procesos de Moscú él había sido descrito como el fomentador, no de la revolución, sino de la contrarrevolución y como aliado de Hitler. Beals le preguntó entonces si él conocía a Borodin, el antiguo emisario de Stalin en China y asesor de Chiang Kai-shek. Trotsky contestó que no lo había conocido personalmente, pero que, por supuesto, sabía quién era. Pero, preguntó Beals, ¿no había enviado Trotsky a Borodin a México en 1919 o 1920 para fundar en este país el Partido Comunista? La pregunta sugería que Trotsky había mentido a la Comisión y que, además, había tratado de fomentar la revolución hasta en el país que le brindaba refugio en el presente. La discusión se hizo acalorada. Recordando su reciente experiencia noruega, Trotsky sospechó que la pregunta podría tener la finalidad de incitar a la opinión pública mexicana contra él, privarlo de asilo y hacer fracasar el contraproceso. Señaló que él siempre había puesto sus esperanzas en la revolución mundial, pero que había tratado de fomentarla por medios políticos legítimos, no auspiciando golpes en países extranjeros. La imputación de que él había enviado a Borodin a México en 1919-20 era fantástica. En esas fechas, en plena guerra civil, casi nunca salía de su tren militar; tenía los ojos puestos en los mapas de sus frentes y prácticamente había olvidado "toda su geografía mundial".

Beals reiteró con énfasis su imputación y añadió que el propio Borodin había declarado que Trotsky lo había enviado a México, y también que ya en 1919 el Partido Comunista soviético estaba dividido entre los políticos responsables y los fomentadores de la revolución. "¿Podría conocer la fuente de esa sensacional declaración?", preguntó Trotsky. "¿Ha sido publicada?" "No está publicada", dijo Beals. "Yo sólo puedo aconsejar

al miembro de la Comisión que le diga a su informante que es un mentiroso", replicó Trotsky. "Gracias, señor Trotsky. El mentiroso es el señor Borodin." "Es muy posible", fue la lacónica respuesta de Trotsky. Antes de que la audiencia concluyera, Trotsky protestó contra el "tendencioso tono stalinista" de Beals. El incidente fue cobrando en su opinión un carácter cada vez más siniestro. La alusión a Borodin no tenía nada que ver con los procesos de Moscú y parecía haber sido traída a colación sólo para colocarlo a él y al gobierno mexicano en una posición difícil. Así, pues, al abrirse la siguiente sesión, refutó una vez más la aseveración de Beals y pidió a la Comisión que investigara su origen. Si Beals había recibido su información directamente de Borodin, que dijera dónde y cuándo la había obtenido; y si la había obtenido indirectamente, que dijera entonces en qué forma, a través de quién y cuándo la había recibido. Una investigación del asunto revelaría el designio de hacer fracasar el contraproceso. "Si el señor Beals no está consciente y directamente implicado en esta nueva intriga, y espero que no lo esté, debe apresurarse a presentar todas las explicaciones necesarias a fin de permitir a la Comisión descubrir la verdadera fuente de la intriga." Como Beals se negara a revelar la fuente, la Comisión lo censuró en sesión privada, y él renunció a la Comisión. El incidente no tuvo mayores consecuencias.[30]

Los resultados del interrogatorio fueron resumidos por el propio Trotsky en su alegato final el 17 de abril.[31] Mostrando señales de tensión y fatiga, pidió permiso para permanecer sentado mientras daba lectura a su declaración. Empezó señalando que, o bien él o casi todos los miembros del Politburó de Lenin eran traidores a la Unión Soviética y al comunismo, como pretendían los acusadores en Moscú, o bien Stalin y su Politburó eran unos falsificadores. *Tertium non datur*. Se decía que analizar esta cuestión era intervenir en los asuntos de la Unión Soviética, la patria de los trabajadores de todo el mundo. Una "extraña patria" sería aquélla cuyos asuntos los trabajadores no tuvieran derecho a discutir. El mismo y su familia habían sido privados de la ciudadanía soviética, y en vista de ello no tenían otra alternativa que ponerse "bajo la protección de la opinión pública internacional". A quienes como Charles A. Beard sostenían que era Stalin el obligado a aportar las pruebas, y que en todo caso era imposible "refutar pruebas negativas con pruebas positivas", replicó Trotsky diciendo que la concepción legal de una alegación de inocencia presuponía la posibilidad de tal refutación, y que él estaba en condiciones de demostrar su inocencia y de probar el "hecho positivo" de que Stalin había organizado "el mayor fraude judicial de la historia".

El examen jurídico del caso, sin embargo, "tenía que ver con la *forma* del fraude y no con su *esencia*", que era inseparable del trasfondo político

[30] *The Case of Leon Trotsky*, pp. 411-417.
[31] *Ibid.*, pp. 459-585.

de las purgas, la "opresión totalitaria a que... todos —acusados, testigos, jueces, defensores y hasta el propio fiscal —estaban sometidos". Bajo tal opresión, un juicio deja de ser un proceso jurídico y se convierte en "una comedia, con los papeles preparados de antemano. Los acusados aparecen en la escena sólo después de una serie de ensayos que dan al director, por anticipado, la completa seguridad de que aquéllos no excederán los límites de sus papeles". No había margen para ninguna contienda entre el ministerio público y la defensa. Los protagonistas desempeñaban sus respectivos papeles a punta de pistola. "La comedia puede representarse bien o mal, pero ésa es una cuestión de técnica inquisitorial y no de justicia."

Al valorar la acusación, es preciso considerar el historial político de los acusados. Un crimen se deriva habitualmente del carácter del criminal o es, cuando menos, compatible con éste. El interrogatorio, por lo tanto, tenía que referirse necesariamente a su actividad y a la de los demás acusados en el partido bolchevique y a los papeles desempeñados por ellos en la revolución; y, a la luz de tales hechos, los crímenes que se les imputaban eran totalmente incompatibles con sus caracteres. Por eso Stalin había tenido que falsificar sus historiales. En este caso ¿era preciso aplicar el criterio clásico de *Cui prodest?* ¿Beneficiaba o podía beneficiar el asesinato de Kírov a la Oposición? ¿O beneficiaba a Stalin al brindarle un pretexto para exterminar a la Oposición? ¿Podía la Oposición esperar algún provecho de los actos de sabotaje en las minas de carbón, las fábricas y los ferrocarriles? ¿O trataba el gobierno, cuya insistencia en la industrialización excesivamente apresurada y cuya negligencia burocrática habían causado numerosos desastres industriales, de eludir su responsabilidad y culpar a la Oposición por los desastres? ¿Podía la Oposición sacar algún provecho de una alianza con Hitler y el Mikado? ¿O estaba Stalin explotando políticamente las confesiones de los acusados de que eran aliados de Hitler?

Para la Oposición hubiera sido una insensatez suicida cometer cualquiera de esos crímenes. La irrealidad de la acusación explicaba la incapacidad del fiscal para presentar cualquier prueba válida. La conspiración de que hablaba Vishinsky había durado supuestamente muchos años y había tenido las más extensas ramificaciones en la Unión Soviética y el extranjero. La mayoría de sus supuestos jefes y participantes habían estado, durante todos aquellos años, en manos de la GPU. Sin embargo, la GPU no podía aducir ningún dato realista ni siquiera una sola prueba concreta de la gigantesca conspiración: sólo confesiones, confesiones, interminables confesiones. La "conjura no tenía carne ni sangre". Los hombres en el banquillo de los acusados no toleraban ningún hecho ni acción específicos de la conspiración, sino únicamente sus conversaciones sobre ésta: los autos del tribunal eran una conversación sobre conversaciones. La ausencia de toda verosimilitud psicológica y de todo contenido concreto demostraba que el espectáculo había sido montado sobre la base de un libreto especialmente pre-

parado. Con todo, "un fraude judicial en escala tan colosal resulta excesivo hasta para la policía más poderosa... demasiadas personas y circunstancias, características y fechas, intereses y documentos... no encajan... en el libreto preparado de antemano". "Si uno contempla el asunto en su aspecto artístico, semejante tarea —la concordancia dramática de centenares de personas y de circunstancias innumerables— habría sido excesiva hasta para un Shakespeare. Pero la GPU no tiene a Shakespeare a su servicio." Mientras fabricaba sucesos que supuestamente habían ocurrido dentro de la Unión Soviética, podía mantener una aparente coherencia. La violencia inquisitorial podía obligar a los acusadores y a los testigos a ser congruentes en algunas de sus historias fantásticas. La situación cambiaba cuando había que extender los hilos de la trama a otros países; y la GPU tenía que extenderlos a fin de implicarlo a él, "el enemigo público número uno". En el extranjero, sin embargo, los hechos, las fechas y las circunstancias podían verificarse, y cada vez que se verificaban la historia de la conspiración se venía abajo. Ni uno solo de los hilos que supuestamente conducían a Trotsky había conducido a él. Se había demostrado que los pocos acusados —David, Berman-Yurin, Romm y Piatakov— a quienes él supuestamente había dado instrucciones terroristas (en presencia de su hijo o de otra suerte) no lo habían visto ni habrían podido verlo (ni a su hijo) en los lugares y en las fechas indicadas, porque ni él (ni su hijo) ni los acusados estuvieron o pudieron haber estado allí. Sin embargo, demostrada la imposibilidad de tales contactos, toda la acusación se venía abajo porque sus supuestos contactos con Rádek (a través de Romm) y Piatakov eran decisivos para la "conspiración". Todas las demás acusaciones y testimonios se habían basado o se habían derivado de las confesiones de Piatakov y Rádek en el sentido de que ellos habían actuado como agentes principales de Trotsky y como los pilares gemelos de la conspiración. "Todos los testimonios de los demás acusados se apoyan en nuestro propio testimonio", había declarado Rádek ante el tribunal; y el propio testimonio de Piatakov y Rádek, que giraba alrededor de los encuentros con Trotsky en París y Oslo, no se apoyaban en nada. "No hace falta demoler un edificio ladrillo por ladrillo una vez que las dos columnas principales que lo sostienen son derribadas", señaló Trotsky; y sin embargo continuó demoliendo el edificio "ladrillo por ladrillo".

Pidió a la Comisión que considerara que sus propias versiones estaban llenas de aquella autenticidad psicológica e histórica que se echaba de menos tan obviamente en las versiones de Moscú; que la documentación que él había presentado ante la Comisión reflejaba con extraordinaria plenitud su vida y su obra durante muchos años; y que, de haber cometido él cualquiera de los crímenes que se le imputaban, sus papeles seguramente lo delatarían en algún punto. Aquellos que comulgaban fácilmente con ruedas de molino, pero se atragantaban con una píldora, decían que él podía haber "arreglado" todos sus archivos y toda su correspondencia para dis-

frazar sus verdaderos designios. Pero, para los fines de un disfrazamiento, es posible falsificar cinco, diez y hasta cien documentos, no miles de cartas dirigidas a centenares de personas, ni centenares de artículos y docenas de libros. No, él no había "construido un rascacielos para ocultar una rata muerta". Si alguien hubiese afirmado, por ejemplo, que Diego Rivera era un agente secreto de la Iglesia Católica, ¿no habría examinado los murales de Rivera cualquier jurado que investigara la acusación? ¿Y se atrevería alguien a decir que el apasionado anticlericalismo que se hacía evidente en aquellos murales era un simple ocultamiento? Nadie es capaz de "verter la sangre de su corazón y la savia de sus nervios" en obras de arte, historia y política revolucionaria para engañar al mundo. ¡Qué endeble, en comparación con su documentación, era la de Vishinsky! Toda ella consistía en supuestas cartas de Trotsky: dos a Mrachkovsky, tres a Rádek, una a Piatakov y una a Murálov, ¡todas falsificadas!

Pero, ¿por qué habían confesado los acusados? Difícilmente podía esperarse que él ofreciera información sobre las técnicas inquisitoriales de la GPU. "No podríamos interrogar aquí a Yagoda (que ahora está siendo interrogado por Yezhov), ni a Yezhov, ni a Vishinsky, ni a Stalin, ni a... sus víctimas, la mayoría de las cuales ya han sido fusiladas." Sin embargo, la Comisión tenía en su poder las declaraciones juradas de comunistas rusos y europeos que habían conocido por experiencia propia las técnicas de la GPU. Con excesiva frecuencia se olvidaba que quienes habían hecho las confesiones no habían sido jefes activos de la oposición, sino capituladores, hombres que durante años se habían postrado ante Stalin. Sus últimas confesiones eran la consumación de una larga serie de capitulaciones, la conclusión de una verdadera "progresión geométrica de acusaciones falsas". En el transcurso de trece años Stalin había erigido, con su ayuda, una "torre de Babel" de calumnias. Un dictador que utilizaba el terror sin inhibiciones y "podía comprar conciencias como si fueran sacos de papas", bien podía realizar semejante hazaña. Pero al propio Stalin lo aterrorizaba su torre de Babel, pues sabía que se derrumbaría cuando se abriera en ella la primera brecha, ¡y esa brecha se abriría!

Trotsky concluyó con una apoteosis de la Revolución de Octubre y del comunismo. Aun bajo Stalin, dijo, a despecho de todo el horror de las purgas, la sociedad soviética seguía representando el mayor progreso en organización social que la humanidad hubiese logrado hasta entonces. La culpa de la trágica degeneración del bolchevismo no era imputable a la revolución, sino al hecho de que ésta no había logrado propagarse fuera de Rusia. Por el momento, los trabajadores soviéticos se enfrentaban a una elección entre Hitler y Stalin. Preferían a Stalin, y en eso no se equivocaban: "Stalin es mejor que Hitler". Mientras no vieran otra alternativa, los trabajadores permanecerían apáticos aun ante las monstruosidades del régimen stalinista. Saldrían de la apatía en el momento mismo en que apareciera en el extranjero cualquier posibilidad de nuevas victorias para

el socialismo. "Por eso no desespero... Tengo paciencia. Tres revoluciones me han hecho paciente."

> La experiencia de mi vida, en la que no han escaseado ni los triunfos ni los fracasos, no sólo no ha destruido mi fe en el claro y luminoso futuro de la humanidad, sino que, por el contrario, me ha dado un temple indestructible. Esta fe en la razón, en la verdad, en la solidaridad humana, que a la edad de dieciocho años llevé conmigo a las barriadas obreras de la ciudad provinciana rusa de Nikoláiev, la he conservado plena y completamente. Se ha hecho más madura, pero no menos ardiente.

Con estas palabras, y con la expresión de su agradecimiento a la Comisión y a su presidente, concluyó Trotsky la *apologia pro vita sua.*

Durante un largo rato la Comisión, profundamente conmovida, guardó silencio. Dewey se había propuesto resumir y cerrar los trabajos de una manera formal; en lugar de ello puso fin a las audiencias con una sola oración: "Todo lo que yo pudiera decir sería un anticlímax."[32]

Las actas del interrogatorio resultan tanto más notables cuando se consideran las limitaciones que Trotsky se impuso a sí mismo. A menudo atenuó la fuerza de sus planteamientos a fin de no crear dificultades al gobierno mexicano. Trató de explicar los numerosos y complejos motivos de disputa entre él y Stalin sin recurrir a su habitual lenguaje marxista, que habría sido ininteligible para sus oyentes, utilizando en lugar de aquél el lenguaje del liberal de mentalidad pragmática. La dificultad de semejante traducción sólo pueden apreciarla quienes alguna vez la hayan intentado. Deseoso de establecer un contacto personal con sus oyentes, no llevó a cabo su defensa en su lengua vernácula, ni siquiera en alemán o francés, sino en inglés. Su vocabulario era limitado. Su gramática y su sintaxis eran débiles. Despojado del esplendor de su poderosa elocuencia, privado voluntariamente de las ventajas que incluso el orador aburrido encuentra en el uso de su propio idioma, contestó de improviso las preguntas más diversas, complejas e inesperadas. Día tras día y sesión tras sesión buscó la expresión adecuada y luchó contra la resistencia del idioma, interrumpiéndose e incurriendo con frecuencia en oraciones involuntariamente cómicas, y en ocasiones diciendo casi lo contrario de lo que se proponía decir o no entendiendo las preguntas que se le hacían. Fue como si Demóstenes, sin haberse curado su tartamudez y con la boca llena de guijarros, hubiese comparecido ante un tribunal para luchar por su vida. Así hizo el recuerdo de los acontecimientos de su larga carrera, expuso sus creencias, describió los numerosos cambios sufridos por el régimen soviético, analizó las diferencias que lo habían separado de Stalin y Bujarin, pero también de Zinóviev

[32] Dewey sólo añadió unos cuantos anuncios formales relativos a los ulteriores trabajos de la Comisión.

y Kámenev, retrató las personalidades y pormenorizó cada detalle de la terrible contienda.

Al término de las audiencias ninguna pregunta había quedado sin respuesta, ninguna cuestión importante permanecía confusa y ningún acontecimiento histórico significativo requería mayor aclaración. Trece años más tarde, Dewey, que había dedicado gran parte de su vida al debate académico y seguía tan opuesto como siempre a la *Weltanschaaung* de Trotsky, recordó con entusiasta admiración "el vigor intelectual con que Trotsky recogió y organizó su masa de pruebas y argumentos y nos comunicó el significado de cada dato pertinente". La fuerza de la lógica de Trotsky se impuso a sus oraciones mal construidas, y la claridad de sus ideas brilló a través de todos sus errores verbales. Ni siquiera su ingenio flaqueó, despejando a menudo lo sombrío del tema. La integridad de su posición, sobre todo, le permitió vencer toda restricción y constricción externa. Se mantuvo erguido como la verdad misma, desaliñado y sin adornos, sin coraza y sin escudo, y sin embargo magnífico e invencible.

Transcurrieron varios meses antes de que la Comisión Dewey diera a conocer su veredicto. Mientras tanto, Trotsky todavía tuvo que complementar las pruebas que le había presentado, y mantuvo en actividad a todos sus colaboradores. El interrogatorio y el trabajo relacionado con éste lo habían agotado, y no se recuperó durante una breve estadía en el campo. Durante el resto de la primavera y todo el verano sufrió nuevamente fuertes dolores de cabeza, mareos y alta presión sanguínea, y volvió a quejarse de que la vejéz lo había "tomado por sorpresa". Los primeros ecos del contraproceso fueron menos que débiles.[33] Las tensiones familiares apenas disminuyeron. "Querido papá", escribió Liova a fines de abril, "tú sigues sometiéndome a tu ostracismo... hace más de un mes que no recibo carta tuya." Trotsky, todavía insatisfecho con la forma en que Liova dirigía el *Boletín,* había vuelto a proponer que éste fuera trasladado a Nueva York; en respuesta, Liova señaló sin irritación que el periódico debía permanecer en Europa, donde se encontraba la mayoría de sus lectores; y volvió a quejarse amargamente a su madre del áspero trato que estaba recibiendo. En una carta extensa y un tanto conciliatoria, Trotsky trató entonces de limar las asperezas.[34] Explicó a Liova que, después de perder tantos meses en Noruega antes de poder prepararse para el contraproceso, se había

[33] Los Comités pro defensa de León Trotsky de Inglaterra y Francia informaron a Coyoacán que los periódicos de sus respectivos países habían pasado por alto casi completamente el contraproceso.

[34] Liova a Trotsky, 27 de abril; Trotsky a Liova, 29 de mayo de 1937. *The Archives,* Sección cerrada. Más de veinte años después Natalia me contó que Trotsky había escrito a Liova "una carta muy larga y muy cordial" que "despejó todas esas desavenencias". Natalia prometió encontrar esa carta, aunque abrigaba el temor de que se hubiera traspapelado. Es probable que tuviera en mente la carta que resumimos aquí. Esta, sin embargo, no logró "despejar las desavenencias" completamente.

molestado por las nuevas dilaciones y había querido presentar sus expedientes completos ante la Comisión Dewey; y estaba convencido de que las dilaciones se debían a la renuencia de Liova a cooperar con los camaradas. Le aconsejó que se tomara un descanso y diera reposo a sus nervios: "todavía nos aguardan grandes pruebas".

El consejo fue muy oportuno. Liova también sufría dolores de cabeza y fiebres, y carecía de la resistencia de su padre. "¿Qué queda de mi antigua fuerza?", escribió a su madre, sugiriendo que dentro de poco tendría que someterse a "una pequeña operación". Vivía en la pobreza, pero pensaba ayudar económicamente a sus padres ganándose la vida como obrero en una fábrica u obteniendo una beca universitaria. Cuando Natalia lo instó a escribir para los periódicos en lugar de eso, contestó en un tono que revelaba su frustración: "Escribir... es difícil para mí: tengo que leer, estudiar, reflexionar, y eso requiere tiempo... Sin embargo, desde que vivo en la emigración me he visto abrumado casi constantemente con tareas técnicas y de otra índole. Soy una bestia de carga, nada más. No aprendo, no leo. No puedo aspirar a hacer ningún trabajo literario: no poseo la facilidad ni el talento que pueden reemplazar en parte al conocimiento."[35] Esta actitud de frustración estaba impregnada de ternura y devoción. Cuando sus padres le devolvían cheques que él había recibido de los editores franceses y les había remitido, Liova sólo tomaba un poco para sí y repartía el resto entre los camaradas necesitados o lo ingresaba en los fondos de la organización. Le preocupaba la posibilidad de que su padre estuviera gastando excesivamente sus energías y destrozando sus nervios. ¿Por qué, preguntó a Natalia, no se compraba un automóvil en México y organizaban excursiones de caza o pesca? ¿Por qué L. D. no jugaba croquet, que tanto le gustaba? "Querida mamochka", escribió en respuesta a una carta un tanto triste de ella, "...sólo piensa lo que habría sucedido si Stalin no hubiese cometido el 'error' de desterrar a papá. Papá habría muerto hace mucho... O si a mí me hubieran permitido regresar a la URSS en 1929, si Serguei hubiese tenido actividad política, o si papá estuviera en Noruega ahora, o, peor aún, en Turquía. Kemal lo habría entregado... las cosas podrían haber sido mucho peores."[36] Tales palabras eran un pobre consuelo, pero no había otro mejor que ofrecer.

Por aquel entonces ocurrió un incidente en cierto modo tragicómico en la vida íntima de la familia. En medio de todos aquellos acontecimientos sombríos y en medio de toda su angustia, Natalia fue presa de los celos conyugales. La causa no es muy clara: ella guardó suma discreción sobre el asunto incluso en las cartas a su marido, que sólo arrojan luz sobre un punto, a saber, que aquella fue la primera vez que creyó tener razones para sentirse celosa. Tal vez una mujer menos segura de sí habría sentido

[35] Liova a su madre, 29-30 de junio de 1937.
[36] Carta del 7 de julio de 1937. *The Archives,* Sección cerrada.

celos desde antes, pues el comportamiento de Trotsky con las mujeres, en los escasos momentos en que tenía tiempo para reparar en ellas, se caracterizaba por una especie de deliberada galantería no exenta de vanidad masculina y de gusto por la admiración femenina. En todo caso, la presencia de una mujer lo estimulaba en ocasiones a hacer despliegues de elocuencia e ingenio seductores. En tales "flirteos" había un elemento de anticuada hidalguía y refinamiento artístico; sin embargo, discordaban de su profunda seriedad y su vida casi ascética. Natalia, sin embargo, estaba lo suficientemente segura del amor de su marido para no tomar sus devaneos en serio. Pero en Coyoacán llegó a sentirse intensamente celosa de alguien a quien sólo se refería en sus cartas mediante la inicial F. A juzgar por la evidencia circunstancial, ésta pudo haber sido Frida Kahlo. Algunos miembros del grupo doméstico no tardaron en descubrir cierta discordia entre las dos mujeres y un ligero enfriamiento entre sus maridos. No sabemos si la delicada y poco común belleza de Frida, y su talento artístico, excitaron en Trotsky algo más que la galantería normal, o si Natalia, que entonces tenía cincuenta y cinco años, fue presa de los celos que a menudo acompañan a la edad madura. Baste decir que ocurrió una "crisis" y que tanto Trotsky como Natalia se sintieron deprimidos y desdichados.[37]

A mediados de julio Trotsky salió de Coyoacán y, en compañía de sus guardaespaldas, se dirigió a las montañas para ejercitarse físicamente, realizar labores agrícolas en un rancho, montar a caballo y cazar. Todos los días, en ocasiones dos veces al día, escribía a Natalia. Le había prometido no mencionar en sus cartas el asunto que la preocupaba, pero "no pudo cumplir la promesa"; le imploró que "dejara de competir con una mujer que significaba tan poco" para él, en tanto que ella Natalia, lo era todo para él. Se sentía lleno de "vergüenza y desprecio de sí mismo", y firmaba "tu viejo perro fiel". "¡Cómo te quiero, Nata, la única, la eterna, la fiel, mi amor, mi *víctima*. . .!" "¡Ah, si sólo pudiera llevar un poco de alegría a tu vida! Mientras escribo esto, después de cada dos o tres líneas me pongo de pie, camino por la habitación y lloro con lágrimas de reproche a mí mismo y de gratitud a ti; y lloro por la vejez que nos ha llegado por sorpresa." Una y otra vez, la nota de autocompasión que ningún extraño y ningún miembro de su grupo doméstico pudo descubrir jamás en él, se hace presente en estas cartas. ". . .Sigo viviendo con nuestros ayeres, con nuestros dolores y recuerdos, y con los tormentos de mi sufrimiento." A continuación su capacidad de resistencia y hasta su alegría de vivir volvían a manifestarse: "Todo saldrá bien, Nata, todo saldrá bien: tú sólo debes reponerte y hacerte más fuerte." En una ocasión le cuenta, en tono un tanto humorístico, cómo "sedujo" a un grupo de hombres, mujeres y niños —"especialmente a las mujeres"— que lo habían

[37] Véase su correspondencia de julio de 1937. *The Archives,* Sección cerrada.

visitado en las montañas. Su vitalidad brota y siente un deseo sexual por Natalia. Le cuenta que acaba de releer el pasaje de las memorias de Tolstoi en que éste describe cómo, a los setenta años, solía regresar de sus cabalgatas lleno de deseo y pasión por su esposa: él, Trotsky, regresaba en el mismo estado de ánimo de sus fatigosas escapadas a caballo. En su deseo de ella recurre al lenguaje sexual del vulgo y entonces se siente "avergonzado de poner tales palabras en el papel por primera vez en mi vida" y "de comportarse como un joven cadete". Y como para probar el *nihil humanum...*, incurre en una extraña recriminación marital. Desentierra una aventura amorosa que Natalia supuestamente había tenido en fecha tan lejana como 1918; y alega que, puesto que él nunca le había hecho el menor reproche y ni siquiera mencionado aquel asunto, ella no debía ser demasiado severa con él, que no le había dado ningún motivo para sentirse celosa. Al contestar, Natalia explica la "aventura" de 1918. Todo sucedió poco después de haber sido nombrada Directora del Departamento de Museos del Comisariado de Educación. Ella no estaba segura de cómo debía organizar su trabajo, y uno de sus ayudantes, un camarada que efectivamente estaba "encaprichado" con ella, la ayudó. Ella se lo agradeció y lo trató con simpatía, sin reciprocar, por otra parte, sus sentimientos y sin permitirle ninguna intimidad. Esta recriminación afablemente cómica, en la que al cabo de treinta y cinco años de vida en común ni el marido ni la mujer encontraban otra "infidelidad" que reprocharse, revela en forma bastante inesperada la constancia de su amor.[38]

Natalia, en sus cartas, se muestra reservada, un tanto cohibida por las efusiones de Trotsky, y deseosa de sacarlo de sus estados de ánimo introspectivos y desbordados. A sus alusiones a la vejez responde ella invariablemente: "Uno es viejo sólo cuando no tiene perspectivas por delante" y cuando ya no lucha por nada, ¡y ésa evidentemente no era la situación de él! "Rehazte. Vuelve al trabajo. Con sólo hacer eso, tu curación habrá comenzado." Al cabo de poco tiempo ella volvió a ser dueña de sus emociones; y, aunque enferma y nerviosa también, se preocupó por las enfermedades, fiebres, desdichas y empeños de cada miembro de la familia, y se mostró más serena y fuerte que cualquiera de ellos. El conocía su fortaleza y se apoyaba en ella. En una de sus cartas se leen estas palabras elocuentes: *"Tú seguirás llevándome en tus hombros, Nata, como me has llevado a lo largo de tu vida."*[39]

Mientras tanto, en la Unión Soviética apenas pasaba un día sin su correspondiente hecatombe humana. A fines de mayo la GPU anunció haber

[38] La carta "explicatoria" de Natalia no tiene fecha; a juzgar por la evidencia circunstancial, fue escrita alrededor del 15 de julio. El 19 de julio Trotsky contestó con dos cartas. También escribió en esos días un diario especial destinado (como lo subrayó él repetidamente) sólo a Natalia.

[39] Trotsky a Natalia el 18 de julio de 1937. *The Archives*, Sección cerrada.

descubierto una conspiración encabezada por el mariscal Tujachevsky, vice-Comisario de la Defensa, el modernizador y Comandante en Jefe del Ejército Rojo. Generales prestigiosos como Yakir, Uborovich, Kork, Putna, Primakov y otros, incluido Gamarnik, el Comisario Político en jefe de las fuerzas armadas, fueron acusados de traición. Con excepción de Gamarnik, que se suicidó, todos fueron ejecutados. De los cuatro mariscales cuyas firmas aparecían al calce de la sentencia de muerte —Voroshílov, Budiony, Blucher y Yegórov—, los dos últimos sucumbieron también más adelante frente al pelotón de fusilamiento. Todos estos hombres habían alcanzado sus puestos de mando cuando Trotsky era Comisario de la Guerra, pero en su mayoría nunca habían pertenecido a la Oposición y ninguno de ellos había estado en contacto con Trotsky desde su destierro. Todos, sin embargo, fueron acusados de ser agentes suyos y de Hitler y de laborar por la derrota militar y el desmembramiento de la Unión Soviética. Sus ejecuciones fueron el preludio de una purga que afectó a 25 000 oficiales y decapitó al Ejército Rojo en vísperas de la segunda Guerra Mundial. Veinticinco años más tarde, después de la rehabilitación formal de Tujachevsky y de la mayoría de los otros generales, sigue sin aclararse el trasfondo de esta purga. Según diversas fuentes antistalinistas, Tujachevsky, alarmado por el terror que minaba la moral y las defensas de la nación, había planeado un golpe de estado para derrocar a Stalin y destruir el poder de la GPU; pero no había establecido, a tal fin, contacto alguno con Trotsky y menos aún con Hitler o cualquier potencia extranjera. Trotsky no creyó que hubiese habido ninguna conjura, pero describió la caída de Tujachevsky como un síntoma de un conflicto entre Stalin y la oficialidad militar, conflicto que podría poner un golpe militar "en la orden del día".[40]

Para entonces la GPU ensayaba ya el "proceso de los veintiuno", escogiendo a Ríkov, Bujarin, Tomsky, Rakovsky, Krestinsky y Yagoda para desempeñar los papeles principales. (De todos éstos, sólo Tomsky, al suicidarse, escapó a la humillación de un juicio y una confesión públicos.) Aun antes de que el telón de este espectáculo se levantara, el terror golpeó también a la facción stalinista. Rudzutak, Mezhlauk, Kossior, Chubar, Póstishev, Yenukidze, Okuzhava, Eliava, Cherviakov y otros, miembros del Politburó, secretarios del Partido en Moscú, en Ucrania, Bielorrusia y Georgia, dirigentes sindicales, jefes de la Comisión de Planificación Estatal y del Supremo Consejo de la Economía Nacional, casi todos ellos stalinistas de largo historial fueron calificados de traidores y espías extranjeros y ejecutados. Ordzhonikidze, que le había sido fiel a Stalin durante más de treinta años, pero cuya conciencia conturbada lo había llevado a oponérsele, murió en circunstancias misteriosas, o, como creyeron algunos, fue orillado al suicidio. Si los trotskistas, zinovievistas y bujarinistas fueron deshonrados públicamente, estos stalinistas fueron des-

[40] *B.O.*, núms. 56-57, 1937.

truidos en secreto, sin procesos abiertos. Los estragos que la ira de Stalin causó entre ellos quedaron envueltos en la oscuridad. El terror se propagó más allá del partido bolchevique y atrapó a muchos comunistas alemanes, polacos, húngaros, italianos y balcánicos que habían vivido en la Unión Soviética como refugiados de las cárceles y los campos de concentración de sus propios países. A continuación la "campaña contra el trotskismo" fue llevada a tierras extranjeras. En España, la GPU se estableció a principios de la guerra civil y lanzó un ataque contra el POUM. Andrés Nin, el jefe del POUM, tenía sus diferencias con Trotsky, que lo criticó por su participación en el gobierno leal de Cataluña y por haber adoptado una actitud "tímida y semimenchevique" en la revolución. Aun así, la política de Nin era demasiado radical e independiente para el stalinismo del periodo del Frente Popular, de suerte que él y su partido fueron denigrados como una "quinta columna" de Franco. A fin de cuentas Nin fue secuestrado y asesinado. Cualquiera que se atrevía a protestar, se exponía a la venganza de la GPU. Las cacerías de brujas, los asesinatos y el cinismo con que Stalin usó a la revolución española desmoralizaron el bando republicano y prepararon su derrota. Y, como si su propósito fuera el escarnio, Stalin envió nada menos que a Antónov-Ovseienko, el extrotskista y héroe de 1917, a dirigir la purga en Cataluña, el baluarte de la GPU; luego, cuando Antónov hubo concluido su misión, lo denunció también a él como saboteador y espía y ordenó su ejecución.

En Moscú nadie se sentía seguro entoces, ni siquiera los inquisidores y los verdugos. Después del arresto de Yagoda, la GPU y todos los servicios secretos fueron purgados. Sus agentes en Europa fueron atraídos a Rusia para enfrentarse a las acusaciones habituales. Por regla general, estos agentes sabían o sospechaban lo que les aguardaba; pero obedecían como hipnotizados las órdenes de regresar: muchos de ellos preferían inmolarse a pedir asilo en cualquier país capitalista. Se produjo una gran sorpresa, por consiguiente, cuando Ignaz Reiss, jefe de una red del servicio secreto soviético en Europa, renunció a su puesto en señal de protesta contra las purgas. Cuando tomó su decisión, ni siquiera había recibido órdenes de regresar a Moscú. Conturbado por las purgas, se acercó a Sneevliet, el parlamentario trotskista belga (y a través de éste a Liova) para advertir a Trotsky que Stalin había decidido "liquidar el trotskismo" fuera de la Unión Soviética con los mismos métodos que estaba utilizando para destruirlo dentro del país. Reiss describió el infernal sadismo y chantaje, los largos y horribles interrogatorios por medio de los cuales la GPU había obtenido las confesiones en los procesos de Moscú y la tortura moral y la confusión en que sucumbía la vieja generación de bolcheviques; pero también describió a los jóvenes comunistas que se negaban a someterse y seguían llenando los patios de las cárceles y los lugares de ejecución con el grito de: "¡Viva Trotsky!"[41]

[41] *"Zapiski Ignatya Reissa"*, *B.O.*, núms. 60-61, diciembre de 1937.

El 18 de julio Reiss dirigió un mensaje desde París al Comité Central en Moscú anunciando su rompimiento con el stalinismo y su "adhesión a la Cuarta Internacional". "No está lejos el día", declaraba, "en que el socialismo internacional juzgará todos los crímenes cometidos durante los últimos diez años. Nada se olvidará, nada se perdonará... El 'jefe genial, padre de los pueblos y sol del socialismo' tendrá que rendir cuentas de todos sus actos." "Devuelvo a ustedes la Orden de la Bandera Roja que me fuera otorgada en 1928. Conservarla... sería una indignidad."[42]

Seis semanas más tarde, el 4 de septiembre, Reiss fue hallado muerto, acribillado a balazos, en una carretera suiza cerca de Lausana. La GPU se había enterado de su decisión aun antes de que él entregara su carta de renuncia a un funcionario de la embajada soviética en París. Conociendo el disgusto que las purgas habían suscitado incluso entre sus antiguos colegas del servicio secreto, había abrigado la esperanza de persuadir a algunos de ellos a seguir su ejemplo. Con ese propósito en mente hizo arreglos para reunirse en Lausana con Gertrud Schildbach, una agente soviética residente en Italia, que había sido amiga suya durante casi veinte años. La reunión tuvo lugar; ella fingió simpatía; y después de su primera conversación, citó a Reiss a otra reunión en las afueras de Lausana, donde la GPU le había tendido una trampa.

La policía suiza y la francesa no tardaron en sacar a la luz algunas de las circunstancias del asesinato. Siguiendo las pistas halladas en un automóvil abandonado y manchado de sangre y en el equipaje dejado en varios hoteles, determinaron la identidad de los asesinos. Estos, según se comprobó a continuación, habían sido miembros de la Sociedad para la repatriación de emigrados rusos en París, una sociedad patrocinada por la embajada soviética.

La policía precisó que el grupo que había dado muerte a Reiss también había vigilado durante mucho tiempo a Liova. Una mujer a cuyo nombre fue alquilado el automóvil manchado de sangre, había sido encargada de seguir a éste. (Liova recordó que un año antes ella lo había seguido al sur de Francia, donde él había ido para tomar un breve descanso, se había alojado en la misma pensión y ocasionalmente lo había invitado con extraña insistencia a que la acompañara a hacer excursiones en un velero.) Investigaciones ulteriores revelaron que el mismo grupo le había tendido un trampa a Liova en Mulhouse, cerca de la frontera suiza, en enero de 1937, cuando él planeaba ir allí para discutir con un abogado suizo una demanda judicial contra los stalinistas suizos. Liova se había salvado de caer en la trampa porque su mala salud le impidió hacer el viaje; pero el grupo había continuado siguiendo sus pasos durante la primera mitad del año, y él se había dado cuenta de ello. En julio y agosto notó con desconcierto que la vigilancia casi había cesado: evidentemente sus perseguidores

[42] I. Reiss, *"Pismo v Ts. K.V.K.P."*, en *B.O:*, núms:, 58-59, septiembre-octubre de 1937

estaban ocupados entonces con Reiss. Ahora podía esperarse que volvieran a su caza anterior.[43]

Liova se enteró con asombro, por los interrogatorios, de la rapidez y exactitud con que los agentes de la GPU eran informados generalmente de todos sus planes y movimientos. ¿Por quién? ¿Y quién les había informado sobre las intenciones de Reiss? Algunos trotskistas se preguntaban ya si entre los amigos más íntimos de Liova no habría un agente provocador; y las sospechas recayeron en Etienne (que en fechas muy recientes había trabajado con la Sociedad para la repatriación de emigrados rusos). La desconfianza que Etienne inspiraba a Sneevliet era tan intensa que, cuando Reiss se acercó a éste, Sneevliet en un principio se negó a ponerlo en contacto con el centro trotskista de París, temiendo que ello pudiera ser peligroso.[44] Liova, sin embargo, se rehusó a abrigar cualquier sospecha contra su "mejor y más seguro camarada".

Con la sensación de que un lazo misterioso se cerraba alrededor de su cuello, Liova escribió el obituario de Reiss para el *Boletín*.[45] "El 'Padre de los Pueblos' y sus Yezhov saben muy bien cuántos Reiss en potencia andan por ahí... Los designios de Stalin serán frustrados. Nadie puede detener a la historia con una pistola. El stalinismo está condenado; se pudre y se desintegra ante nuestros ojos. No está lejos el día en que su cadáver maloliente será arrojado a las cloacas de la historia." Sin embargo, la suerte corrida por Reiss intimidó a sus imitadores potenciales. Durante las semanas siguientes sólo aparecieron otros dos: Walter Krivitsky, otro agente de alto rango del servicio secreto, y Alexander Barmin, *chargé d'affaires* soviético en Atenas. Ellos también, después de romper con su gobierno, buscaron la manera de ponerse en contacto con Trotsky, de quien nunca habían sido partidarios porque, como dijo Krivitsky, Trotsky estaba "rodeado por una aureola" aun a los ojos de los hombres de la GPU encargados de la lucha contra el trotskismo.[46] Los dos hombres fueron extraños conversos. Krivitsky temía que Trotsky y sus partidarios desconfiaran de él y lo despreciaran por los muchos años que había pasado al servicio de Stalin. Ansiaba, por consiguiente, justificar su pasado en el momento mismo en que rompía con él. La viuda de Reiss lo acusó de complicidad en el asesinato de su marido. Krivitsky inclinó la cabeza y confesó que no era del todo inocente.[47] Se mostró deseoso de redimirse

[43] Véase el cable de Liova a Coyoacán del 16 de septiembre y sus cartas a Trotsky del 4 y 12 de octubre de 1937. *The Archives,* Sección cerrada. Véase también la información sobre el asesinato escrita por N. Markin (seudónimo de Liova) en *B.O.*, núms. 58-59.

[44] Además de las cartas de Liova citadas anteriormente, véase su carta del 7 de agosto de 1937.

[45] *B.O.*, núms. 58-59.

[46] *B.O.*, núms. 60-61, diciembre de 1937.

[47] Liova a Trotsky el 19 de noviembre de 1937 y Trotsky a Liova el 22 de enero de 1938. *The Archives,* Sección cerrada.

reveló la verdad sobre las purgas, pero al mismo tiempo trataba de guardar los muchos secretos que conocía y que tenían relación con la seguridad militar soviética. Liova escuchó sus angustiadas confidencias con cierto disgusto. Pero consideró que tenía el deber de transmitir la información a su padre y además ayudar, confortar y, hasta donde fuera posible, proteger a cualquier ciudadano soviético que rompiera con el stalinismo. Trotsky, por su parte, instó a Krivitsky y a Barmin a que, por su propia seguridad y en bien de la claridad política, se pronunciaran inequívocamente contra Stalin; sus vacilaciones lo incomodaban y la indulgencia de Liova lo impacientaba. Esto produjo nuevos altercados entre padre e hijo.[48]

Mientras tanto, la presencia de un agente provocador en el círculo de Liova causaba cada vez más suspicacia y confusión. Krivitsky había confirmado las advertencias de Reiss en cuanto a los próximos asesinatos de trotskistas y había dicho que la GPU tenía "ojos y oídos" dentro del centro trotskista de París. No había podido, sin embargo, identificar al agente provocador; y sospechó de quien menos cabía sospechar: Victor Serge. La GPU, dijo, no habría liberado a Serge ni le habría permitido salir de la Unión Soviética a menos que estuviera segura de que él espiaría a los trotskistas en beneficio de la propia GPU. Nadie, por supuesto, era menos idóneo que Serge para desempeñar tal papel. Este era uno de los partidarios más antiguos de Trotsky, un hombre de letras talentoso y generoso, aunque políticamente ingenuo. Lo peor que podría decirse de él es que tenía debilidad por la charla jactanciosa y que eso era un grave defecto en un miembro de una organización que tenía que guardar sus secretos de la GPU. En todo caso, las sospechas empezaron a recaer indiscriminadamente en todo el mundo, incluso en el propio Liova, mientras el verdadero agente provocador seguía recogiendo y leyendo la correspondencia de Trotsky, compartiendo todos los secretos de Liova y usando todo su ingenio para mantener limpia su propia reputación poniendo en entredicho la de los demás.[49]

La policía francesa, al seguir investigando el caso Reiss, descubrió que uno de los miembros de la banda de asesinos había solicitado visa mexicana y se había procurado mapas detallados de la ciudad de México. Liova transmitió inmediatamente el dato a Coyoacán. La policía también consideró que la vida de Liova estaba en peligro y le asignó una guardia especial.[50] Uno de sus camaradas —casi seguramente Klement ("Adolf")— llegó a preocuparse tanto por la situación de Liova, que escribió a Trotsky y Natalia suplicándoles que pidieran a Liova que saliera de Francia

[48] Véase Trotsky, *"Traguicheskii Urok", B.O., ibid.;* y las cartas de Liova del 16 y 19 de noviembre y 17 de diciembre de 1937 .

[49] Además de las cartas de Liova a que acabamos de referirnos, la correspondencia del propio Etienne con Trotsky (*The Archives,* Sección cerrada) revela todos estos detalles.

[50] Cartas de Liova a Trotsky del 1 y 5 de noviembre de 1937.

sin pérdida de tiempo y se reuniera con ellos en México. Liova, les advirtió, estaba enfermo, casi exhausto, expuesto a un peligro constante y sin embargo convencido de que era "insustituible" en París y de que debía "permanecer en su puesto". Pero eso no era cierto, pues sus camaradas podían reemplazarlo; y, de quedarse en París, estaría "indefenso contra la GPU". Cuando menos, sus padres deberían pedirle que pasara algún tiempo en México, para descansar y convalecer allí. "El es capaz, valiente y enérgico, y debemos salvarlo."[51]

Esta conmovedora solicitud no tuvo el efecto que debió haber tenido. Trotsky estaba perfectamente consciente, por supuesto, de que la vida de Liova corría peligro. Le había aconsejado sin cesar que fuera prudente y evitara todo contacto con personas que pudieran "estar expuestas a la presión de la GPU", especialmente con los emigrados rusos víctimas de la nostalgia. Poco antes del asesinato de Reiss le había escrito: "Si se atenta contra tu vida o la mía, Stalin será responsabilizado, pero él no tiene nada que perder, en honor cuando menos." Con todo, no alentó la idea de su salida de Francia. Cuando Liova insistió en que era "insustituible en París" y le aseguró que para protegerse había recurrido al incógnito (como había hecho Trotsky en Barbizon), Trotsky escribió diciendo que Liova no ganaría nada saliendo de Francia: no era probable que los Estados Unidos le dieran entrada y México le ofrecería menos seguridad aún que Francia. El no deseaba que su hijo se encerrara en la "semiprisión" de Coyoacán; y las discordias entre padre e hijo determinaron tal vez que ambos se sintieran renuentes a pensar en vivir juntos. La carta final de Trotsky sobre este asunto terminaba con las siguientes oraciones secas y tensas: *"Voilà, mon petit,* esto es lo que puedo decirte. No es mucho. Pero... es todo... Ahora debes conservar lo que puedas obtener de los editores. Lo necesitarás todo. *Je t'embrasse. Ton Vieux."*[52] Esta carta (que Trotsky habría de recordar con amargo remordimiento unos meses más tarde) se asemejaba un tanto al mensaje que se envía a un combatiente que resiste en un puesto de avanzada sin esperanzas de recibir ayuda. Sin embargo, Trotsky tenía razones para pensar que México le ofrecería a Liova menos seguridad aún que Francia. Muchos agentes de la GPU, disfrazados a menudo como refugiados de España, acababan de radicarse en México; y el clamor por la expulsión de Trotsky se hacía cada vez más estridente. Antes de terminar el año las calles de la ciudad de México estaban llenas de carteles que lo acusaban de conspirar con los generales reaccionarios para derrocar al presidente Cárdenas e instaurar una dictadura fascista en México. Era imposible predecir hasta dónde llegaría la difamación.

[51] La carta, escrita en alemán y fechada el 5 de noviembre de 1937, está firmada sólo con la inicial A. (que probablemente significa Adolf). *The Archives.* Sección cerrada.

[52] Carta del 18 de noviembre de 1937. *Ibid.*

La lobreguez de aquellos meses sólo se vio aliviada momentáneamente en septiembre, cuando la Comisión Dewey concluyó el contraproceso y pronunció el veredicto. Este afirmaba categóricamente: "Sobre la base de todas las pruebas... llegamos a la conclusión de que los procesos de Moscú de agosto de 1936 y enero de 1937 fueron fraudes judiciales... declaramos a León Trotsky y León Sedov inocentes."[53] Trotsky recibió este veredicto con júbilo. Sin embargo, su efecto fue reducido, si no nulo. La voz de Dewey mereció cierta atención en los Estados Unidos, pero fue ignorada en Europa, donde la opinión pública estaba atenta a los críticos acontecimientos del año, el último antes de Munich, y a las vicisitudes del Frente Popular francés y la guerra civil española. Trotsky sufrió un nuevo desencanto; y cuando el *Boletín* que habría de publicar el veredicto tardó en aparecer, se irritó tanto que reprochó a Liova "este crimen" y su "ceguera política". "Me siento totalmente insatisfecho", le escribió el 21 de enero de 1938, "con la forma en que se viene manejando el *Boletín* y debo plantear nuevamente la cuestión de su traslado a Nueva York."

Para entonces las fuerzas de Liova se habían agotado. Había llevado, como dice Serge, "una vida infernal". Soportaba la pobreza y las frustraciones personales con más facilidad que los golpes a su fe y su orgullo. "Más de una vez", añade Serge, "deambulando hasta el amanecer por las calles de Montparnasse, intentámos los dos desenredar la madeja de los procesos de Moscú. De cuando en cuando, deteniéndonos bajo un farol del alumbrado público, uno de los dos exclamaba: '¡Estamos en un laberinto de locura pura!' "[54] Abrumado por el exceso de trabajo, sin un centavo y preocupado por su padre, Liova vivía permanentemente en ese laberinto. Seguía repitiendo, como un eco, los argumentos, las denuncias y las esperanzas de su padre. Pero cada una de las pruebas a que se veía sometido destruía algo en él. Sus recuerdos más felices de la infancia y la adolescencia estaban relacionados con los hombres que habían ocupado el banquillo de los acusados: Kámenev era su tío; Bujarin casi un afectuoso compañero de juegos: Rakovsky, Smirnov, Murálov y tantos otros, amigos y compañeros de mayor edad, todos ellos admirados fervorosamente por sus virtudes y su valor revolucionarios. Liova pensaba con tristeza en la degradación que habían sufrido y no se resignaba a aceptarla. ¿Cómo había sido posible doblegar a cada uno y hacerlo arrastrarse entre tanto lodo y tanta sangre? ¿No se alzaría uno de ellos en el banquillo para abjurar de su confesión y hacer pedazos todas las falsas y terribles acusaciones? En vano esperó Liova que eso sucediera. Recibió con asombro y dolor la noticia de que la viuda de Lenin se había pronunciado en favor de los procesos. Por enésima vez repitió que la burocracia stalinista, en su aspiración de convertir-

[53] *Not Guilty!* (Informe de la Comisión investigadora de las acusaciones hechas contra León Trotsky en los Procesos de Moscú.) Véase también la carta de Trotsky a Liova del 21 de enero de 1938.
[54] Serge, *Mémoires d'un Révolutionnaire,* p. 375.

se en una nueva clase poseedora, había traicionado finalmente a la revolución. Pero ni siquiera esa interpretación lograba explicar toda la sangre y toda la furia. Sí, aquél era el laberinto de la locura pura: ¿podría acaso el genio clarividente de su padre encontrar la salida?

Enfermedad del corazón, desaliento, fiebre, insomnio. Renuente a abandonar su "puesto", pospuso una operación de apéndice a pesar de los repetidos ataques. Comía poco, se sentía enervado y abatido; y ello no obstante, en los primeros días de febrero publicó por fin el número del *Boletín* con el veredicto de la Comisión Dewey. Informó jubilosamente a Coyoacán, enviando adjuntas las pruebas de imprenta, y esbozó los planes de sus nuevos proyectos, sin aludir para nada a su estado de salud. Esa fue la última carta que escribió a sus padres.

El 8 de febrero todavía siguió trabajando, pero no comió nada en todo el día y pasó mucho tiempo con Etienne. En las primeras horas de la noche sufrió otro ataque, el peor de todos. No pudo posponer otra vez la operación y escribió una carta, que selló y entregó a su esposa, diciéndole que la abriera sólo si le ocurría algún "accidente". Volvió a hablar con Etienne, y no quiso ver a nadie más. Convinieron en que no debía ingresar en un hospital francés ni inscribirse con su propio nombre, pues, si lo hacía, la GPU descubriría fácilmente su paradero. Iría a una pequeña clínica privada administrada por algunos médicos rusos emigrados; se presentaría como Monsieur Martin, un ingeniero francés, y sólo hablaría en ese idioma. Ningún camarada francés, sin embargo, debía saber dónde se hallaba ni visitarlo. Habiendo convenido en esto, Etienne pidió la ambulancia.[55]

Aun a primera vista, tales disposiciones eran increíblemente absurdas. Los emigrados rusos eran la gente menos fácil de engañar al hacer pasar a Liova por francés. Era más que probable que él hablara en su lengua materna bajo los efectos de la fiebre o de la anestesia. Era disparatado que en todo París el único hospital o clínica que se le buscara fuera precisamente uno dirigido por la misma gente que, desde el asesinato de Reiss, él había eludido como la peste. Sin embargo, Liova aceptó inmediatamente la elección, aunque, cuando su esposa y Etienne lo llevaron allí, ni deliraba ni estaba inconsciente. Evidentemente su sentido crítico y su instinto de conservación estaban embotados.

Esa misma noche fue operado. En los días inmediatamente siguientes a la operación pareció recuperarse bien y rápidamente. Aparte de su esposa, sólo Etienne iba a verlo. Las visitas lo reanimaban: hablaban de política y de asuntos de organización, y él invariablemente suplicaba a Etienne que volviera tan pronto como le fuera posible. Cuando algunos trotskistas franceses quisieron verlo, Etienne les dijo, con el correspondiente aire de

[55] Véanse las declaraciones de Madame Estrine, Elsa Reiss, Rous, Jeanne Martin, y las del propio Etienne, hechas durante la investigación policial; también el Informe de la prefectura de Policía en *The Archives*, Sección cerrada.

misterio, que no podían hacerlo y que la dirección tenía que mantenerse en secreto para ellos si se pretendía que también fuera un secreto para la GPU. Cuando uno de los camaradas franceses protestó contra tal exceso de cautela, Etienne prometió discutir el asunto con Liova; pero nadie logró acercarse al lecho del enfermo. Pasaron cuatro días. Entonces, súbitamente, el paciente sufrió una grave recaída. Fue presa de intensos dolores y perdió el conocimiento. La noche del 13 de febrero se le vio deambular semidesnudo y delirante por los corredores y las salas de la clínica, en los que por alguna razón no había personal médico ni de guardia. Desvariaba en ruso. A la mañana siguiente su cirujano se sorprendió tanto de su estado que preguntó a Jeanne si su marido no habría atentado contra su propia vida: ¿no había dado muestras recientemente de abrigar intenciones suicidas? Jeanne negó tal posibilidad, estalló en sollozos y dijo que la GPU debía de haberlo envenenado. Volvieron a operarlo urgentemente, pero la nueva intervención no produjo ninguna mejoría. El paciente sufría dolores terribles, y los médicos trataron de salvarlo sometiéndolo a varias transfusiones de sangre. Todo fue en vano. El 16 de febrero de 1938 Liova falleció a la edad de treinta y dos años.

¿Murió él, como alegó su esposa, a manos de la GPU? Muchas de las pruebas circunstanciales sugieren que así fue. En los procesos de Moscú había sido presentado como el ayudante más activo de su padre, de hecho como el jefe del estado mayor de la conspiración trotskista-zinovievista. "El joven trabaja bien; sin él, al viejo las cosas se le habrían hecho mucho más difíciles", se había dicho a menudo en las oficinas de la GPU en Moscú, según el testimonio de Reiss y Krivitsky. A la GPU le convenía privar a Trotsky de su ayuda, especialmente en vista de que ello complacería sin duda a Stalin en su actitud vengativa. La GPU contaba con un informante y agente de confianza que estaba siempre a su lado y que lo llevó al lugar donde habría de encontrar su muerte. La GPU tenía todas las razones para esperar que, una vez eliminado Liova, su agente ocuparía el lugar de éste en la "sección" rusa de la organización trotskista y establecería contactos directos con Trotsky. En la clínica, no sólo los médicos, sino las enfermeras y hasta los cocineros y los porteros eran emigrados rusos, algunos de ellos miembros de la Sociedad de Repatriación. Nada podía haber sido más fácil para la GPU que reclutar un agente entre ellos, alguien que de un modo u otro pudiera envenenar al paciente. Con tantos crímenes en su conciencia, ¿habría sentido escrúpulos la GPU al cometer éste?

Pero no hay certeza al respecto. Una investigación efectuada a petición de Jeanne no reveló ninguna irregularidad. La policía y los médicos negaron enfáticamente el envenenamiento o cualquier otro atentado contra la vida de Liova; atribuyeron su muerte a una complicación postoperatoria ("oclusión intestinal"), a un síncope cardiaco y a su debilidad general. Un médico eminente, que además era amigo de la familia Trotsky, aceptó esa opinión. Por otra parte, Trotsky y su nuera hicieron varias preguntas

pertinentes que quedaron sin respuesta clara. ¿Fue por puro accidente que Liova se encontró en la clínica rusa? (Trotsky no sabía que Etienne había informado a la GPU inmediatamente después de llamar la ambulancia, como él mismo confesó posteriormente.) El personal de la clínica alegó haber ignorado la identidad y la nacionalidad de Liova. Pero algunos testigos presenciales sostienen que lo escucharon delirando, e incluso hablando de política, en ruso. ¿Por qué se inclinó el cirujano de Liova a atribuir su recaída a un intento de suicidio más bien que a causas naturales? Según la viuda de Liova, ese mismo cirujano se encerró en un aterrado silencio tan pronto estalló el escándalo, y se amparó en su deber de guardar sus secretos profesionales. En vano trató Jeanne de llamar la atención del magistrado examinador sobre estas extrañas circunstancias, y en vano señaló Trotsky que la investigación de rutina no tomó en cuenta las "perfeccionadas y recónditas" técnicas de asesinato de la GPU. ¿Silenció el asunto la policía francesa, como coligió Trotsky, a fin de encubrir su propia ineficiencia? ¿O hubo acaso, dentro del Frente Popular, poderosas influencias políticas que impidieron una investigación minuciosa? La familia no pudo hacer otra cosa que exigir una nueva investigación.[56]

Cuando la noticia llegó a México, Trotsky no se encontraba en Coyoacán. Pocos días antes, Rivera había observado que varias personas desconocidas rondaban la Casa Azul y espiaban a sus habitantes desde un puesto de observación en el vecindario. Se sintió alarmado y dispuso que Trotsky abandonara la casa y permaneciera algún tiempo en el hogar de Antonio Hidalgo, un viejo revolucionario y amigo de Rivera, en el Bosque de Chapultepec. Allí, el 16 de febrero, Trotsky escribía su ensayo *Su moral y la nuestra* cuando los periódicos de la tarde anunciaron la muerte de Liova. Rivera, al leer la noticia, telefoneó a París con la esperanza de obtener un desmentido, y después fue a ver a Trotsky a Chapultepec. Trotsky se negó a creer la noticia, tuvo un acceso de ira y le mostró la puerta a Rivera; pero después regresó con él a Coyoacán para enterar a Natalia. "Yo estaba precisamente... ordenando viejos retratos, fotografías de nuestros hijos", escribe ella. "El timbre sonó y me sorprendí al ver entrar a León Davidóvich. Salí a recibirlo. El entró, con la cabeza inclinada como yo nunca la había visto, el rostro lívido y todo su aspecto súbitamente envejecido. '¿Qué ha sucedido?', le pregunté alarmada. '¿Estás enfermo?' El contestó en voz baja: 'Liova está enfermo. Nuestro pequeño Liova...'."[57]

Durante muchos días él y Natalia permanecieron encerrados en su

[56] Las declaraciones ante la policía, los relatos de testigos presenciales, los testimonios médicos y la correspondencia de Trotsky son citados en parte de *The Archives,* Sección cerrada, y en parte de los Papeles de Lev Sedov que Jeanne Martin me ha transmitido mediante la cortesía de Pierre Frank.

[57] Natalia Sedova, "Father and Son" en *Fourth International* (agosto de 1941) y en *Vie et Mort de León Trotsky.*

habitación, petrificados por el dolor y sin poder ver a los secretarios, recibir a los amigos o responder a las condolencias. "Nadie le dirigió una palabra, pues veían que su aflicción era muy grande." Cuando al cabo de ocho días salio del cuarto, sus ojos estaban inflamados, su barba crecida y su voz apagada. Varias semanas más tarde escribió a Jeanne: "Natalia... todavía no tiene fuerzas para contestarte. Lee y relee tus cartas y llora, llora. Cuando yo consigo liberarme del trabajo... lloro con ella."[58] A su dolor se unía el remordimiento por las severas reprimendas que había dirigido a su hijo durante el último año y por su consejo de que permaneciera en París. Esta era la tercera vez que lloraba a un hijo muerto; y cada vez había más remordimiento en su dolor. Después de la muerte de Nina, en 1928, se reprochó no haber hecho lo bastante para alentarla y no haberle escrito siquiera durante sus últimas semanas. Zina estaba distanciada de él cuando se suicidó, y ahora Liova había encontrado la muerte en el puesto que él le había instado a sostener. Con ninguno de sus hijos había compartido él una parte tan grande de su vida y de su lucha como con Liova; y ninguna otra pérdida le había causado tanta desolación.

En aquellos días de luto escribió el obituario de Liova, un treno único en la literatura mundial.[59] "Ahora, cuando en unión de la madre de Liov Sedov escribió estas líneas..., no podemos creerlo todavía. No sólo porque era nuestro hijo, fiel, abnegado y amante... sino porque nadie como él había entrado en nuestra vida y se había hecho parte de ella con todas sus raíces..."

> La vieja generación con la que... una vez emprendimos el camino de la revolución... ha sido barrida del escenario. Lo que las deportaciones, las cárceles y la *katorga* zaristas, lo que las privaciones de la vida en el exilio, lo que la guerra civil y lo que las enfermedades no hicieron, lo ha logrado Stalin, el peor azote de la revolución, en estos últimos años... La mejor parte de la generación intermedia, aquellos que... el año de 1917 despertaron y que recibieron su adiestramiento en veinticuatro ejércitos en el frente revolucionario, también han sido exterminados. La mejor parte de la joven generación, los contemporáneos de Liova..., también han sido pisoteados y aplastados... En estos años de exilio hemos hecho muchos nuevos amigos, algunos de los cuales han venido a ser... como miembros de nuestra familia. Pero a todos los conocimos... cuando ya nos acercábamos a la vejez. Sólo Liova nos conoció cuando éramos jóvenes; él participó de nuestra vida desde el momento en que tuvo conciencia de sí. Joven todavía, se convirtió casi en nuestro contemporáneo...

[58] Trotsky a Jeanne Martin el 10 de marzo de 1938, *The Archives*, Sección cerrada.
[59] *"Lev Sedov, Syn, Drug, Borets"* en *B.O.*, núm. 64, marzo de 1938 (edición inglesa en forma de folleto: *Leon Sedoff, Son, Friend, Fighter*).

Con sencillez y ternura recordó la breve vida de Liova, describiendo al niño que se peleaba con los carceleros de su padre, que traía alimentos y libros a la cárcel, que se hacía amigo de los marineros revolucionarios y se escondía bajo un banco en el salón de conferencias del gobierno soviético para ver "cómo Lenin dirigía la revolución". Describió al adolescente que, durante los "grandes años de hambre" de la guerra civil, solía traer en las mangas de un chaquetín raído una hogaza de pan fresco que le habían regalado los aprendices de panaderos, entre quienes él trabajaba como agitador político; y que, detestando los privilegios burocráticos, se negaba a viajar con su padre en automóvil y abandonó el hogar paterno en el Kremlin para irse a vivir a un albergue estudiantil y, en unión de las brigadas de trabajadores voluntarios, barría la nieve de las calles de Moscú, descargaba pan y leche de los trenes, reparaba locomotoras y "liquidaba" el analfabetismo. Recordó al hombre joven, al oposicionista que "sin un momento de vacilación" abandonó a su esposa y a su hijo para acompañar a sus padres en el destierro; al que, en Alma Ata, donde vivían rodeados por la GPU, aseguró el contacto de su padre con el mundo exterior y salía, a veces en la oscuridad de la noche, bajo la lluvia o la nieve, para reunirse clandestinamente con un camarada en el bosque de las afueras de la ciudad, en un abigarrado bazar, en una biblioteca y hasta en un baño público. "En cada ocasión solía regresar animado y contento, con un pequeño fuego belicoso en los ojos y un trofeo atesorado bajo el abrigo."

"¡Qué bien comprendía a la gente! Conocía a muchos más oposicionistas que yo... su instinto revolucionario le permitía distinguir, sin duda, lo genuino de lo falso... Los ojos de su madre —y ella conocía al hijo mejor que yo— brillaban de orgullo."

Aquí los remordimientos del padre encontraban salida. Mencionó sus duras exigencias a Liova y las explicó, en tono de disculpa, sobre la base de sus propios "hábitos meticulosos de trabajo" y de su inclinación a exigir el máximo de quienes estaban cerca de él, ¿y quién había estado más cerca que Liova? Podría pensarse que "nuestra relación se caracterizaba por cierta severidad y distanciamiento. Pero bajo la superficie... había un profundo y ardiente apego mutuo, que nacía de algo incomparablemente más fuerte que el parentesco de sangre: de ideas comunes, de simpatías y odios compartidos, de alegrías y sufrimientos experimentados en compañía, y de grandes esperanzas abrigadas en común". Algunos veían a Liova tan sólo como "el pequeño hijo de un gran padre". Pero se equivocaban al igual que quienes durante mucho tiempo pensaron lo mismo de Karl Liebknecht; sólo las circunstancias le habían impedido a Liova alcanzar su plena estatura. En este punto Trotsky hace un reconocimiento tal vez excesivamente generoso de la participación de Liova en la obra literaria de su padre: "En casi todos mis libros escritos desde 1929, su nombre debería aparecer, en justicia, junto al mío." ¡Con cuánto alivio y júbilo recibieron sus padres, en su reclusión en Noruega, un ejemplar

del *Livre Rouge* de Liova, "la primera réplica demoledora a los calumniadores del Kremlin"! ¡Cuánta razón habían tenido los hombres de la GPU que dijeron que "sin el joven al viejo las cosas se le habrían hecho mucho más difíciles"! ¡Y cuánto más difíciles se le harían ahora!

Trotsky contempló una vez más las pruebas que aquel "ser tan sensitivo y delicado" había tenido que soportar: la interminable andanada de mentiras y calumnias; la larga serie de deserciones y capitulaciones de antiguos amigos y camaradas; el suicidio de Zina; y finalmente las vicisitudes que "sacudieron profundamente su organismo moral". Cualquiera que fuera la verdad sobre la causa directa de la muerte de Liova, ya sea que hubiese muerto agotado por aquellos sufrimientos o que la GPU lo hubiese envenenado, en uno u otro caso "los culpables de su muerte fueron *ellos* [y su amo]".

El gran lamento terminaba con la misma nota con que había empezado:

> Su madre, que estaba más cerca de él que ninguna otra persona en el mundo, y yo, mientras vivimos estas horas terribles recordamos su imagen rasgo por rasgo; nos negamos a creer que ya no existe y lloramos porque es imposible negarse a creer... El era parte de nosotros, nuestra parte joven... Junto con nuestro muchacho ha muerto todo lo que quedaba de juventud en nosotros... Tu madre y yo nunca pensamos, nunca esperamos, que el destino nos impondría esta tarea... que tuviéramos que escribir tu obituario... Pero no hemos sido capaces de salvarte.

Para entonces ya era casi seguro que Serguei también había perecido, aunque no había información oficial sobre ello... ni la habría veinticinco años después. Un preso político, sin embargo, que a principios de 1937 compartió una celda con él en la cárcel de Butirki en Moscú, nos ha dado la siguiente versión:[60] durante varios meses en 1936 la GPU trató de obligar a Serguei a repudiar públicamente a su padre y a todo lo que éste representaba. Serguei se negó, fue sentenciado a cinco años de trabajos forzados en un campo de concentración y fue deportado a Vorkuta. Allí, a fines de año, fueron reunidos los trotskistas provenientes de muchos otros campos. Fue allí, tras las alambradas de púas, donde Serguei entró en contacto estrecho, por primera vez, con ellos; y, aunque aun entonces se negaba a considerarse trotskista, habló con profunda gratitud y respeto sobre los partidarios de su padre, especialmente aquéllos que habían resistido sin capitular durante casi diez años. Participó en una huelga de

[60] Esta versión del comportamiento de Serguei en la cárcel proviene del señor Joseph Berger, quien, después de haber ayudado a fundar el Partido Comunista de Palestina y de haber prestado servicios en la sección del Cercano Oriente de la Comintern, pasó veintitrés años en las cárceles y los campos de concentración de Stalin. Fue liberado y rehabilitado en 1956.

hambre declarada por ellos y que duró más de tres meses; y estuvo a punto de morir.[61]

A comienzos de 1937 fue llevado nuevamente a Moscú para un nuevo interrogatorio (fue entonces cuando lo conoció el prisionero que nos ha dado la información). Serguei no esperaba ser liberado ni obtener ningún alivio pues estaba convencido de que todos los partidarios de su padre —y él con ellos— serían exterminados. Con todo, se comportó con estoica ecuanimidad, sacando fuerzas de sus recursos intelectuales y morales. "Al referirse a los métodos de interrogatorio utilizados por la GPU, expresó la opinión de que cualquier hombre culto... debería poder resistirlos; señaló que un siglo antes Balzac había descrito todos aquellos trucos y técnicas con gran precisión, y que éstos seguían siendo casi exactamente los mismos... Se enfrentó al futuro con absoluta serenidad y bajo ninguna circunstancia hizo ninguna declaración que pudiera comprometerlo a él mismo o a cualquier otra persona en el mínimo grado." Evidentemente resistió hasta el fin, pues de no haberlo hecho —de haber logrado la GPU arrancarle alguna confesión—, se habría hecho saber al mundo entero. Serguei comprendía que sus padres debían de temer que él, su hijo "apolítico", careciera tal vez de la convicción y el valor necesarios para soportar su suerte; y "lamentaba sobre todo el hecho de que nadie pudiera contarles nunca, especialmente a su madre, el cambio que se había operado en él, pues no creía que ninguna de las personas que había conocido durante su encarcelamiento lograría sobrevivir para contar la historia". El autor de esta versión pronto perdió de vista a Serguei, pero se enteró de su ejecución por lo que le contaron otros prisioneros. Mucho más tarde, en 1939, un mensaje de dudosa veracidad, que le llegó a Trotsky a través de un periodista norteamericano, informaba que Serguei aún vivía a fines de 1938; pero después de eso no se supo nada más sobre él.[62]

De los descendientes de Trotsky, sólo Seva, el único hijo de Zina que entonces tenía doce años, quedaba vivo fuera de la URSS. Nada se sabía ni se sabe aún sobre lo ocurrido a los otros nietos de Trotsky. Seva había sido recogido por Liova y Jeanne; ésta, que no había tenido hijos, había sido una madre para él y se sentía apasionada y obsesivamente apegada a él. En su primera carta después de la muerte de Liova. Trotsky la invitó a vivir en México con el niño. "Yo te quiero mucho, Jeanne", escribió, "y para Natalia tú eres no sólo... una hija amada tierna y discretamente, como sólo Natalia puede amar, sino también parte de Liova, de lo que queda de su vida más íntima..." Todo lo que ambos deseaban era que ella y Seva vivieran con ellos en México. Pero si ése no era el deseo de Jeanne, le pedían que los visitara cuando menos; "y si tú piensas que

[61] Véase más adelante, p. 376.
[62] *The Archives,* Sección cerrada.

sería muy difícil para ti separarte ahora de Seva, nosotros comprenderemos tus sentimientos".[63]

En este punto, sin embargo, la dolorosa historia cae en lo grotesco y se confunde con las disputas de las sectas trotskistas de París. Liova y Jeanne habían pertenecido a dos grupos diferentes: él al de los "trotskistas ortodoxos" y ella al que encabezaba Molinier. Buena prueba del tacto y sentido del decoro de Liova la constituye el hecho de que, en la carta que éste dejó en lugar de un testamento, declarara que pese a esa diferencia (y pese, podría añadirse, a su desdichada vida conyugal), él le profesaba la más alta estimación y tenía una confianza irrestricta en ella. Con todo, la furiosa competencia entre las sectas rivales no respetó siquiera el cadáver de Liova, se ensañó en el pequeño huérfano e implicó a Trotsky en una situación absurda.[64] Jeanne, que gestionaba desesperadamente una nueva investigación sobre la muerte de Liova, autorizó a un abogado que era miembro del grupo de Molinier a que representara los intereses de la familia ante los magistrados y la policía franceses. Los "trotskistas ortodoxos" (y Gérard Rosenthal, el abogado de Trotsky) impugnaron el derecho de Jeanne a hacer tal cosa y alegaron que sólo los padres de Liova podían hablar en nombre de la familia. El conflicto entre los reclamantes sólo hizo más fácil a la policía y a los magistrados pasar por alto la exigencia de una nueva investigación.[65]

Otro pleito tuvo lugar en relación con los archivos de Trotsky. Desde la muerte de Liova, éstos habían estado en poder de Jeanne y, en consecuencia, indirectamente en manos del grupo de Molinier. Trotsky pidió que sus archivos le fueran enviados a través de uno de sus seguidores franceses "ortodoxos". Jeanne se negó a entregarlos. Las relaciones entre ella y los padres de Liova se enfriaron abruptamente e incluso se hicieron hostiles. Trotsky eventualmente recuperó los archivos, pero no sin tener que enviar a uno de sus seguidores norteamericanos a París para recogerlos. Pese a las reiteradas instancias de Trotsky, Jeanne se negó a ir a México o a enviar al niño allí. Sufría una neurosis, su mente estaba bastante alterada y no aceptaba separarse de Seva ni siquiera temporalmente. Las facciones rivales disputaron sobre esto también; y, por más que Trotsky trató de ganarse la buena voluntad de Jeanne, aquéllas frustraron el intento. Ya sea porque, después de la pérdida de todos sus hijos, Trotsky se sintiera más que ansioso de recuperar a su nieto, el único que podía recuperar, o porque temiera dejar al huérfano, según sus propias palabras, al cuidado de *"un esprît très ombrageux et malheureusement déséquilibré"* o por ambas razones, decidió recurrir a los tribunales. Así se produjo un litigio poco decoroso que duró todo un año y dio que hablar a los perió-

[63] Trotsky a Jeanne, 10 de marzo de 1938. *The Archives,* Sección cerrada.
[64] Trotsky a Rosmer, Jeanne, Rous y Camille (Klement) el 12 de marzo.
[65] Véase la correspondencia de Trotsky con G. Rosenthal en *The Archives,* Sección cerrada.

dicos sensacionalistas y a los órganos sectarios.[66] En su temor de perder al niño, Jeanne trató de invalidar la reclamación de Trotsky afirmando que éste nunca había legalizado ni su primer ni su segundo matrimonio; y Trotsky tuvo que probar que la afirmación era falsa. Aun bajo esa provocación, expresó (en una carta dirigida al tribunal) su comprensión del estado emocional de Jeanne; reconoció el derecho moral, aunque no el legal, que asistía a ésta en relación con el niño; y reiteró su invitación, ofreciendo sufragar los gastos del viaje de Jeanne y Seva a México. Se declaró incluso dispuesto a considerar la posibilidad de devolverle el niño, pero no antes de que él tuviera una oportunidad de verlo.[67] Dos veces el tribunal falló en favor de Trotsky y nombró tutores para garantizar que el niño fuera entregado a su abuelo; pero Jeanne se negó a acatar el fallo, sacó al niño de París y lo ocultó. Sólo después de una larga búsqueda y de una "expedición de invierno" a los Vosgos, logró Marguerite Rosmer localizar al niño y arrancarlo de manos de su tía. El asunto no terminó ahí, pues los amigos de Jeanne todavía intentaron secuestrar a Seva; y no fue sino hasta octubre de 1939 cuando los Rosmer por fin lo llevaron a Coyoacán.

En una carta patética Trotsky trató de explicar a Seva por qué insistía en su traslado a México. Puesto que eludió hacer cualquier alusión despectiva a Jeanne, no pudo comunicar al niño su razón principal, de suerte que la explicación fue torpe y poco convincente:

> *Mon petit Seva*... el tío León ya no vive, y nosotros debemos mantenernos en contacto, mi querido muchachito. No sé dónde está tu padre ni si está vivo. En la última carta que me escribió, hace más de cuatro años, preguntaba con insistencia si tú no habías olvidado el ruso. Aunque tu padre es un hombre muy inteligente y culto, no habla idiomas extranjeros. Para él sería un gran golpe si, al encontrarte algún día, no pudiera hablar contigo. Y lo mismo con tu hermana. Imagínate qué triste reunión sería ésa si tú no pudieras conversar con tu hermanita en tu lengua materna... Tú eres ya un muchacho grande, de modo que yo también quiero hablar contigo sobre otra cosa de gran importancia: las ideas que fueron y son comunes a tu madre y a tu padre, al tío León

[66] Trotsky a los Rosmer el 19 de septiembre y a G. Rosenthal el 27 de octubre de 1938; Rosenthal a Trotsky el 7 de octubre de 1938. *Paris-Soir*, entre otros periódicos, se ocupó del asunto el 26 de marzo de 1939; y la *Vérité*, de Molinier (número del 4 de abril de 1939) le dedicó un suplemento especial bajo el título de *"Tous les moyens sont bons"*, presentando los argumentos de Jeanne y atacando a Trotsky por reclamar al niño.

[67] Declaración de Trotsky a M. Hamel, el custodio oficial, el 7 de febrero de 1939; actas judiciales, comunicaciones legales y correspondencia entre Trotsky, sus secretarios y su abogado, especialmente las cartas del 22, 27 y 29 de marzo y el 17 y 29 de abril de 1939. *The Archives*, Sección cerrada. También la carta de Trotsky a los Rosmer del 26 de mayo de 1939.

y a mí y a Natalia. Tengo un gran deseo de explicarte personalmente el alto valor de esas ideas y esos propósitos, por los cuales nuestra familia... ha sufrido y sigue sufriendo tanto. Soy plenamente responsable por ti, mi nieto, ante mí mismo, ante tu padre si aún vive, y ante ti mismo.

Y en palabras que eran extrañamente rígidas y estaban fuera de lugar en una carta a un niño, concluía: "Por eso mi decisión sobre tu viaje es irrevocable."[68]

Mientras tanto, la GPU continuaba tejiendo su intriga. Etienne no tuvo dificultad en ocupar el lugar de Liova en la organización trotskista de París: ahora publicaba el *Boletín,* era el corresponsal más importante de Trotsky en Europa y se mantenía en contacto con los nuevos refugiados del terror stalinista que trataban de comunicarse con Trotsky. La "sección rusa" de la organización sólo tenía tres o cuatro miembros en París, de los cuales ninguno estaba tan bien enterado de los asuntos soviéticos ni era tan culto e industrioso como Etienne. Por las cartas de Liova, Trotsky sabía que éste lo había considerado su amigo más íntimo y digno de confianza; y el agente provocador hacía ahora todo lo posible por confirmar esa opinión. Explotando la aflicción y la sensibilidad paternas de Trotsky, se propuso hacer desconfiar a éste de las personas que constituían un estorbo para él. Una semana después de la muerte de Liova, escribió a Trotsky, con toda la indignación debida, que Sneevliet estaba difundiendo el "calumnioso rumor" de que Liova había sido el responsable de la muerte de Reiss; y con aparente desinterés recordó a Trotsky la absoluta confianza que Liova había tenido en él, que siempre tuvo en su poder la llave del buzón de Liova y recogía toda correspondencia.[69] Trotsky, que había tenido diferencias políticas con Sneevliet, contestó con un airado ataque al "calumniador".[70] El agente provocador era, por supuesto, un modelo de trotskista ortodoxo, nunca en desacuerdo con el "Viejo", pero cuidándose al mismo tiempo de no parecer servil. Para dar pruebas abundantes, pero no ostentosas, de devoción, preguntaba con conmovedora solicitud por la salud y el bienestar del Viejo, no dirigiendo tales preguntas, sin embargo, al propio Trotsky, sino a uno de los secretarios. Con Trotsky directamente discutía los asuntos políticos y el contenido del *Boletín,* que ahora salía más regularmente

[68] La carta fechada el 19 de septiembre de 1938 se halla en *The Archives,* Sección cerrada.

[69] Etienne sostuvo correspondencia con Trotsky a veces en su propio nombre, a veces en nombre del "Secretariado de la Internacional" y a veces como director del *Bulletin Oppozitsii.* Véase, por ejemplo, la carta del Secretariado de la Internacional a Trotsky del 22 de febrero de 1939 (firmada por Etienne y Paulsen).

[70] Trotsky al Secretariado de la Internacional, 12 de marzo de 1938. *The Archives,* Sección cerrada.

de lo que solía salir hacía mucho tiempo. Le pidió a Trotsky un artículo conmemorativo sobre Reiss, que, según dijo, deseaba publicar en el aniversario de la muerte de éste. Se encargó de que el periódico rindiera el debido homenaje a Liova también en su primer aniversario. Le avisó a Trotsky que el *Boletín* publicaría un artículo, *"La vida de Trotsky en peligro"*, denunciando las actividades de los agentes de la GPU en México. Le suministró a Trotsky datos y citas extraídos de los archivos de viejos periódicos rusos y de otras publicaciones de difícil acceso, datos y citas que Trotsky necesitaba para su *Stalin*. En una palabra, se hizo indispensable, casi tan indispensable como había sido Liova. Y en todo momento atizó, sin dejar ver mucho la mano, el fuego de la discordia entre las sectas y de la disputa entre Trotsky y Jeanne, hasta que Trotsky se negó a apoyar la petición de Jeanne para que se hiciera una nueva investigación sobre las circunstancias de la muerte de Liova. El propio Etienne hizo todo lo posible por obstruir la investigación: presentándose ante la policía francesa como el "amigo más íntimo de León Sedov", descartó toda sospecha de acción criminal, diciendo que la muerte de Liova se había debido a la débil resistencia de su constitución.[71]

El agente provocador también se hallaba en el centro de los preparativos que los trotskistas venían haciendo para la celebración del "congreso constituyente" de la Cuarta Internacional. En medio de los preparativos, el 13 de julio de 1938, Rudolf Klement, el emigrado alemán que había sido secretario de Trotsky en Barbizon y era el secretario de la futura Internacional, desapareció misteriosamente de su casa en París. Unas dos semanas más tarde Trotsky recibió una carta, ostensiblemente escrita y firmada por Klement, pero despachada desde Nueva York, que denunciaba la alianza de Trotsky con Hitler, su colaboración con la Gestapo, etc. Después de repetir las habituales acusaciones stalinistas, el autor de la carta anunciaba su rompimiento con Trotsky. (Varios trotskistas franceses recibieron copias de esta carta despachadas desde Perpignan). La misiva contenía tantas incongruencias y errores, que Klement de ninguna manera podía haber cometido, que Trotsky llegó inmediatamente a la conclusión de que se trataba de una simple falsificación o que Klement la había escrito bajo coacción, mientras un agente de la GPU lo apuntaba con una pistola. "Que Klement, si aún se encuentra vivo, se presente ante un juez, la policía o cualquier comisión imparcial y declare todo lo que sabe. Se puede predecir que la GPU no lo soltará bajo ninguna

[71] Declaración de Etienne en ocasión del interrogatorio policial antes citado; su carta a Trotsky del 6 de junio de 1938; y la carta de Trotsky a los "Camaradas Lola y Etienne", 17 de febrero de 1939. Van Heijenoort, el secretario de Trotsky, escribió a Naville el 29 de abril de 1938: "J'ai reçu des lettres de divers amis de France (*Etienne en particulier*) s'inquietant de la situation du Vieux et demandent des informations". Cursivas nuestras. *The Archives,* Sección cerrada. Véase también *B. O.*, núms. 66-67, 68-69 y 70, y núm. 74, 1939.

circunstancia."[72] Poco después el cuerpo de Klement, horriblemente mutilado, fue devuelto por el Sena. La banda que había asesinado a Reiss fue evidentemente la misma que dio muerte a Klement; y uno de los asesinos había asumido en nombre de Klement la actitud de un "partidario desilusionado". Lo mismo habría de hacer dos años más tarde el asesino de Trotsky.

¿Por qué había escogido la GPU a Klement? Este no se había destacado entre los trotskistas por ninguna capacidad especial; pero sí era un militante modesto y abnegado que seguía de cerca todo lo que pasaba en la organización. Fue él, en nuestra opinión, quien instó a Trotsky y Natalia a que le pidieran a Liova que saliera de Francia. ¿Se había enterado Klement recientemente de algún secreto importante de la GPU? ¿Había venido rastreando a su agente provocador y estaba tal vez a punto de desenmascararlo? Esto, conjeturó Trotsky, explicaría plausiblemente por qué la GPU dio su golpe y por qué lo mató en una forma tan vengativa y cruel.[73]

Para entonces las sospechas de Sneevliet sobre Etienne se habían convertido en certeza; y tanto él como Serge las expresaron públicamente. El agente provocador tuvo la audacia de preguntar a Trotsky qué debía hacer al respecto. Trotsky le contestó que debía retar a sus acusadores a que presentaran sus imputaciones ante una comisión competente: "El camarada Etienne debe tomar esta medida, y mientras más pronto, más firme y categóricamente lo haga, tanto mejor." Trotsky no podía dar otro consejo: en tales casos, lo usual era que un hombre bajo sospecha pidiera una investigación y una oportunidad de defender su honor. Pero el propio Trotsky no le dio crédito a la acusación.[74]

Para hacer más extraña aún la extraña historia, Trotsky recibió otra advertencia al cabo de un mes. Esta provino de un exoficial de alto rango de la GPU, refugiado entonces en los Estados Unidos. El autor de la advertencia, sin embargo, temía tanto a la GPU que se negó a revelar su identidad y fingió ser un viejo judío norteamericano de origen ruso que le transmitía a Trotsky el mensaje de un pariente suyo, oficial de la GPU que había huido al Japón. El corresponsal suplicaba a Trotsky que se cuidara de un peligroso delator en París, llamado "Mark". No sabía el apellido de "Mark", pero hacía una descripción tan detallada y exacta de la persona de Etienne, de sus antecedentes y sus relaciones con Liova, que Trotsky no podía abrigar dudas en cuanto a quién se refería. El autor del mensaje se mostraba asombrado de la credulidad y el descuido de los trotskistas de París, cuyas sospechas no habían sido despertadas ni siquiera

[72] *B.O., núms.* 68-69, 1938.
[73] *B.O.*, núms. 68-69, 1938.
[74] Trotsky a Etienne el 2 de diciembre de 1938. La carta fue dirigida formalmente a los directores del *Bulletin*. *The Archives,* Sección cerrada. Refiriéndose a las acusaciones de Sneevliet, Trotsky escribió "acusaciones" entre comillas.

por el hecho (según él muy conocido) de que "Mark" había trabajado en la notoria Sociedad para la repatriación de emigrados rusos; y le aseguró a Trotsky que bastaría vigilar al delator para descubrir que éste seguía reuniéndose secretamente con funcionarios de la embajada soviética. El corresponsal no sabía si "Mark" era culpable o no de la muerte de Liova, pero temía que "lo que estaba en la agenda ahora" era el asesinato de Trotsky, del cual se encargaría el propio "Mark" o algún español supuestamente trotskista. La advertencia era digna de tomarse en cuenta. "Lo principal, Liov Davidóvich", recalcaba el corresponsal, "es que usted esté en guardia. Desconfíe de cualquier hombre o mujer que este agente provocador pueda enviar o recomendar a usted".[75]

Trotsky no desatendió del todo la advertencia. Por medio de un aviso en un periódico trotskista, pidió al corresponsal que se pusiera en contacto con sus partidarios en Nueva York. El corresponsal, temeroso de identificarse ante ellos, trató de comunicarse telefónicamente con Trotsky desde Nueva York, pero no logró establecer el contacto. La aparente falta de respuesta por parte del corresponsal y la extraña forma de su advertencia hicieron que Trotsky dudara de su veracidad. Ello no obstante, en Coyoacán se formó una pequeña comisión para investigar el asunto, pero ésta no encontró ningún fundamento en las acusaciones contra Etienne. Trotsky se preguntó si la denucia no sería un truco de la GPU para desprestigiar al hombre que parecía ser el más eficiente y devoto de sus ayudantes, que hablaba y escribía el ruso, estaba al corriente de los asuntos soviéticos y dirigía el *Boletín*. En el pequeño círculo trotskista de París, de todos modos, se habían lanzado ya demasiadas acusaciones; y si todas ellas fueran a tomarse en serio, la búsqueda de agentes provocadores no habría tenido término. Trotsky conocía perfectamente la peligrosidad de los delatores en cualquier organización, pero también sabía que la suspicacia y las constantes cacerías de brujas podían ser peores aún. Decidió no prestar oídos a ninguna acusación a menos que fuera presentada y fundamentada inequívocamente. Prefirió correr los riesgos más graves y exponerse al peligro extremo antes que infectar y desmoralizar a sus seguidores con la desconfianza y las alarmas. Y así el agente provocador continuó actuando como su factótum en París hasta el momento en que estalló la guerra.[76]

[75] Mi esposa y yo hallamos la carta entre los papeles de Trotsky (en la sección "abierta" de *The Archives*) a principios de 1950 y la copiamos *in extenso*. De entonces acá Alexander Orlov, ex oficial de la GPU, ha alegado ser el autor de esta carta. (Véase su declaración en *Hearings* del Comité Judicial del Senado de los Estados Unidos, subcomité encargado del estudio de los alcances de la actividad soviética en los Estados Unidos. Parte 51, pp. 3423-9.) Acerca del papel de Orlov en la GPU, especialmente durante las purgas en España, véase Jesús Hernández, *La Grande Trahison,* y Orlov, *Los crímenes de Stalin*.

[76] La señora Lilia Dallin (la "camarada Lola" de la Sección Rusa del Secretariado de la Internacional en París en los últimos años de la década del 30) tes-

Dos semanas después de la muerte de Liova aparecieron en el banquillo de los acusados en Moscú, Bujarin, Ríkov, Rakovsky, Krestinsky y Yagoda. Se habría podido pensar que en los procesos anteriores la macabra imaginación del director de escena había llegado a su límite. Pero aquellos procesos casi parecieron ensayos de un realismo moderado en comparación con la nueva fantasmagoría. Una vez más el fiscal y los acusados denunciaron a Trotsky como el jefe de la conspiración, que esta vez incluía a los bujarinistas, sus antiguos enemigos mortales. Al papel de Liova como cómplice de su padre se le atribuía ahora una importancia mayor aún que en los juicios anteriores. Después de un débil intento de negar las acusaciones, Krestinsky confesó que había conspirado personalmente con Trotsky en varias ocasiones y con Liova en Berlín y en diversos lugares de Europa; que había puesto a Liova en contacto con el general Von Seeckt, jefe de la *Reichswehr;* y que había pagado dos millones de marcos oro, casi un millón de dólares, y varias otras sumas para financiar la conspiración. Trotsky y los acusados fueron presentados ahora como agentes no sólo de Hitler y el Mikado, sino hasta del *Deuxième Bureau* polaco. A las ya conocidas historias de atentados a la vida de Stalin, Voroshílov y Kaganóvich, catástrofes ferroviarias, explosiones en minas de carbón y envenenamientos en masa de trabajadores, se añadieron otras sobre el asesinato de Gorki, Menzhinsky, Kuíbyshev e incluso Sverdlov, que había muerto en 1919. Todos estos crímenes, según el fiscal, los cargaba Trotsky en su conciencia. Con cada confesión, la conspiración no sólo aumentaba en su alcance y desbordaba los límites de la razón, sino que retrocedía en el tiempo hasta las primeras semanas del régimen soviético y aún hasta periodos anteriores. Como fantasmas, Kamkov y Karelin, antiguos jefes de los social-revolucionarios de izquierda, comparecieron ante el tribunal para testificar que en 1918, cuando ellos llevaron a cabo su insurrección antibolchevique, actuaron secretamente de acuerdo con Bujarin, que se proponía asesinar a Lenin. Yagoda, que durante diez años había estado a cargo de la persecución de los trotskistas, los había deportado en masa, había introducido la tortura en las cárceles y los campos de concentración, y había preparado el proceso de Zinóviev y Kámenev, alegaba ahora haber sido durante todo este tiempo un simple instrumento en manos de Trotsky. Junto a antiguos miembros del Politburó o del Comité Central, ministros

tificó en los Estados Unidos que cuando ella fue a Coyoacán en el verano de 1939, Trotsky le mostró la carta en que lo ponían en guardia contra Etienne. "Yo me sentí un poco incómoda porque los detalles eran muy desagradables... Dije: 'Eso es sin duda una maniobra sucia de la NKVD, que quiere privarlo a usted de sus pocos colaboradores...'" y... él [Trotsky] tenía otra carta de otro corresponsal sin nombre que le decía que una mujer, refiriéndose a mí, iba a visitarlo y lo envenería. Ambos decidimos... que... se trataba de una maniobra de la NKVD... Y lo primero que hice [al regresar a París] fue contarle el asunto a Etienne... Yo confiaba en él." Etienne se "rió con ganas" al comentar el asunto. Isaac Don Levine, *The Mind of an Assassin,* p. 60.

y embajadores, un grupo de médicos distinguidos ocupaban el banquillo. Uno de ellos, el doctor Levin, septuagenario ya, había sido médico personal de Lenin y Stalin desde la revolución; y estaba acusado de haber envenenado, por órdenes de Yagoda, a Gorki y Kuíbyshev. Durante muchas horas en el transcurso de varias sesiones, los médicos relataron cómo habían desenvuelto su actividad de envenenadores entre los muros del Kremlin, describiendo toda suerte de procedimientos sadistas en que supuestamente habían incurrido.[77]

Trotsky comparó este proceso con el caso Rasputin, pues el proceso, dijo, exhalaba "la misma pudrición y la misma descomposición de una autocracia". Esta comparación revela tal vez mejor que cualquier otro dato cómo reaccionó su mente ante el espectáculo. El caso Rasputin había sido, por supuesto, un incidente minúsculo y casi innocuo en comparación con cualquiera de los procesos; y difícilmente podría decirse que los procesos hayan apresurado la caída de Stalin, aun cuando hubieron de cubrir su memoria de vergüenza y deshonra. Con todo, Trotsky no halló un precedente o un paralelo más adecuado porque no existía ninguno. Stalin, en cierto sentido, había superado toda experiencia e imaginación histórica: le confirió una nueva escala y una nueva dimensión al terror. A medida que los procesos se desarrollaban, cualquier reacción racional frente a ellos se hacía más y más impotente. Trotsky continuó denunciando los absurdos del caso, elaborando metódicamente las pruebas de su inocencia y demostrando que ni él ni Liova podían haber conspirado con ninguno de los acusados, y mucho menos con el general Von Seeckt, en los lugares y fechas indicados.

> En esta actividad criminal [comentó], primeros ministros, ministros, generales, mariscales y embajadores aparecen invariablemente recibiendo órdenes de un solo centro: no de su jefe oficial, sino de un hombre desterrado. Un guiño de Trotsky bastaba para que los veteranos de la revolución se convirtieran en agentes de Hitler y el Mikado. Por "instrucciones" de Trotsky, transmitidas a través del primero y mejor de los corresponsales de Tass, los dirigentes de la industria, la agricultura y los transportes destruían los recursos productivos de la nación y destrozaban su civilización. Por una orden del "enemigo del pueblo", enviada desde Noruega o México, los ferroviarios saboteaban los transportes militares en el Lejano Oriente y médicos sumamente respetables envenenaban a sus pacientes en el Kremlin. Este es el cuadro asombroso... que pinta Vishinsky... Pero aquí surge una dificultad. En un régimen totalitario quien ejerce la dictadura es el aparato [es decir, la maquinaria partidaria y estatal]. Si mis secuaces han ocupado todos los puestos claves en el aparato, ¿cómo se explica que Stalin esté en el Kremlin y yo en el exilio?[78]

[77] *Sudebny Otchet po Delu Anti-Soviétskovo i Pravo-Trotskístskovo Bloka.*
[78] *B.O.*, núm. 65, 1938.

Trotsky aludió a la situación internacional y a las consecuencias de los procesos: las tropas de Hitler entraban triunfantes en Austria y se aprestaban a nuevas conquistas:

> ¿Sigue riéndose Stalin tras bastidores? ¿No le corta todavía el aliento este imprevisto giro de los acontecimientos? Cierto es que está separado del mundo por un muro de ignorancia y servilismo. Cierto es que está acostumbrado a pensar que la opinión mundial no es nada y que la GPU lo es todo. Pero los síntomas amenazantes y cada vez más numerosos deben ser visibles hasta para él. Las masas trabajadoras del mundo son presa de aguda ansiedad... El fascismo obtiene victoria tras victoria y encuentra su ayuda principal... en el stalinismo. Terribles peligros militares tocan a todas las puertas de la Unión Soviética. Y Stalin ha escogido este momento para destrozar al ejército y pisotear a la nación... Aun a este impostor de Tiflis... tiene que resultarle más difícil reír. Un odio inmenso crece en torno de él; un resentimiento terrible se cierne sobre su cabeza...
>
> Es perfectamente posible que un régimen que extermina... a los mejores cerebros de la nación produzca a la larga una oposición auténticamente terrorista. Más aún: sería contrario a todas las leyes de la historia [el que no lo hiciera]... Pero ese terrorismo desesperado y vengativo es ajeno a los miembros de la Cuarta Internacional... La venganza individual... representaría muy poco para nosotros. ¿Qué satisfacción política y moral podría la clase obrera derivar, en efecto, del asesinato de Caín Dzhugashvili, a quien cualquier nuevo "genio" burocrático podría reemplazar sin dificultad? En la medida en que el destino personal de Stalin puede tener algún interés para nosotros, sólo debemos desear que sobreviva al derrumbamiento de su propio sistema; y eso no está muy lejos.

Trotsky predijo "otro proceso, ése sí auténtico", en el que los trabajadores juzgarían a Stalin y sus cómplices. "Ninguna palabra se hallará entonces en el lenguaje humano para defender al más malévolo de todos los Caínes que puedan hallarse en la historia... Los monumentos que él mismo se ha erigido serán derribados o llevados a los museos y colocados allí en las cámaras de horrores totalitarios. Y la clase obrera victoriosa revisará todos los procesos, públicos y secretos, y erigirá monumentos a las desdichadas víctimas de la villanía y la infamia stalinista en las plazas de una Unión Soviética liberada."[79]

Esta profecía también habría de cumplirse, pero al cabo de muchos años. Mientras tanto, las purgas, en razón de su escala y su fuerza, actuaban como un inmenso cataclismo natural, contra el que toda reacción humana era vana. El terror aplastaba los cerebros, rompía las voluntades y allanaba toda resistencia. Los odios y los resentimientos inmensos de que Trotsky

[79] *Ibid.* Artículo editorial.

hablaba estaban presentes, pero eran reprimidos hasta desaparecer bajo la superficie, donde habrían de permanecer acumulados para el futuro. Por el momento, y durante el resto de la era de Stalin, no lograrían encontrar salida. Todos aquellos —los trotkistas en el primer término— en quienes tales emociones se fundían con la conciencia política y que tenían ideas y programas de acción que ofrecer, eran exterminados sistemática y despiadadamente.

Durante más de diez años Stalin había mantenido a los trotskistas tras las rejas y las alambradas y los había sometido a una persecución inhumana, desmoralizando a muchos de ellos, dividiéndolos y casi logrando aislarlos de la sociedad. Hacia 1934 el trotskismo parecía haber sido completamente erradicado. Sin embargo, dos o tres años más tarde le temía más que nunca. Paradójicamente, las grandes purgas y las deportaciones en masa que habían seguido al asesinato de Kírov le infundieron nueva vida al trotskismo. Con decenas y hasta centenares de miles de nuevos desterrados a su alrededor, los trotskistas dejaron de estar aislados. A ellos se unió nuevamente la masa de capituladores que ahora pensaban con arrepentimiento que las cosas tal vez serían diferentes si ellos hubiesen resistido junto con los trotskistas. Los oposicionistas más jóvenes, miembros de la Komsomol que se enfrentaron a Stalin mucho después de la derrota del trotskismo, "desviacionistas" de todos los matices, obreros ordinarios deportados por faltas triviales a la disciplina del trabajo, y descontentos y quejosos que emperazon a pensar políticamente sólo cuando se encontraron tras las alambradas, formaron un nuevo e inmenso público para los veteranos trotskistas.[80] El régimen de vida en los campos de concentración era cada vez más cruel: los reclusos tenían que trabajar como esclavos diez o doce horas diarias, sufrían hambre y se consumían en medio de las enfermedades y la suciedad indescriptible. Con todo, los campos se iban convirtiendo una vez más en escuelas y centros de adiestramiento de la oposición, con los trotskistas como tutores sin rival. Eran ellos quienes encabezaban a los deportados en casi todas las huelgas y en las huelgas de hambre, quienes planteaban a la administración demandas de mejoras en las condiciones de vida en los campos, y quienes mediante su comportamiento desafiante, y en ocasiones heroico, inspiraban la resistencia de los demás. Sólidamente organizados, disciplinados y políticamente bien infor-

[80] M. Fainsod en *Smolensk Under Soviet Rule* cita, de documentos capturados a la GPU, casos en que incluso en 1936-37, en el apogeo de las purgas, obreros a quienes se les preguntaba a quién consideraban un bolchevique ejemplar, respondían: Trotsky (y/o Zinóviev); y en que alumnos de escuela primaria, en una asamblea convocada para conmemorar a Kírov, propusieron la inclusión de Trotsky en el presidium honorario (p. 302 *et passim*). El trotskismo no había sido especialmente popular en la provincia de Smolensk, y tales casos eran más frecuentes en otras partes del país. Todos los culpables en estos casos, a menudo incluso los niños, fueron deportados como "trotskistas". Para una descripción de la orgía de denuncias de "trotskistas" en la región de Smolensk, véase *ibid.*, pp. 232-7.

mados, ellos eran la verdadera *élite* de aquel enorme segmento de la nación que había sido arrojado tras las alambradas.

Stalin comprendió que no lograría nada aumentando la persecución. No era posible incrementar los tormentos y la opresión que sólo habían servido para rodear a los trotskistas con la aureola del martirio. Estos constituían una amenaza para él mientras vivieran; y con la inminencia de la guerra y sus peligros, la amenaza potencial podría hacerse real. Ya hemos visto que, a partir del momento en que conquistó el poder, Stalin tuvo que reconquistarlo una y otra vez. Ahora decidió liberarse de la necesidad de seguir reconquistándolo; se propuso asegurárselo de una vez por todas y contra todos los riesgos. Esto sólo podía hacerlo de una manera: mediante el exterminio en masa de sus adversarios, sobre todo de los trotskistas. Los procesos de Moscú se habían efectuado para justificar este designio, cuya parte principal se realizó ahora, no en el escenario de los juzgados, sino en las mazmorras y en los campos del Oriente y el Extremo Norte.

Un testigo presencial, antiguo recluso del gran campo de concentración de Vorkuta, pero no trotskista él mismo, describe de la siguiente manera las últimas actividades de los trotskistas y su aniquilamiento.[81] En su campo solamente, dice él, había alrededor de mil viejos trotskistas, que se llamaban a sí mismos "bolcheviques leninistas". Quinientos de ellos, aproximadamente, trabajaban en la mina de carbón de Vorkuta. En todos los campos de la provincia de Pechora había varios millares de "trotskistas ortodoxos" que "habían vivido deportados desde 1927" y "permanecieron fieles a sus ideas políticas y a sus dirigentes hasta el fin". El testigo probablemente incluye a los antiguos capituladores entre los "trotskistas ortodoxos", pues de otra suerte su cálculo parecería sumamente exagerado.[82] "Aparte de estos trotskistas genuinos", continúa diciendo, "había por aquel entonces más de cien mil reclusos en el campo de Vorkuta y otros, que, como miembros del Partido o de la Komsomol, habían ingresado en la Oposición trotskista y a continuación, en diversos periodos y por diversas razones... habían sido obligados a 'retractarse y admitir sus errores' y a abandonar las filas de la Oposición." Muchos deportados, que nunca habían sido miembros del Partido, se consideraban asimismo trotskistas. Estas cifras también deben de incluir a los oposicionistas de todos los matices, incluso algunos de los partidarios de Ríkov y Bujarin y recién llegados de las generaciones más jóvenes, como lo indica nuestro propio testigo.

"De todos modos", apunta éste, "los trotskistas propiamente dichos, los seguidores de L. D. Trotsky, formaban el grupo más numeroso." Entre sus

[81] Este informe (*"Trotskisty na Vorkute"*), firmado M.B., apareció en el *Sotsialistíchekii Véstnik,* publicado por los mencheviques emigrados, núms. 10-11, 1961.
[82] Compárese con el capítulo I, pp. 85-86.

jefes, el testigo menciona a V. V. Kossior, Vladímir Ivánov y otros trotskistas auténticos de vieja militancia. "Llegaron a la mina de carbón en el verano de 1936 y fueron alojados... en dos grandes barracones. Se rehusaron categóricamente a trabajar en los socavones. Trabajaban únicamente en las bocaminas y no más de ocho horas diarias, no diez o doce como lo exigía el reglamento y como laboraban los demás reclusos. Hacían caso omiso del reglamento en forma ostentosa y organizada. Los más de ellos habían vivido alrededor de diez años en aislamiento, primero en cárceles, después en campos de las islas Solovky, y por último en Vorkuta. Los trotskistas eran los únicos grupos de presos políticos que criticaban abiertamente la 'línea general' stalinista y resistían a los carceleros en forma abierta y organizada." Seguían proclamando, como lo hacía Trotsky en el extranjero, que en caso de guerra defenderían a la Unión Soviética incondicionalmente, pero que tratarían de derrocar al régimen de Stalin; y aun los "ultraizquierdistas", como los partidarios de Sapronov, compartían esa actitud, aunque con reservas.

En el otoño de 1936, después del proceso de Zinóviev y Kámenev, los trotskistas organizaron reuniones y manifestaciones en los campos, en honor de sus camaradas y jefes ejecutados. Poco después, el 27 de octubre, declararon una huelga de hambre (ésta fue la huelga en que, según los informes antes citados, participó Serguei, el hijo menor de Trotsky). Los trotskistas de todos los campos de Pechora se unieron a la huelga y ésta duró 132 días. Los huelguistas protestaban contra su traslado de anteriores lugares de deportación y contra los castigos que les habían impuesto sin celebración de proceso público. Exigían una jornada de trabajo de ocho horas, la misma alimentación para todos los reclusos (independientemente de que hubieran cumplido las normas de producción o no), la separación de los presos políticos y los delincuentes comunes, y el traslado de los inválidos, las mujeres y los ancianos de las regiones subpolares a lugares de clima más benigno. La decisión de ir a la huelga se adoptó en una asamblea pública. Los prisioneros enfermos y ancianos fueron eximidos, pero "estos últimos rechazaron categóricamente la exención".

En casi todas las barracas los que no eran trotskistas respondieron al llamado, pero sólo "en los barracones de los trotskistas fue completa la huelga".

La administración, temerosa de que la acción pudiera propagarse, trasladó a los trotskistas a unas chozas semiarruinadas y desiertas a cuarenta kilómetros de distancia del campo. De un total de mil huelguistas, varios murieron y sólo dos abandonaron la huelga; pero ninguno de los dos era trotskista. En marzo de 1937, por órdenes de Moscú, la administración del campo cedió en todos los puntos, y la huelga terminó. Durante los meses siguientes, antes de que el terror de Yezhov alcanzara su clímax, los trotskistas gozaron de los derechos que habían ganado, y esto fortaleció la moral de todos los demás deportados a tal punto que muchos de ellos abrigaron

la esperanza de que se promulgara una amnistía parcial en ocasión del vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre. Pero poco después el terror se reanudó con renovada furia. La ración alimenticia fue reducida a 400 gramos de pan al día. La GPU armó a los delincuentes comunes con garrotes y los incitó contra los oposicionistas. Hubo fusilamientos indiscriminados y todos los presos políticos fueron aislados en un campo dentro del campo, rodeado por alambradas de púas y custodiado día y noche por cien soldados perfectamente armados.

Una mañana, hacia fines de marzo de 1938, veinticinco hombres, en su mayoría trotskistas connotados, fueron sacados de su encierro, recibieron un kilogramo de pan cada uno y la orden de recoger sus pertenencias y prepararse para una marcha. "Después de despedirse afectuosamente de sus amigos, salieron de sus barracones; un oficial pasó lista de los presentes y éstos salieron marchando del campo. Al cabo de quince o veinte minutos se escuchó una súbita descarga de fusilería a medio kilómetro de los barracones, cerca de la margen empinada de un pequeño río, el Alto Vorkuta. A continuación sonaron unos cuantos disparos aislados y después se hizo el silencio. Poco más tarde los hombres de la escolta regresaron y pasaron junto a los barracones. Todo el mundo comprendió a qué clase de marcha habían sido enviados los veinticinco hombres."

Al día siguiente no menos de cuarenta personas fueron sacadas de los barracones en la misma forma, recibieron su ración de pan y la orden de prepararse. "Algunos estaban tan exhaustos que no podían caminar, y se les prometió que serían llevados en carretas. Con la respiración contenida, los reclusos que quedaron en los barracones escucharon el crujir de la nieve bajo los pies de los que abandonaban el campo. Cuando todos los ruidos se habían apagado ya, los reclusos siguieron escuchando con el ánimo en suspenso. Al cabo de una hora aproximadamente los disparos resonaron sobre la tundra." Los que permanecían en los barracones supieron entonces lo que les esperaba; pero después de la prolongada huelga de hambre del año anterior y de sufrir frío y hambre durante muchos otros meses, no tenían fuerza para resistir. "Durante todo abril y parte de mayo continuaron las ejecuciones en la tundra. Cada día o cada segundo día treinta o cuarenta personas eran sacadas..." Los altavoces del campo transmitían los comunicados: "Por agitación contrarrevolucionaria, sabotaje, bandidaje, negativa a trabajar e intentos de fuga, las siguientes personas han sido ejecutadas..." "Una vez un grupo numeroso, formado por unas cien personas, trotskistas en su mayoría, fue sacado del campo... Mientras se alejaban, entonaron *La Internacional,* y centenares de voces en los barracones se unieron al coro." El testigo describe las ejecuciones de las familias de los oposicionistas: la esposa de un trotskista caminó con sus muletas hasta el lugar de la ejecución. A los niños se les permitía vivir sólo si tenían menos de doce años. La matanza prosiguió en todos los campos de la provincia de Pechora y duró hasta mayo. En Vorkuta "sólo poco más

de cien personas quedaron vivas en las chozas. Unas dos semanas transcurrieron sin incidentes. Entonces los sobrevivientes fueron enviados nuevamente a la mina donde les informaron que Yezhov había sido destituido y que Beria había asumido el mando de la GPU".

Para entonces apenas quedaba vivo alguno de los trotskistas o zinovievistas auténticos. Cuando dos años más tarde centenares de miles de nuevos deportados —polacos, lituanos, latvios y estonios— llegaron a los campos, encontraron entre los viejos reclusos a muchos stalinistas en desgracia e incluso unos cuantos bujarinistas, pero ningún trotskista ni zinovievista. Un viejo deportado les contaba la historia de su exterminio por medio de susurros o alusiones, porque nada era más peligroso, aun para un infeliz deportado, que hacerse sospechoso de abrigar simpatías por los trotskistas.[83]

El terror del periodo de Yezhov fue equivalente al genocidio político: destruyó toda la especie de los bolcheviques antistalinistas. Durante los siguientes quince años del régimen de Stalin no quedó en la sociedad soviética, ni siquiera en las cárceles y los campos de concentración, ningún grupo capaz de plantearle un desafío. No se permitió la supervivencia de ningún centro de pensamiento político independiente. En la conciencia de la nación se produjo un tremendo hiato; su memoria colectiva fue despedazada; la continuidad de sus tradiciones revolucionarias fue liquidada; y su capacidad de formar y cristalizar cualquier noción anticonformista fue destruida. La Unión Soviética quedó finalmente, no sólo en su política práctica, sino incluso en sus procesos mentales ocultos, sin ninguna alternativa frente al stalinismo. (Tal era la naturaleza amorfa de la mentalidad popular, que aun después de la muerte de Stalin ningún movimiento antistalinista pudo surgir desde abajo, desde el fondo de la sociedad soviética; y la reforma de los rasgos más anacrónicos del régimen stalinista sólo pudieron emprenderla desde arriba los antiguos secuaces y cómplices de Stalin.)

Mientras los procesos de Moscú atraían la asombrada atención del mundo, la gran matanza en los campos de concentración pasó casi inadvertida. Fue realizada con tanto secreto que la verdad no pudo filtrarse sino al cabo de varios años. Trotsky sabía mejor que nadie que sólo una pequeña parte del terror se revelaba a través de los procesos, y coligió lo que estaba sucediendo tras bastidores. Con todo, ni siquiera él pudo conjeturar o visualizar toda la verdad; y, de haber podido hacerlo, su mente difícilmente habría sido capaz de absorber su plena enormidad y todas sus implicaciones durante el breve tiempo que le quedaba de vida. Siguió suponiendo que las fuerzas antistalinistas resurgirían al cabo de cierto tiempo,

[83] Las descripciones detalladas y penetrantes de la vida en los campos de Vorkuta durante el periodo posterior las debo a Bernard Singer, el conocido periodista polaco que fue deportado allí en los primeros años de la segunda Guerra Mundial.

organizadas y políticamente efectivas; y, en particular, creía que serían capaces de derrocar a Stalin en el transcurso de la guerra y de llevar la guerra a un término victorioso y revolucionario. Siguió contando con la regeneración del viejo bolchevismo, a cuya amplia y profunda influencia parecían rendir homenaje las incesantes campañas de Stalin. Ignoraba el hecho de que todas las fuerzas antistalinistas habían sido aniquiladas; que el trotskismo, el zinovievismo y el bujarinismo, ahogados en sangre, habían desaparecido, como una Atlántida, de todos los horizontes políticos; y que él mismo era entonces el único sobreviviente de la Atlántida.

Durante todo el verano de 1938 Trotsky se mantuvo ocupado en la preparación del "Proyecto de Programa" y de las resoluciones para el "congreso constituyente" de la Internacional. En realidad éste fue sólo una pequeña conferencia de trotskistas celebrada en casa de Alfred Rosmer en Périgny, una aldea cercana a París, el 3 de septiembre de 1938. Estuvieron presentes veintiún delegados que decían representar a las organizaciones de once países.[84] La conferencia se desarrolló bajo la sombra de los recientes asesinatos y secuestros. Eligió a los tres jóvenes mártires —Liova, Klement y Erwin Wolf— como presidentes honorarios.[85] Junto con Klement, el secretario de organización de la conferencia, habían desaparecido informes sobre la labor de los trotskistas en varios países, el proyecto de los estatutos de la Cuarta Internacional y otros documentos. A fin de impedir otro golpe de la GPU, la conferencia celebró una sola sesión plenaria, que duró todo un día sin interrupción, y se negó a admitir observadores del POUM catalán y del *Parti Socialiste Ouvrier et Paysan* francés.[86] Para garantizar el "mayor secreto", un comunicado emitido después de la conferencia se refería al "congreso celebrado en Lausana". En la conferencia, sin embargo, Etienne "representó" a la "sección rusa" de la Internacional. También estaban presentes dos "invitados". Uno de ellos era una tal Sylvia Agelof, trotskista de Nueva York que servía como intérprete. Había llegado de los Estados Unidos hacía algún tiempo y en París había conocido a un hombre que decía llamarse Jacques Mornard, del cual se hizo amante. Este la acompañó a la conferencia pero permaneció fuera de la sala de reuniones, fingiendo no interesarse en las secretísimas deliberaciones y esperando sólo a que Sylvia saliera.

[84] Esta relación se basa en las "Minutas del Congreso Mundial de la Cuarta Internacional" efectuado el 3 de septiembre de 1938. *The Archives,* Sección cerrada. (Una copia idéntica de las Minutas, facilitada por antiguos trotskistas británicos, ha obrado en mi poder.) Recuerdo haber leído en 1938 un informe más detallado y crítico del "Congreso", escrito por los participantes polacos.

[85] Erwin Wolf, secretario de Trotsky en Noruega y yerno de Konrad Knudsen, había ido a España en 1936 y muerto allí a manos de la GPU.

[86] Tanto el POUM como el *Parti Socialiste Ouvrier et Paysan* (un pequeño y activo partido francés encabezado por Marceau Pivert) "simpatizaban" con el trotskismo pero tenían sus diferencias con éste.

Max Shachtman presidió la conferencia, que durante su sesión de un día votó los informes de las comisiones y las resoluciones, la mayor parte de las cuales provenían de la pluma de Trotsky. El temario formal era tan recargado que habría mantenido ocupado durante una semana a cualquier congreso normal. Naville rindió el "informe sobre los progresos realizados" que debía justificar la decisión de los organizadores en el sentido de proclamar la fundación de la Cuarta Internacional. Sin proponérselo, sin embargo, Naville reveló que la Internacional era poco más que una ficción: ninguno de sus llamados Ejecutivos y Burós Internacionales había sido capaz de trabajar durante los últimos años. Las "secciones" de la Internacional contaban con unas cuantas docenas o, a lo sumo, unos cuantos centenares de miembros cada una. Este era incluso el caso de la sección norteamericana, la más numerosa de todas, que alegaba tener 2 500 miembros formales.[87] La conferencia, sin embargo, sostuvo su determinación de organizarse en un "congreso constituyente", como había aconsejado Trotsky. Sólo dos delegados polacos protestaron y declararon que "la sección polaca en su conjunto se oponía a la proclamación de la Cuarta Internacional". Señalaron que no tenía sentido tratar de crear una nueva Internacional cuando el movimiento obrero, en general, iba en descenso, durante "un periodo de intensa reacción y depresión política", y que todas las Internacionales anteriores habían debido su éxito, en cierta medida, al hecho de que se habían formado en momentos de auge revolucionario. "La creación de cada una de las Internacionales anteriores constituyó una amenaza definida al régimen burgués... Tal cosa no sucederá con la Cuarta Internacional. Ningún sector significativo de la clase obrera responderá a nuestro manifiesto. Es necesario esperar..." Los polacos convenían con Trotsky en que la Segunda y la Tercera Internacionales estaban "moralmente muertas", pero advirtieron a la conferencia que era frívolo subestimar la lealtad que le profesaba a esas Internacionales la clase obrera de muchos países; y aunque los polacos apoyaron el "Proyecto de Programa" de Trotsky, exhortaron una y otra vez a sus camaradas a que se abstuvieran de "hacer un gesto vacío" y "cometer una insensatez".[88]

Estas eran objeciones de peso y provenían del único grupo trotskista fuera

[87] En los *Internal Bulletins* de los trotskistas norteamericanos se daba la cifra de 1 000 miembros. Dwight Macdonald dice en *Memoirs of a Revolutionist,* p. 17; "Teníamos alrededor de ochocientos miembros."

[88] Uno de los dos delegados polacos, "Stephen", un joven científico que estudiaba en Francia, había pasado varios años de su adolescencia en una cárcel polaca para presos juveniles debido a su actividad política; y el otro, "Karl", un obrero judío entrado en años, había pasado doce años en prisión bajo el zar y Pilsudski, había participado en la revolución de octubre en Moscú y había combatido en las primeras batallas de la guerra civil en Rusia, después de lo cual regresó a Polonia, donde fue condenado a muerte por su actividad revolucionaria y escapó mientras lo conducían al lugar donde iban a ejecutarlo. Yo fui el autor del documento contra la fundación de la Cuarta Internacional que esos dos delegados presentaron en la conferencia.

de la URSS que tenía tras de sí muchos años de trabajo revolucionario clandestino y una sólida tradición de pensamiento marxista que se remontaba a Rosa Luxemburgo. Una buena parte del tiempo que duró la conferencia lo ocuparon las réplicas a los polacos; pero no se hizo ningún intento serio de refutar su razonamiento. Naville declaró que el momento era "singularmente adecuado" para la creación de la nueva Internacional. "Era esencial poner fin a la presente situación indeterminada y tener un programa definido, una dirección internacional definidamente constituida y secciones nacionales definidamente formadas." Shachtman desechó los argumentos históricos de los polacos como "carentes de pertinencia y falsos", y describió a éstos como "los mencheviques entre nosotros", pues sólo los mencheviques podían mostrar una comprensión tan deficiente de la importancia de la organización y tan poca fe en el futuro de la Internacional. En la votación, la conferencia decidió, por una mayoría de diecinueve contra tres, proclamar la Cuarta Internacional inmediatamente.

Después de una apresurada y casi unánime aceptación de todas las otras resoluciones, los delegados procedieron a elegir un Comité Ejecutivo. En este punto Etienne, que había sido el principal informante sobre la "cuestión rusa", protestó porque a la "sección rusa" no se le había concedido representación en el Ejecutivo. La conferencia subsanó el descuido y nombró a Trotsky miembro honorario y "secreto" del Ejecutivo. Dado que Trotsky no podía participar en las labores del Comité, el agente provocador continuaría representando la "sección rusa".

Trotsky decidió "fundar" la nueva Internacional en un momento en que, como le advirtieron los polacos, la acción no podía tener ningún impacto. Sus partidarios en la Unión Soviética ("la sección más fuerte de la Cuarta Internacional") habían sido exterminados. Sus seguidores en Europa y Asia eran cada vez menos. En casi todos los países al este del Rhin y al sur de los Alpes, el movimiento obrero estaba aplastado. Ninguna organización marxista podía llevar a cabo una actividad clandestina sistemática bajo el régimen de Hitler en Alemania, Austria y, poco después, Checoslovaquia. En Francia, el Frente Popular se desmoronaba en medio de la desilusión y la apatía. En España la guerra civil se acercaba a su fin, con la izquierda moralmente derrotada por sí misma aun antes de que fuera vencida militarmente. Todo el continente europeo se hallaba políticamente postrado, aguardando sólo a que el poderío armado de Hitler pasara sobre él. Harían falta años de ocupación nazi y de opresión y humillación intolerables para obligar a la clase obrera de algunos países a volver a la actividad política o ingresar en la Resistencia. Pero entonces los trabajadores, cuando menos en Francia e Italia, se volvieron hacia los partidos stalinistas, que estaban vinculados con la Unión Soviética y eran la fuerza más grande y, desde 1941, más efectiva de la Resistencia. Cualesquiera que fueran las circunstancias cambiantes, la influencia del trotskismo

estaba condenada a seguir siendo insignificante.

Las perspectivas no eran mejores en Asia, aun cuando Asia estaba llena de fermento revolucionario. Trotsky dedicó mucho tiempo y mucha atención al desarrollo de los acontecimientos sociales y políticos en China, Japón, la India, Indochina e Indonesia. En todos esos países él ejercía influencia sobre pequeños grupos de intelectuales y obreros comunistas. Pero en ninguna parte, con la peculiar excepción de Ceilán, lograrían sus seguidores formar un partido político efectivo. Ni siquiera en China, donde cabía esperar que su oposición a la política de Stalin en 1925-27 causara la mayor impresión, poseía la Cuarta Internacional una sección digna de llamarse tal. Los grupos trotskistas, que trabajaban clandestinamente bajo la presión de una terrible pobreza y eran perseguidos tanto por el Kuomintang como por los stalinistas, se componían de dos docenas de hombres en Shangai, unas cuantas docenas en Hongkong y círculos más pequeños dispersos por las provincias centrales y orientales. Ni siquiera después que Chen Tu-hsiu abrazó el trotskismo pudieron esos grupos romper su aislamiento. Chen Tu-hsiu pasó seis años en la cárcel, y al ser puesto en libertad fue desterrado a una remota aldea de la provincia de Chungking, bajo prohibición de dedicarse a actividades políticas y publicar sus escritos. Vivió acosado por el hambre y el temor, abrumado por su responsabilidad en la derrota de 1927, visto con desconfianza incluso por los trotskistas, calumniado por los maoístas y amenazado de muerte por la policía de Chiang Kai-shek que finalmente, en 1943, volvió a encarcelarlo y lo asesinó. En 1938 y 1939, Trotsky trató desesperadamente de sacarlo de China, con la esperanza de que "él pudiera desempeñar en la Cuarta Internacional un papel comparable al que Katayama desempeñó en la Tercera, pero... con mayor provecho para la causa de la revolución". Pero Chen Tu-hsiu estaba sucumbiendo ya a la presión y hundiéndose en el pesimismo más sombrío. Con todo, ocasionalmente analizaba aún la situación china con gran perspicacia y señalaba en qué y por qué fracasaba el trotskismo. En una declaración escrita dos meses después de la proclamación de la Cuarta Internacional explicó, por ejemplo, por qué el movimiento revolucionario en China debía basarse en el campesinado y no (como Trotsky y él mismo habían esperado) en los trabajadores urbanos. Los japoneses habían desmantelado la industria en las provincias chinas más avanzadas. En consecuencia, "la clase obrera china quedó reducida numérica, material y espiritualmente a la condición en que se había encontrado treinta o cuarenta años antes". Era vano, por consiguiente, suponer que la revolución podría encontrar sus centros principales en las ciudades. "Si no comprendemos ahora cuáles serán probablemente las circunstancias políticas del futuro, y si no reconocemos claramente la debilidad del proletariado chino y la situación de su partido, estaremos encerrándonos en nuestros pequeños agujeros, dejaremos pasar dormidos nuestras oportunidades y, llenos de un gran orgullo, nos alimentaremos de consuelos."

Los trotskistas, añadía, en razón de su arrogancia sectaria, de su actitud puramente negativa frente al maoísmo y de su falta de sensibilidad respecto de las necesidades de la guerra contra el Japón, estaban aislándose de las realidades políticas. Chen temía que la proclamación de la Cuarta Internacional sirviera tan sólo para estimular "los engreimientos y las ilusiones" de los trotskistas, y que la empresa terminaría en la bancarrota. El mismo se inclinaba a la reconciliación ora con el Kuomintang, ora con el maoísmo; pero era incapaz o renuente a llegar a un acuerdo con cualquiera de los dos, y vivió sus últimos años trágicos como un hombre destruido. Sus advertencias y su destino resumieron la difícil situación del trotskismo en su parte del mundo.[89]

El único país donde el trotskismo alentaba un poco era en Estados Unidos. En enero de 1938, después de varias escisiones y fusiones, quedó constituido el Partido Socialista Obrero que pronto se ganó el título de "la sección más fuerte" de la Cuarta Internacional. Tenía en su haber cierta actividad militante en los sindicatos y la industria, y publicaba regularmente dos órganos: *The New International,* una "revista mensual teórica", y *The Militant.* A su cabeza se encontraba un equipo de dirigentes experimentados y capaces, cuando menos dentro del nivel general norteamericano, los más conocidos de los cuales eran James P. Cannon, Max Shachtman y James Burnham.[90] Trotsky estaba siempre a la disposición del partido, dispuesto a aconsejar, criticar, alentar y zanjar disputas y controversias. Los emisarios viajaban entre Nueva York y la ciudad de México, y los contactos se facilitaban gracias a la circunstancia de que los secretarios y guardaespaldas de la Casa Azul eran casi todos norteamericanos. Nueva York, más bien que París, era ahora el centro del trotskismo. Aun así, el partido norteamericano era también un débil retoño plantado en un suelo del que sólo podía extraer muy poco alimento.

¿Por qué, entonces, pese a tales augurios tan poco propicios, decidió Trotsky llevar adelante la proclamación de la Cuarta Internacional?

Hacía ya más de cinco años que él había decidido que era imposible "sentarse en una Internacional junto con Stalin, Manuilsky y compañía". Durante esos años la Tercera Internacional se había seguido deteriorando y corrompiendo en tal medida que se sintió impulsado a separarse y a separar a todos sus seguidores de ella en la forma más tajante y dramática

[89] Véanse las cartas de Trotsky al "camarada Glass" del 5 de febrero y el 25 de junio de 1938; y la relación de las impresiones de H. Fleetman sobre un viaje a la China y sus reuniones con trotskistas chinos (19 de febrero de 1940). La abundante correspondencia de Trotsky con sus partidarios chinos asegura su constante e intenso interés en las perspectivas de la revolución china. Las citas de Chen Tu-hsiu las he tomado de un largo ensayo suyo escrito en Szechwan y fechado el 3 de noviembre de 1938. *The Archives,* Sección cerrada.

[90] James P. Cannon, *The History of American Trotskyism;* M. Pablo, "Vingt ans de la Quatrième Internationale" en *Quatrième Internationale,* 1958-9; y M. Shachtman, "Twenty-five Years of American Trotskyism" en *The New International,* 1954.

que fuera posible. Lenin, en su rebelión contra la Segunda Internacional, había exhortado una vez a los bolcheviques a despojarse de la "ropa sucia" de la socialdemocracia y a llamarse comunistas. Trotsky habló de la "sífilis del stalinismo" o del "cáncer que debe ser extirpado del movimiento obrero con un hierro candente"; y creyó que le estaba dando vida a una organización que desempeñaría un papel decisivo en las luchas de clase revolucionarias que se avecinaban.[91]

Lo que resulta menos fácil de determinar es si abrigaba esperanzas de un éxito a corto plazo o si trabajaba "para la historia", sin tales esperanzas. Sus propias declaraciones son contradictorias. "Todos los grandes movimientos", escribió una vez, refiriéndose al escaso número de sus seguidores, "han comenzado como 'desprendimientos' de viejos movimientos. El cristianismo fue en un principio un 'desprendimiento' del judaísmo. El protestantismo, un 'desprendimiento' del catolicismo, es decir, del cristianismo degenerado. La agrupación de Marx y Engels nació como un 'desprendimiento' de la izquierda hegeliana. El advenimiento de la Internacional Comunista fue preparado durante la última guerra por los 'desprendimientos' de la Internacional Socialdemócrata. Los iniciadores de todos esos movimientos pudieron conquistar un gran número de seguidores sólo porque no temían quedarse aislados." Un pasaje como éste, pese a todo su optimismo histórico, sugiere que Trotsky no contaba con un éxito pronto y decisivo. Por otra parte, el Proyecto de Programa, que escribió para la Internacional, no era tanto una declaración de principios cuanto un instructivo táctico formulado para un partido enfrascado en las luchas sindicales y la política diaria y empeñado en la conquista inmediata de la dirección práctica de la lucha. En un mensaje sobre el "congreso constituyente", escribió: "De ahora en adelante la Cuarta Internacional tiene ante sí la tarea de un movimiento de masas... Es actualmente la única organización que no sólo tiene una idea clara de cuáles son las fuerzas motrices de esta... época, sino también un conjunto completo de reivindicaciones inmediatas capaces de unir a las masas para la lucha revolucionaria por el poder..." y añadía: "La desproporción entre nuestra fuerza de hoy y nuestras tareas de mañana es más clara para nosotros que para nuestros críticos. Pero la severa y trágica dialéctica de nuestra época opera en nuestro favor. Las masas que serán llevadas [por la guerra] a la total desesperación e indignación no encontrarán otro camino que el que les señala la Cuarta Internacional." En un mensaje a sus seguidores norteamericanos exaltó la misión de la nueva Internacional en un tono casi místico y con mayor confianza aún: "...en el transcurso de los próximos diez años el programa de la Cuarta Internacional ganará la adhesión de millones de revolucionarios que serán capaces de tomar el cielo

[91] *B.O.*, núm. 71, noviembre de 1938, discurso en inglés sobre el "Congreso Constituyente".

y la tierra por asalto". En los días de la crisis de Munich afirmó una vez más que, aunque la Cuarta Internacional podría ser débil al comenzar la nueva guerra, "cada nuevo día obrará en nuestro favor... En los primeros meses de la guerra una tormentosa reacción contra el chovinismo se desencadenará entre las masas trabajadoras. Sus primeras víctimas serán, junto con el fascismo, los partidos de la Segunda y la Tercera Internacionales. El colapso de éstos será la condición indispensable para un movimiento revolucionario... encabezado... por la Cuarta Internacional". A Kingsley Martin, que lo visitó en 1937, le declaró: "Le aseguro a usted que dentro de tres o cinco años la Cuarta Internacional será una gran fuerza en el mundo."[92]

Sus esperanzas se fundaban en la doble premisa de que la próxima guerra mundial sería seguida por un sacudimiento revolucionario similar al que había seguido a la primera Guerra Mundial, pero mayor aún en amplitud y fuerza; y que los partidos stalinistas, al igual que los socialdemócratas, usarían toda su energía para contener la marea de la revolución. Más que nunca veía a los países industriales avanzados del Occidente como el principal campo de batalla del socialismo; de sus clases trabajadoras habría de salir la saludable iniciativa revolucionaria que podría romper el círculo vicioso —el socialismo en un solo país y el absolutismo— en que se hallaba aprisionada la Revolución Rusa. Para él era casi inconcebible que el capitalismo occidental, quebrantado ya por las depresiones y crisis económicas de los años treinta, pudiera sobrevivir al cataclismo que se avecinaba. No tenía dudas de que Hitler trataría de unificar a Europa bajo el imperialismo alemán y fracasaría. Pero Europa necesitaba unirse y sólo la revolución proletaria podía unirla y crear los Estados Unidos Socialistas de Europa. No sólo Alemania, con su legado marxista, y Francia e Italia con sus tradiciones revolucionarias, sino incluso Norteamérica se verían arrastradas a la gran transformación social. En su prólogo a *El pensamiento vivo de Karl Marx,* escrito en 1939, refutó el *New Deal* rooseveltiano y todos los intentos de rejuvenecer y reformar el capitalismo como "charlatanería reaccionaria e inútil"; señaló cuán pertinente era *Das Kapital* para los problemas de la economía norteamericana y saludó la aurora de una nueva época del marxismo en los Estados Unidos. En el mar-

[92] *B.O., loc. cit.* y núms. 66-67 y 71, 1938. La reunión con Kingsley Martin, descrita por éste en *The New Statesman* del 10 de abril de 1937, fue más bien poco amistosa debido a la insistencia de Martin en "defender el honor" de su amigo D. N. Pritt, abogado del rey y miembro del Parlamento que se esforzaba por justificar los procesos de Moscú ante el público británico desde el punto de vista legal. La sensibilidad del editor británico en cuanto al honor de Pritt, e insensibilidad en cuanto al honor de los acusados en los procesos de Moscú y del propio Trotsky, puede haber irritado a éste y provocado en él una declaración precipitada. Una descripción un tanto picante de la visita de Martin en Coyoacán la ofrece el propio Trotsky en su correspondencia con el Secretariado de la Internacional en París.

xismo también "los Estados Unidos alcanzarán en poco tiempo a Europa y la dejarán atrás. La tecnología progresiva y la estructura social progresiva preparan el camino en la esfera doctrinaria. Los mejores teóricos del marxismo aparecerán en suelo americano. Marx será el mentor de trabajadores norteamericanos avanzados".[93]

Trotsky no pasaba por alto las enormes potencialidades de la revolución en los países subdesarrollados, especialmente en China; se refirió a ellas con mayor insistencia que cualquier otro escritor de los años treintas. Pero visualizaba esas perspectivas como subordinadas a las de la revolución en el Occidente: "Una vez que empiece, la revolución socialista se propagará de un país a otro con una fuerza incomparablemente superior a la de la actual propagación del fascismo. Con el ejemplo y la ayuda de las naciones avanzadas, las naciones atrasadas ingresarán también en la gran corriente del socialismo." Al llevar al extremo la lógica del marxismo clásico, que había postulado la "tecnología progresiva y la estructura social progresiva" como la base de la revolución socialista, él exhibía, sin proponérselo, la discrepancia entre la teoría y los hechos. Si los países industriales avanzados hubiesen desempeñado el papel que el marxismo clásico les había asignado en teoría, ningún país habría sido más propicio al marxismo y al socialismo que los Estados Unidos. Trotsky no previó ni pudo prever que en las próximas décadas las naciones atrasadas formarían la "corriente principal del socialismo", que el "Occidente avanzado" trataría de contener o rechazar esa corriente, y que los Estados Unidos en particular, en lugar de desarrollar su propia versión ultramoderna del marxismo, se convertiría en el mayor y más poderoso baluarte del mundo contra ella.[94]

Trotsky contaba con que las clases trabajadoras del Occidente se alzarían al igual que se habían alzado en 1848, 1871, 1905 y 1917-18. Aplicando la concepción marxista tradicional incluso a China, vio con desconfianza los "ejércitos campesinos" de Mao Tse-tung, temeroso de que, al igual que otros ejércitos semejantes en la historia china, se convirtieran en instrumentos de la reacción y entraran en conflicto con los obreros si éstos no lograban retomar la iniciativa revolucionaria. Pese a las advertencias de Chen Tu-hsiu, creía que la clase obrera china recuperaría su *élan* político y se impondría como la fuerza rectora de la revolución. Para él seguía siendo un axioma el que en toda lucha de clases moderna la supremacía pertenece necesariamente a las ciudades; y la idea de un movimiento insurgente que conquistara a las ciudades desde afuera —desde el campo— era para él tan irreal como retrógrada. Lo mismo en el

93 *El pensamiento vivo de Marx,* Buenos Aires, p. 53.

94 El que los pronósticos de Trotsky acerca del "Occidente avanzado", especialmente los Estados Unidos, hayan de parecer tan irreales a fines de este siglo como lo parecieron a mediados del mismo, es algo que debe quedar sujeto, por supuesto, al veredicto del tiempo.

Occidente que en el Oriente, insistía, la revolución sería proletaria en el verdadero sentido o no sería revolución. Menos que ninguna otra cosa podía visualizar la situación que se produciría durante y después de la segunda Guerra Mundial, cuando el desarrollo de la lucha de clases tanto en el Oriente como en el Occidente habría de ser regido, y en cierto sentido deformado, primero por la alianza entre la Rusia de Stalin y el Occidente, y después por el antagonismo en escala mundial entre la una y el otro.

Partiendo de sus premisas, Trotsky no podía menos que plantear la pregunta: ¿quién —qué partido— habría de dirigir las luchas revolucionarias que se avecinaban? La Segunda Internacional, contestó, era un puntal podrido del antiguo orden. La Tercera era un instrumento en manos de Stalin, un instrumento que éste echaría a un lado cuando le conviniera o que utilizaría como un simple elemento de regateo en sus tratos con las potencias capitalistas. Stalin y su burocracia vivían, temiendo a la revolución en el extranjero, una revolución que despertaría también a la clase obrera de la Unión Soviética y pondría en peligro el absolutismo y los privilegios burocráticos. Así, pues, los obreros, al entrar en una nueva época de convulsiones sociales, no tenían ningún partido marxista revolucionario a su cabeza. La falta de dirección había determinado la larga secuencia de *debâcles* que aquéllos habían sufrido en las décadas del veinte y el treinta; y sin una dirección revolucionaria sufrirían nuevas derrotas que serían más catastróficas aún. Si el marxismo no era una falacia, si la clase obrera era el agente histórico del socialismo y si el leninismo tenía razón al insistir en que los obreros no podrían vencer a menos que fueran encabezados por una "vanguardia", entonces la prolongada "crisis de dirección" sólo podría resolverse mediante la creación de un nuevo Partido y una nueva Internacional Comunista. En sus años prebolcheviques, Trotsky, al igual que Rosa Luxemburgo y tantos otros marxistas, se había inclinado a confiar en la actividad espontánea de la clase obrera y a descuidar las funciones directrices y organizadoras del partido: las funciones que habían constituido el centro de las preocupaciones de Lenin. De entonces acá Trotsky había venido a ver en eso el mayor de los errores aislados cometidos por él en su larga carrera política; y no habría de volver a poner ahora su confianza en el flujo "espontáneo" de la marea revolucionaria. Y cuando todos sus razonamientos lo condujeron a proponerse una tarea, no habría de retroceder ante ninguna dificultad, ni siquiera ante la aparente imposibilidad de aquélla. "La Segunda y la Tercera Internacionales han muerto. ¡Viva la Cuarta!" Su deber, tal como él lo concebía, consistía en proclamar tal cosa; en cuanto a lo demás, que el futuro se encargara de ello.

En un medio particular, entre los intelectuales radicales norteamericanos, especialmente en los círculos literarios, el trotskismo ganaba terreno en

aquel entonces. Bajo el impacto de la gran crisis económica, el ascenso del nazismo y la guerra civil española, muchos intelectuales norteamericanos se acercaron al Partido Comunista; pero los más conscientes resintieron el oportunismo del Frente Popular que llevó al Partido a cortejar a Roosevelt y aclamar el *New Deal,* y vieron con indignación y repugnancia los procesos de Moscú y las equívocas maniobras y extraños rituales del stalinismo. El trotskismo les pareció una brisa fresca que saneaba la pesada atmósfera de la izquierda y abría nuevos horizontes. Los hombres de letras respondieron con simpatía al dramático *pathos* de la lucha de Trotsky y a su elocuencia y genio literario. El trotskismo se convirtió en una especie de moda que habría de dejar muchas huellas en la literatura norteamericana. Entre los escritores, especialmente críticos, que fueron afectados por el trotskismo figuraron Edmund Wilson, Sidney Hook, James T. Farrell, Dwight Macdonald, Charles Malamud, Philip Rahv, James Rorty, Harold Rosenberg, Clement Greenberg, Mary McCarthy y muchísimos otros.[95]

La *Partisan Review* vino a ser el centro de ese "trotskismo literario". Dirigida por Philip Ravh y William Phillips, la revista había sido auspiciada por los Clubs John Reed e, indirectamente, por el Partido Comunista. Los directores, sin embargo, irritados por la intromisión del Partido en la literatura, molestos por los zigzags políticos de éste e indignados por los procesos de Moscú, suspendieron la publicación. A fines de 1937 volvieron a sacar la revista, pero cambiaron su orientación: la *Partisan Review* favorecería el socialismo revolucionario y se opondría al stalinismo. Los directores invitaron a Trotsky a colaborar en la revista. El se negó en un principio, y vio la nueva empresa con reservas. "Mi impresión general", le escribió a Dwight Macdonald, "es que los directores de la *Partisan Review* son capaces, cultos e inteligentes, pero no tienen nada que decir."[96] A los dirigentes del Partido Socialista Obrero no les agradaba ver el prestigio de Trotsky puesto al servicio de la revista, y él mismo dudaba de la seriedad del compromiso de la *Partisan Review* con el socialismo revolucionario. La mayor parte de sus colaboradores habían conocido el marxismo y el bolchevismo sólo a través de la deformación stalinista. Al desilusionarse ahora con el stalinismo, ¿no reaccionarían tam-

[95] Dwight Macdonald, *op. cit.,* pp. 12-15.

[96] Trotsky a Macdonald el 20 de enero de 1938. Los directores de la *Partisan Review* habían invitado a Trotsky a colaborar en un simposio sobre marxismo en el que habían de participar Harold Laski, Sidney Hook, Ignazio Silone, Edmund Wilson, August Thalheimer, John Strachey, Fenner Brockway y otros. El tema fue definido en términos de "¿Qué está vivo y qué está muerto en el marxismo?" El hecho de que la *Partisan Review* se propusiera iniciar su "nuevo capítulo" poniendo en tela de juicio la validez del marxismo no constituía un motivo de satisfacción para Trotsky. Véase su correspondencia con los directores de la *Partisan Review* en *The Archives,* Sección cerrada. Los directores de la revista renunciaron a la idea del simposio.

bién contra el marxismo y el bolchevismo? Por otra parte, Trotsky les reprochó a los editores su reacción demasiado débil contra los procesos de Moscú y sus intentos de mantener buenas relaciones con *New Masses, The Nation* y *The New Republic,* que, o bien defendían los procesos o aludían a ellos vagamente. "Para luchar contra una teoría incorrecta hacen falta ciertas medidas y para combatir una epidemia de cólera hacen falta otras", escribió Trotsky a Rahv. "Stalin se asemeja incomparablemente más al cólera que a una teoría falsa. La lucha debe ser intensa, truculenta, despiadada. Cierta dosis de 'fanatismo'... es saludable."[97] Más tarde ese mismo año, cuando la *Partisan Review* expresó con mayor vigor su antistalinismo, el hielo se rompió. El momento de más íntima asociación de la revista con Trotsky se produjo cuando André Breton y Diego Rivera, inspirados por Trotsky, publicaron en las páginas de aquélla su *Manifiesto por la libertad del arte* y propusieron la creación de una Federación internacional de escritores y artistas revolucionarios para resistir la intrusión totalitaria en la literatura y las artes.[98]

André Breton, el poeta surrealista francés, llegó a Coyoacán en febrero de 1938. Durante mucho tiempo había sido un ardiente admirador de Trotsky; y nada caracteriza mejor sus sentimientos —y no sólo los suyos— hacia Trotsky que una carta que le escribió después de su visita a México, a bordo del barco que lo llevaba de regreso a Francia: *"Très cher Lev Davidóvich.* Al dirigirme a usted en esta forma me siento menos falto de confianza que cuando estuve en su presencia. Muchas veces sentí el deseo de dirigirme así a usted. Le digo esto para que comprenda la inhibición de que soy víctima cada vez que trato de acercame a usted y lo hago *bajo sus ojos."* Esa inhibición tenía su causa en la "admiración ilimitada", era un "complejo de Cordelia" que se apoderaba de él cada vez que se encontraba frente a Trotsky. Breton sucumbía a esa inhibición sólo cuando tenía que acercarse a los grandes hombres: "Usted es uno de ellos... el único que aún vive... Necesito un largo proceso de ajuste para persuadirme de que usted no está fuera de mi alcance." (La respuesta de Trotsky a esta carta no fue menos característica: "Sus elogios me parecen tan exagerados que empiezo a sentirme un poco preocupado por el futuro de nuestras relaciones.")[99]

Durante la estadía de Breton en Coyoacán, éste, Trotsky y Rivera dieron largos paseos e hicieron excursiones por el campo, discutiendo, a

[97] Trotsky a Rahv el 21 de marzo de 1938, *ibid.*

[98] *Partisan Review,* otoño de 1938; las cartas de Trotsky a Rahv del 12 de mayo y el 30 de julio de 1938. *The Archives,* Sección cerrada, contienen la mordaz caracterización que hizo James Burnham del personal de la *Partisan Review,* junto con una chismosa *chronique de scandale* (Burnham a Trotsky, 12 de abril de 1938).

[99] Breton a Trotsky, 9 de agosto de 1938, y la respuesta de Trotsky, el 31 de agosto, en *The Archives,* Sección cerrada. Véanse también Breton. *La clé des champs,* pp. 142-154, y *Entretiens,* pp. 118-119 y 187-190; M. Nadeau, *Histoire du Surrealisme,* pp. 242-244.

veces acaloradamente, sobre política y arte. En Francia, los surrealistas y los trotskistas (especialmente Naville, el exsurrealista) estaban en conflicto. La actitud de Trotsky frente al surrealismo, sin embargo, al igual que frente a toda innovación artística, era más bien amistosa, sin dejar de ser crítica: él aceptaba la concentración cuasi freudiana de los surrealistas en los sueños y en la experiencia subconsciente, pero veía con recelo una "vena de misticismo" en la obra de Breton y sus compañeros. Pese a lo alejadas que se encontraban esas cuestiones de sus preocupaciones del momento (la visita de Breton coincidió con la muerte de Liova y el proceso de Bujarin), Trotsky discutió extensamente con Breton y Rivera sobre el comunismo y el arte, y la filosofía del marxismo y la estética. De esas discusiones nació la idea del Manifiesto a los escritores y artistas y de la Federación Internacional. El *Manifiesto,* en cuya redacción Trotsky colaboró, apareció bajo las firmas de Breton y Rivera en la *Partisan Review.*[100] El propio Trotsky comentó así el proyecto en cartas a Breton y a la revista:

> Yo acojo de todo corazón [le escribió a Breton] la idea suya y de Rivera de fundar una Federación Internacional de artistas verdaderamente revolucionarios y verdaderamente independientes... ¿y por qué no añadir de verdaderos artistas?... Nuestro planeta se está convirtiendo en un asqueroso y maloliente cuartel imperialista. Los héroes de la democracia... hacen todo lo posible por parecerse a los héroes del fascismo... y mientras más ignorante y obtuso es un dictador, más destinado se siente a dirigir el desarrollo de la ciencia, la filosofía y el arte. El instinto de rebaño y el servilismo de la intelectualidad constituyen un síntoma más, y no insignificante, de la decadencia de la sociedad contemporánea.

Las ideas del *Manifiesto* eran esencialmente las mismas que él había expresado en *Literatura y Revolución* quince años antes, cuando previó y combatió de antemano la tutela stalinista sobre la literatura y las artes. Ahora atacó a los aduladores del stalinismo, a "los Aragon, Ehrenburg y otros embaucadores de baja estofa", a los "caballeros que [como Barbusse] componen con el mismo entusiasmo biografías de Jesucristo y de José Stalin", y a Malraux, cuya "falsedad" en sus más recientes descripciones de la realidad alemana y española era "tanto más repugnante por cuanto trataba de darle forma artística". Trotsky veía el comportamiento de Malraux como "típico de toda una categoría, casi de una generación de escritores: son tantos los que dicen mentiras amparados en su 'solidaridad'

[100] *Partisan Review,* otoño de 1938. Breton sostiene que Rivera aportó sólo su firma y que Trotsky fue el principal autor del Manifiesto, pero consideró impropio firmar.

con la Revolución de Octubre, ¡como si a la revolución le hicieran falta las mentiras!" La lucha por la verdad artística y por la indeclinable fidelidad del artista a sí mismo había venido a ser por consiguiente, una parte necesaria de la lucha por las ideas de la revolución.

En el arte, el hombre expresa... su necesidad de armonía y de una existencia plena... que la sociedad clasista le niega. [Esta cita está tomada de la carta de Trotsky a la *Partisan Review*.] Por eso en toda auténtica creación artística se halla implícita una protesta, consciente o inconsciente, activa o pasiva, optimista o pesimista, contra la realidad... El capitalismo en decadencia es incapaz de asegurar siquiera las condiciones mínimas necesarias para el desarrollo de aquellas corrientes artísticas que en cierta medida satisfacen las necesidades de nuestra época. Cualquier palabra nueva lo aterroriza supersticiosamente. Las masas oprimidas viven su propia vida. El ambiente artístico bohemio está encerrado en su propia estrechez... Las escuelas artísticas de las últimas décadas, el cubismo, el futurismo, el dadaísmo y el surrealismo, se han sucedido las unas a las otras sin que ninguna de ellas haya dado frutos maduros... Es imposible hallar una salida de este *impasse* por medios artísticos exclusivamente. Se trata de una crisis de la civilización entera... Si la sociedad contemporánea no logra reconstruirse, el arte perecerá inevitablemente como pereció el arte griego bajo las ruinas de la civilización esclavista... De ahí que la función del arte en nuestra época esté determinada por su actitud frente a la revolución.

Pero aquí precisamente la historia le ha tendido una tremenda trampa a las artes. Toda una generación de la intelectualidad "izquierdista" ha... vuelto su mirada hacia el este y ha viculado... su destino, no tanto con la clase obrera revolucionaria cuanto con una revolución victoriosa, que no es la misma cosa. En esa revolución victoriosa no se halla sólo la revolución, sino también un nuevo estrato privilegiado... [que] ha estrangulado la creación artística con una mano totalitaria... Aun bajo la monarquía absoluta, el arte cortesano se basó en la idealización, pero no en la falsificación, en tanto que en la Unión Soviética el arte oficial —y allí no existe otro— comparte la suerte de la justicia oficial; su propósito es glorificar al "Jefe" y fabricar oficialmente un mito heroico...

El estilo de la pintura soviética es presentado como "realismo socialista". La definición sólo pudo haberla inventado un burócrata encargado de dirigir un departamento de Bellas Artes. El realismo consiste en imitar daguerrotipos provincianos del último cuarto del siglo pasado, y el estilo "socialista" en utilizar trucos de fotografía retocada para representar sucesos que nunca han ocurrido. No se pueden leer sin repugnancia y horror los poemas y novelas, o ver las pinturas y esculturas, en los que funcionarios armados de pluma, pincel, o cincel, y vigilados por

funcionarios armados de pistolas, glorifican a los "grandes jefes geniales" en los que no hay una sola chispa de genio o de grandeza. El arte de la época de Stalin quedará como la expresión más notable de la más profunda decadencia de la revolución proletaria.

El problema, señaló Trotsky, no se limitaba a la URSS:

Fingiendo un reconocimiento tardío de la Revolución de Octubre, la intelectualidad "izquierdista" del Occidente se ha puesto de rodillas ante la burocracia soviética... Se ha inaugurado una nueva era con todo tipo de centros y círculos..., con las inevitables epístolas de Romain Rolland y con ediciones, banquetes y congresos subsidiados (en los que es difícil trazar una línea divisoria entre el arte y la GPU). Con todo, pese a su amplitud, este movimiento militarizado no ha producido una sola obra de arte capaz de sobrevivir a su autor y a sus inspiradores del Kremlin.

El arte, la cultura y la política necesitan una nueva perspectiva. Sin ésta la humanidad no avanzará... Pero un partido auténticamente revolucionario no puede ni deseará "guiar" al arte, no digamos ya impartirle órdenes... Sólo una burocracia ignorante, insolente y enloquecida por su poder arbitrario podría concebir semejante ambición... El arte puede ser el gran aliado de la revolución sólo mientras sea fiel a sí mismo.[101]

A pesar de estas vibrantes exhortaciones, la Federación Internacional de escritores y artistas nunca se hizo realidad. En Europa, su llamamiento en defensa de la libertad artística pronto fue ahogado por los truenos que anunciaban la nueva guerra; y en Norteamérica el apogeo del "trotskismo literario" tuvo corta vida. Tal como lo había temido Trotsky, la rebelión de la intelectualidad contra el stalinismo se fue convirtiendo en una reacción contra el marxismo en general y contra el bolchevismo.

Por enésima vez podemos seguir aquí el extraño ciclo que recorrieron las emociones suscitadas por Trotsky en sus seguidores intelectuales. Los más de ellos se habían vuelto hacia él con una actitud de exaltada reverencia, y en los más de ellos él había causado aquel "complejo de Cordelia" mencionado por Breton. Pero gradualmente descubrieron que el modo de vivir y de pensar de Trotsky representaba una insoportable tensión moral; descubrieron que éste, en efecto, estaba "fuera de su alcance". Su rey Lear era todavía el más duro de los revolucionarios, al que no le interesaba reunir en torno suyo un séquito de admiradores líricos, sino movilizar combatientes en favor de la más imposible de las causas. Trotsky se proponía enfrentar a sus seguidores, como se enfrentaba él mismo, a todos

[101] *B.O.*, núm. 74, 1939.

los poderes del mundo: el fascismo, la democracia burguesa y el stalinismo; a todo género de imperialismo, socialpatriotismo, reformismo y pacifismo; y a la religión, el misticismo y hasta el racionalismo y el pragmatismo laicos. Exigía de sus partidarios que "defendieran a la Unión Soviética incondicionalmente" a pesar de Stalin, y que atacaran al stalinismo con una vehemencia comparable a la suya propia. No cediendo jamás él mismo una sola pulgada de sus principios, no toleraba que otros lo hicieran. Requería de sus partidarios una convicción inquebrantable, suma indiferencia a la opinión pública, irreductible disposición al sacrificio y una fe ardiente en la revolución proletaria, cuyo aliento él sentía constantemente (pero ellos no). En una palabra, esperaba que ellos estuviesen hechos de la misma fibra de que estaba hecho él.

Ellos cejaron; y su exaltada reverencia frente a él dio lugar primero a la inquietud y la duda, o a una fatiga que estaba mezclada todavía con la admiración, después a la oposición y finalmente a la hostilidad oculta o abierta. Uno por uno los trotskizantes intelectuales fueron abjurando, primero con timidez y después airadamente, de sus primeros entusiasmos y descubriendo los defectos de Trotsky. Como nada hay peor que el fracaso, se dedicaron a criticar todos los errores o fiascos de Trotsky hasta que llegaron a denunciarlo como un soñador fanatizado y dogmático o hasta que decidieron que no había mucho que elegir entre él y Stalin.

Detrás del repetido patrón de esas desilusiones y amistades rotas se hallaba la creciente exasperación de la intelectualidad radical del Occidente con la experiencia de la Revolución Rusa en todos sus aspectos, y con el marxismo. Aquel fue uno de esos procesos recurrentes de conversión política por medio de los cuales los radicales y revolucionarios de una época se convierten en los moderados o conservadores y reaccionarios de la época siguiente: entre los trotskizantes literarios de los años treinta sólo hubo unos cuantos que no figuraron a la cabeza de los propagandistas de la cruzada contra el comunismo de los últimos años cuarenta y la década del cincuenta. A esa cruzada aportaron cierta familiaridad con el comunismo, un conocimiento agudo aunque unilateral de sus puntos vulnerables y un odio apasionado que Trotsky había inculcado en ellos con la esperanza de que lo canalizaran contra el stalinismo, no contra el comunismo. (También es cierto, por supuesto, que muchos antiguos stalinistas que nunca sucumbieron a ninguna influencia trotskista se distinguieron también en la cruzada anticomunista, pero más a menudo como vulgares delatores que como inspiradores ideológicos.)

Los comienzos de esta conversión se hallan semiocultos en la confusión de unas cuantas controversias secundarias. Durante el verano de 1937-38, Eastman, Serge, Souvarine, Ciliga y otros plantearon la cuestión de la responsabilidad de Trotsky por la represión de la rebelión de Kronstadt en 1921. El contexto en que plantearon el asunto fue un intento de descubrir dónde y cuándo exactamente se había revelado por primera vez

el defecto fatal del bolchevismo que había dado origen al stalinismo. Se había revelado, contestaron ellos, en Kronstadt, en la represión del alzamiento de 1921. ¡Aquél había sido el viraje decisivo, el pecado original, por decirlo así, que condujo a la perdición del bolchevismo! Pero, ¿no era Trotsky responsable de la represión del alzamiento de Kronstadt? ¿No apareció él en aquella ocasión como el verdadero precursor del terror stalinista? A los críticos les resultó tanto más fácil condenarlo por cuanto tenían una imagen sumamente idealizada del levantamiento de Kronstadt y lo glorificaban como la primera protesta verdaderamente proletaria contra la "traición a la revolución". Trotsky replicó que su imagen de Kronstadt era irreal y que si los bolcheviques no hubiesen reprimido la rebelión le habrían allanado el camino a la contrarrevolución. Asumió plena responsabilidad por la decisión del Politburó al respecto, decisión que él había apoyado, y sólo negó la imputación de que él hubiese dirigido personalmente el ataque a Kronstadt.[102]

La polémica estuvo llena de una extraña e irrazonable pasión. No había necesidad de aceptar la versión de Trotsky para ver que sus críticos exageraban la importancia del levantamiento de Kronstadt, separándolo, por decirlo así, del flujo histórico y de las numerosas corrientes cruzadas de los acontecimientos. Kronstadt como preludio del stalinismo eclipsaba, ante sus ojos, los factores fundamentales que favorecieron al stalinismo, tales como las derrotas del comunismo en el Occidente, la pobreza y el aislamiento de la Unión Soviética, la fatiga de sus masas trabajadoras, los conflictos entre la ciudad y el campo, la "lógica" del sistema unipartidista, etc. Y tal fue en ocasiones la virulencia de la discusión sobre el relativamente distante y ambiguo episodio, que Trotsky comentó: "Podría pensarse que la revuelta de Kronstadt no ocurrió hace diecisiete años, sino apenas ayer." Lo que lo encolerizaba era que sus supuestos simpatizantes hubiesen decidido censurarlo por lo de Kronstadt precisamente en medio de su

102 *B.O.*, núm. 70, 1938. En una carta a Liova (19 de noviembre de 1937) Trotsky relata que, cuando el asunto se planteó en el Politburó, él se manifestó en favor de atacar a Kronstadt en tanto que Stalin se manifestó en contra, diciendo que los rebeldes, si se les dejaba tranquilos, se rendirían en dos o tres semanas. Curiosamente, en su polémica pública con Stalin (y en su biografía de éste) Trotsky nunca mencionó este hecho, aunque por regla general solía aprovechar al máximo cualquier ejemplo de la "blandura" política de Stalin o cualquier desviación suya respecto de la línea de Lenin. ¿Sería que Trotsky consideró, en alguna forma, que en este caso la "blandura" podría redundar en prestigio de Stalin? El debate sobre Kronstadt continuó en *New International* (Trotsky, "Hue and cry over Kronstadt", abril de 1938); Serge, "Letter to the Editors", febrero de 1939, etc.) y en libros (Ciliga, *Au pays du Grand Mensonge* y Serge, *Memoires d'un Révolutionnaire*). Uno de los secretarios norteamericanos de Trotsky, Bernard Wolfe, quien vivió unos meses en Coyoacán en 1937, ha escrito de entonces acá una novela, *The Great Prince Died,* cuya idea principal consiste en que la conciencia y la vida de Trotsky fueron corroídas por su sentimiento de culpa en cuanto a Kronstadt. Lamentablemente, la novela es tan burda y vulgar artísticamente cuanto irreal históricamente.

campaña contra los procesos de Moscú. Más aún, mientras él denunciaba las ejecuciones de las esposas y los hijos de los antistalinistas, Serge y Souvarine le reprochaban los fusilamientos de rehenes durante la guerra civil. ¿No ayudaba a Stalin tal "gritería"? ¿Y no veían Serge y Souvarine la diferencia moral y política entre el uso de la violencia por parte de Trotsky en la guerra civil y el terror actual de Stalin? ¿O le negaban ellos al gobierno bolchevique de 1918-21 el derecho a defenderse y a imponer la disciplina?

> Yo no sé... si [en Kronstadt]... hubo víctimas inocentes... No puedo ponerme a decidir ahora, tanto tiempo después de ocurridos los hechos, quién debió haber sido castigado y en qué forma... especialmente porque no tengo datos a la mano. Estoy dispuesto a admitir que la guerra civil no es una escuela de conducta humanitaria. Los idealistas y los pacifistas siempre han culpado a la revolución por sus "excesos". El meollo del asunto es que los "excesos" se derivan de la naturaleza misma de la revolución, que es en sí misma un "exceso" de la historia. Que quienes así lo deseen, rechacen (en sus mezquinos artículos periodísticos) la revolución por ese motivo. Yo no la rechazo.

Los críticos lo acusaron de "jesuita" y de "inmoralidad leninista", es decir, de sostener que el fin justifica los medios. El replicó con su ensayo *Su moral y la nuestra,* una enunciación agresiva y elocuente de la ética del comunismo.[103] El ensayo comienza con una invectiva contra aquellos demócratas y anarquistas de la "izquierda" que, en épocas de reacción triunfante, "se ponen a segregar, en doble cantidad, emanaciones de moral, del mismo modo que transpira doblemente la gente cuando tiene miedo"; pero cuya prédica moral va dirigida, no tanto a la reacción triunfante cuanto a los revolucionarios perseguidos por ella. El no aceptaba, ciertamente, principios morales absolutos. Tales absolutos no tenían ningún significado fuera de la religión. Los Papas cuando menos los derivaban de la revelación divina; pero, ¿de dónde sacaban sus críticos, los "padrecitos laicos", sus verdades morales eternas? De la "conciencia del hombre", su "naturaleza moral" y otros conceptos similares que no son, a fin de cuentas, más que una forma de "teología natural".

La moral está enquistada en la historia y en las luchas de clases y no posee ninguna sustancia inmutable. Refleja la experiencia y las necesidades sociales, y, por consiguiente, siempre debe relacionar los medios con los fines. En un pasaje notable Trotsky "defendió" a los jesuitas contra sus críticos moralistas... "La orden de los jesuitas... no enseñó jamás...

[103] Trotsky estaba terminando el primer borrador de su ensayo cuando Rivera le trajo la noticia de la muerte de Liova, y él dedicó el ensayo a la memoria de Liova. *B.O.,* núms. 68-69, 1938, y *The New International,* junio de 1938. El ensayo apareció también como folleto en numerosos idiomas.

que *cualquier* medio, aunque fuese criminal... fuera admisible con tal de conducir al 'fin'... Esta doctrina... fue malignamente atribuida a los jesuitas por sus adversarios protestantes y a veces también católicos, quienes, por su parte, no se paraban en escrúpulos al seleccionar medios para alcanzar *sus* fines." Los teólogos jesuitas enseñaban en realidad la verdad evidente de que el medio, en sí mismo, puede ser indiferente y que la justificación o la condenación moral de un medio dado se desprende de su fin. Así, un disparo es por sí mismo moralmente indiferente; tirado contra un perro rabioso que amenaza a un niño, es una buena acción; tirado para matar, es un crimen. "En cuanto a su moral práctica, los jesuitas no fueron de ningún modo peores que los otros monjes o que los sacerdotes católicos; por el contrario, más bien les fueron superiores; en todo caso fueron más consecuentes, más audaces y más perspicaces que los otros. Los jesuitas constituían una organización militante cerrada, estrictamente centralizada, ofensiva y peligrosa no sólo para sus enemigos, sino también para sus aliados." Al igual que los bolcheviques, habían tenido su época heroica y sus periodos de decadencia, cuando se convirtieron de guerreros de la Iglesia en burócratas, y "como todos los burócratas, en pillos redomados". En el periodo heroico, sin embargo, el jesuita se distinguía del cura adocenado como un guerrero de la Iglesia de los mercaderes de la misma. "No tenemos ninguna razón para idealizar al uno o al otro; pero sería enteramente indigno considerar al guerrero fanático con los ojos del tendero estúpido y perezoso."

La idea de que el fin justifica los medios, argumentó Trotsky, está implícita en toda concepción de la moral, incluida la del utilitarismo anglosajón desde cuyo punto de vista se lanzan la mayor parte de los ataques a la "inmoralidad" jesuita y bolchevique. En la medida en que el ideal de "la mayor felicidad posible para el mayor número posible" implica que lo que se hace para alcanzar ese fin es moral, ese ideal coincide con la noción "jesuítica" de los fines y los medios. Y todos los gobiernos, incluidos los más "humanitarios", que en tiempo de guerra proclaman deber supremo de sus ejércitos el exterminio de la mayor parte posible de sus enemigos, ¿no aceptan acaso el principio de que el fin justifica los medios? Con todo, el fin también necesita justificación; y los fines y los medios pueden trastrocarse, pues lo que ahora se considera como un fin puede ser más tarde el medio para alcanzar un nuevo fin. Para el marxista, el gran fin de aumentar el dominio del hombre sobre la naturaleza y de abolir el dominio del hombre sobre el hombre está justificado. Y justificado está también el medio para alcanzar ese fin: el socialismo. E igualmente justificado está el medio para alcanzar el socialismo: la lucha de clases revolucionaria. La moral marxista-leninista se rige, en efecto, por las necesidades de la revolución. ¿Quiere esto decir que todos los medios —incluidas las mentiras, la traición y el asesinato —deban usarse si benefician a los intereses de la revolución? "Son admisibles", contestó Trotsky, "todos los medios que

verdaderamente conduzcan a la emancipación de la humanidad"; pero la dialéctica de los fines y los medios es de tal naturaleza, que ciertos medios *no pueden* conducir a ese fin. "Admisibles y obligatorios son sólo aquellos medios que imparten solidaridad y unidad a los obreros revolucionarios, que los llenan de irreconciliable hostilidad a la opresión..., que les imbuyen la conciencia de sus tareas históricas y elevan su valor y espíritu de sacrificio... Por consiguiente, *no* todos los medios son admisibles." Quien dice que el fin justifica los medios, dice también que el fin "rechaza" ciertos medios por ser incompatibles con él. "Para que crezca trigo hay que sembrar un grano de trigo." El socialismo no puede favorecerse por medio del fraude, el engaño y la adoración de dirigentes que humillan a las masas, ni puede imponerse a los obreros contra su voluntad. Como dijo Lassalle:

No mostréis sólo la meta, sino también el camino.
Tan entrelazados están la meta y el camino.
Que la una siempre cambia con el otro;
Otro camino da origen a otra meta.

La fidelidad a la verdad y la integridad al tratar con las masas trabajadoras son esenciales para la moral revolucionaria, porque cualquier otro camino conduce inevitablemente a una meta distinta del socialismo. Los bolcheviques, en su periodo heroico, fueron "el partido político más honrado de toda la historia". Claro está que engañaron a sus enemigos, especialmente en la guerra civil; pero fueron fieles a la verdad frente a los trabajadores, cuya confianza se ganaron como ningún otro partido jamás se la había ganado. Lenin, que repudiaba todos los absolutos éticos, dedicó toda su vida a la causa de los oprimidos, fue supremamente escrupuloso en las ideas e intrépido en la acción, y nunca mostró la más leve actitud de superioridad frente al obrero sencillo, la mujer indefensa y el niño. En cuanto a su propia inmoralidad al ordenar que las familias de los oficiales de las Guardias Blancas fueran tomadas como rehenes, Trotsky asumió plena responsabilidad por esa medida, que había sido dictada por las necesidades de la guerra civil, aunque hasta donde él sabía ni uno solo de esos rehenes había sido ejecutado. "Centenares de miles se habrían salvado si desde un principio la revolución hubiese mostrado menos magnanimidad superflua." Confiaba en que la posteridad juzgaría su conducta de la misma manera que juzgó la falta de piedad de Lincoln en la guerra civil norteamericana: "La historia tiene un patrón diferente para medir las crueldades de los norteños y las de los sureños en la Guerra de Secesión. ¡Que eunucos despreciables no vengan a sostener que el esclavista que por medio de la violencia o la astucia encadena a un esclavo es el igual, ante la moral, al esclavo que por la astucia o la violencia rompe sus cadenas!"

Culpar a la Revolución de Octubre y a la "inmoralidad bolchevique"

por las atrocidades del stalinismo era una perversión de la verdad. El stalinismo no era el producto de la revolución o del bolchevismo, sino de lo que había sobrevivido de la antigua sociedad. Eso explicaba la lucha despiadada de Stalin contra los viejos bolcheviques, una lucha a través de la cual el atraso primordial de Rusia tomaba su desquite contra las fuerzas y las aspiraciones progresistas que habían aflorado en 1917. Más aún, el stalinismo resumía en sí "todos los procedimientos de mentira, de crueldad y de bajeza" que constituyen el mecanismo del poder en toda sociedad dividida en clases y del Estado tal como lo ha hecho la historia. "Cuando los representantes de la antigua sociedad oponen sentenciosamente a la gangrena del stalinismo una abstracción democrática esterilizada, tenemos excelente derecho de recomendarles, lo mismo que a toda la vieja sociedad, que se admiren en el espejo deformante del Termidor soviético."

Entre las muchas respuestas a *Su moral y la nuestra,* la de John Dewey merece mencionarse aquí.[104] Dewey aceptó la idea de Trotsky sobre la relación entre los medios y los fines sobre el carácter histórico relativo de los juicios morales. Convino también en que a "un medio sólo puede justificarlo su fin... y el fin se justifica si conduce al incremento del dominio del hombre sobre la naturaleza y a la abolición del dominio del hombre sobre el hombre". Pero disentía de Trotsky en cuanto que él no veía por qué ese fin debía perseguirse principalmente o exclusivamente a través de la lucha de clases. En su opinión, Trotsky, como todos los marxistas, consideraba la lucha de clases como un fin en sí. Le parecía ver una "contradicción filosófica" en Trotsky, quien por una parte afirmaba que la naturaleza del fin (o sea el socialismo) determina el carácter de los medios, y, por otra parte, deducía los medios de "las leyes históricas de la lucha de clases" o los justificaba por referencia a tales "leyes". Para Dewey, la concepción de *leyes fijas* que supuestamente rigen el desarrollo de la sociedad, carecía de pertinencia. "La creencia de que una ley de la historia determina la forma particular en que ha de llevarse a cabo la lucha, ciertamente parece tender a una devoción fanática y aun mística del uso de ciertas formas de librar la lucha de clases, con exclusión de todas las demás formas... El marxismo ortodoxo comparte con la religiosidad ortodoxa y con el... idealismo tradicional la creencia de que los fines humanos están entretejidos en la textura y la estructura mismas de la existencia, concepción ésta heredada presumiblemente de sus orígenes hegelianos."

La conclusión de Dewey vino a ser la clave de casi todos los ataques que más adelante hicieron a Trotsky sus antiguos discípulos y amigos: todos ellos dirigidos contra el "legado hegeliano del marxismo", el materialismo dialéctico y el "fanatismo religioso" del bolchevismo. Max Eastman, por ejemplo, habló del colapso final del "sueño de socialismo".

[104] John Dewey, "Means and Ends", en *New International,* agosto de 1938.

"Propongo que abandonemos esos ideales utópicos y absolutos." El marxismo no sólo era ahora, en su opinión, una "religión arcaica" o una "fe romántica alemana", sino el progenitor del fascismo tanto como del stalinismo. "No olvidemos que Stalin fue socialista. Mussolini también fue socialista. Centenares de miles de seguidores de Hitler fueron socialistas o comunistas..." Sidney Hook repudió asimismo la idea de la dictadura del proletariado y acabó por abandonar el marxismo en favor del liberalismo pragmático. Lo mismo hicieron Edmund Wilson, Benjamin Stolberg, James Rorty y otros.[105]

Con cuarenta años de controversia "ideológica" a sus espaldas, Trotsky encontró poco de nuevo o de original en esos argumentos. Deben de haberle recordado el libro de Tijomírov *Por qué dejé de ser revolucionario,* la casi clásica retractación de un viejo populista que abandonó el movimiento revolucionario para hacer las paces con el orden establecido. Desde entonces, en cada generación, en cada década, los fatigados y los desilusionados trataron de responder a esa interrogante cuando se retiraban de la lucha o cambiaban de bando. Lo nuevo esta vez era la vehemencia de la desilusión, comparable a la fuerza brutal de los golpes que el stalinismo infligía a la fe y la ilusión. Nunca antes se habían retirado los hombres de una lucha revolucionaria con tan intensa emoción y auténtica indignación; y nunca antes había parecido tan perdida una causa como empezó a parecer la de Trotsky a los profesores, escritores y críticos literarios que lo abandonaban. Estos llegaron a sentir que, al optar por el trotskismo, se habían comprometido innecesariamente con el enorme, remoto, oscuro y peligroso asunto de la Revolución Rusa, y que tal compromiso los ponía en conflicto con el modo de vida y el clima de ideas que prevalecía en sus universidades, oficinas editoriales y capillas literarias. Una cosa era auspiciar con una firma los Comités de defensa de Trotsky y protestar contra las purgas, y otra muy distinta suscribir los manifiestos de la Cuarta Internacional y hacerse eco del llamado de Trotsky a convertir la guerra mundial que se avecinaba en una guerra civil global. Lo que amargaba a Trotsky era ver que hasta sus viejos amigos y compañeros como Eastman y Serge le volvían la espalda. Derramó todo su escarnio sobre ellos y "sus semejantes"; y al igual que otro gran polemista, no muy meticuloso en la elección de sus víctimas, conservó en su prosa —como se conserva a los insectos en ámbar— los nombres de no pocos escritorzuelos que de otra suerte habrían sido olvidados hace mucho. He aquí una muestra de su polémica, con Souvarine como blanco:

> Expacifista, excomunista, extrotskista, exdemócrata-comunista, exmarxista... casi exsouvarine es tanto más insolente en sus ataques a la revolución proletaria... cuanto menos sabe qué es lo que quiere. A este

[105] Max Eastman, *Marxism, is it Science?,* pp. 275-297; Sidney Hook, *Political Power and Personal Freedom.*

hombre le encanta... coleccionar y archivar documentos, extractos, comillas y comas; y tiene una pluma afilada. Una vez se imaginó que ese equipo le bastaría durante toda su vida. Después tuvo que aprender que también era necesario saber cómo pensar... En su libro sobre Stalin, pese a la abundancia de citas y datos interesantes, el propio Souvarine firmó el certificado de su indigencia intelectual. No entiende ni la revolución ni la contrarrevolución. Aplica al proceso histórico los procesos de un simple *raisonneur*... La desproporción entre el empeño crítico y la impotencia creadora de su mente lo corroe como un ácido. De ahí que se halle constantemente en un estado de feroz irritación y carezca del escrúpulo más elemental al juzgar ideas, hombres y acontecimientos; y todo esto lo encubre con una seca moralización. Como todos los misántropos y cínicos, se siente atraído por la reacción. Pero, ¿ha roto alguna vez abiertamente con el marxismo? Nunca nos hemos enterado. Souvarine prefiere el equívoco; ése es su elemento. En su reseña de mi folleto [*Su moral y la nuestra*], escribe: "Trotsky se monta una vez más en su caballito de batalla de la lucha de clases." Para el marxista de ayer, la lucha de clases es ya "el caballito de batalla de Trotsky". El, Souvarine, prefiere sentarse a horcajadas sobre el perro muerto de la moral eterna.[106]

En tales excursiones polémicas Trotsky fue acompañado con entusiasmo por dos de sus discípulos: James Burnham y Max Shachtman, que saltaron con ferocidad sobre "Los intelectuales en retirada", haciéndolos pedazos por su "stalinofobia" y su "traición a la clase obrera y al marxismo". No pasó mucho tiempo antes de que estos discípulos también abandonaran al maestro y se unieran a "los intelectuales en retirada."[107]

Después de una amistad que duró dos años, Trotsky y Rivera se enemistaron. La disputa se produjo en forma más bien súbita, inmediatamente después de la publicación del manifiesto sobre la libertad del arte en la *Partisan Review*. En el verano, Trotsky, abrigando la esperanza de que Rivera asistiría al "congreso constituyente" de la Cuarta Internacional, había escrito a los organizadores en París: "Ustedes deben invitarlo... personalmente... y recalcar que la Cuarta Internacional se enorgullece de tenerlo en sus filas a él, el más grande de los artistas contemporáneos y un revolucionario indomable. Nosotros debemos ser cuando menos tan atentos con Diego Rivera como lo fue Marx con Freiligrath y Lenin con Gorki. Como artista, él es muy superior a Freiligrath y Gorki y es... un auténtico revolucionario, en tanto que Freiligrath sólo fue un simpatizante pequeñoburgués y Gorki un compañero de ruta un tanto equívo-

[106] *B.O.*, núms. 77-78, 1939, y *New International*, agosto de 1939.
[107] *New International*, enero de 1939.

co."[108] Trotsky, por consiguiente, recibió un rudo golpe cuando, antes de terminar el año, Rivera atacó enconadamente al presidente Cárdenas como "cómplice de los stalinistas" y apoyó en las elecciones presidenciales al enemigo de Cárdenas, Almazán, un general derechista que prometía meter en cintura a los sindicatos y domar a la izquierda. Rivera también había contraído el "virus de la stalinofobia" (pero tal era la naturaleza caprichosa de su conducta política que al cabo de unos cuantos años volvió contritamente al redil stalinista). Trotsky no deseaba inmiscuirse en la política mexicana, y de todos modos no habría tenido nada que ver con el tipo de antistalinismo que Rivera representaba ahora ni con su campaña contra Cárdenas. Trató de disuadir a Rivera, pero no lo consiguió. Como ante la opinión pública aparecía estrechamente vinculado con el pintor, nada que no fuera un rompimiento abierto con éste podía eximir a Trotsky de responsabilidad por los extravíos políticos de Rivera. En una declaración especial Trotsky deploró la posición adoptada por Rivera en las elecciones presidenciales y afirmó que de entonces en adelante no podría sentir ninguna "solidaridad moral" con él ni aceptar siquiera su hospitalidad.[109] Sin embargo, cuando los stalinistas atacaron a Rivera como un "vendido a la reacción", Trotsky lo defendió contra la acusación de venalidad y expresó su admiración de siempre por el "genio cuyos errores políticos no podían echar sombra ni sobre su arte ni sobre su integridad personal".[110]

El rompimiento con Rivera y la decisión de abandonar la Casa Azul colocó a Trotsky en una difícil situación económica. Sus ingresos se habían reducido considerablemente, lo cual no importó mucho mientras no tuvo necesidad de pagar su alojamiento. Ahora se vio obligado a hacer lo posible para aumentar sus ingresos, y mientras tanto tuvo que tomar dinero prestado de sus amigos para sufragar sus gastos.[111] Se había propuesto escribir una biografía de Stalin, pero debido a las frecuentes interrupciones, el

[108] Trotsky al Secretariado de la Internacional en París, 12 de junio de 1938.

[109] Declaración de Trotsky a la prensa mexicana del 12 de agosto de 1939. *The Archives.* Véase también la carta de Van Heijenoort a Breton (11 de enero de 1939) informándole, por instrucciones de Trotsky, sobre el rompimiento. Breton, al contestar a Trotsky el 2 de junio, se negó a tomar partido en la disputa entre Trotsky y Rivera.

[110] El artículo de Trotsky ("La ignorancia no es un arma de la revolución") para *Trinchera Aprista,* escrito el 30 de enero de 1939. *The Archives.*

[111] Me han contado que un editor y librero mexicano de origen ruso, descendiente de revolucionarios rusos, fue el acreedor de Trotsky en ésta y otras ocasiones. También he escuchado historias fantásticas acerca del "aspecto financiero" de la existencia de Trotsky en el exilio. Así, por ejemplo, el director de una gran revista norteamericana me aseguró que Trotsky sacaba dinero de una gran cuenta que Lenin había abierto en un banco norteamericano a nombre suyo y de Trotsky durante la guerra civil, cuando consideró la posibilidad de una derrota bolchevique y la necesidad de reanudar la lucha revolucionaria desde el extranjero. La historia sería interesante si fuera cierta. No lo es.

proyecto avanzaba lentamente. Sus editores, decepcionados por su abandono de la biografía de Lenin, asumieron una actitud cautelosa respecto a los anticipos.[112] Trotsky pensó escribir un libro breve y popular que fuera un éxito de librería y lo liberara de las labores periodísticas; pero le resultó imposible ceñirse a un plan tan limitado. Negoció con la Biblioteca Pública de Nueva York y con las universidades de Harvard y Stanford la venta de sus archivos. Deseoso de colocar sus papeles en lugar seguro, había pedido una suma casi ridículamente reducida por ellos; pero los compradores potenciales no se dieron prisa y las negociaciones se prolongaron durante más de un año.[113] Incluso en el periodismo la demanda de sus colaboraciones había menguado considerablemente, y los agentes literarios a menudo tenían dificultades para colocar sus artículos aunque él escribía sobre asuntos de tanta actualidad como el pacto de Munich, el estado de las fuerzas armadas soviéticas, la diplomacia norteamericana, el papel del Japón en la próxima guerra, etc.[114]

Sus dificultades económicas le causaron un extraño altercado con la revista *Life*.[115] A fines de septiembre de 1939, por iniciativa de Burnham, uno de los directores de *Life* fue a Coyoacán y le encargó una semblanza de Stalin y un artículo sobre la muerte de Lenin. (Trotsky acababa de terminar el capítulo del *Stalin* en que sugería que Stalin había envenenado a Lenin, y entregó esa versión a *Life*.) Su primer artículo apareció en la revista el 2 de octubre. Aunque contenía recuerdos relativamente inofensivos, el artículo despertó la ira de los "liberales" prostalinistas, que inundaron a *Life* con protestas injuriosas. *Life* publicó algunas de ellas; Trotsky se enojó y sostuvo que las protestas provenían de una "fábrica de la GPU" en Nueva York y lo difamaban. Ello no obstante, envió su

[112] *The Archives* (Sección cerrada) contienen la correspondencia de Trotsky con sus editores, cuentas detalladas de pago por concepto de derechos de autor, etc., que dan una idea clara de sus dificultades económicas en el año de 1939. Así, por ejemplo, Doubleday le había pagado ya en 1936 un anticipo de 5 000 dólares a cuenta del *Lenin* y ahora lo apremiaba para que entregara los originales. Le habían pagado, también en 1936, 1 800 dólares y una suma menor algún tiempo después, por *La revolución traicionada;* pero hasta 1939 las ventas no habían cubierto los anticipos. Trotsky había firmado contratos por el *Stalin* con Harpers en Nueva York y con Nicholson y Watson en Londres en la primera mitad de 1938; pero antes de que terminara el año Harpers ya le había negado anticipos a causa de su retardo en la entrega de partes de los originales.

[113] Trotsky a Albert Goldman, 11 de enero de 1940. En fecha tan avanzada como marzo de 1940, la Universidad de Harvard ofreció pagar por los archivos no más de 6 000 dólares. A la larga, la Universidad compró los archivos por 15 000 dólares, una suma pequeña considerando el "valor" que recibió.

[114] Entre los diversos artículos de Trotsky en que los directores de revistas norteamericanas y británicas no encontraron "valor noticioso", había uno escrito a comienzos del verano de 1939 en el que se afirmaba que Stalin estaba en vías de firmar un pacto con Hitler.

[115] Véase la carta de Trotsky a J. Burnham del 30 de septiembre de 1939 y su correspondencia con la revista *Life, The Archives,* Sección cerrada.

segundo artículo, el que trataba sobre la muerte de Lenin; pero *Life* se negó a publicarlo. Irónicamente, las objeciones de la dirección de la revista eran bastante razonables: pensaban que la suposición de Trotsky de que Stalin había envenenado a Lenin era poco convincente, y le pidieron "menos conjeturas y más datos incuestionables". El amenazó con demandar a *Life* por incumplimiento de contrato, y en un arranque de irritación sometió el artículo al *Saturday Evening's Post* y al *Collier's*, que también lo rechazaron, hasta que por último *Liberty* lo publicó. Es triste ver cuánto tiempo de su último año ocupó la airada y fútil correspondencia sobre este asunto. Estos y otros cuantos ingresos, pudo informar a sus amigos, lo "aseguraron" económicamente durante "unos meses" y le permitieron seguir regateando un poco más sobre la venta de sus archivos.

En febrero o marzo de 1939 alquiló una casa en la Avenida Viena, en las afueras de Coyoacán, donde la larga calle se volvía desierta, pedregosa y polvorienta, con sólo unas cuantas chozas campesinas a cada lado. La casa era vieja y toscamente construida, pero bastante sólida y espaciosa; y estaba rodeada por su propio terreno, con gruesas murallas que la separaban de la carretera y los alrededores. No bien acababan los Trotsky de alojarse en la nueva morada cuando circuló un rumor de que "la GPU se disponía a comprar la propiedad". Para evitar esto, Trotsky mismo la compró, aunque para realizar ese "primer negocio en bienes raíces" tuvo que tomar dinero prestado. En vista de las incesantes amenazas de violencia física por parte de los stalinistas, fue necesario, o así lo pareció, fortificar la casa. Más tarde hubo de erigirse una torre de observación sobre la puerta principal; inmediatamente después las puertas fueron protegidas con rejas de hierro, se colocaron sacos de arena junto a las paredes y se instaló un sistema de alarma. Cinco policías custodiaban la calle día y noche; y entre ocho y diez trotskistas montaban guardia en el interior de la casa. Estos últimos alternaban la labor de vigilancia en la entrada principal con su trabajo como secretarios y participaban en actividades domésticas, especialmente en los debates que tenían lugar regularmente después de cenar, excepto cuando la llegada de visitantes hacía que los debates se celebraran en horas del día.

Los visitantes eran algunas veces refugiados políticos de Europa, pero más a menudo norteamericanos, educadores radicales, profesores liberales, periodistas, historiadores, ocasionalmente unos pocos diputados o senadores, y, por supuesto, trotskistas. Los debates versaban sobre temas tan diversos como la dialéctica, el surrealismo, la situación de los negros norteamericanos, la estrategia militar, la agricultura de la India y los problemas sociales del Brasil y el Perú. Cada visitante era una fuente de nuevos conocimientos para Trotsky, que escuchaba, interrogaba, tomaba apuntes, discutía y volvía a preguntar: su curiosidad y su capacidad de absorber información parecían ilimitadas. Sus guardaespaldas se inquietaban

por la despreocupación con que él recibía a personas desconocidas, pero no podían hacer nada al respecto. Sólo cuando su curiosidad era atraída por su vecindario inmediato y él trataba de meterse en las chozas al otro lado de la calle para everiguar cómo vivía la gente allí y "qué pensaban de la reforma agraria", sus guardias lo detenían. Consideraban que era más seguro para él hacer largos viajes al campo bajo su protección que salir a dar una vuelta fuera de la casa.

Las excursiones al campo tenían que efectuarse repentinamente y en gran secreto. Generalmente viajaba en automóvil, acompañado por Natalia, un amigo y el guardaespalda. Cuando atravesaban la ciudad de México, tenía que agazaparse en su asiento y cubrirse el rostro: de lo contrario una multitud en las aceras lo reconocía y lo vitoreaba o lo abucheaba. Al igual que en Alma Ata y en Prinkipo, estos viajes eran "expediciones militares" en las que se marchaba, se escalaba y se trabajaba intensamente. Como había menos oportunidades de pescar y cazar, se buscó un nuevo pasatiempo y recogía raros y enormes cactus en las rocosas montañas con forma de pirámide. Cuando no estaba enfermo, conservaba una enorme fuerza física, aunque con su cabeza blanca y su cara surcada por las arrugas parecía en ocasiones prematuramente envejecido. También había conservado su porte militar, y los más vigorosos de sus guardaespaldas no podían seguirlo fácilmente cuando ascendía una cuesta empinada con una carga de pesados cactus de "hojas de bayoneta" a la espalda. "En una ocasión", cuenta un secretario, "acompañamos a algunos amigos a Tamazunchale, distante unos 380 kilómetros de Coyoacán, con la esperanza de encontrar una variedad especial de cactus. No tuvimos éxito, pero durante el viaje de ida, más cerca de la ciudad de México, L. D. había observado algunas biznagas; y al regresar, pese a que llegamos al lugar mucho después de oscurecer, decidió detenerse y recoger una cantidad de plantas suficiente para llenar el auto. Era una noche cálida; L. D. estaba de buen humor y se movía ágilmente alrededor del pequeño grupo, sacando cactus a la luz de los faros de los coches."[116] Con más frecuencia sus acompañantes tenían que seguirlo bajo el sol abrasador mientras él trepaba entre los peñascos, vistiendo una blusa azul de campesino francés, recortando nítidamente su figura sobre el fondo de las rocas y con su blanca melena agitada por el viento. Natalia se refería en broma a aquellas salidas como "días de trabajo forzado". "El era presa de un frenesí", dice en sus memorias, "siempre el primero en iniciar el trabajo y el último en abandonarlo... como hipnotizado por la urgencia de *completar* la tarea."[117]

[116] Karl Mayer, "Lev Davidóvich" en *Fourth International*, agosto de 1941; Charles Cornell, "With Trotsky in Mexico", *ibid.*, agosto de 1944; A. Rosmer en el Apéndice II a la edición francesa de *Mi vida* de Trotsky.

[117] Natalia Sedova en "Father and Son", *Fourth International*, agosto de 1941, y en *Vie et Mort de León Trotsky.*

Con el tiempo, y con la creciente violencia de las amenazas stalinistas, aun esas salidas parecían más y más peligrosas; y toda la existencia de Trotsky se iba comprimiendo entre las paredes de su semihogar-semiprisión. Esto se manifestaba incluso en su manera de hacer ejercicio físico y en sus pasatiempos. Se dedicó a sembrar los cactus más exóticos en su jardín y a criar pollos y conejos en el patio de su casa. Aun en esas melancólicas ocupaciones seguía siendo rigurosamente metódico: todas las mañanas pasaba un largo rato en el patio, alimentando a los conejos y los pollos (de acuerdo con fórmulas "estrictamente científicas"), atendiéndolos y aseando sus jaulas. "Cuando su salud se resentía", dice Natalia, "alimentar a los conejos representaba un esfuerzo para él; pero no podía dejar de hacerlo porque los animales le inspiraban lástima."

¡Cuán remoto, cuán infinitamente remoto, era ahora su tumultuoso pasado que había llegado a sacudir al mundo; y cuán intensa su soledad y la de Natalia! Muy raras veces regresaba un rostro o una voz de ese pasado, pero sólo para hacerle comprender que nada de lo pasado podía recuperarse o volverse a vivir. En octubre de 1939 Alfredo y Marguerite Rosmer por fin vinieron a Coyoacán. Eran los únicos amigos sobrevivientes de los años de la primera Guerra Mundial que les quedaban a los Trotsky. Se alojaron con ellos en la Avenida Viena durante casi ocho meses, hasta mayo de 1940, durante los cuales pasaron muchas horas en íntima conversación llena de reminiscencias. Trotsky y Rosmer revisaron juntos los archivos, clasificándolos y examinando viejos documentos. En ocasiones se les unía Otto Rühle, otro veterano que también vivía en México como exiliado. Rühle, como ya sabemos, se había distinguido a principios de la primera Guerra Mundial como uno de los dos socialistas en el Reichstag —el otro fue Karl Liebknecht— que votaron contra la guerra. Había sido uno de los fundadores del Partido Comunista Alemán y uno de los primeros disidentes que rompió con éste. En la emigración se dedicó a hacer un estudio sobre Marx y se mantuvo alejado de la actividad política, aunque aceptó participar en la Comisión Investigadora presidida por Dewey. Después del contraproceso se convirtió en visitante frecuente de la Casa Azul y después de la Avenida Viena; y Trotsky, que respetaba su erudición, le ofreció una cordial amistad y lo ayudó en todo lo que pudo: juntos prepararon *El pensamiento vivo de Karl Marx*.[118]

En los primeros días de la guerra los pensamientos de los tres hombres se remontaron, como era natural, a los días en que habían militado en

[118] Trotsky había aconsejado a la editorial norteamericana Longmans, Green and Company que le pidiera a Rühle, quien había escrito una biografía de Marx, que se hiciera cargo él solo de la redacción de este libro, asegurando que, después de Riazánov, Rühle era "el más grande de los eruditos marxistas vivientes". Los editores convinieron en que Rühle seleccionara y ordenara los textos de Marx, pero insistieron en que Trotsky escribiera la Introducción.

la misma oposición revolucionaria a la guerra: los días del movimiento de Zimmerwald. Trotsky (el autor del Manifiesto de Zimmerwald) propuso que lanzaran un nuevo manifiesto para afirmar y simbolizar la continuidad de la actividad revolucionaria en ambas guerras mundiales. Rosmer acogió la idea con entusiasmo, pero como Rühle tenía sus diferencias con ellos y de todas maneras no estaba dispuesto a dejarse arrastrar a la acción política, la idea del "nuevo Manifiesto de Zimmerwald" fue abandonada. El pasado era demasiado remoto para que pudiera contestar siquiera con un eco.

Los Rosmer habían traído consigo a Seva, y Trotsky y Natalia recibieron en sus brazos al nieto recobrado. Hacía casi siete años que lo habían visto partir de Prinkipo. El niño había vivido años en Alemania, Austria y Francia, había cambiado de tutores, escuelas e idiomas, y casi había olvidado el ruso. El enorme drama de su abuelo parecía reflejarse en el breve lapso de su infancia. Apenas había salido de la cuna cuando su padre le fue arrebatado; y no bien acababa de reunirse con su madre en Berlín cuando ésta se suicidó. Después Liova, que había sido un padre para él, murió súbita y misteriosamente; y el niño se convirtió en objeto de disputa familiar, fue secuestrado, escondido y recuperado una vez más hasta quedar por fin en manos de su abuelo, al que apenas podía recordar pero al que le habían enseñado a adorar. Y ahora el pequeño huérfano desconcertado contemplaba con inquietud la extraña casa-fortaleza llena de gente a la que había sido traído, una casa marcada ya por la muerte.

Detrás de los huéspedes mejor acogidos, los Rosmer, hubo de infiltrarse una sombra ominosa: la sombra de Ramón Mercader "Jacson". Este era el "amigo" de Sylvia Agelof, la trotskista norteamericana que había asistido a la conferencia constituyente de la Cuarta Internacional celebrada en el domicilio de los Rosmer. Algunas personas sostienen que fue entonces, o poco después, cuando "Jacson" fue presentado a los Rosmer; y que a partir de ese momento había buscado discretamente su compañía y les había hecho, con aparente desinterés, muchos pequeños servicios y favores. Rosmer niega esto categóricamente y afirma que sólo conoció a "Jacson" en México; y la versión de Rosmer ha sido confirmada por el propio "Jacson".[119] Este se hacía pasar, muy plausiblemente por lo demás, como un comerciante, deportista y *bon viveur* sin ideas políticas; fue supuestamente en calidad de agente de una compañía petrolera como viajó a la ciudad de México en los días en que los Rosmer se encontraban allí. Se mantuvo, sin embargo, en un segundo plano y durante muchos meses no buscó acceso a la casa fortificada de la Avenida Viena. Pero se estaba preparando para cumplir su terrible misión.

119 Véase A. Rosmer, "Une Mise au Point sur l'Assassinat de Leon Trotsky" en *Revolution Proletarienne*, núm. 20, noviembre de 1948. Véase también la declaración de "Jacson" en A. Goldman, *The Assassination of Leon Trotsky*, pp. 11, 15 y 25.

El *Stalin* fue el único libro extenso, el último de los suyos, en que Trotsky trabajó durante aquellos años. Tal como fue publicado póstumamente, el volumen consta de siete capítulos terminados y una masa de fragmentos diversos, dispuestos, complementados y unidos por un editor, no siempre de acuerdo con la forma de pensar de Trotsky. No es sorprendente, por lo tanto, que el libro carezca de la madurez y el equilibrio que caracterizan otras obras de Trotsky. Pero tal vez aun cuando él hubiese vivido para darle su forma final y eliminar las numerosas afirmaciones tentativas y excesivas de sus primeras versiones, el *Stalin* seguiría siendo su obra más débil.

Trotsky no tenía la menor conciencia de que en cierto modo se estaba rebajando al asumir el papel de retratista de su rival y enemigo. Nunca le pareció que ningún trabajo literario o periodístico fuera indigno de él siempre y cuando pudiera realizarlo concienzudamente. Se dice que sus editores lo obligaron, mediante presiones, a que abordara la biografía de Stalin, y que sus necesidades económicas lo hicieron ceder. Los hechos no parecen comprobar esa versión. Los editores estaban cuando menos tan interesados, si no más, en la *Vida de Lenin* que él había prometido completar.[120] Si la necesidad económica tuvo que ver con su decisión de darle prioridad al *Stalin,* su motivación principal fue, con todo, literaria y artística. Trotsky deseaba revalorar el carácter de Stalin a la reciente y cruda luz de las purgas; y su fascinación con este proyecto era más fuerte que cualquier orgullo o vanidad que pudiera haberle impedido convertirse en el biógrafo de Stalin. Su protagonista, el Super-Caín ahora revelado, era en cierta medida poco conocido incluso para él. Trotsky escrutó de nueva cuenta los rasgos de Stalin, indagó exhaustivamente en los archivos y exploró sus propios recuerdos en busca de aquellas escenas, incidentes e impresiones que ahora parecían adquirir nuevos significados y nuevos aspectos. Buceó con despiadada suspicacia en los recovecos ocultos de la carrera de Stalin; y en todas partes descubrió o redescubrió, al mismo villano. Llegó a la conclusión de que el Caín de las Grandes Purgas había estado presente en todo momento, en el bolchevique anterior a 1917, en el agitador de 1905, y aun en el alumno del Seminario de Tiflis y en el niño Sosó. Dibujó la figura siniestra, maligna, casi simiesca, en su avance subrepticio a la cima del poder. La imagen, tosca, contrahecha, a veces irreal, deriva cierta calidad artística de la fuerza de la pasión que la anima. Presenta, efectivamente, el torso de un monstruo aterrador.

No cabe duda de que incluso aquí Trotsky trata los hechos, las fechas y las citas con su acostumbrada acuciosidad histórica. Traza una clara línea de distinción entre los hechos comprobados, las deducciones, las conjeturas y los rumores, de suerte que el lector puede cernir el enorme

120 Véase la correspondencia de Trotsky con los agentes literarios Curtis Brown. *The Archives,* Sección cerrada.

material biográfico y formar su propia opinión. Tal es, en verdad, la minuciosidad de Trotsky en este caso que su método de investigación y exposición es excepcionalmente reiterativo y fatigoso. Armado con una formidable cantidad de citas y documentos, polemiza en forma extensa con legiones de aduladores y cortesanos de Stalin, sin comprender el grotesco honor que les hace al impugnarlos. Ello no obstante, al componer el retrato, utiliza de manera abundante y demasiado frecuente el material de la inferencia, la conjetura y el rumor. Recoge cualquier fragmento de chisme o habladuría con tal de que éste muestre un rasgo de crueldad o sugiera una actitud traicionera en el joven Dzhugashvili. Da crédito a los condiscípulos y futuros enemigos de Stalin, que, en las memorias de su infancia, escritas en el exilio treinta o más años después de ocurridos los hechos, dicen que el muchacho Sosó "sólo tenía una risa de burla para las alegrías y las penas de sus compañeros", que "la compasión por las personas o por los animales le era ajena" o que desde "su juventud la ejecución de intrigas vengativas fue para él la meta que dominó todos sus esfuerzos". Trotsky cita a los adversarios de Stalin que describen al joven y al hombre maduro casi como un agente provocador; y aunque no acepta la acusación, le concede "significación" porque revela aquello de que era capaz Stalin en opinión de sus antiguos camaradas.[121]

No es necesario mostrar muchos ejemplos de este enfoque. El más notable es, por supuesto, la sugestión de Trotsky, que ya hemos mencionado de que Stalin envenenó a Lenin. Trotky relata que en febrero de 1923 Lenin, paralizado y a punto de perder el habla, pensó en suicidarse y pidió veneno a Stalin (el propio Stalin les contó esto a Trotsky y a Zinóviev y Kámenev). Trotsky recuerda la extraña expresión del rostro de Stalin en aquel momento, y hace su acusación sobre la base de que la muerte de Lenin, ocurrida un año después, se produjo "inesperadamente", y de que Stalin se encontraba precisamente entonces en un conflicto tan grave con Lenin que "debe de haberse decidido" a apresurar la muerte de éste. "Si Stalin envió el veneno a Lenin dándole a entender que los médicos habían abandonado toda esperanza de recuperación, o si recurrió a medios más directos, es algo que no sé. Pero estoy firmemente convencido de que Stalin no podía haber esperado pasivamente cuando su suerte pendía de un hilo y la decisión dependía de un pequeño, muy pequeño, movimiento de su mano."[122] Y aquí Trotsky presenta en un contexto sorprendentemente nuevo la historia que había contado tantas veces anteriormente, de cómo Stalin maniobró para mantenerlo a él alejado de Moscú durante el sepelio de Lenin: "Acaso temió que yo pudiera relacionar la muerte de Lenin con la conversación del año anterior sobre el veneno, les preguntara a los médicos si había señales de envenenamiento

[121] Trotsky, *Stalin* (ed. inglesa), pp. 11-12, 53, 100, 116, 120 *et passim.*
[122] *Ibid.*, pp. 372-382.

y exigiera una autopsia especial." Recuerda que cuando regresó a Moscú después del sepelio, descubrió que los médicos "no sabían cómo explicar" la muerte de Lenin, y que incluso dos o tres años más tarde Zinóviev y Kámenev eludieron toda conversación sobre el asunto y contestaron a las preguntas de Trotsky "con monosílabos y rehuyendo mi mirada". Sin embargo, nunca dice si él mismo concibió por primera vez la sospecha o la convicción de la culpabilidad de Stalin desde 1924 o sólo durante las purgas, después que Yagoda y los médicos del Kremlin fueron acusados de recurrir al veneno en sus mortíferas intrigas. Si él abrigó la convicción o la sospecha en 1924, ¿por qué no la expresó nunca antes de 1939? ¿Por qué, aún después de la muerte de Lenin, describió a Stalin como un "revolucionario valiente y sincero" nada menos que ante Max Eastman? Aun en esta biografía condenatoria, Trotsky todavía expresa la opinión de que si Stalin hubiese previsto las sangrientas convulsiones en que terminaría la lucha interna en el Partido, nunca la habría iniciado.[123] Así, pues, sigue considerando al Stalin de 1924 como un hombre fundamentalmente honrado aunque miope, que difícilmente habría sido capaz de envenenar a Lenin. Tales inconsecuencias sugieren que, al acusar a Stalin de este crimen particular, Trotsky está proyectando retrospectivamente la experiencia de las Grandes Purgas a 1923-24. Llega a la conclusión de que Stalin, el verdugo de todos los discípulos de Lenin, seguramente fue capaz de matar a Lenin también, y que lo mató. Con todo, es difícil dejar de preguntarse si el "enigma" de la muerte de Lenin, la sospecha de un acto criminal y los ardides a que recurrió Stalin para evitar una autopsia, no son otras tantas circunstancias de la historia, pongamos por caso, de la muerte de Liova.

Es preciso reconocer que la personalidad de Stalin encara a cualquier biógrafo con este difícil problema. Su carácter fue indudablemente un elemento decisivo en las purgas, y al biógrafo le corresponde investigar la formación de ese carácter y mostrar desde cuándo, en qué etapas y en qué medida se habían revelado sus propensiones. Tal tarea, sin embargo, no es diferente de la que tiene que cumplir el estudioso que analiza el transcurso de la vida de un criminal. La potencialidad del acto criminal puede estar presente con suficiente claridad en el carácter estudiado, pero no debe ser presentada como una realidad antes de que se haya convertido en tal. Es indudable que una profunda suspicacia, una tendencia a la acción secreta y un resentido anhelo de poder se revelan en Stalin antes de su ascenso; con todo, durante muchos años ésas son sólo sus características secundarias. El biógrafo debe tratarlas con sentido de proporción y sin perder de vista la dinámica de la personalidad y la importantísima interacción de las circunstancias y el carácter. El Stalin de Trotsky es inverosímil en la medida en que éste presenta el carácter de 1936-38 como

[123] *Ibid.*, p. 393, y M. Eastman, *Since Lenin Died*, p. 55.

si fuera esencialmente el mismo de 1924, e incluso de 1904. El monstruo no se forma, crece y emerge, sino que existe casi completamente desarrollado desde el comienzo. Toda otra cualidad y emoción superior, como la ambición intelectual y cierto grado de simpatía por los oprimidos, sin las cuales ningún joven ingresaría jamás en un partido revolucionario perseguido, se halla casi totalmente ausente. El ascenso de Stalin dentro del partido no se debe a ningún mérito o ejecutoria, y así su carrera se vuelve prácticamente inexplicable. Su elección al Politburó de Lenin, su presencia en el *caucus* bolchevique y su nombramiento como secretario general parecen totalmente fortuitos. El propio Trotsky resume su enfoque en una sola oración: "El proceso del ascenso [de Stalin] tuvo lugar detrás de algún impenetrable telón político. En cierto momento su figura, revestida de todo el poder, se desprendió de las murallas del Kremlin..."[124] Sin embargo, a juzgar por las propias revelaciones de Trotsky, es evidente que Stalin de ninguna manera pasó a primer plano en tal forma; que había sido, después de Lenin y Trotsky, el hombre más influyente en los altos círculos del partido desde 1918 cuando menos; y que por algo Lenin describió a Stalin en su testamento como uno de "los dos hombres más capaces en el Comité Central".

Como biógrafo no menos que como jefe de la Oposición, Trotsky subestima a Stalin y a las fuerzas y circunstancias que lo favorecieron. "Las actuales comparaciones oficiales de Stalin con Lenin son indecentes", afirma con razón. "Si la base de la comparación es la fuerza de la personalidad", añade a continuación, "es imposible colocar a Stalin ni siquiera junto a Mussolini o Hitler. No importa cuán deleznables sean las 'ideas' del fascismo, los dos jefes victoriosos de la reacción, el italiano y el alemán, desde el comienzo de sus respectivos movimientos desplegaron iniciativa, impulsaron a las masas a la acción, abrieron nuevos caminos a través de la selva política. Nada parecido puede decirse de Stalin." Estas palabras fueron escritas mientras la URSS entraba en la segunda década de la economía planificada; y aun entonces sonaban irreales. Sonaron completamente fantásticas unos cuantos años más tarde, cuando el papel desempeñado por Stalin pudo examinarse sobre el trasfondo de la segunda Guerra Mundial y sus consecuencias. "Al tratar de encontrar un paralelo histórico para Stalin", añadió Trotsky, "tenemos que rechazar no sólo a Cromwell, Robespierre, Napoleón y Lenin, sino hasta a Mussolini y Hitler. [Nos] acercamos más a una comprensión de Stalin [cuando pensamos en términos de] Mustafá Kemal Bajá o tal vez de Porfirio Díaz."[125] Aquí la falta de proporción y perspectiva histórica es notable y alarmante.

Lo que guía a la pluma de Trotsky en pasajes como éstos es, por supuesto, la santa ira y la repugnancia que le causan las monstruosidades

[124] Trotsky, *Stalin* (ed. inglesa) p. 336.
[125] *Ibid.*, p. 413.

del culto a Stalin. Reduce a una talla menos que humana al autócrata que se ha inflado a sí mismo hasta alcanzar una estatura sobrehumana, al déspota deificado por decreto propio. Al hacer tal cosa, Trotsky allana el camino, por decirlo así, a quienes muchos años después derribarían los monumentos a Stalin, expulsarían su cuerpo del Mausoleo de la Plaza Roja, borrarían su nombre de plazas y calles e incluso rebautizarían a Stalingrado como Volgogrado. Con una lúcida premonición de todo ello, Trotsky recuerda que Nerón también fue deificado, pero que "después de su muerte sus estatuas fueron destrozadas y su nombre borrado de todas partes. La venganza de la historia es más poderosa que la venganza del más poderoso secretario general. Me atrevo a pensar que eso es un consuelo".[126] A punto de ser abatido por el último acto de la traición de Stalin, Trotsky saborea ya la venidera retribución de la historia y su propia victoria desde la tumba. Prepara esa retribución con palabras que por su peso pueden servir como textos para el juicio de la posteridad. Trata a Stalin como el símbolo de un inmenso vacío, el producto de una época en que la moral del viejo orden se ha disuelto y la del nuevo todavía no se ha formado.

> *L'état c'est moi* es casi una fórmula liberal en comparación con las realidades del régimen totalitario de Stalin. Luis XIV se identificó a sí mismo con el Estado y con la Iglesia, pero sólo durante la época del poder temporal. El Estado totalitario va mucho más allá del césaropapismo... Stalin puede decir con justicia, a diferencia del rey Sol, *la société c'est moi.*

Y así presenta Trotsky en un solo epigrama toda la trágica tensión entre Stalin y los viejos bolcheviques:

> De los doce apóstoles de Cristo, sólo Judas resultó ser un traidor. Pero si él hubiese conquistado el poder, habría representado a los otros once apóstoles como traidores, y también a los apóstoles menores que según Lucas llegaban a setenta.[127]

Los comentarios de Trotsky sobre los acontecimientos que desembocaron en la guerra y sobre las perspectivas de la guerra y la revolución podrían ser el tema de una monografía especial. En esos escritos sorprende más que nunca el contraste entre sus análisis lúcidos y casi perfectos de los elementos estratégicos y diplomáticos de la situación mundial y su empañada visión de las perspectivas de la revolución. Trotsky vio la segunda Guerra Mundial fundamentalmente como una continuación de la prime-

[126] *Ibid.,* p. 383.
[127] *Ibid.,* pp. 416, 421.

ra, una prolongación de la lucha de las grandes potencias imperialistas por un nuevo reparto del mundo. En el momento de la crisis de Munich vio "la fuerza (y la debilidad) de Hitler en... su disposición a recurrir... al chantaje y al desplante y a arriesgar la guerra", en tanto que las viejas potencias coloniales, no teniendo nada que ganar y sí mucho que perder, le temían al conflicto armado. "Chamberlain vendería todas las democracias del mundo —y no quedan muchas— por una décima parte de la India." El pacto de Munich, en su opinión, apresuraba el estallido de la guerra; y el mismo efecto tenían los éxitos de Franco en España, en la medida en que liberaban a los gobiernos burgueses del temor a la revolución en Europa. La política de Stalin tenía el mismo efecto: al vender el movimiento obrero, "como si fuera petróleo o mineral de manganeso", él también ayudaba al capitalismo a recobrar la confianza en sí mismo.[128] Pero lo decisivo era la actitud de los Estados Unidos, pues tanto Chamberlain como Stalin temían comprometerse contra Hitler mientras los Estados Unidos no lo hicieran. Sin embargo, como primera potencia imperialista, heredera del lugar de Inglaterra, los Estados Unidos no podían seguir siendo aislacionistas, estaban vitalmente interesados en detener la expansión del imperialismo alemán y el japonés, y se verían obligados a entrar en la segunda Guerra Mundial "mucho antes de lo que habían entrado en la primera". Los Estados Unidos también estaban destinados a desempeñar un papel mucho más decisivo en el restablecimiento de la paz, pues "si la paz no se hace sobre la base del socialismo, entonces los Estados Unidos victoriosos dictarán las condiciones de paz".

Es fácil imaginarse la atronadora denuncia con que Trotsky recibió el pacto germano-soviético de agosto de 1939: el autor de las Grandes Purgas se desenmascaraba ahora como cómplice de Hitler. En todo momento desde 1933 Trotsky había repetido que nada le convendría tanto a Stalin como un acuerdo con Hitler. Ahora, después de la decapitación del Ejército Rojo, el temor a su propia debilidad había empujado a Stalin a los brazos de Hitler. "Mientras Hitler lleva a cabo sus operaciones militares, Stalin actúa como su intendente", comentó Trotsky en los primeros días de la guerra.[129] Pero el propósito de Stalin, añadió, no era ayudar al Tercer Reich a alcanzar la victoria, sino mantener a la Unión Soviética fuera de la guerra el mayor tiempo posible y obtener mientras tanto mano

[128] En un artículo fechado el 22 de septiembre de 1938 (*B.O.*, núm. 70), Trotsky escribió: "Ahora podemos estar seguros de que la diplomacia soviética intentará un reacercamiento con Alemania..." "La transacción realizada sobre el cadáver de Checoslovaquia... da a Hitler una base más conveniente para iniciar la guerra. Los vuelos de Chamberlain [a Munich] pasarán a la historia como [el] símbolo de las convulsiones diplomáticas que una Europa imperialista dividida, codiciosa e indefensa ha sufrido en vísperas del nuevo baño de sangre que le espera a nuestro planeta." Véase también *B.O.*, núms. 71, 74 y 75-76.

[129] El artículo "Stalin, Intendente de Hitler" lleva la fecha del "2 de septiembre de 1939. 3 a. m." *The Archives.*

libre en los Estados bálticos y en los Balcanes. Cuando Stalin y Hitler, aplaudidos por la Comintern, se repartieron a Polonia, Trotsky comentó: "Polonia volverá a la vida, la Comintern jamás." Pero aun en sus ataques más vehementes contra la falta de principios y el cinismo de Stalin, no le echó toda la culpa a éste. Reiteró que "la clave de la política del Kremlin está en Washington", y que, para que Stalin cambiara su rumbo, los Estados Unidos deberían lanzar todo su peso contra Hitler. Repitió el mismo pensamiento durante la "guerra falsa" en el verano de 1939-40, diciendo que Francia e Inglaterra, al rehuir un verdadero choque militar con Alemania, estaban llevando a cabo una especie de "huelga militar" contra los Estados Unidos. Tanto del Oriente como del Occidente Hitler recibía estímulos para conquistar a Europa. Los gobiernos polaco y checo habían huído ya a Francia. "Quién sabe", escribió Trotsky el 4 de diciembre de 1939, muchos meses antes del colapso de Francia, "si el gobierno francés, junto con el belga, el holandés, el polaco y el checoslovaco, no tendrá que buscar refugio en Inglaterra". No aceptaba "ni siquiera por un momento" la posibilidad de una victoria nazi; "pero antes de que suene la hora de la derrota de Hitler serán muchos, muchísimos, los exterminados en Europa. Stalin no quiere hallarse entre ellos y por eso se resiste a desligarse de Hitler demasiado pronto".[130]

Cuando Francia capituló y casi toda Europa sucumbió al poderío militar de Hitler, Trotsky estigmatizó a Stalin y a la Comintern por su parte de responsabilidad en la catástrofe. "La Segunda y la Tercera Internacionales... han engañado y desmoralizado a la clase obrera. Después de cinco años de propaganda en favor de una alianza de las democracias y de la seguridad colectiva, y después del súbito desplazamiento de Stalin al campo de Hitler, la clase obrera francesa fue tomada por sorpresa. La guerra provocó una terrible desorientación, una actitud de derrotismo pasivo..." Ahora la URSS se hallaba "al borde del abismo". Todas las adquisiciones territoriales de Stalin en Europa oriental contaban poco en comparación con los recursos y el poder que Hitler había conquistado y que ahora utilizaría contra la Unión Soviética.[131]

Después de decir todo esto, Trotsky insistió con la mayor firmeza en que la Unión Soviética seguía siendo un Estado obrero, con derecho a ser defendido incondicionalmente contra todos sus enemigos capitalistas, fascistas y democráticos. Ni siquiera negó a Stalin el derecho a negociar con Hitler, aunque él mismo pensaba que el pacto germano-soviético no había dado a la Unión Soviética ninguna ventaja importante; él habría preferido una coalición soviética con el Occidente. Pero sostenía que el problema de con quién debería alinearse la Unión Soviética debía resol-

[130] "Las estrellas gemelas: Hitler-Stalin", tomado de *The Archives.*
[131] Una declaración para la prensa ("El papel del Kremlin en la catástrofe europea"), 17 de junio de 1940. *Ibid.*

verse únicamente sobre la base de la conveniencia, y que la elección no entrañaba ningún principio político o moral, porque tanto las potencias occidentales como el Tercer Reich luchaban sólo por sus intereses imperialistas. Lo que Trotsky repudiaba en la política de Stalin no era tanto su elección de un aliado o socio, sino el hacer una virtud de la elección y proclamar su solidaridad ideológica con cualquiera que fuera su aliado del momento. Stalin y Molotov exaltaban ahora la amistad germano-soviética "cimentada con sangre"; sus secuaces, en connivencia con las atrocidades de Hitler, declaraban que Polonia no resurgiría jamás; y sus propagandistas, como Ulbricht, volcaban todo su celo "antimperialista" contra las potencias occidentales exclusivamente. En esta forma, concluyó Trotsky, "ejercía el stalinismo su influencia contrarrevolucionaria en la arena internacional"; y ésta era una razón de más para que los obreros soviéticos lo derrocaran por la fuerza. Pero reafirmó que, aun bajo el régimen de Stalin, el Estado obrero seguía siendo una realidad que debía ser defendida de cualquier enemigo extranjero y por la que debía lucharse hasta lo último.[132]

Trotsky sabía muy bien que sus ideas parecerían paradójicas una vez más a muchas personas. Pero, ¿no era igualmente paradójica la realidad? Después de anexarse las regiones orientales de Polonia en colusión con Hitler, Stalin procedió a expropiar a los grandes terratenientes locales, a repartir sus propiedades entre los campesinos y a nacionalizar la industria y la banca. Deseoso de asegurarse el control militar sobre los territorios anexados, su nuevo "glacis defensivo", adaptó en todos los aspectos el régimen social y político de dichos territorios al de la Unión Soviética. De tal suerte, un acto revolucionario venía a ser el resultado de la cooperación y la rivalidad de Stalin con la potencia más contrarrevolucionaria del mundo. De un solo golpe, Stalin convirtió en realidad los principales objetivos que siempre habían figurado en todos los programas de los socialistas y los comunistas polacos y ucranianos, los objetivos que ellos mismos no habían podido cumplir. La transformación social en los territorios anexados fue, por supuesto, obra de las fuerzas soviéticas de ocupación y no de los trabajadores polacos y ucranianos; y fue la primera de una larga serie de revoluciones desde arriba que Stalin habría de imponer en Europa oriental. Y mientras él expropiaba económicamente a las clases poseedoras, expropiaba políticamente a los obreros y campesinos, privándolos de la libertad de expresión y asociación.[133]

Trotsky, desdeñoso de los "métodos burocráticos" de Stalin y de su "vulgar regateo con Hitler", reconoció el carácter "fundamentalmente progresista" de los cambios sociales efectuados en las regiones orientales de

[132] "The USSR in War", *New International,* noviembre de 1939; artículos en números subsiguientes de esta publicación; y *In defense of Marxism.*
[133] *New International, loc. cit.*

Polonia. Argumentó que Stalin había derrocado al antiguo régimen allí sólo porque el Estado obrero era una realidad en la Unión Soviética: sólo *eso* le había impedido llegar a un acuerdo con los terratenientes y capitalistas polacos. En otras palabras, la dinámica revolucionaria del Estado stalinista había desbordado ahora las fronteras de la URSS. Sin embargo, al hacer esta afirmación, Trotsky incurría en una contradicción. ¿No había sostenido él que el stalinismo continuaba desempeñando un "doble" papel, progresista y reaccionario, *sólo* dentro de la Unión Soviética, pero que su papel "en la arena internacional" era "exclusivamente contrarrevolucionario", es decir, dirigido a la preservación del orden capitalista? ¿No había sido éste el principal argumento de Trotsky en favor de la creación de la Cuarta Internacional? El siguió sosteniendo que la influencia internacional más general del stalinismo seguía siendo contrarrevolucionaria, y que las transformaciones sociales en las regiones orientales de Polonia eran sólo un fenómeno local. Señaló cuán poco pesaba la expropiación de los terratenientes y capitalistas en Ucrania occidental (o más tarde en los Estados bálticos) contra la desmoralización de los obreros franceses por el stalinismo, la traición de éste a la revolución española y los servicios que le había prestado a Hitler. Una y otra vez aludió a la disparidad de las dos facetas del stalinismo: la nacional y la extranjera; y trato de explicarla en virtud del hecho de que dentro de la URSS los elementos del Estado obrero (propiedad nacional, planificación y tradiciones revolucionarias) se refractaban incluso a través del despotismo burocrático y la limitada libertad de movimientos de Stalin; en tanto que en la "arena internacional" el stalinismo actuaba sin tales inhibiciones, favoreciendo únicamente sus estrechos intereses y siguiendo libremente su inclinación oportunista.[134]

El razonamiento, aun cuando contenía un elemento de verdad, no podía resolver ni siquiera ocultar la dificultad teórica y política que acosaba ahora el trotskismo, dificultad que habría de aumentar inmensamente con los acontecimientos de la década siguiente. ¿Cuán real era, en verdad, la distinción que Trotsky había establecido entre la función nacional (en parte todavía progresista) y la función internacional (totalmente contrarrevolucionaria) del stalinismo? ¿Podía cualquier gobierno o grupo gobernante tener, durante cualquier espacio de tiempo, un carácter en lo nacional y otro completamente diferente en el extranjero? Si la organización política soviética conservaba su carácter de Estado obrero, ¿cómo podía ello dejar de afectar su relación con el mundo exterior? ¿Cómo podía el gobierno de un Estado obrero ser un factor consecuente de la contrarrevolución?

Trotsky y sus discípulos sólo podían enfrentarse a este problema en una de dos formas: o bien tenían que declarar que la Unión Soviética había

[134] *Ibid.*

dejado de ser un Estado obrero, que esto explicaba la orientación antirevolucionaria de la política de Stalin tanto en el interior como en el exterior, y que por consiguiente los marxistas no tenían ninguna razón para seguir "defendiendo a la Unión Soviética"; o bien tenían que admitir que el stalinismo continuaba desempeñando un papel doble o ambivalente (progresista y reaccionario) tanto en el extranjero como dentro del país, que esto no negaba el carácter contradictorio del régimen de la URSS ni la supervivencia del Estado obrero dentro del despotismo burocrático, y que los marxistas sólo podían enfrentarse a esta intrincada situación oponiéndose al stalinismo sin dejar de defender a la Unión Soviética.

No pocos de los discípulos de Trotsky trataron de hallar solución al problema declarando que la Unión Soviética no era ya un Estado obrero porque su burocracia formaba una nueva clase que explotaba y oprimía a los obreros y a los campesinos. Esta idea, como ya sabemos, había estado en el aire desde 1921, cuando la Oposición Obrera la expresó por primera vez en Moscú; y aunque Trotsky siempre la había rechazado, nunca dejó de atraer a algunos de sus seguidores. En 1929 Rakovsky los sorprendió cuando escribió que la Unión Soviética se había transformado ya, de un Estado proletario burocráticamente deformado, en un Estado burocrático que sólo poseía un elemento proletario residual.[135] Trotsky citó en forma aprobatoria el epigrama (que se hallaba en la base de algunos de sus razonamientos en *La revolución traicionada*); pero no extrajo ninguna conclusión del mismo. Algunos de sus discípulos se preguntaron ahora qué podía quedar de aquel "elemento proletario residual" al cabo de diez años, ¡y qué años! ¿No era absurdo, preguntaron, seguir hablando de un Estado obrero? Encontraban apoyo a tal conclusión en algunas de las especulaciones, alusiones y *obiter dicta* de Trotsky. Este había argumentado en *La revolución traicionada* que los grupos administradores soviéticos se estaban preparando para desnacionalizar la industria y para convertirse en sus propietarios accionistas: en otras palabras, que la burocracia stalinista estaba incubando una nueva clase capitalista. Los años habían pasado sin producir señales de tal desarrollo de los acontecimientos. ¿No estaba Trotsky equivocado entonces en su concepción de la sociedad soviética? El veía a la burocracia stalinista incubando una nueva clase burguesa y un nuevo capitalismo, pero ¿no era esa misma burocracia la nueva clase incubada por la Revolución de Octubre y desarrollada ya a plenitud?

Poco antes del estallido de la guerra, un extrotskista italiano, Bruno Rizzi, respondió afirmativamente a esta pregunta en un libro que atrajo poca atención pero ejerció considerable influencia: *La Bureaucratisation du Monde,* publicado en París. Rizzi fue el autor original de la idea de la "revolución de los administradores" que Burnham, Shachtman, Djilas y

[135] Véase *B.O.*, núms. 15-16, 1930; Correspondencia de la URSS.

muchos otros habrían de exponer más tarde en versiones mucho más burdas. Rizzi se basaba en parte en el razonamiento de Trotsky, tal como éste aparecía en *La revolución traicionada*, a fin de rechazar el razonamiento en su conjunto. La Revolución Rusa, sostenía, después de proponerse, al igual que la Francesa, la abolición de la desigualdad, tan sólo había reemplazado un modo de explotación económica y opresión política por otro. Trotsky, asediado por el fantasma de una restauración capitalista en la URSS, no alcanzaba a ver que el "colectivismo burocrático" se había afianzado allí como la nueva forma de dominación clasista. Se negaba a considerar a la burocracia como la "nueva clase" porque ésta no poseía los medios de producción y no acumulaba ganancias. Pero la burocracia, replicaba Rizzi, sí poseía los medios de producción y sí acumulaba ganancias, sólo que lo hacía colectiva y no individualmente, como lo habían hecho las antiguas clases poseedoras. "En la sociedad soviética los explotadores no se apropian la plusvalía directamente, como lo hace el capitalista cuando se embolsa las utilidades de su empresa; lo hacen indirectamente, a través del Estado, que percibe la suma total de la plusvalía nacional y la distribuye a continuación entre sus propios funcionarios."[136] La posesión *de facto* de los medios de producción, la posesión *a través* del Estado y la posesión *del* Estado, habían tomado el lugar de la posesión burguesa *de jure*. El nuevo orden de cosas no era, como suponía Trotsky, un intervalo burocrático o una fase transitoria de reacción, sino una nueva etapa en el desarrollo de la sociedad, incluso una etapa históricamente necesaria. Del mismo modo que el feudalismo no fue seguido por la Igualdad, la Libertad y la Fraternidad, sino por el capitalismo, así también el capitalismo no se veía seguido por el socialismo, sino por el colectivismo burocrático. Los bolcheviques eran "objetivamente" tan incapaces de alcanzar su ideal como lo habían sido los jacobinos de realizar el suyo. ¡El socialismo era todavía una utopía! Los obreros inspirados por él se veían despojados una vez más de los frutos de su revolución.

En la medida en que el colectivismo burocrático, continuaba Rizzi, organizaba la sociedad y su economía con mayor eficiencia y productividad de lo que había hecho o podía hacerlo el capitalismo, su triunfo representaba un progreso histórico. Por consiguiente, estaba destinado a suplantar al capitalismo. El control y la planificación estatales eran predominantes no sólo en el régimen stalinista, sino también bajo Hitler, Mussolini y aun bajo Roosevelt. En grados diferentes, los stalinistas, los nazis y los *New Dealers* eran los agentes conscientes o inconscientes del mismo nuevo sistema de explotación destinado a prevalecer en todo el mundo. Mientras el colectivismo burocrático estimulara la productividad social, concluía Rizzi, sería invulnerable. Los obreros sólo podrían hacer lo que habían hecho bajo el capitalismo de los primeros tiempos: luchar por mejorar su suerte y

[136] Bruno, R., *La Bureaucratisation du Monde.*

arrancar concesiones y reformas a sus nuevos explotadores. Sólo después que el nuevo sistema hubiese empezado a decaer y a retardar y frenar el desarrollo social, podrían reanudar con éxito la lucha por el socialismo. Esta era una perspectiva remota, pero no irreal: el colectivismo burocrático era la última forma de la dominación del hombre por el hombre, tan cercano a la sociedad sin clases que la burocracia, la última clase explotadora, se negaba a reconocerse a sí misma como una clase poseedora.[137]

Trotsky, sabiendo que Rizzi había expresado una corriente de ideas que iba ganando terreno entre los trotskistas, se ocupó de sus razonamientos en un ensayo titulado "La URSS en guerra", escrito a mediados de septiembre de 1939.[138] "Sería una insensatez monstruosa", comenzó, "romper con los camaradas que difieren de nosotros en sus concepciones sobre la naturaleza de la URSS mientras sigamos estando de acuerdo sobre nuestras tareas políticas." La discusión sobre si la URSS era un Estado obrero o no, era a menudo sólo una sutileza: Rizzi cuando menos tenía el mérito de haberlo "elevado a la altura de la generalización histórica". El identificaba el colectivismo burocrático como el nuevo orden de la sociedad, esencialmente el mismo tras las diferentes fachadas del stalinismo, el nazismo, el fascismo y el *New Deal* rooseveltiano. Su ecuación del stalinismo y el nazismo (replicó Trotsky) podía parecer plausible en los días del pacto entre Hitler y Stalin. Ese pacto, argumentaban muchos, no había hecho más que poner de manifiesto la afinidad de los dos regímenes, tan evidente en sus técnicas de gobierno; y, en opinión de Rizzi, sólo era cuestión de tiempo que el Estado nazi y el fascista (pero también el rooseveltiano) llevaran su control de la economía a una conclusión lógica y nacionalizaran toda la industria. En contra de esto, Trotsky afirmaba que, cualesquiera que fueran las similitudes entre los métodos de gobierno de Hitler y de Stalin, las diferencias económicas y sociales eran cualitativas y no simplemente cuantitativas: ése era el abismo que separaba a sus regímenes. Ni Hitler ni Roosevelt irían ni podrían ir más allá de la "nacionalización parcial"; cada uno de ellos no hacía más que superponer la intervención estatal a un orden esencialmente capitalista. Sólo Stalin ejercía control sobre una economía verdaderamente poscapitalista. Ciertamente, el incremento de la burocracia era evidente en varios países y bajo regímenes diferentes. Pero el colectivismo burocrático como un orden social distintivo, si es que existía, se limitaba aún a un solo país; y allí se apoyaba en bases creadas por una revolución socialista.

Era temerario, por consiguiente, según Trotsky, hablar de una "tendencia universal" en virtud de la cual el colectivismo burocrático era el verdadero sucesor del capitalismo. Si así fuera, entonces cualquier revolución socialista, aun en el país industrial más avanzado (o en varios de tales

137 *Ibid.*
138 *New International,* noviembre de 1939, y *In defense of Marxism,* pp. 8-11.

países), daría origen inevitablemente a un régimen parecido al stalinista. Tal era, en efecto, la concepción de Rizzi. En oposición a ella, Trotsky se refería a la evidencia empírica que mostraba cuán decisivamente habían contribuido el atraso, la pobreza y el aislamiento de Rusia al ascenso del stalinismo. La Revolución Rusa se había deteriorado bajo el peso de las circunstancias, y no había razones para suponer que cualquier revolución socialista debía, independientemente de las circunstancias, deteriorarse de igual manera. El stalinismo no era la norma de la nueva sociedad, como pensaba Rizzi, sino una anormalidad histórica; no era el resultado final de la revolución, sino una aberración del desarrollo revolucionario. La burocracia soviética era todavía una excrecencia parasitaria de la clase obrera, tan peligrosa como puede serlo cualquier excrecencia semejante; pero no era un cuerpo independiente. Contrariamente a la opinión de Rizzi, el colectivismo burocrático no representaba ningún progreso histórico: el progreso que la Unión Soviética iba logrando se debía al colectivismo, o a la burocracia. El stalinismo sólo podría sobrevivir mientras la Unión Soviética no hiciera más que tomar prestada, imitar y asimilar la tecnología occidental superior. Una vez superada esa etapa, las exigencias de la vida social se harían más complejas, y la iniciativa social tendría que imponerse. El futuro, por consiguiente, depararía un conflicto de primera magnitud entre la burocracia y la iniciativa social; y el conflicto sería tanto más profundo por cuanto que la burocracia, a diferencia de la burguesía francesa después de la revolución, "no es la portadora de un nuevo sistema económico" que no podría funcionar sin ella. Por el contrario, para poder funcionar adecuadamente, el nuevo sistema tendría que liberarse de la constricción estranguladora de la burocracia.

La idea que se hallaba en la base de todas las teorías sobre el colectivismo burocrático era que la clase obrera se había revelado incapaz de consumar la revolución socialista que el marxismo había esperado que consumara. Sin embargo, también el capitalismo se había revelado incapaz de funcionar y sobrevivir. Alguna forma de economía colectivista estaba destinada, por consiguiente, a suplantarlo. Pero, puesto que la clase obrera no había podido cumplir la tarea, la burocracia estaba cumpliéndola; y no el colectivismo socialista, sino el burocrático, estaba suplantando al viejo orden. Trotsky aceptaba que éste era el meollo de la controversia.[139] El problema de si la Unión Soviética era un Estado obrero o si su régimen era de colectivismo burocrático, era secundario. Todo lo que él se proponía decir cuando hablaba del "Estado obrero" era que la potencialidad y los elementos de éste estaban preservados en la estructura social de la Unión Soviética; no se le había ocurrido sugerir que el régimen stalinista fuera un Estado obrero en el sentido ordinario y político del término. Se podía hablar, por otra parte, del colectivismo burocrático "soviético" y

[139] *Loc. cit.*

seguir sosteniendo que éste incluía la potencialidad del Estado obrero. Lo que era mucho más importante era precisar si uno sostenía que el colectivismo burocrático había llegado para quedarse porque la clase obrera era inherentemente incapaz de lograr el socialismo.

Que el historial del movimiento obrero estaba lleno de fracasos y decepciones, era innegable. Los obreros no habían sido capaces de impedir el ascenso al poder de Mussolini, Hitler y Franco, se habían dejado llevar a la derrota prestándose a las maniobras de los Frentes Populares, y no habían impedido dos guerras mundiales. Pero, ¿cómo debían diagnosticarse estos fracasos? ¿Como errores de dirección, errores que podían remediarse? ¿O como la bancarrota histórica de la clase obrera y prueba de su incapacidad de gobernar y transformar a la sociedad? Si la dirección era la culpable, la solución consistía en crear una nueva dirección en nuevos partidos marxistas y una nueva Internacional. Pero si la clase obrera era la culpable, entonces era preciso admitir que la concepción marxista de la sociedad capitalista y del socialismo había sido errónea, pues el marxismo había proclamado que el socialismo sólo podía ser obra del proletariado. ¿Era entonces el marxismo simplemente una "ideología" más o una forma más de la falsa conciencia que lleva a las clases oprimidas y a sus partidos a creer que luchan por sus propios fines cuando en realidad sólo están beneficiando los intereses de una nueva, o incluso de una vieja clase gobernante? Contemplada desde este ángulo, la derrota del bolchevismo original parecería ser, en efecto, del mismo orden que la derrota de los jacobinos —el resultado de un choque entre la utopía y un nuevo orden social— y la victoria de Stalin aparecería como el triunfo de la realidad sobre la ilusión y como un acto necesario del progreso histórico.

Así, al término de sus días, Trotsky se interrogó sobre el significado y el propósito de toda su vida y su lucha, y, en verdad, de todas las luchas de varias generaciones de luchadores, socialistas y comunistas. ¿Se desmoronaba acaso todo un siglo de esfuerzos revolucionarios? Una y otra vez aludió al hecho de que los obreros no habían derrocado al capitalismo en ningún lugar fuera de Rusia. Una y otra vez examinó la larga y desalentadora secuencia de derrotas que la revolución había sufrido entre las dos guerras mundiales. Y se vio arrastrado a la conclusión de que si a ese historial se añadían nuevos fracasos capitales, toda la perspectiva histórica trazada por el marxismo quedaría efectivamente en entredicho. Entonces incurrió en una de esas afirmaciones exageradamente enfáticas e hiperbólicas que de cuando en cuando hace cualquier gran polemista y hombre de acción, pero que tomadas al pie de la letra crean una confusión sin término. Trotsky declaró que la prueba final para la clase obrera, para el socialismo y para el marxismo era inminente: se produciría con la segunda Guerra Mundial. Si la guerra no daba lugar a la revolución proletaria en el Occidente, entonces el lugar del capitalismo en decadencia no sería ocupado efectivamente por el socialismo, sino por un

nuevo sistema burocrático y totalitario de explotación. Y si las clases trabajadoras del Occidente tomaban el poder, pero luego demostraban ser incapaces de conservarlo y se lo entregaban a una burocracia privilegiada, como habían hecho los obreros rusos, entonces en verdad sería necesario reconocer que las esperanzas que el marxismo había puesto en el proletariado habían sido falsas. En ese caso, el ascenso del stalinismo en Rusia aparecería también bajo una nueva luz: "Nos veríamos obligados a reconocer que... [el stalinismo] no tenía sus raíces en el atraso del país ni en el medio ambiente imperialista, sino en la incapacidad congénita del proletariado para convertirse en clase gobernante. Entonces sería necesario establecer retrospectivamente que... la URSS de nuestros días fue la precursora de un nuevo sistema universal de explotación... Con todo lo onerosa que esta... perspectiva pueda ser, si el proletariado mundial llegare a demostrar realmente que es incapaz de cumplir su misión... no quedaría más remedio que reconocer abiertamente que el programa socialista basado en las contradicciones internas de la sociedad capitalista, se había esfumado como una utopía."[140]

Tal vez sólo los marxistas pudieron intuir plenamente la trágica solemnidad que estas palabras tenían en la boca de Trotsky. Cierto es que él las pronunció en el contexto de una polémica, pero aun en tal contexto nunca había contemplado tan de cerca hasta entonces la posibilidad de un fracaso total del socialismo; insistió en que la "prueba" final tendría lugar en los años inmediatamente próximos, y definió los términos de la prueba con dolorosa precisión. Añadió seguidamente: "Resulta evidente que [si el programa marxista resultara ser impracticable] se necesitaría un nuevo programa mínimo para defender los intereses de los esclavos del sistema burocrático totalitario." El pasaje era característico del hombre: si la esclavitud burocrática era todo lo que el futuro le deparaba a la humanidad, entonces él y sus discípulos estarían del lado de los esclavos y no de los nuevos explotadores, no importa cuán "históricamente necesaria" pudiera ser la nueva explotación. Habiendo vivido toda su vida con la convicción de que el advenimiento del socialismo era una certeza científicamente comprobada, y de que la historia estaba de parte de quienes luchaban por la emancipación de los explotados y los oprimidos, él exhortaba ahora a sus discípulos a permanecer junto a los explotados y los oprimidos, aun cuando la historia y todas las certezas científicas estuvieran contra ellos. El, en todo caso, estaría con Espartaco, no con Pompeyo y los Césares.

Después de explorar esta sombría perspectiva, Trotsky, sin embargo, no se resignó a ella. ¿Había suficientes pruebas, preguntó, para aceptar la idea de que la clase obrera era incapaz de derrocar al capitalismo y transformar la sociedad? Quienes sustentaban tal opinión, incluidos algunos de

140 *Loc. cit. et passim.*

sus discípulos, nunca habían visto a la clase obrera en acción revolucionaria. Sólo habían contemplado los triunfos del fascismo, del nazismo y del stalinismo, o sólo habían conocido la democracia burguesa en decadencia. Toda su experiencia política se componía, en efecto, de la derrota y la frustración: no era sorprendente, pues, que hubiesen llegado a dudar de la capacidad política del proletariado. Pero, ¿cómo podía él dudar de ella, él que había visto y encabezado a los obreros rusos en 1917? "En estos años de reacción mundial debemos partir de las posibilidades que el proletariado ruso reveló en 1917." La inteligencia y la energía revolucionarias que los obreros rusos habían mostrado entonces, estaban latentes seguramente en los obreros alemanes, franceses, ingleses y norteamericanos también. La Revolución de Octubre era todavía, por consiguiente, "un haber colosal" y "una promesa inestimable para el futuro". La culpa del subsiguiente historial de derrotas no debía achacárseles a los obreros, sino a sus "jefes conservadores y enteramente burgueses". Tal era la "dialéctica del proceso histórico, que el proletariado de Rusia, un país atrasadísimo... había producido los jefes de mayor visión y valor, en tanto que en Inglaterra, el país de la más antigua civilización capitalista, el proletariado tiene hasta hoy los dirigentes más torpes y serviles". Pero los dirigentes pasan y la clase social queda. Los marxistas debían seguir laborando por la renovación de la dirección y debían jugarlo todo al "impulso orgánico, profundo e irreprimible de las masas trabajadoras a liberarse del sanguinario caos del capitalismo..."

Trotsky reafirmó su convicción marxista, no con el exuberante optimismo de sus años anteriores, sino con una lealtad probada y tenaz:

> ...la tarea fundamental de nuestra época no ha cambiado, por la simple razón de que no se ha resuelto... Los marxistas no tienen el menor derecho (si la desilusión y la fatiga no se consideran "derechos") a extraer la conclusión de que el proletariado ha desaprovechado sus posibilidades revolucionarias y debe renunciar a todas sus aspiraciones... Veinticinco años en la balanza de la historia, cuando se trata de los cambios más profundos en los sistemas económicos y culturales, pesan menos que una hora en la vida de un hombre. ¿De qué sirve el individuo que, a causa de los reveses sufridos en una hora o un día, renuncia a un propósito que se ha fijado sobre la base de toda la experiencia... de su vida?
>
> Si esta guerra provoca, como nosotros creemos firmemente que provocará, una revolución proletaria, ésta deberá conducir inevitablemente al derrocamiento de la burocracia en la URSS y a la regeneración de la democracia soviética sobre una base económica y cultural mucho más alta que la de 1918. En ese caso, el problema de si la burocracia stalinista es o no una "nueva clase" o una excrecencia maligna del Estado obrero, quedará resuelta... para todos será claro que en el proceso

mundial de la revolución la burocracia soviética fue sólo una recaída *episódica.*

"Poner una cruz" sobre la Unión Soviética a causa de esta "recaída episódica" y perder así toda perspectiva histórica, sería imperdonable. La Unión Soviética —y por el momento la Unión Soviética solamente— contenía dentro de sí la estructura socioeconómica de una democracia socialista renacida; y eso debía defenderse. "¿Qué defendemos nosotros en la Unión Soviética? No los rasgos en los que se asemeja a los países capitalistas, sino precisamente aquellos en los que difiere de ellos", no el privilegio y la opresión, sino los elementos del socialismo. Esta actitud "no implica en modo alguno ningún reacercamiento a la burocracia del Kremlin, ninguna aceptación de su política y ninguna conciliación con la política de los aliados de Stalin... Nosotros no somos un partido de gobierno; somos el partido de la oposición irreconciliable... Cumplimos nuestras tareas... exclusivamente a través de la educación de los obreros... explicándoles lo que deben defender y lo que deben derrocar".

Refiriéndose una vez más a las acciones de Stalin en Polonia oriental, Trotsky señaló que si Stalin hubiese dejado intocada la propiedad privada allí, entonces habría sido necesario revalorar completamente la naturaleza del Estado soviético. Pero Stalin había actuado como había actuado Napoleón cuando, después de domeñar la revolución en Francia, la llevó al extranjero en la punta de las bayonetas. (Aquí Trotsky revivió tácitamente la noción del carácter "enteramente contrarrevolucionario" de la política exterior de Stalin.) Indudablemente, éste no era el método revolucionario marxista; "Nosotros nos oponíamos y nos seguimos oponiendo a la apropiación de nuevos territorios por el Kremlin. Estamos por la independencia de la Ucrania soviética... y la Bielorrusia soviética. Al mismo tiempo, en las provincias de Polonia que están ocupadas por el Ejército Rojo, los partidarios de la Cuarta Internacional deben participar de manera muy activa en la expropiación de los terratenientes y los capitalistas, en la repartición de la tierra entre los campesinos, en la creación de soviets, consejos de obreros, etc. Al hacerlo deben mantener su independencia política, deben luchar en las elecciones por la completa independencia de los soviets y los comités de fábrica frente a la burocracia, y deben hacer su propaganda revolucionaria con una actitud de desconfianza frente al Kremlin y sus agentes locales."

Trotsky no podía ofrecer a sus seguidores polacos y ucranianos ningún otro consejo y seguir siendo fiel a sí mismo. Sin embargo, ellos no tenían la menor posibilidad de seguir su consejo. Eran débiles, defendían posiciones perdidas y la GPU los aplastó inmediatamente. Ellos también quedaron atrapados, al igual que él, entre la necesidad y la imposibilidad de la acción.

La disputa hubo de durar hasta fines de mayo de 1940, es decir, hasta que tuvo lugar el asalto armado a la casa de Trotsky. James Burnham, Max Shachtman y otros trotskistas norteamericanos, miembros del Partido Socialista Obrero, sostenían concepciones similares a las de Rizzi, aunque eran menos definidos. Con el estallido de la guerra y el pacto de Stalin y Hitler, estas concepciones cristalizaron rápidamente. A principios de septiembre de 1939 Burnham sometió al Comité Nacional del Partido Socialista Obrero una declaración en la que decía que "es imposible considerar a la Unión Soviética como un Estado obrero en cualquier sentido".[141] Antes de terminar el mes, Shachtman presentó una moción que calificaba de "imperialista" la ocupación soviética de Ucrania occidental y Bielorrusia, negaba que la ocupación tuviese ninguna de las consecuencias progresistas de que hablaba Trotsky, e instaba al partido a revocar su compromiso de defender a la Unión Soviética. Burnham, como profesor de filosofía en la Universidad de Nueva York, y Shachtman, el portavoz popular del partido, ejercían una fuerte influencia en la intelectualidad trotskista. Hasta entonces se habían comprometido a oponerse a la guerra mediante el derrotismo revolucionario, si la guerra era librada por un gobierno burgués, incluso democrático, y a defender a la Unión Soviética sin tener en cuenta a cuál campo imperialista estuviese aliada. Para hombres como Burnham y Shachtman era bastante fácil exponer tal opinión teóricamente antes del estallido de la guerra, cuando se suponía generalmente que la Unión Soviética se aliaría con las democracias occidentales. Pero el pacto entre Stalin y Hitler y el comienzo de las hostilidades cambiaron mucho las cosas. El estado de ánimo nacional, aun en los años de la neutralidad norteamericana, era de cautelosa simpatía por Inglaterra y Francia y de furiosa indignación contra el pacto germano-soviético. Aun a los trotskistas les resultaba difícil oponerse a ese estado de ánimo. Burnham y Shachtman no podían dejar de sentir que si ellos continuaban "defendiendo" a la Unión Soviética, se harían acreedores a un oprobio insoportable. Sin embargo, para negarse a "defender" a la URSS, tenían, en términos marxistas, que declarar que la URSS no era ya un Estado obrero, sino simplemente otra potencia contrarrevolucionaria que luchaba por su expansión imperialista. Si bien Rizzi argumentaba todavía que el colectivismo burocrático era "históricamente necesario" y en cierta medida progresista, Burnham y Shachtman le negaban tales méritos. La lógica del razonamiento los condujo a negar además que la economía soviética tuviese algo de progresista. Implícita o explícitamente, atacaron la propiedad nacional de la industria y la planificación nacional, diciendo que éstas servían de base al colectivismo burocrático y a la esclavitud totalitaria. Gradualmente cada uno de los principios del programa marxista-

[141] Véanse el *Internal Bulletin* del SWP y la *New International* de los últimos meses de 1939; Dwight Macdonald, *Memoirs of a Revolutionist*, pp. 17-19.

leninista, incluidas la dialéctica y la moral, volvió a quedar sometido a debate. Burnham, Shachtman y quienes los seguían se encontraron rechazando el programa punto tras punto. Esto era, de hecho, una continuación de aquella "retirada de los intelectuales" que ellos mismos habían descrito, cuando atacaron a Eastman, Hook y otros en las páginas de *The New International*. Sólo que ahora los atacantes se unían a la retirada.

En su crítica a Rizzi, Trotsky había dicho todo lo que tenía que decir en el debate. La controversia con Burnham y Shachtman se desarrolló en niveles muy inferiores de pensamiento político y estilo. La discusión fue notable principalmente como una erupción de la desilusión y el pesimismo acumulados entre los seguidores de Trotsky, y como el último combate de Trotsky contra ellos: el final de todas sus controversias.[142]

Todas las cuestiones en debate hicieron crisis antes de que 1939 tocara a su fin, cuando Stalin ordenó a sus ejércitos que atacaran a Finlandia. Trotsky, en sus comentarios, castigó la "estúpida e incompetente" dirección de la guerra finlandesa por Stalin, que había indignado al mundo y expuesto al Ejército Rojo a derrotas humillantes.[143] Ello no obstante, insistió en que lo que Stalin trataba de hacer en Finlandia era proteger un flanco descubierto de la Unión Soviética contra un probable ataque de Hitler. Esta era una acción legítima, y cualquier gobierno soviético que actuara en las circunstancias en que actuaba Stalin (circunstancias que habían sido, sin embargo, creadas en parte por el propio Stalin), bien podría verse obligado a proteger sus fronteras a expensas de Finlandia. El interés estratégico del Estado obrero debía tener prioridad sobre el derecho de Finlandia a la autodeterminación.[144] Cuando la invasión de Finlandia por Stalin dio lugar en los países aliados a una campaña en favor de "voltear la guerra" y de la intervención armada en defensa de Finlandia, Trotsky exhortó con mayor énfasis aún a "defender a la Unión Soviética". Esto hizo que sus discípulos de antaño clamaran: "¿Se ha convertido Trotsky en el apologista de Stalin? ¿Quiere que nos convirtamos en cómplices de Stalin?" "No, camarada Trotsky...", replicó Burnham, "no lucharemos junto a la GPU por la salvación de la contrarrevolución en el Kremlin."[145]

Palabras como ésas eran un eco del lenguaje que el propio Trotsky había utilizado en relación con las Grandes Purgas, cuando instó a "todo

[142] Los pronunciamientos más característicos de Trotsky en este debate están recogidos en *In Defense of Marxism*.

[143] Los comentarios de Trotsky sobre la guerra de Finlandia aparecieron en periódicos norteamericanos y británicos, y él resumió su posición en un artículo, "Stalin después de la experiencia finlandesa", escrito en marzo de 1940. *The Archives*.

[144] *In Defense of Marxism*, pp. 56-59 *et passim*.

[145] La controversia tuvo lugar dentro del SWP, en su *Internal Bulletin* (que publicó las resoluciones de la mayoría y de la minoría en diciembre de 1939) y finalmente en la *New International*.

hombre honrado" a denunciar las criminales conjuras de la GPU y a "extirpar con un hierro candente el cáncer del stalinismo", y cuando hizo blanco de su invectiva a aquellos "amigos de la Unión Soviética" que, en nombre de los sacrosantos intereses del Estado obrero, justificaban los crímenes de Stalin. Cierto era que, aun en el calor de las polémicas más furiosas, él siempre había reiterado que, pese a todo, él y sus seguidores defenderían incondicionalmente a la URSS contra todos sus enemigos extranjeros. Pero no pocos de sus seguidores habían considerado esas declaraciones simplemente como su manera de hablar, y ahora descubrieron con desaliento que él creía en lo que decía. Lo acusaron de inconsecuencia, duplicidad y hasta traición. Buscaron en sus razonamientos y argumentos los cabos sueltos que podían hallarse en ellos, y con esos cabos sueltos tejieron sus propias teorías. ¿No había dicho Trotsky que "internacionalmente" el stalinismo era sólo un factor de reacción y contrarrevolución? ¿Cómo podía hablar ahora de las "consecuencias progresistas y revolucionarias" de la expansión stalinista en Europa oriental? Cuando ellos aludían a la "nueva clase" y al colectivismo burocrático de la Unión Soviética, él los acusaba de abandonar el marxismo y decía que era absurdo hablar de cualquier nuevo modo de explotación en un país donde los medios de producción estaban nacionalizados. Sin embargo, ¿no había declarado él mismo que si dentro de los años inmediatamente próximos el socialismo fracasaba en el Occidente, el colectivismo burocrático suplantaría al capitalismo como el nuevo sistema universal de explotación? Si el colectivismo burocrático era concebible como el nuevo sistema universal de explotación, ¿por qué era inconcebible como el sistema nacional de la URSS? Al decir que si las clases trabajadoras del Occidente no derrocaban el capitalismo al término de la segunda Guerra Mundial el marxismo y el socialismo quedarían en bancarrota, Trotsky asestó un duro golpe a todos sus seguidores.[146] Estos habían visto tantas de sus profecías convertirse en realidad, que no estaban dispuestos a tomar a la ligera esta otra profecía. Los fieles y los ingenuos entre sus discípulos pasaron los años inmediatamente siguientes buscando señales de la revolución en el Occidente y viendo visiones de la revolución. Los escépticos y los cínicos llegaron a la conclusión (en seguida o poco después) de que, según el propio razonamiento de Trotsky, el marxismo y el socialismo estaban ya en bancarrota, y que la era del colectivismo burocrático se había iniciado. Burnham fue el primero en expresar esa conclusión abiertamente. El había sido un "buen bolchevique leninista", y hasta un "enemigo feroz del imperialismo norteamericano", mientras pensó que navegaba a favor del viento de la historia. Pero después de convencerse, con la ayuda involuntaria de Trots-

[146] "Algunos camaradas evidentemente se han sorprendido", comentó Trotsky, "de que yo hablase en un artículo del sistema del 'colectivismo burocrático' como una posibilidad teórica. Llegaron a descubrir en ello una completa revisión del marxismo." *In Defense of Marxism,* p. 30.

ky, de que la clase de los administradores era la que navegaba así se apresuró a deshacerse del lastre ideológico del marxismo y a proclamar el advenimiento de los administradores.[147] Shachtman aceptó la prognosis de Burnham, pero, por estar más estrechamente ligado al marxismo, vio la perspectiva con aflicción más bien que con júbilo y trató de conciliarla con los restos de sus creencias anteriores.[148]

En términos del nuevo trotskismo que ellos habían extraído de *La revolución traicionada,* Burnham y Shachtman utilizaron argumentos bastante poderosos; y ambos pretendieron ahora defender al trotskismo contra el propio Trotsky. "Entonces yo no soy trotskista", replicó el maestro parafraseando a Marx.[149] Pero para refutar los argumentos de Burnham y Shachtman tuvo que repudiar, implícitamente cuando menos, sus propias exageraciones y excesos polémicos. "Los camaradas están muy indignados con el pacto entre Stalin y Hitler", dijo en una carta. "Eso es comprensible. Desean vengarse de Stalin. Muy bien. Pero actualmente somos débiles y no podemos derrocar inmediatamente al Kremlin. Algunos camaradas tratan entonces de encontrar una satisfacción puramente verbalista: despojan a la URSS del título de Estado obrero, del mismo modo que Stalin despoja a un funcionario caído en desgracia de la Orden de Lenin. Eso me parece, querido amigo, un poco infantil. La sociología marxista y la histeria son absolutamente irreconciliables."[150] Después de todo lo que había sufrido a manos de Stalin, nada lo afligía más que ver el criterio de sus propios discípulos empañado por la stalinofobia; y hasta el último momento de su vida los exhortó "contra la histeria" y en favor del "pensamiento marxista objetivo".

Los trotskistas norteamericanos se habían dividido en una "mayoría" que, encabezada por James P. Cannon, aceptaba la posición de Trotsky, y una "minoría" que seguía a Burnham y Shachtman. Trotsky los instó a todos a ejercer el tacto y la tolerancia; y mientras alentaba a los "cannonistas" a polemizar vigorosamente contra Burnham y Shachtman, también les advertía que los agentes stalinistas en sus filas tratarían de exacerbar la disputa y les aconsejaba que permitieran a la minoría expresarse libremente e incluso actuar como una facción organizada dentro del Partido Socialista Obrero. "Si alguien propusiera... expulsar al camarada Burnham", declaró, "yo me opondría enérgicamente."[151] Aún después que la minoría celebró su propia Convención Nacional, Trotsky siguió acon-

[147] Véanse Burnham, "Sciense and Style (A Reply to Comrade Trotsky)" (reproducido como Apéndice en *In Defense of Marxism*); "The Politics of Desperation" en *New International,* marzo-abril de 1940; y *The Managerial Revolution.*

[148] Schachtman, "The Crisis of the American Party-An Open Letter to Trotsky" y "The USSR and the War". Estos dos artículos aparecieron primero en el *Internal Bulletin* y después en la *New International* de marzo-abril de 1940.

[149] Trotsky, *In Defense of Marxism,* p. 168.

[150] *Ibid.,* p. 23.

[151] *Ibid.,* pp. 97, 101, 148, *et passim.*

sejando a la mayoría que no usara eso como pretexto para dictar expulsiones.

La minoría, sin embargo, se constituyó por propia decisión como un nuevo partido y se apropió *The New International*, la "revista mensual teórica" del Partido Socialista Obrero. Casi inmediatamente el nuevo partido también se dividió, pues Burnham rompió con él declarando que "de las creencias más importantes que han estado ligadas al movimiento marxista, ya sea en sus variantes reformista, leninista, stalinista o trotskista, no existe virtualmente ninguna que yo acepte en su forma tradicional. Considero que esas creencias son falsas o anticuadas o carentes de significado..." Ésta era una confesión alarmante, viniendo como venía de alguien que había sido un trotskista connotado durante los últimos años. Hacía sólo una semanas que Burnham y sus compañeros se habían sentido ofendidos por los comentarios de Trotsky sobre su manera "antimarxista" de pensar. "En lo tocante a creencias e intereses...", declaró Burnham ahora, "desde hace varios años no he tenido un verdadero lugar en un partido marxista."[152] Fuera esto cierto o no, fuera que el futuro autor de *The Managerial Revolution* sólo tratara de que su maroma ideológica pareciera menos indecentemente súbita, fuera que en realidad sólo hubiera posado durante todos aquellos años como un marxista y leninista convencido, nada de lo que Trotsky dijo contra él pudo ser ni remotamente tan devastador como la imagen de sí mismo que Burnham presentaba ahora. Después del hecho, Trotsky no lamentó gran cosa la pérdida de un "discípulo" tan dudoso, al que había caracterizado en cartas privadas con epítetos entre los cuales sobresalía por su benevolencia el de "snob intelectual".[153] Trotsky contaba con que otros seguirían los pasos de Burnham: "Dwight Macdonald no es un snob, sino un poco estúpido... Abandonará el partido igual que Burnham, pero posiblemente porque es un poco más haragán, lo hará más tarde." Sin embargo, lo entristeció verdaderamente el rompimiento con Shachtman, por quien sentía cierta predilección, aun cuando a menudo lo irritaban su "bufonería", "superficialidad", etc. Sus relaciones con él databan de la visita de Shachtman a Prinkipo a principios de 1929, y se habían hecho íntimas a través de numerosos encuentros, cartas y pruebas de devoción por parte de Shachtman. En la lucha del momento entre las facciones, Trotsky apoyó, por supuesto, a Cannon, pero en lo personal se sentía mucho más cerca de Shachtman. "Si pudiera hacerlo", le escribió en el momento culminante de la controversia, "tomaría inmediatamente un avión y me iría a Nueva York para discutir con usted durante cuarenta y ocho o setenta y dos horas sin interrupción. Lamento mucho que usted no sienta... la necesidad de venir aquí a discutir los

[152] La carta de renuncia de Burnham figura como apéndice de *In Defense of Marxism*, pp. 207-211.

[153] Este epíteto aparece también en *In Defense of Marxism*, p. 181.

problemas conmigo. ¿O la siente usted? A mí me alegraría."[154]

Podría decirse que la división arruinó a la Cuarta Internacional si una organización tan insustancial como ésta hubiese podido ser arruinada en modo alguno. Trotsky abrigó la esperanza de que, después de la salida de los "elementos pequeñoburgueses y oportunistas", el Partido Socialista Obrero pudiera echar raíces más profundas en la clase obrera norteamericana. Pero eso no habría de suceder: el partido siguió siendo una pequeña capilla cuyos miembros se mantuvieron devotamente fieles a las enseñanzas de Trotsky y más tarde a su memoria, pero que nunca pudo adquirir ningún peso político. Su rival, el grupo de Shachtman, exento incluso de las virtudes que pueden mantener viva durante décadas a las sectas más débiles, renunció cada vez más a su "trotskismo" hasta que se desmoronó y desapareció.[155] Los grupos trotskistas en otros países también se vieron afectados, pues en todas partes, pero especialmente en Francia, no pocos de sus miembros aceptaron las concepciones de Burnham o las de Shachtman.

Así, en el momento de su ocaso, Trotsky vio por última vez la roca que él empujaba hacia lo alto de su terrible montaña rodar una vez más ladera abajo.

El 27 de febrero de 1940 Trotsky escribió su testamento. Anteriormente había redactado varios testamentos breves, pero lo había hecho sólo para fines legales, para asegurar que Natalia y/o Liova heredaran sus derechos de autor. El nuevo documento fue su verdadera última voluntad y testamento; cada una de sus líneas estaba saturada de la sensación de inminencia de su fin. Al escribirlo supuso, sin embargo, que tal vez encontraría una muerte natural o se suicidaría: no pensaba morir a manos de un asesino. "Mi alta (y cada vez más alta) presión sanguínea está engañando a quienes me rodean en cuanto a mi verdadero estado. Estoy activo y puedo trabajar. Pero el fin evidentemente está cerca." Con todo, en el transcurso de los seis meses que todavía le quedaban por vivir, su salud, pese a los altibajos acostumbrados, no fue tan mala como para justificar este sombrío presentimiento. En una postdata, fechada el 3 de marzo, Trotsky repitió: "...actualmente siento... un aumento de energía espiritual debido a la alta presión sanguínea; pero esto no durará mucho". Sospechaba que se hallaba en una fase avanzada de arteriosclerosis y que sus médicos le ocultaban la verdad. Evidentemente, recordó con frecuencia la última enfermedad de Lenin y su prolongada parálisis, y declaró que, antes que sufrir tal agonía, se suicidaría o, para decirlo más

[154] *Ibid.*, p. 64.

[155] Shachtman y su grupo renunciaron a partir de entonces, formal y categóricamente, a toda relación con el trotskismo y el leninismo y se unieron a un grupo socialdemócrata encabezado por Norman Thomas, cuya influencia en la política norteamericana ha sido también insignificante.

exactamente, "abreviaría... el proceso demasiado lento de morir". Con todo, esperaba que la muerte le llegaría súbitamente, a través de una hemorragia cerebral, pues "ése sería el mejor fin que yo podría desear".[156]

Al hacer su testamento, Trotsky siguió inconscientemente el modelo de Lenin. Ambos documentos constan de los textos principales y las postdatas añadidas pocos días después. En su contenido, sin embargo, reflejan todo el notable contraste de caracteres y circunstancias. El testamento de Lenin es absolutamente impersonal. Le dio la forma de una carta dirigida al próximo Congreso del Partido, v no dijo ni dejó entender que lo escribía pensando en su muerte inminente. Aunque a él también lo atormentaban los más graves dilemas, no sintió la necesidad de hacer de su testamento un credo, sabiendo muy bien que sus principios y creencias se darían por sentados. Su mente estaba ocupada exclusivamente por la crisis del bolchevismo (que él sabía que su muerte precipitaría) y por los medios de evitarla. Hizo saber al Partido lo que pensaba sobre cada uno de sus altos dirigentes, le sometió su esquema para la reorganización del Comité Central y le aconsejó al Comité que retirara a Stalin del puesto de secretario general. Hasta el último instante siguió siendo, con todo su ser, el jefe de un gran movimiento. El testamento de Trotsky, en cambio, es intensamente personal. Declara brevemente que no le es necesario refutar las "estúpidas y viles calumnias" de Stalin, pues en su honor revolucionario "no hay una sola mancha", y que una nueva "generación revolucionaria rehabilitará el honor político" de él y de miles de otras víctimas. En una sola oración expresa su agradecimiento a los amigos y seguidores que mantuvieron su fe en él en sus horas más difíciles; pero no les ofrece ningún consejo: el testamento no contiene una sola mención de la Cuarta Internacional. Cerca de la mitad del texto está dedicada a Natalia:

> Además de la felicidad de ser un luchador por la causa del socialismo, el destino me dio la felicidad de ser su marido. Durante casi cuarenta años de nuestra vida común ella ha sido una fuente inagotable de amor, magnanimidad y ternura. Ha tenido grandes sufrimientos... pero yo encuentro algún consuelo en el hecho de que también ha conocido días de felicidad.

Interrumpe su homenaje a Natalia con una profesión de fe:

> Durante cuarenta y tres años de mi vida consciente he sido un revolucionario, y durante cuarenta y dos años he luchado bajo la bandera del marxismo. Si hubiera de comenzar otra vez, trataría... de evitar tal o cual error, pero el curso general de mi vida permanecería inalterado. Moriré siendo un revolucionario proletario, un marxista, un materia-

[156] *The Archives* y *Trotsky's Diary in Exile,* pp. 139-141.

lista dialéctico y, por consiguiente, un ateo irreconciliable. Mi fe en el futuro comunista de la humanidad no es menos ardiente, sino más firme hoy, de lo que era en los días de mi juventud.

Mientras escribía estas líneas miró por la ventana, vio a Natalia que se acercaba a la casa, y el hecho de verla lo movió a concluir con el siguiente pasaje poético:

> Natasha acaba de acercarse a la ventana desde el patio y la ha abierto más, para que el aire entre mejor en mi habitación. Puedo ver la verde franja de césped al pie del muro y el claro cielo azul encima de éste y la luz del sol en todas partes. La vida es hermosa. Que las futuras generaciones la limpien de todo mal, opresión y violencia, y la disfruten a plenitud.

En un apéndice legó a Natalia sus derechos de autor y comenzó otro párrafo con las palabras: "En caso de que ambos muriéramos...", pero no terminó la oración y dejó un espacio en blanco. En la postdata del 3 de marzo se refirió una vez más a la naturaleza de su enfermedad y dejó constancia de que él y Natalia habían convenido en más de una ocasión en que era preferible suicidarse antes que permitir que la vejez lo convirtiera a uno en una ruina física. "Me reservo el derecho de determinar por mí mismo el momento de mi muerte... Pero cualesquiera que fueren las circunstancias... moriré con fe inquebrantable en el futuro comunista. Esta fe en el hombre y su futuro me da aún ahora una capacidad de resistencia como no puede darla ninguna religión."[157]

Para entonces Stalin había decidido que no podía permitir que Trotsky siguiera viviendo. Esto no puede parecer extraño. ¿Qué tenía que temer todavía?, podría preguntarse. ¿No había exterminado a todos los partidarios de Trotsky y hasta sus familias, de modo que no pudiera surgir ningún vengador? ¿Y qué podía hacer Trotsky, solo y desde el otro extremo del mundo, contra él? Unos cuantos años antes Stalin podría haber temido que Trotsky pudiera colocarse a la cabeza de un nuevo movimiento comunista en el extranjero; pero, ¿no se daba cuenta ahora de que la Cuarta Internacional había quedado en nada?

El hecho es que Stalin no se sentía seguro. No podía convencerse de que su violencia y su terror habían logrado en efecto todo lo que él quería, que la vieja Atlántida bolchevique había desaparecido realmente. Escrutaba los rostros de las multitudes que lo aclamaban, y adivinaba el odio terrible que su adulación tal vez ocultaba. Con tantas existencias destruidas o destrozadas y con tanto descontento y desesperación a su alrededor, ¿quién podía predecir las consecuencias de los imprevisibles golpes de la guerra? ¿No resurgiría por ventura la Atlántida, con nuevos habi-

157 *The Archives* y *Trotsky's Diary in Exile,* pp. 139-141.

tantes, pero con el espíritu desafiante de antaño? Y aun cuando la Cuarta Internacional fuera completamente impotente en la actualidad, ¿quién podía decir cómo podrían afectar los cataclismos de la guerra el panorama político, qué montañas no serían aplastadas y qué colinas no se convertirían en altos picos? Todas las posibilidades que le parecían reales a Trotsky en sus esperanzas le parecían igualmente reales a Stalin en sus temores; y Trotsky vivo era el agente supremo e incansable de tales posibilidades. El seguía siendo el portavoz de la Atlántida, que expresaba aún todas sus pasiones inextinguidas y todos sus gritos de batalla. En cada momento crítico, cuando la afrentosa campaña de Finlandia tocó a su fin, cuando Hitler ocupó a Noruega y Dinamarca y cuando Francia se derrumbó, su voz se alzó desde el otro lado del océano para tronar sobre las consecuencias de esos desastres, sobre los errores de Stalin que habían ayudado a producirlos y sobre los peligros mortales que amenazaban a la Unión Soviética. Cierto era que sus acusaciones, condenaciones y advertencias no llegaban hasta el pueblo soviético, pero aparecían en los periódicos norteamericanos, británicos y de otros países, y cuando la guerra se propagara hacia el este podrían llegar también hasta allí en medio del caos y la confusión de las derrotas y las retiradas militares.

A fines de abril de 1940, Trotsky dirigió a los "obreros, campesinos, soldados y marinos soviéticos" un mensaje titulado "Os están engañando". Se dice que un volante con el mensaje fue introducido clandestinamente en la URSS por un marinero simpatizante, pero es de dudar que el mensaje llegara alguna vez a su destino.[158] Con todo, cada una de sus oraciones era dinamita. "Vuestros periódicos", decía Trotsky a los obreros y soldados soviéticos, "os dicen mentiras en provecho de Caín-Stalin y sus depravados comisarios, secretarios y agentes de la GPU." "Vuestra burocracia es sanguinaria y despiadada dentro del país, pero cobarde frente a las potencias imperialistas." Las infamias de Stalin estaban privando a la Unión Soviética de simpatías en el extranjero, aislándola y fortaleciendo a sus enemigos; esas infamias eran "la principal fuente de peligro para la Unión Soviética". Trotsky exhortaba a los obreros y soldados a "no entregar nunca a la burguesía mundial la industria nacionalizada y la economía colectivizada, porque sobre esos cimientos ellos podrían construir aún una sociedad nueva y más feliz". "Los revolucionarios tienen el deber de defender con uñas y dientes toda posición ganada por la clase obrera... los derechos democráticos, las escalas de salarios

[158] Cito el texto, fechado el 23 de abril de 1940, que se encuentra en *The Archives.* Por esas fechas, poco antes de la invasión alemana de Noruega, Walter Held, el trotskista alemán, salió de este último país con la esperanza de llegar a los Estados Unidos vía la URSS y el Japón. Durante el viaje, sin embargo, desapareció sin dejar huellas. Es casi seguro que haya sido arrestado y ejecutado en la URSS. Es posible, pero no muy probable, que haya tratado de comunicar el mensaje de Trotsky a algunas personas en la URSS.

y una conquista tan colosal como la nacionalización de los medios de producción y una economía planificada." Pero esas "conquistas" de la revolución de octubre sólo beneficiarían al pueblo si éste demostraba ser capaz de enfrentarse a la burocracia stalinista cómo antaño se había enfrentado a la burocracia zarista. No, Stalin no podía permitir que la voz de Trotsky siguiera llamando a la insurrección.

Varios antiguos oficiales de la GPU y comunistas extranjeros han descrito de entonces acá cómo se preparó el asalto final contra Trotsky.[159] Al terminar la guerra civil española, agentes de la GPU especializados en la "liquidación del trotskismo" fueron trasladados a México. Los stalinistas mexicanos hicieron todo lo posible por atizar la histeria colectiva contra "el traidor refugiado en Coyoacán". Día tras día lo acusaron no sólo de tramar contra Stalin, sino también de conspirar, en beneficio de los magnates petroleros norteamericanos, contra Cárdenas, y de preparar una huelga general y un golpe de estado fascista en México. Aun así, a principios de 1940 Moscú acusó a los jefes del Partido Comunista Mexicano de adoptar "una actitud conciliadora frente al trotskismo", y esos jefes fueron degradados. La campaña antitrotskista conoció un nuevo auge, y un error secundario cometido por el propio Trotsky añadió fuego a la hoguera encendida por sus enemigos. En los últimos días de 1939, Trotsky aceptó viajar a los Estados Unidos y comparecer como testigo ante el llamado Comité Dies de la Cámara de Representantes norteamericana, un organismo que llevaba a cabo "investigaciones sobre las actividades antinorteamericanas" (y que lo hacía en una forma que prefiguró las cacerías de brujas dirigidas por el senador McCarthy en la década del cincuenta). El senador Dies, presidente del Comité, exigía la proscripción del Partido Comunista de los Estados Unidos sobre la base de que era una agencia de una potencia extranjera. Trotsky se proponía utilizar el Comité como una tribuna desde la cual denunciaría las actividades criminales de la GPU contra él mismo y contra sus seguidores. Pero hizo claro de antemano que se pronunciaría contra la proscripción del Partido Comunista y llamaría a los obreros del mundo a convertir la guerra mundial en una revolución mundial. El plan no cristalizó, en parte debido a que los propios seguidores de Trotsky, especialmente Burnham, lo impugnaron enérgicamente, y en parte porque el Comité Dies, advertido con anticipación de la clase de deposición que se proponía hacer Trotsky, no quiso escucharlo; y el gobierno norteamericano le negó la visa de entrada. Con todo, no obstante las condiciones bajo las cuales él se había propuesto comparecer ante el Comité, el simple hecho de que hubiese estado dispuesto a hacerlo les permitió a los stalinistas acusarlo de "intrigar con Dies y los magnates petroleros contra el pueblo mexicano". El 1o. de

159 Véanse, por ejemplo, Budenz, *This is my Story,* pp. 257-263, y la declaración de Orlov anteriormente citada.

mayo de 1940, 20 000 comunistas uniformados desfilaron por la ciudad de México con la consigna de "¡Fuera Trotsky!" inscrita en sus banderas. El replicó con desmentidos, publicó su correspondencia relacionada con el Comité Dies y pidió una investigación del gobierno mexicano sobre el asunto.[160] El presidente Cárdenas no prestó oídos a las acusaciones stalinistas, pero éstas causaron cierta impresión y los simpatizantes de Trotsky temieron que éste pudiera perder su asilo, especialmente si el partido de Cárdenas no ganaba las próximas elecciones.

Para entonces el asesino se encontraba ya a las puertas de la casa de la Avenida Viena. Este era el hombre que, en el verano de 1938, se presentó a sí mismo como Jacques Mornard, el hijo de un diplomático belga, a Sylvia Agelof, la trotskista norteamericana que participó en la conferencia de la Cuarta Internacional. Su verdadero nombre todavía no ha sido precisado oficialmente, aunque parece haberse comprobado que era Ramón Mercader, el hijo de Caridad Mercader, una comunista española bien conocida en su país durante la guerra civil, entre otras cosas, por sus estrechas relaciones con la GPU. El encuentro de Mornard con Sylvia Agelof en París no fue accidental; había sido cuidadosamente preparado de antemano. Los agentes de la GPU habían vigilado durante algún tiempo a Sylvia y a su hermana: ambas eran trotskistas y la hermana de Sylvia viajaba ocasionalmente como correo a Coyoacán y le hacía trabajos de secretaria a Trotsky. En cuanto a Sylvia, había estudiado filosofía con Sidney Hook y psicología en la Universidad de Columbia; sabía ruso, francés y español, y podía ser especialmente útil al "Viejo" que se quejaba con frecuencia de verse "paralizado en el trabajo" por falta de una secretaria rusa. Solterona solitaria y de aspecto poco atractivo, se encontró de repente cortejada con asiduidad por el apuesto y caballeroso Mornard. Sucumbió y pasó con él varios meses de éxtasis y ensoñación en Francia. En varias ocasiones se sintió intrigada por el comportamiento de su amigo. Este exhibía un desinterés tan completo en la política que su actitud parecía rayar en la indolencia mental, algo muy sorprendente en el culto "hijo de un diplomático". Tenía relaciones impenetrablemente oscuras en el comercio y el periodismo; aun sus antecedentes familiares eran enigmáticos. Las historias que le contó a Sylvia sobre su propia persona eran extrañas y hasta incoherentes; y gastaba dinero a manos llenas, como si lo sacara de un cuerno de la abundancia, en fiestas y diversiones.[161]

En febrero de 1939, Sylvia Agelof regresó a los Estados Unidos. En septiembre Mornard se reunió con ella en Nueva York, y su comportamiento volvió a desconcertarla. El le había informado que iría a los Estados

[160] "¿Por qué acepté comparecer ante el Comité Dies?" Declaraciones de Trotsky a la prensa el 11 y 12 de diciembre de 1939, *The Archives.*

[161] M. Craipeau, "J'ai connu l'assassin de Trotsky", *France-Observateur,* 19 de mayo de 1960.

Unidos como corresponsal norteamericano de un periódico belga; en lugar de ello, llegó con un pasaporte canadiense falso, adoptó el nombre de Frank Jacson y dijo que lo hacía para evadir el servicio militar en Bélgica. Declaró no haber estado nunca antes en Nueva York, pero se movía por la ciudad como alguien que la conocía bien. Pero para toda pregunta nacida de la extrañeza tenía una respuesta plausible, y como nunca abandonó su papel de calavera y *bon viveur,* no despertaba la menor sospecha política. Lo peor que podía reprochársele era la frivolidad y cierta inclinación a la fanfarronería. Sylvia trató de cultivarlo y de interesarlo en el trotskismo, pero él rechazaba invariablemente esos intentos con una mente cerrada y una expresión de aburrimiento. Y así, cuando poco después de su llegada a Nueva York le dijo que se iba a México como agente de ventas de una empresa de exportaciones e importaciones, Sylvia no vio nada de extraño en el asunto; y cuando la invitó a que se reuniera con él en México, aceptó de buen grado.

El llegó a México a mediados de octubre, y ella en enero. Sylvia fue inmediatamente a rendir pleitesía en el santuario de la Avenida Viena, y es seguro que entregó allí algunos mensajes de los trotskistas norteamericanos. Pronto volvió para colaborar como secretaria. "Jacson" generalmente la llevaba a la Avenida Viena en su costoso automóvil, y, cuando ella terminaba su trabajo, la esperaba en la puerta de entrada. Los guardianes llegaron a conocerlo y a menudo charlaban con él. Durante varios meses, sin embargo, él no se aventuró a entrar en la casa. (Aún fingía ver con una sonrisa de condescendencia las actividades políticas de Sylvia; aunque, sólo para complacerla, empezó a mostrar un poco más de curiosidad por ellas.) En la puerta de la calle se encontró con Alfred y Marguerite Rosmer, quienes poco después empezaron a referirse a él como "el joven amable", "el marido de Sylvia". El los invitó a comer varias veces en la ciudad de México y los llevó a pasear en automóvil por el campo.

Durante las horas en que se suponía que trabajaba como agente comercial, se mantenía en contacto con los hombres de la GPU que le daban órdenes y, según parece, con su madre, que, de acuerdo con varias fuentes, se encontraba entonces en México. Sylvia nunca tuvo la menor noticia de tales contactos; él nunca reunió a su "esposa" y a su madre. Sólo en algunas ocasiones cometió indiscreciones que pusieron a Sylvia momentáneamente en guardia. Le dio la dirección de su oficina comercial, y ésta resultó ser ficticia. El se disculpó por el "error" y le dio otra dirección. Sylvia, recordando que él había cometido un "error" similar una vez en París, se alarmó tanto que pidió a Marguerite Rosmer, una persona sagaz y observadora, que investigara el asunto. Sin embargo, la nueva dirección resultó ser genuina; e incluso los Rosmer quedaron tan convencidos de que si había algo ligeramente *louche* en los asuntos de Mornard-"Jacson", ello no tenía nada que ver con la política, que nadie trató de

investigar la naturaleza de su "oficina comercial". (Sólo mucho más tarde se descubrió que la misma "oficina" era utilizada por varios importantes stalinistas locales.) Sylvia fue lo bastante escrupulosa como para nunca llevar a "Jacson" a casa de Trotsky: incluso le dijo a éste que, dado que su marido había entrado en México con un pasaporte falso, su visita podría causarle molestias innecesarias a Trotsky. Y cuando salió para Nueva York en marzo, hizo que "Jacson" le prometiera formalmente no entrar nunca, durante su ausencia, en casa de Trotsky.

Poco después, sin embargo, él entró. Rosmer se enfermó y "Jacson" recibió la encomienda de llevarlo al hospital francés en la ciudad de México, traerlo de regreso a la casa más tarde, comprar medicinas, etc. Si bien la suerte le allanó así el camino, tuvo el cuidado de escribir a Sylvia y explicar en tono de disculpa por qué había "violado su promesa". Y aunque ahora se iba haciendo cada vez más conocido por los habitantes de la casa, todavía hubieron de pasar tres meses antes de que conociera al propio Trotsky.

Parece ser que hasta entonces "Jacson" no había recibido instrucciones de asesinar a Trotsky. Su tarea consistía más bien en explorar la casa, su distribución y sus defensas, averiguar detalles sobre la rutina diaria de Trotsky y obtener cualquier otra información que pudiera ser útil para un asalto armado en gran escala que otros llevarían a cabo.

El hombre encargado del asalto habría de ser David Alfaro Siqueiros, antiguo amigo de Rivera, célebre pintor, comunista y líder de los mineros mexicanos. El año anterior había regresado de España, donde había mandado varias brigadas durante la guerra civil, retirándose al término de la lucha a la cabeza de sólo dos o tres veintenas de sobrevivientes. El hecho de que un artista tan eminente y hasta heroico hubiese aceptado voluntariamente convertirse en el asesino de Trotsky ilustra con la elocuencia de varios volúmenes la moral del stalinismo en aquellos años; pero, por supuesto, en México era una costumbre nacional ajustar cuentas políticas pistola en mano. En Siqueiros, el arte, la revolución y el pistolerismo eran inseparables: en él había mucho del bucanero latinoamericano. En España se había relacionado íntimamente con la GPU y, según algunos, con la familia Mercader. Con todo, pese a los diligentes servicios que había prestado, el Partido Comunista lo había censurado hacía poco por una falta menor en el manejo de los fondos del Partido. Siqueiros se sentía agraviado y deseoso de recuperar la estimación de sus superiores mediante un acto de devoción importante y arriesgado. Formuló el plan de un ataque armado a la casa de Trotsky, y para su ejecución recurrió a varios hombres que habían combatido bajo su mando en España y a los mineros mexicanos.[162]

[162] Leandro A. Salazar, *Así asesinaron a Trotski.* (Algunos detalles acerca del carácter y los antecedentes de Siqueiros me fueron comunicados por un escritor norteamericano que lo conoció bien en la década del treinta.)

En la Avenida Viena todos habían vivido esperando una agresión de ese tipo. Al leer los periódicos stalinistas locales que lo atacaban con virulencia, Trotsky comentó: "La gente escribe así sólo cuando está dispuesta a cambiar la pluma por la ametralladora." Cierto era que, a instancias de sus seguidores norteamericanos, la casa había sido fortificada: puertas enrejadas, alambres electrizados, señales de alarma automáticas y ametralladoras se interponían en el camino de los posibles asaltantes. Los guardias habían sido aumentados. Diez policías mexicanos se mantenían apostados al frente y alrededor de la casa. Dentro de ésta, varios centinelas custodiaban día y noche la puerta principal, y cuatro o cinco hombres se hallaban constantemente en alerta en las habitaciones de los guardias. Indudablemente algunos de los guardias, muchachos norteamericanos de clase media que acababan de salir de la universidad, estaban poco capacitados para cumplir su tarea, pero eso no tenía remedio: los pocos obreros que eran miembros de la organización trotskista difícilmente podían renunciar a sus empleos, abandonar sus familias y radicarse en Coyoacán. Los hombres venían y se iban: al cabo de unos cuantos meses un miembro de la guardia se desanimaba e indisciplinaba fácilmente y tenía que ser sustituido. Era inevitable, por consiguiente, que de cuando en cuando el centinela de la puerta principal fuera un recluta con poca experiencia. Robert Sheldon Harte, que habría de ocupar el puesto la noche del ataque organizado por Siqueiros, había llegado de Nueva York el 7 de abril. Durante las seis semanas que pasó en Coyoacán, sus camaradas y el propio Trotsky habían hallado en él a una criatura fiel y de buen corazón, pero un tanto ingenua y débil.[163] Mucho más tarde sus camaradas habrían de recordar que no había tardado en hacerse amigo de Mornard-"Jacson" y que se les había visto salir juntos a menudo. Claramente, la seguridad de Trotsky dependía ahora de no pocas circunstancias accidentales. Sin embargo, aun esas circunstancias no eran del todo accidentales, pues reflejaban su situación general, las grandes desventajas que pesaban en su contra y el escaso número y las limitaciones de sus seguidores.

El 23 de mayo Trotsky trabajó intensamente todo el día, se acostó tarde y no pudo dormirse hasta que se tomó un somnífero. A eso de las cuatro de la madrugada el tableteo de las ametralladoras lo despertó. Estaba fatigado y adormecido, y por un momento pensó que los mexicanos del vecindario estaban celebrando con fuegos artificiales alguna ruidosa festividad religiosa o nacional. Pero "las explosiones ocurrían demasiado cerca, dentro de la misma habitación, junto a mí y sobre mi cabeza. El olor de la pólvora se hacía más acre, más penetrante... estábamos bajo ata-

163 Trotsky relata que poco después de la llegada de Sheldon lo vio entregarle la llave de la puerta de entrada a la casa a uno de los albañiles que trabajaba allí. Trotsky le advirtió que no volviera a hacerlo y le dijo: —Si usted se comporta así, en caso de un ataque será la primera víctima. Declaración de Trotsky sobre Sheldon del 15 de julio de 1940. *The Archives.*

que".[164] Natalia había saltado ya de la cama y lo escudaba con su cuerpo. Un momento después, bajo una granizada de balas, lo empujó al suelo y a un rincón entre la cama y la pared, y, empujada a su vez por él, se echó también en el suelo, cubriéndolo una vez más con su cuerpo. Se mantuvieron silenciosos e inmóviles en la oscuridad, mientras los asaltantes invisibles mantenían la habitación bajo un ininterrumpido fuego cruzado que atravesaba las puertas y las ventanas. Tal vez se hicieron 200 disparos, de los cuales alrededor de un centenar hicieron blanco en las camas y cerca de ellas: más de setenta impactos fueron contados posteriormente en las paredes y puertas. Natalia se incorporó un poco; él la hizo tenderse una vez más; y otra vez permanecieron inmóviles, aspirando el olor de la pólvora y preguntándose qué les habría sucedido a los guardias y a los policías apostados en la calle.

De repente un grito agudo: "¡Abuelo!", llegó del otro lado de una pared o una puerta. Los atacantes habían irrumpido en la habitación de Seva. "La voz del niño", dijo Trotsky después, "sigue siendo el recuerdo más trágico de aquella noche". "Aquel grito", recuerda Natalia, "nos heló la médula de los huesos." A continuación se hizo el silencio. "Lo han secuestrado", susurró Trotsky. Como en un sueño, Natalia vio la silueta de un hombre iluminada por el resplandor de una bomba incendiaria que estallaba en la habitación del niño, "la curva de un casco, botones brillantes, un rostro alargado". El hombre se detuvo en el umbral entre el cuarto de los Trotsky y el del niño, como para investigar si aún había señales de vida, y aunque no parecía haber ninguna, disparó otra ráfaga sobre las camas y desapareció. El tiroteo resonó ahora por el patio, y la habitación del niño estaba en llamas. Seva no se encontraba en la pieza: entre las llamas podía verse un leve rastro de sangre en dirección del patio. "Entonces todo fue silencio... un silencio insoportable", recordó Natalia. " '¿Dónde puedo ocultarte que estés seguro?' [pensó ella]. Estaba perdiendo mis fuerzas a causa de la tensión y el desaliento. En cualquier momento volverían para rematarlo." ¿Dónde estaban todos los miembros del grupo doméstico, los Rosmer, los secretarios, los guardias, la policía? ¿Los habrían matado a todos? "...sentimos la paz de la noche, como la paz de un sepulcro, de la muerte misma... Y súbitamente volvió a escucharse la misma voz, la voz de nuestro nieto; pero esta vez venía del patio y sonaba muy distinta, resonando como un paisaje musical en staccato, brava y alegremente: 'Al-fred! Mar-gue-rite!' ¡Nos devolvió a la vida!" Seva también se había salvado ocultándose bajo su cama; y aun antes de que el tiroteo cesara, pensando que sus abuelos estaban muertos, salió de la habitación con un pie herido, en busca de los

[164] La descripción del asalto escrita por Trotsky el 8 de junio de 1940 apareció póstumamente bajo el título de "Stalin Seeks my Death" en *Fourth International*, agosto de 1941.

Rosmer.[165]

Al cabo de unos minutos los habitantes de la casa se reunieron en el patio. Nadie había sido muerto o herido de gravedad. Los guardias estaban todavía tan anonadados que ni siquiera habían averiguado qué les había pasado a los policías frente a la casa. Trotsky salió apresuradamente a la calle y encontró a los centinelas desarmados y atados. Breves, rápidas y excitadas explicaciones: poco antes de las 4 de la madrugada más de veinte hombres, vistiendo uniformes de la policía y el ejército, sorprendieron a los centinelas y los redujeron sin disparar un tiro. A continuación los asaltantes, encabezados por un "mayor", se acercaron a la puerta principal y uno de ellos le habló a Robert Sheldon Harte, que estaba de guardia. Éste abrió la puerta inmediatamente. Los atacantes irrumpieron en el patio, sorprendieron y aterrorizaron a los otros guardias, colocaron ametralladoras detrás de los árboles en diversos puntos frente a la habitación de Trotsky, ocuparon otras posiciones y abrieron fuego. Obviamente tenían el propósito de matar a Trotsky y a su familia: no apuntaron una sola arma a nadie más. El ataque duró veinte minutos. Convencidos de que ni Trotsky ni su esposa y su nieto podían haber sobrevivido, los asaltantes se retiraron, arrojando granadas incendiarias al interior de la casa y una poderosa bomba (que no estalló) en el patio. Algunos partieron en dos automóviles que pertenecían a Trostky y generalmente permanecían en el patio listos para ser usados en cualquier momento, con las llaves puestas. Sheldon desapareció con los asaltantes. Los policías, que lo habían visto, sostenían que no había opuesto ninguna resistencia, pero que dos de los atacantes lo habían sacado a la calle sujetándolo fuertemente por los brazos.

El alivio y la alegría por la "escapatoria milagrosa" fueron las primeras emociones; y el sentido de la ironía de Trotsky se puso de manifiesto. Le pareció divertido que un ataque tan poderoso, tan laboriosamente preparado, hubiera fracasado tan miserablemente sólo porque él, Natalia y el niño, en su absoluta indefensión, habían hecho lo único que podían hacer: ¡meterse debajo de sus camas! ¡Ahora Stalin y sus agentes quedaban desenmascarados y cubiertos de ridículo! No cabía dudar en provecho de quién, por instigación de quién y bajo las órdenes de quién se había llevado a cabo el asalto. Pero al júbilo y a la triunfante ironía se añadía cierta perplejidad. Los asaltantes conocían perfectamente la distribución y las defensas de la pequeña fortaleza: ¡hasta sabían que podían escapar en los automóviles de sus víctimas! ¿Por qué Sheldon los había dejado entrar, aparentemente sin vacilación? Él era débil e ingenuo, pero seguramente antes de abrir la puerta debió acercársele alguien en quien confiaba y cuya voz conocía. ¿Quién había sido? ¿O habían penetrado los asaltantes al patio saltando sobre los altos muros y los alambres elec-

[165] Natalia Sedova en *Vie et Mort de Léon Trotsky*, pp. 309-310.

trizados? ¿Por qué secuestraron entonces a Sheldon (a quien seguramente se proponían matar)?

Al cabo de media hora se presentó el coronel Sánchez Salazar, jefe de la Policía Secreta mexicana, quien posteriormente describió la escena de la siguiente manera:[166] "Me hice llevar a presencia de León Trotsky, al que acompañaba su esposa... [El] estaba en pijama y, sobre ésta, llevaba una bata de casa. Me acogieron con gran amabilidad... pero mantenían una serenidad incomprensible. Diríase que no había pasado nada... Trotsky sonreía, con sus vivos y claros ojos tras de las gafas de nácar —unos ojos siempre escrutadores y dominantes—, con su aire agudo y penetrante, con un fondo burlón, sarcástico, un tanto mefistofélico... El cabello parecía un tanto alborotado, peinado hacia atrás, con los mechones cayéndole a los lados..." Había un "gran contraste" entre los rasgos de Trotsky y Natalia. "Enérgicos, acerados, dominadores en él; dulces, serenos, como resignados en ella." Una sospecha cruzó en seguida por la mente de Sánchez Salazar: "¿Se trataba, efectivamente, de un asalto o de un autoasalto?" Mientras escuchaba a Trotsky, que le hacía, en su estudio, sin dar "la menor muestra de emoción", un relato completo y preciso de lo que acababa de suceder, Sánchez Salazar, volvió a reflexionar: "Tal número de asaltantes, tantas y tan modernas armas y hasta varias bombas y en realidad, ¿no ha pasado nada? ¡Qué extraño resulta todo esto!" Los dos hombres regresaron al jardín que parecía, con sus cactus amorosamente cuidados, tan apacible como siempre; y el oficial preguntó a Trotsky si sospechaba de alguien "como autores del atentado".

> —Sí; ¡cómo no! —exclamó rápido y en tono de convicción—. Venga...
>
> Me puso el brazo derecho sobre el hombro y me condujo pausadamente hacia las conejeras... Se detuvo, lanzó una mirada circular como para convencerse de que estábamos solos y al oído, poniendo su mano derecha cerca de la boca, cual si quisiera hacer más discreta su confidencia, me dijo con la voz queda y una convicción profunda:
>
> —El autor del atentado es José Stalin por medio de su GPU.

Ahora el oficial se sintió seguro de que Trotsky le estaba tomando el pelo. "Me quedé mirándolo con el consiguiente asombro... Mi primera sospecha fue convirtiéndose así en convicción. Nuevamente me dije: 'Se trata de un autoasalto. No cabe duda.'" Y cuando Trotsky le aconsejó que interrogara a los stalinistas locales "más destacados", ya que así no tardaría en descubrir a los criminales, Sánchez Salazar llegó a la conclusión de que "el viejo revolucionario pretendía desviar mi atención de la verdadera pista". Primero ordenó el arresto de tres criadas, una cocinera, una recamarera y un mozo, y después de dos secretarios de Trotsky, Otto

166 Salazar, *op. cit.*, pp. 26-30.

Schüssler y Charles Cornell. El giro que la investigación cobró ahora produjo los rumores más sensacionales. Según algunos, Diego Rivera había organizado el ataque y los asaltantes habían irrumpido en la casa al grito de "¡Viva Almazán!". (Almazán era el general reaccionario cuya candidatura presidencial Rivera apoyaba contra el partido de Cárdenas.) Otros sostenían que Trotsky y sus partidarios habían montado el ataque a fin de hacer recaer las sospechas sobre los stalinistas y desprestigiarlos.[167]

Curiosamente, el jefe del Servicio Secreto no sentía ninguna hostilidad contra Trotsky y no tenía ningún interés propio que defender. Pero para la mente de un soldado y policía profesional, poco familiarizado con las cuestiones, las personalidades y la atmósfera de la terrible lucha que el asalto debía haber liquidado, todo el asunto parecía en efecto sumamente enigmático. Sánchez Salazar acababa de contar setenta y tres perforaciones de bala en la cama de Trotsky y la "escapatoria milagrosa" le parecía tanto más misteriosa. Observó la compostura de Trotsky y Natalia y reflexionó que él, un veterano de las numerosas guerras civiles de México, nunca había visto a nadie comportarse con tanta serenidad poco después de enfrentarse a tales peligros.[168] La precisión y el humor de la conversación de Trotsky parecían completamente fuera de lugar y tanto más sospechosos. (Sólo en los meses siguientes, cuando sus deberes lo hicieron ver a Trotsky con mucha frecuencia, habría de comprender Sánchez Salazar que la calma, el valor y el humor de Trotsky, lejos de no ser naturales, constituían su naturaleza.) Por otra parte, el asalto era tan escandaloso, aun desde el punto de vista de la opinión pública mexicana, que a Salazar le resultaba difícil creer que los stalinistas, partidarios de Cárdenas (y de los cuales él no era amigo), pudieran estar detrás del asunto. El comportamiento de los guardias de Trotsky también suscitó su desconfianza: ¿por qué habían sido tan extrañamente pasivos? ¿Por qué no le habían disparado a ninguno de ellos? Salazar estaba convencido de que Sheldon había estado coludido con los asaltantes y se había ido con ellos voluntariamente. Trotsky afirmaba con vehemencia que Sheldon era su víctima, no su cómplice; pero no podía ofrecer ninguna prueba. Y en el razonamiento de Sánchez Salazar había este grano de verdad: el asalto no habría podido llevarse a cabo sin la cooperación de alguien en el séquito de Trotsky o, cuando menos, de alguien en íntimo contacto con los habitantes de su casa. ¿Quién era esa persona? Esta pregunta debía ocu-

167 Salazar, *op. cit.*, pp. 38 sigs. No sólo los periódicos prostalinistas de México, sino incluso *The Nation* de Nueva York publicó una información de su corresponsal en México en la que se sugería que el propio Trotsky o miembros de su grupo doméstico habían llevado a cabo el asalto. "¡Qué infame raza de reptiles", comentó Trotsky, "son estos 'radicales' de *The Nation*!" 18 de junio de 1940. *The Archives.*

168 Salazar, *op. cit.*, pp. 30-31.

par ahora toda su atención y despertar toda su vigilancia.

Una semana después del asalto, Trotsky, indignado por las sospechas de que eran objeto él y Rivera, protestó ante el presidente Cárdenas por el arresto de sus dos secretarios.[169] Refiriéndose a lo que él sabía (*inter alia* por Reiss y Krivitsky) sobre las actividades de la GPU en muchos países, solicitó que el juez calificador o la policía interrogara al actual y al antiguo secretario general del Partido Comunista Mexicano y también a Siqueiros y a Lombardo Toledano. El Presidente ordenó la inmediata excarcelación de los secretarios de Trotsky. Pero la investigación siguió todavía durante algún tiempo pistas falsas, y Trotsky se mantuvo ocupado refutando las imputaciones que se le hacían, defendiendo a sus colaboradores y afirmando la inocencia de Robert Sheldon Harte. "Si Harte", dijo, "hubiese sido un agente de la GPU, pudo haberme apuñalado en silencio", sin todo el escándalo de un asalto masivo y sensacional. Mientras tanto, la policía aprehendió a varios de los asaltantes, quienes confirmaron que Siqueiros había sido su jefe; y el propio Siqueiros se ocultó.[170] Finalmente, el 25 de junio, los hombres de Sánchez Salazar exhumaron el cadáver de Sheldon Harte en los alrededores de una pequeña granja en las afueras de la ciudad de México. La casa de la granja había sido alquilada por dos conocidos pintores, ambos stalinistas.

A las 4 de la madrugada, la misma hora en que un mes y un día antes había tenido lugar el asalto, Sánchez Salazar llevó la noticia a casa de Trotsky. Los guardias se negaron a despertar a Trotsky, de modo que Sánchez Salazar regresó a la granja con uno de los guardias para que identificara el cadáver.

> Llegamos al pie de la cuesta entre dos luces. El terreno mojado hacía extraordinariamente difícil el ascenso. El cadáver estaba en las angarillas donde lo dejé, fuera ya de la quinta... Otto contempló el cadáver visiblemente emocionado. Había reconocido en seguida a su antiguo compañero.
>
> Llegamos a San Angel ya de día claro. Se colocó el cadáver en uno de los patios. Avisado, llegó el general Núñez. Dispuso que fuera lavado el cadáver. Hice reforzar el cuerpo de agentes. Había corrido el rumor por el poblado y empezaban a agolparse los curiosos. Terminada su acta, retiróse el juez.

[169] Carta de Trotsky al presidente Cárdenas del 31 de mayo de 1940. *The Archives.*

[170] Salazar, *op. cit.*, pp. 233-234. Arrestado el 4 de octubre de 1940 (después del asesinato de Trotsky), Siqueiros no negó su participación en el asalto de mayo, pero sostuvo que el Partido Comunista no tenía nada que ver con ello, y que su propósito (de Siqueiros) no era matar a Trotsky sino dar un "golpe sicológico" y protestar contra la presencia de Trotsky. Al quedar en libertad bajo fianza, Siqueiros desapareció de México durante algún tiempo.

Se produjo de repente un movimiento de expectación entre todos los presentes.

—¡Trotsky! ¡Trotsky!

Era, en efecto, León Trotsky. Acababan de dar las diez de la mañana. El viejo exilado ruso se acercó al cadáver. Estaba deprimido, triste. Contempló un buen momento a su exsecretario; sus ojos se habían llenado de lágrimas. Aquel hombre que había dirigido una gran revolución, que al frente del Ejército Rojo por él creado había tenido que dirigir cruentas batallas, que había visto desaparecer uno tras otro a sus familiares y amigos y que, en fin, había permanecido casi indiferente minutos después de un atentado que estuvo a punto de costarles la vida a él, a su esposa y a su nieto, lloraba ahora en silencio.[171]

El enigma del papel desempeñado por Harte no quedó resuelto definitivamente, sin embargo. Sánchez Salazar siguió sosteniendo que Harte había sido un agente de la GPU, pero que ésta lo había matado porque temía que cayera en manos de la policía mexicana y hablara demasiado. Esta suposición la confirmaron en parte algunos testigos presenciales que declararon haber visto a Harte moverse con libertad por los alrededores de la quinta y salir a pasear sin guarda ni escolta. En oposición a esto, Trotsky insistió en que Harte era el octavo de sus secretarios que perecía, y que todo lo que él y sus camaradas norteamericanos sabían de Harte contradecía la versión de Salazar.[172] Envió un sentido mensaje de condolencia a los padres de la víctima y colocó una placa a la memoria de "Bob". Frente a esa placa habría de erigirse poco después la lápida del propio Trotsky.

Después del 24 de mayo una atmósfera de tragedia pesó, inmóvil y asfixiante, sobre la "pequeña fortaleza" de la Avenida Viena. De semana en semana y de día en día se esperó otro ataque. El propio Trotsky pensaba que aún vivía por un accidente de la fortuna. Solía levantarse por la mañana y decir a Natalia: "¿Ya ves? Anoche no nos mataron, después de todo; y todavía te quejas." Una o dos veces añadió pensativo: "Sí, Natasha, nos han concedido una prórroga."[173] Siguió siendo tan activo y enérgico como siempre, intervino en cada fase de la investigación policiaca, compareció ante el juez calificador, replicó a las interminables calumnias, comentó acontecimientos tales como la capitulación de Francia y la declaración de apoyo al Tercer Reich hecha por Mólotov, y continuó analizando la situación de los negros en los Estados Unidos, la táctica del

171 Salazar *op. cit.*, pp. 91-95.

172 Trotsky enumeró los siguientes secretarios y ayudantes suyos que habían perecido víctimas de la venganza stalinista: Glazman, Bútov, Sermux, Posnansky, Klement y Wolf. Declaración del 25 de junio de 1940 en *The Archives.*

173 Natalia Sedova, "Tak eto bylo", *B.O.*, núm. 85, marzo de 1941; "How it happened", *Fourth International,* mayo de 1941.

derrotismo revolucionario, etc. Un grupo de amigos norteamericanos, que lo visitaron durante la primera quincena de junio, le imploraron que se ocultara, viviera de incógnito y se dejara llevar ilegalmente a los Estados Unidos, donde ellos estaban seguros de poder proporcionarle un alojamiento clandestino. El se negó a escuchar sus ruegos. No podía, dijo, esconderse para proteger su vida y hacer su trabajo furtivamente; tenía que enfrentarse a amigos y enemigos en público: su cabeza desnuda tenía que soportar la "negra noche infernal" hasta el fin.[174] Accedió a complacer, con renuencia, a los amigos y a las autoridades mexicanas que insistieron en que las defensas de su casa debían ser reforzadas con muros de concreto más alto, nuevas torres de observación, puertas blindadas y cortinas de acero en las ventanas. Inspeccionó cumplidamente las "obras de fortificación", sugirió cambios y mejoras, pero a continuación se encogió de hombros con disgusto: "Esto me recuerda la primera cárcel en que estuve", le comentó a Joseph Hansen, su secretario. "Las puertas hacen el mismo ruido... Esto no es un hogar; es una prisión medieval." "Un día", dice Hansen, "me sorprendió contemplando una de las nuevas torres. Sus ojos se iluminaron con una de aquellas sonrisas afectuosas e íntimas... 'Vaya civilización avanzada que tenemos, que todavía nos obliga a hacer contrucciones como éstas.' "[175] El vivía, en verdad, como el hombre que aguarda el último día en la celda de los condenados, sólo que estaba resuelto a hacer el mejor uso de cada hora, y la ironía y el humor no lo abandonaban.

Siguió haciendo excursiones al campo por caminos lodosos y llenos de piedras; y su mente retrocedió al pasado, a los caminos rusos en los años de la guerra civil. En su última excursión "durmió mucho más de lo acostumbrado. Se sentó cómodamente en el asiento posterior, detrás de mí, y durmió casi desde Cuernavaca hasta Amecameca, donde los volcanes, el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl, la Mujer Dormida, acumulaban grandes nubes aborregadas sobre sus cumbres nevadas... nos detuvimos junto a una antigua hacienda con altas murallas fuertemente estribadas. El Viejo observó las murallas con interés: 'Magnífica muralla, pero medieval. Como nuestra prisión.' "[176] Con este adjetivo, "medieval", que usaba con tanta frecuencia, Trotsky no sólo expresaba la repugnancia que le suscitaba su propia reclusión, sino también su sensación de que el mundo estaba retrocediendo, de lo que podría haber sido la era del progreso y la humanidad triunfante, a las bárbaras crueldades de la Edad Media; y de que incluso él, al rodearse de torres, muros y bastiones, se veía envuelto de alguna manera en el retroceso general. Después del asalto, algunos amigos

[174] Esto me lo ha relatado una de las personas que le hizo la proposición a Trotsky.
[175] Joseph Hansen, "With Trotsky to the End", *Fourth International,* octubre de 1940.
[176] *Ibid.*

le obsequiaron un chaleco a prueba de balas, y ni siquiera al darles las gracias pudo ocultar su disgusto; hizo guardar el chaleco y sugirió que el guardia de turno en la torre de observación podría darle mejor uso. Sus secretarios propusieron en repetidas ocasiones que sus visitantes fueran sometidos a un registro personal en busca de armas ocultas y se opusieron a que él recibiera a los extraños en su estudio sin más compañía. "El no podía aceptar que sus amigos fueran sometidos a un registro personal", dice Hansen. "Sin duda pensaba que eso en todo caso sería inútil y podría crearnos incluso una falsa sensación de seguridad... un agente de la GPU... encontraría alguna manera de burlar cualquier registro que pudiéramos hacerle." Se disgustaba cuando alguno de sus guardaespaldas trataba de estar presente mientras él conversaba con los visitantes, algunos de los cuales "tenían problemas personales [y] no hablaban libremente en presencia de un guardia".[177]

Fue el 28 de mayo, unos cuantos días después del asalto, cuando el asesino se encontró por primera vez frente a frente con Trotsky. El encuentro no pudo haber sido más casual. Los Rosmer se disponían a partir de México y tomar un barco en Veracruz, y "Jacson" se había ofrecido a llevarlos al puerto en su automóvil, fingiendo que de todos modos tenía que ir a Veracruz en uno de sus viajes de negocios ordinarios. Llegó a buscarlos temprano por la mañana y se le pidió que los esperara en el patio mientras ellos se preparaban. Cuando entró al patio, se encontró con Trotsky, que estaba todavía dando de comer a los conejos. Sin interrumpir su tarea, Trotsky estrechó la mano del visitante. "Jacson" se comportó con ejemplar discreción y amabilidad: no se quedó mirando al gran hombre, no trató de iniciar una conversación con él ni de quedarse a su lado; en lugar de ello se fue a la habitación de Seva, le regaló un avión de juguete y le explicó cómo funcionaba. Por indicación de Trotsky, Natalia lo invitó entonces a que desayunara junto con la familia y los Rosmer.[178]

A su regreso de Veracruz, "Jacson" no se presentó en la Avenida Viena durante dos semanas. Cuando reapareció allí, el 12 de junio, fue para informar que se iba a Nueva York y dejaría su automóvil a los guardias para que pudieran usarlo en su ausencia. Regresó a México un mes más tarde, pero no visitó la casa de la Avenida Viena durante tres semanas, hasta que los Trotsky lo invitaron en unión de Sylvia a tomar el té con ellos el 29 de julio. Esta fue su visita más larga: duró poco más de una hora. De acuerdo con los registros detallados que llevaban los guardias, cruzó la puerta de la calle sólo diez veces entre el 28 de mayo y el 20 de agosto; y sólo vio a Trotsky dos o tres veces. Eso le bastó para explorar

177 *Ibid.*
178 *Ibid.*

el escenario, tomar la medida de su víctima y dar los últimos toques a su plan. No pudo haberse comportado más discreta, amable e innocuamente. Llegaba con un modesto ramo de flores o una caja de bombones para Natalia ("regalos de Sylvia"); se ofrecía, como alpinista experimentado, a acompañar a Trotsky a escalar montañas, pero sin insistir en el ofrecimiento. Cuando charlaba con los guardias, mencionaba con familiaridad los nombres de conocidos trotskistas de diversas nacionalidades, como para dar la impresión de que era parte del movimiento; y de pasada aludía a sus donativos a los fondos del partido. En presencia de Trotsky y Natalia, sin embargo, se comportaba casi tímidamente, como le correspondía a un extraño que apenas empezaba a convertirse en "simpatizante". Aquellos eran los días de la escisión entre los trotskistas norteamericanos. Sylvia había tomado partido por Burnham y Shachtman, pero era tan bien recibida como siempre en la Avenida Viena; sólo cuando ella y "Jacson" fueron invitados a tomar el té se produjo una animada discusión. "Jacson" no participó, pero dejó entender que estaba de parte de Trotsky, que convenía en que la Unión Soviética era un Estado obrero y era preciso defenderla "incondicionalmente". Con los secretarios era menos reservado y les contaba las acaloradas discusiones que tenía con Sylvia al respecto. Con todo, se cuidaba de no parecer excesivamente apasionado: ¿no había advertido Trotsky a sus seguidores que los agentes provocadores en sus filas tratarían de mostrar *trop de zèle* y de exacerbar las disputas internas? "Jacson" no hacía nada de eso; sólo trataba sensatamente de que Sylvia volviera a adoptar el punto de vista correcto.

Sin embargo, aun este simulador consumado (que durante los veinte años de su encarcelamiento habría de frustrar los esfuerzos de todos los investigadores, jueces, médicos y psicoanalistas que intentaron descubrir su verdadera identidad y sus relaciones) empezó a amilanarse a medida que se acercaba el momento de cumplir su misión. Regresó de Nueva York, donde probablemente recibió sus instrucciones finales, en actitud melancólica. Habitualmente robusto y alegre, se volvió nervioso y sombrío; su tez se hizo verdosa y pálida; su rostro se contraía espasmódicamente y sus manos temblaban. Pasaba la mayor parte del tiempo en cama, silencioso, encerrado en sí mismo, negándose a hablar con Sylvia. A continuación tenía arranques de alegría y locuacidad que sorprendían a los secretarios de Trotsky. Se jactaba de sus hazañas de alpinista y de la fuerza física que le permitía "rajar un enorme bloque de hielo de un solo hachazo". En una comida demostró la "habilidad quirúrgica" de sus manos trinchando un pollo con inusitada destreza. (Meses más tarde los testigos de esa "demostración" recordaron haberle oído decir que había conocido bien a Klement, cuyo cadáver fue hallado desmembrado con semejante "habilidad quirúrgica"). Hablaba del "genio financiero" de su "jefe" comercial y se ofreció a realizar con él algunas operaciones en la bolsa de valores a fin de ayudar económicamente a la Cuarta Internacional. Un

día, mientras observaba en compañía de Trotsky y Hansen las "obras de fortificación" en la casa de la Avenida Viena, comentó que eran inútiles porque "en el siguiente ataque la GPU utilizaría un método muy diferente"; y al preguntársele qué método sería ése, contestó encogiéndose de hombros.

Los miembros del grupo doméstico habrían de recordar esos y otros incidentes sólo tres o cuatro meses más tarde, cuando comprendieron cuán ominosos habían sido. Por el momento no vieron en ellos nada más que señales del temperamento errático de "Jacson". Sólo Trotsky, que lo conocía tan poco, concibió aprensiones. Cierto es que había defendido a "Jacson" sin mucho entusiasmo cuando alguien dijo con indignación que éste, durante su visita a Nueva York, ni siquiera había visitado las oficinas trotskistas allí. Bueno, bueno, contestó Trotsky, el marido de Sylvia era, por supuesto, un tipo frívolo que tal vez nunca llegaría a valer mucho como camarada, pero quizá se superaría: para fundar un partido hacía falta toda clase de gente. Pero las alusiones de "Jacson" a su "jefe", el "genio financiero", y a las especulaciones en la bolsa de valores que estaba dispuesto a emprender en beneficio del "movimiento", inquietaron a Trotsky. "Aquellas breves conversaciones", dice Natalia, "me disgustaban; a León Davidóvich también le chocaban. '¿Quién es ese "jefe" tan rico?', me dijo. 'Deberíamos averiguarlo. A lo mejor resulta ser uno de esos especuladores de tipo fascista. Tal vez será mejor que no recibamos más al marido de Sylvia. . .' " Trotsky había roto con Molinier, que tenía también sus "planes financieros", pero nunca había abrigado la menor duda sobre la sinceridad política de aquél y aun ahora estaba dispuesto a perdonarle sus ofensas. Pero en "Jacson" intuía algo siniestro: ¿estaría relacionado tal vez con los fascistas? Con todo, pese a esa vaga intuición, no le infligiría una afrenta sin comprobar antes las razones de su desconfianza.[179]

El 17 de agosto "Jacson" regresó, diciendo que había escrito un artículo contra Burnham y Shachtman (con algunas referencias también a la situación en la Francia ocupada por los alemanes), y pidió a Trotsky que leyera el texto y le sugiriera correcciones. Así tocó astutamente una fibra sensible en su víctima: el deseo de instruir y mejorar a sus camaradas y seguidores. Con renuencia, pero cumplidamente, Trotsky invitó a "Jacson" a pasar con él a su cuarto de trabajo. Al cabo de sólo diez minutos, Trotsky salió alterado y preocupado. Sus sospechas se habían intensificado súbitamente; dijo a Natalia que no deseaba volver a ver a "Jacson". La causa de su disgusto no era lo que el hombre había escrito —unos cuantos lugares comunes torpes y confusos—, sino su comportamiento. Mientras Trotsky leía el artículo en el escritorio, "Jacson" se sentó en éste, colocándose por encima de la cabeza de su anfitrión, y permaneció en esa posición hasta el término de la entrevista. Y en todo momento conservó el sombrero puesto

[179] Natalia Sedova en *Vie et Mort de Léon Trotsky*, p. 319.

y mantuvo el abrigo apretado contra su cuerpo. Trotsky no sólo se sintió irritado por la descortesía del visitante, sino que volvió a intuir un engaño. Comentó con Natalia que el comportamiento de "Jacson" era "muy impropio de un francés" —y sin embargo "Jacson" se presentaba como un belga educado en Francia. ¿Quién era él realmente? Era preciso averiguarlo. Natalia se desconcertó: le pareció que Trotsky "había advertido algo nuevo en relación con 'Jacson', pero no había llegado aún, o más bien no se daba prisa por llegar, a una conclusión". Con todo, la implicación de lo que había dicho era alarmante: si "Jacson" los engañaba en cuanto a su nacionalidad, ¿por qué lo hacía? ¿Y no estaría engañándolos sobre otras cosas también? ¿Sobre qué cosas? Estas interrogantes deben de haber ocupado la mente de Trotsky, pues dos días más tarde repitió sus observaciones a Hansen, como para cerciorarse de que alguien más abrigaba las mismas aprensiones que él. Sin embargo, el asesino actuó con más rapidez que la intuición y el instinto de conservación de la víctima: fue en la víspera del atentado a su vida cuando Trotsky confió sus vagas sospechas a Hansen.[180]

La entrevista del 17 de agosto fue para "Jacson" el ensayo general de su acción. Logró que Trotsky lo introdujera en su cuarto de trabajo para un *tête à tête,* lo hizo leer un manuscrito y se colocó por encima de su cabeza. Concurrió a su ensayo general con la piqueta, el puñal y la pistola ocultos en el abrigo que mantuvo apretado contra su cuerpo. Es posible que en su bolsillo haya tenido ya la carta que pretendía explicar sus motivos: el texto había sido mecanografiado con mucha anticipación; el día del atentado sólo tuvo que insertar la fecha y firmarlo. En esa carta se presentaba como un "devoto seguidor" de Trotsky que había estado dispuesto a dar la "última gota de su sangre" por él, que se había trasladado a México siguiendo instrucciones de la Cuarta Internacional y que al conocer a Trotsky había sido "la realización de un sueño". Pero en México lo aguardaba "una gran desilusión": el hombre que él había imaginado como *el* jefe de la clase obrera se había desenmascarado como un contrarrevolucionario criminal y lo había instado "a ir a Rusia para organizar allí una serie de atentados contra varias personas y, en primer lugar, contra Stalin". Había descubierto que Trotsky conspiraba "con ciertos dirigentes de países capitalistas" —"el cónsul de una gran nación extranjera lo visitaba con frecuencia"— y que conspiraba tanto contra la Unión Soviética como contra México.[181] El propósito de la carta era que aun la muerte de Trotsky corroborara todas las acusaciones stalinistas, excepto que, en vista del pacto entre Stalin y Hitler, la imputación de que Trotsky era cómplice de Hitler fue sustituida por una sugestión de que se hallaba al servicio del imperialismo norteame-

[180] Natalia Sedova, *ibid.* y *B.O.*, núm. 85, 1941; *Fourth International,* mayo de 1941.

[181] El texto completo de la "confesión" de "Jacson" se encuentra en Albert Goldman *The Assassination of Léon Trotsky,* pp. 5-8.

ricano. Ni siquiera el ardid mediante el cual el "seguidor desilusionado" de Trotsky habría de confirmar las acusaciones stalinistas era nuevo: la mano que había asesinado a Klement escribió las mismas "revelaciones" de un "trotskista desilusionado" en nombre de Klement. Para hacer el fraude más burdo aún, "Jacson" añadió que Trotsky lo había instado a "abandonar a su esposa" porque ésta se había unido al grupo de Shachtman; pero él, "Jacson", no podía vivir ni irse a Rusia sin Sylvia. La falsificación era burda, pero no demasiado burda para los crédulos; y, de todas maneras, ¿quién hallaría el tiempo y la paciencia necesarios para examinarla cuidadosamente entonces, durante el intervalo entre la capitulación de Francia y la Batalla de Inglaterra, cuando la existencia de tantos pueblos y los cimientos de tantos Estados estaban destrozados?

Y así llegó el último día, el martes 20 de agosto. Cuantos lo evocaron posteriormente recordaron la paz y la serenidad excepcionales que reinaron en la casa hasta la hora fatal. El sol resplandecía. El Viejo irradiaba calma, confianza y energía. Cuando se levantó a las 7 de la mañana, no se dirigió a su esposa con la broma sombría y ya habitual: "Ya ves, no nos mataron anoche", sino con una expresión de bienestar físico. "Hacía tiempo que no me sentía tan bien", le dijo; y añadió que los somníferos que había tomado tenían buen efecto en él. "No es la droga lo que te hace bien", replicó ella, "sino el sueño profundo y el descanso completo." "Sí, por supuesto", convino él en tono de satisfacción y se dispuso a "rendir una buena jornada de trabajo". Se vistió rápidamente y "se dirigió con pasos vigorosos al patio para dar de comer a sus conejos". Los había descuidado un poco, pues, por órdenes del médico, había pasado el domingo en cama, de modo que ahora los atendió con diligencia durante dos horas completas. Durante el desayuno volvió a comentar con Natalia lo excelente de su salud y su estado de ánimo. Ansiaba volver a trabajar en "mi pobre libro", el *Stalin,* que había dejado de lado después del asalto de mayo para dedicar su tiempo a la investigación policiaca y a las polémicas del momento. Pero ahora ya había dicho todo lo que tenía que decir sobre el asalto y esperaba que no volvieran a molestarlo en relación con ello. Pero antes de reanudar su trabajo en el *Stalin,* quería escribir un "artículo importante", no para la gran prensa burguesa sino para los pequeños periódicos trotskistas, y hablando con cierta excitación sobre el artículo entró en el estudio.

El correo de la mañana le trajo buenas noticias. Sus archivos, por fin, estaban seguros. Un cable del bibliotecario de la Universidad de Harvard acababa de acusar recibo de los mismos. El traslado de los archivos había dado lugar a cierta inquietud causada por algunos inconvenientes, obra de la GPU o del FBI; y dos días antes Trotsky había dado instrucciones a Albert Goldman, su abogado y camarada norteamericano, para que tomara medidas en caso de que el FBI tratara de investigar sus papeles. "Personalmente no tengo nada que ocultar", le escribió, "pero mis cartas

mencionan a muchas terceras personas." El había depositado los archivos en Harvard bajo la condición de que una de sus secciones permaneciera cerrada hasta 1980.[182] Pero los inconvenientes que se presentaron durante el traslado de los archivos evidentemente no fueron serios, y el asunto quedó resuelto de manera satisfactoria. En su inglés característico, Trotsky escribió unas cartas breves, amables y joviales a los trotskistas norteamericanos.[183] Preguntó por la salud de uno de ellos, que, después de trabajar durante algún tiempo como secretario en Coyoacán, había regresado a su país; agradeció al camarada y a su esposa el envío de un diccionario de argot norteamericano y prometió estudiarlo con detenimiento para poder seguir las conversaciones de sus guardaespaldas durante las comidas. Envió saludos a dos camaradas que habían sido encarcelados por participar en una huelga y estaban a punto de salir en libertad. Y a continuación se dispuso a grabar su último artículo en un dictáfono.[184]

El texto tentativo y amorfo del artículo sugiere que la mente de Trotsky estaba ocupada con el intento de modificar una vieja idea suya o de producir una nueva. Hasta muy poco antes había preconizado el "derrotismo revolucionario", como lo había hecho Lenin durante la primera Guerra Mundial, diciendo a los trabajadores que su tarea no consistía en defender a ninguna patria imperialista, fuera democrática o fascista, sino en convertir la guerra en revolución. Pero ahora, después que los nazis habían conquistado virtualmente a toda Europa y mientras la clase obrera británica y la norteamericana reaccionaban contra esto con un antifascismo militante, Trotsky consideró que la simple repetición de viejas fórmulas no servía de nada. "La guerra actual, como hemos declarado en más de una ocasión, es una continuación de la última. Pero una continuación no es una repetición, [sino] un desarrollo, una profundización, una agudización." De manera similar, la continuación de la política leninista de 1914-17 no debía ser una simple repetición, sino "desarrollo, profundización". El derrotismo revolucionario de Lenin había inmunizado al partido bolchevique contra el fetichismo del patriotismo burgués; pero —contrariamente a una creencia muy difundida— "no pudo ganarse a las masas que no querían un conquistador extranjero". Los bolcheviques habían ganado apoyo popular, no tanto a causa de su "negativa a defender la patria burguesa" cuanto en virtud de los aspectos positivos de su agitación y su acción revolucionarias. Los marxistas y los leninistas en esta guerra debían comprender eso, concluía Trotsky; y se pronunciaba contra el grupo de Shachtman y los pacifistas

[182] Trotsky a Goldman, 17 de agosto de 1940. *The Archives,* Sección cerrada. Esta sección de los archivos contenía la correspondencia de Trotsky con sus partidarios. En un periodo en que casi toda Europa se hallaba bajo el control de la Gestapo o de la GPU, él se consideró obligado a proteger a sus corresponsales en esa forma.

[183] Véase "Trotsky's Last Letters" en *Fourth International,* octubre de 1940.

[184] "Last Article" de Trotsky. *Ibid.*

entre los trotskistas que se oponían a la conscripción en los Estados Unidos. En una carta escrita pocos días antes, había comentado sobre una encuesta de opinión pública cuyos resultados demostraban que el 70 por ciento de los obreros norteamericanos favorecían la conscripción. "Nosotros nos colocamos en el mismo terreno que el 70 por ciento de los obreros [Decimos:] ustedes, los trabajadores, quieren defender... la democracia. Nosotros... queremos ir más lejos. Sin embargo, estamos dispuestos a defender la democracia junto a ustedes, sólo a condición de que sea una verdadera defensa, no una traición a la manera de Pétain." En el artículo, su mente se movía entre Francia, humillada y sometida a un "bonapartismo traicionero y senil", y el escenario norteamericano enormemente diferente. Pero no tuvo tiempo de desarrollar estos pensamientos incipientes; su voz en el dictáfono quedaría como la única expresión de su último intento frustrado de hallar un nuevo rumbo.

A la una de la tarde Rigault, su abogado mexicano, fue a verlo para aconsejarle que respondiera de inmediato a un ataque de *El Popular,* el periódico de Lombardo Toledano, que lo acusaba de difamar a los sindicatos mexicanos. Trotsky temió que eso pudiera arrastrarlo a una polémica árida con los stalinistas locales, pero convino en que tenía que replicar inmediatamente a *El Popular;* y dejó de lado "por unos cuantos días" el artículo sobre el derrotismo revolucionario. "Pasaré a la ofensiva y los acusaré como calumniadores descarados", le dijo a Natalia. Estaba en actitud desafiante, pero jubilosa; y volvió a asegurar a Natalia que se sentía maravillosamente bien. Después de una breve siesta regresó a su escritorio para tomar apuntes de *El Popular.* "Se veía bien", dice Natalia, "y su estado de ánimo era sereno en todo momento." Poco antes lo había visto en el patio, con la cabeza descubierta bajo el sol abrasador, y se apresuró a llevarle su gorra blanca para protegerle la cabeza. Después, de cuando en cuando, abría ligeramente la puerta de su estudio y lo veía "en su posición acostumbrada, inclinado sobre su escritorio, pluma en mano". De puntillas, desde el otro lado de la puerta, la moderna Niobe dirigió sus últimas miradas afectuosas al único ser amado que le quedaba.

Poco después de las cinco de la tarde Trotsky volvió a las conejeras para dar de comer a los conejos. Natalia, al salir a un balcón, observó una "figura poco conocida" de pie junto a él. La figura se acercó, se quitó el sombrero y ella reconoció a "Jacson". " 'Aquí está otra vez', pensé. '¿Por qué ha empezado a venir tan a menudo?', me pregunté." El aspecto de "Jacson" intensificó su presentimiento. El color de su rostro era gris verdoso, sus ademanes eran nerviosos y bruscos, y apretaba su abrigo contra su cuerpo convulsivamente. Recordó súbitamente que él se había jactado ante ella de que nunca usaba sombrero ni abrigo, ni siquiera en el invierno; y le preguntó por qué llevaba sombrero y abrigo en un día de tanto sol. "Tal vez llueva", respondió él; y, diciendo que tenía "una sed terrible", pidió un

vaso de agua. Ella le ofreció té. "No, no, comí demasiado tarde y siento la comida aquí", dijo él señalándose la garganta: "Me está ahogando." Su mente divagaba; no parecía captar el sentido de lo se le decía. Ella le preguntó si había corregido su artículo, y él, apretando su abrigo con una mano, le mostró varias cuartillas mecanografiadas con la otra. Complacida porque su marido no tendría que esforzar la vista con un manuscrito ilegible, se dirigió con "Jacson" hacia las conejeras. Cuando se acercaban, Trotsky se volvió hacia ella y le dijo en ruso que "Jacson" esperaba la llegada de Sylvia y, puesto que ambos saldrían para Nueva York al día siguiente, Natalia tal vez debería invitarlos a una comida de despedida. Ella contestó que "Jacson" acababa de rechazar el té y no se sentía bien. "Liov Davidóvich lo miró con atención, y dijo en un tono de leve reproche: 'Su salud anda mal otra vez, usted se ve enfermo. Eso no es bueno.' "[185] Hubo un momento de silencio embarazoso. El extraño individuo permaneció en actitud de espera, con las cuartillas mecanografiadas en la mano, y Trotsky, que le había aconsejado reescribir el artículo, se sintió obligado a echarle una ojeada al resultado de su nuevo esfuerzo.

"Liov Davidóvich se sentía renuente a abandonar los conejos y no tenía ningún interés en el artículo", relata Natalia. "Pero, dominándose, dijo: 'Bueno, ¿qué le parece si vemos su artículo?' Sin darse prisa, cerró bien las puertas de las conejeras y se quitó sus guantes de trabajo... Se limpió su chaqueta azul y lenta y silenciosamente caminó conmigo y con 'Jacson' hacia la casa. Yo los acompañé hasta la puerta del estudio de L. D.; la puerta se cerró y yo entré en la habitación contigua." Cuando los dos hombres entraron en el estudio, por la mente de Trotsky cruzó un pensamiento: "Este hombre podría matarme". Así, cuando menos, se lo contó a Natalia unos minutos más tarde, cuando yacía sangrante en el suelo. Sin embargo, pensamientos como ése deben de haber pasado por su mente en otras ocasiones —sólo para ser desechados— cuando personas extrañas lo visitaban solas o en grupos. El había resuelto no permitir que su existencia se viera atenazada por el temor y la misantropía, de modo que ahora reprimió este último y leve reflejo de su instinto de conservación. Se dirigió a su escritorio, se sentó e inclinó la cabeza sobre el texto mecanografiado.

Acababa de leer la primera cuartilla cuando un golpe terrible descendió sobre su cabeza. "Yo había puesto mi abrigo... sobre un mueble", testifica 'Jacson', saqué el piolet de alpinista y, cerrando los ojos, lo descargué sobre su cabeza con toda mi fuerza." "Jacson" esperaba que después de ese golpe poderoso su víctima quedaría muerta sin emitir ningún ruido, y que él mismo podría salir del estudio y desaparecer antes de que se descubriera lo sucedido. En lugar de ello, la víctima dio "un grito terrible y penetrante": "Un grito que recordaré toda la vida", dice el asesino.[186] Con el cráneo destrozado y el rostro bañado en sangre, Trotsky se puso en pie

[185] Natalia Sedova, *op. cit.*
[186] Salazar, *op. cit.*, p. 171.

de un salto, arrojó contra su agresor todos los objetos que alcanzó su mano: libros, tinteros, hasta el dictáfono, y después se le abalanzó él mismo. Todo había durado sólo tres o cuatro minutos. El grito desgarrador y penetrante había hecho ponerse de pie a Natalia y los guardias, pero no fue sino al cabo de unos momentos cuando comprendieron de dónde había salido y se lanzaron en esa dirección. Durante esos momentos tuvo lugar una furiosa lucha en el estudio: la última de Trotsky. La libró como un tigre. Forcejeó con el asesino, le mordió la mano y le arrebató la piqueta. El asesino se desconcertó a tal punto que no asestó un segundo golpe ni usó su pistola ni su puñal. A continuación, Trotsky incapaz de mantenerse en pie y poniendo en juego toda su voluntad para no caer a los pies de su enemigo, retrocedió trastabillando. Cuando Natalia irrumpió en la pieza, lo encontró de pie en el umbral, entre el comedor y el balcón, reclinado sobre el marco de la puerta. Su rostro estaba cubierto de sangre, a través de la cual sus ojos azules, sin los anteojos puestos, la miraron con mayor intensidad que nunca. Sus brazos colgaban inertes. " '¿Qué pasa?, ¿qué pasa?', pregunté. Lo abracé, pero él no me contestó inmediatamente. Tuve tiempo de pensar si habría caído algo del techo, que estaba en reparación. ¿Pero por qué aparecía de repente allí? El me dijo lentamente, sin alteración, amargura o despecho: 'Jacson'. Liov Davidóvich me lo dijo como si hubiera querido decir: 'Se cumplió'. Adelantamos algunos pasos y, con mi ayuda, se reposó sobre la estera."[187]

" 'Natasha, te amo.' Lo dijo tan inesperadamente, tan significativamente, casi tan severo, que yo, sin fuerzas por un temblor interior, me incliné hacia él. '¡Oh, oh! No hay que dejar entrar a nadie en tu casa sin ser cateado.' " Ella colocó cuidadosamente un almohadón bajo su cabeza rota, puso hielo en la herida y restañó la sangre de su rostro. " 'Hay que alejar a Seva de todo esto', dijo [él] con dificultad, indistintamente. Pero me pareció que él no se daba cuenta de esta dificultad. '¿Sabes? Allí —y señaló con los ojos la puerta del estudio—. Sentí... comprendí lo que quería hacer... Me quiso... todavía una vez... pero yo lo impedí... Dijo esto en voz baja, calmosa. 'Pero yo lo impedí.' Estas palabras revelaban una cierta satisfacción." Natalia y Hansen se arrodillaron junto a él, cada uno a un lado, y él se volvió hacia Hansen y le habló en inglés, mientras ella se "esforzaba por comprender sus palabras, pero no lo logré".

"Esto es el fin", le dijo a su secretario en inglés, y quiso saber qué había sucedido exactamente. Estaba convencido de que "Jacson" le había disparado y se mostró incrédulo cuando Hansen le dijo que había sido golpeado con un piolet y que la herida era superficial. "No, no, no", replicó señalando su corazón, "siento aquí que esto es el fin. Esta vez lo han logrado". Cuando volvieron a asegurarle que la herida no era muy peligrosa, sonrió levemente con los ojos como si le pareciera divertido que alguien tratara de

[187] Natalia Sedova, *op. cit.*

consolarlo y de ocultarle la verdad precisamente a él. La mayor parte del tiempo mantuvo las manos de Natalia sobre sus labios. "Cuiden a Natalia", añadió en inglés; "ella me ha acompañado muchos, muchos años." "Lo haremos", prometió Hansen. "El Viejo estrechó nuestras manos convulsivamente, con los ojos súbitamente llenos de lágrimas. Natalia se deshizo en llanto, inclinándose sobre él, besando su herida."[188]

Mientras tanto, en el estudio, los guardias se arrojaron sobre el asesino y lo golpearon con las culatas de sus pistolas; los lamentos y quejidos de "Jacson" se escucharon en el exterior. "No, no debe matársele", dijo Trotsky, esforzándose por articular las palabras; "es preciso obligarle a hablar". Los guardias contaron después que, bajo los golpes, "Jacson" dijo: "¡Ellos tienen algo sobre mí! ¡Tienen encarcelada a mi madre!... Sylvia no tiene nada que ver con esto..."; y cuando trataron de obligarlo a decir quién había encarcelado a su madre, negó que fuera la GPU y dijo que él no tenía "nada que ver con la GPU".

Cuando el médico llegó, la pierna y el brazo izquierdo de Trotsky ya estaban paralizados. Y cuando se presentaron los camilleros —simultáneamente con ellos llegó la policía—, Natalia recordó la muerte de Liova en el hospital y no quiso que trasladaran a su marido. Trotsky tampoco quiso que se lo llevaran. Sólo cuando Hansen le prometió que los guardias lo acompañarían, contestó: "Entonces les dejo la decisión a ustedes", como si supiera que para él "los días de tomar decisiones ya habían pasado". Mientras lo colocaban en la camilla, volvió a musitar: "Quiero que todo lo que poseo sea para Natalia... Ustedes cuidarán de ella."[189]

En la puerta de la calle, con tardía vigilancia, los guardias detuvieron a los camilleros. Temerosos de otro ataque, se negaron a que Trotsky fuera sacado de la casa a menos que el general Núñez, jefe de la policía, llegara para hacerse cargo de la escolta. "Pude ver perfectamente", relató más tarde uno de los empleados de la Cruz Verde mexicana, "cómo la esposa del herido cubría el cuerpo de su esposo con un manto blanco. La señora sollozaba y sostenía la cabeza del desterrado con ambas manos, las cuales tenía tintas en sangre. El señor Trotsky no hablaba y ni siquiera lanzaba quejas. Creíamos que estaba muerto, pero pronto nos dimos cuenta de que aún respiraba."[190] Lo llevaron hasta la ambulancia entre dos filas de policías; y cuando se disponían a partir llegó otra ambulancia a recoger al asesino.

"La ambulancia, en el bullicio de la ciudad, en medio de su frivolidad, las apreturas de la gente, la intensa iluminación nocturna, iba maniobrando y adelantando con el ininterrumpido sonido de la sirena y el silbato de los policías en motocicletas. Y nosotros llevábamos a nuestro herido con un dolor profundo, insoportablemente agudo en el corazón y con una alarma siempre creciente. [El] conservaba su lucidez." Su mano derecha describía

[188] Hansen, *op. cit.*
[189] *Ibid.*
[190] Salazar, *op. cit.*, p. 119.

círculos en el aire, como si no encontrara un lugar donde descansar; después se movió sobre la sábana, tocó un recipiente con agua que estaba sobre su cabeza, y por último encontró a Natalia. Ella, inclinándose sobre él, le preguntó cómo se sentía. "Ahora mejor", contestó. A continuación le indicó a Hansen que se acercara a él y hablando en susurros le dio instrucciones sobre la forma en que debía llevarse a cabo la investigación. "Es un asesino político... un miembro de la GPU... o un fascista. Más probablemente de la GPU... pero tal vez ayudado por la Gestapo." (Casi al mismo tiempo, en la otra ambulancia, el asesino entregaba a su escolta la carta en que explicaba sus "motivos" y hacía claro que la Gestapo no tenía nada que ver con el crimen cuando menos.)

Una gran multitud se había congregado ya frente al hospital cuando Trotsky fue sacado de la ambulancia. "Entre ella pueden estar los enemigos...", pensó Natalia. "¿Dónde están los amigos? Es preciso que ellos rodeen la camilla." Pocos minutos después Trotsky yacía en una estrecha cama de hospital y los médicos examinaban su herida. Una enfermera empezó a cortarle el pelo; y él, sonriéndole a Natalia, que estaba de pie a la cabecera de la cama, le recordó que el día antes ambos habían pensado en la necesidad de llamar al peluquero para que le cortara el cabello, pero no lo había hecho. "También ha venido el peluquero", le dijo él sonriendo. Entonces, con los ojos casi cerrados, se dirigió a Hansen con la misma pregunta que le había hecho tantas veces: "Joe, ¿tienes... cuaderno?... Recordó que Hansen no sabía ruso e hizo un gran esfuerzo para dictar un mensaje en inglés. Su voz era apenas audible y sus palabras confusas. Esto es lo que Hansen dice haber apuntado: "Me hallo cerca de la muerte por el golpe de un asesino político... me abatió en mi cuarto. Luché con él... entramos... entramos... hablamos de estadísticas francesas... me golpeó... dígales por favor a mis amigos... estoy seguro... de la victoria... de la Cuarta Internacional... adelante." Cuando empezó a dictar, evidentemente todavía esperaba poder dar su versión del atentado al mismo tiempo que dejar un mensaje político. Pero súbitamente sintió que la vida se le iba, puso fin a la explicación y se apresuró a dar a sus seguidores sus últimas palabras de aliento.

Las enfermeras empezaron a desvestirlo para la operación, cortando con unas tijeras su blusa, su chaleco y su camisa, y sacándole el reloj pulsera. Cuando empezaron a quitarle las últimas prendas, le dijo a Natalia "muy claramente, pero muy afligido": "No quiero que me desnuden ellas; quiero que lo hagas tú." Esas fueron las últimas palabras suyas que ella escuchó. Cuando terminó de desvestirlo, se inclinó sobre él y apoyó sus labios en los suyos. "Me contestaba. Aún. Y aún me contestaba. Y aún. Así fue nuestra despedida."[191]

A las siete y media de esa misma noche, aproximadamente, entró en

[191] Natalia Sedova, *op. cit.*

estado de coma. Cinco cirujanos hicieron la trepanación craneana. La herida tenía una profundidad de siete centímetros. El parietal derecho estaba roto y sus astillas se habían incrustado en el cerebro. El arma del asesino había interesado la sustancia grisblanca y parte del cerebro fue atravesada y destruida. Trotsky "resistió la operación con extraordinaria energía", pero no recuperó el conocimiento; y luchó con la muerte durante más de veintidós horas. Natalia, "con los ojos secos y las manos apretadas", lo veló día y noche, esperando que despertara. Esta es la última imagen que conservó de él:

> Lo incorporaron. La cabeza se inclinó sobre el hombro y cayeron los brazos, como en "El descenso de la Cruz", del Tiziano, el vendaje en lugar de la corona de espinas. Los rasgos de su rostro mantenían toda su pureza y todo su orgullo. Parecía como si fuera a incorporarse bruscamente y decidir él mismo de su suerte.[192]

La muerte se produjo el 21 de agosto a las 7.25 de la noche. La autopsia reveló un cerebro de "extraordinarias dimensiones", con un peso de un kilogramo quinientos sesenta gramos; y "el corazón también era muy grande".[193]

El 22 de agosto, de acuerdo con una costumbre mexicana, un largo cortejo fúnebre marchó lentamente tras el ataúd que llevaba el cadáver de Trotsky, a lo largo de las principales avenidas de la ciudad y también a través de los barrios obreros, donde multitudes pobremente vestidas, descalzas y silenciosas llenaban las aceras. Los trotskistas norteamericanos intentaron llevar el cadáver a los Estados Unidos, pero el Departamento de Estado le negó una visa aun muerto. El cadáver permaneció en capilla, y alrededor de 300 000 hombres y mujeres desfilaron frente al féretro, mientras en las calles resonaba el *Gran corrido de León Trotsky,* compuesto por un bardo anónimo.[194]

El 27 de agosto el cadáver fue incinerado y las cenizas sepultadas en el

192 *Ibid.*

193 Salazar, *op. cit.,* pp. 125-126.

194 Salazar, *op. cit.* He aquí dos estrofas del corrido, que expresa un desprecio verdaderamente plebeyo hacia el "taimado y cobarde" asesino:

Murió Trotsky asesinado
de la noche a la mañana
porque habían premeditado
venganza tarde o temprano.

Fue un día martes por la tarde
esta tragedia fatal
que ha conmovido al país
y a toda la capital.

Pravda informó sobre el hecho en unos cuantos renglones, diciendo que Trotsky había muerto a manos de un "partidario desilusionado".

jardín de la "pequeña fortaleza" de Coyoacán. Una piedra blanca y rectangular fue colocada sobre la tumba, con una bandera roja desplegada sobre ella.

Natalia vivió en la casa otros veinte años, y cada mañana, al levantarse, sus ojos se volvieron hacia la piedra blanca en el jardín.

EPÍLOGO
VICTORIA EN LA DERROTA

En toda la historia de la Revolución Rusa, y en la historia del movimiento obrero y del marxismo, ningún periodo ha sido tan difícil como los años del último exilio de Trotsky. Esta fue una época en que, parafraseando a Marx, "la idea empujaba hacia la realidad", pero como la realidad no tendía hacia la idea se creó un abismo entre una y otra, un abismo más estrecho, pero más profundo que nunca. El mundo estaba plagado de contradicciones extraordinarias. Nunca había estado el capitalismo tan cerca de la catástrofe como durante las crisis y depresiones de los años treinta, y nunca había mostrado una capacidad de resistencia tan brutal. Nunca había avanzado tan impetuosamente la lucha de clases hacia un clímax revolucionario, y sin embargo nunca había sido tan incapaz de alcanzarlo. Nunca habían sido inspiradas por el socialismo masas tan enormes de seres humanos, y nunca habían sido tan inermes e inertes. En toda la experiencia del hombre moderno no había habido nada tan sublime y tan repugnante como el primer Estado obrero y el primer ensayo de "construcción del socialismo". Y tal vez nunca antes había vivido ningún hombre en una comunión tan íntima con los sufrimientos y los empeños de la humanidad oprimida y en una soledad tan absoluta como las que vivió Trotsky.

¿Cuál fue la significación de su obra y la lección de su derrota?

Toda respuesta debe ser tentativa, pues aún carecemos de suficiente perspectiva histórica y nuestra apreciación de Trotsky se deriva fundamentalmente de nuestro juicio sobre la Revolución Rusa. Si optáramos por pensar que todo lo que los bolcheviques luchaban por alcanzar —el socialismo— no era más que una *fata morgana,* que la revolución tan sólo sustituyó una forma de explotación por otra y que no podía hacer otra cosa, entonces Trotsky aparecería como el gran sacerdote de un dios condenado a fracasar, como el servidor de una utopía mortalmente atrapado en sus sueños y sus ilusiones. Aun entonces se ganaría el respeto y la simpatía que merecen los grandes utopistas y visionarios, y sobresaldría entre éstos como uno de los más grandes. Aun cuando fuera cierto que el destino del hombre consiste en ir dando tumbos de derrota en derrota en medio del dolor y la sangre, y en sacudirse un yugo sólo para inclinar la cerviz bajo el peso de otro, aun entonces los anhelos de un destino diferente por parte del hombre seguirían despejando, como columnas de fuego, la oscuridad y las sombras del interminable desierto a través del cual ha errado sin que al término de éste exista una tierra de promisión. Y nadie en nuestra época ha expresado esos anhelos tan vívida y sacrificadamente como Trotsky.

Pero, ¿ha sido la Revolución Rusa capaz únicamente de dar al pueblo un yugo en lugar de otro? ¿Ha de ser ése su único resultado? Tal juicio pareció plausible a quienes contemplaron el stalinismo durante los últimos años de la vida de Trotsky y aun después. En oposición a ellos, Trotsky afirmó su convicción de que en el futuro, después que la sociedad soviética hubiese avanzado hacia el socialismo, el stalinismo sería visto tan sólo como "un retroceso episódico". Su optimismo pareció infundado incluso a sus seguidores. Al cabo de casi veinticinco años, sin embargo, su vaticinio aún puede parecer audaz, pero difícilmente infundado. Es evidente que aun bajo el stalinismo la sociedad soviética realizó un inmenso progreso en muchos campos, y que el progreso, inseparable de su economía nacionalizada y planificada, quebrantaba y corroía al stalinismo desde adentro. En los días de Trotsky era demasiado temprano para tratar de hacer el balance de este desarrollo: sus propios intentos no fueron impecables, y el balance no es todavía completamente claro, aun un cuarto de siglo más tarde. Pero es evidente que la sociedad soviética ha venido luchando, y no sin éxito, para deshacerse de los grandes impedimentos y para llevar adelante las grandes realizaciones que heredó de la era de Stalin. Ha habido en la Unión Soviética mucha menos pobreza, mucha menos desigualdad y mucha menos opresión en los primeros años de la década del sesenta de las que hubo en la del treinta o en los primeros años de la del cincuenta. El contraste es tan notable que resulta anacrónico hablar de "la nueva esclavitud totalitaria instaurada por el colectivismo burocrático". Las cuestiones sobre las cuales Trotsky debatió con sus discípulos en su última controversia siguen debatiéndose todavía, no en el seno de pequeñas sectas sino ante un público mundial. Todavía cabe discutir si la burocracia soviética es "una nueva clase" y si es la reforma o la revolución lo que hace falta para poner fin a su régimen arbitrario. Lo que está fuera de toda discusión es que las reformas de la primera década posterior a Stalin, no importa cuán inadecuadas y contradictorias puedan ser, han mitigado y limitado en gran medida el despotismo burocrático, y que nuevas corrientes de aspiraciones populares actúan para transformar más aún y en un sentido más radical a la Unión Soviética.

Aun así, la creencia de Trotsky de que algún día todos los errores del stalinismo se verían tan sólo como "un retroceso episódico", puede resultar ofensiva para la sensibilidad contemporánea. Pero él aplicaba la gran escala histórica a los acontecimientos y a su propio destino: "Cuando se trata de los cambios más profundos en los sistemas económicos y culturales, veinticinco años pesan menos en la historia que una hora en la vida de un hombre." (Su inclinación a adoptar la perspectiva histórica a largo plazo no embotaba su sensibilidad frente a las injusticias y las crueldades de su época; por el contrario, la agudizaba. El denunció la perversión stalinista del socialismo tan apasionadamente porque nunca perdió de vista el panorama de un futuro socialista verdaderamente humano.) Medido con su

escala histórica, el progreso que la Unión Soviética ha logrado desde sus días es tan sólo un comienzo modesto, modestísimo. Con todo, aun ese comienzo reivindica la revolución y el fundamental optimismo de Trotsky en cuanto a ella, y despeja la densa niebla de la desilusión y la desesperanza.

La vida y la obra enormes de Trotsky son un elemento esencial de la experiencia de la Revolución Rusa e, indudablemente, de la sustancia de la civilización contemporánea. La singularidad de su destino y las extraordinarias cualidades morales y estéticas de su ejecutoria hablan por sí mismas y atestiguan la significación del hombre. No puede ser, sería contrario a todo sentido histórico, que una energía intelectual tan poderosa, una actividad tan prodigiosa y un martirio tan noble no hayan de tener ricas consecuencias a la larga. Ese es el material de que están hechas las leyendas más sublimes e inspiradoras. Sólo que la leyenda de Trotsky se compone de principio a fin de hechos registrados y verdades comprobables. En ella, ningún mito revolotea sobre la realidad, sino que la realidad misma se eleva a la altura del mito.

Tan copiosa y espléndida fue la carrera de Trotsky, que cualquier parte o fracción de ella habría bastado para llenar la vida de una personalidad histórica sobresaliente. De haber muerto a la edad de treinta o treinta y cinco años, poco antes de 1917, Trotsky habría ocupado su lugar en un mismo nivel con pensadores y revolucionarios rusos como Bielinsky, Herzen y Bakunin, como su descendiente y su igual marxista. Si su vida hubiese terminado en 1921 o después, más o menos en el mismo momento en que murió Lenin, habría sido recordado como el jefe de Octubre, como el fundador del Ejército Rojo y su caudillo en la guerra civil, y como el mentor de la Tercera Internacional que habló a los trabajadores del mundo con el vigor y la brillantez de Marx y con acentos que no se habían vuelto a escuchar desde los días del *Manifiesto Comunista.* (Fueron necesarias varias décadas de falsificación y calumnia stalinistas para empañar y borrar esa imagen suya en la memoria de dos generaciones.) Las ideas que él expuso y la obra que realizó como jefe de la Oposición entre 1923 y 1929 constituyen la suma y la sustancia del capítulo más trascendente y dramático en los anales del bolchevismo y el comunismo. Trotsky actuó como protagonista en la controversia ideológica más grande del siglo, como iniciador intelectual de la industrialización y la economía planificada, y por último como portavoz de todos aquellos que resistieron, dentro del partido bolchevique, el advenimiento del stalinismo. Aun cuando él no hubiera sobrevivido al año de 1927, habría dejado tras de sí un legado de ideas que no podría ser destruido ni condenado al olvido permanente, el legado por el cual muchos de sus seguidores se enfrentaron al pelotón de fusilamiento con su nombre en los labios, un legado al que el tiempo va añadiendo pertinencia y peso y hacia el cual una nueva generación soviética va encontrando a tientas su camino.

Además de todo esto están sus ideas, escritos, luchas y andanzas del pe-

riodo narrado en el presente volumen. Hemos reseñado críticamente sus fiascos, falacias y errores de cálculo: su fiasco con la Cuarta Internacional, sus errores en cuanto a las posibilidades de la revolución en el Occidente, sus confusiones en cuanto a las reformas y la revolución en la URSS, y las contradicciones del "nuevo trotskismo" de sus últimos años. También hemos examinado aquellas de sus campañas que ahora han quedado plena e incontrovertiblemente justificadas: sus esfuerzos magníficamente previsores, aunque vanos, por despertar a los obreros alemanes, a la izquierda internacional y a la Unión Soviética frente al peligro mortal del ascenso de Hitler al poder; sus críticas constantes a los horrendos abusos del poder por parte de Stalin, de las cuales las menos enérgicas no fueron las relativas a su dirección de los asuntos económicos, especialmente en la colectivización; y su titánica lucha final contra las Grandes Purgas. Aun los epígonos del stalinismo, que todavía hacen todo lo posible por mantener a raya el fantasma de Trotsky, admiten por implicación que en esas grandes cuestiones él tenía la razón: todo lo que al cabo de tantos años ellos mismos han logrado hacer, con todo el valor que el Stalin difunto ha inspirado en ellos, es un eco deformado de las protestas, acusaciones y críticas de Trotsky contra Stalin.

Es preciso recalcar una vez más que la fuerza y la debilidad de Trotsky estuvieron arraigadas por igual, hasta el último momento, en el marxismo clásico. Sus derrotas resumieron la discrepancia fundamental que acosó al marxismo clásico como doctrina y como movimiento: la discrepancia y el divorcio entre la visión marxista del desarrollo revolucionario y el desarrollo real de la lucha de clases y la revolución.

La revolución socialista no hizo sus primeras inmensas conquistas en el Occidente avanzado, sino en el Oriente atrasado, en países donde predominaban los campesinos y no los obreros industriales. Su tarea inmediata no fue instaurar el socialismo, sino iniciar la "acumulación socialista primitiva". Según el esquema marxista clásico, la revolución habría de ocurrir cuando las fuerzas productivas de la vieja sociedad hubiesen desbordado sus relaciones de propiedad al punto de destruir la antigua estructura social; la revolución habría de crear nuevas relaciones de propiedad y la nueva estructura para fuerzas productivas plenamente desarrolladas, avanzadas y dinámicas. Lo que sucedió en realidad fue que la revolución creó las formas de organización social más avanzadas para las economías más atrasadas; estableció estructuras de propiedad y planificación social alrededor de fuerzas productivas subdesarrolladas y arcaicas, y en parte alrededor de un vacío. La concepción marxista teórica de la revolución quedó, por consiguiente, vuelta al revés. Las nuevas "relaciones de producción", al hallarse por encima de las fuerzas productivas existentes, se hallaron también por encima de la comprensión de la mayor parte de la población; y así el gobierno revolucionario las defendió y desarrolló contra la voluntad de la mayoría. El despotismo burocrático ocupó el lugar de la democracia sovié-

tica. El Estado, lejos de extinguirse gradualmente, adquirió un poder feroz que no conocía precedentes. El conflicto entre la norma marxista y la realidad de la revolución llegó a saturar todo el pensamiento y toda la actividad del partido gobernante. El stalinismo trató de superar el conflicto pervirtiendo o desechando la norma. El trotskismo intentó salvar la norma o establecer un equilibrio provisional entre la norma y la realidad hasta que la revolución en el Occidente resolviera el conflicto y restaurara la armonía entre la teoría y la práctica. Los fracasos de la revolución en el Occidente quedaron resumidos en la derrota de Trotsky.

¿Cuán definitiva e irrevocable fue la derrota? Ya hemos visto que, mientras Trotsky vivió, Stalin nunca lo consideró finalmente vencido. El temor de Stalin no era una simple obsesión paranoica. Otros actores principales del drama político lo compartían. Robert Coulondre, embajador francés ante el Tercer Reich, ofrece un interesante testimonio en una descripción de su última entrevista con Hitler en vísperas del estallido de la segunda Guerra Mundial. Hitler se jactó de las ventajas que había obtenido como resultado de su pacto con Stalin, que acababa de firmar, y trazó un grandioso panorama de su futuro triunfo militar. En respuesta, el embajador francés apeló a su "razón" y habló de los trastornos sociales y la revolución que podrían seguir a una guerra prolongada y terrible y barrer a todos los gobiernos beligerantes. "Usted se ve a sí mismo como vencedor...", dijo el embajador, "pero, ¿ha considerado usted otra posibilidad: la de que el vencedor sea Trotsky?" Al escuchar esas palabras, Hitler se puso de pie de un salto (como si lo "hubiesen golpeado en la boca del estómago") y gritó que esa posibilidad, la amenaza de la victoria de Trotsky, era una razón de más para que Francia y la Gran Bretaña no fueran a la guerra contra el Tercer Reich. Así, el amo del Tercer Reich y el emisario de la Tercera República, en sus últimas maniobras, durante las últimas horas de paz, trataron de intimidarse el uno al otro, y al gobierno de cada uno, invocando el nombre del solitario proscrito atrapado y enclaustrado en el otro extremo del mundo. "Los acosa el espectro de la revolución, le dan el nombre de un hombre", comentó Trotsky cuando leyó el diálogo.

¿Se equivocaban del todo Hitler y el embajador cuando daban al espectro el nombre de Trotsky? Podría argumentarse que, aun cuando su temor era bien fundado, debieron haber dado al espectro el nombre de Stalin y no el de Trotsky: era Stalin, en todo caso, quien habría de triunfar sobre Hitler. Con todo, como sucede con tanta frecuencia en la historia, en este caso las realidades subyacentes eran mucho más confusas y ambiguas que la superficie de los acontecimientos. La victoria de Stalin sobre Trotsky ocultaba un poderoso elemento de derrota, en tanto que la derrota de Trotsky estaba preñada de victoria.

La cuestión central de la disputa "ideológica" entre ellos había sido el socialismo en un solo país: el problema de si la Unión Soviética construiría o podría construir el socialismo en condiciones de aislamiento, sobre la base

de la autosuficiencia nacional, o si el socialismo sólo era concebible como un orden social internacional. La solución que los acontecimientos han dado al problema es mucho menos clara de lo que fueron los argumentos teóricos, pero se acerca mucho más a la concepción de Trotsky que a la de Stalin. Mucho antes de que la Unión Soviética se aproximara a algo parecido al socialismo, la revolución se propagó a otros países. La historia, podría decirse, no dejó sola a la Unión Soviética el tiempo suficiente para que un experimento de laboratorio con el socialismo en un solo país pudiera llegar a una etapa avanzada, no digamos ya quedar completado. En la medida en que, en la lucha entre el trotskismo y el stalinismo, el internacionalismo revolucionario chocó con el aislacionismo bolchevique, el vencedor ciertamente no ha sido el stalinismo: el aislacionismo bolchevique murió hace mucho tiempo. Por otra parte, la capacidad de supervivencia de la Unión Soviética, aun en aislamiento, fue mucho mayor de lo que Trotsky supuso en ocasiones; y, contrariamente a lo que él esperaba, no fue el proletariado del Occidente quien liberó a la Revolución Rusa del aislamiento. Por una hazaña de la ironía de la historia, el propio stalinismo abandonó a pesar suyo su caparazón nacional.

En su último debate, Trotsky hizo depender todo el futuro del marxismo y del socialismo de las consecuencias de la segunda Guerra Mundial. Convencido de que la guerra debía conducir a la revolución —a la revolución marxista clásica— afirmó que, de no suceder tal cosa, el marxismo quedaría refutado, el socialismo sería derrotado de una vez por todas por abandono del combate, y la época del colectivismo burocrático se había inaugurado. Esta fue, en todo czso, una idea apresurada, dogmática y desesperada: la realidad histórica habría de resultar, una vez más, incomparablemente más intrincada que el esquema del teórico. La revolución, en efecto, puso en marcha una nueva serie de revoluciones; sin embargo, una vez más, el proceso no coincidió con la pauta clásica. El proletariado occidental volvió a ser incapaz de asaltar y conquistar los bastiones del poder; y en Europa oriental fue principalmente bajo el impacto del poderío armado de Rusia, cuando éste avanzó victoriosamente hasta el Elba, como se derrumbó el viejo orden. El divorcio entre la teoría y la práctica —o entre la norma y el hecho —se hizo más profundo aún.

Este desarrollo de los acontecimientos no fue fortuito. Representó una continuación de la tendencia que se había anunciado por primera vez en 1920-21, cuando el Ejército Rojo marchó sobre Varsovia y cuando ocupó a Georgia.[1] Con esos actos militares, el ciclo revolucionario iniciado por la primera Guerra Mundial tocó a su fin. En el comienzo de ese ciclo, el bolchevismo se había elevado sobre la cresta de una revolución genuina; hacia su término, los bolcheviques empezaron a propagar la revolución por medio de la conquista. A continuación siguió el largo intervalo de dos dé-

[1] Véase *El profeta armado,* pp. 423-435.

cadas, durante las cuales el bolchevismo no se expandió. Cuando la segunda Guerra Mundial inició el siguiente ciclo revolucionario, éste comenzó donde había concluido el primero: con la revolución por la conquista. En la historia militar existe, como una regla, una continuidad entre la fase final de una guerra y la fase inicial de otra: las armas y las ideas sobre la guerra inventadas y formadas hacia el final de un conflicto armado dominan la primera etapa del siguiente conflicto. Una continuidad similar existe también entre los ciclos revolucionarios. En 1920-21 el bolchevismo, al esforzarse por romper su aislamiento, trató, en forma más bien desesperada, de llevar la revolución al extranjero en la punta de las bayonetas. Dos y tres décadas después el stalinismo, sacado de su caparazón nacional por la guerra, le impuso la revolución a toda Europa oriental.

Trotsky había contado con que el segundo ciclo revolucionario comenzaría en las mismas formas en que había empezado el primero, con luchas de clases e insurrecciones proletarias, cuyo resultado dependería fundamentalmente del equilibrio de las fuerzas sociales dentro de cada nación importante y de la calidad de la dirección revolucionaria nacional. Sin embargo, el nuevo ciclo no se inició donde había comenzado el primero, sino donde había terminado, no con la revolución desde abajo, sino con la revolución desde arriba, con la revolución por la conquista. Puesto que esto sólo podía ser obra de una gran potencia que aplicara su presión, en primer término, a su propia periferia, el ciclo se desarrolló en los países vecinos de la Unión Soviética. Los principales agentes de la revolución no fueron los obreros de esos países y sus partidos, sino el Ejército Rojo. El éxito o el fracaso no dependió del equilibrio de las fuerzas sociales dentro de ningún país, sino fundamentalmente del equilibrio internacional del poder, de los pactos diplomáticos, las alianzas y las campañas militares. La lucha y la cooperación de las grandes potencias se impusieron sobre la lucha de clases, transformándola y deformándola. Todos los criterios por medio de los cuales los marxistas solían juzgar la "madurez" o "inmadurez" para la revolución, cayeron por la borda. El pacto de Stalin con Hitler y la división de esferas de influencia entre ellos constituyó el punto de partida para la transformación social en la Polonia oriental y en los Estados bálticos. Las revoluciones en Polonia propiamente dicha, en los países balcánicos y en Alemania oriental se realizaron sobre la base de la división de esferas de influencia que Stalin, Roosevelt y Churchill acordaron en Teherán y Yalta. En virtud de esa división, las potencias occidentales utilizaron su influencia y su fuerza para reprimir, con la connivencia de Stalin, la revolución en Europa occidental (y en Grecia) independientemente de todo equilibrio local de las fuerzas sociales. Es probable que, de no haber existido los acuerdos de Teherán y Yalta, la Europa occidental más bien que la oriental se habría convertido en el teatro de la revolución, especialmente Francia e Italia, donde la autoridad de las viejas clases gobernantes estaba en ruinas, las clases trabajadoras se habían rebelado y los partidos comunistas enca-

bezaban el grueso de la resistencia armada. Stalin, actuando sobre la base de sus compromisos diplomáticos, consiguió que los comunistas franceses e italianos se resignaran a la restauración del capitalismo virtualmente arruinado en sus países e incluso a que ayudaran a la restauración. Al mismo tiempo, Churchill y Roosevelt indujeron a los grupos burgueses gobernantes de Europa oriental a someterse a la preponderancia de Rusia y, en consecuencia, a capitular ante la revolución. En ambos lados de la gran división, el equilibrio internacional del poder ahogó a la lucha de clases. Al igual que en la era napoleónica, tanto la revolución como la contrarrevolución fueron los productos secundarios de las armas y la diplomacia.

Trotsky sólo llegó a ver el comienzo de esta gran cadena de acontecimientos. No comprendió lo que presagiaba. Todos sus hábitos de pensamiento le hacían difícil, si no imposible, imaginarse que durante toda una época los ejércitos y las diplomacias de tres potencias serían capaces de imponer su voluntad sobre todas las clases sociales de la vieja Europa; y que, por consiguiente, la lucha de clases, reprimida en el nivel en que tradicionalmente se había desarrollado, se libraría en un nivel y en formas diferentes, como rivalidad entre bloques de poder y como guerra fría.

Tanto por convicción teórica como por instinto político, Trotsky no podía menos que ver con disgusto la revolución por la conquista. Se había opuesto a las invasiones de Polonia y Georgia en 1920-21, cuando Lenin favoreció esas empresas. Como Comisario de la Guerra había desautorizado categóricamente a Tujachevsky, el primer exponente del método neonapoleónico de llevar la revolución a países extranjeros. Veinte años antes de la segunda Guerra Mundial, censuró al misionero armado del bolchevismo, diciendo que "más valdría que le colgaran una rueda de molino al cuello y lo echaran al mar". Su actitud de 1940 siguió siendo la misma de 1920. Aún veía en la revolución por medio de la conquista la aberración más peligrosa del camino revolucionario. Aún confiaba en que los obreros del Occidente serían empujados por sus propias circunstancias a luchar por el poder y por el socialismo, y consideraba que sería tan criminal por parte del gobierno soviético intentar hacerles su revolución como sería actuar directamente contra sus intereses revolucionarios. Aún veía al mundo grávido de socialismo; aún creía que la gravidez no podría durar mucho; y temía que cualquier acción torpe al respecto tuviera como resultado un aborto. No se equivocaba del todo: los torpes manejos armados de Stalin con la revolución han producido muchos engendros mortinatos... y muchas monstruosidades vivientes.

Con todo, al verse frente a la revolución por la conquista, Trotsky volvió a encontrarse en una grave incertidumbre. El era partidario de la revolución y enemigo de las conquistas; pero cuando la revolución desembocaba en la conquista o cuando la conquista fomentaba la revolución, no podía llevar su oposición hasta el punto de un rompimiento abierto e irrevocable. No la llevó hasta ese punto en relación con Georgia y Polonia en 1920-21,

y tampoco lo hizo en relación con Polonia y Finlandia en 1939-40. Si hubiese vivido para presenciar las consecuencias de la segunda Guerra Mundial su dilema se habría agravado, se habría vuelto enorme e insoluble. No debemos dudar de que habría denunciado a Stalin por vender los intereses del comunismo en el Occidente, ni de que al mismo tiempo la lógica de su actitud lo habría obligado a aceptar la realidad de la revolución en Europa oriental y, pese a todo el disgusto que le inspiraban los métodos stalinistas, a reconocer a las "democracias populares" como Estados obreros. Tal actitud, sean cuales fueren sus méritos y su integridad, no podía ofrecer ninguna clave para la acción política práctica; y así Trotsky, el hombre de la acción práctica, difícilmente habría encontrado un papel efectivo que desempeñar en todo el drama de la posguerra. En este nuevo ciclo revolucionario no había lugar para el marxismo clásico.

El nuevo ciclo, sin embargo, al igual que el anterior, habría de terminar de manera diferente a como había comenzado. Culminó con la Revolución China, que no fue impuesta desde arriba ni llevada al país en la punta de las bayonetas extranjeras. Mao Tse-tung y su partido lucharon por el poder a pesar de Stalin (que en 1945-48, al igual que en 1925-26, se esforzó por llegar a un acuerdo con el Kuomintang y Chiang Kai-shek); y, después de tomar el poder, no se detuvieron en las etapas "democrático-burguesas" de la transformación, sino que, obedeciendo a la lógica de la "revolución permanente", la llevaron a su conclusión antiburguesa. Este "Octubre chino" fue, en cierto sentido, otro de los triunfos póstumos de Trotsky.

Sin embargo, en este caso también "gris es toda teoría y verde eternamente el árbol de la vida". El proletariado industrial no fue la fuerza impulsora de la transformación revolucionaria. Los ejércitos campesinos de Mao "sustituyeron" a los trabajadores urbanos y llevaron la revolución del campo a la ciudad. Trotsky había estado convencido de que, si esos ejércitos permanecían confinados en las zonas rurales durante mucho tiempo, se asimilarían tanto al campesinado que llegarían a defender sus intereses individualistas contra los trabajadores urbanos y contra el socialismo, convirtiéndose así en el baluarte de una nueva reacción. (¿No habían los ejércitos campesinos chinos del pasado realizado *jacqueries* y no habían derrocado viejas dinastías sólo para reemplazarlas con otras nuevas?) Este análisis era correcto en términos del marxismo clásico, que suponía que un partido de la revolución socialista no sólo necesita "representar" a los trabajadores urbanos, sino que necesariamente debe vivir con ellos y actuar a través de ellos: de otra suerte se desplazará socialmente y expresará intereses de clase extraños. Y bien podría haber sucedido, en efecto, que si esa revolución hubiese dependido exclusivamente de los alineamientos sociales en el interior de China, los guerrilleros de Mao se hubiesen identificado a tal punto con el campesinado durante su periodo de Yenán, que, a pesar de su origen comunista, hubiesen sido incapaces de pasar de la *jacquerie* a la revolución proletaria. Pero el resultado de la lucha fue determinado, aun en

China, por los factores internacionales tanto como por los nacionales. En medio de la guerra fría y frente a la intervención norteamericana hostil, el partido de Mao se aseguró el poder vinculándose con la Unión Soviética y transformando la estructura social de China en consonancia con esa vinculación. Así, la hegemonía revolucionaria de la Unión Soviética logró (a pesar de la obstrucción inicial de Stalin) lo que sólo los obreros chinos podrían haber logrado: impulsar a la Revolución China en una dirección antiburguesa y socialista. Con el proletariado chino casi disperso y ausente del escenario político, la atracción gravitacional de la Unión Soviética convirtió a los ejércitos campesinos de Mao en agentes del colectivismo.

Con esto, la marea de la revolución se desplazó más aún hacia el este, apartándose todavía más del Occidente "avanzado"; y se incrustó una vez más en una sociedad preindustrial primitiva y miserable. Más que nunca el marxismo clásico pareció carecer de pertinencia para los problemas del Oriente tanto como para los del Occidente. Sin embargo, la dialéctica de la situación era tal que al mismo tiempo se desarrollaban procesos que le conferían, de manera inesperada, una nueva validez. Gracias a la industrialización intensiva, el Oriente atrasado se hacía cada vez menos atrasado. La Unión Soviética surgió como la segunda potencia industrial del mundo, con su estructura social radicalmente transformada, su numerosa clase obrera industrial esforzándose por lograr un modo de vida moderno, y sus niveles de vida y de educación popular elevándose rápida aunque desigualmente. Los prerrequisitos del socialismo que el marxismo clásico sólo había dado por existentes en los países intensamente industrializados del Occidente se creaban e integraban dentro de la sociedad soviética. En relación con las nuevas necesidades de esa sociedad, el stalinismo, con sus amalgamas de marxismo y barbarie, era anacrónico. Sus métodos de acumulación primitiva eran demasiado primitivos; su anti-igualitarismo era demasiado escandaloso; su despotismo absurdo. Las tradiciones del marxismo y de la Revolución de Octubre, habiendo sobrevivido en un estado de hibernación, por decirlo así, empezaron a despertar en las mentes de millones de seres humanos y a luchar contra los privilegios burocráticos, la inercia del stalinismo y el peso muerto del dogma monolítico. A través de la modernización forzosa de la estructura de la sociedad, el stalinismo había avanzado hacia su propia destrucción y había preparado el terreno para el retorno al marxismo clásico.

El retorno había sido lento y había estado acompañado por la confusión y por ambigüedades sin término. El conflicto entre el stalinismo, o lo que quedaba de éste, y una conciencia socialista renaciente llenó la primera década después de la muerte de Stalin. Si las posiciones trotskistas, zinovievista y bujarinista hubiesen sobrevivido hasta la década del cincuenta, la tarea de la desestalinización les habría tocado a ellas; y la habrían cumplido con honor, con entusiasmo y de manera consecuente. Pero, puesto que todas habían sucumbido con la vieja Atlántida bolchevique, y puesto que la deses-

talinización era una necesidad ineludible, los acólitos y cómplices de Stalin tuvieron que acometer la empresa; y sólo pudieron acometerla con renuencia, con manos y mentes temblorosas, sin olvidar nunca su participación en los crímenes de Stalin y deseando constantemente poner fin a las tremendas revelaciones y a las reformas que ellos mismos habían tenido que iniciar. De todos los fantasmas del pasado, ninguno los acosaba de manera tan burlona y amenazante como el fantasma de Trotsky, su archienemigo, para el cual cada una de sus revelaciones y reformas representaba un homenaje involuntario. Nada, en efecto, preocupaba tanto a Jruschov como el temor de que los jóvenes, exentos de responsabilidad por los horrores de la era de Stalin, llegaran a impacientarse con sus actitudes evasivas y sus subterfugios y se decidieran a reinvindicar públicamente a Trotsky.

Cómo habrá de afectar todo esto al resto del mundo, es una cuestión demasiado complicada para poder examinar en el epílogo de un estudio biográfico. Baste decir aquí que si el desarrollo histórico ha ido cancelando ya la derrota de Trotsky al borrar la vieja antítesis entre la Rusia *atrasada* y el Occidente *avanzado,* antítesis en la que se originó la derrota de Trotsky, entonces la regeneración de la Revolución Rusa deberá ayudar a borrar esa antítesis hasta el fin. El Occidente, en el que un marxismo degradado por la Madre Rusia hasta convertirlo en stalinismo inspiró disgusto y temor, responderá sin duda de manera muy diferente a un marxismo depurado de excrecencias bárbaras. En ese marxismo tendrá que reconocer por fin su propia creación y su propia visión del destino del hombre. Y así la historia completará su círculo

> hasta que la Esperanza cree
> de su propia ruina aquello que contempla.

Trotsky en algunas ocasiones comparó el progreso de la humanidad con la marcha de los peregrinos descalzos que avanzan hacia su santuario dando sólo unos cuantos pasos hacia adelante cada vez, y después retrocediendo o saltando a un lado para volver a avanzar y desviarse o retroceder; así, zigzagueando todo el tiempo, se acercan penosamente a su meta. Trotsky pensó que su misión era la de incitar a los "peregrinos" a seguir avanzando. La humanidad, sin embargo, cuando al cabo de cierto progreso sucumbe a una desbandada, permite que aquellos que la instan a continuar su avance sean injuriados, difamados y atropellados hasta morir. Sólo cuando ha reanudado su marcha hacia adelante rinde un triste homenaje a las víctimas, atesora su memoria y recoge devotamente sus reliquias; entonces les agradece cada gota de la sangre que entregaron, pues sabe que con esa sangre nutrieron la semilla del futuro.

BIBLIOGRAFIA

[Véase también la bibliografía en *El profeta armado* y *El profeta desarmado*]

AVAKUM, PETROV, *Zhizn Protopopa Avakuma,* Moscú, 1960.

BRECHT, B., *Galileo Galilei.*

BRETON, A., *La clé des champs,* París, 1953.

— *Entretiens,* París, 1960.

— Correspondencia con Trotsky en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.

BUDENZ, L. F., *This is My Story,* Nueva York, 1947.

BULLOCK, A., *Hitler—A Study in Tyranny,* Londres, 1953.

BURNHAM, J., artículos y ensayos en *New International* e *Internal Bulletin* del SWP (la organización trotskista norteamericana).

— Correspondencia con Trotsky en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.

— *Managerial Revolution,* Nueva York, 1941.

— *The Coming Defeat of Communism,* Nueva York, 1950.

CANNON, J. P., *History of American Trotskyism,* Nueva York, 1944.

— Artículos en *Fourth International* e *Internal Bulletin* del SWP.

— Correspondencia en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.

CÉLINE, L.-F., *Voyage au bout de la nuit.*

CILIGA, A., *Au pays du grand mensonge,* París, 1937.

— Artículos en *Bulletin Oppozitsii y Sotsialisticheskii Vestnik.*

COULONDRE, R., *De Staline à Hitler, Souvenir de deux Ambassades,* París, 1950. (El comentario de Trotsky sobre lo que relató Coulondre acerca de su última entrevista con Hitler se basó en el artículo publicado por Coulondre en *Paris-Soir*).

M. CRAIPEAU, "J'ai connu l'assassin de Trotsky", *France-Observateur,* 19 de mayo de 1960.

CHEN TU-HSIU, memoranda, ensayos y correspondencia inéditos en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.

CHURCHILL, W. S., *Great Contemporaries,* Londres, 1939.

— *The Second World War* (vol. IV), Londres, 1951.

DEWEY, JOHN, "Means and Ends" en *New International,* 1938. (Véase también *The Case of Leon Trotsky,* y *John Dewey, Philosopher of Science and Freedom, A symposium,* ed. S. Hook.)

DRAPER, TH., *American Communism and Soviet Russia,* Nueva York, 1960.

— *Roots of American Communism,* Nueva York, 1957.

EASTMAN, MAX, *Since Lenin Died,* Londres, 1925.

— *The End of Socialism in Russia,* Londres, 1937.
— *Marxism, is it Science?,* Londres, 1941.
Stalin's Russia and the Crisis in Socialism, Londres, 1940.
— *Great Companions,* Londres, 1959.
— Correspondencia con Trotsky en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
ENGELS, F. y MARX, K., *Briefwechsel,* Berlín, 1949-1950.
FAINSOD, M., *Smolensk under Soviet Rule,* Londres, 1959.
FARRELL, J. T., "Dewey in Mexico" en *John Dewey, A Symposium,* ed. S. Hook.
FREEMAN, J., *An American Testament,* Londres, 1938.
GIDE, ANDRÉ, *Retour de l'URSS,* París, 1936.
GOLDMAN, A., *The Assassination of Leon Trotsky,* Nueva York, s/f.
GREF, YA., Colaboraciones en *Bulletin Oppozitsii.*
GUÉRIN, D., *Jeunesse du Socialisme Libertaire,* París, 1959.
— *Fascisme et Grand Capital,* París, 1936.
HANSEN, J., Reminiscencias sobre Trotsky en *Fourth International.*
HEGEL, G. W. F., *Philosophie der Weltgeschichte.*
HERNÁNDEZ, J., *La Grande Trahison,* París, 1953.
HOOK, S., *The Hero in History,* Londres, 1945.
— *Political Power and Personal Freedom,* Nueva York, 1955.
— ed. *John Dewey, Philosopher of Science and Freedom, A Symposium,* Nueva York, 1950.
LES HUMBLES, Cahiers 5-6, *A Léon Trotsky,* París, 1934.
ISAACS, H., *The Tragedy of the Chinese Revolution* (Prólogo de Trotsky), Londres, 1938.
— Informes sobre China y correspondencia con Trotsky en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
KAGANÓVICH, L., discursos en las Actas de los Congresos del Partido.
KAROLYI, M., *Memoirs,* Londres, 1956.
KERENSKY, A., *The Crucifixion of Liberty,* Londres, 1934.
KHRUSHCHEV, N., *The Dethronement of Stalin.* (Publicación del *Manchester Guardian,* junio de 1956.)
— Discursos en *22 Syezd KPSS,* Moscú, 1962.
KNUDSEN, K., Prólogo a la edición noruega de *Mi vida,* de Trotsky, Oslo.
KOHT, H., *Barricade to Barricade.* (Edición noruega), Oslo.
KROG, H., *Meninger,* Oslo, 1947.
KUN, BELA, (ed.) *Kommunistícheskii Internatsional v Dokumentaj, 1919-32,* Moscú, 1933.
LENIN, V. I., *Sochinenia,* Moscú, 1941-50.
LEVINE, I. DON, *The Mind of an Assassin,* Nueva York, 1959.
LIE, TRYGVE (En nombre del Ministerio de Justicia y Policía de Noruega), *Storting Report,* núm. 19 (relativo a la reclusión y deportación de Trotsky), sometido el 18 de febrero de 1937.

LUNACHARSKY, A., *Revolutsionnye Siluety,* Moscú, 1923.
MACDONALD, DWIGHT, *Memoirs of a Revolutionist,* Nueva York, 1958.
MALRAUX, A., *La Condition Humaine.*
MANUILSKY, D., *The Communist Parties and the Crisis of Capitalism.* Informe en el 11 Pleno del Ejecutivo de la Comintern, marzo-abril de 1931. Londres, s/f.
— Otros artículos y discursos citados de las Actas de los Congresos del Partido y de *Kommunisticheskii Internatsional.*
MARX, K., *Das Kapital.*
— y ENGELS, F., *Das Kommunistische Manifest.*
— *Der 18 Brumaire des Louis Bonaparte.*
— y ENGELS, F., *Briefwechsel,* Berlín, 1949-50.
— *Living Thoughts of Karl Marx* (ed. por L. Trotsky y O. Rühle), Londres, 1946.
MAURIAC, F., *Mémoires Intérieures,* París, 1959.
M. B., "Trotskisty na Vorkute", *Sotsialisticheskii Vestnik,* 1961. (Informe de un testigo presencial sobre el exterminio de los trotskistas en el campo de concentración de Vorkuta en 1938.)
MERLEAU-PONTY, M., *Les Aventures de la Dialectique,* París, 1955.
— *Humanisme et terreur,* París, 1947.
MILIUKOV, P. N., *Istoria Vtoroi Russkoi Revolutsii,* Sofía, 1921.
MOLINIER, RAYMOND y HENRI, Correspondencia con Trotsky y León Sedov citada de *The Trotsky Archives,* Sección cerrada, y los Papeles de León Sedov.
MÓLOTOV, V., discursos e informes en las Actas de los Congresos del Partido.
NADEAU, M., *Histoire du Surréalisme,* París, 1945.
NAVILLE, P., *Trotsky Vivant,* París, 1962.
— Correspondencia en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
NIN, A., Correspondencia en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
ORLOV, A., *The Secret History of Stalin's Crimes,* Londres, 1953.
ORWELL, G., *Homage to Catalonia.*
— *1984.*
PABLO, M., "Vingt Ans de la Quatrième Internationale" en *Quatrième Internationale,* 1958-59.
PARIJANINE, M., "Léon Trotsky ou la Révolution Bannie" en *Les Humbles,* París, 1934.
— Correspondencia en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
PAZ, MAURICE y MAGDELEINE, Correspondencia con Trotsky en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
PFEMFERT, FRANZ, Correspondencia con Trotsky en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
PLEJÁNOV, G., *Izbrannye Filosofskie Proizvedenia* (vol. II), Moscú, 1956.
— *The Role of the Individual in History,* Londres, 1940.

POPOV, N., *Outline History of the CPSU (b)* (vols. I-II). Traducción inglesa de la 16a. edición rusa, Londres, s/f.
PREOBRAZHENSKY, E., *Nóvaya Ekonómika,* vol. I, parte I, Moscú, 1926.
— Ensayos y memoranda (incluido el Manifiesto "Ko Vsem Tovarischam po Oppozitsii") citados de *The Trotsky Archives.*
PRITT, D. N., *The Zinoviev Trial,* Londres, 1936.
RADEK, K, "Ot Oppozitsii v Kloaku Contrrevolutsii" en *Patria v Borbé s Oppozitsiami,* Moscú, 1936.
— Artículos en *Izvestia* y otros periódicos soviéticos. Su "Confesión" en su proceso figura en *Sudebnyi Otchet po Delu Antisoviétskovo Trotskistskovo Tsentra,* Moscú, 1937.
RAHV, PH., Correspondencia con Trotsky en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
RAKOVSKY, CH., Ensayos, artículos y correspondencia en *Bulletin Oppozitsii* y *The Trotsky Archives.*
RAMM, A., Correspondencia en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
REISS, I., "Carta al Comité Central" y "Zapiski" en *Bulletin Oppozitsii,* 1937.
R(IZZI), BRUNO, *La Bureaucratisation du Monde,* París, 1939.
ROSMER, A., *Moscou sous Lénine,* París, 1953.
— Introducción y Apéndices en *Ma Vie,* de Trotsky, París, 1953.
— Artículos en periódicos trotskistas y *La Révolution Prolétarienne.*
— Correspondencia con Trotsky en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
— Correspondencia con el autor del presente libro.
ROWSE, A. L., *End of an Epoch,* Londres.
RÜHLE, O. (y L. TROTSKY), *Living Thoughts of Karl Marx,* Londres, 1946.
SÁNCHEZ SALAZAR, LEANDRO A., *Murder in Mexico* (traducción inglesa de *Así asesinaron a Trotski*), Londres, 1950.
SAYERS, M. y KAHN, A. E., *The Great Conspiracy,* Nueva York, 1947.
SEDOV, LÉON, *Livre Rouge sur le procès de Moscou,* París, 1936. El texto ruso de esta obra apareció simultáneamente como un número especial del *Bulletin Oppozitsii.* Artículos y ensayos en *Bulletin Oppozitsii* (algunas veces con la firma de N. Markin), *Manchester Guardian* y otros periódicos.
— Correspondencia con Trotsky, Natalia y otros miembros de la familia en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
— L. Sedov, papeles entregados al autor del presente libro por Jeanne Martin des Paillères.
SEDOVA, N. (en colaboración con V. SERGE), *Vie et Mort de Trotsky.*
— Recuerdos sobre Trotsky y Lev Sedov en *Bulletin Oppozitsii* y *Fourth International,* 1941.
— Correspondencia familiar en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.

— Correspondencia con el autor del presente libro.
— *Hommage à Natalia Sedova-Trotsky.* (Oraciones fúnebres y recuerdos), París, 1962.
SERGE, V. (y NATALIA SEDOVA), *Vie et Mort de Trotsky,* París, 1951.
— *Mémoires d'un Révolutionnaire,* París, 1951.
— Artículos y cartas en *The New International* y otros periódicos trotskistas o semitrotskistas. Correspondencia en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
SHACHTMAN, M., Artículos y ensayos en *New International, Militant, Internal Bulletin* del SWP, etc.
— Correspondencia en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
SHAW, G. B., *Saint Joan.*
— *To a Young Actress,* Londres, 1960.
— Correspondencia citada de los Archivos del Comité Británico Pro Defensa de León Trotsky y de *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
SHIRER, W. L., *The Rise and Fall of the Third Reich,* Londres, 1960.
SMIRNOV, IVÁN, Memorándumes y correspondencia citados del *Bulletin Oppozitsii* y de *The Thotsky Archives.*
SOBOLEVICIUS-SENIN, *alias* JACK SOBLE, y su hermano, DR. SOBLEN (*alias* ROBERT WELL), correspondencia con Trotsky y León Sedov en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
SOKOLÓVSKAYA (BRONSTEIN), ALEXANDRA, correspondencia con Trotsky y León Sedov, *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
SOUVARINE, B., *Stalin,* Londres, s/f.
— Correspondencia en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
STALIN, J., *Sochinenia* (vols. XII-XIII), Moscú, 1949-51.
TAROV, A., Colaboraciones en *Bulletin Oppozitsii.*
TOGLIATTI, P. (ERCOLI), Discursos y artículos en *Kommunisticheskii Internatsional* y Actas de los Congresos y Conferencias de la Comintern.
THAELMANN, E., discursos, informes y artículos citados de *11 Plenum IKKI, 12 Plenum IKKI, Rote Fahne, Internationale* y *Kommunistische Internationale* (o la edición rusa de esta última).
TROTSKY, L., *Chtó i Kak Proizoshló?,* París, 1929.
— *Moyá Zhizn,* vols. I-II, Berlín, 1930. (La edición inglesa, *My Life.* Londres, 1930; la francesa, *Ma Vie,* con prólogo y apéndice de Alfred Rosmer, París, 1953; la alemana, *Mein Leben,* Berlín, 1929), (la española, *Mi vida,* México, 1946. N. del T.)
— *The History of the Russian Revolution,* vols. I-III, traducida por Max Eastman, Londres, 1932-33. (Hay edición española, *Historia de la Revolución Rusa,* en dos volúmenes, traducida por Jorge Abelardo Ramos, Editorial Tilcara, Buenos Aires, 1962-63. Se trata de una versión corregida de la traducción de Andrés Nin, publicada en dos volúmenes por la Editorial Cenit, de Madrid, en 1932. N. del T.)
— *Ecrits, 1928-40,* vols. I-III, con prólogo de Pierre Frank, París, 1955-59.

— *O Lenine* Moscú, 1924. (Edición francesa, *Lénine,* París, 1925), una colección de semblanzas de Lenin, que no debe confundirse con la biografía de Lenin, de la que Trotsky sólo terminó la primera parte y que hasta la fecha sólo ha sido publicada en francés como
— *Vie de Lénine, Jeunesse,* París, 1936.
— *The Third International after Lenin,* Nueva York, 1936.
— *Nemétskaya Revolutsia i Stálinskaya Burokratia,* Berlín, 1932. (En alemán: *Was Nun?,* Berlín, 1932; en inglés: *What Next?,* Nueva York, 1932; versión francesa en *Ecrits,* vol. III).
— *Edinstvennyi Put'* (en alemán: *Der einzige Weg*), Berlín, 1932.
— *Germany, the Key to the International Situation,* Londres, 1931.
— *Où va la France?* y *Encore une Fois, Où va la France?,* París, 1936. (Reproducidas en *Ecrits,* vol. II).
— *The Revolution Betrayed,* Londres, 1937. (Hay traducción española, *La revolución traicionada,* Editorial Proceso, Buenos Aires, 1964. N. del T.)
— *Permanent Revolution,* Calcuta, 1947. (Hay traducción española, *La revolución permanente,* Editorial Indice Rojo, México, 1961. N. del T.)
— *Problems of the Chinese Revolution,* Nueva York, 1932.
— *Trotsky's Diary in Exile,* Londres, 1958.
— *Stalin's Verbrechen,* Zurich, 1937.
— *The Real Situation in Russia,* Londres, s/f.
— *Stálinskaya Shkola Falsifikatsii,* Berlín, 1932, (Edición norteamericana: *The Stalin School of Falsification,* Nueva York, 1937).
— *Between Red and White,* Londres, 1922.
— *Stalin,* Nueva York, 1946. (Hay edición española, *Stalin,* traducción de I. R. García, Plaza & Janés Editores, Barcelona, 1960. N. del T.)
— *Their Morals and Ours,* Nueva York, 1939. (Hay traducción española, *Su moral y la nuestra,* Ediciones de Clave, México, 1939. N. del T.)
— *Leon Sedov, Son, Friend, Fighter,* Nueva York, 1938.
— Artículos, ensayos, tratados y tesis en *Bulletin Oppozitsii,* 1929-40, *New International* y otros periódicos trotskistas.

The Trotsky Archives, Houghton Library, Universidad de Harvard.
En la Bibliografía de *El profeta armado* incluimos una descripción de estos archivos. De entonces acá los mismos han sido reorganizados. Los documentos ya no están divididos en las Secciones A, B y C, sino que han sido reordenados en orden cronológico. Un Indice en dos volúmenes está a la disposición de los estudiosos de esta parte, la "Abierta", de *The Archives.* Todas las referencias hechas en *El profeta armado* y *El profeta desarmado* a *The Archives* corresponden a esta parte.

Lo que se describía en la Bibliografía de *El profeta armado* como la "Sección D" se describe ahora como la "Sección cerrada" de *The Archives.* Abarca sólo los años de 1929 a 1940 y contiene la correspon-

dencia de Trotsky con grupos y miembros de la Cuarta Internacional y con otros simpatizantes y amigos, su correspondencia familiar, papeles domésticos, correspondencia con sus editores, la documentación preparada para la Comisión Dewey, papeles de la Cuarta Internacional, etc. De acuerdo con el deseo de Trotsky, esta sección de *The Archives* no debía abrirse antes del año 1980; pero la Universidad de Harvard le permitió acceso a ella al autor del presente libro en virtud de una autorización especial de Natalia Sedova, la viuda de Trotsky. (En las referencias generales a *The Archives* se alude a la sección abierta de los mismos.)

La Sección cerrada de *The Archives* consta de cuarenta y cinco cajas que contienen 309 carpetas con documentos y correspondencia. Las carpetas 1-16 contienen la correspondencia familiar de Trotsky; las carpetas 17-25, sus papeles domésticos; las carpetas 26-33, su correspondencia con editores y agentes literarios; las carpetas 34-35, la documentación para el contraproceso mexicano; y los papeles de la Cuarta Internacional se hallan en las carpetas 36-40. El resto del material está ordenado según los países con que está relacionado. Así, por ejemplo, las carpetas 65-70 contienen la correspondencia de Trotsky relativa a China; las carpetas 90-121 se refieren a Francia; la correspondencia alemana se encuentra en las carpetas 122-126; la británica en las carpetas 167-175; la norteamericana en las carpetas 214-286; las carpetas 287-292 contienen la correspondencia con la URSS, y las carpetas 293-309 las cartas enviadas a y recibidas de ciudadanos soviéticos exiliados de la URSS. A esta sección de *The Archives* añadió la viuda de Trotsky algunos papeles en 1953.

Véase también: *The Case of Leon Trotsky,* Londres, 1937 (el testimonio de Trotsky y sus respuestas al interrogatorio ante la Comisión Dewey en México).

— *Not Guilty.* Informe de la Comisión Dewey. Londres, 1938.

Volkov, Zinaida (Zina, la hija de Trotsky), correspondencia en *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.

Webb, Sidney y Beatrice, *Soviet Communism, a New Civilization,* Londres, 1944.

— Correspondencia con Trotsky, *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.

Weil, Simone, *Oppression et Liberté,* París, 1955.

Wilson, E., *To the Finland Station,* Londres, 1941.

Wolfe, B., *The Great Prince Died,* Nueva York, 1959.

Wolfe, Bertram D., Artículos en *Things we Want to Know*, Workers' Age Publications, Nueva York, 1936, y en *The New Republic,* 1937.

Wollenberg, E., *The Red Army,* Londres, 1940.

Yaroslavsky, E., *Partia v Borbé s Oppozitsiami,* con colaboraciones de K. Rádek, A. Pankrátova y otros, Moscú, 1936.

— *O Noveishei Evolutsii Trotskizma,* Moscú, 1930.

— *Vcherashny i Závtrashny Den Trotskizma,* Moscú, 1929.
ZBOROWSKI, MARK (ETIENNE), Correspondencia con Trotsky y otros documentos concernientes a su relación con León Sedov, *The Trotsky Archives,* Sección cerrada.
Las actas oficiales de los Procesos de Moscú son las siguientes:
Sudebnyi Otchet po Delu Trotskístkovo-Zinóvievskovo Terrorístskovo Tsentra, Moscú, 1936.
Sudebnyi Otchet po Delu Anti-Soviétskovo Trotskístskovo Tsentra, Moscú, 1937.
Sudebnyi Otchet po Delu Anti-Soviétskovo i Pravo-Trotskístskovo Bloka, Moscú, 1938.

En el presente volumen aparecen referencias a los siguientes Protocolos, Actas Taquigráficas y Colecciones de documentos:
16 Syezd VKP (b), Moscú, 1931.
17 Syezd VKP (b), Moscú, 1934.
20 Syezd KPSS, Moscú, 1956.
22 Syezd KPSS, Moscú, 1962.
11 Plenum IKKI, Moscú, 1932.
12 Plenum IKKI, Moscú, 1933.
Kommunistícheskii Internatsional v Dokumentaj, Moscú, 1933.
KPSS v Rezolutsiaj, vols. I-II, Moscú, 1953.
VKP (b) o Profsoyuzaj, Moscú, 1940
Naródnoe Joziaistvo SSSR, Moscú, 1959.
Hearing before the Subcommittee to Investigate the Administration of the Internal Security Act, US Senate (14-15 de febrero de 1957), parte 51, Washington, 1957.
Hearing before the Subcommitte to Investigate the Administration of the Internal Security Act, US Senate (21 de noviembre de 1957), parte 87, Washington, 1958.

Periódicos y revistas:
Bolshekiv, Bulletin Oppozitsii, Izvestia, Pravda, Proletárskaya Revolutsia, Sotsialistícheskii Vestnik, Kommunistícheskii Internatsional. (Periódicos mimeografiados o manuscritos puestos en circulación por los deportados y prisioneros trotskistas en la URSS se encuentran en *The Trotsky Archives*).
Internationale, Internationale Presse Korrespondenz, Kommunistische Internationale, Rote Fahne, Roter Aufbau, Rundschau Unser Wort, Permanente Revolution, Arbeiterpolitik, Aktion, Berliner Börsenzeitung, Hamburger Nachrichten, Vossische Zeitung.
Militant, New International, Fourth International, Partisan Review, Internal Bulletin Fourth International (International Secretariat), The Times, Manchester Guardian, Daily Express, The Observer, Morning

Post, The New Statesman and Nation, The New York Times, The New York American, The New York Daily News, The New York World Telegram, Life, The Nation, The New Republic, The New Leader, Soviet Russia, To-day.

New York Tag y *Vorwärts (Yiddish-EU)*

Vérité, Quatrième Internationale, France-Observateur, Intransigeant, Paris-Soir, Le Matin, Le Journal, Le Temps, Humanité, Journal d'Orient.

Politiken, Berlingske Tidende, Information, Arbeiderbladet, Dagbladet, Arbeideren, Soerlandet.

La Prensa, Trinchera Aprista.

INDICE DE NOMBRES